Antología del pensamiento crítico chileno contemporáneo

Coordinadores
Leopoldo Benavides Navarro, Milton Godoy Orellana y Francisco Vergara Edwards

.cl

Colección **Antologías del Pensamiento Social Latinoamericano y Caribeño**

CLACSO

.cl

La colección **Antologías del Pensamiento Social Latinoamericano y Caribeño** es un emprendimiento editorial de CLACSO destinado a promover el acceso a la obra de algunos de los más destacados autores de las ciencias sociales de América Latina y el Caribe.

En su primera etapa, la colección constará de 50 títulos, entre volúmenes individuales y compilaciones, reuniendo el aporte de más de 350 autores y autoras de diversos campos disciplinarios, países y perspectivas teóricas.

Se trata de una iniciativa editorial sin precedentes por su magnitud y alcance. Todas las obras estarán en acceso abierto y podrán ser descargadas gratuitamente en la Librería Latinoamericana y Caribeña de Ciencias Sociales y de la Biblioteca Virtual de CLACSO, democratizando una producción académica fundamental que, con el paso del tiempo y debido a las limitadas formas de distribución editorial en nuestra región, tiende a ser desconocida o inaccesible, especialmente para los más jóvenes.

Además de su versión digital, la **Colección Antologías del Pensamiento Social Latinoamericano y Caribeño** será publicada también en versión impresa. Como CLACSO siempre lo ha hecho, reconocemos la importancia del libro como uno de los medios fundamentales para la difusión del conocimiento académico. Particularmente, enfatizamos la importancia de que ciertos libros de referencia, como los que constituyen esta colección, formen parte de nuestras bibliotecas universitarias y públicas, ampliando las oportunidades de acceso a la producción académica rigurosa, crítica y comprometida que se ha multiplicado a lo largo del último siglo por todos los países de América Latina y el Caribe.

Poniendo a disposición de todos el principal acervo intelectual del continente, CLACSO amplía su compromiso con la lucha por hacer del conocimiento un bien común, y con la promoción del pensamiento crítico como un aporte para hacer de las nuestras, sociedades más justas y democráticas.

Pablo Gentili
Director de la Colección

Antología del pensamiento crítico **chileno** contemporáneo

.cl

Antología del pensamiento crítico chileno contemporáneo / Eduardo Frei Montalva ... [et al.]; compilado por Leopoldo Benavides Navarro; Milton Godoy Orellana; Francisco Vergara Edwards. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO, 2015.
Libro digital, PDF - (Antologías del pensamiento social latinoamericano y caribeño / Gentili, Pablo)

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-987-722-121-3

1. Pensamiento Crítico. 2. Pensamiento Social. I. Frei Montalva, Eduardo II. Benavides Navarro, Leopoldo , comp. III. Godoy Orellana, Milton , comp. IV. Vergara Edwards, Francisco , comp.
CDD 301

Otros descriptores asignados por CLACSO:
Pensamiento Crítico / Intelectuales / Pensamiento Contemporáneo / Pensamiento Social / Chile

Antología del pensamiento crítico **chileno** contemporáneo

Coordinadores
Leopoldo Benavides Navarro, Milton Godoy Orellana y **Francisco Vergara Edwards**

Eduardo Frei Montalva | Clotario Blest | Raúl Ampuero | Aníbal Pinto | Jacques Chonchol | Salvador Allende Gossens | Julieta Kirkwood | Manuel Antonio Garretón | Pedro Morandé | Enzo Faletto | Hugo Zemelman | Gabriel Salazar | Sonia Montecino | José Bengoa | Tomás Moulian | Elisabeth Lira | José Marimán

.cl

Colección Antologías del Pensamiento Social Latinoamericano y Caribeño

CLACSO

CLACSO 50 AÑOS

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales

Antologías del Pensamiento Social Latinoamericano y Caribeño

Director de la Colección Pablo Gentili

Coordinacion Editorial Fernanda Saforcada y Lucas Sablich
Diseño de Colección Marcelo Giardino

Producción Fluxus Estudio

Primera edición
Antología del pensamiento crítico chileno contemporáneo (Buenos Aires: CLACSO, septiembre de 2015)

ISBN 978-987-722-121-3
© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

CLACSO
Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Estados Unidos 1168 | C1101AAX Ciudad de Buenos Aires, Argentina
Tel. [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacsoinst@clacso.edu.ar> | <www.clacso.org>

Patrocinado por la Agencia Sueca de Desarrollo Internacional Asdi

Este libro está disponible en texto completo en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO www.biblioteca.clacso.edu.ar

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

ÍNDICE

Leopoldo Benavides Navarro, Milton Godoy Orellana y Francisco Vergara Edwards
Introducción | Antología del pensamiento social en Chile: una perspectiva (1964-2014) | 11

EL CONSENSO EN TORNO AL CAMBIO SOCIAL: ¿REFORMISMO O REVOLUCIÓN?, 1964-1973

Eduardo Frei Montalva
"La Universidad: conciencia social de la Nación" (1962) | 39

Clotario Blest
"La unidad de la clase trabajadora" (1968) | 53

Raúl Ampuero
"Perfil de la nueva Izquierda"
(*La izquierda en punto muerto*, 1969) | 57

Aníbal Pinto
"Desarrollo económico y relaciones sociales" (*Chile, hoy*, 1970) | 73

Jacques Chonchol
"Poder y reforma agraria en la experiencia chilena"
(*Chile, hoy*, 1969) | 99

Salvador Allende Gossens
"Discurso Inaugural de la Tercera Conferencia
Mundial de Comercio y Desarrollo" (1972) | 125

ENTRE EL GOLPE MILITAR Y LA LUCHA POR LA
RESTAURACIÓN DE LA DEMOCRACIA, 1973-1990

Julieta Kirkwood
"La mujer en el hacer político chileno" (*Ser política en Chile.
Las feministas y los partidos*, 1986) | 147

Manuel Antonio Garretón
"Los nuevos regímenes militares en América Latina,
una caracterización general" y "Esquema para
analizar el régimen militar chileno"
(*El proceso político chileno*, 1983) | 167

Pedro Morandé
"La religiosidad popular como crítica
al neo-iluminismo latinoamericano"
(*Cultura y modernización en América Latina*, 1984) | 199

Enzo Faletto
"De la teoría de la dependencia al
proyecto neoliberal: el caso chileno" (1998) | 217

Hugo Zemelman
"En torno del pensar histórico" y "A manera de
recapitulación" (*De la historia a la política:
la experiencia de América Latina*, 1989) | 233

LA TRANSICIÓN PACTADA A LA DEMOCRACIA:
NUEVOS ACTORES Y CONSENSOS, 1990-2014

Gabriel Salazar
"La 'revuelta de los pobladores'" (*Violencia política
popular en las "Grandes Alamedas": Santiago, 1947-1987
[una perspectiva histórico-popular]*, 1990) | 249

Sonia Montecino
"Mestizaje e identidad latinoamericana"
(*Madres y huachos. Alegoría del mestizaje chileno*, 1991) | 265

José Bengoa
"La comunidad perdida" (1996) | 283

Tomás Moulian
"La instalación" y "El periodo de (des)gracia"
(*Chile actual: anatomía de un mito*, 1997) | 297

Elisabeth Lira
"Trauma, duelo, reparación y memoria" (2010) | 313

José Marimán
"Comparación y contraste de las propuestas
y argumentos autonomistas mapuche"
(*Autodeterminación. Ideas políticas mapuche
en el albor del siglo XXI*, 2012) | 341

Sobre los autores | 375

Sobre los antologistas | 387

Introducción

ANTOLOGÍA DEL PENSAMIENTO SOCIAL EN CHILE: UNA PERSPECTIVA (1964-2014)

Leopoldo Benavides Navarro, Milton Godoy Orellana
y Francisco Vergara Edwards

LA REALIZACIÓN DE UNA ANTOLOGÍA del pensamiento social en Chile, como toda obra con estas características, presupone una estrategia de selección que establezca algunos ejes de análisis que permitan sustentar estas opciones en el dilatado conjunto de producciones intelectuales que abarcan los últimos cincuenta años de la historia nacional. Uno de los objetivos centrales en este trabajo es contribuir a la elucidación, en este vasto espacio de producción intelectual, de los autores y autoras que han aportado con mayor claridad a la configuración de un pensamiento crítico. De esta manera, la antología tiene como eje estructurante la presentación de un conjunto de escritos resultante de intelectuales que aportaron al avance y consolidación en la democratización e inclusión de los más amplios sectores de la sociedad, en la toma de decisiones que resultaron fundamentales en el Chile de las décadas señaladas y que, de paso, interpretaron y proyectaron con su pensamiento, disquisiciones y propuestas, al conjunto de la realidad latinoamericana. Por cierto, como toda tarea de estas características existen aciertos con relación a los autores elegidos, pero también omisiones producidas por lo acotado del espacio y la necesidad de sintetizar y centrar el tema en quienes aparecen como autores más visibles.

Esta propuesta de selección se realiza sustentada en el entramado de un conjunto de preguntas que permitan avanzar en el denso cúmulo de los trabajos aludidos. Así, en las creaciones intelectuales generadas en el contexto de un país altamente politizado, establecimos como prioritario reconocer las voces emergentes y orientadoras en torno a las relaciones entre intelectuales, la política y el Estado. A saber, ¿cuáles fueron los o las intelectuales y políticos o políticas que manifestaron escrituralmente y con claridad los grandes temas del período?, y en esta misma dirección, ¿qué textos resultan representativos y señeros en la discusión del Chile de las últimas cinco décadas?

En efecto, en este medio siglo de confrontaciones ideológicas y sociales en que se socavó las bases del anquilosado sistema social chileno, que antecedió al segundo lustro de la década de los sesenta, puso en cuestión la persistencia de instituciones más que centenarias, que —como en el caso del inquilinaje y la hacienda— dominaron el escenario socio-político chileno desde fines del siglo XVII, para convertirse en tema central de la discusión acerca de sus transformaciones. El signo manifiesto de estas discusiones fue el consenso en torno al proceso de Reforma Agraria y la nacionalización de las riquezas básicas, que buscaban modificar profundamente la estructura de la sociedad chilena y se comprendían, además, como los principales obstáculos a la modernización.

En estas décadas de transformaciones emergieron temas de alta gravitación social, económica y política: el paulatino y constante avance de nuevos actores sociales, la configuración de un nuevo entramado social basado en la irrupción y consolidación de sindicatos, agrupaciones de pobladores, centros de madres, el rol social de las universidades, etcétera.

En este período, también se redefinió el carácter y las formas del cambio (¿reformista o revolucionario?), la ampliación de la ciudadanía, y, la discusión económica con alto componente ideológico que puso en la palestra la definición de los ámbitos y límites del derecho de propiedad privada y estatal, materializando cambios estructurales —tales como la citada distribución de la tierra que implicó la Reforma Agraria— que, entre otros, condujeron a la chilenización del cobre en el gobierno del presidente Eduardo Frei, hecho que implicaba la propiedad del 51% de las minas cupríferas; hasta la posterior nacionalización, que en el gobierno del presidente Salvador Allende, dejó en manos del Estado todas las empresas de la llamada Gran Minería del cobre.

En estas escenas de la sociedad chilena de las décadas analizadas, Estados Unidos aparece como el actor tras bambalinas, presente en la política latinoamericana durante todo el siglo XX, aunque con

mayor ahínco en las décadas posteriores a la Revolución Cubana. Esta presencia norteamericana se resume en la discutida idea de imperialismo, cuyas expresiones políticas fueron decisivas y aparentemente contradictorias: a veces este fungía como promotor y catalizador de políticas sociales o económicas; o, en ocasiones, como inhibidor de estos procesos, manteniendo como denominador común el resguardo de sus propios intereses.

II

En primer lugar, en el período de 1964 a 1973 que denominamos "El consenso en torno al cambio social: ¿reformismo o revolución?", se inicia con la presidencia de Eduardo Frei Montalva (1964-1970), quien tuvo una ingente producción intelectual y política que se vertió en decenas de entrevistas, artículos y discursos. Su pensamiento fue de hondo compromiso social plasmado en un conjunto de políticas orientadas a mejorar la calidad de vida de los sectores populares, donde emerge con especial énfasis la Reforma Agraria (1968) realizada bajo su mandato. Su accionar político e intelectual ha llevado a la caracterización de un "pensador profundo y original, [que] supo ser un hombre de acción, un realizador, un eminente estadista" (Pinochet de La Barra, 1975: 9).

La creación intelectual de Eduardo Frei tiene como eje la conciencia social, el desarrollo y la integración de América Latina con un prisma social cristiano. Sus propuestas como católico practicante y participante en política no estuvieron disociadas de la realidad circundante, en especial de los vientos de revolución y cambio que soplaban en Latinoamérica, manifestados con mayor solidez después de la Revolución Cubana. En efecto, los sucesos de 1959 marcaron la política continental y en ello se inscribieron muchas propuestas revolucionarias y reformistas, de las cuales Chile no estuvo exento.

El texto incluido en esta antología, "La universidad conciencia social de la nación", fue pronunciado como discurso en la inauguración del Congreso Mundial de Pax Romana, realizado en Montevideo en julio de 1962. En este discurso Frei anticipa los cuestionamientos a la universidad y su función en las sociedades latinoamericanas, una preocupación que eclosionó con la Reforma Universitaria de 1967 y los hechos de Tlatelolco en México (1968).

En Chile, existían ocho universidades, algunas con sedes regionales, siendo la mayor la Universidad de Chile, con presencia en gran parte del país. Este conjunto de casas de estudio funcionaba acorde con la legislación decimonónica, que las hacía centros de docencia y difusión, con profesores en su mayoría de jornada parcial y que se encontraba ajeno a los grandes problemas nacionales con una estruc-

tura profesionalizante decimonónica (Casali, 2011: 85). Precisamente, el texto presentado alude a ese compromiso necesario de las universidades chilenas, especialmente en un subcontinente donde se habían prolongado "por demasiado tiempo feudalismos financieros y agrarios", la conculcación de los derechos de las mayorías y los privilegios de las minorías. En este contexto, Frei critica la universidad latinoamericana como espacio para unos pocos, ejemplificándolo con el hecho de que "frente a los que cuidan su colesterol, los que defienden sus huesos del hambre. Frente a la suntuosa ciudad universitaria, las desvencijadas escuelas rurales o el alto porcentaje de analfabetos" (Frei, 1967: 20). Así, la universidad no puede quedar fuera de un proceso amplio que marcara el paso de una democracia formal y restringida a una "democracia autentica" (Frei, 1967: 21).

Para Frei Montalva, la Universidad —así, con mayúscula— representa un factor esencial para contribuir al cambio "necesario e irremediable". En la época se requiere, a su juicio, una institución que esté inmersa en el cuerpo social, donde resulta imprescindible la autonomía universitaria.

Estas demandas hacia la universidad se sustentaban en un contexto donde el 19% de la población era analfabeta. Por tanto, llegar a la universidad era un privilegio que respondía a la situación económica y social de la familia. Pero este para Frei Montalva era un privilegio que implica responsabilidades.

La principal tarea de la universidad pensada por Frei —más allá de la simple formación de profesionales— era su aporte a la investigación científica y la entrega de sus resultados a la sociedad, a la par de aportar al patrimonio y enriquecimiento de la cultura de cada nación, impulsando la "búsqueda de un camino propio" (Frei, 1967: 32).

La consecución de todos estos objetivos, Frei los entiende como posibles en la medida que se proporcione, desde la universidad, "un conjunto de ideas y cuadros de hombres" que configuren las élites dirigentes que orienten los cambios, movidos en la práctica por la solidez teórica.

En síntesis, la universidad que Frei Montalva demandaba en su texto de 1962 para Latinoamérica era una universidad pluralista "integrada en la vida y en el pueblo" que buscara la verdad con independencia.

Alejado de la discusión académica, pero no exenta de ella, emerge la producción intelectual de un ícono de la historia del movimiento popular chileno: don Clotario Blest, que provenía del mundo de los trabajadores y fue uno de los fundadores de la Central Única de Trabajadores (CUT) y referente en la lucha contra la dictadura. Este representa posturas que en un lenguaje más directo, simple y más concreto traducen (en el sentido gramsciano) el lenguaje de los "ensayos

globales" tratando de destacar, en este caso, desde la acción sindical, la visión más izquierdista que confía a la clase trabajadora el rol decisivo en los cambios revolucionarios que el país requería y que a su vez alimenta los ensayos y discursos de intelectuales, recogiendo esa reivindicación popular que proviene desde abajo.

Su discurso proviene de la acción y resulta más difícil de encontrarse en el texto, en la palabra escrita, en este caso su artículo "La unidad de la clase obrera", inserto en la revista *Punto final*[1] constituye un documento importante de analizar, en tanto en él Blest se dirige no solo a la "clase", sino también, a un conjunto de intelectuales de izquierda críticos de la institucionalidad.

Es, por una parte, desde la acción y el discurso donde se sustenta la valoración social al aporte de este autor. Esta percepción positiva de su trabajo está consensuada por todo el movimiento progresista del país —tanto en la teoría como en la práctica— de la necesidad de una unidad de la clase obrera mediante una organización sindical única y pensada como agente importante del cambio. Por otro parte, a partir de su obra y acción es posible enunciar elementos más complejos y polémicos, tales como la relación entre lo político y lo social, en este caso concreto entre los partidos políticos y la autonomía de la organización sindical, la crítica a las burocracias sociales, entre otros temas.

Por tanto, en la producción intelectual de Clotario Blest es posible observar una creación cuya base cognitiva esencial mana desde la praxis política y popular, donde el autor no fue un diletante, sino un actor principal de la generación de un pensamiento político ligado a sus bases. Este elemento hace que su creación intelectual constituya uno de los más importantes aportes chilenos al pensamiento sindicalista latinoamericano, a través de una de las figuras más consecuentes y respetadas de nuestra historia popular, con un rol semejante al que ocupó Luis Emilio Recabarren en la memoria de los sectores populares del último siglo.

Algunos años después, emerge la voz crítica de Raúl Ampuero, quien se convirtió en una figura clave en la renovación del socialismo chileno. En su libro *La izquierda en punto muerto* (1969), realiza un diagnóstico de la izquierda chilena, señalando su progresivo desgaste producto de derrotas sucesivas de carácter electoral que la han conducido a una profunda crisis, una situación que obligaba

1 Esta publicación de izquierda, ligada al MIR, circuló en Chile desde 1965 y fue clausurada en 1973, siendo sus trabajadores exiliados, torturados y/o asesinados. *Punto final* reapareció en el exilio mexicano entre 1981 y 1986. Desde 1989 se imprime en Chile. Ver Fernández, 2011: 65-84.

urgentemente a la izquierda chilena a repensar nuevas estrategias y lograr "despertar una conciencia nueva".

Para Ampuero, era necesario cambiar esta estrategia equivocada, construida en una persistente concepción electoralista de los medios de lucha. La opción era pasar de una mera alianza electoral a la creación de un frente revolucionario, un cambio que permitiría a la izquierda salir del punto muerto en que se encontraba. Para él era necesario cambiar el enfoque erróneo de creer que la elección de 1970 resolvería las controversias dentro del esquema "democrático" habitual.

Esta renovación estratégica en Ampuero va unida a un intento de renovación teórica del marxismo y de análisis social de la época. Por ejemplo, plantea que "no existe un camino exclusivo ni un modelo único para establecer y construir el socialismo". (Ampuero, 1969: 49) rechazando las visiones mecanicistas dominantes.

Por otro lado, valora aportes como el de la marginalidad y la presencia de las poblacionales suburbanas, de un proletariado marginal en la sociedad chilena de los años sesenta. Dándoles un lugar protagónico, frente a un marxismo ortodoxo que privilegiaba a los sindicatos y proletariado industrial. A la par, valora la concepción surgida del sector rebelde de la democracia cristiana llamada "vía no capitalista de desarrollo" como instrumento estratégico para operar la transición del capitalismo al socialismo. Ampuero toma del socialismo comunitario la profunda valoración de la democracia directa y la autogestión criticando las deformaciones burocráticas y totalitarias y la concepción de una vanguardia iluminada.

Consideramos que la lectura de Raúl Ampuero permite comprenderlo como un aporte gravitante para la renovación del socialismo en Chile, y que influirá posteriormente en intelectuales como Tomás Moulian y otros.

En esta época es destacable la figura de Aníbal Pinto, uno de los más brillantes y finos ensayistas sobre el desarrollo sociopolítico chileno, expresado en libros clásicos de la literatura social chilena como *Chile: un caso de desarrollo frustrado* (1959), entre otros, sus artículos para la revista *Panorama Económico*, además de textos más políticos y de combate, escritos bajo su seudónimo de Lautaro.

Su tesis central —que recorre sus obras y la resume el ensayo antologado— remarca que en Chile existe "un relativo adelanto de la organización social y las formas institucionales respecto a los cambios en el nivel de la estructura económica" (Pinto, 1970: 5) que se expresa en la "contradicción entre una estructura 'sub-desarrollada´ y una organización sociopolítica 'avanzada'" (Pinto, 1970: 17).

Su tesis influyó fuertemente en la percepción crítica, tanto en proyectos globales, como en ensayos y líneas políticas sobre los pro-

blemas que significaba la institucionalización de la izquierda chilena, a partir de la década de los treinta, en términos de su capacidad real para alterar el sistema de poder en Chile, desde la política, en contraste con el poder económico de la derecha. En palabras de Pinto, cómo su acción en el marco institucional significa el desafío de "promover reformas sin devenir 'reformista'".

En el terreno positivo y propositivo, indudablemente, sus propuestas influyen en la búsqueda de alternativas de desarrollo económico nacional, que favorecido por el crecimiento cualitativo y cuantitativo de la izquierda, la radicalización de los sesenta, supera las alienaciones ideológicas de esta, que le impiden encontrar respuestas nacionales y lograr construir un proyecto de desarrollo que incorpore a las grandes mayorías, satisfaciendo fundamentalmente sus necesidades básicas, concentrando y reasignando los recursos y modificando sustancialmente los factores productivos, los medios financieros y los ingresos, pero con un "modelo tolerable' con la empresa privada".

Paralelamente, Jacques Chonchol aparece como otro intelectual que enriqueció la discusión del período. Fue militante de partido Demócrata Cristiano entre 1946-1969, y posteriormente uno de los fundadores del Movimiento de Acción Popular Unitario (MAPU) que apoyó la candidatura de Allende a la presidencia el año 1970.

Originalmente estuvo fuertemente influenciados por pensadores cristianos como Jacques Maritain, Emmanuel Mounier y especialmente, Joseph Lebret. Su pensamiento aporta una mirada cristiana a la renovación del marxismo. Chonchol busca una democracia social de inspiración cristiana, destacando una visión comunitaria que superara la propiedad individual tal como la concebía el pensamiento burgués clásico. La influencia de Lebret fue decisiva, especialmente, en su estudio de los países llamados subdesarrollados, y en pensar una política centrada en las necesidades del pueblo. De este análisis Chonchol desarrolla una crítica al capitalismo clásico que lo aproximó a otros grupos que buscaban superar la hegemonía burguesa y el capitalismo, para resolver los problemas esenciales de las poblaciones del Tercer Mundo.

Chonchol junto a este aporte, tomado de Lebret, se acerca a la crítica del desarrollo capitalista en América Latina realizada por la CEPAL, especialmente de Raúl Prebisch, que destacaba el pensar en términos de desarrollo del mercado interno vía industrialización. También proviene de la CEPAL la idea de una integración latinoamericana valorando la formación de un mercado interno fuerte, diversificado y equilibrado, como aspiración máxima de un país en desarrollo.

El problema de la Reforma Agraria fue el detonador de su ruptura con un cierto reformismo y su compromiso con ella lo condujo a radi-

calizar los cambios de la estructura del campo existente en Chile y en América Latina, para buscar la eliminación definitiva del latifundio. Su análisis se sustentaba en una dura realidad social, pues en 1970 alrededor de un 25% de la población chilena vivía en el campo. En números absolutos, eran casi tres millones de campesinos, mayoritariamente sin tierra, que necesitaban trabajar como asalariados. Como solución, la redistribución de las tierras permitiría construir una agricultura campesina, capaz de suplir las necesidades alimentarias de estos y de la población en general, dinamizando el mercado interno.

La importancia del pensamiento de Jacques Chonchol es, sin duda, su mirada sobre una vía no capitalista de desarrollo hacia una sociedad comunitaria, distanciándose de los modelos burocráticos y autoritarios, y donde las transformaciones del agro tiene un rol central, y donde el campesino emerge como un actor relevante en las transformaciones sociales de la época, que había sido desvalorizado por un cierto marxismo.

El cierre de este período se enmarca con otro presidente de la República: Salvador Allende Gossen (1970-1973), una figura de profunda influencia política e intelectual en el pensamiento nacional y latinoamericano, con una indudable proyección internacional.

Su gran capacidad política logró integrar el discurso y proyecto popular chileno en una acción y un "proceso histórico destinado a cambiar de manera fundamental y revolucionaria la estructura de la sociedad chilena", iniciando un camino al socialismo que recogía, como él mismo escribió, lo mejor de "nuestra historia y tradición".

En efecto, a partir de la década del treinta en el siglo XX se inicia —desde los sectores progresistas del país— la elaboración de un diagnóstico, propuestas, visiones y matices, de diversos intelectuales y con formaciones diversas, con encendidas polémicas, coinciden en determinar dos grandes y graves problemas estructurales que deben ser superados: por una parte, la herencia colonial en las formas de la propiedad agraria, con relaciones de producción atrasadas, que requieren por tanto de una profunda reforma agraria; y, por otra, una desnacionalización de la economía, producto de la penetración imperialista en diversas ramas productivas y de servicios y que requieren por tanto políticas nacionalizadoras. En este diagnóstico en la década de los sesenta se agregó la aparición de monopolios nacionales, muchos de ellos en convivencia con los intereses extranjeros. Este conjunto de ideas fue el que Allende impulsó en sus candidaturas presidenciales y que después de su elección en 1970 comienza a aplicar en el gobierno de la Unidad Popular. El resultado de esta extensa elaboración intelectual es lo que expresa en sus discursos y en una práctica política profundamente nacional, transformándose en una teoría del cambio

y la revolución que todavía es objeto de preocupación e investigación por parte de académicos, políticos e intelectuales.

Paralelamente, se debe destacar la capacidad de Allende para transmitir este proyecto político e intelectual hacia las masas populares de Chile, quienes participan como grandes actores de los cambios planteados.

Por cierto, no se puede soslayar la proyección latinoamericana e internacional que transmite Salvador Allende plasmada en los discursos hechos en diversos foros fuera de Chile. Si bien habla desde la historia profunda del sentir popular, este "sano nacionalismo" lo proyecta a las transformaciones necesarias que requiere América Latina y el Tercer Mundo para generar, desde el atraso una "economía solidaria a escala mundial". Así, su propuesta se plantea respetando la determinación de los pueblos, pero con el convencimiento que los problemas comunes de estos países requieren, como instrumento de independencia económica, la integración y cooperación para superar el atraso y la dependencia.

Finalmente, no se puede desconocer su visión de los peligros futuros. Aunque confiaba en la capacidad de los pueblos oprimidos, con una visión señera reconoció los peligros de la intervención extranjera, advirtiendo el creciente rol y papel de las grandes corporaciones a la soberanía e independencia de los países y también de los peligros de una sociedad "satelizada" que controlaba la información y la publicidad que "penetraba en nuestras instituciones comunitarias y a nuestros hogares dirigidas desde el extranjero por satélites de gran poder transmisor".

III

Un segundo grupo de intelectuales antologados se reúne en torno al período de 1973-1990, que denominamos "Entre el golpe militar y la lucha por la restauración de la democracia" que está en las antípodas de los movimientos progresistas de sello socialista y cristiano de la década anterior. La irrupción de los años setenta trajo consigo una dura reacción desde el seno del conservadurismo, que sumada a la intervención de Estados Unidos, articuló un conjunto de demandas vehiculizadas por la derecha chilena, contribuyendo a organizar e impulsar uno de los golpes militares más cruentos en la historia de Chile y Latinoamérica. Los resultados de este accionar concordado fueron desastrosos para el sistema democrático y los movimientos sociales, desmantelando las bases económicas anteriores para instalar un sistema económico neoliberal, explicable solo por la presencia de los militares en el control político y la ausencia de participación popular en la toma de decisiones. Por esta razón, los años posteriores al golpe de Estado van a estar marcados por una readecuación de la actividad po-

lítica e intelectual que logró aunar la crítica a la dictadura, marcando el pensamiento crítico con elementos humanitarios —plasmados en la lucha por los Derechos Humanos— que intentaban detener el impacto de las desapariciones, la tortura, el exilio y revertir, en parte, los duros aprietos económicos de los sectores populares en el período.

A posteriori reaparecerían los partidos políticos y surgirían incipientes organizaciones que rearticulaban el discurso político y los movimientos sociales, consolidándose en las espontáneas protestas. De manera concomitante a este proceso surgió el accionar de intelectuales expulsados de los círculos académicos tradicionales —exonerados en el decir de la época— quienes se agruparon en torno a las llamadas Organizaciones No Gubernamentales (ONG) y Centros Académicos Independientes (CAE), apoyados por grupos de intelectuales dispersados por el exilio dictatorial. Desde estas instituciones alternativas se elaboraron críticas más organizadas y rigurosas a la dictadura, a la par de estructurar una contribución a la renovación del pensamiento de izquierda producto de la derrota, aportando a consolidar el incipiente movimiento social y un amplio espectro de protestas ciudadanas que se acrecentarían durante la década de los ochenta.

Este período no puede ser visualizado en su compleja totalidad, sino se apela a las letras feministas de una intelectual de alta raigambre como Julieta Kirkwood, quien en justo juicio es reconocida como una de las más importantes intelectuales chilenas de los años ochenta. Su aporte esencial fue posicionar la reflexión crítica sobre "los silencios e invisibilidad" de la mujer en la historia, en la política y en los saberes científico-sociales, los que reconocía como socialmente integrados al patriarcado, que lo considera parte de la dominación histórica de "desviación masculina".

Su trabajo además ha sido altamente valorado al entablar un diálogo entre feminismo y política, aportando con su análisis elementos para el denominado saber feminista. Es precisamente allí donde su obra cala profundo, aportando a la constitución de una teoría feminista en perspectiva política y revolucionaria; "contrareferente" a la estructura clásica de América Latina en que lo femenino estaba subsumido en la estructura tradicional orgánica de los partidos y sus líneas políticas (sean estas socialistas o conservadoras); la triada determinista de su rol biológico y social condensado en "madre-esposa-hogar"; y la exclusión de las mujeres en lo público.

Frente a lo anterior, emergen sus ideas en torno a la consolidación de la democracia verdadera, en una sociedad futura basada en la "diferencia e igualitaria", a conseguir bajo el encauce del feminismo político. Se ha sustentado que estos elementos se presentan en la propuesta de Julieta Kirkwood al comprender la sociedad y política

futura como una "sociedad de la diferencia, en tanto sociedad democrática y régimen de lo múltiple [y] sociedad de la igualdad, en tanto fin del patriarcado y de la sociedad de clases" (Castillo, 2007: 20). Así, la postura de Kirkwood no es contra la política sino que a favor de esta en su fundamento de la reclamación o protesta por el poder, en la autonomía de la condición de género y en la identificación del feminismo como "movimiento revolucionario".

La relevancia de Julieta Kirkwood no se limita a la crítica que desarrolla sobre la política y los cánones sociales universales de exclusión del género. Como escribió Alejandra Castillo, el feminismo de la autora propicia "una interrogación crítica a los supuestos en los que se han constituido los saberes del hombre, y desde aquella interrogación intentará su metamorfosis", instalándose a la vez como "un feminismo que interrogará a la teoría desde la teoría, desde sus propios supuestos" (Castillo, 2007: 53-54). En el decir de Nelly Richard su propuesta pasa revista a las "bases epistemológicas del saber tradicional, critica el modo en que la división del género organiza el discurso de la ciencia, de la filosofía y de la teoría social". Richard valora en ella la elaboración de instrumentos conceptuales en torno a la diferencia de sexos, los que a su juicio, "permiten intervenir estratégicamente en sus relaciones dominantes de poder e identidad" (2001: 235-236)

De esta manera la obra *Ser política en Chile. Las feministas y los partidos* (1986) condensa la apelación por la palabra, acto político, en que el uso del lenguaje por la diferencia sexual deviene en el objetivo por penetrar y deshilar los "nudos" de la sociedad patriarcal, al mismo tiempo que el conocimiento y acción de las feminista y el feminismo se consolida para entablar un revolución "más real que lo real".

Entre los intelectuales del período destaca Manuel Antonio Garretón, sociólogo con una vasta producción en el campo de los análisis de los problemas sociales y políticos del país, difundida también en una intensa labor académica en universidades chilenas y extranjeras, siendo uno de los pioneros en la búsqueda de una compresión del proceso de la Unidad Popular y su crisis, más allá de la coyuntura de la derrota, poniendo el acento en la transformación profunda que significaba la dictadura militar, las características de su salida y el proceso de transición que se abre después del plebiscito. Sus trabajos, algunos junto a Tomás Moulian, u otros personales sobre el período, son obras de consulta obligatorias para quienes desean conocer o estudiar el período.

Su propósito de repensar la política más allá de la "imbricación entre organización de base social y la estructura política partidaria", la 'columna vertebral' del proceso pre-73, como lo denomina, lo colocó en el centro de la investigación y discusión sobre la recuperación

de la sociedad civil, del 'tejido social', en un lenguaje más común y de acción social, lo que implicaba necesariamente la redefinición de los modos de hacer política. En este sentido su lectura e interpretación nutre un vasto movimiento de renovación de la izquierda chilena.

Sus trabajos y análisis de la dictadura militar chilena y su esquema de interpretación del fenómeno a nivel latinoamericano levantaron una serie de problemas clave para entender sus características generales y las específicas de cada país, a partir de la consideración de las formas previas de cada crisis nacional. Así, por ejemplo, la dialéctica entre el carácter reactivo y defensivo de esta y su lógica fundacional o refundacional, las del control político y la represión y un elemento muy importante, a nuestro juicio, pero poco desarrollado a propósito de las consecuencias de los gobiernos militares: los cambios y la transformación en las subjetividades colectivas.

Aporte significativo es también el avance en la caracterización de la Doctrina de Seguridad Nacional como elemento ideológico que justifica las políticas represivas y además facilitaba la coherencia y racionalidad del nuevo modelo económico, asignando en este aspecto la necesidad de analizar e interpretar los cambios introducidos en la educación.

Todo el cuerpo de análisis político orienta necesariamente, a partir del diagnóstico, las características que podrían asumir las salidas de los regímenes autoritarios, apuntando a una situación, muchas veces no considerada, al entenderla no solo como debilidad del modelo y/o proceso sino también como la búsqueda de la permanencia de este o su parte fundamental, determinando fuertemente la consideración o estructura de las formas que adquiere la democracia en los procesos postdictadura.

En otra dimensión, Pedro Morandé con *Cultura y modernización en América Latina* (1984) pone en la palestra un libro que tuvo gran impacto cuando en Chile la enseñanza de la sociología se encontraba mayoritariamente prohibida en las universidades. En la obra realiza una reflexión radical sobre el discurso sociológico latinoamericano que toma en cuenta la situación histórica donde se desarrolla, resultando una reflexión a través de la que se expresa la época, con sus contradicciones y su problematicidad.

Morandé plantea que la problemática que sustenta a las ciencias sociales en América Latina es la relación de la cultura con los procesos de modernización. Una realidad donde la sociología después de tener un rol protagónico, entre los años sesenta al setenta, entra en un período de estancamiento y paralización. Pero este letargo no puede ser producto exclusivo de condiciones externas, sino también de limitaciones internas, del abandono de las preguntas que tienen por juez a la misma disciplina. Esto implicaba una profunda crisis de la sociología latinoamerica-

na, en un ciclo que estuvo caracterizado por la vigencia de un paradigma de la modernización "que marcó no solo la temática, sino también el estilo y la institucionalización de la disciplina" (Morandé, 1984: 10).

De esta manera, la sociología perdió su autonomía, y no pudo definir desde sí misma su propia problemática de estudio, adquiriendo una perspectiva heterocéntrica, para quedar sumida en la dinámica externa de los proyectos modernizadores y aceptando de manera acrítica las teorías de la modernización elaboradas en los países desarrollados. El resultado fue una sociología que no puso en tela de juicio a la modernización como tal.

Este paradigma de la modernización asumido acríticamente por las ciencias sociales prescindía de toda reflexión sobre la cultura. Pero, por otro lado, la cultura era la única puerta que permitía ingresar a la denominada identidad latinoamericana. Para Morandé, es este descubrimiento de la importancia de la relación entre cultura y modernización la que cierra un período e inaugura una nueva etapa.

Para este sociólogo, su principal tarea es un intento de aproximarse empíricamente a ese *ethos* cultural latinoamericano que determina la historia del sub-continente y que su puesta en evidencia permitiría salir de la crisis del paradigma dominante de la modernización. En el mismo sentido, el fenómeno sacrificial es un fenómeno clave en esta relación conflictiva entre cultura y modernización. Dicho en sus palabras, "las disputas en torno a la modernización tienen que ver sustancialmente con la naturaleza del fenómeno sacrificial, con su eficacia simbólica al servicio de la determinación de los valores que conforman el *ethos*, con su papel en la constitución de la Polis" (Morandé, 1984: 12).

Para Morandé, esta nueva perspectiva de la sociología, manifestada en el abrirse a discutir como central la existencia de una síntesis cultural latinoamericana diferente y opuesta a la síntesis de la modernidad ilustrada, parte por una revalorización de la religiosidad popular.

La tesis central de Morandé es que la cultura latinoamericana posee un "real sustrato católico" (1984: 140), constituido entre los siglos XVI y XVIII, durante la primera evangelización. Por tanto, se desprende que las ciencias sociales, en razón de su paradigma modernizador, no lograron captar ese *ethos*, rechazándolo bajo la categoría de sociedad tradicional, debido al privilegio dado a la noción de secularización. Un camino que condujo a la incomprensión de lo propio en la formación cultural de América Latina.

Es dable hacer hincapié en que Morandé destaca la supervivencia de esta religiosidad popular latinoamericana como el terreno donde se provoca una resistencia al proceso de modernización y secularización, bajo la afirmación de la primacía del *ethos* sobre cualquier tipo

de racionalidad estructural. El autor insiste en el aporte de esta nueva mirada sobre el *ethos* que permite la "búsqueda de una síntesis social que constituya al sujeto histórico en lugar de disolverlo en el automatismo de los mecanismos estructurales" (Morandé, 1984: 141).

En resumen, la revalorización de la religiosidad popular significa para Morandé la reconsideración de la problemática del sacrificio, que se traduce en un freno al desarrollo de las tendencias iluministas secularizadoras, constituyéndose en una concepción y práctica distintas a las impulsadas por la modernidad construida sobre una racionalidad formal.

Otro aporte de indubitable valor en la crítica social de la época es del sociólogo Enzo Faletto, un agudo y fino analista de la realidad sociopolítica chilena, académico y humanista comprometido —desde una perspectiva de izquierda— con la historia latinoamericana. Como señala Alain Touraine, fue una persona "cuyo papel en la historia intelectual del continente ha sido fundamental".

Fue autor con Fernando Henrique Cardoso del clásico *Desarrollo y dependencia en América Latina* (1985), con más de una veintena de ediciones en idioma español y traducido a diversas lenguas. Quizá el dato que dimensiona de manera clara el impacto de esta obra en la discusión sociológica y política internacional sobre Latinoamérica es haber sido elegida, en un congreso de la especialidad, entre los 25 libros más usados por los sociólogos del mundo que asistían a ese encuentro (Mayol, 2012: 281). A más abundar, la revista *Foreign Affairs* publicó en su 75° aniversario una sección con las opiniones de reseñadores acerca de los cinco o seis libros más importantes de esos tres cuartos de siglo. En la ocasión el especialista en temas del hemisferio occidental Kenneth Maxwell seleccionó la versión en inglés de Cardoso y Faletto, entre las razones esgrimidas se consideró el enfoque multidisciplinario y "la incorporación de lo social al enfoque del desarrollo de los países de América Latina" (Yozelevzky, 2004: 64).

En este texto se examina cómo el desarrollo social de los países de América Latina aparecían estrechamente vinculados a la formas de inserción al proceso histórico del sistema capitalista mundial, generando una poderosa corriente intelectual desde la propia complejidad del continente, para entenderlo como región o por países, bajo la llamada "teoría de la dependencia".

Esta fue una respuesta al estancamiento del modelo de desarrollo, basado en la industrialización por sustitución de importaciones, enfatizando el carácter de la dependencia e iluminando cómo este influye en la relación de los grupos sociales internos de cada país, en las formas de dominación específicas y por tanto, también en las respuestas de los grupos dominados.

Es innegable que la teoría de la dependencia recorrió críticamente el pensamiento latinoamericano en la década de los sesenta y aún hoy es aplicable, para algunos, para entender el proceso de reordenación económica bajo el modelo neoliberal, subordinado al capital financiero.

A nivel nacional, el aporte de Faletto es significativo en diversos trabajos de investigación en temas sociales y políticos del país, aportando miradas desde una más larga duración a problemas que preocupaban a intelectuales y a la política, como por ejemplo la polémica sobre si en Chile era posible distinguir o no la existencia de una burguesía o más concretamente una "burguesía nacional", lo que naturalmente implicaba el carácter de las 'vías de la revolución' y la perspectiva y profundidad del cambio sociopolítico. Paralela y consecuentemente determinar el carácter y complejidad de las clases medias y su inserción en la producción y la política.

Faletto, desde sus primeros trabajos con Touraine aportó significativamente a la caracterización de la clase obrera chilena y su papel en los movimientos sociales y políticos, destacando su heterogeneidad, que proviene desde las estructuras productivas y no propiamente de la clase. Esto lo llevó también a interesarse e investigar la presencia popular y obrera en los partidos de la izquierda chilena, el Partido Comunista y el Socialista expresado en su votación electoral y los fundamentos teóricos del Partido Socialista.

Indudablemente Faletto es uno de los intelectuales latinoamericanos más importantes en el esfuerzo para comprender la complejidad del continente, desde una visión amplia de las ciencias sociales.

En una similar línea de análisis se inscribe Hugo Zemelman, uno de los más destacados sociólogos latinoamericanos del período que en el texto *De la historia a la política. La experiencia de América Latina* (1989) refleja la madurez de su pensamiento, planteando claramente la construcción de soluciones metodológicas rigurosas para analizar la realidad histórica desde la perspectiva de lo político.

Zemelman polemiza con las concepciones evolucionistas de la historia y frente a ellas defiende una concepción dinámica de los procesos históricos, cuyo desenvolvimiento constante no implica necesariamente progreso. En su trabajo busca superar las teorías de lo político restringidas a la esfera del poder, definiendo, además, lo político como "la articulación dinámica entre sujetos, prácticas sociales y proyectos, cuyo contenido específico es la lucha por dar una dirección a la realidad en el marco de opciones viables", queriendo reubicar lo político, analizando la realidad histórica desde la perspectiva de lo político. García Canclini señalaba que aunque Zemelman demuestra una profunda preocupación por intentar una refundamentación teórica del conocimiento de lo social, esta no es su verdadera preocupa-

ción sino "mirar a la realidad histórica desde un concepto utópico del mundo" (García Canclini, 2001: 14).

La idea de Zemelman es romper con los sistemas teóricos a los cuales son tan aficionados el pensamiento académico universitario, para enfatizar una búsqueda de lo concreto y el rescate del sujeto social como generador de conocimiento. Esta pasión se ve reflejada desde sus textos empíricos de los años setenta sobre el campesinado, donde en forma casi obsesiva quiere rescatar la voz y conocimiento de los campesinos en una "toma de fundo"[2] en la Hacienda Culipran en Melipilla.

Para Zemelman es urgente un rompimiento con la academia. Luego, resulta necesario entender el pensamiento teórico como proyecto, estrategia y formas de lucha, redundando en el conocimiento como expresión de conciencia social, que se traduce en el esfuerzo por construir la realidad, descubriéndola.

En su decir, es el sujeto social el que debemos redescubrir en su espontaneidad y por eso debemos rechazar las ideas e ideologías que tiene escuelas y jefes, autoritarias, para abrirnos a aquellas corrientes sociales que —como la populista o la revolución mexicana, cubana o nicaragüense o la frustrada chilena de la Unidad Popular— iniciaron la búsqueda del pensamiento concreto fuera de las doctrinas y las escuelas.

Es este encuentro con el sujeto, de un pensamiento concreto anclado en la historia, donde Zemelman ve al intelectual que debe liberarse de marcos que le aprisionan en lo conocido como viable, sin lograr comprometerse con lo inédito que busca transformarse en viable. Así, la utopía deviene en "una dimensión epistemológica fundamental", donde construir la historia con la imaginación es igualmente científico que explicar lo ya acontecido. La preocupación epistemológica es, por lo tanto una moral, una fuerza, una esperanza y voluntad.

IV

En el contexto de esta periodización, se incluye la etapa que denominamos "La transición pactada a la democracia: nuevos actores y consensos, 1990-2014", en cuyo contexto descrédito de la política tradicional, marcada por una participación ciudadana más laxa y la irrupción de nuevos temas, aparentemente no políticos, en cuyo seno emergen otros movimientos sociales, fundacionales o con giros innovadores. Paralelamente, surge el debate sobre el carácter y el fin de

2 Acción de ocupación realizada al margen de la ley, por los campesinos pobres en contra de las tierras patronales no incluidas en la Reforma Agraria de 1967 o en las que se intentaba agilizar el proceso. Esta práctica acabó cuando se inició la represión del golpe militar de 1973.

la transición marcado, a pesar de la restauración democrática, por la supervivencia de algunos aspectos de la dictadura.

La expresión más clara de este problema fue la actitud de diversos intelectuales que criticaron esta transición pactada y bloqueada por una constitución heredada de la dictadura, centrándose en el cuestionamiento a la persistencia de un modelo neo-liberal y la urgencia de su cambio. El fin último de las críticas fue la búsqueda del desmantelamiento de los soportes dejados por la dictadura, en especial de la Constitución de 1980, cuyas bases ilegítimas y esencialmente antidemocráticas amparan un sistema electoral que inhibe la presencia de las minorías.

En términos de participación ciudadana y popular en el proceso de configuración de una salida a la dictadura cívico-militar que controlaba Chile hasta 1990, la presencia de los pobladores fue de alta importancia. Analizar su participación en este proceso histórico y en la historia de Chile en términos amplios, supone apelar al aporte de Gabriel Salazar, un historiador y sociólogo cuya principal contribución ha sido trabajar con los sectores populares chilenos desde la publicación de su primer libro *Labradores, peones y proletarios* (1985).

Efectivamente, la historiografía de Gabriel Salazar ha sido un hito en las generaciones recientes de historiadores que han optado por la historia social, una experiencia que madura en su texto *Violencia política en las "Grandes Alamedas"*, título que emula palabras del presidente Salvador Allende en su última locución al pueblo chileno el 11 de septiembre de 1973. Del texto en cuestión, hemos seleccionado el capítulo denominado "La revuelta de los pobladores", nombre con el que se buscaba definir el proceso de protesta popular estallado entre 1983 y 1987. En este trabajo el autor analiza la tradición levantisca de los sectores populares durante los siglos XIX y XX, a partir de algunas de sus intervenciones. Por cierto, Salazar establece una diferenciación entre los levantamientos decimonónicos, bastante más apegados a un modelo ligado al elemento "oportunidad" de los levantamientos posteriores que consideraron más el elemento "proyección".

Para Salazar, en términos historiográficos, los levantamientos y protestas populares fueron explicados, mayoritariamente, en el "léxico político y analítico corriente" como muestras de la vesania extremista que llamaba a ser rápidamente reprimida. Fue en este contexto que en 1983 irrumpieron las llamadas "jornadas de protesta" que el citado autor analiza bajo la sigla VPP (Violencia Política y Popular) que refiere a la multiplicidad de acciones realizadas por las masas populares en contra de los agentes represivos.

En este texto Salazar entiende el resultado de la "revuelta popular" como la más importante de las acciones de la VPP para la apertura

de la dictadura cívico-militar hacia la mesocracia política, "giro para el cual cedió a la clase media la carta clave en el naipe político de la retirada militar" (Salazar, 1990: 384), permitiéndole una aparente conducción transicional a la democracia liberal diseñada por la dictadura.

En síntesis, su texto presenta, además, el conjunto de hechos que hicieron de la Democracia Liberal de 1990 un experimento "liberal-populista" (Salazar, 1990: 389), analizando cómo la derrota del movimiento popular se produjo por un hecho ya conocido: no se pudo pasar de la protesta a la propuesta. Dejando en evidencia que el movimiento de VPP del período 1983-1987 se expresó de manera más clara y eficiente en los hechos que en la política.

Un aporte sustancial a la discusión en el Chile actual es el trabajo de la antropóloga Sonia Montecino, particularmente en sus análisis sobre cultura y género. Sus primeras publicaciones se remontan a la década de los ochenta del pasado siglo, donde reflexiona en una amplia temática desde el enfoque antropológico. En la presente antología hemos incluido un fragmento de su libro *Madres y huachos. Alegorías del mestizaje chileno* (1991), obra por la que le otorgaran el premio "Academia, 1992". Desde la lectura de su obra, basada en una sólida experiencia investigativa, es posible comprender las aristas que irán fundando sus reflexiones, que con la singularidad de su aporte rescata la condición histórica de la subordinación de la mujer chilena y latinoamericana por los patrones de la sociedad patriarcal y católica; la comprensión de la Identidad local y colectiva de —parafraseando al cubano José Martí— "Nuestra América".

Montecino plantea con radicalidad en el texto que seleccionamos la idea de que las diferencias entre los sexos y los géneros es "una construcción social" y "más aun, el deseo es ligar esa construcción con nuestra propia cultura y plantear algunas hipótesis provisorias para comprender la constitución de identidades femeninas y masculinas en nuestro *ethos*" (1991: 24). Sin lugar a dudas, esta es una pregunta por nuestra particularidad, identidad y singularidad que permite a la autora intentar una reversión de los paradigmas interpretativos eurocéntricos. En este intento, Montecino no pretende hacer tabla rasa de los cuerpos teóricos de esta proveniencia, sino releerlos desde nuestra experiencia. Su búsqueda es cuestionar verdades aceptadas en forma no crítica, como el patriarcado, la dominación y subordinación de la mujer y otros lugares comunes, construyendo una mirada de otredad, fundada en nuestro imaginario mestizo, de manera que esta nueva interpretación resulte, en su decir, "un poco más cercana a las vivencias pluridimensionales que conforman nuestro *ethos*" (1991: 25).

Destacable es su contribución a las Ciencias Sociales del país, si consideramos el particular carácter de la metodología aplicada al es-

tudio de los ámbitos antes señalados, la cual metafóricamente consideramos una trenza disciplinar. Perspectiva multidisciplinaria donde el análisis histórico, antropológico y literario establece diálogo con la elocuente y enriquecida escritura de Montecino. En esta medida es importante su aporte al pensamiento social chileno y latinoamericano de perspectiva crítica y multidisciplinar que resulta nutrido y enaltecido. En suma, estos aportes hacen merecedor el reconocimiento a su propuesta, donde los temas de género y mujer han penetrado las Ciencias Humanas como herramienta ideológica y sujeto de estudio con intención de develar las interrogantes sobre nuestra cultura y constitución como sujetos latinoamericanos.

José Bengoa es uno de los intelectuales contemporáneos que también despliega una rica mirada interdisciplinaria para enfrentar los diversos temas que trata. En sus obras, sustentado en un entarimado disciplinar que abarcan la Historia, la Antropología y la Sociología ha podido analizar procesos que engloban los movimientos campesinos en los setenta, el estudio de la Reforma Agraria, los movimientos o conflictos poblacionales, la historia del pueblo mapuche que produjo un profundo impacto y sus macrorrelatos sobre la hacienda en Chile.

Recientemente, sus reflexiones sobre el Chile actual han sido recogidas en una trilogía sobre la comunidad, donde la identidad, la cultura y la modernización compulsiva surgen como temas centrales.

Para el efecto de esta antología, hemos seleccionado un capítulo del libro *La comunidad perdida* (1996). El proyecto de Bengoa se inscribe en una "desesperada búsqueda de identidad" dado que "la ruptura con la comunidad dejó un hueco, un vacío de sentido" (Bengoa, 1996: 19). Pero detrás de esa pérdida existe una continuidad, ya que la identidad de este país ha estado basada en un modelo cultural global proveniente de la antigua experiencia rural de la sociedad, en el decir de Bengoa "la sociabilidad chilena urbana se ha guiado por pautas rurales tradicionales. Esto es válido hasta el día de hoy, no ha sido modificado por los sucesivos intentos de los modernizadores" (Bengoa, 1996: 57).

Esta tesis, contradictoria entre una pérdida de una identidad tradicional y una continuidad de una matriz oligárquica es la clave de la interpretación de Bengoa: podríamos casi hablar de la existencia de un *ethos* oligárquico-autoritario en el seno de la sociedad chilena que casi no se ha movido o modificado.

Los intentos de modernidad y el combate para superar la pobreza tienen que ver con un radical cambio en la cultura tradicional chilena, de matriz profundamente oligárquica; pero esta matriz no ha sido modificada hasta la fecha, de manera que la sociedad chilena sigue sosteniéndose sobre premisas no democráticas.

Por lo tanto, para Bengoa los intentos de renovación pretendidos en estos últimos veinte años por parte de la antigua clase alta chilena de origen oligárquico, es un fenómeno central que debemos analizar (Bengoa, 1996: 169). Pero "la sociedad chilena no se ha modificado en este aspecto central y que la matriz oligárquica continúa dominando sus relaciones íntimas".

"En algunos aspectos ligados a la economía, se podría decir que la élite se ha modernizado, por razones absolutamente naturales y propias de los tiempos; pero en sus relaciones sociales, en su visión del otro, del pobre, del trabajador, del medio pelo, del resto de la sociedad chilena, no ha cambiado un ápice" (Bengoa, 1996: 169). La interpretación de Bengoa sobre Chile está teñida de un cierto pesimismo, ya que al plantear que ese sustrato oligárquico de la sociedad chilena es casi imposible de modificar, las esperanzas de cambios son escasas.

Durante estos años se consolida la voz crítica de Tomás Moulian, un intelectual sumamente reconocido por su aporte en el mundo de las ideas y en política. Aunque su labor académica tiene un amplio espectro productivo con su obra *Chile actual: Anatomía de un mito* (1997) —paradójicamente considerado por la derechista publicación *Revista de Libros* del ya inefable diario *El Mercurio* como "el libro más influyente del siglo XX" chileno (Sader y otros, 2008: 131)—, sentó las bases de una fructífera discusión y se convirtió en un documento irrenunciable para aventurarse en el mundo postdictatorial chileno que instaló la figura del *gatopardismo* político como actitud frente al fin exitoso de la "operación transformista" del fin de la dictadura.

En los capítulos incluidos en esta antología Moulian desentraña las vicisitudes de lo que denomina "La instalación" y "El periodo de la (des)gracia". En el primero de ellos el autor narra analíticamente el proceso político zigzagueante, las rupturas y los temores de los partidarios de la continuidad pinochetista y de los constructores de la imagen del arco iris y de la metáfora de la casa-país construida por todos los chilenos, presentada en los *spots* publicitarios de la triunfante "campaña del No". Su análisis de este triunfo pírrico conduce al empantanado "de las dichas y desdichas del Chile actual". En segundo lugar, el autor muestra los vaivenes de los últimos retoques a la "estrategia transformista de la dictadura" y sus leyes de amarre que resultaron de la aplicación de los "poderes omnímodos" de una dictadura que en sus estertores mantuvo su poder negociador llevando la discusión a los espacios "cuyos hilos controlaban" (Moulian, 1997: 351). Su dura crítica arremete, sin dudar, contra la negociación concertacionista y la instalación de los miedos con "el cuento del enojo del ogro", que consideraba una eventual rabieta del dictador y, con ello, un retroceso en lo obtenido. Para Moulian esta fue la guinda que "coronaba la

torta transformista". Los hechos posteriores y la realidad política de una larga transición enfrentada por el Chile postdictatorial, parecen darle la razón a este crítico intelectual quien vaticinaba que después del plebiscito de 1988 —donde votó más del 85% de los inscritos— cambiaron "los titulares del poder, pero no la sociedad" plasmándose con ello el punto central del *gatopardismo*: "que todo parezca cambiar para que todo siga igual" (Moulian, 1997: 358).

Sin duda, la lectura del texto de Tomás Moulian es un necesario ejercicio para matizar la mirada esperanzadora y exitista del fin de la dictadura chilena, similar, por cierto, al fin de muchas de las dictaduras, que como una mancha de petróleo, contaminaron los mares de las democracias latinoamericanas —tal vez imperfectas, pero democracias al fin— de la segunda mitad del siglo XX.

Sobre el Chile reciente, se incluye en esta antología a Elisabeth Lira, una destacada psicóloga social cuya experiencia de la represión y tortura política durante la dictadura determinó fuertemente su trabajo intelectual futuro, y que se involucró directamente en las redes solidarias que se establecieron para proteger la vida de las personas perseguidas por sus ideas y su participación política.

Lira se dedicó en una primera etapa de la época más represiva de la dictadura a prestar asistencia psicológica a personas que habían sido torturadas, a familiares de detenidos desaparecidos y ejecutados políticos y a las familias que partían al exilio. Este trabajó comprometido con los afectados directamente por las violaciones a sus derechos humanos le proporcionó una mirada profunda sobre los efectos traumáticos de esa represión sobre las personas y la condujo a desarrollar una reflexión más amplia y especialmente de carácter histórico sobre la violencia en Chile.

Después de esta fase de atención directa a víctimas de la dictadura, Lira centró su trabajo principalmente en investigar y escribir sobre la transición, las políticas de reparación y de reconciliación en Chile desde una perspectiva histórica y política, junto con el politólogo norteamericano Brian Loveman de la Universidad Estatal de San Diego.

Lira junto a Loveman están trabajado en una nueva visión crítica sobre la historia de Chile desde la perspectiva de los conflictos políticos, incluyendo las políticas de verdad y reparación así como las políticas de impunidad como condición para la paz social, implementadas en el país desde el siglo XIX. Y también se encuentran analizando las actuaciones del Poder Judicial en relación con esos conflictos, especialmente durante y después de la dictadura militar.

Dentro de este contexto, para Lira el tema de la reconciliación después de una larga dictadura o guerra civil se vuelve su tema central y desarrolla una mirada crítica a los procesos de reconciliación reali-

zados en la transición chilena que buscan establecer políticas de olvido como condición para restablecer la paz social. Frente a ello, Lira plantea que, al contrario, la verdadera reconciliación requiere asumir el pasado y reparar a las víctimas, incorporando sus memorias.

Lira busca desarrollar una política de la memoria o del recordar que permita aliviar algunos de los síntomas de las experiencias traumáticas de la tortura y que se traduce en "el trabajo de la memoria de ese pasado en función de la vida".

En Chile después del fin de la dictadura militar y en el período de la transición democrático, a pesar que se formaron dos comisiones, una Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación (1990-1991) y otra Comisión Nacional de Prisión Política y Tortura (2003-2005) que develaron los efectos devastadores sobre las víctimas de las políticas estatales represivas, sucedió —escribe Lira— que "sin embargo, y paradójicamente, esos informes y las voces de las víctimas se suelen cerrar en el mismo momento en que se dan a conocer, y en poco tiempo se transforman en documentos simbólicos que concentra el horror del pasado pero no logran despertar un interés memorial precisamente por su penoso contendido, incluso entre las propias víctimas" (Lira, 2010: 27).

Lira ha abierto un importante campo de investigaciones sobre los efectos de las torturas, desapariciones y exilio, producto de las dictaduras en América Latina, y ha desarrollado una visión crítica de las políticas de reparación y memoria de los gobiernos democráticos de transición, que han impactado fuertemente en Chile y en América Latina en general.

Finalmente, José Marimán es actualmente uno de los intelectuales mapuche más destacados como un decidido defensor de la autonomía y autodeterminación de su pueblo. Su propuesta central no se reduce a una simple demanda por restitución de tierras, sino de la formación de una sociedad política mapuche con derechos propios y las exigencias de una nueva forma estatal basada en nuevas relaciones sociales y políticas entre mapuche y chilenos.

Marimán ha escrito numerosos artículos sobre las organizaciones y movimiento mapuche y sus diferentes propuestas de autonomía. En *Autodeterminación. Ideas políticas mapuche en el albor del siglo XXI* (2012) recoge y profundiza los principales ejes y temáticas de su pensamiento. Este libro ha tenido un fuerte impacto por su audacia y solidez teórica, al buscar legitimar la voz de un mapuche que desea explicitar lo que entiende por el pensamiento mapuche propiamente tal.

En sus escritos Marimán busca invertir el interrogante clásico de los antropólogos, sociólogos y/o historiadores que se preguntan qué son o cómo son los mapuche por el interrogante de qué piensan los *mapuche*. Por tanto, quiere exponer las ideas políticas de los mapuche por los mapuche y no por intermedio de otros.

Marimán destaca la aparición en los años ochenta de dos obras importantes que cambiaron la mirada sobre la historia y la política mapuche escrita por chilenos: *Historia del pueblo mapuche: siglos XIX y XX* (1985), de José Bengoa, y *Líderes y contiendas mapuche, 1900-1970* (1989) de Rolf Foerster y Sonia Montecino. A su juicio, estos textos —y otros, como el de Alejandro Saavedra— permitieron iniciar la construcción de una nueva narrativa de la historia del pueblo mapuche con una discusión acerca de la relación entre autonomía, autodeterminación y etno-nacionalismo. Este resulta en el punto central de la temática de Marimán, en tanto orienta su trabajo a establecer que la demanda de autodeterminación mapuche, comprendida como autonomía, esta disociada de lo que este considera como "la acostumbrada reivindicación etno-gremial campesina por tierra, desplegada" que ha persistido en el siglo XX en las organizaciones mapuche como una demanda economicista, asistencialista y culturalista. En sus palabras, "dicho de otra forma, la demanda de autodeterminación mapuche trasluce un debate interno en la sociedad política mapuche, que nos habla de la existencia de un discurso político que enfatiza lo etnocultural o las tradiciones cuando se imagina un futuro para los mapuche" que en base a la reapropiación de "una epistemología propia", con su cosmovisión y reflotar sus instituciones, busca "construir nuevos conocimientos a partir de nuestra cultura", y reflotar instituciones propias, para "salvaguardar y perpetuar lo original a los mapuche en una autonomía". Esta idea de autonomía va a la par con un discurso que resalta "lazos y derechos cívico-políticos, en su demanda de una forma estatal nueva de relaciones sociales y políticas entre mapuche y chilenos" (Marimán, 2012: 24-25).

Para este autor, uno de los mayores obstáculos que enfrentan los autonomistas mapuche en Chile es el nacionalismo en todas sus expresiones. De manera que una salida del todo o nada no tiene sentido en este contexto. Para esto plantea avanzar de a poco, sin miedo al compromiso, buscar la mejor estrategia para dar salida su demanda, es la tarea de los mapuche ahora.

De esta manera el conjunto de ideas de este autor configuran un importante aporte a la discusión del tema indígena en los actuales Estados nacionales latinoamericanos.

V

En síntesis, una somera reflexión a propósito del pensamiento social crítico en Chile supone comprender los grandes hitos que han marcado su historia reciente. En estos últimos cincuenta años las elecciones de Eduardo Frei Montalva y Salvador Allende Gossens, con percepciones e ideologías diferentes señalaron rumbos de cambio hacia el

progresismo y la transformación estructural de la sociedad chilena. La construcción de esta realidad fue producto del diálogo y la confrontación intelectual de una masa crítica de importancia, enriquecida por el influjo de intelectuales extranjeros, muchos de los cuales eran perseguidos por las primeras dictaduras del sub-continente.

En esta misma línea de análisis la dictadura cívico militar que gobernó desde 1973 a 1990 marcó las vidas de los intelectuales del periodo. Algunos fueron exiliados o muertos, otros subsistieron en el país en las denominadas ONG. No obstante, el lugar común fue la disociación de un grupo de intelectuales que habían marcado rumbos en Latinoamérica hasta ese aciago momento.

Para el caso chileno, además de las situaciones individuales consideramos atendible destacar, en cada uno de los períodos en que sistematizamos este trabajo, la importante contribución de centros productores de pensamiento y de intelectuales extranjeros, algunos —como ya indicábamos— exiliados políticos y otros avecindados en Chile.

En el caso del primer período es indudable la importancia que tienen las organizaciones internacionales instaladas en el país como CEPAL-ILADES, CELADES, ESCOLATINA, FLACSO con investigadores como José Medina Echevarría, Raúl Prebisch, Fernando E. Cardoso y Francisco Weffort (entre otros tantos), que teorizaron sobre el desarrollismo y la teoría de la dependencia, de enorme impacto en el pensamiento latinoamericano. En esta misma época es de alta importancia la presencia de Paulo Freire, quien en el gobierno de Eduardo Frei Montalva trabajó en ICIRA y CORA para la educación de adultos, experiencia que le entregó insumos experienciales para su obra *Pedagogía del Oprimido* (Gadotti, 1994: 37).

También fueron de importancia centros como el CESO de la Universidad de Chile, que contó con la participación de intelectuales brasileños como Theotonio Dos Santos, Vania Bambirra, Ruy Mauro Marini y la chilena Marta Harnecker quien introdujo en América Latina a Louis Althusser. En el periodo, fue importante el aporte de la Universidad de Chile en Valparaíso, donde Osvaldo Fernández estudia y da a conocer a Antonio Gramsci. A esto se suma el CEREN de la Pontificia Universidad Católica que incorpora a Franz Hinkelammert, Norbert Lechner, Sempat Assadourian; y la presencia de Luis Vitale en la Universidad de Concepción. Conjunto de aportes que muestran la alta producción intelectual del país en el entorno de los cambios generados por los gobiernos de de Eduardo Frei y de Salvador Allende.

En el segundo período, con el golpe de Estado y la intervención en las universidades, el proceso creativo y crítico se trasladó a las ONG, destacando el rol de FLACSO en el proceso de la renovación del pensamiento de la izquierda y los estudios sobre la modernización, donde

nítidamente sobresale Norbert Lechner y José Joaquín Brunner. Esta es la época en que emerge la Academia de Humanismo Cristiano y sus centros especializados en educación (PIIE), cuestiones agrarias (GIA y GEA) y economía del trabajo (PET) —entre otros—, a la par de centros independientes como SUR, CIEPLAN, VECTOR, CIDE y FASIC.

En este período, también es destacable el trabajo de creación e investigación del exilio chileno, como el grupo de historiadores de Londres (Nueva Historia) o el encuentro de Chantilly para la renovación del pensamiento político nacional.

El tercer período significa la crisis y la casi total desaparición de las ONG y la lenta recuperación de las Universidades como centros creadores y la individualización del trabajo intelectual, destacándose el esfuerzo inicial de investigación en universidades privadas como la Universidad Academia de Humanismo Cristiano, la Universidad de Arte y Ciencias Sociales y la Universidad Diego Portales. En estos años es interesante y novedoso el esfuerzo de creación e investigación para levantar propuestas e identidades regionales como es el caso de la Universidad de Tarapacá (Arica) y la Arturo Prat (Iquique) para el norte chileno o de la Universidad de la Frontera, en los temas indígenas o la Universidad de Talca en temas de cultura regional.

BIBLIOGRAFÍA

Casali, Aldo 2011 "Reforma Universitaria en Chile, 1967-1973. Prebalance histórico de una experiencia Frustrada" en *Intus-Legere Historia,* Vol. 5, N° 1.

Castillo, Alejandra 2007 *Julieta Kirkwood. Políticas del nombre propio* (Santiago: Palinodia).

Devés Valdés, Eduardo 2009 *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Desde la CEPAL al neoliberalismo (1950-1990) T. II* (Buenos Aires: Biblos).

Fernández, Manuel 2011 "Los intelectuales de izquierda y la construcción de un imaginario revolucionario para Chile y América Latina. La revista *Punto final* entre 1965-1973" en *Tiempo Histórico,* N° 2, pp. 65-84.

Gadotti, Moacir 1994 *Reading Paulo Freire. His life and work* (Nueva York: State University New York).

García Canclini, Néstor 2001 "Prefacio" a Zemelman, Hugo *De la historia a la política: la experiencia de América Latina* (México: Siglo XXI) 3° edición.

Mayol, Alberto 2012 "Dependencia y desarrollo en América Latina de Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto" en *Revista Anales,* Vol. 7, N° 3, pp. 281-282.

Pinochet de La Barra, Oscar 1975 *El pensamiento de Eduardo Frei* (Santiago: Aconcagua).

Richard, Nelly 2001 "La problemática del feminismo en los años de la transición en Chile" en Mato, Daniel (comp.) *Estudios Latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización II* (Buenos Aires: CLACSO) pp. 235-236.

Sader, Emir y otros 2008 "Itinerario de un intelectual chileno" en *Crítica y Emancipación* (Buenos Aires: CLACSO) N° 1, pp. 129-174.

Yocelevsky, Ricardo 2004 "Las contribuciones de Enzo Faletto al pensamiento latinoamericano" en *Estudios Sociológicos,* N° XXII, p. 64.

El consenso en torno al cambio social: ¿reformismo o revolución?, 1964-1973

.cl

Eduardo Frei Montalva

LA UNIVERSIDAD: CONCIENCIA SOCIAL DE LA NACIÓN*[1]

ES DIFÍCIL HABLAR DE LATINOAMÉRICA. Siendo tan iguales sus habitantes, somos diferentes en muchos aspectos y es peligroso caer en generalizaciones. Pero el análisis de lo que ocurre en cada pueblo muestra algunas constantes fundamentales que lo definen.

La Universidad debe saber lo que ocurre en este continente, que no es el mundo europeo ni el asiático ni el africano: es Latinoamérica, con sus propias tradiciones, errores, virtudes y elementos. Por eso *nuestro primer esfuerzo ha de ser el reconocimiento de las diferentes situaciones que exigen muchas veces un juicio y métodos diversos y, me atrevería a decir, una estrategia adecuada. Cualquier tentativa de imponer criterios uniformes a situaciones distintas hace imposible o estéril todo diálogo.*

DECISIONES QUE COMPROMETEN EL PORVENIR

Y el primer elemento de juicio consiste en reconocer el hecho de que en el hemisferio se está llegando a un punto en que se tomarán decisiones que comprometerán su futuro por un largo período histórico.

* Frei Montalva, Eduardo 1967 (1962) "La Universidad: conciencia social de la Nación" en *América Latina tiene un destino* (Santiago: Zig-Zag) pp. 15-45.

1 Discurso pronunciado en la inauguración del Congreso Mundial de Pax Romana, efectuado en Montevideo, julio de 1962.

Este ha sido el continente, con excepciones que no modifican la imagen, de "pronunciamientos" o "revoluciones".

Pero la verdad es que desde los años de la Independencia esta es la primera vez que se afronta —salvo y con reservas el caso mexicano y el cubano— una verdadera revolución. En tales naciones está en juicio el régimen, no simplemente las personas.

Asistimos al fin de una etapa histórica: es un sistema de vida que se agota, que no puede subsistir; diría más, que no *debe* subsistir. Hay una crisis de las instituciones, de los partidos, de las estructuras en que se fundan la economía y las relaciones sociales.

Las gentes se hacen hoy preguntas fundamentales sobre cuál será la mejor manera de organizar el porvenir: no de cómo salvar el pasado, porque saben que eso sería inútil e imposible.

Por eso en todos los planos de la vida individual y social se disputa sobre cuáles serán las ideas que van a inspirar el cambio, que lo van a dirigir, en un proceso que exige una respuesta total.

Y este proceso ha acumulado toda suerte de presiones que hacen cada día más difícil la aplicación de métodos evolutivos en el sentido clásico.

En América Latina *se* han prolongado por demasiado tiempo feudalismos financieros y agrarios; se han desconocido los derechos de las mayorías, en función de minorías, con privilegios excesivos y paralizantes para el organismo social. Por eso asistimos a un despertar brusco de aspiraciones largamente contenidas. A esto se agregan los inevitables efectos de una evolución científico-técnica, que no encuentra su cauce adecuado en estructuras sociales envejecidas; el ejemplo de los grandes movimientos que se operan en Asia y África: el fin del colonialismo y el fenómeno fundamental de nuestro tiempo que es el explosivo crecimiento demográfico.

América Latina, que llevó a cabo una revolución política a comienzos del siglo XIX, pero que conservó e hizo aún más rígidas las estructuras de su vida económica y social, asiste hoy a un proceso masivo de revisión de esas condiciones. Al mismo tiempo se produce el más rápido traspaso, en todo el mundo, de las poblaciones rurales a urbanas. Así se crean los impresionantes cinturones de subproletariados que aprisionan sus ciudades y constituyen un fenómeno nuevo y característico.

Este hemisferio se define por sus contrastes extremos. Frente a la ciudad con un centro esplendoroso, la barriada miserable, y a pocos kilómetros un campesino que vive y trabaja como en épocas remotas. Frente a la riqueza desproporcionada, la pobreza extrema, que puede medirse entre un grupo social y otro por el peso y estatura de los niños y por diferentes términos medios de vida. Frente a los que cuidan su grado de colesterol, los que defienden sus huesos del hambre.

Frente a la suntuosa ciudad universitaria, las desvencijadas escuelas rurales o el alto porcentaje de analfabetos.

El problema tiene así un ingrediente de angustia y de urgencia tal como ocurre cuando el mal se torna agudo y los remedios corrientes ya no surten efecto. La clase media y el proletariado no se movilizan solo por un porcentaje en el salario, ni se satisfacen con un reformismo tímido: plantean el problema del poder; su participación en la dirección de la empresa, en la propiedad de la tierra y en el acceso a la cultura. Esto significa, en una palabra, el paso de una democracia formal o restringida a una democracia auténtica.

Estamos, pues, frente a una emergencia. En ella, la gente no solo arriesga sus argumentos, sino su espíritu.

La tensión que sacude y atraviesa el continente no es; por tanto, la superficial batalla por cambiar los hombres, sino la búsqueda de las ideas que inspiren la existencia personal y social y, en consecuencia, la organicen.

TOMA DE POSICIONES

Es por eso que cada uno en su esfera está tomando posiciones: las toman los sindicatos, las masas campesinas, la juventud y los intelectuales. ¿Podría la Universidad quedar fuera de este cuadro que en muchos produce temor y en nosotros debe ser una incitación y una esperanza?

Yo creo que es imposible plantearse el problema de la Universidad sin verla integrada en este proceso. Hay países y épocas en que las diferentes instituciones pueden vivir con sosiego y desenvolverse dentro de misiones específicas. En otros lugares, en otros momentos, no es posible hacer lo específico sin comprometerse en la tarea central que determinará el curso de todo el porvenir.

Dentro de este cuadro, la Universidad representa un factor esencial. Puede, según los casos, contribuir a crear las condiciones para el cambio necesario e irremediable. Está entre las alternativas, si dicho cambio no es bien orientado, que ella llegue a ser simplemente el instrumento de un Estado que la use para sus fines.

Como un avance se logró la fórmula de la autonomía universitaria y la libertad académica, para escapar así de la influencia directa de los Gobiernos y sus órganos ejecutivos.

En muchos países constituyó una especie de baluarte adonde no podía llegar la intromisión del dictador de turno o del grupo político dominante.

Sin embargo, esa autonomía no significó una especie de asepsia doctrinaria. Al revés, la Universidad en muchos de nuestros países se convirtió en un centro activo de luchas ideológicas y políticas, la mayor parte de las veces con un sentido revolucionario.

En el fondo, la Universidad no pudo escapar al hecho de que pertenece a todo el cuerpo social y que en ella se expresan todos sus problemas. Como ente autónomo se defendió hasta donde pudo de la intervención política; pero en la práctica se convirtió en un centro donde la inquietud se tradujo en rebeldía.

Esto se hizo más evidente en la juventud que le dio a la Universidad su fisonomía. Ella tuvo su etapa romántica, y después una racionalista. Hoy la juventud universitaria ha madurado dentro de esta misma actitud rebelde. Por lo que he podido ver en algunos países latinoamericanos, se podría caracterizar por la búsqueda de un cauce efectivo que realice su afán revolucionario. Así hoy se concreta en dos líneas: la marxista y la cristiana.

Hay menos palabras y más dureza en el juicio. Hay una progresiva decepción ante lo establecido, que se podría resumir en una gran desesperanza en los instrumentos democráticos tradicionales y en las instituciones vigentes; la pérdida de fe en las clases gobernantes; una distinción entre lo que llaman democracia formal y democracia real. Estamos en presencia de una juventud más exigente y más comprometida en una lucha que se realiza no solo por el poder político, sino por el predominio en las inteligencias.

El triunfo, por ejemplo, del marxismo-leninismo —no me refiero a socialismos democráticos de tipo europeo— implicaría no solo un nuevo Gobierno, sino una nueva organización de la sociedad, en la cual la enseñanza en todas sus escalas, y, por supuesto, en la Universidad, sería un medio fundamental para imponer el régimen en la mente de varias generaciones. En ese momento, la autonomía no sería más que una mera ficción.

La Universidad no puede aislarse de este proceso histórico y en su medida podría ser un decisivo factor que lo oriente. ¿Está preparada para ello o anda la juventud por unos caminos y la Universidad por otros sin darle respuesta?

¿Es solo una máquina que produce profesionales que, al salir de la Universidad, se sienten frustrados?

LA UNIVERSIDAD: UN PRIVILEGIO

El título de este ensayo es *La Universidad, conciencia social de la nación*. Así se indica que la Universidad es parte de la nación, pues para ser conciencia se requiere integrar un sujeto. Sin embargo, en Latinoamérica, la Universidad más que una conciencia es un privilegio. Es un privilegio pertenecer a ella como maestro y más aún como alumno. En nuestro país, que no es el que está peor, el 19% de la población es analfabeta. De cien niños que se matriculan en la escuela primaria, un tercio la abandona en el paso del primero al segundo año, y el tercio siguiente, hasta

enterar el 66% de deserción, en el curso de la etapa primaria. En el nivel secundario, de cada cien alumnos que comienzan, solo terminan menos de veintisiete. Podemos decir, entonces, que de cada cien niños que nacen, menos de uno llega a la Universidad, y de esos sobrevivientes, ni dos de los cien son hijos de obreros o de campesinos.

Por eso decimos que llegar es un gran privilegio que no se consigue en una amplia y justa selección, sino en el reducido grupo que puede aspirar a pertenecer a la Universidad, porque se lo permiten el respaldo económico y la situación social de su familia.

Este problema tiene una mayor incidencia en este hemisferio, al revés de lo que ocurre en Europa, donde hay otros elementos formadores de una cultura o de una capacitación técnica: aquí la casi única oportunidad de adquirir una formación intelectual y profesional se reduce a la Universidad.

¿Existe conciencia entre los maestros y entre los alumnos del inmenso privilegio y responsabilidad que significa recibir una educación gratuita dada por el Estado como coronación de tanta ventaja?

La Universidad, por otra parte, tiene en nuestros países una gran posibilidad de acción. El pueblo la mira con respeto. Piensa que está por encima del partidismo político; tiene admiración por el saber, y siente que la juventud universitaria es limpia y generosa, en lo que no anda muy equivocado, porque en muchas ocasiones ha puesto su pecho frente a los tiranos, ha denunciado injusticias y le ha proporcionado ideólogos.

Por eso la Universidad es una fuerza social y una gran reserva moral.

Si examinamos este capital imponderable solo desde estos ángulos, sería de importancia preguntarse en qué forma podría servir mejor a la comunidad.

En primer término, llegar a ella debe ser la resultante de una selección que no puede fundarse en privilegios clasistas, sino en el aprovechamiento de los recursos humanos de cada nación, dando una oportunidad legítima no solo a los que tienen medios, sino principalmente a los que tienen méritos.

La forma de conseguirlo es un problema de becas o de otros procedimientos que pueden adoptarse de acuerdo con las modalidades de cada nación.

Aun así, los que resulten elegidos por un procedimiento u otro, tienen una deuda y una responsabilidad, que es de ellos en el orden personal y que es de la Universidad como institución.

LA CONTRIBUCIÓN DE LA UNIVERSIDAD

¿Qué esperamos de ella quienes deseamos seguir viviendo en un régimen democrático, pluralista, y al mismo tiempo responder a la ansie-

dad creciente y justa de nuestros pueblos, que buscan el aprovechamiento de sus recursos y mejores niveles de vida como una condición para el ejercicio de la libertad?

La Universidad tiene una misión decisiva en diversos planos. Una será crear un campo neutral para investigar los hechos. Estos países tienen problemas de desarrollo económico, requieren descubrir su propia realidad, explotar sus propias riquezas, conocer de una manera objetiva y real sus problemas. Hay un inmenso campo de investigación y estudio que debe sustraerse a la agitación superficial, al debate intencionado, y que puede abordarse en términos que podríamos llamar científicos.

En nuestra América, por la extrema tensión en que parece que siempre nos jugamos todo al control del Poder, las instituciones intermedias con autoridad y vida propia llevan una existencia condicionada y casi siempre raquítica. Un ilustre uruguayo decía: "En Latinoamérica la función política está hipertrofiada, es exagerada con respecto a la exigüidad de los círculos que deberían tener su propio desarrollo y su propio equilibrio".

Tal vez la Universidad se escape o pueda escaparse de esta ley, y ello puede ser trascendental.

Estos pueblos tienen anhelos, y la mayor parte de sus políticos, aspiraciones; pero son pocos los que saben cuáles son los hechos y menos los que podrían proponer soluciones racionalmente elaboradas a través de estudios en que se empleen los medios que proporcionan hoy los conocimientos científico-técnicos.

El planteo de los problemas no es tarea de aficionados ni de simples intenciones. En tales disciplinas se requieren conocimientos y especialistas que la Universidad debe preparar.

En este campo podríamos señalar un aspecto que nos parece esencial, y es el de la planificación económica, capaz de hacer un inventario de los recursos y de las posibilidades; indicar prioridades en las metas y en las inversiones; fijar las tasas de crecimiento y orientar y coordinar toda la actividad nacional para lograrlo. Sin el concurso decisivo de la Universidad, esta labor será imposible.

Naturalmente que otra función esencial de la Universidad en estos países consiste no solo en la investigación científica, que por múltiples razones es limitada, sino en mantener una corriente de información que permita aprovechar y seguir el avance de los conocimientos que se elaboran en los grandes centros científicos a los cuerpos profesionales y técnicos que prepara.

El gran riesgo de estas naciones es hoy la diferencia creciente que las separa de las más desarrolladas.

Hace cien años, la carreta que construían en nuestros campos nuestros artesanos era la misma que entonces construían los norteamericanos. Hoy algunos países copian la construcción de automóviles y por supuesto no pueden pensar en hacer aviones supersónicos ni lanzar proyectiles al espacio.

Estas diferencias reflejan su grado de avance en la investigación científica y en los recursos para mantenerla.

La Universidad debe organizarse para proporcionar a estas naciones el caudal científico-técnico, pues de otra manera la distancia entre ellas y los pueblos más desarrollados será abismante y, en consecuencia, resultará cada vez más difícil toda asociación libre y pacífica, porque inevitablemente el atraso y la impotencia acarrearán el odio.

No es suficiente, sin embargo, crear una élite representativa de todo el pueblo, ni mantener una adecuada fluencia e intercambio que permitan transferir el conocimiento de los avances de la ciencia y formar nuestros profesionales. Tampoco lo es que constituya un centro donde sea posible examinar los hechos y elaborar soluciones o planes que proporcionen una información técnica capaz de ser utilizada. Sería quedarse en un plano limitado, aun cuando ello signifique un progreso innegable.

LA MISIÓN CULTURAL

La Universidad tiene también una misión cultural. La ciencia y la técnica son elementos insustituibles siempre que las dirijan e inspiren hombres con una concepción de la vida. De otro modo, caeríamos en una especie de tecnocracia que carece de porvenir. El ilustre Openheimer decía hace poco en Chile:

> Quiero discutir algunos puntos, algunos problemas o tesis acerca de la naturaleza de la ciencia y sus relaciones con la cultura. Debo hacer una advertencia: es cierto, desde luego, y nos sentimos orgullosos de que así sea, que la ciencia es internacional y una misma, con pequeñas diferencias de énfasis, en China, en Japón, en Francia, en los Estados Unidos, en Rusia; pero la cultura no es internacional. En verdad, yo soy de aquellos que tienen la esperanza de que, en cierto sentido, nunca lo será del todo, de que la influencia de nuestro pasado, de nuestra historia, que por distintas causas y por referirse a pueblos diferentes son diferentes, se hará sentir y no se perderá en una homogeneidad total.

Nosotros esperamos que la Universidad sea capaz de guardar, enriquecer y definir el patrimonio de cada nación para no caer en un mundo monocorde.

Es necesario, pues, que ella "enseñe a cultivar los conocimientos humanos y afine por medio del ejercicio las facultades intelectuales del hombre".

Nosotros, en Latinoamérica, tenemos una tradición, una expresión propia. Tenemos también espacio físico y juventud. Esto también nos diferencia. Aquí hay todavía lugar para el hombre y, aun cuando nos vemos a veces un tanto blandos y cansados, en el fondo seguimos siendo un continente joven, donde aún muchas cosas son posibles, donde los caminos están menos rígidamente demarcados.

La Universidad debe impulsar la búsqueda de un camino propio. Hasta ahora tal vez nuestro mayor defecto ha sido la carencia de autenticidad. Somos un poco un continente humano de aluvión. Nos ha resultado más fácil copiar y vivimos como embobados en lo que hacen otros para repetir con escasa originalidad y sin reflexión las experiencias ajenas.

Alguien dijo que en el siglo XIX vivimos bajo la influencia de la Revolución Francesa, y, en este, de la Revolución Rusa.

No me resisto a citar estas palabras que me escribiera hace años Gabriela Mistral:

> Usted bien dice que somos países de repercusión.
> A causa, amigo mío, de una educación que solo ha desarrollado en los mozos una forma marginal de pensamiento.
> Debe seguir siendo muy grande nuestra quiebra de imaginación para que no haya en nosotros una pizca de creación ni realista ni utópica que nos lleve a intentar alguna empresa criolla.
> Estamos obligados a pensar que es la educación quien mutila a nuestra juventud, porque la razón no tiene amilanamientos y tampoco pereza…
> Debemos confesar que la "América inocente" del poeta romántico es una Ninfa Eco de cuerpo abolido, en carne de fantasma sin fuerza para el grito inicial. Y aquí la función no deriva del organismo, pues el continente es una masa formidable; por eso mismo, la invalidez para crear un módulo propio de vida da un asombro que resbala a cólera. Tantos años de vivir una vida americana, es decir, original; tanto énfasis como el que corre por nuestros textos escolares de historia, y venir a parar en que no hallamos para salvarnos sino la receta nazi o la fascista, o la comunistoide o la cavernaria, cualquiera menos la propia…
> Nosotros no resistimos el éxito en ningún campo. Nos embriaga como alcohol de madera o de caña, arrebatándonos la lucidez, nos evapora las flacas convicciones que tenemos y acaba por apabullarnos enteramente. El exitismo sudamericano es algo descomunal.
> Me conozco muy bien su cara vulgar; la he visto en la condescendencia ante el dinero, ante el poder estatal, ante la mediocridad personal afortunada. La victoria de tal o cual régimen nos convence como la macana con un golpe en la nuca y nos paraliza las facultades de reacción, entregándonos a cualquier caporal extranjero.

No es que piense yo en un provincialismo hemisférico o negar la influencia universal de estos hechos; pero sí pienso que está llegando la hora de que nos paremos sobre nuestros propios pies y pensemos con nuestras cabezas, para poder buscar solución a lo nuestro y expresar algo que sea un aporte que, por auténtico, tendrá valor.

Para lograrlo se requiere esfuerzo. No se puede crear con ligereza. Se necesita un ambiente de serenidad, de reflexión continuada, de estudios desinteresados. En una palabra, es preciso corregir esta superficialidad apresurada; superar la etapa del hombre orquesta que de todo sabe y opina, que pudo ser en el pasado expresión de las condiciones que presentaba el medio, pero que hoy perturba.

El pueblo está cansado de estos habladores, detrás de los cuales se halla el vacío.

Sobre todo es necesario crear una jerarquía de valores que no tenga como meta el exitismo que apenas alcanza para alimentar vanidades.

LA FORMACIÓN DE DIRIGENTES

En una gran medida la frustración de estos pueblos se debe a una carencia de dirección. Es demasiado frecuente comprobar como se expresan en grandes palabras los sufrimientos de las masas proletarias, pero también es dramática la incapacidad para traducirlas en fórmulas concretas.

De ahí también la quiebra moral de la fe pública, pues en el período de alcanzar el Poder todo se promete con la irresponsabilidad del que nada o poco sabe, y cuando se llega a obtenerlo bruscamente se descubre que era muy distinto hablar sobre los problemas que afrontarlos. De ahí nacen muchas de esas contradicciones que son verdaderas traiciones que están corroyendo el fundamento moral de la convivencia.

Ya es hora de que la Universidad tome conciencia social y proporcione ideas y cuadros de hombres responsables, capaces de conocer y decir la verdad de una manera objetiva, capaces de elaborar y utilizar fórmulas que no descansen en la intuición o en una ambición que se disfraza de *habilidad*. Este tipo de *habilidades* son las que nos han consumido. Deben ser reemplazadas por equipos que vayan más hondo y no sean meros improvisadores.

Esto es imperativo, porque ya no es tiempo para seguir cometiendo errores.

En tales condiciones, la Universidad podría ser un factor determinante para orientar los cambios inevitables, para que no caigamos en un oscuro período de violencia, que puede ser una alternativa, o prolonguemos en muchas naciones el dispendio de energías y reservas, que prolongan el sufrimiento de los pobres.

La Universidad puede proporcionar las élites dirigentes para este cruce histórico decisivo, dándoles una visión del mundo y una visión de nuestra propia América.

Esta América tiene indudablemente que buscar una expresión; pero no la puede buscar aislada.

Ya es un lugar común hablar de nuestra integración económica; pero hablamos poco de su integración política, porque desgraciadamente nos asusta cualquier paso grande y vivimos cada vez más sumidos en la querella interna, alimentando recelos y desconfianzas que agotan. Somos aficionados a las palabras altisonantes, pero nos asustamos ante los hechos medulares.

Estudiamos el paso del feudo a los Estados nacionales; asistimos hoy al paso de los Estados a Comunidades supranacionales que implican poder, extensos mercados, posibilidades de desarrollo y aprovechamiento de nuevas técnicas que exigen, por los costos de su aplicación, un basamento mucho más amplio que los Estados nacionales.

Pero donde la necesidad de aunar esta acción resulta más evidente es en el campo universitario. Actualmente la investigación científica, la especialización técnica y la disposición de elementos indispensables para mantener el ritmo del saber y los descubrimientos, no los pueden soportar sociedades reducidas.

Nuestro horizonte está limitado por nuestros débiles cuerpos: la visión reducida a la reducida estatura de nuestras preocupaciones locales.

No se trata solo de ampliar el mercado para comprar o vender cosas, no se trata solo de permanecer en la irremediable inferioridad de trabajar con métodos atrasados y maquinaria obsoleta; se trata de algo más profundo. De crear un ámbito humano que nos dé mayor amplitud en la visión, que nos haga crecer y tener una voz en este mundo.

Las Universidades deben formar un juicio claro; no podemos dar nivel de vida, ni podemos formar las élites correspondientes, si nos quedamos atrás en esta marcha. Ya nos hallamos atrasados y seguimos solo en verbalismos que provocan náuseas.

En este momento no solo soportamos una especie de succión económica, pues una espiral gigante chupa hacia arriba la crema de nuestro esfuerzo económico, sino, lo que es peor, una succión humana que nos arrebata la flor de nuestras capacidades.

Los grandes centros urbanos han debilitado a las provincias a través de un centralismo desproporcionado. Hoy somos provincias que comienzan a enviar a los grandes centros del poder lo mejor que tienen, exportando además su capital básico que es el hombre bien dotado, en el cual, para formarlo, se invirtió un costoso capital.

UN NUEVO ESPÍRITU

Esta gran concepción no va a realizarse a través de mecanismos internacionales donde acuden los representantes de determinados sectores económicos que vienen a defender sus intereses creados, que siempre son los intereses del presente. En cambio, esta es tarea de porvenir que necesariamente rompe con los intereses establecidos. No olvidemos que la Comunidad Europea se inició por decisiones políticas.

Y esto pueden entenderlo las Universidades y la juventud, que forman un nuevo espíritu.

Para cumplir esta alta misión, la Universidad debiera tener una unidad interior. De hecho no la tiene. Vivimos en una sociedad plural y la Universidad lo refleja.

Los diferentes grupos que comprende la vida universitaria tienen una distinta filosofía y, en consecuencia, una diferente posición. Me parece que debiera señalar cuál es la actitud de los cristianos en la Universidad y cómo la proyectan.

Es evidente que no deseamos una sociedad monolítica ni una Universidad sometida. Reconocemos la existencia de una sociedad pluralista. Luchamos por que sean nuestras ideas las que penetren o informen la nueva sociedad que está forjándose; pero rechazamos los métodos y la existencia de un Estado totalitario y su reflejo en la Universidad. No podemos pensar, ni actuar, sobre la base de que nuestra fe nos da derecho a una cierta pereza intelectual o a una superioridad automática. El compromiso es alcanzar el más alto grado de eficiencia y preparación en la disciplina escogida. Pero también dar la respuesta y la doctrina que sustentamos. Esto no significa el cómodo expediente de leer algunos textos o de vivir de enunciados. Significa trabajar en el campo teórico y práctico y mantener una vida que refleje las convicciones.

Nadie debiera superarnos en la audacia y en el valor para explorar en el campo teórico y para deducir la metodología y las fórmulas de la acción.

Los cristianos, muchas veces, descansando en la fe, no hemos elaborado suficientemente una filosofía de la acción, ni nuestros conceptos sobre la forma de las nuevas instituciones.

Está en el Evangelio de San Juan que "en el Principio era el Verbo". Es curioso y paradojal que sean otros los que en cierta manera lo recordaran. Es de Lenin la frase: "Sin teoría revolucionaria, no hay acción revolucionaria".

La formación teórica no consiste en conocer documentos y repetirlos. Se trata de un trabajo de reflexión, de profundidad y de confrontación con la coyuntura histórica y la realidad americana. Es necesario enriquecer con nuestra propia creación el acervo doctrinario y no correr tras los hechos.

Pero este esfuerzo teórico debe dar sentido a la acción. El cristiano no solo predica teorías. Las encarna.

He visto durante largos años, en muchos centros universitarios, el peligro de un activismo sin sentido por falta de doctrina. He visto a los que disfrazan su incapacidad en una especie de bohemia revolucionaria. Pero también en otros he visto una especie de angelismo. Son esa especie de gentes que no quieren comprometerse; preciosistas intelectuales de manos limpias que no quieren amasar la vida y que terminan siempre en una especie de soberbia estéril. En ellos se comprende la frase de Pascal: "Quien hace el ángel hace el demonio".

INTEGRACIÓN EN LA VIDA

Nosotros queremos una Universidad integrada en la vida y en el pueblo. Y eso significa aquí en América que los universitarios y la Universidad deben ser parte fundamental en la tarea de promover el paso de una sociedad burguesa y restringida a un nuevo tipo de democracia, para nosotros un nuevo humanismo, en que el trabajo alcance la plenitud de su destino.

En esta empresa la elaboración ideológica y el aprovechamiento de los nuevos conocimientos son una de las expresiones más altas y eficaces del "Amor al Prójimo". Ese prójimo al que es necesario dar condiciones de vida y de dignidad.

En América nosotros tenemos una palabra que decir y debe ser de resolución y de optimismo. Hay espacio y juventud y otros elementos.

Aquí, con todas las amenazas y a pesar de las dictaduras, hay una tradición de libertad. La juventud universitaria y muchos maestros la han definido.

Aquí ha existido una tradición republicana. Y en estas tierras, no es una casualidad, se organizó la vida social con un signo cristiano. Tenemos, pues, esos valores espirituales y esos recursos materiales que nos permiten trabajar con grandes ventajas. Por eso es que podemos pensar en que el paso de una sociedad a otra puede realizarse con métodos y condiciones que expresen este sentido humanista.

Para algunos la imagen de esta actitud no es tan atractiva como aquella de la violencia desencadenada. Sin embargo, imponerla exigirá un mayor coraje moral. Porque esta no es tarea de ablandamiento ni de compromisos. No puede seria. Es tarea de definición en el orden teórico y, lo que es más importante, en las actitudes.

Es necesario desenmascarar la mentira que nos rodea y hacer un proceso que clasifique las ideas y las palabras, que muchos distorsionan hasta convertirlas en caricaturas.

¡Qué inmenso destino tiene la Universidad, sus maestros y su juventud!

En este gran cambio histórico deben estar presentes para estudiar y enseñar no solo las lecciones abstractas de los que ignoran la vida, sino para abrir caminos y construir una nueva sociedad.

Su deber no es el mismo del político militante. Su integración en el pueblo no significa desvirtuar ni confundir sus funciones.

Yo diría, usando un pensamiento ajeno, que ella debe soportar el peso y la presión de las mayorías, pero que no se rinda nunca ante "la incurable facilidad del hombre para reunirse en torno a las simplificaciones más burdas; a desvirtuar las empresas más puras; a buscar su interés por el camino más corto e inmediato".

La Universidad debe, en este mundo tan velozmente cambiante, vivir el presente y fundamentalmente preparar el porvenir, pues solo se es libre por el ejercicio de los derechos y por el cumplimiento de la justicia.

Está escrito que "solo la verdad nos hará libres" y en las Universidades es necesario buscar con independencia la verdad y decirla. Así, en definitiva, encontrará la mejor manera de ser la conciencia social de la nación.

Clotario Leopoldo Blest

LA UNIDAD DE LA CLASE TRABAJADORA*

UN TEMA DE PERMANENTE ACTUALIDAD es la unidad de la clase trabajadora en sus luchas por alcanzar reivindicaciones inmediatas, como salarios menos miserables, una seguridad social que le asegure ingresos y servicios adecuados cuando las contingencias no le permitan un trabajo activo, instrucción y cultura superiores a sus hijos, etc., y, fundamentalmente, un nuevo régimen de convivencia humana basado en la justicia y la verdad.

Ha llegado a ser ya un principio que no se discute en el seno de las organizaciones de trabajadores, el que su unidad orgánica y de acción es condición esencial para triunfar en esta lucha contra quienes pretenden hacer permanente o prolongar esta etapa de explotación del hombre por el hombre.

Sin unidad no hay posibilidades de triunfo alguno dentro de este régimen capitalista.

Desgraciadamente aún existen ciertos sectores de trabajadores que por la influencia patronal y, principalmente, por un falso planteamiento político-partidista, pretendiendo defender un errado concepto sobre la libertad sindical, propugnan el llamado *paralelismo sindical*.

* Blest, Clotario Leopoldo 1968 "La unidad de la clase trabajadora" en *Punto Final* (Santiago) N° 64, martes 24 de septiembre, pp. 30-31.

Esta tesis ya se ha hecho efectiva en la ley N° 16.625 de régimen sindical en la agricultura, que autoriza la creación de organismos centrales paralelos, como las confederaciones y federaciones de trabajadores del campo. Los nefastos resultados de ella, evidentes en más de una ocasión, han enfrentado a hermanos contra hermanos con gran beneplácito y alegría del enemigo común de clase, la oligarquía económica representada en este caso por el latifundista.

La historia nos enseña, por otra parte, que los períodos de mayor angustia de la clase trabajadora han sido aquellos en que se encontraba dividida en facciones partidistas, como ocurrió con la Confederación de Trabajadores de Chile (CTCH). Las bases de la clase trabajadora exigieron a los dirigentes de aquella época arriar sus banderas para entregarlas en el congreso nacional constituyente de febrero de 1953, a la Central Única de Trabajadores de Chile (CUT), que concretó y simbolizó la unidad del proletariado chileno, obreros, campesinos y empleados. Esta triste experiencia antiunitaria en la historia de la clase trabajadora de nuestro país, no permitirá que vuelvan a crearse o prosperar instituciones divisionistas, cuya única finalidad es la de encender la guerra fratricida para alcanzar menguados beneficios políticos o personales. La conducta de estos traidores no tiene atenuantes y deben ser aventados del seno de la clase trabajadora, castigando aun físicamente, si fuere necesario, su maldad. Contra los traidores no puede ni debe haber conmiseración. Dura es la ley, pero es la ley.

Basados en este principio inconmovible de la unidad de la clase trabajadora, es necesario aclarar algunos conceptos y actitudes que se prestan a menudo a equívocos, y, por lo tanto, a la consumación de muchos errores e injusticias dentro del seno mismo de la clase trabajadora.

Desde luego es necesario dejar perfectamente establecido, que no es posible buscar la unidad por la unidad, sin contenido o finalidades claras y precisas. La unidad del proletariado está regulada por la finalidad que con esta unidad se pretende alcanzar. ¿Unidad para qué? No para jugar con esta palabrita tan manoseada, ni para "comerciar" políticamente con ella, ni menos para asegurarse prebendas que signifiquen para algunos vida fácil dentro de un sistema burocrático o que sirva de trampolín para llegar al parlamento, a algún municipio, asesoría o cargo público bien remunerado.

La unidad de la clase trabajadora es una herramienta, la más eficaz y positiva para alcanzar la transformación de nuestro régimen capitalista por el régimen de justicia social al que hemos hecho referencia tantas veces. Los trabajadores que concuerden con esta finalidad deben unir sus voluntades para lograrla. Los trabajadores que no concuerden con esta finalidad, están al margen de este concepto unitario. No es posible que pueda existir unidad honrada, leal

y efectiva dentro de las filas del proletariado que se encuentra en la barricada de su clase, si en sus filas aceptamos desclasados, amarillos, soplones u oportunistas.

La unidad debe estar basada en una clara concepción clasista. La unidad sin conciencia de clase no es unidad, sino que una simple parodia para adormecer y amortiguar la lucha de clases. No pasa de ser una simple palabra, cuyo uso ha de atraer como consecuencia fatal el desprestigio y muerte de las instituciones que la utilizan.

Fidel Castro, en un discurso que pronunciara en una asamblea de obreros eléctricos refiriéndose al período prerrevolucionario, expresaba lo siguiente, que nos viene a nosotros como anillo al dedo:

> Los obreros no pensaban como "clase". Los obreros pensaban como sector, como sindicato o como partido. Y las batallas hacia donde los orientaban, no eran las batallas por la clase, ni mucho menos por todo el pueblo. Los llevaban a pelear por una pequeña migaja más. Para el sector no importaban los demás sectores obreros, no importaba el resto de la clase, no importaba el resto de la nación, no importaba el que estaba sin empleo, no importaba el futuro. Y todo lo cambiaban, como aquel de la Biblia, por un miserable plato de lentejas. Cambiaban la primogenitura de la clase obrera, el derecho de la clase obrera a gobernar y dirigir el país, lo cambiaban por un miserable plato de lentejas. El futuro no importaba, y vivíamos en este círculo vicioso, siempre viviendo para el miserable presente, y siempre olvidados de un mejor futuro. Y esta era la mentalidad que los líderes sin conciencia revolucionaria, que los líderes mediatizados, que los líderes vendidos, los líderes al servicio de los grandes intereses le trataban de crear a cada sector obrero.

Es preciso que los sindicatos y gremios adquieran esta conciencia revolucionaria si deseamos que esta unidad de la clase trabajadora chilena sea fecunda y positiva, sea eficaz y auténtica. Los dirigentes gremiales y sindicales, sacudiéndose de la costra legalista, deben iniciar la jornada revolucionaria sindical utilizando el Código del Trabajo en la forma adecuada a la finalidad propuesta. Cambiar la cámara asfixiante de sus disposiciones en pulmones vivificantes de iniciativas y acciones determinadas a quebrar el régimen capitalista y no a tonificarlo o apuntalarlo.

Es necesario dejar perfectamente establecido que la acción sindical revolucionaria no tiene un carácter apolítico, ni menos antipolítico, sino que, por el contrario, es una posición eminentemente política, pero, de política de clase, no de política-partidista. La experiencia de la vida sindical chilena nos enseña que esta política unitaria de la clase trabajadora no solo es perfectamente posible realizarla en nuestro

país, sino que es absolutamente necesario superar la etapa exclusivamente partidista para entrar de lleno a la lucha masiva que, rompiendo los viejos esquemas de partido, abarque a todos los trabajadores como clase explotada. Esta unidad solo se alcanza con la acción misma revolucionaria y la obstruyen y dificultan la discusión intrascendente y bizantina, y los malabarismos dialécticos o escolásticos que hastían y frustran al trabajador chileno.

El sindicalismo es la filosofía de la acción y no de la discusión. El pueblo siente verdadera repugnancia por el *mangoneo* y quiere actuar responsablemente al margen de tutores dogmáticos y de los profesionales en el arte del engaño y la triquiñuela.

La juventud contemporánea se ha revelado abierta y decididamente en contra de estos viejos métodos y busca su propio camino. La juventud obrera y estudiantil está rompiendo estos diques y su fervor y pujanza no podrá ser contenida por quienes pretendan mantener el *statu quo*.

Fidel Castro en uno de sus discursos, al inicio del triunfo de la Revolución Cubana, expresaba: "Por encima de cualquiera tendencia partidista o de cualquiera cuestión partidarista, están los intereses de los trabajadores como clase y el líder obrero que no sepa esto, está incapacitado para ser líder obrero".

Para muchos, fundamentalmente para aquellos que tienen intereses creados que defender o que en una u otra forma usufructúan del actual régimen, esta unidad es una utopía, pero luego se convencerán que la masa trabajadora está en esta posición y la exigirá en sus congresos y asambleas, porque intuitivamente y por experiencia sabe que es la única unidad que la llevará al triunfo, y no otra.

El movimiento sindical chileno deberá adoptar resoluciones definidas sobre estas materias en el congreso de los trabajadores que se realizará en octubre, si no quiere seguir vegetando y más que eso, sufriendo toda la dureza de la prepotencia capitalista cuya estrategia de lucha es dividir para reinar. Ellos sí que han sido capaces de superar todas sus diferencias uniéndose férreamente como clase explotadora; es necesario también que los explotados entiendan que solo su unidad de clase los hará sacudir el yugo de la esclavitud capitalista.

Raúl Ampuero

PERFIL DE LA NUEVA IZQUIERDA*

"Si son violentos es porque están desesperados".
Herbert Marcuse

EL PROLETARIADO MARGINAL

En la tarea de incorporar nuevos ángulos de examen, nociones modernas y factores inexplorados a la elaboración de una política de izquierda realmente dinámica, no se podrá regatear un sitio destacado a los *rebeldes* de la democracia cristiana. Con una experiencia personal diferente de quienes vieron germinar su inconformismo dentro de los viejos partidos de la clase trabajadora, ellos aportan conceptos y valores en muchos aspectos originales. Los marxistas, por ejemplo, habían pasado junto al hecho social de la *marginalidad* con verdadera indiferencia; su horizonte sociológico se saturaba junto con verificar la presencia de las clases más representativas en el ámbito chileno: burguesía, proletariado, oligarquía agraria, campesinos. Las abigarradas multitudes que comenzaban a acumularse en la periferia de las grandes ciudades, caracterizadas por rasgos muy específicos en su comportamiento, se tendió siempre a asimilarlas a la categoría genérica de los trabajadores.

Mejor informado, el populismo democristiano halló en esas zonas humanas una poderosa plataforma social y la clave de sus pri-

* Ampuero, Raúl 1969 "Perfil de la nueva Izquierda" en *La izquierda en punto muerto* (Santiago: Orbe) pp. 193-213.

meros éxitos electorales. La nueva burguesía desarrollista y tecnócrata descubrió que esa masa de hombres y mujeres hacinados en precarias poblaciones suburbanas adoptaba conductas y obedecía a motivaciones diametralmente distintas de las que tipifican a la clase obrera. Provenientes en su mayoría del campo, sin experiencia de organización y desprovistos de jefes, desarticulados en medio de la urbe enorme, desarrollan un instinto de supervivencia individualista que los hace fácil clientela de los políticos profesionales, a cambio de trabajos menudos, pequeñas dádivas y favores administrativos. El espíritu gregario solo se manifiesta al nivel de las necesidades vecinales más primarias: agua, luz, vigilancia, terrenos, techo. Los domina, además, un estado de ánimo muy singular: han dejado atrás una forma de vida llena de privaciones, pero más segura y organizada, para comenzar una existencia incierta y a menudo miserable, y pese a todos tienen la impresión de progresar. La residencia en la ciudad los acerca a un conjunto de factores *civilizados* que fomentan esa sensación de *ascenso*, aunque no les sea dado aprovecharlos plenamente, como el cine, los deportes, la televisión, las escuelas, los diarios y revistas, etc., sin contar con la vaga e inescrutable atracción que sobre los jóvenes ejerce siempre la metrópoli distante.

El descubrimiento sociológico del proletariado marginal dio generosos dividendos a los nuevos administradores del poder. Fortaleció, para empezar, aquella falsa imagen de un Chile donde el fruto del trabajo nacional se repartiría entre dos *aristocracias*: la del dinero y la de los sindicatos; ambas insensibles ante el drama de los pobres de verdad. El freísmo aparentó tomar en sus manos la reivindicación de los más desamparados y les ofreció un ancho cauce de integración nacional; de paso, alistó contingentes de apoyo para una política demagógica y trataba de ocultar la verdadera raíz de clase de los conflictos económicos y sociales.

Debemos reconocer que el sentido diversionista de tal enfoque y de toda la ideología y los mecanismos de la *promoción popular* fue denunciado primero que nadie, en el interior de la democracia cristiana, por su oposición de izquierda, agrupada después en el MAPU. También es mérito de ella haber sacudido la indiferencia del pensamiento marxista con respecto a un sector social destinado a pesar de los acontecimientos políticos, producto elocuente de los desajustes de una sociedad capitalista que agoniza antes de madurar.

"VÍA NO CAPITALISTA"

El mismo sector rebelde de la democracia cristiana contribuyó a precisar el contenido y alcance de la llamada "vía no capitalista de desarrollo" como instrumento estratégico para operar la transición

del capitalismo al socialismo. Se ha preocupado particularmente de señalar que mientras el *socialismo comunitario* es el tipo de sociedad que se proponen como meta, la *vía no capitalista* es únicamente un conjunto orgánico de medidas específicas aplicable en cierta situación particular del desarrollo.

Alrededor de estas precisiones giró el debate previo a la escisión. Las condiciones para romper la marcha se crearían mediante una serie de actos de carácter económico, básicamente referidos a tres órdenes:

- Un programa de nacionalizaciones de la propiedad monopólica nacional y extranjera de realización inmediata (se establece y extiende un sector dominante de economía estatal, incluyendo todas las áreas estratégicas: energía, combustibles, telecomunicaciones, industrias de base y de exportación, materias primas fundamentales, etcétera).
- Reforma Agraria drástica y masiva que liquide las grandes explotaciones capitalistas y semicapitalistas (latifundio tradicional), impida el surgimiento del capitalismo en el campo y organice una economía campesina de diversos grados de socialización, según el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas y las condiciones locales de conciencia política.
- Control total por el Estado del sistema bancario y del comercio interno y externo, para que, junto con sus poderes sobre las políticas presupuestaria, de crédito, tributaria, de precios y remuneraciones, opere como instrumento de la planificación nacional de la economía.

Tales medidas, junto a otras complementarias, darían al período de transición una gran diversidad de formas:

- Un sector capitalista de Estado, que comprende aquella parte del antiguo sector mixto que no ha pasado íntegramente al sector estatal y las nuevas formas de economía mixta creadas transitoriamente;
- un sector capitalista no monopólico, que trabaja dentro de condiciones de operación determinadas;
- un sector de propiedad individual, radicado fundamentalmente en la artesanía y en la agricultura familiar; y
- un sector cooperativo incipiente.

Debe darse por supuesto que esta pluralidad no equivale a una *coexistencia pacífica* entre sectores de intereses contradictorios. Se añade que a cada uno de estos sectores fundamentales corresponden intereses de clases en pugna, de tal manera que la competencia entre ellos, a lo largo del período de transición, sería solo una nueva for-

ma de expresión de la lucha de clases. El proletariado asegura su victoria mediante su control sobre el nuevo Estado popular y por la consolidación final del sector económico público sobre las empresas capitalistas privadas.

SOCIALISMO COMUNITARIO

Llevó mucho más tiempo definir los contornos de la *sociedad comunitaria,* entendida como una integración coherente del derecho de dominio, los mecanismos económicos, la naturaleza social del Estado y las modalidades de la gestión, tanto en el plano político como en el ámbito de las diversas ramas y unidades productivas. En un comienzo, el ala conservadora de la democracia cristiana trató de reducir el *comunitarismo* a las estrechas fronteras de una forma particular de la propiedad en el seno de la sociedad tradicional, cuya peculiaridad residiría en *democratizar* el control sobre los medios de producción al promover el acceso de los trabajadores al ejercicio de ese derecho. En estos términos, el concepto carecía de novedad; mucho antes habían formulado ideas semejantes los devotos del cooperativismo y hasta los propagandistas yanquis del *capitalismo popular.* No era difícil demostrar que esos injertos comunitarios, esas islas de fraternidad obrero-patronal, no perseguían otro objetivo que el de *aburguesar* a los trabajadores o el de distanciarlos de la lucha por el cambio de régimen, o ambas cosas a la vez. No eliminan ninguna de las características que hacen del capitalismo un sistema de explotación.

Otra vez el ala avanzada de la democracia cristiana logró un positivo avance ideológico en la controversia. El comunitarismo pasó a entenderse como una concepción global de la nueva sociedad, incompatible con todo lo que es esencial a la sociedad burguesa. En el hecho, un modelo específico de socialismo que enfatiza la participación real y directa del pueblo en los órganos de gobierno y en las instancias económicas.

Desde otra dirección, se acercaban a las concepciones de la *democracia directa* y de la *autogestión* sostenida por los yugoslavos y rompían bruscamente con el reformismo freísta: el socialismo comunitario únicamente podía edificarse sobre la propiedad social de los medios de producción y bajo la protección del poder revolucionario. Pero la experiencia histórica los ha hecho menos *estatistas* que los marxistas de principios de siglo; el proceso según el cual un partido asume el gobierno en nombre de una clase para establecer en seguida su propia dictadura sobre el pueblo ha sido demasiado dramático y reiterado para enfrentarlo como mera hipótesis. De ahí que, sin negar al Estado el papel ni los poderes para sustituir drás-

ticamente la vieja ordenación social y política, se cuidan de proponer los mecanismos apropiados para garantizar su efectivo manejo y control por los trabajadores, mediante la autogestión de las unidades económicas en el marco de la planificación y a través de métodos pluralistas y democráticos de gobierno. Se busca, en realidad, inmunizar la sociedad nueva contra las deformaciones burocráticas y totalitarias y se asigna a la vanguardia partidista más bien el rol de guía persuasivo de las masas que el de encarnación carismática de un abstracto interés de clase.

OTRAS OPINIONES REBELDES

En el debate para una política popular de nuevo estilo habrá de darse especial consideración a las prevenciones rebeldes contra la tendencia a estimular las aspiraciones de consumo. Chonchol, en su informe a la Asamblea Constituyente, y diversos documentos programáticos del MAPU, denuncian esa línea de acción como táctica clásica de la demagogia populista, que conduce a frustrar al pueblo y hace el juego al capitalismo por su enorme habilidad para mistificar a las naciones subdesarrolladas con la imagen de consumo de los países industrializados. Parece entenderse que la perspectiva inmediata de alcanzar elevadas condiciones materiales de vida constituye una meta inalcanzable para el conjunto de la población, en naciones incapaces de generar los bienes y servicios que satisfagan las pretensiones de todos los grupos sociales. En cambio, la ilusión de poseerlos encandila y seduce a las mayorías, evita que tomen conciencia de la estrechez crónica del sistema y que se resuelvan a reemplazarlo, mientras canaliza la economía hacia la producción de bienes y servicios destinados a satisfacer un mercado privilegiado constituido por la oligarquía y la alta clase media. Secundariamente, esos grupos sirven de sostén al status de dominación, lo justifican y consolidan.

En otra escala, los *programas de promoción del consumo* habrían servido también al gobierno de Frei para movilizar a su favor una vasta aglomeración de campesinos, obreros mal remunerados y semicesantes, pobladores, empleados pobres, etc., en cuyo favor se habría producido una redistribución del ingreso, facilitándoles una relativa incorporación a los beneficios de la sociedad moderna.

Específicamente, esta ha sido la orientación de los programas políticos, incluido el del FRAP en 1964. En esa campaña se llegó a celebrar convenios públicos y masivos del candidato con diversos gremios nacionales, para garantizarles diferentes conquistas laborales anticipadas.

El criterio alternativo, lo explica Chonchol de la siguiente manera:

> Es necesario, sin embargo, sustituir en el contenido del programa las expectativas de aumento del consumo para todos los grupos sociales por objetivos nacionales compensatorios que permitan al pueblo sentirse incorporado a una tarea más grande que el "reivindicacionismo" inmediato. En todo caso, el compromiso económico del programa debe ser superar rápidamente las principales lacras de miseria que se observan en la realidad chilena, especialmente en materia de alimentación y habitación, y esto tendrá que ser a costa de frenar el aumento de consumo de los grupos sociales más favorecidos.

En el fondo, está en juego también la naturaleza profunda de la nueva política. Si se buscan nada más que votos, será ineludible participar en la competencia ofreciendo consumos adicionales y hasta superfluos; si el compromiso es con la revolución, un profundo viraje programático se impone.

Para el MAPU, el FRAP cumplió una positiva etapa al dar expresión política a los grupos más concientes y con mayor experiencia de lucha de la clase trabajadora, pero es ya una fórmula gastada e incapaz, política y orgánicamente, de aglutinar en torno al proletariado industrial a los sectores no proletarizados del pueblo en un frente de liberación que unifique a todos los explotados y los coloque en el camino de la revolución y del socialismo. Considera que el P. C., pese a su dimensión electoral y a su influencia, exhibe con más nitidez que nunca sus limitaciones, estrechamente asociadas a su ligazón ritual con la Unión Soviética.

Se plantea la creación de un *frente revolucionario* que no sea la mecánica reedición de anteriores experiencias al nivel de partidos. Un frente que sea la expresión directa de una lucha de masas generalizada y profundizada.

> Allí deberían encontrar traducción no solo los núcleos proletarios tradicionales mineros e industriales, sino también el proletariado rural y el campesinado, las más variadas gamas de trabajadores intelectuales del Estado y del sector privado, el movimiento estudiantil y, en general, todo lo que el movimiento de masas ha ganado cuantitativa y cualitativamente en estos últimos años. La amplitud, la cohesión y la fuerza del movimiento popular a este nivel decidirán su capacidad para superar los condicionamientos políticos de la izquierda tradicional. El frente revolucionario debe nacer de las entrañas de la lucha social y no del calentamiento electoral de los partidos[1].

1 "Documentación", N° 18, agosto de 1968.

"No habrá unidad popular en contra de los partidos políticos de izquierda", aclara Chonchol:

> La unidad de las masas, expresada políticamente en la unidad de sus instrumentos políticos, es la única vía real para llevar al pueblo al poder e iniciar la revolución chilena". "Ningún partido, sin excepción, tiene derecho a proclamar cuáles son los títulos y cuáles las dignidades que permiten participar en esta tarea. Aquí no existen títulos ni hay dignidades; solo existe la tarea y frente a ella todos los partidos de izquierda son iguales. Solo el pueblo podrá decir, en el transcurso de la lucha, quiénes merecen su confianza y quiénes se hacen acreedores a las más difíciles responsabilidades.
> Debemos combatir el sectarismo porque conduce a la división. Y la división solo favorece a los enemigos del pueblo[2].

LAS ELECCIONES EN TELA DE JUICIO

El revés electoral del FRAP en 1964 dio impulso decisivo a los núcleos marxistas disidentes, marginados con anterioridad de los partidos tradicionales. Pasaron a fusionarse en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria y a adoptar con mayor o menor sistematización el estilo y las concepciones estratégicas de la versión cubana del comunismo, al igual que los movimientos congéneres de Venezuela y Perú, protagonistas ambos de alzamientos guerrilleros en los años recientes.

Nunca antes un grupo político había rechazado tan drástica y definitivamente el empleo de las elecciones. Aun los partidos y tendencias colocados en las posiciones más extremas —como el trotskismo— aceptaban su valor instrumental y relativo, su vigencia como método de lucha en el contexto de una democracia burguesa más o menos normal. El MIR no. Sostiene simplemente que el mecanismo electoral ha probado históricamente su ineficacia para alterar la relación de fuerzas en la sociedad de clases, amén de atrapar a los partidos obreros en las prácticas del oportunismo, en las ilusiones reformistas, en el arribismo personal y en el abandono de la lucha directa de las masas contra los privilegios de los explotadores.

Tal radicalismo en la elección de los medios podrá discutirse en cuanto a su corrección política, pero difícilmente se podrá negar la utilidad pedagógica de una discusión en que por vez primera se objeta vigorosamente el empleo rutinario —casi profesional— de las elecciones en el campo de la izquierda. Siempre se ha formulado la salvedad de que ellas juegan un papel adjetivo en el conjunto de su estrategia, y

---

2 Informe Político de Jacques Chonchol a la Comisión Coordinadora Nacional del MAPU, 18 de mayo de 1969.

habitualmente se recuerda que en alguna etapa el desencadenamiento del la violencia reaccionaria hará indispensable la sustitución del voto por el fusil, pero la verdad es que los partidos tradicionales habían terminado por adecuarse íntimamente a los ciclos de las votaciones, a las exigencias deformadoras del parlamentarismo, a las prácticas políticas destinadas a traducirse en meros dividendos electorales.

El ineludible debate planteado por el MIR permitirá tomar conciencia cabal de la necesidad de una rectificación. En el documento en que aborda más orgánicamente el tema, afirma que Chile entró en 1967 en un período de profunda crisis económica, destinada a extenderse y profundizarse en los años siguientes; como consecuencia, se ha producido un enorme ascenso en el movimiento de masas; en los últimos años, obreros, campesinos y estudiantes se han movilizado cada vez con mayor energía y combatividad, entrando a definirse en el plano político en forma más real que en el ir y venir politiquero. En ese cuadro (febrero de 1968) las elecciones serán la respuesta de las clases dominantes al empuje de las masas.

> Dos procesos políticos distintos y contradictorios se cruzarán por todo un período. El legal, el institucional, el electoral por un lado, y por el otro, el no institucional, la movilización revolucionaria de las masas por cauces cada vez más combativos. Uno es contradictorio con el otro, uno tiende a negar e impedir el contrario. Las elecciones, y los reformistas lo saben, jugarán el papel de freno, buscarán encerrar las movilizaciones combativas detrás de la esperanza a futuro en un candidato, en una mayoría parlamentaria, en un cambio de gobierno, etc. El otro, el empuje, la combatividad de las masas, solo se podrá desarrollar al margen del primero, libre de mitos, combatiendo directamente con métodos revolucionarios por sus intereses. No solo al margen de las elecciones, sino en contra de ellas.

Y agrega:

> Desde el momento en que sabemos que ningún candidato puede llegar al poder por la vía electoral sin comprometerse con el sistema y que en el caso de lograr el triunfo sería de inmediato derribado ante la sola proclamación de la intención de herir los intereses de las clases dominantes, afirmamos que si los obreros y campesinos se dejan arrastrar por las tentaciones electorales, esto no constituirá sino un desvío histórico que no deberemos acompañar.
> Participar en las elecciones de hoy, es impedir de hecho el poder sentar las bases para el inicio de la lucha armada en Chile, es seguir dándonos vuelta en el círculo vicioso que ha frustrado a generaciones de revolucionarios.

Cuando analiza los efectos de la participación electoral afirma que quienes la justifican con el pretexto de tomar contacto con las masas para propagar las ideas revolucionarias, son víctimas del oportunismo. De esa manera se induciría al pueblo a confiar en el orden y la legalidad de la burguesía y a confundirse con el gastado trajín político tradicional.

Aun aquellas organizaciones que de buena fe optan por el aprovechamiento de la coyuntura electoral con fines didácticos, terminarían por subordinar los fines a los medios. Copados sus recursos en la dura competencia impuesta por la campaña, comprometidas sus fuerzas en una contienda cuyos resultados tienden a sobreestimarse a medida que se aproxima el momento de la decisión, contribuyen sin quererlo a dramatizar el litigio, a proporcionarle relieve y significación ante los ojos de la multitud. Los que ingresaron para aprovechar la audiencia y el clima, terminarían subordinados a los gestores del indigno juego.

Mucho de verdad y mucho de exageración. El absolutismo de sus tesis ha llevado al MIR a adoptar voluntarias normas de ilegalidad, a confinarse virtualmente dentro del campo estudiantil y ha revestido de gran aspereza la polémica con la izquierda oficial, pero el empleo de "acciones de choque" para producir el impacto sicológico y probar la vulnerabilidad y la putrefacción del sistema ha demostrado una mayor eficacia en la formación de la conciencia política, que la precisión de las consignas, el brillo de los análisis y la racionalidad de los programas. El peligro reside en la utilización individualista o anárquica de métodos que solo valen en la medida que sirvan a una perspectiva elaborada y responsable.

LOS JÓVENES EN LA REVOLUCIÓN

También el MIR ha tenido una participación importante en la incorporación de los estudiantes a la lucha política y social, en un nivel que sobrepasa la agitación tradicional. Particularmente los universitarios fueron siempre muy sensibles a los requerimientos de la libertad democrática —adversarios resueltos de los atropellos del poder y de las demasías de la dictadura— como apasionados y turbulentos en la defensa de sus aspiraciones corporativas, pero nunca antes había sido tan generalizado y absoluto su rechazo global de la vieja sociedad ni tan radicalizada su actitud política.

Difícilmente podrá hallarse explicación satisfactoria para un fenómeno que abarca tanto al mundo socialista como a las naciones occidentales, a los países ricos y también a los pobres, y tampoco es este el lugar para intentarla, pero las reflexiones de André Gorz acerca de los acontecimientos de mayo, en Francia, aportan alguna luz al respecto, al menos en lo que se refiere a las sociedades capitalistas.

Atribuye participación fundamental en la eclosión estudiantil a la veloz transformación técnico-científica y político-histórica acaecida en la última década, provocando un corte profundo entre las generaciones anteriores y posteriores a 1950, para establecer un dato cronológico de referencia. Los impresionantes y acelerados cambios científicos, técnicos, económicos y culturales tienen inmediata repercusión en el modo de vida y el grado de información y formación de los jóvenes, integran el patrimonio que condicionará toda su existencia futura, en tanto para sus progenitores serán frecuentemente inasimilables. La consecuencia es un instintivo rechazo de la autoridad de los mayores, en la misma medida en que la experiencia de lo pretérito deja de ser útil para posesionarse de las nuevas adquisiciones.

La ruptura de las clásicas relaciones de autoridad en la esfera familiar y escolar se inserta, además, en una crisis de la estructura social, y motivaría así el explosivo radicalismo estudiantil. Solo de esa manera se explicaría la prematura adopción de posiciones ideológicas extremas en una generación que aun no adquiere plena conciencia de su propia posición social e histórica.

Una segunda causa estaría en la diferente experiencia propiamente política de esas generaciones. En este orden de ideas, los episodios que le sirven de ilustración para sostener que los mayores de 30 años fueron formados por una serie de derrotas y por la experiencia del miedo, no parecen identificarse con los hechos capitales vividos por nuestra propia generación madura, salvo aquellos de relieve internacional y de proyecciones universales, tales como el temor a la guerra y la guerra misma. Sin embargo, sería precipitado rechazar totalmente la hipótesis. Es verdad que el temor a que las cosas empeoren, la línea del mal menor, las actitudes defensivas, constituyen una actitud mental característica de los viejos dirigentes populares, incluso de los más resueltos. Así, por ejemplo, el temor a las dictaduras militares les ha hecho comprometer su prestigio con los gobiernos civiles más arbitrarios y más incapaces, con lo que tampoco lograron impedir su colapso ni evitar el despotismo.

Argelia, Cuba, Vietnam, revelan otra mentalidad formada en la estrategia de la ofensiva, en la convicción de que la victoria no se alcanza sin riegos. Al calor de esos ejemplos, la juventud de hoy llega a pensar que no hay enemigo invencible.

Un último punto de ruptura tendría su fuente en la contradicción fundamental de las sociedades capitalistas; la existente entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción. Los nuevos contingentes profesionales y técnicos son cada día más difícilmente asimilados por el mercado burgués; los empleos son raros y no siempre tienen estricta relación con el nivel cultural alcanzado por los postulantes.

También es frecuente que la jerarquización empresarial coloque al graduado en una situación de dependencia funcional inaceptable, haciéndolo más consciente de la servidumbre de la educación superior con relación a los poderes patronales. Además, hoy son mucho más numerosos los hombres aptos para acceder a los centros universitarios, independientemente de las demandas puramente mercantiles de personal calificado, de manera que parece plantearse una aguda contradicción entre la presión por abrir a todos la enseñanza superior y la persistencia en dar a la cultura un significado utilitario, en términos de ganancia o de privilegios salariales.

Gorz sostiene, refiriéndose al caso europeo, que el movimiento obrero "tiene la suerte inmerecida de que los estudiantes en los distintos niveles, y los jóvenes trabajadores, en lugar de plantear el problema en el ámbito del sistema, lo plantean yendo directamente a las raíces: se radicalizan a la izquierda, aspirando a la supresión de las divisiones de clase y de la cultura de *élite*, y al advenimiento de una cultura universal (revolucionaria) en lugar de radicalizarse a la derecha reivindicando privilegios y el rechazo de la proletarización", y propone "un modelo de civilización y de desarrollo capaz de suprimir las barreras entre el trabajo intelectual y el trabajo manual, y capaz de generalizar el derecho a la cultura en cuanto deja de conferir privilegios, puesto que es reconocida la misma dignidad para el trabajo manual y para el intelectual, y cada uno es periódicamente llamado a desempeñar uno u otro (como ocurre en China y Cuba)".

No parece aventurado suponer que muchas de estas motivaciones operan también en Chile.

UN MUNDO QUE CAMBIA

Junto con enjuiciar la conducción del viejo P. S., primero desde su interior, y después desde fuera, la corriente socialista popular sometió a su crítica al conjunto del FRAP. No tanto por lo que hacía, sino más bien por lo que dejaba de hacer; por su creciente inercia. Se había creado para evitar la dispersión en el mando, para unir en una voluntad común al movimiento popular tradicionalmente bicéfalo; había madurado y conducido con acierto algunas batallas, pero luego había caído en una irritante modorra, mientras sus integrantes añadían cada día nuevos motivos de distanciamiento y de disgusto. El FRAP, en lugar de consolidarse como centro de elaboración de una política común, estaba reducido a las mezquinas dimensiones de un cartel electoral.

En el llamado a la Asamblea Constituyente (septiembre de 1967), en la carta al P. Comunista (abril de 1968) y en el Programa Político de la U. S. P. (diciembre de 1968), se desarrollan las líneas principales del intento más sistemático de dar nuevo contenido y expresión a la

política de izquierda. Ocupa un lugar destacado en las preocupaciones de la Unión Socialista Popular la tendencia a reducir el marxismo a un mero catálogo de sentencias, aforismos y consignas, justamente cuando la velocidad de las conquistas tecnológicas, las nuevas condiciones de la política internacional y los fermentos de subversión que brotan desde las capas más profundas de la sociedad contemporánea, ofrecen un panorama sustancialmente original, inusitado y hasta extravagante para los modos de pensar acostumbrados.

Un somero recuento de hechos revela en toda su extensión la crisis de esos esquemas mentales. La generación formada al calor de la Revolución de Octubre no habría imaginado jamás que dos grandes naciones socialistas pudiesen situarse al borde de la guerra, por ejemplo, como ocurre hoy con la Unión Soviética y la China Popular. Parecía un axioma inamovible que el socialismo eliminaría para siempre todas las causas de enfrentamientos bélicos. Tampoco era previsible esperar conflictos abiertos entre el interés internacional de los trabajadores y la independencia nacional, o entre los derechos de los pequeños y grandes Estados socialistas, como el caso reciente de Checoslovaquia. El papel mismo del Estado socialista ha variado sustancialmente en la práctica revolucionaria y en el concepto de sus teóricos más eminentes, despojándosele del aura mítica que lo rodeó en las primeras experiencias. La vigencia de la ley del valor en las etapas de tránsito a la sociedad nueva, como asimismo el lugar y el rol de los incentivos materiales en la construcción de la economía colectivista, son ardientes temas de controversia en todos los confines del mundo. Aun la religión, entendida como profesión de fe de las masas más que como estructura eclesiástica, juega una poderosa función de levadura y no de opio de los pueblos, cuando honestamente acerca la chispa de la dignificación del hombre a la paja seca de las multitudes escarnecidas y hambrientas.

Pero todo esto está lejos de las preocupaciones y de las angustias cotidianas de los líderes del FRAP. La conducta oficial consiste en reiterar que todo va bien, que no hay motivos de controversia, que las pequeñas desavenencias se arreglarán; una liturgia tranquilizadora pero vacía.

Los conceptos de *autonomía y responsabilidad nacional* de la vanguardia, sea esta un partido o una alianza de partidos, y de la *integración democrática de las fuerzas revolucionarias y anti-imperialistas* en escala mundial, constituyen también aportes reiterados de la U. S. P. Y los acontecimientos van justificando la necesidad de un vuelco acelerado en esa dirección. Si se persistiera en las anticuadas concepciones hegemónicas y monocéntricas, las trizaduras actuales tenderán a ser irreparables y aún a derivar hacia cismas abiertos; en cambio, la apertura de la *congregación comunista* hacia un frente amplio de agru-

paciones militantes, junto con crear condiciones para la elaboración creadora de una estrategia marxista, dinámica y moderna, estrechamente asociada a la evolución del mundo en que luchamos, estimularía la resistencia al imperialismo y acercaría el día de su derrota final.

CRISIS DEL ESTADO LIBERAL

También es relevante la insistencia en señalar la crisis del Estado liberal:

> La estructura del Estado chileno corresponde a la más estricta aplicación de las doctrinas liberales. Tiene su eje en el principio de la separación y el equilibrio de los poderes, en términos de que uno a otro se neutralizan con un sistema de generación y renovación deliberadamente destinado a evitar las mutaciones y los cambios institucionales profundos. En suma, un Estado políticamente concebido como elemento de conservación y económica y socialmente incapacitado para operar como agente activo en el desarrollo del país.
> Los mecanismos determinantes de su carácter fluyen de la elección separada del Presidente de la República y del Congreso; de la virtual autogeneración del Poder Judicial y de su papel decisivo en la calificación de la constitucionalidad de la ley; de la renovación parcial del Senado; de la debilidad de los órganos de representación popular a nivel municipal; de la ausencia de control democrático sobre las corporaciones económicas públicas y las instituciones de previsión, para citar solo los elementos más significativos.
> Estos elementos determinan ciertos fenómenos constantes en nuestra evolución política, tales como las divergencias entre el Ejecutivo y el Parlamento; el predominio de interpretaciones reaccionarias de la ley en la práctica judicial; la indefinición ideológica de las mayorías legislativas que impone un pragmatismo incapaz de orientar en forma coherente los cambios; la ausencia real del pueblo, en fin, en la elección de las alternativas políticas y en el manejo del patrimonio nacional.
> Estas características del Estado han determinado, de modo indirecto, la derrota y la frustración aun de aquellas colectividades que llegaron con mayores bríos reformistas al poder político. No afirmamos con esto que fue la estructura formal del Estado la causa principal de su fracaso, pero es innegable que, ante la imposibilidad de utilizarla como instrumento para modernizar el conjunto de la sociedad, uno tras otro, los nuevos partidos que tuvieron acceso al gobierno terminaron por aprovecharla en la forma más mezquina como botín electoral.
> Las consecuencias de este estado de cosas fueron varias: el crecimiento desmesurado de la burocracia con irreparable sacrificio de la inversión fiscal; el desmantelamiento de los frentes de masas en el caso de los partidos populares; la formación de una capa de altos ejecutivos en el sector público, ejecutivos que las empresas privadas succionaron poco a poco para incorporarlos a su propio escalafón social; la

> proliferación de nuevos clanes de inversionistas enriquecidos bajo la protección oficial, etcétera.
> Casi siempre el resultado fue el desprestigio público, la pérdida de empuje de las reformas, la descomposición de la burocracia como resultado de su oportunismo político, la quiebra de los partidos agrietados por pleitos internos y la acción de los profitadores. El viejo Estado ha seguido incólume, resistiendo las tentativas más diversas para remozarlo[3].

El juicio baja a las raíces y encuentra en la reivindicación del poder popular directo al nivel de las comunas una instancia destinada a proteger a los trabajadores de cualquier usurpación de su calidad de conductores. Concebida la comuna como agrupación orgánica de entidades vecinales y agente de promoción económica en el ámbito local, deberá tener una participación principal en la elaboración del plan económico, vale decir, en las decisiones claves de la vida colectiva y en el manejo efectivo de los medios de producción, más allá de los muros de la fábrica.

Hoy en día la municipalidad es una institución vacía de toda función de poder. Inclusive en aquellos casos en que se entregan a la autoadministración comunal recursos especiales para el desarrollo urbano, económico y social, se tiene el cuidado de crear órganos especiales, dominados por los grandes empresarios de la zona, para dirigir su empleo. Allí se acaba el *sufragio universal* y el *régimen representativo;* son las corporaciones industriales, mineras, agrícolas, comerciales, las que eligen a los administradores del *bien común*. Nada de "un hombre, un voto'"; allí la consigna es "tanto tienes, tanto vales".

TRAMPAS O PUNTOS DE APOYO

Ha sido una preocupación constante de los socialistas populares el hacer una valoración correcta de los llamados derechos democráticos y de las instituciones que, de un modo u otro, sirven o expresan esos derechos. No hablamos del enfoque teórico de la democracia burguesa en su conjunto ni del régimen electoral como instrumento para la conquista del poder; temas a los cuales nos hemos referido anteriormente. Se trata de adoptar una posición política congruente y evitar que una definición precipitada, como aquella que considera v. gr. las garantías constitucionales, las libertades públicas, los conflictos colectivos o la representación popular como meras *trampas* de la burguesía, se contradiga con la apasionada protesta que se levanta en favor de esas mismas facultades cuando son atropelladas. La U. S. P. juzga el aparejo institucional de la sociedad capitalista desde un ángu-

3 Programa Político de la USP, 1968.

lo histórico; reconoce que en su origen acoge con verdadera amplitud las aspiraciones generales del pueblo, como toda clase en ascenso; que en su madurez ha tenido que ceder al embate de la joven clase obrera en muchos terrenos, y que, finalmente, en el período de su senectud tiende a negar o a desnaturalizar todos los valores realmente democráticos, transformándolos en puras entelequias formales, en el armazón solemne de unos principios muertos.

El punto tiene importancia práctica, además, porque las masas no podrán comprender el repudio total de los derechos que fueron el fruto de largas y a veces sangrientas contiendas políticas y sociales —como los de organización y de huelga— protagonizadas por el proletariado, los campesinos, los estudiantes y las capas medias, vale decir, que pertenecen a nuestra tradición popular revolucionaria más auténtica. Ellas tienen conciencia de que forman parte de su patrimonio, de manera que, en esos casos como en otros análogos, el papel de una vanguardia ágil consiste en preservar el carácter ofensivo de tales instrumentos, en evitar que el conformismo y la rutina los degraden al nivel de simples medios de domesticación.

En otros tres aspectos, a lo menos, es meritoria la contribución ideológico-política de la Unión Socialista Popular a lo largo de su breve existencia: el énfasis que ha puesto en fortalecer la base social de apoyo de cualquier política avanzada; la consecuencia que exige en el comportamiento moral del militante revolucionario, y, muy particularmente, de sus jefes, y el examen de las fuerzas armadas en el cuadro de una sociedad dominada por el imperialismo. Sobre esos temas se ha dicho bastante, pero el último merece un corto comentario adicional. Los líderes cubanos difundieron la visión de un ejército con acusados perfiles mercenarios, participante activo en negociados turbios, técnicamente mediocre. Un ejército de "tierra adentro", esto es, carente de esa *sensibilidad fronteriza* que es propia de las naciones con límites terrestres. En otras palabras, un establecimiento militar que, por la condición isleña del país, difícilmente podría concebir y asignarse una tarea distinta de la policía. De allí, su típica conducta de exclusivo instrumento de dominación política.

Ese modelo no es representativo. Sin negar, por supuesto, la subordinación institucional de las fuerzas armadas al Estado de clase, debemos profundizar el análisis de su comportamiento en cada país latinoamericano concreto. Así no nos sorprenderán acontecimientos semejantes a los protagonizados en el Perú por los mismos oficiales que aniquilaron a sangre y fuego las guerrillas de la sierra, bajo la acusación de alzarse contra la oligarquía y el poder extranjero que hoy denuncian las propias proclamas de la Junta Militar.

Aníbal Pinto

DESARROLLO ECONÓMICO Y RELACIONES SOCIALES*

EL GOLPE DE LA GRAN DEPRESIÓN

La "gran depresión", como se sabe, golpeó con más fuerza a Chile que a cualquier otra economía exportadora en el mundo. Esto tiene que mirarse contra el telón de aquellas contradicciones agudas antes destacadas. En breve, la ruptura del sostén económico "dejó en el aire" a la organización social y a las expectativas económicas que habían surgido de él. Ni el cuadro político ni los patrones de gastos tradicionales tenían cabida en tal coyuntura. Sin embargo, la propia estructura sociopolítica creada impedía "volver atrás" o aceptar las consecuencias del encogimiento de la base exterior, como ocurrió en los países menos desarrollados de la región.

No es raro, por lo tanto, que los primeros años de poscrisis hayan sido marcados por una gran conmoción, que estalla en una inflación aguda y hasta en una "república socialista" de cien días. Sería largo especular sobre las razones de que no haya prosperado una salida radical. Aparte de muchos problemas "subjetivos", como la ingenuidad política de los aprendices de revolucionarios, presos de esquemas

* Pinto, Aníbal 1970 "Desarrollo económico y relaciones sociales" en Pinto, Aníbal; Aranda, Sergio; Martínez, Alberto y otros *Chile, hoy* (Santiago: Siglo XXI) pp. 18-52.

foráneos, calcados del experimento ruso, quizá el principal obstáculo para ello fue la tremenda y congénita debilidad del sistema económico o, si se quiere, del legado del "crecimiento hacia fuera". Por otro lado, la propia "diversificación social" y el consiguiente peso de los "grupos medios" hicieron más viable el expediente de una alianza de la derecha y de esos elementos. Atemorizados por el desorden emergente, los sectores partícipes del antiguo *status* se unieron para establecer "disciplina". Había que "ordenar" el reparto de la torta disminuida, salvando para los mejor situados todo lo que fuera posible. Las clases obreras, desorganizadas por la crisis del sector exportador, donde tenían su fuerza, no pudieron más que doblegarse ante la ofensiva.

Sin embargo, el nuevo arreglo, con su cimiento económico gravemente debilitado, no podía satisfacer por mucho tiempo a esos grupos medios representados por los partidos radical y demócrata. La restricción de la actividad del Estado, impuesta por el decaimiento del sector exportador y la ortodoxia financiera, fue el principal factor de alejamiento.

Pero hubo algo de influencia más decisiva en la coyuntura final del decenio de los treinta: el cambio en las circunstancias políticas externas. No hay para qué recordar cosas bien sabidas. Baste señalar que la expansión del fascismo aproximó en todas partes a "demócratas" y "marxistas". Unos relegaron transitoriamente su anticomunismo a segundo plano y los otros adoptaron una versión más holgada de la lucha de clases, subordinándola a la acción contra el "enemigo común".

LA NUEVA COALICIÓN

Chile es uno de los pocos países donde ese nuevo cuadro exterior se tradujo formalmente en la creación de un Frente Popular. Estaban dadas o eran propicias las condiciones internas: existía la estructura partidaria para tal alineación de fuerzas y, por otra parte, la oportunidad coincidió con el divorcio creciente entre los grupos medios y la derecha, a lo que aludimos más arriba.

Antes de analizar más a fondo la fase apasionante que se abre con el triunfo del Frente Popular en 1938, valgan algunas acotaciones marginales.

En primer lugar está el hecho de que la alianza derechista perdió por unos pocos miles de votos —aunque, claro está, disponía de la maquinaria del gobierno, que en ese entonces pesaba más que en el presente—. Su derrota se explica tanto por cuestiones de personalidades —su candidato era la imagen ostentosa de la "soberbia oligárquica"—, como por la incomprensión derechista de las repercusiones del

cuadro internacional[1]. De todos modos, lo que interesa mantener a la vista es el poderío relativo de la combinación.

El otro aspecto para registrar es que el Frente Popular, a fin de constituirse electoralmente, debió suavizar al extremo todas sus implicaciones izquierdistas, entregando de hecho el control del movimiento a la fracción conservadora y terrateniente del radicalismo[2]. Como sucede en estas alianzas, "el mínimo común denominador" se encontró en el ala más derechista.

A la distancia, y por comparación con gobiernos posteriores, los primeros años "frentistas" son recordados con afectuosa nostalgia por los chilenos de avanzada. Pero es necesario penetrar un poco tras la fachada para examinar los nexos y mutaciones socioeconómicas del período.

Desde el ángulo de los cambios sociales parece evidente que lo principal y duradero de la experiencia fue la oportunidad que estableció para la irrupción y crecimiento de las organizaciones representativas de la masa obrera, incluso la campesina, que quizá por primera vez hace sentir su presencia en el litigio democrático. En verdad, como ya vimos, el proletariado minero y urbano venía gravitando desde antes, pero no como fuerza independiente y legitimada. Las nuevas circunstancias permiten expandirse extraordinariamente a los partidos socialista y comunista. Vale la pena consignar que en las elecciones parlamentarias de 1941 esos dos partidos alcanzaron nada menos que el 32% de los votos. En otras palabras, la izquierda marxista llegó a controlar casi la tercera parte del electorado oficial —o sea, sin considerar analfabetos—. Huelga decir que en ningún país latinoamericano ha llegado a darse un fenómeno semejante.

Sin embargo —y he aquí el significativo reverso de lo anterior— aquella marea izquierdista alteró apenas el "sistema de poder", por lo menos en el sentido de transferir a los representantes de la masa popular alguna parte de la influencia efectiva en el manejo del país.

---

1 La derecha nunca fue "infiltrada" mayormente por los fascistas. A pesar de sus simpatías por Franco, resultaron más poderosos sus lazos económicos y culturales con la coalición occidental. El partido nazi que surgió en Chile a mediados de los años treinta tuvo su base en la clase media profesional. Fue, seguramente, junto a los integralistas del Brasil, la organización de este tipo más fuerte e influyente que actuó en la región. Otro signo sugerente de la aptitud chilena para calcar las formas políticas europeas.

2 El partido radical, a pesar de haber llegado a ser la organización principal de la clase media urbana y burocrática, tuvo desde su origen fuertes soportes en la minería nacional y en terratenientes al sur de la zona central. Estas dos alas, de poca significación cuantitativa en el presente, siguieron ejerciendo una gran influencia en el partido.

A propósito de esta realidad, en ese entonces, como después en otras coyunturas, fue muy corriente el decir que "la izquierda había ganado el poder político, pero no el económico". Si se entienden las cosas en su acepción sustantiva resulta más apropiado sostener que a pesar de los resultados electorales y la conquista de posiciones burocráticas, generalmente secundarias, la izquierda no llegó a tener siquiera el efectivo "poder político", esto es, los comandos de decisión —cosa que habría sido compatible con el dominio de la derecha sobre el sistema privado de producción, esto es, con su "poder económico"—.

Lo anterior es explicable si tenemos en cuenta circunstancias ya mencionadas: el estrecho triunfo del Frente Popular, la influencia del ala conservadora del radicalismo, la "moderación" política de la izquierda antifascista y la derivación natural de todo esto: la alianza de hecho de esa fracción rectora del partido de la "clase media" con los representantes o mandatarios de la derecha.

Empero, no debe subestimarse lo planteado más arriba: el Frente Popular, al abrir camino despejado a los partidos jacobinos de la izquierda, cambió el balance de poder del país. Desde luego, la derecha perdió toda posibilidad cierta de ser cabeza o eje de combinaciones políticas. De ese período en adelante, sus únicas posibilidades residieron en actuar "desde atrás del trono" y servir de "segundo violín" en las diferentes asociaciones imaginables[3].

LOS CAMBIOS ECONÓMICOS

¿Qué pasa entretanto en la base económica de este período, que un poco arbitrariamente podemos abrir con la crisis y cerrar con la posguerra, entendido esta en un sentido lato?

En contraste con las etapas anteriores, aquí podría decirse que —en alguna incierta medida— hay consonancia entre las transformaciones acaecidas en el nivel sociopolítico con las que tienen lugar en la base económica.

Para corroborar este aserto tenemos que partir de aquellas dos disociaciones básicas antes planeadas. Y desde ambos ángulos es posible discernir una atenuación de las disparidades.

Lo fundamental, sin duda, es que se modificó el punto de referencia, la estructura productiva.

Por una parte, desde el lado de la "contradicción económica", ocurre una diversificación del sistema, que se acomoda más cercanamente al patrón de la demanda, esto es, se eleva la capacidad in-

3 El triunfo de Jorge Alessandri en 1959 parece refutar el aserto. Pero no hay tal. Su victoria en 1958 se debió a la división del electorado en cuatro posiciones y, además, a que apareció como una figura independiente.

terna para satisfacerla o, dicho de otro modo, en la colocación del rector Molina se hace más "civilizada", menos primitiva, respecto a los requerimientos domésticos. Esto se manifiesta concretamente en la aparición y desarrollo de una serie de actividades que sustituyen importaciones y que, por lo tanto, permiten cubrir internamente esa demanda que ya no se puede llenar con el intercambio de bienes primarios por manufacturas. En breve, es la industrialización y sus efectos complementarios.

Sucede algo semejante en referencia a la disociación entre las formas sociales y la base económica, por cuanto las mutaciones descritas amplían el cimiento productivo de los grupos medios y de la clase obrera. La diversificación económica acarreada por la crisis del sistema exportador y las restricciones de los años de guerra, derivaron en un aumento de la concentración urbana y del empleo en la industria y en las actividades conexas. Por otro lado, aunque la política general es ampliamente favorable a la minería extranjera de exportación (se le mantiene un tipo de cambio ventajoso y se admite, en aras de la "colaboración al esfuerzo antifascista", la congelación del precio del cobre por los Estados Unidos), se consiguió por la vía de la tributación mejorar la participación del país en el ingreso externo. Esto amplía la base material y se une a una expansión sostenida del gasto y de los servicios públicos. En resumen, todas condiciones auspiciadoras para fortalecer y arraigar la presencia de los grupos medios y obreros, sin olvidar que el proceso permitió insinuarse con alguna faz propia a un embrión de empresariado industrial, que parecía diferenciarse de la derecha convencional.

En la leyenda política chilena se ha establecido una relación causal axiomática entre la evolución económica de esos años y el cambio político. No hay duda que ella tiene algunos fundamentos válidos: el mayor hincapié en la participación del Estado, el incremento de la demanda fiscal, los esfuerzos para mejorar el ingreso asalariado, constituyen elementos significativos del cuadro.

Sin embargo, también hay que justipreciar otros factores. Por de pronto está la gravitación decisiva de la coyuntura exterior: restricción de importaciones, alza del volumen de exportaciones, estímulo consiguiente y "obligado" de la sustitución industrial. La mejor comprobación de tal influencia se encuentra en el hecho de que en toda América Latina se manifiestan parecidas tendencias —y con diversos regímenes políticos—.

Por otro lado, el repaso de las inquietudes y direcciones políticas de esa fase induce a pensar que tanto los medios de izquierda como los de derecha tuvieron una conciencia muy vaga de lo que estaba ocurriendo o debía ocurrir en el sistema económico. Si se mira hacia

los contingentes del Frente Popular, fácil será apreciar que mientras el ala jacobina concentró sus miras en la política internacional y en las medidas redistributivas, el ala radical-demócrata se dedicó a reforzar sus posiciones en el aparato estatal y a penetrar con esa llave en la fortaleza económica de la derecha, vía instituciones de créditos, controles de cambios, empresas mixtas y otros arbitrios similares.

Claro está que también hubo decisiones en pro del desarrollo y una Corporación de Fomento, precursora en América Latina. Pero la historia fidedigna de estas iniciativas indica que su nacimiento, más que a las directivas políticas "frentistas", estuvo vinculado a un grupo de funcionarios y "tecnócratas", en su mayoría ingenieros, que les dieron forma y las impulsaron, aprovechando el respaldo personal de algunos monitores, como el propio presidente Aguirre Cerda. Sintomático de esta realidad es que la mayor parte de los hombres claves en las decisiones sobre fomento económico —y en el manejo de las instituciones creadas— fue de extracción derechista. Esto no implica ningún abono para los partidos conservadores, que se opusieron cerradamente a esa orientación, aunque con posterioridad no tuvieron empacho en participar y en beneficiarse con ella.

LA CRISIS DEL "FRENTISMO"

No se descubren nexos obvios entre el desarrollo económico y la crisis de la coalición "frentista", que culmina abruptamente en el primer codo de posguerra. La dirección de los hechos económicos no se modificó mayormente. Incluso algunas de las realizaciones más significativas del período, como la siderurgia Huachipato y la refinería de petróleo, pertenecen a la fase en que ya la influencia popular era mínima en el gobierno. Lo que ocurrió es que restaban el impulso y el modelo, ya con muchos intereses atrás. Al igual que en otros países latinoamericanos, ni las mutaciones políticas ni el mejoramiento transitorio del sector externo pudieron revertir el proceso, aunque en muchos disminuyera su ritmo.

Un antecedente sobresaliente en la erosión de la alianza "frentista" es la creciente solidaridad del ala derecha radical con los intereses propietarios. El intervencionismo estatal, en lugar de crear conflictos, estableció puentes entre sus fuerzas. Los consejos de los organismos de fomento, los directorios de empresas para-fiscales y de agencias de control cambiario o crediticio resultaron sitios propicios para olvidar las proclamas políticas que se recitaban en el exterior y para encontrar los muchos puntos de conveniencia común. Todo esto, dicho sea de paso, ante la casi completa indiferencia o desconocimiento de la "izquierda oficial".

Al tocar este tema resulta oportuno volver sobre una referencia que se hizo de pasada a propósito de la flexibilidad de la derecha chilena, condición que tiene mucho que ver con el fenómeno arriba descrito.

Esa flexibilidad se ha manifestado en dos planos principales. Por un lado, en el político, donde resalta su disposición para acomodarse a nuevas situaciones, cambiando la lucha frontal de un comienzo por la retirada posterior a líneas más fuertes, susceptibles de cuidar sus intereses primordiales. Para el éxito de esa conducta ha sido decisiva la expresión social de su ductilidad, esto es, la aptitud para atraer y recibir a los elementos que sobresalen en los cuadros ajenos y que, por supuesto, son asequibles. En Chile ha hecho historia y ha pasado a ser un personaje característico de su constelación política el joven rebelde de pequeña o media burguesía, por lo general provinciano, que es progresivamente "asimilado" por la derecha —aunque ello no implique mudanza en su afiliación partidaria—. El fenómeno, como es evidente, se aceleró y extendió grandemente con los cambios en el "balance de poder". La llamada oligarquía abrió más sus puertas, consciente de que por ese medio podía contrarrestar su debilitamiento y abrirse paso más expedito hacia las oportunidades creadas por la intervención estatal. Los otros, a su vez, siguiendo antigua tradición, no vacilaron en trocar influencias o poder por lustre social. Un aspecto digno de subrayarse es que rara vez los escaladores provinieron de o se transformaron en empresarios. La abrumadora mayoría de los políticos que entró al "mundo de los negocios" lo hizo en calidad de consejero, abogado, asesor o cualquier función similar, teniendo como título esencial su acceso y contactos con los mecanismos del Estado.

A posteriori es fácil ver que solo una política resuelta sobre tenencia de la tierra, *v. gr.,* una reforma agraria, podría haber distanciado a radicales y a derechistas o, si se quiere, aproximado a los primeros y a la izquierda. Pero en este punto, aparte de reiterar la afinidad del ala dominante en el radicalismo con la derecha, que componía un balance de poder contrario a tal reforma, hay que dejar en claro que los partidos socialista y comunista, en lo principal urbanos y mineros, tenían un lazo puramente ideológico con campesinos y pequeños propietarios, con quienes no lograron forjar eslabones firmes.

Si examinamos ahora el asunto atendiendo a la "masa radical", hay que tener en cuenta que el sistema imperante, en ese tiempo y con posterioridad, en general mejoró su *status* y su nivel de vida. Este es un hecho obvio que los izquierdistas no quisieron enfrentar, obnubilados por un esquema en que se dividía tajantemente el radicalismo entre una "minoría reaccionaria" y una "mayoría pauperizada y progresista". Lo efectivo, sin embargo, es que una gran parte de los grupos medios vinculados al sector público y al privado, a la vez que

elevaron sus condiciones de existencia, ampliaron la brecha que los separaba de la base obrera. Cualquier breve análisis de la evolución de sueldos y salarios o de la legislación social basta para corroborar ese fenómeno, que se refleja en todos los planos —en la educación, por ejemplo, en el inusitado incremento de la secundaria *vis à vis* el atraso o escaso avance de la primera—. Claro está que estas disparidades afectaron con menos claridad a los grupos obreros más organizados que pudieron, en alguna medida, mantener el paso. Y como los partidos de izquierda estaban principalmente vinculados a ellos, esto puede explicar la indiferencia de los mismos ante la progresiva diferenciación entre empleados y obreros en Chile, que es probablemente la más marcada que se registra entre los países más desarrollados de América Latina, por lo menos.

En estas circunstancias, como se ve, no había causa valedera de que la "masa radical" y sus esporádicos líderes, siempre figuras de segundo orden, se levantara contra su derecha. Por lo mismo, siguió con indiferencia, cuando no con alivio, el desalojamiento de sus ex aliados "frentistas".

Al concentrar la atención en los factores más políticos de la crisis del Frente Popular, vamos a examinar de preferencia los que tienen que ver con los partidos de izquierda, socialista y comunista. Aquí pueden destacarse varios aspectos.

LOS PARTIDOS MARXISTAS

El primero se relaciona con un elemento ya indicado; en conjunto, esas organizaciones resultaron incapaces de sobrepasar los objetivos puramente distributivos y que en definitiva favorecían de manera preponderante a los grupos más organizados del universo asalariado. Con eso fueron constriñendo su plataforma de apoyo, tanto más que esa conducta tenía implicaciones inflacionarias perjudiciales para el resto mayoritario de los asalariados.

Si se cala más a fondo en este punto, es posible discernir un fenómeno común a los partidos de ideología revolucionaria que, por una razón u otra, tienen que ajustar su acción al marco institucional existente. Enfrentar el desafío de promover reformas sin devenir "reformistas", en el sentido castrado de la palabra. A la postre, como ha sucedido habitualmente, o caen en la trampa o abandonan o son desplazados del esquema por su impotencia para cerrar la brecha entre la doctrina y las posibilidades objetivas de la situación. Miradas las cosas desde este ángulo adquiere mayor importancia la renuncia de las fuerzas izquierdistas para elaborar una alternativa de "desarrollo económico nacional", que asociara lo inevitable o circunstancialmente necesario de un modelo tolerante de la empresa privada con la

creación de bases y la apertura de caminos que perfilaran un norte más afín a sus convicciones.

El segundo aspecto que deseamos poner de relieve se relaciona con la "ascensión y caída" del partido mayoritario del ala izquierda "frentista", el socialista. Quien examine la experiencia chilena comprobará que en esa fase irrumpió uno de los pocos *partidos* verdaderamente "de masas" que ha habido en América Latina con la ventaja respecto a otros movimientos (como el peronismo o el getulismo) de una mayor consistencia ideológica. Él llegó a representar por sí solo casi el 20% del electorado, y su gravitación aparente excedía a ese porcentaje. Entre 1941 y 1945, sin embargo, su cuota disminuyó al 12% y el declive continuó en los años posteriores. A fines del decenio era una organización por completo marginal[4].

Solo podemos intentar un bosquejo del fenómeno, que probablemente tiene puntos de contacto visibles con lo ocurrido en otros países latinoamericanos.

Aparte de la rapidez de su crecimiento, que tiene lugar en menos de una década, lo que más interesa en el socialismo de esa etapa es su división en dos corrientes principales: una de inclinación "socialdemócrata" y otra apegada al "trotskismo". Sobra decir que ambas eran enérgicamente anticomunistas, actitud que se alimentaba en la pugna ardorosa por el control del mundo sindical. Aunque en este partido repercutieron algunos ecos de la experiencia mexicana y el ideario aprista, nunca llegó a delinearse una traducción chilena de las grandes categorías doctrinarias. De este modo, la "alienación" ideológica, aunque en menor grado que respecto a los comunistas, fue un factor de importancia en su incapacidad para encontrar respuestas nacionales.

Sobre el trasfondo de aquella división de corrientes se pueden discernir las dos fuerzas opuestas que corroyeron la organización. Por un lado se manifestó la descomposición moral y política de los que olvidaron las reformas en el lecho de Procusto del "reformismo". Por el otro, la inefectividad y la frustración de quienes no podían conjugar su postura verbalmente revolucionaria con el marco básico de la coyuntura. Los dos grupos, tirando cada uno de su lado, terminaron por destrozar la estructura partidaria.

Por último cabe analizar el papel del partido comunista en el proceso. Aunque en escala menos pronunciada que en el caso anterior, ese partido también experimentó un desgaste pronunciado en el período, que ayudó a reducir la gravitación de la izquierda en la constelación política. Entre 1941 y 1945, su votación bajó de 65 a 46 mil votos y

---

4 Cambia este cuadro en el siguiente decenio, que no es considerado en esta parte del trabajo.

su cuota electoral del 14 al 10%. Respecto a esta declinación, que lo mismo que en el caso socialista envuelve también pérdida de una gran oportunidad, la razón principal parece estribar en el peso abrumador que tuvieron las "variables externas" en su pauta de conducta. Los cambios de la situación internacional fueron la brújula de todos sus movimientos estratégicos y tácticos.

En tanto el cuadro exterior reclamaba la acción común contra el nazismo, todas las contradicciones internas se relegaban y con ellas también la posibilidad de cambios progresivos. Asimismo, cuando las circunstancias mudaron, los alineamientos y exigencias de la "guerra fría" pasaron a subordinar cualquier particularidad del panorama nacional.

No es el momento de abundar sobre esta cuestión por demás discutida. Solo nos interesa que ella implicó para los comunistas una meridiana "pérdida de contacto" con la masa popular, tanto o más preocupada de los nuevos problemas y opciones nacionales que de los lejanos, aunque vitales, eventos extranjeros.

Como se ha visto, el comprensible deslizamiento radical hacia la derecha, sumado a la disminución de influencia de los partidos socialista y comunista causaron el eclipse del Frente Popular. Lo curioso es que no hubo rompimiento estruendoso. Más aún, combinaciones que de hecho o abiertamente se montaron sobre acuerdos entre radicales y los partidos de izquierda se prolongan hasta fines del decenio. Sin embargo, se rompe el nervio de esas alternativas, el pacto de radicales y comunistas —y violentamente, en 1947, precisamente después que ambos partidos se habían unido para elegir presidente a González Videla—. La razón es clara: así como las circunstancias internacionales fueron decisivas para la aparición de combinaciones "frentistas", así también el término de la alianza contra el nazismo y la siguiente "guerra fría" resultaron más influyentes para su crisis que cualquier factor interior.

Recapitulemos ahora —para terminar esta parte—, el lado económico del proceso.

Dijimos antes que en el período que se abre después de la crisis y especialmente después del estallido de la guerra, la estructura productiva se modificó apreciablemente en el sentido de corresponder más de cerca a la "diversificación" social y política. Pero estos términos y su vinculación hay que entenderlos en su realidad dinámica. Esto es, si la primera se hizo más "moderna", también se acentuó la complejidad y "sofisticación" del cuadro social con la gravitación abierta de los grupos medios y obreros y sus organizaciones políticas. Se planteó así una "carrera" entre ambos planos, que puede sintetizarse en una competencia entre el ritmo d el desarrollo económico y el del "desarrollo político".

EL FRUSTRADO "TERREMOTO" IBAÑISTA

Quienquiera que hubiera analizado las circunstancias chilenas en los años que eslabonaron el decenio de los cuarenta con el siguiente podría haber presumido que la ruptura d el radicalismo con la izquierda daría origen a una alternativa política obvia y, en cierta medida, existente de hecho: la alianza del partido de centro con la derecha.

Los perfiles de la coyuntura parecían muy propicios para ese enlace. La guerra de Corea causó una expansión considerable del comercio exterior, que se propagó por la vía de los gastos fiscales y los créditos privados a toda la economía. Por otro lado, en parte por ese factor y más aún por haber "madurado" algunas inversiones principales iniciadas en años anteriores —sobre todo en la planta de acero de Huachipato— tuvo lugar un verdadero salto en la producción industrial. En principio, pues, estaban dadas las condiciones para una salida conservadora, que envolviera una consolidación del nuevo "establecimiento" sociopolítico que se había gestado en el segundo quinquenio de los años cuarenta.

Sin embargo, la realidad demolió estruendosamente tan razonables perspectivas. A fines de 1952, el ex dictador Ibáñez, sin contar con el apoyo de ninguno de los grandes partidos, arrasó con sus rivales y con la llamada "voz de las cifras".

A la distancia se pueden recapitular con alguna certeza las raíces del "fenómeno Ibáñez", las cuales dicho sea de paso, nunca quiso estudiar o comprender el oficialismo político[5].

En el fondo podría distinguirse la fusión de dos elementos claves: una personalidad carismática y la masa heterogénea de los "marginados" de todas las capas sociales, unidos nada más que por su descontento y separados por las más opuestas interpretaciones respecto al sentido e implicaciones de su candidatura común.

Esta combinación de elementos se manifestó con claridad en los primeros años del fascismo y el nazismo, pero no es extraña a América Latina. Perón y Janio Quadros son dos nombres que vienen de inmediato a la memoria, que asocian a parte de la extrema derecha, que anhela un orden autoritario, y a la masa despolitizada, atraída por las facetas populistas, convergiendo ambas corrientes en la antipatía por el "juego político" tradicional y por la inmoralidad en los asuntos públicos. No es una coincidencia que tanto Ibáñez como Quadros levantaran como emblema una escoba.

Para esclarecer la relación entre los términos básicos del fenómeno vale la pena recordar que Ibáñez, once años antes, intentó re-

5 ¡Una figura sobresaliente del radicalismo lo interpretó como una manifestación de "450 mil tontos"!

aparecer en la arena política como candidato de la derecha contra el representante radical Juan Antonio Ríos, que agrupó al frentismo y a una fracción liberal y consiguió derrotarlo con amplitud. De nada valieron entonces el magnetismo del general y las evocaciones del "Chile nuevo" de los eufóricos años finales del decenio de los veinte, lo que es prueba suficiente de que "el horno tiene que estar para bollos" para que irrumpan los caudillos providenciales.

Evidentemente, si en 1941 las condiciones reinantes no eran apropiadas, las cosas habían cambiado mucho en 1952: el mito personalista brotó en terreno abonado.

Una razón meridiana fue el desgaste del radicalismo después de casi tres lustros en el poder. Si bien los años postreros (1950-1952), como dijimos, se caracterizaron por el dinamismo relativo de la economía, ese "boom" transitorio no consiguió atenuar el disgusto de gran parte de la opinión pública con un régimen que se estimaba huérfano de ideas, carente de solvencia moral, frívolo y zigzagueante. Por otro lado, las ganancias eventuales de esa fase pasaron desapercibidas ante el recrudecimiento de la presión inflacionaria, originado por elementos económicos bien notorios, pero ligado también directamente al debilitamiento de la plataforma política del gobierno y al acosamiento de sus enemigos desde todos los ángulos ante la proximidad de otra elección presidencial.

Hay otro aspecto en la historia del vendaval ibañista que merece recuerdo y análisis: la división de sus adversarios en tres corrientes, que disputaron tanto entre sí como con el triunfador[6].

La significación de este aspecto no radica, a nuestro juicio, en que otra composición de fuerzas podría haber cerrado el camino a la victoria de Ibáñez. Lo que interesa destacar, en cambio, es la reiterada demostración de miopía política ofrecida en esa instancia por los partidos de derecha y el radicalismo. Y decimos reiterada porque ya en 1946 había ocurrido algo similar[7].

En verdad, existían, como se ha visto, condiciones objetivas meridianas para que radicales y derecha llegaran a un acuerdo. Esto se reflejaba hasta en la personalidad de sus candidatos. El radicalismo había elegido a una de sus figuras más conservadoras —amén de respetable—. La derecha había salido de sus yermos cuadros partidarios para levan-

---

6 La derecha levantó a Arturo Matte Larraín; radicales y democristianos a Pedro Enrique Alfonso; y los comunistas y una parte de los socialistas, a Salvador Allende. La otra facción socialista apoyó a Ibáñez.

7 En las elecciones de ese año, los partidos de derecha se dividieron entre Eduardo Cruz-Coke (conservador) y Fernando Alessandri (liberal). Una fracción radical apoyó al segundo, en tanto que el grueso del partido respaldó a Gabriel González.

tar un candidato ligado a las finanzas y la industria, de visión social amplia y que había colaborado con gobiernos radicales anteriormente.

Sin embargo, pudieron más los exclusivismos partidarios y la insensibilidad respecto a lo que estaba ocurriendo en el subsuelo social con el catalizador ibañista. Es, sin duda, un ejemplo típico y, además, representativo del peso que tiene en Chile la estratificación partidaria.

Por otro lado, debe subrayarse que el divorcio de los sostenes del "establecimiento" infló las proporciones de la victoria de Ibáñez, creando el espejismo de una onda arrolladora que lanzaba por los aires todo lo existente.

La realidad más allá de los cómputos electorales era diferente. El Chile "oficial", de derecha, centro e izquierda, estaba desarticulado y atónito, pero las circunstancias objetivas e institucionales en que afincaba sus raíces ciertamente no habían desaparecido. Más aun, si el peligro no los había unido antes, él estrechaba ahora sus filas, asociando también a la extrema izquierda que tenía pesadillas con el fantasma de una segunda edición de la dictadura.

Vale la pena anotar que la realidad descrita se encontraba reforzada por una característica del proceso político que, por desgracia, no es exclusiva de Chile. Nos referimos al hecho de que no estando sincronizadas las elecciones presidenciales con las de parlamentarios y regidores, es corriente que cada mandatario elegido tenga que lidiar con agrupaciones hostiles o, por lo menos, divorciadas de la combinación que llega a La Moneda. El sistema, aparte de reducir el dinamismo de los nuevos gobiernos en su coyuntura más propicia, es un horno auspicioso para calentar tensiones y abrir camino a todos los juegos paralizantes de la politiquería personal y de capillas.

Con ese cuadro al frente, es razonable presumir que la única oportunidad hipotética que tenía el ibañismo para asentar su triunfo residía en aprovechar el golpe electoral para desencadenar de inmediato una acción de corte revolucionario capaz de montar las bases de otra estructura de poder.

Pero esta alternativa encaraba obstáculos diversos y poderosos. El primero, de naturaleza política, ya fue delineado: la "santa alianza" emergente de todas las agrupaciones que, por razones distintas, querían defender la institucionalidad vigente.

El segundo, también mencionado antes, provenía de la debilidad orgánica del movimiento triunfante; macizo en apariencia pero heterogéneo hasta la caricatura, sin equipos dirigentes, y carente en absoluto de cualquier esquema o programa de conducta.

Por último está el hecho de que la situación económica se deterioró abruptamente en 1953. El comercio exterior perdió entonces el impulso originado en el conflicto de Corea y sufrió las consecuencias

de la segunda contracción de posguerra de la economía de los Estados Unidos. Gobierno y Congreso, como de costumbre, habían girado sin prudencia sobre las ganancias del auge anterior, de modo que la mudanza de circunstancias causó un efecto considerable, acelerándose el ya fuerte ritmo de la inflación.

Se planteó, en consecuencia, un dilema vital para el régimen cuyas dos alternativas levantaban incógnitas amenazadoras. Si rompía los moldes constitucionales para iniciar una transformación radical del *status* general, encaraba el peligro de consolidar en su contra a todos los grupos políticos tradicionales —desde conservadores hasta comunistas—. Si, por el contrario, perdía la primera hora de máxima popularidad y de menor vigor relativo de sus opositores y amoldaba su gestión a los canales institucionales establecidos, se exponía a la inevitable maduración de las debilidades orgánicas del movimiento a que nos referimos antes.

Los dirigentes del ibañismo zigzaguearon entre esas alternativas durante algún tiempo, tratando, en cierto modo, de combinarlas. Se manejaron la presión popular y amenazas más o menos veladas de cerrar el Congreso como un medio de arrancar de la mayoría opositora concesiones políticas. Hasta cierto punto, en una primera fase, esa táctica tuvo cierto éxito. Como otros gobiernos anteriormente, el de Ibáñez consiguió extraer del Congreso una ley de facultades extraordinarias que tuvo la misma suerte de otras: un alud de decretos y disposiciones inconexas que aparte de crear, fundar o "reestructurar" organismos no logró alcanzar la transformación "orgánica" del aparato público.

A la postre, sin embargo, el gobierno de Ibáñez debió entenderse con el sistema político tradicional. La aceleración inflacionaria de los años 1954-1955 y sus secuelas político-sociales lo llevaron a una asociación de hecho con los partidos de derecha, para realizar un programa antiinflacionario diseñado por la misión Klein-Sachs y con amplio respaldo oficial de los Estados Unidos. Los trazos y peripecias de esta experiencia han sido por demás examinados, de manera que aquí solo resta agregar que esa combinación política se extinguió con el escaso éxito y los problemas creados por aquel programa. Al final, la administración Ibáñez quedó prácticamente sin respaldo organizado de cualquier clase y con la oposición más o menos abierta de todas las fuerzas. Sin embargo, es digno de anotarse que la figura de Ibáñez no perdió por completo su popularidad. Algunos arrestos izquierdistas de la fase postrera de su administración —como la derogación de la ley de "defensa de la democracia" y la extensión de beneficios sociales, especialmente la asignación familiar a los trabajadores del campo— ayudaron a mantener su contradictoria imagen "paternalista", conservadora en esencia pero distante y hasta opuesta al cuadro de ideas y actitudes tradicionales de la derecha.

EL TRASFONDO SOCIAL DE LA ACELERACIÓN INFLACIONARIA Y DE LAS POLÍTICAS ORTODOXAS DE ESTABILIZACIÓN

La primera y gran irrupción de las masas "marginales" que ocurre con el ibañismo no tuvo contrapartida en ningún cambio correlativo en la estructura económica o en la tasa de crecimiento —que se retaca sensiblemente a partir del primer trienio de los años cincuenta[8]—. De allí que la asociación de una más extensiva presión social *y* el empeoramiento de la coyuntura exterior en 1953 llevaron naturalmente a la aceleración del proceso inflacionario en 1954-1955 —para lo cual, claro está, también se sumaron los elementos políticos antes recordados—. Otra vez, entonces, reaparece y con extremada fuerza la incongruencia de los movimientos en esos dos planos esenciales.

Sin embargo, ese agudo desajuste no llegó a desbordarse, ni en "hiperinflación", como muchos auguraban, ni en un estallido social, como otros suponían. En los hechos fue (transitoriamente) paliado con uno de los más drásticos y ortodoxos programas de estabilización ensayados en América Latina y cuya pieza básica fue la disminución del porcentaje de reajuste de sueldos y salarios y el control de las remuneraciones[9].

Esa experiencia, ampliamente discutida en los medios económicos en términos de los enfoques "estructuralistas" y "monetaristas" de la inflación, no llegó a serlo desde el ángulo sociopolítico, a pesar de su interés e importancia indudables. En este plano, como de costumbre, la dirigencia política no fue más allá de las consabidas denuncias y defensas en términos de los "clisés" conocidos.

Había razón de sobra, empero, para entrar a fondo en el asunto. Antes que nada por la extraordinaria pasividad de los medios asalariados frente a una decisión que vulneraba una de sus reivindicaciones más arraigadas frente al proceso inflacionario del país, como era la de los reajustes anuales según o cerca del alza de precios.

Repetimos que esta cuestión no mereció mayor atención, de modo que no está de más un intento de formular algunas hipótesis de lo que aparece, a la distancia, tan difícil de entender. El asunto, por lo demás, tiene un interés más duradero, ya que en la administración posterior también se repite, aunque con menor intensidad, una compresión semejante de los aumentos nominales de remuneraciones sin que ello cause mayores tensiones sociales.

---

8 Salvo en los años inmediatos a la gran depresión, en este período se alcanzaron los incrementos de precios más elevados de la historia chilena, más de 70% para 1955 y más de 10% en los meses críticos.

9 El reajuste establecido solo compensaba la mitad del alza en el costo de la vida. Sobre este y otros asuntos del período, véase Instituto de Economía, 1963.

A nuestro juicio, la situación descrita (que bien podría repetirse en otras coyunturas) podría explicarse a la luz de los efectos altamente discriminatorios de toda norma *general* sobre sueldos y salarios, tanto si ella pretende elevar las remuneraciones como si mira a su restricción en términos reales. En lo que respecta a los grupos más organizados, que se desempeñan en el llamado "sector moderno" de la economía, ellos difícilmente son alcanzados por las disposiciones antiinflacionarias. Su mayor "capacidad de negociación" les permite defenderse, al igual que ella los convertirá en los mayores beneficiados en el caso de una política de signo contrario, como parece haber ocurrido en coyunturas más "progresistas". La masa desorganizada, que trabaja en las demás actividades o tiene empleos precarios u ocasionales, se encuentra en una situación muy diferente, por no decir opuesta. Son los más perjudicados, en un caso; y los que menos pueden aprovechar, en el otro, ya que son limitadas sus posibilidades de reaccionar en una y otra situación dada la debilidad estructural de su posición en el mercado de trabajo[10].

De este modo, las políticas restrictivas golpean con más fuerza a los más débiles, a los que tienen menos oportunidad para enfrentarlas y, en cambio, afectan en menor medida (o en ninguna) a quienes se hallan en la otra situación. Esta parece ser la causa básica de la "viabilidad política" de algunos ensayos ortodoxos de estabilización en América Latina. Como se comprende, si las repercusiones fueran de opuesto carácter —esto es, si afectaran y antagonizaran de preferencia a los grupos más organizados—, sería muy difícil que las medidas restrictivas prosperaran, salvo por períodos muy breves o/y con una represión política considerable. Esta realidad y los eventuales efectos sobre el dinamismo del sistema económico y el nivel de empleo parecen constituir las contradicciones más flagrantes del tipo de política comentado y que no es posible examinar con mayor detenimiento en esta ocasión.

EL REGRESO DE UNA COALICIÓN DERECHISTA

La consecuencia principal de la crisis del movimiento ibañista fue la recuperación completa de la estructura partidaria tradicional, ahora con una diferencia muy significativa: la aparición y el crecimiento vigoroso de otra organización centrista, el Partido Demócrata Cristiano. De este modo, la prevaleciente disposición "triangular" de las fuerzas —derecha, radicales, izquierda socialista-comunista— dejó paso a una "cuadrangular".

---

10 Que no es igual que en el "mercado político", por lo menos en los grandes actos electorales y cuando se ha producido su incorporación política "primaria". Se vuelve sobre este vital aspecto más adelante.

Después de la lección de 1952 y a pesar de la frustración de la "revolución pacífica" del ibañismo y su contenido antipartidario, un observador distante habría imaginado que las organizaciones en pugna encontrarían los medios para superar la fragmentación y aglutinar bloques con mayores posibilidades de acción. En realidad, no parecía haber impedimentos esenciales para diversas combinaciones del centro y la derecha, suponiendo que la izquierda deseaba asentar su personalidad independiente y se encontraba separada de los otros grupos por sus definiciones frente a la política exterior.

Sin embargo, a la postre, aquella división cuadrangular se mantuvo, más por el peso de los celos partidarios y de las personalidades que por razones de profundas desavenencias de perspectivas. Lo curioso es que, en cierto modo desde el ángulo estrecho de sus consideraciones, todos salieron gananciosos.

La derecha, desde luego, consiguió imponer su candidato, quien, aparte de esas fuerzas, atrajo a buena fracción del electorado independiente, sobre todo femenino, con su reputación de austeridad y competencia. No sería errado suponer que algo del mito ibañista o, mejor dicho, de lo que cierta masa esperaba de Ibáñez, se transfirió a otro perfil paternalista.

Los demócrata-cristianos, con su candidato Eduardo Frei, conquistaron una indiscutible posición como movimiento político. Los radicales, aunque relegados al cuarto lugar en la elección, afirmaron la recuperación de su maquinaria partidaria y se colocaron en lugar propicio para cualquier composición futura. Por último, la izquierda, por primera vez separada de sus antiguos aliados, emergió como la segunda fuerza electoral en el "cuadrado" político[11].

Como en la administración anterior, el nuevo presidente inició su gestión con un gabinete que intentaba reflejar la composición de sus efectivos propios, ligado más a la "tecnocracia empresarial" que a la auténtica "derecha política", que de todos modos lo respaldaba. En el camino, sin embargo, también tuvo que volver al marco formal de las organizaciones partidarias, apoyándose en una combinación poderosa de radicales y derechistas, que se rompió al final de su período, más por cálculos políticos en relación a las conveniencias del Partido Radical frente a las elecciones presidenciales de 1964, que por conflictos serios en torno a la conducta gubernamental.

---

11 Los resultados de la elección de 1958 fueron los siguientes: Alessandri, 387.297 votos; Allende, 352.915; Frei, 252.168; Bossay, 190.832; Zamorano (independiente), 41.268.

AMPLIACIÓN DE LA PLATAFORMA ECONÓMICA VÍA COMERCIO EXTERIOR

A despecho de incidentes y accidentes de variable envergadura y del acento conservador de las decisiones sobre remuneraciones —aspecto a que se aludió más arriba—, lo cierto es que la administración Alessandri navegó por aguas relativamente más tranquilas que las dos anteriores.

Una razón indudable del fenómeno estriba en la fuerza específica de la coalición gubernamental. Sin embargo, hay otros hechos quizá más significativos para el análisis de la cuestión.

Uno y principal es que alrededor de 1959 se abre un período de continua y creciente dilatación del sector exterior, que no se ha interrumpido hasta la época de escribir estas líneas (comienzos de 1970). En otras palabras, el que había sido tradicionalmente el punto más vulnerable y "explosivo" de la estructura económica chilena pasó a ser su pivote más sólido[12]. Dos factores bien conocidos permitieron esa expansión de las transacciones exteriores: la bonanza en el mercado del cobre y el endeudamiento. El primero fue relativamente más importante en la segunda mitad de los años sesenta; el otro, en la primera mitad.

La conjunción de ambos elementos permitió extraer a la economía chilena del marasmo que había seguido a la aceleración inflacionaria y al ensayo de estabilización de 1956-57. El aumento del gasto público y el programa de vivienda fueron las vías principales por las cuales se trasmitió a la economía interna la dinamización del comercio exterior. De allí que en el período 1959-62 se registrara una sensible elevación de la tasa de crecimiento y una apreciable estabilidad de los precios, con las proyecciones sociopolíticas que es fácil imaginar.

Esta evolución, sin embargo, se interrumpió drásticamente hacia fines de 1962. La demanda por importaciones, acrecentada por las disposiciones en pro de la "liberalización" del comercio exterior, venía sobrepasando desde meses atrás la acrecentada capacidad de pagos, llevando a una sustancial devaluación y a los consabidos efectos derivados: aceleración del alza de precios, disminución del paso de la actividad productiva, desfinanciamiento fiscal, intranquilidad social y, por último, erosión política del gobierno. En breve, se abría otro de los ciclos periódicos por demás identificados en la experiencia chilena[13].

De todos modos —y aparte del hecho fundamental de que, a la inversa de otras coyunturas similares, no hubo interrupción de la me-

---

12 Bastan unas cifras para ilustrar este aspecto. Hacia la mitad de los años cincuenta las importaciones fluctuaban alrededor de 350 millones de dólares. En el bienio final de los años sesenta bordearon los 800 millones de dólares.

13 Para un examen más amplio de esta fase, véase otra vez el trabajo ya citado del Instituto de Economía de la Universidad de Chile.

joría del comercio de exportación—, lo cierto es que la crisis vino a tomar cuerpo cuando la atención de los grupos políticos estaba ya volcada hacia las "próximas" elecciones de 1964. Tampoco fue, sin duda, la primera vez que la perspectiva de un cambio de administración sirvió de balón de oxígeno a un gobierno en el ocaso y en dificultades.

Hay otro aspecto económico a considerar y que, igual que el anterior, va a presidir la evolución de los años sesenta. Nos referimos a la creciente importancia que adquieren las actividades vinculadas a la producción de los bienes de consumo duradero "pesados" o más costosos, *v. gr.:* automotores, televisores, etc. No es la oportunidad para examinar las múltiples repercusiones de ese fenómeno, que se repiten, por lo demás, alrededor del mismo período en muchos países latinoamericanos[14]. Para los fines de estas notas basta destacar los siguientes elementos: a) la relativa activación industrial y de otros sectores que ello envuelve; b) la influencia "conservadora" del acceso efectivo o esperado a tales bienes y que afecta en especial a los grupos medios y a los asalariados de mayor ingreso; c) la creciente "extranjerización" de las actividades más dinámicas que ello acarrea y que traslada y extiende el problema de la propiedad y el control foráneos de su centro tradicional (el sector exterior) a las empresas que trabajan para el mercado interno.

EL ESQUEMA POLÍTICO-SOCIAL DEL GOBIERNO DE FREI

Es evidente que se carece de perspectiva para examinar adecuadamente la primera experiencia democristiana en la región. Sin embargo, es posible repasar los principales aspectos de su ascenso al poder y de algunas contradicciones que ayudan a explicar su desgaste hacia fines de la década. Esto implica, como se comprende, que no se intentará una evaluación de su desempeño, salvo de modo muy tangencial.

En relación a otras contiendas político-presidenciales, la de 1964 presentó algunas diferencias sustanciales que conviene puntualizar, tanto más cuanto que la apasionada y miope discusión cotidiana le ha prestado muy escasa atención.

El primer hecho que resalta es la *polarización* de fuerzas políticas. Fracasada la coalición derechista-radical y reducida la candidatura del radicalismo a un solitario "saludo a la bandera" con el objeto de mantener la precaria unidad del partido, se decantan solo dos grandes contendores: el demócrata-cristiano (Eduardo Frei), apoyado desde los bastidores por la derecha, y el izquierdista (Salvador Allende), que esta vez representa solo o básicamente a los partidos socialista y comunista.

14 Sobre la materia, véase Pinto, 1969.

Tras esa polarización inusitada no hay duda de que yace una razón primordial —más fuerte, por cierto, que todos los incidentes aislados que contribuyeron a ese fin— y ella es el temor de que, por primera vez en la historia latinoamericana, un candidato apoyado por los partidos marxistas llegara al gobierno por la vía electoral. Por otro lado, la cuestión planteada se daba en un momento en que el "problema de Cuba" había pasado a ser crucial en la política regional. De este modo, la eventual victoria de Allende representaba muchísimo más que lo que habría significado en cualquier otra coyuntura.

Esto explica que la campaña electoral de 1964 se desarrollara por las fuerzas conservadoras como una confrontación entre "el comunismo y la democracia" y que este elemento fuera, sin duda, decisivo para su resultado.

No obstante lo dicho, es importante poner de relieve que bajo ese palio propagandístico (en gran parte establecido por intereses y recursos extranjeros) la disputa entre las combinaciones se dio en términos de dos plataformas que, para calificarlas de alguna manera, podrían denominarse como de "reformismo avanzado". La única separación esencial seguramente residió en materias de política exterior (esto es, posiciones frente a los Estados Unidos y Cuba) y en la anexa de la política del cobre (nacionalización, para unos, "chilenización", para los otros).

De este modo, la polarización implicó también una *radicalización* o, si se quiere, un definido desplazamiento hacia la izquierda del conjunto político.

Tras esta realidad, también original para el medio chileno y latinoamericano, se perfilaba el hecho de gran significación potencial de que las dirigencias políticas (o gran parte de ellas) parecían convencidas de que una mayoría sustancial del electorado era partidaria de una política de cambios resueltos y profundos del cuadro general del país. Esta otra dimensión de la polarización a nivel electoral, sin embargo, como se verá, no llegó a traducirse o fructificar en la realidad política después de la elección de 1964.

Este aspecto capital de la doble polarización se asocia con otro de un menor relieve, el cual es la impresionante *ampliación* del contingente electoral. Del millón doscientos mil votos recolectados en 1958 se pasó a un total de cerca de dos millones y medio en 1964, gracias a los diversos expedientes legales encaminados a obligar al sufragio. Para dar una idea concreta del cambio basta tener en cuenta que la izquierda (Allende), que había logrado alrededor de 353 mil votos en 1958, consiguió llegar casi al millón en 1964. Poca duda cabe de que se trata de una de las más altas votaciones conseguidas por una coalición marxista en cualquier parte del mundo (y la más alta evidentemente, en relación a la población).

El otro elemento que llama al examen es el que tiene que ver con la *composición* social de la candidatura triunfante. Desde este ángulo es importante recordar que, a despecho de su estratégico apoyo en la hora de la elección, la derecha no llegó a asociarse con el régimen triunfante, como muchos izquierdistas vaticinaban. Por el contrario —y en especial a raíz del desarrollo de la reforma agraria— la derecha fue encarnizando su oposición al nuevo gobierno.

La victoria de Frei, en verdad se asentó sobre dos pilares bien conocidos: el Partido Demócrata Cristiano que, como se anotó antes, había estado creciendo con rapidez en los años anteriores, y la masa independiente o, como se decía, "marginada", que representó el aporte fundamental en la definición electoral. Después del "primer ensayo" ibañista en 1952 de incorporación masiva de las "periferias" urbanas y el medio rural, viene la segunda y mucho más grande ola de 1964, con una diferencia cualitativa de gran importancia: esta vez la masa independiente va de la mano con uno de los principales partidos y de los más "ideológicos", por añadidura. Por otro lado, y en parte por lo anterior, su irrupción no afecta al sistema de partidos sino que, en cierta medida, lo fortalece.

Desde el punto de mira que se ha utilizado en este trabajo, fácil es convenir en que los aspectos o cambios destacados implicaron en último término una sustancial *"masificación"* de las presiones sociales, modificando casi cualitativamente la relación entre ellas y los términos del desarrollo productivo. Y decimos "casi cualitativamente" porque esa transformación no fue mucho más allá de la presencia electoral y, por lo tanto, esporádica, de la gran masa. Es cierto —y sobre esto se volverá más adelante— que en lo que respecta a la organización del campesinado y en menor medida de los llamados organismos comunitarios en las urbes (juntas de vecinos, centros de madres, etc.), los cambios fueron más profundos. No obstante, insistimos, no alcanzaron a derivar en otra *estructura de participación y representación* que rivalizara y se complementara con las agencias tradicionales: partidos, asociaciones gremiales, sindicales, núcleos empresariales. En el acontecer cotidiano, estas estructuras de poder continuaron pesando mucho más que la masa multitudinaria.

Como se comprende, esa disociación tendrá mayor o menor significación según sea la representatividad efectiva de las organizaciones "tradicionales". Aunque en el caso chileno (por ejemplo en relación a los partidos o la agrupación sindical) ella parece alta por la medida latinoamericana, parece claro también que está distante de incorporar o reflejar con fidelidad las aspiraciones e intereses de la gran masa, en especial la no vinculada a las actividades del "sector moderno".

EL REZAGO DE LA EVOLUCIÓN ECONÓMICA

Cualquiera que sea la apreciación sobre los alcances de ese fenómeno de "masificación", es indudable que él no estuvo acompañado de la dilatación proporcional del sistema productivo. En el hecho, con la nueva administración, volvió a registrarse la intrigante y todavía no explicada suficientemente conducta pendular de la economía chilena. Después de una fase de activación del crecimiento económico (1965-66), disminuyen las tasas de expansión. Igual ocurre con la inflación, pero a contramano: afloja el paso en el bienio inicial y tiende a acelerarse hacia el final del gobierno.

En este ciclo, lo mismo que en la administración anterior, no puede atribuirse al sector exterior la responsabilidad de esas fluctuaciones y comportamiento. Tanto las importaciones como las exportaciones se dilatan con rapidez y persistencia a caballo de la excepcional bonanza del cobre y de la prosecución (aunque con menor acento) del endeudamiento externo. Precisamente, es este curso del comercio exterior —en esencia ajeno a cualquier voluntad o decisión nacionales—[15] el que permite contrapesar precariamente la mayor presión social, sobre todo, a través del mayor gasto público. La aceleración inflacionaria de 1969-1970 es una clara indicación del agravamiento de ese desequilibrio básico o general.

Estas son las circunstancias primordiales que caracterizan la situación hacia el fin de la administración Frei. Como se ve, se mantiene el viejo problema, pero los términos en que ahora se plantea parecen haberse modificado considerablemente con la "masificación" del proceso social y la reiterada dificultad para asentar un crecimiento más activo —aliviada parcialmente por el refuerzo de ese factor exógeno que es el auge el cobre—. Sobra subrayar cuán precario es este balance.

LA "EROSIÓN DEMOCRISTIANA": ALGUNAS HIPÓTESIS

Al margen de cualquier evaluación del gobierno Frei, no cabe poner en duda dos hechos primordiales. El primero, ya señalado más arriba, es que no consiguió romper el patrón tradicional del comportamiento económico. El segundo es la indudable "erosión" política del régimen y del partido de gobierno en los últimos años.

Soslayando un examen particular de cada uno de esos aspectos, bien puede intentarse una hipótesis que los abarque conjuntamente.

A nuestro juicio, ella debería partir del análisis hecho anteriormente sobre la composición social de las fuerzas que llevaron a la

15 Nótese que los propios planes de expansión en el cobre no tuvieron mayor efecto sobre la producción física antes de 1970.

democracia cristiana al poder, o sea el partido y la masa "independiente", con el contingente femenino a la cabeza.

Tomando un atajo para abordar el problema de fondo, se podría plantear la suposición casi irrefutable de que el predominio democristiano no solo se habría mantenido sino robustecido de haber conseguido transformar aquel "matrimonio de ocasión electoral" en una asociación orgánica y estable. Esta verdad meridiana fue comprendida por el régimen en sus primeras andanzas y son pruebas de ello las iniciativas en torno a la "promoción popular" y a las organizaciones comunitarias. Sin embargo, no es menos cierto que, con el paso del tiempo, el objetivo perdió jerarquía y los progresos resultaron limitados —por lo menos en relación a la cuestión planteada—. En las alturas de 1970 es difícil apreciar con alguna certeza hasta qué punto se mantiene la influencia democristiana en esas capas y esferas o, desde otro ángulo, en qué medida ellas han vuelto a ser una "masa en disponibilidad" para distintos proyectos político-electorales. Sin embargo, lo cierto e indiscutible es que no se materializó aquella fusión más o menos completa o progresiva de las dos partes del "movimiento freísta" de 1964.

La anterior, repetimos, nos parece la causa primordial del fenómeno examinado. Sin embargo, queda por delante lo más difícil, esto es, intentar explicar por qué ocurrió tal cosa.

Como se comprende, no hay respuesta única para la interrogación y otra vez solo cabe proponer alguna hipótesis central al respecto. Para nosotros ella podría sentarse en los términos siguientes:

Dado el nivel y parquedad del desarrollo chileno no es posible *al mismo tiempo y en un período relativamente corto* resolver los problemas básicos de la masa preterida y permitir (o promover) la asignación de los recursos disponibles conforme al patrón de gastos y aspiraciones de los grupos altos y medios.

En otras palabras, el intento de reproducir los módulos de consumo característicos de las sociedades "opulentas", aparte de sus limitaciones intrínsecas, parece incompatible con todo propósito de modificar las condicionantes básicas de la "pobreza estructural" de las mayorías urbanas y rurales.

La experiencia ha demostrado que regímenes "populistas" o "progresistas" con alguna holgura financiera pueden extender ciertos beneficios sociales a la población "marginada" o a parte de ella (vivienda, educación, asistencia médica, etc.). Sin embargo, también ella demuestra (y esto vale para casi todos los países latinoamericanos) que esos esfuerzos no logran alterar sensiblemente las situaciones relativas al empleo regular, a los flagrantes desniveles de productividad, al acceso efectivo a las oportunidades de movilidad y ascenso, etcétera.

Por otro lado, también es patente que un esquema o política de desarrollo asentado en el tipo de asignación de recursos y de distribución social a que se ha hecho referencia no es (o ha sido) válido para asentar y dinamizar el crecimiento económico —a pesar del gran sostén del comercio exterior y de un nivel extraordinario de gastos e inversiones públicas—.

LA GRAN CONTRADICCIÓN Y ALGUNAS ALTERNATIVAS

La conciencia o reconocimiento de estas contradicciones básicas tiene mayor significación que la que puede dársele a primera vista. No faltan izquierdistas esperanzados en América Latina que imaginan que un vuelco político a su favor podría hacer el milagro de difundir hacia la mayoría los bienes propios de las economías "opulentas" que hoy son privilegios de restringidas minorías. Basta tener a la vista las cifras sobre distribución y niveles de ingreso en la región para verificar el error de ese criterio. En Chile por ejemplo, en precios y términos de 1969, se encuentra que poco más del 50% de la población *activa* tiene un ingreso promedio de unos 400 escudos mensuales o sea alrededor de 35 dólares al tipo de cambio del período. Como se comprende, a esos niveles de renta lo que reclama y necesita esa población —aparte del apoyo fundamental del empleo— es satisfacer sus demandas esenciales de "pan, techo y abrigo", lo que supone y requiere una formidable concentración y reasignación de recursos hacia esos fines y con desmedro de otros tipos de consumos individuales y colectivos propios de los otros grupos sociales. Naturalmente, no se trata de una opción o alternativa absoluta, pero sí de una modificación sustancial del actual esquema de reparto de factores productivos, medios financieros y también de los ingresos[16]. Solo así, evidentemente, se conseguirá incorporar efectivamente el proceso económico, social y político a la "mayoría sumergida" de Chile y América Latina. Es lo que no consiguió la experiencia democristiana, a pesar de los avances indudables en materia de reforma agraria, organización comunitaria e inversiones sociales. Y ahí reside la causa principal de su erosión política.

Parece claro que los cambios de los últimos años en el grado de "masificación" han acentuado el desequilibrio "tradicional" entre las condiciones sociales y los datos del desarrollo económico (ritmo y modo de crecimiento y distribución). Sin caer en profecías aventuradas sobre la capacidad o incapacidad del sistema global para "absorber", relajar o postergar una crisis de esa contradicción, se pueden sí delinear las alternativas sobresalientes que plantea una situación de

16 Sobre el asunto, véase otra vez para un desarrollo amplio del problema, Pinto, 1969.

ese tipo y que con diversa intensidad y cariz vienen barajándose desde antiguo. La primera y más regresiva implicaría la contención más o menos violenta de las presiones sociales con objeto de "equilibrarlas" con la base material. La segunda se identifica con las diferentes modalidades de "populismo", que implican en este contexto la "manipulación" de problemas, en el sentido de no abordar o resolver la contradicción expuesta y, en cambio, recurrir a diversos expedientes para aminorar las tensiones en el cuadro de una especie de "rotativa" de concesiones, que en la práctica tienen patente traducción inflacionaria. La tercera supondría esencialmente una selección de las aspiraciones y los grupos favorecidos (que pueden ser la mayoría postergada u otros) y una redirección definida de los recursos económicos en función de esas preferencias y de la necesidad general de dinamizar el sistema y ampliar la base productiva.

Sería ocioso especular sobre las posibilidades de que se adopte alguna de esas alternativas (u otras o diferentes combinaciones de ellas). Lo que sí puede plantearse es que, al nivel político, el decenio de los años setenta se ha abierto con una reedición del "esquema triangular" de fuerzas que presenta limitaciones obvias para cualquier definición clara en cualquier dirección. Lo componen una izquierda fortalecida pero evidentemente ambigua en cuanto a sus tácticas y estrategias de corto y mediano plazo, fluctuando entre un "reformismo avanzado" y una proclamación revolucionaria que se inspira verbalmente en la experiencia cubana: una democracia cristiana, mutilada de su flanco más jacobino, pero igualmente oscilante entre el radicalismo oral y la sustancia reformista; y una derecha, disminuida partidariamente, pero con reservas abiertas o potenciales en las capas que acceden a los "nuevos consumos" y algunos núcleos de la masa despolitizada.

BIBLIOGRAFÍA

Instituto de Economía 1969 *La economía de Chile en el período 1950-63* (Santiago: Universidad de Chile).

Pinto, Aníbal 1969 *Diagnóstico, estructura y esquemas de desarrollo en América Latina* (Santiago: FLACSO).

Jacques Chonchol

PODER Y REFORMA AGRARIA EN LA EXPERIENCIA CHILENA*[1]

INTRODUCCIÓN

Cuando me pidieron que preparara esta discusión sobre el tema "Poder y reforma agraria en la experiencia chilena", topé de inmediato con una primera dificultad: precisar el significado de "poder" en relación a la reforma agraria o en relación a cualquier otro aspecto del cambio social. Es materia relativamente fácil para quien es sociólogo o científico político de profesión. No soy ni lo uno ni lo otro. Me he preguntado, pues, cómo enfocar el tema para que su presentación resulte racional, inteligible y no derive en una serie de hechos inconexos.

Al respecto, creo que, por lo menos, puedo aportar una auténtica experiencia sobre algunos aspectos de la realización concreta de un proceso específico de reforma agraria, en una realidad determinada como es nuestra sociedad chilena y en un período dado como ha sido el de los últimos años.

* Chonchol, Jacques 1970 (1969) "Poder y reforma agraria en la experiencia chilena" en Pinto, Aníbal; Aranda, Sergio; Martínez, Alberto y otros *Chile hoy* (Santiago: Siglo XXI) pp. 255-288.

1 Conferencia dictada en el Departamento de Investigaciones del Centro de Estudios Socio-Económicos (CESO) de la Universidad de Chile, el 18 de junio de 1969.

Me referiré, pues, a los tipos de dificultades o problemas que el proceso ha encontrado, a cómo se han enfocado y a los factores que han tendido a obstaculizarlo, a frenarlo.

Colocado en este punto de vista, entiendo que el problema del poder se puede analizar, entre otros aspectos, como las resistencias que, dentro de una sociedad, encuentra un proceso de reforma agraria.

Tales resistencias no son exclusivamente políticas, sino que, a menudo, son culturales o sociales, o también funcionales, surgidas de la manera como una sociedad como la nuestra reacciona frente a un proceso de cambio que pretende alterarla en uno de sus aspectos significativos. Y, evidentemente, la reforma agraria ha pretendido y pretende afectar un aspecto de la sociedad que ha tenido mucha importancia —más en el pasado que ahora—, pero que sigue gravitando en la configuración de una serie de relaciones sociales, políticas, económicas, culturales, institucionales y jurídicas. Estimo, en realidad, que el papel que ha desempeñado el dominio de la tierra dentro de la configuración histórica de la sociedad chilena ha sido muy significativo, no solo en el plano agrícola propiamente tal, sino que en todos los otros planos señalados.

No cabe, por otra parte, la menor duda de que, hoy día, ese papel es menos importante que años atrás. Desde luego, menos importante que en el siglo pasado, menos que antes del desarrollo industrial vivido por el país en los últimos cuarenta o cincuenta años. Es patente, sin embargo, que muchos de los rasgos que históricamente configuraron esta situación actual tienden a perdurar, a mantenerse. Por lo mismo, muchos de dichos rasgos conservan una influencia que va más allá del poder real que actualmente significa, en la sociedad chilena, el control de la tierra.

Tenemos así que un proceso de cambio como la reforma agraria que cuestiona las relaciones establecidas en el dominio de la tierra tiende a producir, dentro de la sociedad, una serie de resistencias, de roces, de problemas que merecen ser analizados ya que, al margen de lo que en sí mismo significan, son experiencias y enseñanzas posiblemente útiles para otras alternativas de reforma agraria o, incluso, para el propio proceso que se realiza en Chile. He tratado de circunscribir mis observaciones en cuatro puntos concretos:

- Tratar de señalar, aunque rápidamente, las causas políticas que —a mi juicio— han permitido se haya tratado de abordar, ahora, por primera vez en el país, el problema de la reforma agraria en forma seria. Y digo: en forma seria, porque de este problema se ha hablado entre nosotros desde muchos años atrás, veinte, treinta y posiblemente más, afirmando la necesidad de realizar

una reforma agraria. A mi juicio, sin embargo, pese a todo lo hablado ahora, objetivamente no se había logrado empezar a abordarlo de una manera relativamente seria. En estos años, me parece, por primera vez se ha empezado a hacerlo. De allí que valga la pena analizar las causas que ahora han hecho posible lo mismo que antes no lo fue, pese a que el interés por la reforma agraria parecía ya tan destacado 20 o 30 años atrás. Basta recordar que al asumir el poder el Frente Popular, el año 38, la reforma agraria era una de sus banderas. El propio presidente Aguirre Cerda había publicado en París en 1929 un importante libro sobre la cuestión agraria en Chile, señalando su trascendencia y significación. Y luego se sucedieron otros gobiernos con participación de partidos políticos que proclamaban una posición muy firme frente a la reforma agraria. Sin embargo, prácticamente nada se avanzó. Valgan o no, entonces, todas las limitaciones que puedan hallarse al proceso actual, cabe reconocer que se ha pasado de las palabras a los hechos. Estimo, por eso, dignas de estudio las condiciones políticas actuales que han hecho posible este avance relativo del proceso y aquellas que anteriormente lo impedían.

- En segundo lugar, pretendo reseñar—sumariamete—, como nos lo permite esta exposición, cuáles son las características básicas de un proceso de la reforma agraria del tipo de la chilena. Y hago esta restricción, porque indudablemente el fenómeno genérico de la reforma agraria puede plantearse en distintos contextos. Hay reformas agrarias que se plantean, en ciertos países, dentro de procesos revolucionarios globales, y las hay que pueden darse dentro de procesos de cambio relativamente limitados. Concretamente, creo que la experiencia chilena es la de un esfuerzo de reforma agraria inserto en una sociedad o en una situación que no ha sido afectada por un cambio global que pudiera estimarse de tipo revolucionario. Es pues, la de Chile, una situación distinta de la que pueda darse históricamente en otros países en que el mismo fenómeno se ha enfocado como un aspecto más dentro de una revolución global orientada a trastrocar violentamente una situación social, sean cuales fueren las circunstancias históricas y contingentes que la hubieren desencadenado. Posee, pues, a mi parecer, la reforma agraria chilena ciertas características derivadas del hecho de tratarse de un esfuerzo de cambio que afecta a un sector significativo de nuestra sociedad, pero realizado mientras en el resto de la misma sociedad no ha habido cambios significati-

vos, de tipo revolucionario, que tocaran a las relaciones económicas y sociales. Ello determina una forma de operación, ciertas formas de resistencia como algunas formas de acción que merecen nuestra atención. Adelantemos, además, que el proceso se intenta dentro de lo que podemos llamar un sistema democrático tradicional que aporta otras limitaciones para cualquier gobierno que pretenda emprender una tarea así. Piénsese en las aspiraciones específicas y en las posibilidades de expresión que detentan otros sectores sociales, los que, en el caso chileno, son mucho más importantes que el sector campesino. Valga, pues, lo dicho como fundamentación para invitar a reflexionar sobre este punto.

- En tercer lugar, trataré de señalar, también muy sintéticamente, las características de poder real del campesinado en la sociedad chilena, aceptando que ella ha variado de antes al presente y tratando, por lo mismo, de visualizarla en la situación del año 64. Es un nuevo punto que me parece debe preocuparnos. No me cabe la menor duda que el campesinado chileno es uno de los grupos sociales que, desde muchos puntos de vista, ha gozado de menos poder real. Y ocurre que cuando se considera a Chile como un país subdesarrollado, comparable con otros países en similar situación, uno tiende a olvidar que el peso cuantitativo de nuestro campesinado en la sociedad chilena es bajo. Incluso, en este momento, de cada 4 habitantes de Chile, 3 son urbanos y 1 es rural. Es, pues, necesario tener presente esto si comparamos nuestro caso con experiencias históricas de las reformas agrarias en otros países subdesarrollados, en los cuales la gravitación cuantitativa de la masa campesina en la sociedad global es mucho mayor. Nuevamente, la situación es especial y acarrea limitaciones que conforman un problema por analizar. Ahora, el problema se subraya si esa cuarta parte de la población, que es el campesinado, tiene un poder real desde los puntos de vista político, económico y social bastante inferior al grado de poder de otros sectores sociales. Surge de esa realidad una serie de obstáculos y de posibilidades para un proceso de reforma agraria que tienen su propia significación.

- Finalmente, me detendré en algunas reflexiones sobre los tipos de problemas que se han planteado en el desarrollo de la reforma agraria.
  No creo de interés extenderme sobre la manera en que se ha desarrollado el proceso de reforma agraria; tal análisis nos

desviaría de nuestro propósito. En cambio estimo útil plantear los tipos de problemas que han surgido durante el desarrollo de este proceso en Chile y que lo han obstaculizado y frenado.

No es fácil tipificar estos problemas pues son de muy diversa naturaleza. He tratado de englobarlos desde un punto de vista más bien metodológico, en razón de su presentación, aun cuando muchos de ellos se dan entremezclados. Tendremos así seis subclasificaciones:

- Problemas o dificultades de tipo legal que, por la propia naturaleza del funcionamiento de la sociedad chilena, son de bastante importancia.
- Problemas derivados del sistema institucional del Estado.
- Problemas provenientes de las resistencias y dificultades del propio campesinado, los que, en su conjunto, constituyen, a mi juicio, un hecho real que se plantea en Chile o en cualquier otro país del mundo donde se encare un proceso de cambio como la reforma agraria.
- Resistencias de tipo político general de la sociedad, que nacen fuera del mundo campesino propiamente tal. Esta última categoría la especificaré en:
- Problemas económicos y financieros; y
- Problemas de desarrollo de la agricultura en relación con el resto de la economía.

Trataré, entonces, de esquematizar algunas ideas en torno a esos cuatro tipos fundamentales de problemas y a las dos subdivisiones del último en orden a permitir una posterior discusión o aclaración sobre algunos de ellos.

CAUSAS POLÍTICAS QUE HAN PERMITIDO ABORDAR EL PROCESO DE REFORMA AGRARIA

He tomado seis elementos que me parecen significativos para este punto. No pretendo que sean los únicos, ni que sean exclusivos, ni tampoco establecer un orden de importancia. Creo que, en la realidad, se ha producido una situación favorable debido a la acción de todos estos elementos que ha permitido que, por lo menos en estos años, se haya empezado a abordar seriamente el proceso de reforma agraria. A mi parecer todos ellos han tenido su importancia en crear esta posibilidad de iniciar la realización del proceso.

1º ELEMENTO

En las elecciones presidenciales de 1964 se ofrecieron claramente al país dos alternativas políticas con muy neto predominio sobre la ter-

cera. Eran, de hecho, las dos alternativas que tenían posibilidad de llegar al poder político, al poder central del Estado. Ambas tenían aspiraciones, y las planteaban al país, de una profunda transformación de tipo reformista en la sociedad. Creo que, pese a que ambas postulaciones o fuerzas usaron abundantemente un lenguaje revolucionario, los contenidos de sus programas aspiraban a desencadenar un proceso profundo de reforma social y económica dentro de la sociedad chilena. Me refiero a las alternativas que significaban la Democracia Cristiana y el FRAP.

He dicho que estas postulaciones políticas tenían, netamente, posibilidades de éxito. Surgían estas de una serie de circunstancias que se dieron en los años anteriores a la elección por el deterioro de la combinación y del sistema político con que había gobernado el presidente Alessandri. Los grupos tradicionales de la política, sobre todo los grupos más conservadores, más ligados al *statu quo,* aparecían en una posición muy desmedrada, extraordinariamente desplazados, especialmente si se recuerda la posición de que habían gozado en otras oportunidades de enfrentamiento político a nivel presidencial. No les cabía sino escoger, para ellos, el mal menor, o sea, tratar de ver cuál de las otras dos alternativas les significaba menor riesgo para sus intereses. La mayor parte de sus componentes se inclinó hacia aquella postulación o aquel sector político que, a su juicio, consideraban menos peligroso y cuyo lenguaje reformista y revolucionario suponían no iba más allá de lo planteado en muchas campañas políticas, a saber, un mero lenguaje revolucionario que en la práctica, no se tendría la voluntad ni la posibilidad de concretar.

Creo pues que fue esta una coyuntura política especial. Ya un año antes de la elección, la DC y el FRAP parecían al país como la alternativa más clara y, si se analizaban los contenidos programáticos, las diferencias se reducían a matices: mayor o menor hincapié en distintos aspectos, ya que ambas exigían una acción de profundas transformaciones en la sociedad chilena. Desde luego, dentro de este programa concedían un lugar significativo a la acción específica de reforma agraria.

Simultáneamente, la situación desmedrada, como dije, de los grupos políticos más tradicionales —que, durante la administración de Alessandri y en todas las otras oportunidades políticas anteriores, habían sido alternativa si no de llegar al poder, de frenar al menos las expectativas de cambios más profundos— convergió a producir un hecho político nuevo, una coyuntura favorable, propia de la historia de los últimos años dentro del contexto político chileno y este fue uno de los elementos que permitió que el proceso de reforma agraria se comenzara a realizar.

2º ELEMENTO

Un segundo elemento, a mi parecer, lo constituye un hecho de carácter intelectual, de alguna manera reflejado también por las posturas políticas ya señaladas y que se venía plasmando en la sociedad chilena durante los últimos años. Me refiero al convencimiento más o menos generalizado de que la reforma agraria era un proceso necesario y deseable. Y esto, no solo desde el punto de vista de hacer justicia a un sector relativamente importante dentro de la sociedad, que permanecía profundamente postergado, sino como precondición indispensable para dos logros: perfeccionar realmente la sociedad democrática y acelerar el proceso de desarrollo económico.

Esta convicción había ganado terreno en los círculos más ilustrados, en parte por la prédica de los políticos, pero decisivamente —ya que los políticos hablaron sobre esto largo tiempo antes sin éxito— debido a la insistencia de intelectuales nacionales —sociólogos, economistas, escritores y, en general, gente preocupada del problema social—, y de muchos organismos internacionales, especialmente de los dependientes de las Naciones Unidas. Aunque los círculos ganados por la idea no fueran cuantitativamente los más importantes, eran aquellos que cualitativamente más gravitaban en nuestro contexto social. Aceptaban, en realidad, esos sectores, la conexión señalada entre la posibilidad de acelerar el perfeccionamiento del sistema democrático, el desarrollo económico y el proceso de reforma agraria, al percibir la magnitud de los grupos marginales, entre los cuales se destacaba específicamente el campesinado.

No me parece que este fenómeno haya sido exclusivo de Chile. Se ha venido dando en América Latina y en otras regiones subdesarrolladas del mundo, especialmente en los últimos 10 o 15 años. Reflejo de esto es la afirmación de la necesidad de la reforma agraria en la mayor parte de las conferencias internacionales y las aseveraciones, aun de los gobiernos más conservadores y de personas que evidentemente no están dispuestas a llevar adelante estos procesos, pero que reconocen verbalmente lo ineludible de ellos. Todo ello deriva en la conformación de una cierta imagen de opinión pública. Si fuera preciso dar ejemplos de lo que he anotado, piénsese en las resoluciones de la FAO que agrupa a ciento y tantos países del mundo; en aquellas de la CEPAL y otras organizaciones o instituciones de tipo regional; incluso en las de la propia OEA, con todo lo tradicionalista y reaccionaria que es. No cabe duda que se ha producido explícitamente un consenso teórico de esta necesidad, impuesta tanto por la exigencia de acelerar el proceso de desarrollo económico como por los problemas de justicia para con uno de los sectores más postergados de la comunidad nacional.

En resumen tenemos este segundo fenómeno, que he calificado de intelectual, y que ha ido configurando una cierta forma de pensamiento, una cierta manera de ver las cosas, que tienen como resultado el que mucha gente, políticamente ilustrada, por así decir, ha variado, en los últimos años, su posición frente a la reforma agraria, de suerte que ella es mucho más apreciada que en períodos anteriores.

3º ELEMENTO

Un tercer elemento significativo, sobre todo en el contexto de Chile y de América Latina, fue la posición de Estados Unidos.

Me parece ocioso discutir aquí la influencia de Estados Unidos en la mayor parte de los países de América Latina y en sus políticas: si ella es directa o indirecta. Un hecho, para nuestro propósito, es evidente: en la época de la administración Kennedy hubo, por lo menos, un cierto vuelco en la visión oficial del enfrentamiento de los problemas de América Latina. Puede recordarse —aunque la situación se ha debilitado considerablemente después— que, al nacimiento de la Alianza para el Progreso y en el momento de la Carta de Punta del Este, toda la problemática discutida giraba en torno a que, sin reformas estructurales, era imposible perfeccionar la democracia, acelerar el desarrollo, etc. Y esa posición era propiciada por los mismos Estados Unidos y aceptada, aunque fuera formalmente, por una serie de gobiernos conservadores de América Latina.

Ahora bien, las reformas estructurales en que se insistía particularmente eran las reformas agrarias y las reformas tributarias. Tal era el interés que en ellas se ponía que se llegó a decir, en esos años, que si los países no estaban dispuestos a hacer reformas agrarias y reformas tributarias significativas, no tendrían ayuda internacional, ya que se deduciría que estaban gobernados por oligarquías cerradas y opuestas al menor cambio de las condiciones tradicionales. Podrá discutirse el origen de este hecho internacional, si fue consecuencia del impacto de la Revolución cubana en los Estados Unidos o más bien si fue el resultado de una nueva visión de relaciones interamericanas. Insisto en que, para nuestro punto de vista, esto carece de mayor significación. En cambio no cabe la menor duda de que, por entonces con mucha mayor intensidad que ahora, existió esa presión externa en favor de la reforma agraria del gobierno de los Estados Unidos sobre muchos países de Latinoamérica. Además, ella estaba en cierto modo aceptada por la prensa reaccionaria que tiende a formar la opinión pública dominante, porque venía patrocinada por los Estados Unidos. Así, la reforma agraria ya no era comunismo ni otra serie de cosas. Basta leer y comparar los editoriales de *El Mercurio* de algunos años antes y después de la Alianza para el Progreso y de la Carta de Punta del Este,

para apreciar que, aunque no estuvieron de acuerdo en el fondo, formalmente tenían que dar su venia a la nueva actitud.

Creo pues que fue este un nuevo e importante elemento —en este caso un hecho internacional— que entró a jugar en la configuración de un cuadro político que permitía abordar ahora con mayor profundidad el proceso de reforma agraria.

4º ELEMENTO

Como cuarto elemento, quiero destacar un hecho estrictamente económico, pero que se liga y refuerza por una derivación en el plano de las imágenes que la opinión pública se forma.

El hecho económico era la incapacidad creciente de la agricultura chilena para responder a los requerimientos del país, incapacidad que se ha manifestado de manera cada vez más significativa a partir de los años cuarenta. Haciendo un poco de memoria, Chile tuvo, a fines de la década del treinta, un superávit de productos agropecuarios en su comercio exterior; exportaba alrededor de 30 a 40 millones de dólares anuales por ese rubro e importaba a alrededor de 20 a 25 millones de dólares. Sin embargo, el lento crecimiento de la agricultura frente al crecimiento de la población, del ingreso y de las necesidades, trastocó esta situación, hasta que el estancamiento agrícola, desde el punto de vista económico, se convirtió en un peso negativo muy importante en la balanza de pagos. En los últimos años seguíamos exportando 30 o 40 millones de dólares; pero, en cambio, importábamos alrededor de 200 millones de dólares, cifra que significaba, hasta hace pocos años, entre la tercera y cuarta parte de la tenencia total de divisas del país. Así, las ventajas que Chile había ganado con su proceso de de industrialización, sustituyendo importaciones, indudablemente las estaba perdiendo por el estancamiento del sector agrícola. Tenemos así este hecho económico, el progresivo deterioro de la agricultura frente a las necesidades del país, que también ayudó a plasmar la posibilidad política para la reforma agraria.

Pero el carácter de acondicionamiento político conferido a este hecho económico se hace más patente por la simultaneidad de otro aspecto: la mala imagen que de los agricultores chilenos se ha formado el hombre común del país. Creo que si se interroga al hombre de la calle, a ese hombre de la calle que es el hombre urbano, qué imagen tenía y aún tiene del agricultor, la respuesta mayoritaria será del siguiente orden: "Mire, son unos señores que tienen mucha tierra y que toda la plata que ganan se la van a pasear a Europa…, que se compran grandes autos…, etc." Fuera verídico o no, me parece que en esta línea estaba la imagen que los grupos representativos de la agricultura tradicional, la Sociedad Nacional de Agricultura, las organizaciones similares de pro-

vincias, etc. en general proyectaban. Eran parte de la oligarquía misma, gente que no quería producir, interesada solo en hacer dinero y que trataban pésimamente a sus campesinos. Si tal era la imagen generalizada en el hombre de la calle, indudablemente ella concurría a crear la posibilidad —precisamente en un país donde las tres cuartas partes de la población era y es urbana— de que el lema de la reforma agraria y el tema político de esa reforma, abordado por los partidos de izquierda o por las fuerzas de centro, tuvieran —como lo tuvieron de hecho— una cierta aceptación y acogida. No era, en realidad, extraño que el campesinado acogiera políticamente la reforma agraria. Pero, para el hombre urbano, para el hombre medio, que prácticamente no veía su relación con la agricultura, creo que, de no haber mediado esta mala imagen del agricultor, habría tenido menor recepción y respuesta la prédica constante que se venía haciendo a la reforma. Confirma lo que he dicho que, por ejemplo, en algunas de las encuestas hechas, hace ya algunos años, por la Sociedad Nacional de Agricultura[2], no en el campo sino en el Gran Santiago, se obtuvo que el 80% de los entrevistados era partidario de la reforma agraria. Ahora bien, ciertamente la SNA no realizaba tales encuestas para concluir que la gente era favorable a la reforma agraria. Lo cierto es que la mala imagen del agricultor tradicional existía en el hombre común, sobre todo en el urbano. Eso, ligado al estancamiento y al atraso agrícola, configuraba un nuevo condicionamiento o causa política favorable al proceso de la reforma agraria.

5º ELEMENTO

El quinto elemento en esta enumeración ha sido, a mi juicio, la lucha política que se estableció, entre los distintos partidos, por obtener la votación campesina.

La votación campesina no es la más significativa en Chile. Y esto por dos razones: en primer lugar, porque los campesinos son menos que los urbanos (en concreto, por un campesino hay tres urbanos) y, en segundo lugar, porque el porcentaje de analfabetismo es mucho mayor en el campesinado que en el hombre urbano (hasta hace pocos años alcanzaba de un 30% a un 40% en el campesinado, mientras que en las áreas urbanas era inferior al 10%).

Dada la exigencia aún vigente de saber leer y escribir para ser elector[3], dicha realidad porcentual ha desempeñado un papel deci-

---

2 Organismo representativo de grandes productores agrícolas de la zona central de Chile.

3 Por la reciente reforma constitucional esto quedó modificado para después de las elecciones presidenciales de septiembre de 1970 en que también los analfabetos tendrán derecho a voto (nota de marzo de 1970).

sivo en la escasa posibilidad de fuerza y de peso político del campesinado. Pero, por otra parte, es indudable que en Chile se ha venido produciendo una acelerada ampliación de la masa electoral y ello ha cambiado la importancia del voto campesino. Recuérdese que en los últimos años, vale decir desde el año 1940, el número de electores ha pasado de 500 mil sobre 5 millones de habitantes, a tres millones, sobre 9 millones. En otras palabras, de un 10% de la población a un tercio de ella. Muchos factores han concurrido para este fenómeno de ampliación: la incorporación de la mujer al derecho a voto; el mejoramiento de los índices de alfabetización; la obligación de estar inscrito en los registros electorales para una serie de actos civiles, etc. Aunque este último tipo de exigencia legal no haya sido siempre urgido ni se haya sancionado realmente la abstención, los factores señalados han provocado un rápido aumento de la participación electoral de la población. Es en este contexto, en la lucha por conquistar la opinión pública, que indudablemente ha habido una lucha particular de los partidos políticos, especialmente en los últimos 10 años, por obtener el voto campesino.

En una situación como la descrita, uno de los temas más fundamentales que podría plantearse al campesino para lograr su voto era el problema de la reforma agraria. Y, de hecho en estas últimas campañas, las fuerzas políticas hablaban de que, cuando llegaran al poder, dividirían los fundos y entregarían las tierras a sus trabajadores, lo que concuerda con la aspiración innata de los campesinos chilenos.

He allí, pues, un nuevo elemento que ha contribuido a crear una situación política favorable a una acción de reforma agraria en los últimos años.

6º ELEMENTO

Finalmente, un sexto elemento, derivado, si se quiere, del anterior, entra a jugar también como causa política: la mayor conciencia que tiene el campesinado de su verdadera situación.

Si esa conciencia era importante en 1964, en la actualidad lo es mucho más, precisamente por la prédica de los partidos políticos en pos del voto campesino.

Sintetizando, y a riesgo de repetirme, creo que estos hechos —que no son los únicos ni exclusivos, pero que son hechos de significativa importancia— han configurado una posibilidad, en estos años, de comenzar a hacer una reforma agraria de cierta profundidad.

De no haberse dado la concatenación de ellos, me temo que habría pasado lo mismo que ocurría años antes: se habría hablado mucho de reforma agraria, pero nada se habría hecho. Incluso muchos de los partidos de izquierda o de avanzada concentraban su preocupación

en el llamado proletariado urbano, en el trabajador de la ciudad, pero tenían muy poca conciencia y muy escasa preocupación por quienes constituían el mundo campesino propiamente tal.

Por lo dicho, pues, hemos revisado, aunque someramente, lo que a causas políticas se refiere en cuanto ellas, concretamente, han permitido encarar inicialmente un proceso de reforma agraria.

CARACTERÍSTICAS BÁSICAS DE LA REFORMA AGRARIA CHILENA

Abordaremos las características básicas de la reforma agraria chilena, situada ya como un cambio dentro de un sector de la sociedad y en un contexto global no revolucionario.

Tal tipo de reforma agraria se ha dado en otros países. En realidad, sintetizando, se podrían establecer tres grandes tipos de reformas agrarias, aun cuando una tipología de estos procesos puede intentarse desde muy diversos puntos de vista. Así, hay reformas agrarias que se dan dentro de un proceso de revolución global (en América Latina serían los casos de México, Bolivia, Cuba). Tenemos también reformas agrarias: en el otro extremo, que solo consisten en colonizar unos cuantos terrenos perdidos en la selva, para dar la sensación de que se está llevando a cabo una verdadera reforma agraria, y ello tanto para la exportación como para el consumo político interno. La verdad es que tales procesos carecen de todo significado para el mundo campesino y para el resto de la sociedad y solo por el hecho de que aquellos que las realizan así los llaman, se les puede considerar como reformas agrarias. No son casos hipotéticos sino frecuentes en nuestra América y se acompañan con mucho hablar de reforma agraria y con abundantes leyes. Finalmente, existen esfuerzos de reforma agraria, emprendidos en algunos países con la intención de producir un cambio de cierta importancia, pero dentro de una situación en que diríamos se aísla el campo del resto de la sociedad. En otras palabras, se pretende cambiar la estructura del campo porque se reconoce que en él permanece una fuerza de explotación de tipo colonial o tradicional que se hace insostenible, dado que el resto de la sociedad se ha modernizado e industrializado.

A mi parecer, la reforma agraria chilena corresponde a este último tipo. Se ha planteado como una reforma dentro de un programa de gobierno que incluía dos facetas dignas de observarse.

- La primera, un programa social muy avanzado y progresista que buscaba, fundamentalmente, la incorporación a la sociedad moderna de los sectores más postergados, de los sectores marginales. Dicha faceta social del programa se expresaba en un amplio proceso de reforma agraria, en una organización popular significativa, especialmente de los grupos marginales; en una

importante reforma educacional, destinada a dar armas de progreso y de defensa al pueblo y que también se iniciaba por el nivel primario para favorecer a los sectores más postergados, y en una cierta política de redistribución del ingreso que permitiera a esos mismos sectores mejorar su situación económica dentro de la sociedad chilena. Debe pues tenerse presente que dentro de ese programa social progresista se englobaba la reforma agraria.

- Simultáneamente había la otra faceta del programa de gobierno. Por ella se perseguía acelerar el proceso de desarrollo económico mediante los moldes tradicionales. Más claro: se intentaba acelerar el proceso de desarrollo económico basándose, en cierta medida, en los mismos grupos sociales, en los mismos grupos empresariales privados tradicionales, a los cuales se pretendía impulsar e incorporar al proceso de desarrollo general.

De allí que se haya ubicado la reforma agraria chilena en el tipo de las reformas no incluidas en un contexto global revolucionario. Por un lado, se trataba de una reforma agraria comprendida en un programa de acción social orientada a un cambio profundo y, por otro, de un programa de aceleramiento del desarrollo económico dentro de los moldes de la sociedad que existía antes, o como dijera, basado en los mismos grupos empresariales, en las mismas empresas privadas, en quienes tenían en sus manos el control del aparato industrial, bancario y comercial.

Ahora bien, esta programación bifacética implicaba una situación de negociación social. Y, además, tal negociación debía realizarse en el contexto de un sistema democrático tradicional en que se mantenían las formas parlamentarias, las formas de "libertad de prensa", en fin, todas las formas usuales de lucha del sistema. No es de extrañar pues que el programa de reforma agraria resultara un proceso bastante difícil de negociación política *y* social: por un lado, había que concretar suficientes realizaciones como para responder a las aspiraciones que existían y que se habían creado; por otro, se procuraba conciliar al grupo empresarial existente con el programa de cambios sociales.

Precisemos ahora cuáles eran estos aspectos en que era necesario buscar una conciliación.

- En primer lugar se intentaba mantener, dentro de la agricultura, un sector capitalista privado, notoriamente más moderno, más eficiente. En otras palabras, que no cayese, con la reforma, la producción y, para eso, había que evitar que el mismo grupo capitalista —que era más empresarial y más activo dentro de la agricultura— se descorazonara y dejara caer la producción

con repercusiones económicas serias sobre toda la sociedad. Una vez más estamos, entonces, en la disyuntiva de querer tomar medidas de reforma profunda y que respondieran a las aspiraciones creadas, al interés de las masas campesinas y, simultáneamente, pretender conservar, ayudar y dar incentivo, si fuese posible, al sector capitalista agrícola que se deseaba fuera más capitalista, más eficiente, más dinámico y moderno, dedicado menos a acumular tierras y más a hacer inversiones, a producir más eficientemente.

- Un segundo aspecto entraba en juego para la conciliación entre la reforma agraria y grupos empresariales. El programa global incluía una aceleración del proceso de desarrollo económico y ello suponía no atemorizar a los grupos empresariales no agrícolas, llamados a incorporarse a dicho desarrollo por el proceso paralelo de reforma agraria. Más que probable era que estos grupos empresariales no agrícolas vieran en la reforma agraria el primer paso de un proceso de socialización o colectivización general, y los grupos agrícolas afectados comenzaran de hecho a argumentar en esa línea. Así las cosas, difícil resultaba esperar que los empresarios industriales estuvieran dispuestos a colaborar en el programa de desarrollo industrial. Los intentos, pues, se orientaron a demostrar a los industriales que, incluso la reforma agraria, era un buen negocio para ellos dado que, tanto cuanto significara una redistribución del ingreso, significaría una ampliación del estrecho mercado interno, una posibilidad de expansión industrial, inconcebible mientras no se expandiera el reducido mercado consumidor urbano por la no participación del campesinado. Pero este planteamiento conciliador no iba a resultar fácilmente aceptable. Por una parte estaba el deseo de una reforma realmente beneficiosa para el campesinado, lo que suponía abandonar las meras palabras, las promesas y las leyes, para pasar a responder concretamente a las aspiraciones y al problema político creado. Por la otra, el esfuerzo por mantener, dentro de la agricultura, al sector capitalista y para que la reforma agraria no desincentivara a los demás sectores empresariales. Los mismos sectores capitalistas agrícolas se encargaron de proclamar que la reforma agraria era el primer paso de la reforma industrial, de la reforma urbana y de otra serie de cosas. Y era lógica tal actitud, pues la manera óptima de defenderse era crear, en la opinión pública, el ambiente de que, tras la reforma agraria, seguía algo vago en que todos los propietarios desapa-

recían y todos terminarían perdiendo. Vale la pena recordar, porque ejemplifica y comprueba lo dicho, lo que ocurrió en los primeros años de este proceso: se discutió la ley de impuesto patrimonial y fueron los grupos empresariales afectados los que afirmaron que se trataba no solo de una ley que amenazaba al grupo pequeño de los detentores de altos ingresos, sino a quienquiera que tuviera algún patrimonio: a la anciana que tuviera su máquina de coser, al campesino que poseyera un par de vacas, etc. Tal fue concretamente la táctica: crear un clima de incertidumbre favorable para una oposición política amplia de los sectores empresariales, y de cualquiera que tuviera algún bien, al proceso de reforma agraria.

- El tercer aspecto que hay que destacar estriba en que se pretendía dar, del modo más rápido posible, propiedad a los campesinos, para dar estabilidad social al agro y al sistema político general.

Resumiendo, entonces, he destacado que el primer problema derivaba de realizar una reforma agraria en una situación que no cabe considerar como revolucionaria global. Si hubiese sido tal, el Ejecutivo habría podido disponer de un poder muy superior. En nuestro caso procuraba conciliar distintos intereses. Hacer avanzar el proceso de reforma agraria con cierta profundidad y significación, de manera de responder a las aspiraciones creadas en favor de la masa campesina e, incluso, dar propiedad en un sector importante del campesinado para estabilizar y democratizar el sistema. Paralelamente, evitar que esos avances se convirtieran en desincentivo para ciertos grupos empresariales dentro y, especialmente, fuera de la agricultura, ya que se buscaba comprometerlos con el proceso de desarrollo industrial. Me parece que este es un problema que indudablemente se presenta en cualquier sociedad si se intenta conciliar intereses sociales distintos. Creo que, en nuestro caso, fue una de las mayores dificultades operacionales, porque el proceso de reforma agraria no se hace en el vacío, en un laboratorio, sino dentro de un proceso de lucha social en que hay manifestaciones, reacciones, factores psicológicos, factores que impresionan a la opinión pública, todo lo cual resulta más decisivo si se procura cuidar dos flancos tan distintos como los enfocados.

Otro problema en este contexto que me parece importante señalar es que, dentro del programa global, no estaba previsto hacer solamente la reforma agraria ni gozaba ella de una exclusiva prioridad. Simultáneamente, estaban consideradas acciones importantes que demandaban recursos de alto monto para el servicio de otros sectores

sociales cuantitativamente más importantes que el campesinado. Así, se planteaba un plan habitacional de alto vuelo, en pro de la población urbana: 360.000 casas por construir para evitar que la situación habitacional urbana se siguiera deteriorando, cosa que sucedía en los años anteriores y especialmente para erradicar las poblaciones callampas y mejorar sus condiciones de habitación. Así también, se preveía un programa de promoción popular y de servicios comunitarios por realizar a nivel de poblaciones, comunidades, etc. También, el amplio programa educacional y no pocos servicios públicos imperativamente urgentes: hospitales, etcétera.

En resumidas cuentas, junto con la acción de reforma agraria, dirigida y orientada a favorecer al sector campesino que constituía la cuarta parte de la población, dentro del programa de desarrollo social, existía todo un plan para otros sectores que esperaban las satisfacciones de sus propias necesidades e intereses. Allí estaban los sectores marginales urbanos, la población obrera y empleada urbana que requerían ser favorecidas en las mismas líneas: redistribución de ingreso, educación, habitación, servicios sociales, mayor desarrollo industrial. Finalmente, allí también estaba el sector empresarial-industrial, que, si cuantitativamente era minoritario, cualitativamente era muy importante, ya que se le quería incorporar al proceso de desarrollo.

- Muchas de las dificultades y contradicciones que surgieron posteriormente, durante el proceso de desarrollo de la reforma agraria, provenían de los dos problemas básicos enunciados. Era necesaria una conciliación de intereses que no podía obtenerse sin dificultades y contradicciones políticas que se agudizaron a medida que el proceso avanzaba. Y, por otra parte, era inevitable la inmensa dificultad económica derivada de plantear seriamente la reforma agraria —lo que significaba dedicarle una cantidad muy importante de recursos de la nación en los primeros años del proceso—, simultáneamente con las exigencias de recursos considerables destinados a problemas de desarrollo social para otros sectores no campesinos. Esas contradicciones financieras y económicas, que no se percibían en los primeros años, en el período posterior de la reforma agraria se agudizaron con ritmo creciente.
- Creo que estos rasgos que he pretendido delinear merecen tenerse en cuenta como telón de fondo para enfocar el tipo de reforma agraria que se planteó a partir de 1964, dentro de la sociedad chilena.

SITUACIÓN DE PODER DEL CAMPESINADO EN LA SOCIEDAD CHILENA

Pretendo ahora analizar cuál era la situación real de poder —poder social, económico y político— que tenía el campesinado en la sociedad chilena. Desde luego, creo que era mínimo. No entraré en demasiados detalles, pero quisiera señalar algunos rasgos que estimo oportuno tener presentes.

En primer lugar algo que no constituye novedad: si uno analiza el número de la masa campesina chilena, comprueba que ella no ha cambiado significativamente en los últimos años. Datos al respecto pueden hallarse en el estudio del CIDA sobre la agricultura chilena, basado en antecedentes del censo del año 1955.

Detengámonos en este fenómeno de estancamiento pues es obvia su incidencia en el problema de poder.

Las cifras del censo de 1955 y las actuales no difieren mucho. En 1920, la población rural chilena alcanzaba a dos millones de habitantes. Para 1970, de acuerdo con la situación actual y con las proyecciones existentes, ella llegaría a 2.8 millones de habitantes. Vale decir que, en 50 años, la población rural tendría un aumento de menos de un 50%, mientras la población total del país, en esos mismos años, pasaría de 3 millones y tanto a 10 millones de habitantes. Comprobatorio resulta que, entre 1940 y 1960, prácticamente no hubo cambio en la población rural. Tenemos, pues, un muy lento crecimiento absoluto y un decrecimiento relativo muy rápido. De allí también que al tomar los datos de la composición social de 1955 y transportarlos a la situación actual, las diferencias resultan de poca monta.

Sea como fuera, el mencionado estudio se basó en los datos del censo del 55 y llegó a los resultados siguientes en cifras redondas. Había dos millones de campesinos que podrían subdividirse por población agrícola total o por familias agrícolas o por población activa agrícola. Los dos millones de campesinos significaban 350.000 familias y 670.000 hombres activos. Tomemos la fórmula más simple: la familia. Las 350.000 familias —que hoy podrían ser 360.000 o 370.000— se descomponían como sigue desde el punto de vista social (también en cifras redondas):

- 10.000 familias de productores de explotaciones multifamiliares grandes, lo que nos da un porcentaje del 3% para lo que uno podría llamar los dueños de los grandes fundos, haciendo sinónimos para esto los conceptos de fundo y de explotación multifamiliar grande que en el estudio del CIDA se relacionan con la región, con el número de operarios, empleados en la explotación, etcétera;

- 22.000 familias de productores de explotaciones multifamiliares medianas. Sumando este grupo al anterior, llegamos a unas 30.000 familias sobre las 350.000, lo que es inferior al 10% y que corresponde, por así decir, al grupo que poseía o posee el grueso de la tierra en Chile, el grupo dominante dentro de la agricultura;
- 7.000 familias de administradores y empleados, fundamentalmente asalariados de mayor nivel que trabajan generalmente para los grupos anteriores;
- 60.000 familias de productores de explotaciones familiares, o sea de pequeños productores, propietarios o arrendatarios que trabajan por cuenta propia pero en pequeñas explotaciones de tipo familiar;
- 60.000 familias de productores en comunidades (aquí se incluyen las comunidades del Norte Chico, especialmente radicadas en la provincia de Coquimbo y las comunidades araucanas, básicamente en Bío-Bío, Malleco y Cautín) que son minifundistas, pero que difieren de otros minifundistas por vivir en comunidades;
- 22.000 familias de otros productores minifundistas que no viven en comunidades sino por cuenta propia;
- 30.000 familias de medieros, o sea de trabajadores independientes pero sin tierra propia, trabajando en los fundos mediante el sistema tradicional de la mediería;
- 30.000 familias de capataces y obreros especializados que trabajan mayoritariamente en las grandes propiedades;
- 82.000 familias de inquilinos que constituyen la típica mano de obra del sistema de fundos de la zona central; y
- 25.000 familias de trabajadores sin tierra.

Si se analiza esta distribución se percibe que, de las 350.000 familias, prácticamente menos de un 10%, correspondiente a las 30.000, poseían el grueso de la tierra. Las otras 320.000 familias se dividían en dos mitades, una de las cuales carecía absolutamente de tierra propia (inquilinos, medieros, trabajadores afuerinos, voluntarios) y otra que tenía tierra propia, pero por lo general en tan pequeña cantidad que constituían lo que se ha llamado minifundistas. Característica de estos es que no alcanzan a generar por su trabajo, en esas tierras reducidas, un ingreso suficiente y de allí que se vean abocados a redondearlo trabajando en otras explotaciones como asalariados o en industrias o en obras públicas o en comercio o desplazándose eventualmente hacia otras regiones.

En estas cifras redondas tenemos, pues, conforme a dicho estudio, un cuadro de la situación social de la masa campesina chilena que, como dijimos, se puede estimar vigente.

Detengámonos ahora en los rasgos que caracterizan a los dos grandes grupos señalados. Desde el punto de vista de la disponibilidad de la tierra y del agua —elementos fundamentales dentro de la agricultura— hallamos una gran concentración de la propiedad en manos del grupo dominante e, incluso, dentro de esas 30.000 familias, prácticamente solo unas 3.000 controlaban, dominaban y poseían del 70% al 80% de la tierra agrícola. Nótese bien, no solo de la tierra total sino de la tierra agrícola chilena. He ligado a este problema el del agua, porque en la práctica los derechos de agua, el elemento vital para la agricultura de las provincias del norte y centro de Chile, eran usados de la misma manera, como propiedad individual absoluta, a pesar de que las aguas, según la Constitución Política, son un bien nacional de uso público. De hecho, por obra del Código Civil y de la jurisprudencia, ellas se habían convertido en un objeto de propiedad individual, de la misma naturaleza que la tierra propiamente tal. Resumiendo, desde este punto de vista —primer elemento básico si uno analiza la estructura agraria— había una gran concentración de la tierra y del agua en manos de un pequeño grupo y una carencia absoluta o parcial de tales recursos para la gran masa campesina.

Aparece en seguida una segunda característica de esta estructura agraria: el problema del crédito. En el sistema bancario chileno, en el sistema financiero, en el sistema institucional referente a este aspecto, para obtener crédito hay que tener garantías y esto vale lo mismo tratándose de un banco público o de un banco privado. En otras palabras, los bancos funcionan con idéntica mentalidad, incluso por obra de la ley, en beneficio de quienes acumulaban y acumulan la propiedad.

¿Qué consecuencias se derivan de esto? Que automáticamente la concentración de la tierra en manos de un pequeño grupo de personas implicaba que todo el crédito destinado a la agricultura se concentraba en manos de ese mismo pequeño grupo de personas ya que el resto de los campesinos no tenía garantías. La masa campesina, pues, no tenía acceso al sistema financiero institucional, fuese público o privado. Por lo tanto: a concentración de la tierra, concentración del crédito.

Dicha correlación ha tenido, como consecuencia, un curioso fenómeno. El campesino, privado así de crédito, requería sin embargo imprescindiblemente de él. Uno de los rasgos fundamentales de la actividad agrícola es que, entre una y otra cosecha, pasa un año, salvo si se trata de explotaciones como la avicultura o la lechería que pueden generar una entrada regular. Ahora bien, entre cosecha y cosecha, es necesario vivir, comer y, muchas veces, para producir la nueva cosecha, comprar una serie de elementos de producción. Así, por los requerimientos financieros para vivir o para sembrar o para cultivar, los campesinos se han visto forzados a operar sobre la base de un crédito

que yo caracterizaría como no institucional, ni público ni privado. El típico crédito de confianza personal, dado por todo el sistema comercial establecido en las ciudades o en los pequeños pueblos. Dicho tipo de crédito ha significado, en el fondo, una forma de explotación del campesinado frecuentemente mucho peor que aquella emanada de la carencia de tierra o del abuso del mal patrón. Por este crédito se estaba automáticamente ligado, con una esclavitud comercial, a quien daba crédito. Muchas veces este ni siquiera cobraba interés, no pedía garantía —era un crédito de confianza—, pero controlado por una persona o poder dominante de la comunidad local. Como contrapartida de su crédito, el acreedor exigía que se le vendiera la producción agropecuaria del deudor en las condiciones que él antojadizamente fijaba. No es pues de extrañar que el precio que pagaba por esa producción fuera la mitad o menos del valor real que tenía la producción en ese mercado, o sea, lo que aparentemente concedía por el crédito, lo recuperaba con creces por la vía de la comercialización. En términos campesinos esta operación es lo que se llama la "compra en verde" o "compra en hierba", característica de muchas agriculturas subdesarrolladas y que constituye una velada, pero no por eso menos efectiva, forma de explotación. Por ejemplo, en las agriculturas asiáticas, donde realmente no hay una gran concentración de la tierra —por la gran densidad y por la consecuente presión de población sobre la tierra—, este ha sido el sistema a través del cual ha sido explotado tradicionalmente el campesinado: el sistema de financiamiento crediticio.

La usura agraria, entonces, ligada a todos los sistemas de compra e incluso a muchas formas de esclavitud y de servilismo, ha sido dentro de las agriculturas subdesarrolladas uno de los fenómenos de explotación cuya significación ha sido mayor que aquella de la concentración misma de la tierra.

En el caso de la agricultura chilena y de otras latinoamericanas ha revestido una alta importancia precisamente porque la tierra estaba concentrada y el sistema crediticio se hallaba ligado a la posesión de tierras en cuanto exigía garantías reales. Colocada la mayoría de la población agrícola al margen del sistema institucional crediticio, ninguna defensa efectiva cabía de esta manera contra esta explotación.

Tras la concentración de la tierra y del crédito surge un tercer elemento: la falta de organización laboral y profesional.

Me atrevería a decir que para todos los problemas agrarios y campesinos, todos los chilenos, incluso los más cultos, hemos tomado como lo más natural la representatividad del sector agropecuario por las organizaciones tradicionales de los grandes agricultores.

¿Quiénes representaban a la agricultura? Obviamente las sociedades agrícolas: la Sociedad Nacional de Agricultura, las Sociedades

Agrícolas del Sur, la Sociedad Agrícola del Norte, el Consorcio de Sociedades Agrícolas del Sur, etc. A poco que se examinen estas sociedades, se descubre, sin embargo, sin mayor problema a quiénes representan: exclusivamente al pequeño grupo de los grandes propietarios. No ha habido en ellas inquilinos, medieros, pequeños propietarios, etc. Han sido típicas organizaciones de clase, de unidad de los sectores dominantes dentro de la agricultura y de representación de sus intereses. Sin embargo, eran y son considerados por todos los gobiernos como los genuinos representantes de la agricultura nacional. Así, si se trataba de discutir con el sector agrícola las condiciones de trabajo, las políticas de precios, las políticas crediticias, las políticas de importación y exportación, ¿con quiénes se discutía? Con estos grupos que asumían, de hecho, la representación de la agricultura. Eran los únicos organizados puesto que la gran masa campesina carecía de cualquier tipo de organización: ni gremial ni profesional.

Existía una ley de organización sindical, pero no había organización sindical. ¿Qué había ocurrido? Lo mismo que ha sucedido en muchos países de América Latina: hacer leyes para impedir que exista lo que la ley dice favorecer.

Veinte y tantos años atrás, la presión por la sindicación campesina se hizo más fuerte. Ya no se pudo seguir diciendo que los campesinos no podían organizarse. Y no olvidemos que antes se daban con toda tranquilidad y se aceptaban con igual facilidad una serie de aseveraciones: que en la agricultura no podía haber sindicatos porque la agricultura no era como la industria; porque el trabajador agrícola laboraba en una producción mucho más vital para la comunidad; porque si se producía una huelga en una época de cosecha, se perdía toda la producción y ello no era solo perjudicial para el trabajador y para el patrón, sino además para toda la comunidad; que una huelga que afectara seis meses a una industria significaba la pérdida de seis meses de producción pero no de toda la producción; en cambio, en la agricultura eso era la ruina. Tales argumentos se aducían con toda tranquilidad. Y, como dijéramos, veinte y tantos años atrás, en Chile, se consideraba normal que los trabajadores de la agricultura no pudieran organizarse, pese a que el país había suscrito una serie de convenios de la Organización Internacional del Trabajo al respecto con todos los cuales estaba en mora.

Cuando la presión social se hizo tan fuerte que no se pudo seguir impidiendo por ley la organización, ¿qué se hizo? Se aprobó una ley en 1947, en el gobierno de Gabriel González Videla, que se llamó de sindicación campesina. Ahora bien, ella emanó de un parlamento en que dominaba o primaban los elementos latifundistas. Así, la ley prácticamente impedía de un modo muy inteligente la sindicación campe-

sina. Desde luego, imitó la sindicación industrial. Solo se aceptaban sindicatos fundo por fundo, tal como existían sindicatos empresa por empresa. La exigencia parecía razonable, pero también era necesario un número mínimo de trabajadores para formar el sindicato. Se señaló: veinte trabajadores permanentes, lo que automáticamente impedía la sindicación del 83% de los trabajadores que laboraban en predios con un número inferior de trabajadores permanentes.

En seguida, para ser dirigente sindical había que saber leer y escribir y había que haber vivido durante un cierto número de años en el fundo. Bastaba, pues, que a un posible dirigente se le cortaran los años en el fundo para descalificarlo como tal. No podía haber huelga en época de cosecha que era justamente el momento en que la posibilidad de negociación del campesino era más fuerte, etcétera.

*¿R*esultados? Chile tuvo veinte años una Ley de sindicación campesina, entre 1947 y 1967, como resultado de la cual a fines de 1964 existían solo 18 sindicatos campesinos con 1.800 afiliados. Solo existía un pequeño grupo de sindicatos surgidos alrededor de 1953 en la zona viñatera de Lontué y Molina, a raíz de conflictos que habían sido impulsados por elementos ligados a la Iglesia católica —más estrictamente el padre Hurtado y por la ASICH, y en fundos que tenían la peculiaridad de ser viñateros y que, por lo mismo, eran una especie de entes agrícola-industriales— En el resto casi no había sindicatos. Enormes haciendas con muchos miles de trabajadores —como el caso de sociedades anónimas o comunidades— carecían en la práctica de sindicatos.

Podría pensarse que si no había sindicatos, existiría por lo menos alguna línea desarrollada de cooperativismo. Tampoco era el caso. Existían unas cuantas cooperativas campesinas que funcionaban muy mal. Aquellas que tenían más peso y que se conocían como cooperativas agrícolas, eran en verdad sociedades anónimas, disfrazadas de cooperativas para aprovechar una serie de franquicias tributarias e integradas exclusivamente por grandes agricultores. En general, eran especializadas, por ejemplo, cooperativas lecheras que tenían plantas lecheras recibidas del gobierno y que en la práctica no pagaban, cooperativas avícolas, etcétera.

Podemos, pues, concluir que la falta de organización para la gran masa campesina y la organización del pequeño grupo dominante, era otro de los rasgos típicos que indudablemente colocaba a esa masa en una situación de poder extraordinariamente deficiente.

Por otra parte, hablar de oportunidades culturales resulta ocioso. Mencionamos ya el problema de los índices de alfabetismo. No puede hablarse de oportunidades ni siquiera para aquellos que podían tener acceso a la educación. El promedio de años de educación primaria en los campos no subía de 2, mientras que en las zonas urbanas no baja de 4 o 5. Además, era en el campo donde se daba señaladamente el fenó-

meno de los analfabetos por desuso, o sea, personas que habían pasado por la escuela primaria, pero que al regresar a un medio sin oportunidades de ejercer lo aprendido olvidaban lo recibido en la escuela.

Tenemos, pues, descrito este mundo campesino como sin tierra, sin crédito, comercialmente explotado, sin organización ni oportunidades culturales.

Añadamos que el campesinado carecía de representación política. Si se observa qué representación política o qué participación real tenían los auténticos campesinos en el Parlamento, en las municipalidades, en el poder ejecutivo local (intendentes, gobernadores, subdelegados, etc.) se concluirá que dicha representación y participación política era de hecho nula. ¿Cuántos pequeños propietarios, medieros, inquilinos, voluntarios, comuneros eran parlamentarios?, ¿cuántos eran alcaldes o regidores? Y si ampliamos el espectro a todo el sistema político, ¿cuántos eran intendentes, gobernadores, subdelegados, etc.? Prácticamente la representación política campesina era casi cero.

Por otra parte, ¿cuántos campesinos participaban en las directivas nacionales o locales de los partidos políticos —que es otro elemento trascendental de la estructura de poder—? De hecho no estaban ni en las directivas nacionales ni tampoco en las provinciales o locales de la mayor parte de los partidos políticos. Allí se encontraban solo latifundistas o personas ligadas a ellos.

Todo lo dicho aparecía cimentado en una serie de rasgos que constituyen un fenómeno importante y que inciden muy fuertemente en los tropiezos de la reforma agraria. Tales rasgos conforman lo que llamaremos la "psicología de la dependencia". En un proceso de cambio de la naturaleza de la reforma agraria, esos elementos son los más difíciles de superar ya que configuran, de cierta manera, la propia situación de poder del campesinado tal como ella se plasmó durante largos años, por un proceso histórico concreto.

Detengámonos, pues, en estos rasgos más dominantes de lo que hemos llamado la psicología de la dependencia en el campesinado.

Primero: falta de confianza en sí mismos, en sus propias posibilidades. Los campesinos han vivido por muchos años y por muchas generaciones en un sistema que no presentaba otra salida que abandonar el sistema. La única alternativa para el campesino que quería progresar era la emigración. Y, de hecho, los más dinámicos emigraban a las ciudades puesto que dentro del propio sistema carecían de la más mínima posibilidad de mejoramiento. Sumada a la falta de organización, se comprende esa falta de confianza en sí mismos y en sus posibilidades.

Segundo: vivían en medio de toda una serie de relaciones sociales de tipo personal, no institucional. Para resolver sus problemas de trabajo o de vida, el campesino siempre dependía de alguna persona:

de su patrón, del comerciante local, del político local —fuera diputado o regidor—, de algún hombre influyente que se convertía en el mediador entre él y el resto de la comunidad. Y nótese bien que esta dependencia no existía solo para trabajar sino que para cualquier cosa referente a su vida.

Si necesitaba hacer un gasto, hacer un trámite ante un organismo público, ante un organismo del trabajo o de la salud, ir al hospital, conseguir cualquier cosa del sistema institucional, etc., el campesino no podía llegar directamente a él, sea por su aislamiento, por su falta de organización, por su falta de cultura, etc., sino que requería de un mediador que era precisamente quien lo dominaba. En síntesis: existía todo un sistema de relaciones personales, de relaciones de dominación características de una sociedad subdesarrollada de tipo tradicional y hasta —podría decirse— de tipo feudal, aunque la palabra no sea exacta. Tal sistema dificultaba el contacto entre el campesino y el resto de la sociedad.

En tercer lugar: desconfianza al cambio. Es explicable que para quienes han vivido durante mucho tiempo en un sistema inmutable, toda innovación, todo cambio les parece un riesgo. El cambio obliga a salir del ámbito en el cual se sienten seguros. Ejemplificando se entiende mejor lo dicho. Teóricamente es preferible trabajar en forma independiente, como propietario de la tierra y no como asalariado. Sin embargo, cuando hace algunos años se hicieron ciertas experiencias de reforma agraria, como la emprendida por la Iglesia católica de Chile, en algunos casos ella ofrecía a los campesinos arrendarles algunos fundos de los obispados.

¿Cómo reaccionaban los campesinos? A menudo preferían seguir de asalariados, porque al dejar de serlo perdían la seguridad de la asignación familiar y de la libreta de seguro, muy importantes en su nivel tradicional de vida de subsistencia.

Aceptar un sistema de mayor libertad conducía a una cierta incertidumbre y los asalariados no querían correr ese riesgo: trabajar por cuenta propia significaba estar abocado a financiarse uno mismo sus problemas.

Cuarto punto: cierto fatalismo con mucha sujeción a las condiciones de la naturaleza. Aunque no fuera así en todo Chile, que nuestra agricultura se caracterizaba por tradicional y bastante primitiva era algo valedero en el promedio de los fundos. Además, la condición misma de la agricultura, que se liga mucho más directamente a los factores naturales que el fenómeno industrial, provocaba en el campesino una actitud muy pasiva frente al cambio tecnológico, a la innovación. Tal vez nosotros pudiéramos llamar a eso una falta de visión global del mundo campesino y de las relaciones del mundo campesino con

el resto de la sociedad. O aún más estrictamente: carencia de visión general de la sociedad. Ahora bien, la visión del campesino alcanzaba, a lo más, a su comunidad local, a su mundo inmediato. Ni siquiera veía el resto de la sociedad campesina, sus relaciones sociales, ni mucho menos las relaciones económicas o sociales de la sociedad campesina con el resto de la sociedad global. Me atrevería a decir que, para muchos campesinos, sus aspiraciones fundamentales se reducían a dos: un buen patrón y un pedazo de tierra para cultivar. Para gran parte del campesino su rebelión era contra el mal patrón, no contra el sistema patronal. Indudablemente se sentía afectado si el patrón era déspota o si lo trataba mal. En tal caso se despertaba su rebelión; pero, si contaba con un buen patrón o con un modelo de buen patrón, colocaba allí su aspiración. La primera aspiración, pues, y muy nítida, no era cambiar el sistema de relación entre patrón y obrero, sino la de tener un buen patrón. La otra, era la aspiración a poseer su pedazo de tierra, a la propiedad de la tierra. Para la mayor parte de los campesinos era como un símbolo de la liberación. Apuntaba a algo que jamás habían obtenido y que, en algunos casos y para algunos sectores, especialmente en las comunidades indígenas, revestía un carácter de recuperación o reivindicación. Esto es un aspecto bastante curioso. Un reciente estudio del movimiento campesino chileno muestra que este anhelo de propiedad se arraiga en el indígena con un sentido especial de la recuperación de la tierra ancestral. Su situación actual la derivan del robo de sus tierras que se inició con el español en la Conquista, continuó en la Colonia y prosiguió con el criollo desde la Independencia. Interesante, desde esta perspectiva, es la relación estudiada que demuestra que la mayor parte de la "toma" de tierras en Chile ha estado asociada con comunidades indígenas motivadas por esos sentimientos.

Con esto, hemos revisado algunos rasgos, que son importantes y que hay que tener en cuenta, de la psicología de dependencia del campesino. Un proceso de reforma agraria que implique una transformación global hallará en ellos algunas condiciones negativas. Tarea importante es entonces definir una estrategia para superarlas.

Salvador Allende Gossens

DISCURSO INAUGURAL DE LA TERCERA CONFERENCIA MUNDIAL DE COMERCIO Y DESARROLLO*

EL DESARROLLO DEL TERCER MUNDO Y LAS RELACIONES INTERNACIONALES

Señoras y señores participantes en la Tercera Conferencia Mundial de Comercio y Desarrollo.

El pueblo y el Gobierno de Chile agradecen por mi intermedio el gran honor que se nos hace al reunirse en Santiago la Tercera Conferencia Mundial de Comercio y Desarrollo.

Particularmente porque discutirá el problema más grave del mundo: la condición sub-humana en que vive más de la mitad de sus habitantes. Ustedes han sido convocados para corregir la injusta división internacional del trabajo, basado en un concepto deshumanizado del hombre.

La presencia de tantos dirigentes de la economía mundial, venidos de todas las latitudes, entre ellos ministros y altos funcionarios, hace este honor aún más significativo. Es alentador que se encuentren aquí representadas todas las organizaciones del sistema de Naciones Unidas, de las entidades de diversos gobiernos y no gubernamentales

* Allende Gossens, Salvador 1972 "Discurso Inaugural de la Tercera Conferencia Mundial de Comercio y Desarrollo" (Santiago) 13 de abril. Disponible en <www.salvador-allende.cl/Discursos/1972/Unctad.pdf> acceso 16 de octubre de 2014, pp. 1-14.

interesados en los problemas del desarrollo, y los medios de difusión de los cinco continentes.

Acompañado por los representantes del pueblo chileno, que concurren a este acto: los señores presidentes del Senado, del poder judicial, de la Cámara de Diputados, los compañeros ministros de Estado, parlamentarios y autoridades civiles, militares y eclesiásticas, acompañado —representando al pueblo— por los trabajadores y estudiantes.

Es por ello que a nombre de este pueblo y sus representantes que concurren a este acto, extiendo a nuestros huéspedes una muy calurosa bienvenida. Les deseo grata permanencia en esta tierra que les acoge con fraternal amistad y explicable expectación. Saludo, con deferencia, al cuerpo diplomático residente.

Saludo en la III UNCTAD a la asamblea de la comunidad mundial de naciones, de hecho casi toda la humanidad. Lamentamos que su universalidad todavía no sea total. Para nosotros, los pueblos del Tercer Mundo, la UNCTAD debe constituir el principal y el más efectivo de los instrumentos para negociar con las naciones desarrolladas.

La Conferencia que hoy se inicia tiene como misión fundamental sustituir un orden económico-comercial caduco y profundamente injusto por uno equitativo que se funde en un nuevo concepto del hombre y de su dignidad, y reformular una división internacional del trabajo intolerable para los países retrasados, porque detiene su progreso, mientras favorece únicamente a las naciones opulentas.

Para nuestros países esta es una prueba suprema. No podemos seguir aceptando con el nombre de cooperación internacional para el desarrollo un pobre remedo de lo que concibió la Carta de las Naciones Unidas. Los resultados de la Conferencia nos dirán si los compromisos asumidos en la estrategia internacional para el segundo decenio respondieron a una auténtica voluntad política o fueron solo un expediente dilatorio.

Para que los análisis y decisiones de la III UNCTAD sean realistas y relevantes hay que afrontar el mundo tal cual es, defendiéndonos de ilusiones y mistificaciones, pero abriendo la imaginación y la creatividad a soluciones nuevas de nuestros viejos problemas.

La primera constatación es que nuestra comunidad no es homogénea, sino fragmentada en pueblos que se han hecho ricos y pueblos que se han quedado pobres. Más importante aún es reconocer que, incluso entre los pueblos pobres, hay por desgracia países todavía más pobres, y hay también muchos en condiciones insoportables: potencias foráneas dominan su economía, el extranjero ocupa todo o parte de su territorio, padecen todavía del yugo colonial, o tiene la mayoría de su población sometida a la violencia, al racismo, al apartheid. Peor aún: en muchos de nuestros países hay profundas di-

ferencias sociales que aplastan a las grandes mayorías, beneficiando a reducidos grupos de privilegiados.

La segunda comprobación es que nosotros, los pueblos pobres, subsidiamos con nuestros recursos y nuestro trabajo la prosperidad de los pueblos ricos.

Es evidente la validez de lo declarado por los ministros del Tercer Mundo en Lima: la participación de nuestros países en el comercio mundial ha descendido entre 1960 y 1969 del 21,3 al 17,6 %. Nuestro ingreso per cápita en el mismo período aumentó solo en 40 dólares, mientras en las naciones opulentas subía en 650.

El flujo y reflujo del capital extranjero al Tercer Mundo nos significó en los últimos veinte años una pérdida neta de mucho más de 100.000 millones de dólares, además de dejarnos una deuda pública cercana a los 70.000 millones de dólares.

Las inversiones directas de capital extranjero, presentadas frecuentemente como un mecanismo de progreso, se revelaron casi siempre negativas. Así América Latina, según datos de la Organización de Estados Americanos, entre 1950 y 1967, recibió 3.900 millones de dólares y entregó 12.800 millones de dólares. Pagamos cuatro dólares por cada dólar recibido.

Una tercera constatación: este orden económico-financiero-comercial tan perjudicial para el Tercer Mundo, precisamente por ser tan ventajoso para los países opulentos, es defendido por la mayor parte de estos con infatigable tenacidad, con su poderío económico, con su influencia cultural y, en algunas ocasiones, por potencias, a través de casi irresistibles presiones, a través de intervenciones armadas que violan todos los compromisos asumidos en la Carta de las Naciones Unidas.

Otro hecho de trascendencia innegable que atraviesa y engloba las relaciones económicas internacionales y que burla en la práctica los acuerdos entre gobiernos, es la expansión de las grandes compañías transnacionales.

En medios económicos y aun en conferencias como esta, suelen barajarse hechos y cifras de comercio y crecimiento, sin medir realmente cómo ellas afectan al hombre, cómo afectan sus derechos fundamentales, cómo atentan contra el mismo derecho a la vida, que implica el derecho a la plena expansión de su personalidad. El ser humano debe ser sujeto y fin de toda política de desarrollo y de toda colaboración internacional. Concepto que debe estar presente en cada discusión, en cada decisión, en cada acto de política que pretenda fomentar el progreso, tanto en el plano nacional como en el multilateral.

Si se perpetúa el actual estado de cosas, 15 % de los habitantes del Tercer Mundo está condenado a morir de hambre. Como además la atención médico-sanitaria es deficiente, la expectativa de vida es

casi la mitad que en los países industrializados y una gran parte de los habitantes nunca contribuirá al progreso del pensamiento y de la creación. Puedo repetir aquí lo que nuestro pueblo dolorosamente sabe. En Chile, país de 10 millones de habitantes y donde ha existido un nivel alimenticio, sanitario y educacional superior al término medio de los países en desarrollo, hay 600.000 niños —hijos de chilenos, niños del pueblo— que por falta de proteínas en los primeros ocho meses de su vida, jamás alcanzarán el pleno vigor mental que genéticamente les habría correspondido.

Hay más de 700 millones de analfabetos en Asia, África y América Latina y otros tantos millones no han pasado de la educación básica. El déficit de viviendas es tan colosal que solo en Asia hay 250 millones de habitantes sin techo apropiado. Cifras proporcionales se comprueban en África y América Latina. El desempleo y el subempleo alcanzan cifras pavorosas y siguen aumentando. En América Latina, por ejemplo, el 50% de la población activa está cesante o tiene una desocupación disfrazada, cuya remuneración, particularmente en el campo, está muy por debajo de las necesidades vitales. Esto es lógica consecuencia de un hecho conocido: las naciones en desarrollo que concentran el 60% de la población mundial, disponen de solo el 12 % del producto bruto. Hay algunas decenas de países cuyo ingreso per cápita no pasa de 100 dólares al año, mientras en varios otros es cerca de 3.000 y en Estados Unidos llega a 4.240 dólares per cápita.

Unos tienen como expectativa medios de vida que todo les permite. Otros nacen para morir, inevitablemente, de hambre. E incluso, en medio de la abundancia, hay millones que sufren una vida discriminada y miserable.

Corresponde a nosotros, los pueblos postergados, luchar sin desmayo por transformar esta vieja estructura económica anti-igualitaria, deshumanizada, por una nueva, no solo más justa para todos sino capaz de compensar la explotación secular de que hemos sido objeto.

Cabe preguntarse si nosotros, los pueblos pobres, podemos hacer frente a este desafío a partir de la situación de dominación o de dependencia en que nos encontramos. Debemos reconocer viejas debilidades nuestras, de distinto orden, que contribuyeron considerablemente a perpetuar las formas de intercambio desigual que condujeron a una trayectoria de los pueblos también desigual.

Por ejemplo, la convivencia de ciertos grupos dominantes nacionales con los factores causantes del atraso. Su propia prosperidad se basaba, precisamente, en su papel de agentes de la explotación foránea.

No menos importante ha sido la alienación de la conciencia nacional. Esta ha absorbido una visión del mundo elaborada en los grandes centros de dominación y presentada con pretensión científ-

fica como explicación de nuestro atraso. Atribuye a supuestos factores naturales, como el clima, la raza, o la mezcla de razas, o el arraigo a tradiciones culturales autóctonas, la razón de un inevitable estancamiento de los continentes en desarrollo. Pero no se ocuparon de los verdaderos causantes del retardo, como la explotación colonial y neocolonial foránea.

Otra culpa nuestra que debemos mencionar es que el Tercer Mundo no ha logrado todavía la unidad total, respaldada sin reservas por cada uno de nuestros países.

La superación de estos errores debe tener prioridad. En el mismo sentido se expresan la Carta de Argel y la Declaración de Lima de los 77.

Los gobiernos de los países del Tercer Mundo han formulado ahora una filosofía mucho más consciente y acorde con la realidad de hoy. Así la Declaración de Lima, junto con reiterar la enfática afirmación de la Carta de Argel de que la responsabilidad primordial de nuestro desarrollo nos incumbe a nosotros mismos, certificó el compromiso de sus firmantes de efectuar las reformas necesarias en sus estructuras económicas y sociales, para movilizar plenamente sus recursos básicos y asegurar la participación de sus pueblos en el proceso y en los beneficios del crecimiento. Condenó, asimismo, toda forma de dependencia que pudiera agravar el subdesarrollo.

En Chile, no solo apoyamos sino que practicamos plenamente esta filosofía. Lo hacemos con profunda convicción, de acuerdo con nuestra realidad socioeconómica y política.

El pueblo y el Gobierno están comprometidos en un proceso histórico para cambiar de manera fundamental y revolucionaria la estructura de la sociedad chilena. Queremos echar las bases de una nueva, que ofrezca a todos sus hijos igualdad social, bienestar, libertad y dignidad.

La experiencia, muchas veces dura, nos ha demostrado que para satisfacer las necesidades de nuestro pueblo y para proporcionar a cada uno los medios que le garanticen una vida plena, era indispensable superar el régimen capitalista dependiente y avanzar por un nuevo camino. Ese nuevo camino es el socialismo que empezamos a construir.

Consecuentes con lo que han sido nuestra historia y tradición, estamos realizando esta transformación revolucionaria profundizando el régimen democrático, respetando el pluralismo de nuestra organización política, dentro del orden legal y con los instrumentos jurídicos que el país se ha dado; no solo manteniendo sino ampliando las libertades cívicas y sociales, individuales y colectivas. En esta nación no hay un solo preso político, ni la menor limitación a la expresión oral o escrita. Todos los cultos y creencias son practicadas en la más irrestricta libertad y ante el mayor respeto.

En esta nación pueden —porque el derecho y la Constitución se lo otorgan— manifestar su protesta o desfilar las fuerzas opositoras, basada, precisamente, esta actitud en el fundamento jurídico.

Y el Gobierno garantiza ese derecho a través de la fuerza pública que de él depende.

Nuestro proceso de cambios ha sido iniciado en un régimen multipartidista; en un avanzado Estado de derecho y con un sistema judicial absolutamente independiente de los otros poderes del Estado; en el Parlamento, la oposición es mayoría.

Al desatar en el sistema económico fuerzas dinámicas antes frustradas, nos proponemos superar el modelo tradicional de crecimiento que se basaba, casi exclusivamente, en el aumento de las exportaciones y en la sustitución de importaciones. Nuestra estrategia implica dar prioridad al consumo popular y confiar en las posibilidades del mercado interno. No propiciamos la autarquía económica, sino el aprovechamiento del vasto potencial que representan como agentes activos nuestro pueblo y nuestros recursos.

La recuperación por el país de sus riquezas básicas ha constituido un objetivo principal del Gobierno que presido.

Hemos nacionalizado el hierro, el acero, el carbón y el salitre, que pertenecen hoy al pueblo chileno. Nacionalizamos el cobre a través de una reforma constitucional, aprobada por la unanimidad de un Parlamento en que el Gobierno no tiene mayoría.

Nos hicimos cargo de la industria del cobre y hemos logrado una alta producción, venciendo enormes dificultades técnicas y administrativas y superando deficiencias graves en que incurrieron quienes usufructuaron de estos minerales.

La recuperación de nuestras riquezas básicas nos permitirá ahora utilizar en nuestro propio beneficio los excedentes que antes enviaban al extranjero las compañías foráneas. Mejoraremos así nuestra balanza de pagos.

La nacionalización del cobre era ineludible e impostergable. Para apreciar el daño que se provocaba a nuestra economía, basta decir algunas cifras: según valor de sus libros, hace 42 años las compañías que explotaban el cobre hicieron en Chile una inversión inicial de 30 millones de dólares. Sin internar después nuevos capitales, retiraron desde entonces más de 4.000 millones de dólares, enorme suma casi equivalente a nuestra deuda externa actual. Además, nos dejaron compromisos crediticios por más de 700 millones de dólares que el Estado tendrá que cancelar. Según su balance de 1968 una de las compañías cupríferas, no obstante tener en nuestro país solo 17 % de sus inversiones totales mundiales, obtuvo en Chile el 79 % de sus beneficios.

Contaré solamente otros dos aspectos de la gestión económico-social de mi Gobierno: uno es la profunda y amplia redistribución del ingreso, y el otro, la aceleración de la reforma agraria, cuya meta es que a fines de este año no quede un solo latifundio en nuestra tierra. Esta reforma incluye una línea dinámica y realista del desarrollo agropecuario. Así esperamos resolver, en cortos años, el déficit de alimentos que hoy nos obliga a importarlos por más de 300 millones de dólares, suma desproporcionada a nuestros recursos.

Hemos complementado todo el quehacer nacional con una decidida política de integración económica con los países de América Latina. El Pacto Andino (integrado por Bolivia, Colombia, Chile, Ecuador y Perú) es un vivo ejemplo de las enormes posibilidades de colaboración que existen entre países subdesarrollados cuando hay una sólida voluntad política para actuar.

En menos de tres años hemos triplicado el comercio mutuo y estamos aplicando mecanismos para coordinar la estrategia económica de cada país. Hemos acordado un tratamiento común a la inversión extranjera, que elimina la competencia suicida para captar recursos externos y corrige prácticas injustas que se vienen repitiendo desde hace mucho tiempo. Tenemos plena certeza de que una integración entre países como los nuestros no puede resultar únicamente del juego mecánico de las fuerzas del mercado; deben planificarse conjuntamente los sectores más fundamentales de la economía definiéndose así las producciones a cada país.

El Pacto Andino, auténticamente latinoamericano, tiene trascendencia no solo por el pragmatismo técnico con que estamos enfrentando los problemas como surgen, sino también porque estamos realizando una experiencia autóctona de integración, basada en el más absoluto respeto al pluralismo ideológico, al legítimo derecho que cada país tiene de adoptar las estructuras internas que estime más convenientes.

La tarea asignada a la III UNCTAD es diseñar nuevas estructuras económicas y comerciales precisamente porque aquellas establecidas en la postguerra, que perjudican duramente a los países en desarrollo, se están derrumbando y desaparecerán.

Las concepciones de Bretton Woods y de La Habana, que dieron vida al Banco Mundial, al Fondo Monetario y al GATT, se caracterizaron por sistemas monetarios, de intercambio comercial y de financiamiento para el desarrollo, fundados en la dominación y en el interés de unos pocos países. Evolucionaron en la expectativa de una guerra considerada inevitable entre los países industriales de occidente y el mundo socialista. Como siempre, el interés económico y el interés político se combinaron para someter a los países del Tercer Mundo.

Dichos sistemas fijaron las reglas del juego del intercambio comercial. Cerraron mercados a los productos del Tercer Mundo, a través de barreras tarifarias y no arancelarias, de sus propias estructuras de producción y distribución, antieconómicas e injustas.

Crearon nocivos sistemas de financiamiento. Además, en el transporte marítimo fijaron prácticas y normas, decidieron el valor de los fletes y así obtuvieron un virtual monopolio de la carga. Dejaron también al Tercer Mundo al margen del avance científico y nos exportaron una tecnología que muchas veces constituyó un medio de alienación cultural y de incremento de la dependencia. Las naciones pobres no podemos tolerar que continúe esta situación.

Por otra parte, las concepciones de Bretton Woods y de La Habana fueron incapaces de elevar el nivel de vida de más de la mitad de la humanidad, y ni siquiera capaces de mantener la estabilidad económica y monetaria de sus propios acreedores, como lo evidenció la crisis del dólar que precipitó el derrumbe.

Desde la II UNCTAD en Nueva Delhi, que tanto decepcionó a los países en desarrollo, los acontecimientos han cambiado todo el cuadro político y económico del mundo y hay ahora mejores perspectivas.

Es evidente para todos que las concepciones financieras de la postguerra se desmoronan; que los centros nuevos o robustecidos de poder político y económico provocan contradicciones notorias entre los propios países industrializados. Se impuso finalmente la coexistencia entre las naciones capitalistas y socialistas. Y después de veinte años de injusticia y atropello del derecho internacional, ha terminado la exclusión de la República Popular China de la comunidad mundial.

Por otra parte, en nuestros países se va creando una resistencia cada vez más fuerte a la dominación imperialista y también a la dominación clasista interna, un sano nacionalismo adquiere renovado vigor. Se abren algunas posibilidades, todavía larvadas, aunque promisorias, de que los esfuerzos de auto superación de las naciones atrasadas se realicen bajo menor presión externa y a un costo social menos penoso. Entre estas se cuenta la toma de conciencia de los pueblos pobres sobre los factores causales de su atraso. En ocasiones, este convencimiento es tan profundo que ninguna potencia extranjera y ningún grupo privilegiado nativo pueden ya doblegarlo, como lo demuestra el heroísmo invencible de Vietnam. Pocos osan aún pretender que todas las naciones del mundo sigan los mismos modelos de formación económico-social. Se hace compulsivo, en cambio, el respeto recíproco que posibilita la convivencia y el intercambio entre naciones de sistemas sociopolíticos distintos. Hoy surgen posibilidades concretas de construir formas nuevas de intercambio económico

internacional, que por fin abran posibilidades de equitativa cooperación entre pueblos ricos y pueblos pobres.

Estas perspectivas alentadoras reposan en dos hechos: por un lado, las decisiones que afectan sustancialmente al destino de la humanidad son cada día más influidas por la opinión mundial, incluyendo la de los países partidarios del statu quo. Por otro lado, surgen condiciones que tornan ventajoso para las propias naciones centrales (aunque no para todas sus empresas) establecer, en el plano específicamente económico, nuevas formas de relación con las naciones periféricas.

Evidentemente, todavía no hay una retirada general de las fuerzas restrictivas. Las nuevas esperanzas que prometen libertarnos pueden conducir a nuevas formas de colonialismo. Se concretarán en un sentido u otro según sea nuestra lucidez y capacidad de acción. De ahí la extraordinaria importancia y oportunidad de esta III UNCTAD.

En efecto, tal como en el siglo pasado las fuerzas desencadenadas por la revolución industrial transformaron los modos de ser, de vivir y de pensar de todos los pueblos, hoy día recorre el mundo una ola de renovaciones técnico-científicas con el poder de operar cambios todavía más radicales, entrando en contradicción con los sistemas sociales preexistentes.

Debemos evitar que el avance de la ciencia y de sus aplicaciones, al operar bajo el condicionamiento de estructuras sociales y políticas rígidas —tanto internacionales como nacionales—, conspire contra la liberación humana. Sabemos que la revolución industrial, y la ola de transformaciones que trajo consigo, representaron para muchos pueblos el mero tránsito de la condición colonial a la neocolonial, y, para otros, la colonización directa. Por ejemplo, el sistema internacional de telecomunicaciones implica un peligro formidable. Está en su 75 % en manos de los países desarrollados de Occidente; más del 60% de ese 75% es controlado por los grandes consorcios norteamericanos.

Quiero decirle a usted, señor secretario general, y a ustedes, señores delegados, que en menos de diez años penetrarán a nuestras instituciones comunitarias y a nuestros hogares, dirigidas desde el extranjero por satélites de gran poder transmisor, una información y una publicidad que, si no se contrarrestan con medidas oportunas, solo aumentarán nuestra dependencia y destruirán nuestros valores culturales. Este peligro debe ser conjurado por la comunidad internacional que debe exigir control por las Naciones Unidas.

Igualmente, cabe considerar como una perspectiva más favorable las contradicciones, cada vez más evidentes, entre los intereses públicos de las naciones ricas (aquellos que verdaderamente benefician a sus pueblos) y los intereses privados de sus grandes corporaciones internacionales. En efecto, el costo global militar, económico, social

y político de operar a través de empresas transnacionales excede a lo que ellas aportan a las economías centrales y tiende a ser cada vez más oneroso para los contribuyentes.

Consideremos además la acción expoliadora de estos consorcios y su poderosa influencia corruptora sobre las instituciones públicas tanto de las naciones ricas como de las naciones pobres. Los pueblos se resisten a esta explotación, y exigen que los gobiernos interesados cesen de entregar parte de su política económica exterior a las empresas privadas, que se atribuyen el papel de agentes impulsores del progreso de las naciones pobres, y se han convertido en una fuerza supranacional que amenaza tornarse incontrolable.

Esta realidad, que nadie puede negar, tiene profundas consecuencias para el quehacer de esta Conferencia. Corremos el grave riesgo de que aun cuando lleguemos a entendimientos satisfactorios entre los representantes de Estados soberanos, las medidas que acordemos no tengan efectos reales, por cuanto estas compañías manejan de hecho, en silencio y conforme a sus intereses, la aplicación práctica de los acuerdos.

Ellas tienen sus objetivos, sus políticas comerciales, sus políticas navieras, sus políticas de inversiones, sus políticas de integración económicas, su propia visión de las cosas, su propia acción, su propio mundo.

En los foros internacionales estamos discutiendo los elementos visibles de la estructura de dependencia del Tercer Mundo, mientras pasan a nuestro lado, invisibles como los tres cuartos sumergidos de un "iceberg", las raíces condicionantes de esta situación.

La UNCTAD debe estudiar muy seriamente esta amenaza. Esta flagrante intervención de los asuntos internos de los estados es más grave, más sutil y peligrosa que la de los gobiernos mismos condenada por la Carta de las Naciones Unidas. Han llegado a pretender alterar la normalidad institucional de otras naciones, desatar campañas de dimensiones globales para desprestigiar a un gobierno, provocar contra él un boicot internacional y sabotear sus relaciones económicas con el exterior. Casos recientes y bien conocidos, que han escandalizado al mundo y que nos afectan tan directamente, constituyen una voz de alarma para la comunidad internacional que está imperiosamente obligada a reaccionar con vigor.

Deseo ocuparme ahora de otros problemas. Son ustedes, señores representantes, quienes plantearán las soluciones que consideren adecuadas. Existe una abundante documentación preparada por las Naciones Unidas, y muy particularmente la Declaración, Principios y Programa de Acción de Lima. Esta carta constituye la posición unificada por los ministros de los 96 países en desarrollo, que representa la abrumadora mayoría de la humanidad, de sus esperanzas y aspiraciones conjuntas, que debería suscitar las respuestas positivas que desde

largo tiempo se esperan de la comunidad internacional y especialmente de los pueblos y gobiernos de los países desarrollados.

Corresponderá a ustedes, señores delegados, atender todas las justas demandas que el programa de acción contiene.

Todas ellas son de importancia vital. Singularizo los problemas de los productos básicos porque interesan fundamentalmente a la gran mayoría de los participantes.

Por mi parte, solo quiero exponer a esta asamblea, algunas de mis preocupaciones como jefe de Estado de una nación del Tercer Mundo respecto a ciertos problemas del temario.

Las respuestas de todos los países industrializados no pueden ser iguales. Sus recursos y medios de acción son diferentes. Tampoco han tenido la misma responsabilidad de crear y mantener el orden internacional actual. Por ejemplo, ni los países socialistas ni todos los países pequeños y medianos han contribuido a generar esta irracional división del trabajo.

LAS REFORMAS DE LOS SISTEMAS MONETARIO Y COMERCIAL

La primera de mis preocupaciones es el peligro de que la reestructuración de los sistemas monetario y comercial internacionales se lleve a cabo, nuevamente, sin la plena y efectiva participación de los países del Tercer Mundo.

En relación al sistema monetario, particularmente desde la crisis de agosto pasado, los países en desarrollo han hecho valer su protesta en todos los foros, mundiales y regionales. No les cabía responsabilidad alguna en la crisis de mecanismos monetarios y comerciales manejados sin su injerencia. Han sostenido, insistentemente, que la reforma monetaria debe ser elaborada con la concurrencia de todos los países del mundo; que debe fundarse en un concepto más dinámico del comercio mundial; que debe reconocer las nuevas necesidades de los países en desarrollo, y que nunca más debe ser manejada exclusivamente por unos pocos países privilegiados.

Es vital que la Conferencia afirme, sin vacilaciones y sin reservas, estos objetivos.

Es cierto que los detalles de un nuevo sistema pueden complementarse en otros foros más especializados. Pero es tal la conexión de los problemas monetarios con las relaciones comerciales y de desarrollo, como se evidenció en la crisis de agosto pasado, que la UNCTAD tiene la obligación de discutir a fondo esta materia y velar porque el nuevo sistema monetario, estudiado, preparado y manejado por toda la comunidad internacional, sirva también para financiar el desarrollo de los países del Tercer Mundo, a la par que a la expansión del comercio mundial.

En lo que toca a la indispensable reforma comercial, hay hechos que nos alarman. Hace pocas semanas Estados Unidos y Japón, por una parte, y Estados Unidos y la Comunidad Económica Europea, por la otra, enviaron sendos memorandos al GATT, es decir, al Acuerdo General de Tarifas y Comercio. Estos dos documentos, casi idénticos, declaran que los patrocinantes se comprometen a iniciar y apoyar activamente la realización de acuerdos integrales en el seno del GATT a partir de 1973, con miras a liberar y expandir el comercio internacional. Agregan que persiguen, además, mejorar el nivel de vida de todos los pueblos —lo que puede ser logrado—, entre otros métodos, "a través del desmantelamiento progresivo de los obstáculos al comercio", y procurando mejorar el marco internacional dentro del cual se realiza el intercambio.

Naturalmente, es satisfactorio que tres grandes centros de poder decidan revisar a fondo las relaciones económicas internacionales, teniendo en cuenta el mejoramiento en los niveles de vida de todos los pueblos. También es plausible que mencionen la necesidad de reorientar la política comercial a través de acuerdos internacionales o regionales que tiendan a la organización de los mercados. Pero no se nos escapa que liberar el comercio entre los países industrializados de Occidente borra de una plumada las ventajas del sistema general de preferencias para los países en desarrollo.

Y lo que más nos inquieta es que las tres grandes potencias económicas pretendan realizar esta política, no a través de UNCTAD, sino del GATT. Este se preocupa fundamentalmente de los intereses de los países poderosos; no tiene ligazón seria con las Naciones Unidas ni está obligado a orientarse por sus principios, y su composición choca con el concepto de participación universal.

Pienso que los países desarrollados deben poner fin a estos continuos embates contra UNCTAD. Esta constituye el foro más representativo de la comunidad mundial y ofrece oportunidades excepcionales para negociar las grandes cuestiones económicas y comerciales en un pie de igualdad jurídica. Por el contrario, los países en desarrollo hemos propuesto perfeccionar la actual institución y ampliar su mandato. Es urgente que UNCTAD complete su autonomía y se convierta en un organismo especializado del sistema de Naciones Unidas para que actúe con mayor libertad de acción, con mayor influencia, con mayor capacidad en la solución de los problemas cruciales que son de su competencia. Nosotros, pueblos del Tercer Mundo, que no supimos hablar en Bretton Woods ni en las reuniones posteriores que diseñaron el sistema financiero vigente, nosotros, que hoy no participamos en las decisiones del Grupo de los Diez sobre la estrategia financiera de los intereses de las grandes

potencias occidentales; nosotros, que no tenemos voz en los debates sobre la reestructuración del sistema monetario mundial; nosotros necesitamos un instrumento eficaz, que defienda nuestros intereses amenazados. Por ahora este instrumento solo puede ser la propia UNCTAD, convertida en una organización permanente.

LAS EXCESIVAS CARGAS QUE IMPONE EL ENDEUDAMIENTO DE LOS PAÍSES EN DESARROLLO

Mi segunda preocupación se refiere a la deuda externa. Los países en desarrollo ya debemos más de 70.000 millones de dólares, aunque hayamos contribuido a la prosperidad de los pueblos ricos desde siempre, y más todavía en las últimas décadas.

Las deudas externas contraídas, en gran parte, para compensar los perjuicios de un injusto intercambio comercial, para costear el establecimiento de empresas extranjeras en nuestro territorio, para hacer frente a las especulaciones con nuestras reservas, constituyen uno de los principales obstáculos al progreso del Tercer Mundo. Ya el documento de Lima y la resolución número 2.807 de la última Asamblea General de las Naciones Unidas, se preocuparon del endeudamiento. Esta última resolución consideró, entre otras cosas, las cargas cada día más pesadas que imponen al Tercer Mundo los servicios de las deudas, el debilitamiento de la transferencia bruta de recursos a los países en desarrollo y el deterioro de los términos del intercambio. Pidió enfáticamente a las instituciones financieras competentes, así como a las naciones acreedoras, que dieran trato favorable a las solicitudes de renegociación o consolidación con plazos de gracia, amortizaciones adecuadas y tasas de intereses razonables. Además, invitó a los mismos países e instituciones a estudiar formas más racionales para financiar el desarrollo económico del Tercer Mundo. Esto es, para nosotros, muy satisfactorio.

Yo creo que es indispensable realizar un estudio crítico sobre cómo el Tercer Mundo ha contraído su deuda externa y las condiciones requeridas para que sea rescatado de ella sin perjudicar sus esfuerzos por superar el atraso. Ese estudio podría ser realizado por el secretario general de la UNCTAD y presentado a la Asamblea General de las Naciones Unidas.

Chile ilustra en este momento la gravedad de la situación. El valor de nuestras exportaciones es de 1.200 millones de dólares al año. Este año nos correspondería pagar 408 millones. No es posible que un país deba dedicar a servir su deuda externa 34 dólares de cada 100 que ingresan en sus arcas.

LAS PRESIONES PARA IMPEDIR EL EJERCICIO DEL DERECHO A DISPONER LIBREMENTE DE LOS RECURSOS NATURALES

Mi tercera preocupación está directamente relacionada con la anterior. Concierne a la presión real y potencial para coartar el derecho soberano de los pueblos de disponer de sus recursos naturales para su beneficio. Este ha sido proclamado en los Pactos de los Derechos Humanos, en varias resoluciones de la Asamblea de las Naciones Unidas y en el Primer Principio General aprobado por la UNCTAD, La Declaración de Lima de los 77 formula con toda claridad un principio adicional para la defensa de nuestros países contra ese orden de amenazas. Necesitamos elevarlo de la condición de principio a la de práctica económica imperativa. Dice así:

> El reconocimiento de que todo país tiene derecho soberano de disponer libremente de sus recursos naturales en pro del desarrollo económico y del bienestar de su pueblo, toda medida o presión externa, política o económica que se aplique contra el ejercicio de este derecho, es una flagrante violación de los principios de libre determinación y de no intervención, según los define la Carta de las Naciones Unidas, y, de aplicarse, podría constituir una amenaza a la paz y a la seguridad internacionales.

¿Por qué los países en desarrollo quisieron ser tan explícitos? La historia de los últimos 50 años está llena de ejemplos de coerción directa o indirecta, militar o económica —crueles para quienes la sufren, denigrantes para quienes la ejercen—, destinada a impedir a los pueblos subdesarrollados disponer libremente de las riquezas básicas que representan el pan de sus habitantes. México, Centroamérica y el Caribe la conocieron. El caso del Perú en 1968 dio origen a una tajante respuesta de los países latinoamericanos reunidos en CECLA, recuérdese la Declaración del Consenso de Viña del Mar.

Chile ha nacionalizado el cobre, su riqueza básica que significa más del 70 por 100 de sus exportaciones. De poco ha valido que el proceso de nacionalización, con todas sus implicaciones y consecuencias, haya sido la más clara y categórica expresión de la voluntad de su pueblo, y fuera realizado siguiendo los dictados precisos de disposiciones constitucionales de la nación. De poco ha valido que las compañías extranjeras que explotaban el mineral hayan extraído beneficios muchas y muchas veces superiores al valor de sus inversiones. Estas empresas, que se enriquecieron prodigiosamente a costa nuestra, y que se creían con el derecho de imponernos indebidamente su presencia y su abuso, han movido toda clase de fuerzas, incluso las de sus propias instituciones estatales dentro de su país y dentro de otros, para atacar y perjudicara Chile y a su economía.

No deseo abandonar esta cuestión tan poco grata sin destacar, entre las presiones de que hemos sido objeto, dos cuyo efecto trasciende el atropello del principio de no intervención.

Una tiende a impedir que Chile obtenga nuevas condiciones y nuevos plazos para pagar su deuda externa.

Estimo que nuestros acreedores no han de aceptarlo. Los países amigos no han de prestarse a reducir aún más el bajo nivel de vida de nuestro pueblo. Sería injusto, dramáticamente injusto.

La otra presión pretende, a través de una ley de ayuda exterior adoptada por uno de los mayores contribuyentes del Banco Mundial y del Banco Interamericano, condicionar la asistencia financiera a Chile de dichos bancos a que apliquemos políticas que violarían las normas constitucionales que rigen la nacionalización del cobre. Estos dos bancos están ligados uno a las Naciones Unidas y el otro al sistema interamericano, cuyos principales objetivos oficiales les impiden y prohíben aceptar condiciones como estas.

Si estas políticas se ponen en práctica, se daría un golpe mortal a la colaboración internacional para el desarrollo; se destruiría la base misma de los sistemas del financiamiento multilateral, donde muchos países, en un esfuerzo cooperativo, contribuyen en la medida de sus posibilidades. Estas políticas significan demoler concepciones que tenían un sentido de solidaridad universal y dejan a plena luz la realidad descarnada de un interés subalterno del más puro tipo mercantilista. Sería retroceder más de 100 años en la historia.

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE EL ACCESO A LA TECNOLOGÍA

También pido la atención de esta asamblea sobre la urgencia de que el Tercer Mundo tenga acceso a la ciencia y la tecnología modernas. Los obstáculos que hemos encontrado hasta ahora constituyen factores determinantes del atraso.

La industrialización, como parte fundamental del proceso global de desarrollo, está en íntima relación con la capacidad nacional de creación científica y tecnológica para una industrialización adecuada a las características reales de cada región, cualquiera que sea su grado de evolución actual.

Hoy nuestra capacidad de creación tecnológica es muy insuficiente, como resultado de un histórico proceso de dependencia. Así, nuestras investigaciones siguen modelos teóricos del mundo industrializado. Se inspiran más en las realidades y necesidades de este último que en las nuestras. Y cada vez, con mayor frecuencia, miles de científicos y profesionales abandonan sus patrias para servir en los países opulentos; exportamos ideas y personas capacitadas; importamos tecnología y dependencia.

Atender este problema, que nos permitiría terminar con la subordinación tecnológica, es difícil, costoso y lento. Nos quedan dos posibilidades.

Por una parte, podemos seguir industrializándonos con inversiones y tecnología extranjera, agudizando cada vez más la dependencia que amenaza con recolonizarnos. América Latina experimentó un largo período de euforia con la política de la industrialización por sustitución de importaciones. Es decir, la instalación de fábricas para producir localmente lo que antes se importaba, subsidiando la operación con costosas regalías: facilidades cambiarias, defensas aduaneras, préstamos en moneda local y avales del Gobierno para financiamiento proveniente del exterior. La experiencia demostró que esta industrialización promovida principalmente por corporaciones internacionales resultó ser un nuevo mecanismo de recolonización. Entre sus efectos dañinos se encuentra la creación de una capa técnico-gerencial cada vez más influyente, que pasó a defender los intereses extranjeros que confundió con los suyos. Todavía más graves han sido los efectos sociales. Las grandes plantas, que utilizan técnicas sofisticadas, generan graves problemas de desempleo y subempleo, y llevan a la quiebra a la pequeña y mediana industria nacional. Debemos mencionar también la tendencia a centrarse en industrias de consumo, que sirven a una estrecha capa de privilegiados, e indirectamente crean valores y formas de consumo ostensivo en perjuicio de los valores característicos de nuestra cultura.

La otra posibilidad consiste en crear o reforzar nuestra capacidad científico-tecnológica, recurriendo entre tanto a una transferencia de conocimientos y medios apoyada decididamente por la comunidad internacional e inspirada en una filosofía humanística que tenga al hombre como su principal objetivo.

En la actualidad esta transferencia se traduce en el comercio de una mercancía que aparece bajo distintas formas: asistencia técnica, equipos, procesos de producción y otras. Este comercio ocurre bajo ciertas condiciones explícitas e implícitas extremadamente desfavorables para el país comprador, sobre todo si este es subdesarrollado. Recordemos que en 1968 América Latina desembolsó más de 500 millones de dólares solo por concepto de adquisición de tecnología.

Estas condiciones deben desaparecer. Debemos poder seleccionar la tecnología en función de nuestras necesidades y nuestros planes de desarrollo. Cualesquiera que sean los esfuerzos de los países en desarrollo, nada será posible sin un cambio radical de actitud de quienes detentan casi el monopolio de los conocimientos científicos.

¿Qué hacer en estas circunstancias? Nos es imposible cambiar de la noche a la mañana el mundo tal cual es, con toda su injusticia contra los países subdesarrollados. No nos queda más remedio que seguir

bregando por reducir los efectos negativos de este estado de cosas y sentar las bases para construir lo que llamaría una economía solidaria.

La presente coyuntura internacional es favorable para intentar transformar el orden económico. Quizás este juicio es demasiado optimista, pero la verdad es que los acontecimientos internacionales de las últimas décadas han venido acumulando factores que terminaron por cristalizar como una nueva oportunidad. La característica más notable es la posibilidad que se le ofrece al mundo de una relación más digna, sin sumisión y sin despotismos. Hay entendimiento entre las potencias mundiales capitalistas; hay coexistencia y diálogo entre estas y las socialistas.

¿Puede darse algo semejante entre los antiguos países colonialistas e imperialistas, por un lado, y los pueblos dependientes, por el otro? El futuro dirá si nosotros, pueblos del Tercer Mundo, conquistaremos el reconocimiento de nuestros derechos en la reestructuración del intercambio internacional y la instauración de relaciones justas para todos. Esta cuestión, es preciso subrayarlo, puede ser la más precaria y la más dolorosa.

Cabe a ustedes preguntarse, señores delegados a la Asamblea de la III UNCTAD, sobre qué bases se podría organizar una nueva convivencia humana, al fin solidaria, después de una larguísima historia de opresión que hemos vivido y vivimos. Permítanme, sin embargo, señalar que, a mi juicio, una de las bases podría ser orientar el desarme en forma tal que cimiente una economía solidaria en escala mundial, aunque algunos crean que esta es irrealizable.

Para las economías socialistas, la perspectiva de desarrollo pacífico es su aspiración histórica fundamental. Una vez afianzada la paz podrán integrar más activamente la cooperación multilateral y aportar al mercado mundial recursos técnicos y productivos decisivos para su propia prosperidad y que contribuirían eficazmente a que los países del Tercer Mundo lograran superar los efectos deformantes de siglos de explotación.

No me parece que, ante la experiencia de los últimos años, las naciones capitalistas deban prolongar concepciones como el colonialismo y el neocolonialismo, y conservar una economía de guerra para mantener el pleno empleo. Solo el Tercer Mundo, con sus inmensas necesidades, puede constituir una nueva frontera económica para las naciones desarrolladas. Solo esa nueva frontera es capaz —mejor que la economía de guerra— de ocupar la capacidad productiva de las grandes empresas y dar oportunidades de empleo a toda la fuerza de trabajo. Quiero creer que dirigentes esclarecidos, conscientes de los profundos cambios que enfrentan, están comenzando a pensar seriamente en nuevas soluciones, en las cuales el Tercer Mundo y los países socialistas participen plenamente.

Es necesario buscar con empeño una ecuación económicamente viable entre las enormes necesidades de los pueblos pobres y la prodigiosa capacidad productiva de las naciones ricas. La solución podría encontrarse en una estrategia de la pacificación, mediante un plan de desarme que destinara un alto porcentaje de los gastos hasta ahora entregados al armamentismo y a la guerra, a un "Fondo de Desarrollo Humano Homogéneo". Este fondo podría estar abierto prioritariamente como préstamos a largo plazo a las empresas de las propias naciones que los constituyen.

Como el monto de los gastos anuales en armamentos y en guerra es ya superior a los 220.000 millones de dólares, existe un potencial de recursos más que suficiente para comenzar a plasmar una economía solidaria.

Sus objetivos serían reconvertir una economía de guerra en una economía de paz, y, paralelamente, contribuir al desarrollo del Tercer Mundo. El fondo financiaría grandes obras y programas destinados a estos países, de tal manera que mantuvieran la mano de obra cesante por la reducción de gastos en armamentos que permitiesen con su producción resarcir su costo, y, sobre todo, que se constituyeran como empresas nacionales autónomas capaces de un crecimiento sostenido. Al mismo tiempo iniciaría una nueva era de progreso económico continuado, de ocupación plena de los factores productivos, incluso de la totalidad de la fuerza de trabajo. Y, sobre todo, de superación progresiva del abismo que separa los pueblos prósperos de los pueblos expoliados.

Esto no es una utopía. En este mundo, obligado hoy a colaborar o a destruirse, nuevas ideas, inspiradas no solo en la justicia sino siempre en la razón, pueden redundar en soluciones válidas para la humanidad.

Les deseo, señores delegados, que sus trabajos tengan un resultado positivo. Chile hará lo posible por contribuir a ello utilizando todas las oportunidades que le ofrece el ser anfitrión para facilitar contactos y crear un clima favorable. Sus delegados no buscarán confrontaciones innecesarias, sino acuerdos fecundos.

La pasión y el fervor con que todo un pueblo construyó este edificio son un símbolo de la pasión y el fervor con que Chile quiere contribuir a que se construya una nueva humanidad que haga desaparecer la necesidad, la pobreza y el temor, en este y en los otros continentes.

Me atrevo a pensar que la conferencia dará respuestas positivas a la angustia de millones de seres humanos. No en vano se han movilizado a este lejano país los más altos dirigentes de la economía de casi todas las naciones de la Tierra, incluyendo aquellas que más poder tienen para reorientar la marcha de los acontecimientos. Señores delegados, de algo sí pueden estar seguros: los pueblos no permitirán, como dijeron en Lima, "que coexistan indefinidamente la pobreza y la opu-

lencia". No aceptarán un orden internacional que perpetúe su atraso. Buscarán su independencia económica y vencerán el subdesarrollo. Nada lo podrá impedir, ni la amenaza ni la corrupción ni la fuerza.

De la transformación urgente de la estructura económica mundial, de la conciencia de los países, depende que el progreso y la liberación del vasto mundo subdesarrollado elijan el camino de la colaboración basado en la solidaridad, la justicia y el respeto a los derechos humanos, o que, por el contrario, sean empujados a la ruta del conflicto, la violencia y el dolor, precisamente para imponer los principios de la Carta de las Naciones Unidas.

Entre el golpe militar y la lucha por la restauración de la democracia, 1973-1990

.cl

Julieta Kirkwood

LA MUJER EN EL HACER POLÍTICO CHILENO*[1]

NO SE PRETENDE EN ESTE TRABAJO una sistematización acabada ni definitiva sobre la condición de la mujer chilena en su relación con el mundo de la política, sino más bien se plantea un conjunto de apreciaciones hechas sobre diversas expresiones y demandas femeninas —directas o indirectas— formuladas en diversos períodos históricos por el emergente movimiento feminista.

Hay que tener presente que el ámbito donde se dan estas reflexiones fue y es, básicamente, de defensa ante la pretensión hegemónica del autoritarismo establecido desde 1973, donde la negación tajante del poder político de todo progresismo y de todo cambio social obligó al pensamiento disidente a la búsqueda de los contenidos de la democracia y a su revalorización. De allí que también surgiese, desde las mujeres, la necesaria pregunta del sentido de la democracia para la mujer, en circunstancias en que esta ha vivido atrapada en una larga historia de discriminación genérica.

* Kirkwood, Julieta 1986 "La mujer en el hacer político chileno" en *Ser política en Chile. Las feministas y los partidos* (Santiago: FLACSO) pp. 46-71.

1 Los contenidos de este artículo, revisados y reducidos, fueron publicados con el nombre "Chile: La mujer en la formulación política" (Kirkwood, 1981).

Se agrega a ello —y pesa mucho en la reflexión— el reconocimiento generalizado de la incidencia del "movimiento de las cacerolas" en la caída del régimen constitucional anterior. Estos hechos obligaron a romper ciertas visiones idílicas sobre el contenido y potencial revolucionario atribuido mecánicamente a las mujeres de los estratos teóricamente comprometidos con el cambio social, y a aceptar que se formulasen, con respecto a las mujeres, algunas cuestiones antes impensables: ¿son reaccionarias las mujeres?, ¿constituyen una categoría diferenciada socialmente?, ¿en qué medida el antes constituye un elemento explicativo necesario para su presente y futuro, en cuanto grupo social y en tanto elemento determinante de futuras opciones democráticas? Problemas todos que habrán de ser necesariamente considerados desde la evolución particular del proyecto democrático popular alternativo hasta la dominación existente.

La sociedad chilena se ha caracterizado en los últimos cincuenta años por una incorporación creciente y diversificada de los más amplios sectores sociales, lo que la convirtió hasta 1973, en el plano latinoamericano en un ejemplo de sociedad democrática. Esta percepción derivaba expresamente de la capacidad del proceso chileno para que los distintos sectores sociales —obreros, campesinos, sectores medios— se incorporasen paulatinamente a la sociedad política y expresaran allí sus demandas, reivindicaciones, conflictos y proyectos. Por cierto, hay quienes sostienen tesis más negativas. Nosotros nos adscribimos a la expresada en posibilidad.

Podría definirse el período como un continuo de participación y creación de diversos canales de decisión popular, generados a partir de variadas formas de resolución de la pugna y del conflicto con los grupos dominantes cuya tónica, obviamente, *no era* la de la participación popular total. Se constituye, sin embargo, un estilo de sociedad donde hay cada vez más intereses contemplados, expresados y satisfechos.

La ampliación del sistema político (voto femenino desde 1949), del sistema educacional y de la organización de la salud; la ampliación y activación de los aparatos sindicales, etc., son clara expresión de este espíritu, donde paulatinamente la sociedad civil va siendo cada vez más representada y expresada políticamente. Incluso aparece en la sociedad democrática chilena la posibilidad de que ciertas categorías sociales adquieran significación en cuanto formas nuevas de expresión. Así, hay demandas de transformación, superación y cambio de la sociedad que son asumidas y expresadas por el movimiento juvenil y, más tímidamente, por sectores de mujeres, ya como categorías sociales específicas. La sociedad aparecía *dispuesta,* aunque no sin pugnas, a la expresión de lo juvenil y de lo femenino, más allá de proyectos ortodoxos.

Hasta aquí podría decirse lo que fueron las líneas generales de evolución de una sociedad que, bien o mal, buscó liberarse de estructuras de dominación discriminatorias. En este ámbito, los partidos populares, progresistas y revolucionarios, declaran asumir y expresar la contestación a los problemas sociales que la realidad plantea, pero la contestación que en general es expresada es una *contestación indiferenciada* que, al presuponer la existencia de un solo tipo de ciudadanos, reivindicará solo una forma de subyugación y discriminación —la económica, política y de clases—, y desconocerá otras discriminaciones específicas.

La discriminación femenina aparecerá disfrazada, postergada como secundaria o, en ocasiones, directamente negada. En parte porque dentro de la gama de relaciones de dominación, la de mayor elaboración teórica es la que se ocupa de las relaciones entre clases antagónicas, y la mujer aparecía, inobjetablemente, repartida en clases sociales. En parte, también, porque las propias mujeres no siempre se visualizaron a sí mismas como *objetos de una discriminación específica,* no postulándo*se,* por lo tanto, como sujetos reivindicando su propia opresión sino aceptando, bien o mal, la idea cultural predominante sobre lo femenino como contradicción secundaria.

Hay, indudablemente, cuestionamientos esporádicos a la determinación biológica, pero estos terminan invariablemente poniéndose al abrigo de los proyectos alternativos globales. Y en parte, finalmente, por la *opacidad* histórica de la variable sexual que impide el análisis de las relaciones entre factores biológicos y formas socioculturales, y por la prevalecencia de un clima científico y político que permite ignorar dicha variable sexual o mantenerla en la penumbra de lo individual.

Pero las mujeres sufrimos —indudablemente y en toda sociedad— un conjunto de condiciones objetivas y subjetivas de discriminación genérica que se trasluce en lo político, económico, social y cultural. Conviene entonces preguntarse si esta discriminación ha sido asumida y cómo por las mujeres en cuanto tales; si una vez asumida se ha expresado en proposiciones y organizaciones políticas autónomas, o si lo ha hecho en partidos globales y bajo qué rasgos y condiciones. Y, finalmente, cuál ha sido la recepción social de esta problemática, vale decir, si ha sido o no incorporada al patrimonio de la contestación política.

MUNDO DE HOMBRE - MUNDO DE MUJER

Hemos creído pertinente iniciar el análisis de la relación mujer-política con un doble supuesto: en primer lugar, *postulamos la existencia de una experiencia de protesta femenina continua,* de variadas dimensiones, pero que ha permanecido *invisible* socialmente, en tanto no ha sido narrada ni reconocida por sus protagonistas como *su* histo-

ria, como la historia de su género. En segundo lugar, *que la expresión política partidaria de la problemática femenina ha sido casi absolutamente contingente,* eventual a la política general, y se evidencia solo cuando hay demandas femeninas expresadas que, en *lucha con los partidos y con la sociedad,* logran en algún grado imponerse, y esto en general cuando dice relación con el voto político o con derivaciones sociales de la relación madre-hijo.

La inexpresividad de los partidos más progresistas en cuanto a la condición de la mujer es notable, tanto como es y ha sido notable la expresividad de la derecha para hacer caudal de la orfandad política femenina, afirmándose una fuerte contradicción entre lo expresado políticamente por los partidos de izquierda y las demandas atribuibles a las mujeres en cuanto ciudadanas y miembros de una clase social.

Se les plantea la socialización de los medios de producción en circunstancias que más del 80% de las mujeres chilenas son calificadas como inactivas por estar fuera de lo definido como "fuerza de trabajo productivo" que habrá de socializarse. Se les plantea subvertir el orden de la relación dominante- dominado, en circunstancias en que ella permanecerá siendo la dependiente compañera de un "hombre libre". El proyecto político popular propone al hombre el umbral de la libertad; para las mujeres, la libertad no termina de traspasar el umbral de la casa.

Las formulaciones más combativas en el discurso izquierdista-progresista radican en la disputa, con la derecha, de la condición de adalid de la defensa de la familia —léase la familia proletaria— que es definida como "núcleo revolucionario básico", pero dejando intocadas las redes interiores jerárquicas y disciplinarias que conforman históricamente a la familia, sin alterar la *reproducción de su orden* en la socialización infantil. Con ello la izquierda disputa —sin quererlo— la reivindicación de valores del Orden conservador.

Así, a la familia burguesa opone una familia proletaria de calcadas funciones de subordinación y jerarquía intersexos, la misma relación de la mujer con la política mediatizada por el hombre, idéntica diferenciación entre *mundo del hombre y mundo de la mujer.* Patéticamente se comprobó que en el período de Allende, cuando se intentó incentivar el trabajo "afuera", "productivo", de la mujer, estas ambicionaban —mejorando las condiciones de bienestar hogareño— solamente volver a sus casas o quedarse en ellas. Se habló de pasividad femenina; se habló de familia revolucionaria y se las llamó "compañeras": vano intento desbaratado por las cifras electorales que insistían en su presencia conservadora.

Naturalmente, dentro del abanico de relaciones de dominación, la que ha tenido mayor elaboración teórica es la que se ocupa de las relaciones entre clases sociales antagónicas. Sin embargo, la teori-

zación exclusiva sobre dicho conflicto no resuelve ni expresa la totalidad de las formas de dominación, ni todas las contradicciones que en ella se originan. Por el contrario, en la medida en que dicho conflicto es instituido como el eje de la teorización y la práctica política contestataria, debería también asumir con la misma urgencia los problemas que implican las otras contradicciones. De no hacerlo así, no resultará idóneo para conducir el proceso global de liberación social, y lo político se resolverá, probablemente, en nuevas formas de dominación y en nuevas rigideces.

Al respecto, podría sostenerse que la tragedia y responsabilidad del proyecto popular en Chile es que la no consideración y la evasión de las dimensiones que afectan a las mujeres ha precipitado, en diversas situaciones histórico-políticas, un fenómeno similar: la opresión femenina deviene en reacción. Como ejemplo extremo recordemos la movilización política reaccionaria de las mujeres en 1972, cuya líder ha sido hoy ascendida al rango de Ministra de la Familia[2].

En la actual situación de autoritarismo político-social, que niega la existencia misma del conflicto social global, han emergido no obstante ciertas reivindicaciones feministas —en pequeños grupos y en espacios político- académicos— sin encontrar, aparentemente, mayor rechazo que la negación de su validez específica o el desinterés, tanto del oficialismo (para quien las mujeres "liberadas" del marxismo vuelven —misión cumplida— al santuario del hogar), como de importantes sectores que liderizan la opción democrática o revolucionaria. Estos últimos poseen todos "departamentos femeninos", considerando la militancia y movilización de las mujeres como "fuerza explosiva" (en equivocado símil con la movilización de las derechas), o bien como sectores posibles de manipular para la apertura de espacios políticos, los cuales, una vez logrados, vuelven a plantear, intocada, la anterior formulación y praxis política.

Sostienen las feministas que los estudios que actualmente se propongan abordar las relaciones entre la cuestión femenina y las formas de expresión política, deberán enfrentar, al menos, los aspectos siguientes: la situación de la mujer en relación con las fuerzas productivas; la naturaleza de su explotación y los problemas de identidad

---

2 Se trata de Carmen Grez, quien fuera designada públicamente por Pinochet como cabeza del Ministerio de la Familia, precisamente en reconocimiento de la labor cumplida en la movilización de las mujeres contra el gobierno constitucional de Salvador Allende. El anuncio de su nombramiento ministerial no fue posteriormente confirmado, tal vez a causa de una infortunada entrevista que se le hiciera en *El Mercurio*, tal vez por problemas de jerarquía o competencia con la Secretaría Nacional de la Mujer y CEMA-Chile, ambas instituciones dirigidas por la señora Lucía Hiriart de Pinochet.

femenina Estas preguntas han de formularse dentro de un sistema de dominación en el cual —y aparentemente sin relación al conflictivo mundo político— se intenta establecer muy claramente cuáles son los *límites* del mundo de las mujeres y del mundo de los hombres, a través de una serie de mecanismos de *refuerzo* que pasan por la Constitución Política del Estado instituida en 1981 por el régimen, la cual contiene una prohibición explícita de sustentar ideologías que atenten contra la familia patriarcal, tradicional, con normas establecidas por el sistema educativo y afianzadas por los medios de comunicación masivos[3].

¿Y EN EL ANTES?

En las primeras décadas de este siglo, en los inicios de la constitución del proletariado urbano y de su expresión política, la presencia de obreras y trabajadoras es reducida. Sin embargo, raras veces se las verá expresadas en los partidos políticos, aunque cumplen roles y acciones de gran combatividad.

Tenemos, por ejemplo, a la *mujer de campamento,* activísima en las salitreras del Norte Grande y especialmente en momentos de crisis, de huelgas. Su trabajo consiste en proporcionar comida a los obreros del campamento, separados de sus familias. Y lo hacen permanentemente, soportando el peso de las huelgas. El discurso político sobre ellas, en este período de gran agitación y conciencia, no va más allá del referido a la abnegada mujer-madre, sin que quede claro el reconocimiento de su condición de trabajadora.

En el mismo período encontramos a las *mujeres fabricanas,* llamadas peyorativamente "rotas fabricanas", en una doble alusión a su condición de pobres y asalariadas. Eran en general mujeres jóvenes, y tenían una *independencia relativa* en comparación a la mujer pobre confinada al hogar. Sufren, sin embargo, además de la carga de trabajo proletario, el rechazo social por su "independencia económica", por su relativa autonomía de trabajador-hombre, que les permite una cierta liberalidad en sus formas de vida. Son, en general, cigarreras, trabajadoras de la tracción, incipientes obreras textiles. Pese a su relativa independencia económica, a su desplazamiento fuera de la casa, y a la constitución de colectivos de mujeres, no tenemos aún información reconocida y registrada sobre intentos de organización gremial específicos ni de su expresión política.

Notable es, también, la participación de mujeres en una gran revuelta campesina, Ranquil; sin embargo, sobre su condición de trabajadora temporal o permanente poco ha sido dicho aún. Significación especial en este período tienen las *aparadoras de cuero y calzado* por el

3 Ver al respecto el trabajo de Munizaga, 1981.

tamaño de este sector y por la influencia en él de concepciones anarquistas, que harían suyas algunos aspectos de la liberación de la mujer.

Ya más avanzado el siglo, las mujeres *maestras primarias* participan en movimientos generales de profesores, pero también constituyen organizaciones femeninas propias, las que si bien se originan en las maestras mismas, recuperan e incluyen a otros estratos de mujeres de clases subalternas. Poniendo gran énfasis en las reivindicaciones culturales de la mujer (derecho a educación primaria y acceso a la educación superior) dan origen posteriormente a todos los movimientos femeninos de lucha por derechos políticos-ciudadanos que se sucederán en el período siguiente.

Este mismo sector femenino se hace presente en la organización y en la temática de la Federación de Estudiantes de Chile. Surge por primera vez en su interior la crítica del *ser mujer,* desde la mujer misma. Marcó, además, el comienzo literario de Gabriela con su soneto "Todas íbamos a ser reinas", algunas de cuyas estrofas se popularizaron posteriormente, olvidándose otras que cuestionan la condición femenina impuesta por la cultura, y que son particularmente notables por su profundo sentido feminista[4].

Así, aparecen mujeres escritoras, mujeres bohemias, mujeres con inquietud política; se constituye un movimiento de protesta literario femenino y surgen los primeros movimientos pacifistas femeninos de rechazo a la guerra y la violencia. Todo el período constituye un momento político social de contestación en *ascenso,* del cual no están marginadas las mujeres de los últimos sectores mencionados. Incluso es un tiempo de gran irrupción de masas: en las "huelgas de hambre" y "Asambleas de la Alimentación" se observa una cierta presencia femenina.

Sigue a este proceso todo un ciclo de persecución política a sectores sindicales y gremiales con la dictadura militar de Carlos Ibáñez, en 1927, cuyo efecto no esperado fue el de una politización generalizada de la sociedad. Todas las organizaciones civiles disidentes se politizan y pasan a engrosar los partidos políticos de izquierda; también los movimientos gremiales y específicos de mujeres se alinean en forma partidaria y se origina —en fin— un gran afianzamiento de partidos orgánicos en desmedro de movimientos gremiales específicos y libertarios.

Posteriormente, se producen las primeras movilizaciones femeninas, muchas veces organizadas desde los partidos en torno a las luchas por el voto y la lucha antifascista, con gran influencia de la Revo-

---

4 Su artículo "La intuición de la mujer", de Lucila Godoy Alcayaga, publicado en *La Voz del Elqui* y que solamente he conocido hoy, en marzo de 1985, gracias a la curiosidad feminista y gentileza de Verónica Matus, quien me hizo llegar su hallazgo.

lución y Guerra Civil española, lo que implicó una toma de conciencia femenina y demandas de participación. Se crean organizaciones autónomas cuyo éxito culmina en la obtención del voto político en 1949.

Todos los partidos políticos declaran asumir esta nueva conciencia femenina y suman a las mujeres, ahora en calidad de ciudadanas, a sus filas; se supone que a través de la conciencia política femenina ya ha sido lograda la igualdad entre los sexos.

Sin embargo, la dimensión revolucionaria o política de centro, de derecha o de izquierda *absorbe* la dimensión sufragista-feminista, y ello explica que una vez logrado el voto y a pesar de haber constituido organizaciones y partidos políticos propios[5], por razones diversas las mujeres disuelven sus instituciones y pasan a integrar, por separado, los diversos departamentos femeninos que se ofrecían a sus opciones ideológicas.

Curiosamente, luego de la obtención del voto político, surge una fuerte arremetida femenina con vertiente en el catolicismo y radicalismo. Se trata de una aglutinación de las mujeres provenientes de organizaciones católicas, de caridad, tradicionales, y de aquellas dirigidas e instituidas a partir de la Presidencia de la República, liderizadas por la esposa del Presidente. Surge así, por vez primera, el rol de Primera Dama: serán ellas quienes conducirán y controlarán posteriormente, vía la Presidencia conyugal, a estos verdaderos y efectivos movimientos femeninos conservadores y de orden.

Es notable que, paralelamente al hecho que la mujer reaccionaria se organiza y hace públicamente la defensa de la familia y de los valores cristianos, y aparece imbuida del anticomunismo inyectado por la guerra fría, las mujeres progresistas se desmovilizan en su especificidad —¿sentimiento de culpa por la masividad del voto femenino conservador y de centro tradicional?— y se reparten en los partidos políticos como ciudadanas militantes, y disuelven o desprivilegian sus movimientos y Partidos con el argumento fuerte de la necesidad de privilegiar la "lucha social global". Pareciera un atrapamiento repetido.

Lo cierto es que se constituye socialmente una abrumadora *pasividad política femenina,* una apatía absolutamente impermeable a los partidos revolucionarios tradicionales, que llega a cifras de alrededor de un 75% de nuestra población femenina ciudadana. Esta pasividad femenina habrá de romperse otra vez, violentamente, con el surgimiento de la Democracia Cristiana, que va a proporcionar a los sectores femeninos una revisada ideología religiosa-secularizada, que les permite mantener el conservantismo pero esta vez con ropaje progresista.

---

5 Formación del Partido Femenino de Chile en 1946; MEMCH, en 1935; Partido Cívico Femenino, en 1919.

Podría hacerse un símil entre dicha ideología y el "Pujadismo" francés, suerte de movilización de los pequeños campesinos que es protestataria y reaccionaria a la vez: en contra del capitalismo y, estereotipadamente, en contra también de la movilización popular. Esta ideología, una suerte de catolicismo protestatario reaccionario, utiliza los valores más tradicionales como forma de protesta, valores que, traducidos como esenciales de la familia, van a ser asumidos activamente por un alto porcentaje de mujeres. Este mismo fenómeno se dará en las décadas de los cincuenta y sesenta, cuando estos mismos valores pasan a ser asumidos por renovados porcentajes de "pasivas" mujeres de los sectores medios y populares.

Se ha producido, con esto, un reforzamiento ideológico conservador del centro político que se traslada a las masas demócrata-cristianas y que, posteriormente —ya la Democracia Cristiana en el gobierno— se aposentará en sus organizaciones comunitarias.

Especial importancia adquieren los CEMAS (Centros de Madres)[6], que son manejados como política de oposición *en la base* frente a la alternativa de izquierda. Surge una fuerte presencia femenina de apoyo, de carácter tradicional, que carga la política de Centro-Derecha de rasgos autoritarios y conservadores. El tono de la Democracia Cristiana es, entonces, un tono de conservantismo femenino. Y es también un tono virulentamente antiizquierda. Precisamente en los años 70 - 73 será desde los Cemas de los barrios altos que surgirá y se multiplicará el Poder Femenino, que da a luz la Marcha de las cacerolas vacías[7].

No desconocemos que algunos sectores de mujeres, en ocasiones cercanos al 30% del total de votos, adhieren a ideologías de izquierda; pero tal vez esta adhesión —en mayor grado que la proporción de ganancias para el proyecto izquierdista— haya producido una homogeneidad ideológica entre las mujeres de centro y de derecha, cuya problematicidad política específica aún no empezaba a ser considerada.

Los partidos de la izquierda en ese período logran con dificultad expresar la problemática femenina. La desconocen. Presumen que no existe. Las mujeres mismas desde la izquierda tampoco lo admiten: ya se han integrado a protestar por cambios en la sociedad en su conjunto y no hablan más de "problemas femeninos".

Es en este espacio ideológico, en lo que a la dimensión femenina se refiere, donde se desenvuelven los 1.000 días de la Unidad Popular y es en él donde golpeará nuevamente el autoritarismo militar a la democracia.

---

6 Ver Lechner y Levy, 1984; y Larraín, 1982.

7 Marcha realizada el día 1º de diciembre de 1971, día posteriormente declarado por el régimen "Día Nacional de la Mujer".

Luego de encendidas urgencias y en medio de una nueva polarización de la política entre gobierno y oposición, es posible percibir claramente tres orientaciones políticas diferenciadas para abordar lo relativo a la mujer.

Una primera, que consiste en la persistencia del enfoque *integracionista* al interior de los partidos tradicionales, con idénticos planteamientos —para mujer y hombre— de los fines y de los métodos de acción política de *apoyo* global a la opción democrática y/o a la lucha contra el Régimen Autoritario vigente.

Una segunda, esta vez desde el régimen centrada en la desarticulación y *desmovilización política* activa conservadora de las mujeres. Explícitamente se reconoce que la movilización anticomunista de las mujeres no fue un movimiento destinado a incorporarlas permanentemente en el ámbito de lo político, y que tampoco representaba un feminismo de derecha. Por el contrario, la movilización de las mujeres obedece a requerimientos muy coyunturales de defensa de los valores morales de la patria y la familia. Una vez que estos han sido reinstituidos éticamente, se refuerzan los roles tradicionales femeninos, elemento tan fundamental, en lo ideológico, para la permanencia de la sociedad neoconservadora.

Y una tercera orientación consiste en una corriente de incipiente feminismo surgida, precisamente, del intento de analizar críticamente la sociedad contemporánea y de redimensionar sus contenidos democráticos. Allí, la cuestión femenina se plantea bajo formas que ya dicen relación con los nuevos movimientos sociales emergentes. Su punto de partida es que el cuestionamiento de los roles femeninos en la sociedad existente y la propuesta de opción política futura *necesitan ir más allá del economicismo político anterior.*

Estas son, a grandes rasgos, las tres formas de percibir la problemática femenina aquí y ahora, formas de percepción que, a su vez, constituyen tres opciones político-sociales. Creemos que frente a ellas, ineludiblemente, habrán de pronunciarse las mujeres, las organizaciones, los movimientos disidentes de diversos tintes, y los proyectos políticos alternativos. La mujer, quiérase o no, pasa a constituir, en cuanto objeto o en cuanto sujeto, un problema político. Su responsabilidad habrá de ser, en adelante, de esa misma naturaleza.

LA CRÍTICA SOCIO-HISTÓRICA FEMINISTA

Intentaremos, ahora, esbozar una crítica socio-histórica de la relación entre el movimiento feminista chileno en sus diversas expresiones y dimensiones, y las formulaciones referidas a la mujer desde el ámbito de la política global, en ciertos momentos significativos de su desarrollo. No nos proponemos solamente abordar la historia empí-

rica o un relato de hechos y secuencias objetivas e independientes de consideraciones éticas o de compromiso; tampoco será una exposición que se crea sin principios —y los tenga, sin saberlo—. Por el contrario, hemos usado ideas *deliberadamente* preconcebidas tanto para el análisis como para la interpretación.

Toda vez que en nuestra lectura de la relación entre la *mujer* y *lo político* hemos encontrado encerrada alguna contradicción, no hemos intentado a toda costa borrarla, desconsiderada sino, en lo *posible,* esclarecerla y dibujarla nítidamente para mejor plantear y comprender sus significados. Así, cuando por ejemplo en los inicios del movimiento feminista chileno en el siglo XX nos hemos encontrado con una vertiente extremadamente *ascética* y moralizante, nuestra primera reacción fue que *para nada* esa era una expresión de feminismo puesto que negaba, por completo, las posturas de revolución sexual inherentes al feminismo contemporáneo. Sin embargo, una lectura más cuidadosa de esa contradicción lógica y, más referida a su propio contexto histórico, a su carácter más *reivindicativo,* nos permitió aclarar bastantes aspectos de *sentido* en el movimiento feminista global que, de otro modo, hubiesen sido desechados con el riesgo evidente de esquematizar —desde el presente— esa historia.

De igual modo, hemos tratado de evitar esa tendencia a *negar y a olvidar* lo agobiante o "sin salida" que pesa tanto en los intentos de movilización de las mujeres, y que nos lleva a adoptar un aire de circunspección y dignidad que es —en el fondo— una renuncia a poner a prueba e impugnar ideas tenidas como sagradas. En estos casos hemos asumido la responsabilidad de la puesta a prueba de dichas ideas.

Las mujeres hemos descrito el mundo tal como lo vemos; de ahí que aparezca contradictorio, difuso. En esa manera de ver está también expresada la condición femenina: podemos recaptarla en su magnitud parcelada, blanco y negro, extremada, siempre frente a dicotomías excluyentes, puesto que la mujer ha sido hecha por la cultura en la certeza de roles *esenciales,* inmutables e *irrenunciables,* y no en la duda que abre la propia responsabilidad.

Los propósitos fundamentales que nos planteamos tenían que ver con: a) determinar cómo han visto y percibido las organizaciones de mujeres a través de la historia las diversas modalidades de su propia inserción como mujeres en el mundo de lo político; b) qué es lo que las mismas mujeres habían *delineado* como perteneciente a ese mundo; e) cómo se expresaron estas ideas en comportamientos políticos concretos; d) qué relación y de qué tipo existe entre las concepciones políticas de las mujeres (feminismo) y el estadio o situación del proceso político global, nacional e internacional y, e) cómo afectan o no estas situaciones y en qué sentido, a las reivindicaciones y demandas feministas actuales.

Finalmente, como contrapartida necesaria, nos propusimos descubrir cuál es la definición que a partir del proceso político global se ha hecho del movimiento feminista. Por supuesto, una tarea de gigantes.

Obviamente, el conocimiento de tal tipo de relaciones trasciende la explicación de una situación histórica concreta, y nos sirve para aportar elementos a la comprensión de una posible cultura femenina, incluso en nuestros días. Más propiamente —y desde la perspectiva del proyecto liberador de la mujer— nos permitiremos observar qué estadio psicosociológico predomina en cada momento en las *imágenes colectivas* de las mujeres en acción, es decir, si la ideología liberacionista o emancipatoria se haya en un período de ascenso, si ya ha logrado el máximo de su expresividad, o si ha iniciado su descenso, en lo que a género respecta.

Tal como ha sido señalado por Sheila Rowbotham[8], las mujeres hemos heredado una historia general y una historia de la política en particular, narrada y constituida solo por *hombres,* por lo que es lícito suponer en ambas una cierta desviación masculina que nos ha dejado en el silencio, e invisibles ante la historia. Ello ha significado para nosotras alcanzar conciencia política a través de ideas, acciones y organizaciones propias del poder y la cultura masculina y *en sus términos,* lo que va desde el lenguaje (determinación de sentidos a expresar), hasta formas de organización consideradas como posibles. Esto mismo se ha traducido, con frecuencia, en la aceptación de las modalidades de participación atribuidas a las mujeres en las organizaciones políticas masculinas: constituir bases de apoyo, fuerza explosiva o de punta para algunas reivindicaciones específicas, complementariedad de labores principales y, en general, realización de los *dictats* de las jerarquías, sin cuestionamiento.

Este hecho de "mujeres realizando política masculina" —puesto que no parece cierta la *neutralidad* de "lo hombre" constituido en lo humano, usando sus términos, sus palabras— no es algo insípido: produce una *distorsión* en el campo del debate. Así, por ejemplo, la defensa de los derechos de la mujer en términos masculinos es tan distorsionante, como sería la reivindicación de los derechos del hombre, hoy, en términos decimonónicos. Lo reprimido, lo no dicho, no podrá aflorar si no hacemos nuestro, o no modificamos, el lenguaje.

Entonces, un primer paso para superar el peso de la historiografía masculina en la conciencia política femenina habrá de ser —junto con mostrar esa característica de masculinidad— reconocer, tornar visible todo lo registrado y experimentado por las mujeres que tuvieron que luchar por alcanzar un espacio en el mundo de la

8 Ver Rowbotham, 1978.

política. Es decir, como dicen las feministas, "ver y hacer ver lo que otros están haciendo invisible"[9].

Las más de las veces, los orígenes de los logros actuales de la condición femenina son desconocidos, descorporizados y no identificables.

La historia global a que nos hemos referido ha olvidado sistemáticamente en nuestro país, como en todos, —o ha cercenado— el origen de las concepciones que cambiaron la vida de las mujeres. Presentando la historia como la memoria neutral de un proceso evolutivo civilizatorio, olvida y hace olvidar que cada uno de esos logros también han supuesto luchas, resistencias titánicas, voluntad. Y mantiene en la opacidad aquello que ha aclarado Foucault[10]: toda situación de poder conlleva intentos de contrapoder; todo esfuerzo por imponer una determinada legalidad, coexiste *simultánea y automáticamente* con una o varias ilegalidades. Lo que podría traducirse en que, desde que existe la opresión femenina, coexiste también la posibilidad —realizada o no, expresada o no, traducida en sucesivos ropajes histórico-culturales— de la rebeldía de las mujeres.

Historizar, entonces, las demandas políticas feministas es mostrar la existencia de esa otra legalidad, de ese contrapoder o —por qué no— de esa fuerza que constituye el propio intento de las mujeres para conseguir su propia liberación. Es mostrar —no importa cuán lejos o cuán cerca se haya estado de conseguirlo— su presencia, su visibilidad. Y es también mostrar la *transformación en sujeto* de un grupo social específico que no ha sido aún totalmente identificado como tal ni por los otros ni por sí mismo, y que hasta ahora es solo objeto receptor de políticas, bien o mal formuladas, para su atribuida humanidad.

Ahora bien, un grupo oprimido se torna en sujeto de su contracultura cuando ha tomado conciencia de sí mismo, cuando surge la *necesidad de su propia identidad.* Y no es un hecho puramente arbitrario, dado que la humanidad solo se plantea los problemas que puede resolver. El sentimiento de necesidad surge primero como *conciencia de una carencia,* pero, también, como conciencia de la posibilidad de su propia resolución[11].

Recuperar la historia política de las mujeres en Chile, hoy, es recuperar las distintas expresiones de esa carencia para un grupo social ausente de la historia y, al mismo tiempo, es recuperar las formas y modos en que en tanto grupo ha intentado resolver dicha carencia.

---

9 Ver Rowbotham, 1978.

10 Ver Foucault, 1981.

11 Ver Faletto, 1982.

EL FEMINISMO ES REVOLUCIONARIO

"Creo que hoy existen muchos movimientos que están relacionados con la lucha de clases y que a la vez son independientes de ella. La lucha feminista, aliándose con la lucha de clases, podría conmover a la sociedad de una manera que la trastornaría por completo", dijo Sartre en 1977. Ya en 1976, Marcuse había declarado que "el movimiento de liberación de la mujer es actualmente el movimiento político quizás más importante y radical, aunque la conciencia de este hecho no haya calado todavía al movimiento en su totalidad".

Esta condición revolucionaria imprimirá un determinado sello tanto a los objetivos, propósitos y teoría del feminismo, como a sus formas de acción y a las metodologías de conocimiento que desarrollará el movimiento, e incidirá, obviamente, en el análisis que realice sobre su quehacer y su proceso de desarrollo y constitución histórica.

En su postura teórica, el feminismo es revolucionario en un doble sentido; con la elaboración del concepto de *patriarcado* trasciende el planteo de la diferenciación y pugna entre *clases sociales* como única raíz y origen de las relaciones sociales de opresión entre los humanos, apuntando a la existencia de la opresión sexual: *al dominio y la opresión cultural y material concretos de un sexo sobre otro.* De este modo, el feminismo enriquece y contribuye a quitar el carácter restrictivo al concepto de *liberación social y política,* haciéndolo extensivo a las mujeres como grupo específico, y respecto de las cuales bajo enfoques más globales de interpretación histórica, se planteaban formas muy difusas, sin mayor elaboración, de "emancipación femenina".

En seguida, al considerar a la mujer como unidad, producto de innumerables estructuras productivas, reproductivas y políticas[12], se revertirá el análisis de lo netamente femenino, planteándose como una problemática que engloba la totalidad de la vida cotidiana. A través de su negativa a dejar fuera de la preocupación social los problemas *individuales* y personales, dejará puesta en la conciencia social y colectiva su reciente descubierta verdad: "lo personal *también* es político"[13]. Desde allí, entonces, en la nueva imagen problematizada del mundo, se hará presente en "lo público" todo aquello que históricamente se desenvolvía en el círculo de "lo privado".

Desde la biología, pasando por la afectividad, la sexualidad y las formas de relacionarse socialmente, hasta penetrar los ámbitos de la economía y la política, la emergente rebeldía femenina pondrá en evidencia los vacíos de la teoría y de la práctica política social protestataria o progresista vigente.

---

12 Ver Mitchell, 1974.

13 Quienes por primera vez plantearon que "lo personal es político" fueron las feministas norteamericanas a fines de la década de los sesenta.

Ha surgido, con ello, la posibilidad de repensar lo político, de dar otra vuelta a la tuerca de la revolución misma; el feminismo mostrará, por una parte, la "secundariedad" con que pueden ser vividas las clases sociales bajo el peso de otras sumisiones que difuminan los conflictos interclase. Por otra parte, y junto con afirmar que hay algo más allá de las clases, no se queda el feminismo en plantear la nueva problemática *solamente* y *desde las mujeres*. Concerniéndole la totalidad social, demostrará que en las relaciones entre opresores y oprimidos, ambos términos de la relación se hayan *pervertidos*.

La liberación femenina no consistirá ya, entonces, en un problema a resolver con la incorporación al mundo de "las que no lo están". Puesto que no es suficiente romper los muros del hogar para incorporarse al mundo social y público y abrirse horizontes, el feminismo rechaza la posibilidad de realizar pequeños ajustes de horarios y de roles al orden actual, pues eso no sería otra cosa que la inserción en un ámbito-mundo ya definido por la masculinidad (el otro término en la relación de opresión). La incorporación de las mujeres al mundo será para el movimiento feminista un proceso transformador del mundo. Se trata, entonces, de un mundo que está *por hacerse* y que no se construye sin *destruir* el antiguo.

Como ya decíamos, el feminismo parte de la aseveración de que hombres y mujeres están mal hechos y deformados por obra de la cultura, en virtud de una agobiante relación de poder entre los sexos que ha originado víctimas y opresores (De Beauvoir, 1957). En la salida de dicha condición degradada, la responsabilidad de la opresión le corresponde al opresor, en tanto la responsabilidad de la rebeldía compete al oprimido. De allí la fuerza y la voluntad intrínsecas en la pretensión de autonomía de los movimientos políticos feministas —como sujetos de su propia rebeldía—, lo que no destruye ni invalida su planteo de la globalidad del cambio político social.

En ciertas circunstancias muy definidas, una determinada imagen o concepción del mundo se constituye en universal, en tanto da expresión al movimiento general de la sociedad[14]. El feminismo contemporáneo reaparece con fuerza en momentos en que impera una tremenda dislocación ideológica, una inquietante pérdida de perspectiva; donde ya no todo puede ser explicado por *la razón,* y se sospecha la necesidad de explicaciones más subjetivas desde grandes cantidades de masas humanas. Es claramente, el *rechazo* a un mundo donde todo lo que no se explica en términos de relaciones de clase, de trabajo, de producción y mercado, tiende a *no existir,* a no ser que se le reduzca, como sea, a un último objetivismo material.

---

14 Ver Sartre, 1963.

Los movimientos sociales actuales se han beneficiado con esta nueva dimensionalidad al incluir en el debate social y político esta importante parcela de pensamiento y presencia colectiva, que ha sido tan significativo como los aportes de los movimientos estudiantiles de la década anterior, y la formación de una nueva izquierda que se plantea a partir de entonces.

Una revolución se hace carne solo cuando el proyecto político alternativo pone en cuestión y desacraliza los valores de la sociedad y el orden imperante; y no es cosa de citar en detalle evidencias como la puesta en cuestión del absolutismo divino, o de la propiedad privada que, junto a la revolución sexual, marca hitos en la transformación cultural de Occidente. En cada período, es cierto, hay modos de producción que operan estructurando la sociedad y que se plasman en valores. Sin embargo, en cada período surge también la contestación, la contra-cultura filosófica y práctica que muestra a aquellas formas sociales estáticas, inmovilísticas, y las devela como *entidades sujetas al devenir*[15].

Es verdad que el absolutismo como prerrogativa divina del poder, la propiedad, con sus oscuras raíces de depredación y explotación de los otros/otras, y el sexismo, con su carácter pervertidor de la naturaleza humana, no se hubieran desarrollado sin un *consenso:* es necesario que todos, dominantes y excluidos, piensen que lo que *es* no puede ser de otra manera; en otras palabras, se requiere que el intelecto y la acción se circunscriban al orden en *obediencia ciega,* y que todo intento de ruptura sea severamente castigado, desalentado.

El feminismo contemporáneo nació con la evidencia del patriarcado a cuestas. Una prueba sobre la universalidad del patriarcado, de sus mecanismos de defensa contra su cuestionamiento o negación, en tanto entidad opresora y opuesta al cambio, podemos hallarla en los inicios mismos de los movimientos feministas.

Cuando a fines de los años sesenta el movimiento estudiantil plantea "la revolución, ahora", y se comienzan a cribar todas las formas de relación humana por este rasero, denunciándose todas las opresiones y discriminaciones (del conocimiento, de los jóvenes, de los estudiantes, de las razas no-blancas, de los marginados, de los ghettos), también entonces las primeras feministas radicales —que aún no lo eran— quisieron su parte en la nueva partitura de la revolución total. Pero comprobaron, con estupefacción, que los planteos revolucionarios totales no tenían nada que ver con las mujeres. "El único lugar de la mujer en el movimiento es con las patitas abiertas", les dice el líder Carmichael[16].

Como sabemos, el líder guía y expresa a sus seguidores.

---

15 Ver Sartre, 1963.

16 Ver Mitchell, 1974.

Pero esa vez no hubo lágrimas: se dijo NO; y *desde dentro* de esa revolución marginal estudiantil y femenina resurgió una contra-cultura de enormes proyecciones que continuaría creciendo aún después que el movimiento estudiantil no fue ya más que un pálido recuerdo. Para las estudiantes norteamericanas de la nueva izquierda se había hecho evidente la universalidad del patriarcado y así lo expresaron.

Y desde ese momento se hizo también evidente la necesidad de recuperar y descubrir la historia de la condición femenina; se dio su lugar y su importancia fundamental al movimiento sufragista; se buscó en él las razones de su posterior olvido, invisibilidad y derrota, razones que siempre mostraron tener que ver con el hecho de que las mujeres no habíamos elaborado nuestra propia especificidad, o esperábamos que —desde fuera— surgiese la creación de una teoría lógica y estructurada para formar el movimiento y guiar su acción, con lo cual se permitió, sin proponérselo, que la discriminación específica apareciera disfrazada y postergada como secundaria. En síntesis, no se presionó ni se exigió a la teorización y a la práctica política contestataria —por no provocar divisionismo— que se pusiera de cara a su contenido sexista.

Casi universalmente se llegó a la misma evidencia: no importaba cuánto hubiese costado, ni cuán larga hubiese sido la lucha sufragista, los movimientos feministas se disolvían justamente cuando se obtenía el voto político.

DOS PROBLEMAS INQUIETANTES

Decíamos que el feminismo es revolucionario y que esto acarreaba consecuencias en el *hacer* y en el *conocer*. Y, en lo que respecta al juicio o conocimiento histórico, el feminismo mira y exige explicaciones a su pasado.

El feminismo no nació hecho: se está haciendo, constituyéndose a sí mismo en su propia acción con la perspectiva de su futuro virtual y ubicándose en esa nueva forma de relación que excluye tanto la discriminación sexista como todo lo que se ha construido en su entorno —familia, disciplinamiento cotidiano y jerarquías—.

En otras palabras, el feminismo, como toda revolución profunda, juzga lo que existe y ha existido —pasado y presente— en nombre de lo que todavía no existe pero que es *tomado como más real que lo real*. Para mayor claridad, es desde la superación del mundo sexista y patriarcal que se enjuiciarán los actos y movimientos del pasado y presente. En nuestro caso, desde la nueva presencia política de la mujer para mostrar en qué forma y medida esos actos presentes y pasados de las mujeres —responsables de su liberación— se han acercado o alejado del sentido total de la historia de su movimiento.

Esta forma de juicio pudiera parecer excesivamente severa, puesto que no siempre fue ni es fácil mirar y plantear preguntas a la realidad sexista, en el sentido exacto en que lo hace hoy el feminismo. Sin embargo, el juicio va —más bien— en el sentido de mostrar qué tantas veces se estuvo en ese umbral y en qué otras se retrocedió.

Sabemos hoy que no es fácil comprender que el movimiento de mujeres —para realizarse auténticamente— debía enfrentarse a la toma de decisiones políticas y considerar su estrecha ligazón con los contenidos mismos de la política: poder, fuerza, lucha, confrontación, conciliación, alianza y negociación. Que había que considerar estos contenidos no para esconderles o maquillarles el rostro, por tratarse de aspectos "contaminantes" de la *pureza* y *bondad* que había de aportar lo femenino a la política, como sucedió en ocasiones, o confesando una apresurada inmadurez e inexperiencia, como ocurrió en otras, sino que había que plantear y profundizar —desde la nueva perspectiva— el sentido de esos contenidos.

El juicio feminista, sin embargo, es independiente de las motivaciones e intenciones de las actoras en los distintos momentos: se es responsable con respecto a los *fines* del movimiento por cada una de las elecciones realizadas dentro de las opciones abiertas a la decisión, en cada momento histórico. Y, por lo mismo, en ocasiones habrá opciones exitosas y opciones fracasadas, de acuerdo a la virtualidad o el fin del feminismo. Sin embargo, conocer esas motivaciones e intencionalidades puede proporcionarnos una clave importante para detectar los elementos que apoyan o desfavorecen el proyecto feminista.

En el caso de Chile, esto se traducirá en que habremos de explicarnos una serie de momentos muy definidos en la trayectoria del movimiento político femenino: ascenso, crisis, caída, silencio y posterior renacimiento de los movimientos feministas. Para cada uno de los primeros períodos (ascenso, crisis, caída) intentaremos mostrar cómo fueron enfrentados por las mujeres organizadas los contenidos problemáticos de la política; en virtud de qué no lo fueron; de qué manera trascendieron o fueron abandonados los fines del proyecto feminista, y cómo estos hechos plasmaron posteriormente un período de casi 30 años de silencio y no-presencia de movimiento femenino autónomo alguno, tiempo durante el cual cantidades significativas de mujeres que habían participado en las organizaciones autónomas se integraron dentro de partidos políticos, gradualmente contestatarios, pero en los cuales, inevitablemente, nunca pudieron plantear la reivindicación femenina desde su perspectiva liberadora. Eso hubiese significado a los partidos políticos cuestionar elementos y prioridades que daban razón de ser a sus doctrinas: el eje de la liberación es el conflicto de clases; todos los demás son secundarios

y se resolverán automáticamente una vez resuelto el conflicto fundamental; considerar otros elementos, por lo mismo, sería visto como retardatario, pequeño burgués y contra-revolucionario.

Nos ocuparemos de tres problemas, a nuestro juicio los más inquietantes y que menos respuesta han tenido: el por qué de *la pasividad y el silencio de las mujeres frente al feminismo* —considerado aquí como el movimiento político de la mujer—, pasividad que concierne a las más directamente interesadas en que cambie su condición; *el por qué de su rechazo a constituir partidos políticos* y, cuando los hubo, por qué se produce entre las mujeres, además del rechazo, una *ausencia de sentimiento y de memoria por su historia,* de búsqueda de explicaciones por su desaparición; y todo esto, con mayor razón cuando se da por parte de las mujeres "políticas".

Siguiendo con los efectos que se derivan de la concepción del feminismo, tal como lo hemos esbozado, este, además de revolucionar la teoría política, ha revolucionado la acción política misma. Ya las formas de participación dejan de ser una reproducción de las existentes, percibiéndose intentos de creación de relaciones no jerárquicas, ni disciplinarias; inclusión de afecto y razón; discusión sobre forma y validez de los liderazgos; constitución de pequeños grupos. Veremos este aspecto al referimos al surgimiento de diversas organizaciones y grupos feministas en el ámbito de la oposición política chilena actual.

Pero, donde estimamos más ha incidido este carácter revolucionario del feminismo, es a través de sus planteos metodológicos. Es verdad que son más bien líneas de acción que esbozos acabados; pero aún así han ejercido una influencia fundamental en las formas de obtener *conocimiento* en cuanto a la condición de la mujer. Considerando que ningún acto de conocimiento es neutral, desinteresado, sino que siempre, tarde o temprano, toda investigación encuentra una aplicación práctica, por una parte, y por la otra que es imposible concebir un cuerpo de conocimientos que sea estrictamente no-práctico[17], el feminismo en la obtención de *su* conocimiento se declara comprometido, lo que implica una inversión de la relación sujeto-objeto: se es *sujeto* y *parte* de la realidad por conocer.

Los estudios de la mujer se hacen y son válidos si son hechos desde el interior mismo de la realidad mujer y son comprometidos, pues, en tanto se conoce, se debe luchar contra la opresión de que se es objeto culturalmente.

17 Ver Sartre, 1976.

BIBLIOGRAFÍA

De Beauvoir, Simone 1957 "Los hechos y los mitos" en *El segundo sexo*, Tomo I (Buenos Aires: Leviatán).

Faletto, Enzo 1982 *Notas sobre estilos alternativos de desarrollo, política y movimientos sociales* (Santiago: FLACSO).

Foucault, Michel 1981 "Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones" (Madrid: Alianza).

Godoy Alcayaga, Lucila 1985 "La intuición de la mujer" en *La Voz del Elqui*.

Kirkwood, Julieta 1981 "Chile: La mujer en la formulación política" en *Documento de Trabajo* (Santiago: FLACSO) N° 109, mayo.

Kirkwood, Julieta 1982 "Ser política en Chile: las feministas y los partidos" en *Documento de Trabajo* (Santiago: FLACSO) N° 143, mayo.

Larraín, Cristina 1982 *Catastro de organizaciones femeninas de Gobierno* (Santiago: Instituto Chileno de Estudios Humanísticos).

Lechner, Norbert y Levy, Susana 1984 "Notas sobre la vida cotidiana: el disciplinamiento de la mujer" en *Material de Discusión* (Santiago: FLACSO) N° 57, julio.

Mitchell, Juliet 1974 *La condición de la mujer* (México: Editorial Extemporáneos).

Munizaga, Giselle 1981 "Políticas de comunicación bajo regímenes autoritarios: el caso de Chile" en *CENECA* (Santiago) Documento N° 14.

Rowbotham, Sheila 1978 *Feminismo y revolución* (Debate: Madrid).

Sartre, Jean Paul 1963 *Crítica de la Razón Dialéctica*, Tomo I (Buenos Aires: Losada).

Sartre, Jean Paul 1976 *Realidad Social y Expresión Política* (Buenos Aires: Síntesis).

Manuel Antonio Garretón

EL PROCESO POLÍTICO CHILENO

LOS NUEVOS REGÍMENES MILITARES EN AMÉRICA LATINA, UNA CARACTERIZACIÓN GENERAL*

EL TEMA Y ALGUNOS PROBLEMAS ANALÍTICOS[1]

El surgimiento de regímenes militares de "nuevo estilo" en algunos países de América Latina durante las dos últimas décadas ha dado origen a abundante literatura en las Ciencias Sociales[2]. En las páginas que siguen intentamos, desde una perspectiva general que excluye la consideración detallada de casos particulares y que privilegia la dimensión sociológica, resaltar algunos de los problemas que nos parecen relevantes, formular algunas preguntas y sugerir algunas direcciones o pistas para el análisis.

Entendemos por régimen político el sistema de mediaciones entre Estado y sociedad civil. Por lo tanto, cuando hablamos de regímenes autoritarios nos estamos refiriendo a una determinada pauta de ese

* Garretón, Manuel Antonio 1983 "Los nuevos regímenes militares en América Latina, una caracterización general" y "Esquema para analizar el régimen militar chileno" en *El proceso político chileno* (Santiago: FLACSO) pp. 67-88 y 125-129.

1 Este artículo constituye una versión revisada *y* corregida de Garretón, 1980a.

2 Citaremos por ahora solo aquellos textos a los que aludiremos recurrentemente: Collier, 1979; Cardoso, 1975; O'Donnell, 1976.

sistema de mediaciones[3]. No hay, por lo tanto, un uso del término autoritarismo en su acepción genérica del rasgo de toda sociedad de clases, es decir, de definición general de la sociedad capitalista, sino que una referencia a una determinada especificidad histórica. Tampoco identificamos el conjunto de elementos que definen estos regímenes con una forma histórica particular de autoritarismo como los fascismos, aun cuando haya rasgos comparables o similares o este concepto se extienda a través del prefijo "neo" o del adjetivo "dependiente". Tanto la configuración histórica de la fase del capitalismo mundial y local, con lo que ello implica en la estructuración de clases, como el tipo de régimen político sin organización y movilización de masas hacen preferible dejar de lado dicha denominación[4].

Ya se hable de "fascismos", "neo fascismos", "fascismos dependientes", "Estados autoritarios", "Estados burocrático autoritarios", "autoritarismos defensivos", "regímenes militares tecnocráticos", "capitalismos autoritarios", "Estados de Seguridad Nacional", etc., hay ciertos rasgos comunes que diferencian estos nuevos regímenes de otros sistemas político-militares que han existido en la región. En efecto: i) Surgen en países con un cierto nivel de desarrollo o industrialización y, en algunos casos; con un régimen político de cierta estabilidad histórica. ii) Suceden a un período de una amplia y relativamente intensa movilización y presencia política popular, que llega a asumir formas populistas o revolucionarias. iii) En el bloque que se apodera de la dirección del Estado, pasan a desempeñar un papel preponderante las Fuerzas Armadas, que realizan materialmente la ruptura y se comprometen orgánicamente en la conducción de este proceso a través de su institucionalidad jerárquica. iv) En torno a ellas se estructura una coalición que expresa las clases económicamente predominantes, las que ejercen su dominio sobre el aparato estatal a través de equipos tecnocráticos. v) Este bloque dominante plantea un proyecto de reestructuración de la sociedad en términos de nuevos patrones y mecanismos de acumulación y distribución y de reordenamiento político. vi) Este ordenamiento político, que se caracteriza por su pauta autoritaria y excluyente, exige el uso de la fuerza represiva, de manera de eliminar, desarticular o controlar las organizaciones populares de clase y políticas, así como las demás organizaciones políticas sobrevivientes del período anterior.

---

3 Ver sobre esto la discusión en la edición de Collier, 1979. El término autoritario está usado aquí en un sentido descriptivo, sin connotación teórica. Más adelante introduciremos la distinción entre régimen militar y régimen autoritario. Por el momento los usamos indistintamente para referirnos a los regímenes militares del Cono Sur.

4 Una definición de estos regímenes como fascistas en Briones, 1978 y Dos Santos, 1977. Una crítica a esta denominación, en Borón, 1977.

En torno a estos rasgos, de carácter puramente descriptivo, surgen los diversos análisis explicativos e interpretativos que, en su dimensión sociológica, enfrentan algunos problemas inéditos.

En procesos en los que se observa alta movilización social, presencia vigorosa de fuerzas y actores sociales en la escena política y elevado desarrollo de los discursos ideológicos, el análisis corre el riesgo de quedar preso en las representaciones de los actores que se enfrentan, y transformarse en una mera sistematización de su discurso. Pero, en cambio, en situaciones en las que el poder político parece imponerse en forma pura, sin mediaciones, y donde fuerzas y actores sociales no se presentan en toda su transparencia en la escena, el análisis corre el riesgo de quedar encerrado en una descripción apocalíptica de una dominación que se impone irrestrictamente, obedeciendo casi una lógica natural. En el primer caso, la tentación es considerar a los actores como dotados de una voluntad perfectamente autónoma, desprenderlos de la "situación" y preguntarse por el puro "sentido" de la acción, identificando este con el propio discurso del actor. En el segundo caso, la pregunta por el "sentido" parece perder significado, y la tentación es subsumirla en la descripción de la "situación". En un extremo, las fuerzas sociales interactúan a la manera de un drama sin libreto. En el otro, las "fuerzas objetivas" ejercen su poder a la manera de una tragedia sin personajes creadores.

El análisis de los regímenes autoritarios, al menos en sus fases iniciales, parece enfrentar problemas propios de la segunda situación. La dominación tiende a ser visualizada como un fenómeno de lógica necesaria e irreversible, producto de fuerzas objetivas; y su evolución, a ser descrita en términos de "tensiones" o "resquebrajamientos" del gran manto que cubre la sociedad. La lógica del capitalismo mundial y de la división internacional del trabajo o del poder irrestricto del Estado ocupa aquí el papel de los dioses que rigen la historia: los hombres, en tanto actores colectivos o fuerzas sociales, son meros portadores de esa lógica, que se impone por encima de ellos mismos. El análisis queda reducido a la descripción del desarrollo de aquella y de sus tensiones internas o, en los inicios, a su denuncia. Descripción y denuncia se confunden con explicación e interpretación. Los datos de tipo estructural asumen un papel rector, mientras que el discurso de los actores parece ser pura ideología.

En parte como respuesta al énfasis anterior, hay enfoques de los regímenes autoritarios que ponen más de relieve los aspectos políticos: los actores y fuerzas sociales no son pura expresión de una situación o encarnación de una lógica. Más cerca del análisis sociológico, el riesgo aquí es el normativismo o el voluntarismo. Pero hay otro problema en este enfoque, dificultad que es inherente

a este tipo de régimen político, cual es el acceso al conocimiento de lo que efectivamente sucede en la sociedad, ahí donde los datos "estructurales" y el discurso de los actores se revelan insuficientes. La opacidad de estos regímenes dificulta el conocimiento del comportamiento concreto de los actores, la adecuada reconstrucción de la acción social y la interpretación de su sentido. En ausencia de los antecedentes necesarios surge la tentación de reemplazar el análisis de los hechos por una imputación de racionalidad, por la construcción de esquemas que den coherencia e inteligibilidad a fenómenos sociales opacos; pero existe el riesgo de que sean interpretaciones más bien arbitrarias, alejadas de la historia real.

Ambos énfasis analíticos, aquel que concede prioridad a los determinantes estructurales de los regímenes autoritarios y aquel que prioriza la relativa autonomía de la dinámica y factores sociopolíticos tienden a expresarse en el estudio de las diversas dimensiones de estos regímenes (gestación, trayectoria, permanencia, crisis, etcétera).

LA CRISIS DE ORIGEN

La emergencia de los regímenes autoritarios parece constituir una respuesta a la crisis política de la sociedad y, al mismo tiempo, representar el intento de materialización de un proyecto histórico social, dimensiones ambas sin duda distintas, pero relacionadas entre sí.

La referencia a la crisis política no alude solamente a la conocida crisis de hegemonía que, según una buena cantidad de análisis, caracteriza a los países latinoamericanos después del derrumbe del Estado oligárquico y habría dado origen al "Estado de compromiso", definido por una sucesión de arreglos inestables en décadas siguientes que no excluyeron en diversos momentos las salidas de fuerza[5]. La crisis política de la que nacen estos regímenes es una expresión específica e históricamente condicionada, un momento particular de esa crisis de hegemonía, pero no reductible a sus puros rasgos genéricos. La especificidad de esta crisis se relaciona con una alternativa histórica entre, por una parte, la continuación o profundización de un proceso parcial de democratización social y política (lo que exigía una drástica alteración del patrón de desarrollo "capitalista dependiente") y, por otra, la recomposición y profundización de este modelo, con una abrupta reversión del proceso de democratización (lo que suponía liquidar y sustituir el régimen político imperante hasta

5 Sobre la crisis de hegemonía y Estado de compromiso, ver, entre otros, Instituto de Investigaciones Sociales (UNAM), 1977; Graciarena y Franco, 1981; Zermeño, 1977; Lechner, 1977.

entonces)[6]. La expresión propiamente política de esta crisis la constituye el proceso de movilización y presión populares, con grados variables de poder según las situaciones particulares. Se precipita así una creciente polarización política en la que significativas capas de la población ven amenazada la subsistencia de un orden social con el que de uno u otro modo se identifican. Es un momento histórico en que un amplio, aunque relativamente heterogéneo movimiento popular —en auge y despliegue de su relación con el Estado, sea a través de formas populistas o revolucionarias— se enfrenta, sin haber logrado incorporar consistentemente a otros sectores sociales, a aquellos que perciben o proyectan la situación como una crisis de disolución del orden vigente.

El elemento crisis política deja en evidencia una de las dimensiones fundamentales de estos regímenes: son ellos de reacción, de contención, contrarrevolucionarios en algunos casos. Frente a la amenaza que se cierne sobre el orden como fruto de la movilización popular acompañada de creciente radicalización ideológica, polarización y, en algunos casos, de crisis de funcionamiento de la sociedad, lo que se busca es poner orden, desmovilizar, "normalizar", "apaciguar". Ello exige la ruptura del régimen político, lo que a su vez requiere la presencia del actor dotado de la fuerza y, para algunos, de la legitimidad para eso: las FF.AA. Su intervención en un determinado sentido, y no en otro, debe, por su parte, ser explicada en términos de la segunda dimensión a la que se asocian estos regímenes, la dimensión fundacional sobre lo que volveremos.

La crisis de origen y la forma en que sea ella conceptualizada por los actores predominantes tiene entonces un carácter determinante en la dimensión defensiva o reactiva[7], la cual, durante el proceso de instalación o reinstalación de estos regímenes, aparece como la lógica dominante. Si bien algunos autores han señalado la necesidad de que el análisis del régimen se acometa con prescindencia relativa del momento de la crisis, otros la incorporan en la descripción de la naturaleza del fenómeno. A nuestro juicio, es posible argüir que la naturaleza de la crisis de origen tendrá importancia en la determinación no solo del momento reacción, sino también en lo que llamaremos la lógica fundacional.

La magnitud, modalidad, duración y alcance de la dimensión reactiva parecen estar determinados; primero, por el grado de articula-

---

6 Usamos aquí el término "profundización" en un sentido general y no en el sentido de un tipo particular de industrialización con integración vertical a que alude O'Donnell, 1976.

7 Usaremos indistintamente ambos términos.

ción de las fuerzas populares, su nivel de movilización ideológica, y el poder relativo alcanzado por ellas en la sociedad y, segundo, por el grado en que dicho fenómeno y la crisis misma son visualizados por diversos sectores —los objetivamente amenazados en su posición de clase dominante y las más o menos amplias capas medias— como un ataque definitivo a la mantención del sistema. El primer factor condiciona la extensión y profundidad de la represión. El segundo provee su legitimación, incluso para sus formas más brutales e irracionales.

Si bien la crisis política se expresa principalmente en la lógica reactiva, defensiva o contrarrevolucionaria de estos regímenes, también imprime un sello a la lógica fundacional o "momento revolucionario", es decir a su proyecto histórico, sobre lo que nos extenderemos más adelante. Digamos por ahora que esta vinculación está dada sobre todo por el grado de crisis de funcionamiento de la sociedad en el doble aspecto de continuidad / discontinuidad del aparato económico y de articulación / desarticulación de la vida cotidiana. Las necesidades de reorganización o normalización de la economía van a acotar el rumbo que tome el proyecto fundacional, tanto en lo propiamente económico como en lo referente a la organización sociopolítica, al mismo tiempo que proveerán nuevos recursos ideológicos de legitimación. Pero no se trata de una relación mecánica. En efecto, la crisis política a que hemos aludido se caracteriza por un enfrentamiento entre clases y sectores sociales. Su resolución implica que una clase social que se sentía amenazada se transforma en victoriosa frente a la otra. Y ese elemento "revancha", propio de una contrarrevolución, va a explicar muchos de los rasgos del momento reactivo o defensivo. Si se consideran solo los requerimientos "estructurales" de normalización o estabilización económica, ellos no explican *per se* ciertos aspectos represivos y de control social los que, a veces, pueden aparecer "excedidos" respecto de los primeros. Este "exceso" tampoco es casual o un elemento "desviado", susceptible de haber sido "corregido". La dinámica del enfrentamiento de clases y su subjetivización son elementos objetivos, que tienen su propia lógica, a veces autónoma de los requerimientos de la base material de desarrollo. En otras palabras, como producto de la crisis hay tres tipos de requerimientos al nuevo régimen político que se instala. Por una parte, los derivados del proyecto económico, que exigen cláusulas político organizativas. Por otra, los provenientes de la necesidad de control político, no reductibles a los primeros, por parte de los sectores que asumen la dirección del Estado y la sociedad. Finalmente, hay también otros factores, que se relacionan con la subjetivización colectiva del enfrentamiento previo.

Al asociar el surgimiento de estos regímenes autoritarios o militares a una crisis política no se está postulando en ningún caso una relación de necesidad entre ambos. A despecho de lo que su ideología

de legitimación procura hacer creer, la ruptura que les da origen no es la única salida posible. Solo nos interesa, entonces, indicar una constante a la que estos regímenes se asocian.

EL PROYECTO HISTÓRICO

El carácter de vehículos o portadores de un proyecto histórico define lo que puede denominarse la lógica o dinámica fundacional o, en algunos casos, "revolucionaria" de estos regímenes autoritarios. No se trata ahora solo del aspecto defensivo o reactivo, sino de un intento de transformación, en una determinada dirección, del conjunto de la sociedad. Los determinantes de este proyecto histórico parecen ser dos. Por un lado, una crisis del capitalismo nacional o, en otros términos, el paso a una fase distinta de su proceso de acumulación y desarrollo. Por otro lado, un proceso de reestructuración capitalista a nivel mundial, en el que se redefine el papel de los países de la periferia capitalista[8].

Dos problemas distintos parecen plantearse aquí para el análisis. El primero se refiere a la especificidad de este proyecto histórico cuando se consideran los diversos casos nacionales. Ya no puede suscribirse la descripción de tal proceso en el sentido específico de "profundización" capitalista, como la única dirección posible[9]. Varios autores, han señalado que ella no fue la orientación principal asumida por estos regímenes, aún en los casos que se utilizan como test de la hipótesis de "profundización". Algunos han señalado diversas otras "conexiones económicas", pero advirtiendo, por un lado, que ninguna de ellas es suficiente en forma aislada para explicar estos regímenes y, por otro, que hay un exceso de determinismo económico al caracterizarlos a partir de su proyecto de desarrollo material[10]. Sobre este punto volveremos más adelante.

Cabe preguntarse, entonces, si en la caracterización de estos regímenes debe, atendiendo a la diversidad de sus proyectos históricos y no obstante la semejanza de sus políticas económicas (Foxley, 1982), renunciarse a la idea de un proyecto histórico social con una base material de desarrollo, lo que implicaría reducir sus elementos comunes exclusivamente a los rasgos de su organización política y al estilo de sus procesos de decisión. Si así fuera, podríamos encontrar rasgos formales semejantes, pero faltaría establecer cómo y a través de qué sustrato histórico social se explican. Si bien es cierto que cuando hablamos de estos regímenes estamos refiriéndonos a fenómenos de

---

8 Ver entre otros, CIDE, 1977-1978.

9 Tal como lo desarrolla O'Donnell, 1976. El mismo autor ha reformulado su tesis en su trabajo en Collier, 1979.

10 Ver los trabajos de Serra, Cardoso y Hirschman en Collier, 1979.

naturaleza política, resulta evidente que estos no se dan al aire como productos de la interacción de actores sin escenarios ni libretos. Tampoco el libreto está enteramente escrito de antemano, ni el escenario es una situación que "produce" actores. De modo que no parece posible concebir tales regímenes sin referencia a un proyecto histórico social dominante. Sin embargo, no pareciera posible tampoco, cuando se trata de describir rasgos comunes a varias situaciones históricas particulares, ir más allá de caracterizar de este proyecto en términos de un proceso de recomposición o reestructuración capitalista interna y de reinserción en el sistema capitalista mundial[11].

Se trata de construir una organización sociopolítica coherente con un desarrollo acelerado después de una crisis que los sectores dominantes de la economía visualizaron como una de disolución del sistema. Obviamente, con ello no estaríamos desconociendo el carácter dominante asumido hasta entonces por el esquema de desarrollo capitalista, pero debe advertirse que se trataba de un capitalismo distorsionado, atravesado por las interferencias propias de su estructuración tardía, sujeto a un permanente erratismo proveniente de las tendencias participacionistas o redistributivistas, incapaz de conferir homogeneidad al conjunto de la sociedad en sus diversas dimensiones. La necesidad de recomposición y reinserción obedece a determinantes objetivos de la fase de desarrollo capitalista y a la percepción de ellos por parte de algunos sectores predominantes o en vías de predominancia en la economía. Pero, por sobre todo, obedece a la exigencia de responder a la crisis político social, que actúa como su catalizador.

Si este es el proyecto histórico común, serán las características históricas nacionales —entre las que se cuentan la situación de desarrollo en el momento de la ruptura y los rasgos estructurales particulares (población, magnitud actual y potencial del mercado, cantidad, calidad y diversidad de recursos, etc.)— las que determinen las diversas "direcciones" nacionales de este proceso de reestructuración y reinserción capitalista ("profundización", "reprimarización", etcétera).

El segundo problema analítico que plantea el proyecto histórico de estos regímenes es hasta dónde los requerimientos de recomposición y reinserción pueden dar cuenta del conjunto de transformaciones que experimenta la sociedad. En otras palabras, ¿hay una dirección unívoca entre los requerimientos "objetivos" o "estructurales" y las transformaciones de la sociedad? Si no la hay, ¿se explica ello solo por las distorsiones producidas por las resistencias sociales a las políticas en que se expresarían tales requerimientos o imperativos?

---

11 Usaremos indistintamente los términos reestructuración y recomposición.

Por un lado, la respuesta pareciera ser afirmativa: hay una muy estrecha relación "estructural" entre el modelo económico de reestructuración y reinserción capitalista y el modelo político autoritario. Hemos señalado que los procesos de acumulación capitalista parecen entrar en contradicción en un determinado momento, catalizado por la crisis política social, con un exceso de demandas por democratización y de tipo redistributiva, con la presencia de múltiples actores sociales que atentan contra la estabilidad exigida por las nuevas formas de acumulación. Todo ello amenaza con la descomposición del sistema. La implantación, entonces, de formas inéditas de acumulación exige ciertas cláusulas políticas que implican la desarticulación de los mecanismos y organizaciones que vehiculizan demandas que presionan sobre la capacidad redistributiva del sistema. Esta implantación exige políticas restrictivas asociadas a la estabilización, que dañan seriamente conquistas, expectativas y demandas no solo de sectores populares derrotados en el momento de la crisis política, sino de capas medias exacerbadas por la polarización previa a la ruptura. Así, la necesidad de "normalizar" en determinado sentido la economía, de excluir de sus beneficios inmediatos a grandes conglomerados de población, se enfrenta a sectores políticamente activos. Para desmovilizarlos es necesario reprimir sus organizaciones, eliminarlas o desarticuladas y, por otro lado, manipular su pasividad con la promesa de tiempos mejores. Hemos señalado también que todo ello exige el aniquilamiento del sistema político precedente y que, por lo tanto, represión y control político constituyen imperativos del proyecto de reestructuración y reinserción, aun cuando sus aspectos puramente económicos no basten para explicarlos. Pero no se trataría solo de una relación estructural en el origen. La pauta autoritaria parece ser exigida tanto por las necesidades de maduración y estabilidad en el largo plazo, como por las consecuencias excluyentes del modelo económico. Son muchos los sectores sociales afectados, muchas las demandas bloqueadas: su irrupción a través de un sistema organizacional e institucional abierto presionaría sobre la débil capacidad inclusiva del sistema y echaría por tierra los delicados mecanismos puestos en práctica para obtener el equilibrio que garantice "estabilidad interna" y "confianza externa". Esta última, por su parte, resulta indispensable para el ingreso de capital extranjero, necesario para el funcionamiento de la economía.

La "revitalización" económica parece requerir en consecuencia la adopción de ciertas "cláusulas" políticas, el establecimiento de un orden autoritario más o menos permanente cuyas dinámicas de restricciones y apertura serían comandadas por el grado de avance de ese

esquema económico. Por otra parte, en ciertos casos tales "cláusulas" se extienden más allá del sistema político, exigiendo el reordenamiento de otros ámbitos de la vida social de modo de hacerlos funcionales al modelo de acumulación, distribución y reproducción. El sistema educativo pareciera constituir un ejemplo ilustrativo.

Pero deben evitarse ciertos equívocos en este planteamiento, en el que el modelo de organización sociopolítico podría parecer una pura adecuación a imperativos estructurales de la base económica. Se trataría, entonces, de un vínculo de correspondencia entre dos estructuras, una de las cuales determina todos los rasgos de la otra. Como lo han señalado algunos autores, ello no considera que muchos de los elementos que constituyen los modelos económicos de reestructuración y reinserción se han aplicado en regímenes políticos muy diferentes a los autoritarios[12].

Cabría retornar pues a la mediación de la estructura y relaciones de clase. Cuando hablamos de proyecto de recomposición y reinserción capitalista, ello no puede disociarse de las clases o fracciones de clases y sectores sociales que lo constituyen, lo formulan —más o menos explícitamente según las situaciones— y lo intentan implementar enfrentados a otras clases, fracciones y sectores.

El conjunto de cambios que estos regímenes intentan introducir en la sociedad corresponden a transformaciones de tipo "revolucionario". Es posible pensar, en términos de contenido y método, en un intento de revolución capitalista tardía, del tipo de las revoluciones "por lo alto", donde, desde el Estado y sobre la base de un rol preponderante de las Fuerzas Armadas, no se busca tanto restaurar algún orden perdido, como reordenar sobre otras bases el conjunto de la sociedad[13]. Al tratarse de intento de revolución capitalista tardía se indica que este se acomete no contra un orden feudal o precapitalista y contra una vieja clase dominante de tipo oligárquico, sino que en una situación de desarrollo y auge de las fuerzas sociales y populares que aparece como el principal bloqueo para una refundación capitalista. El signo antipopular es constitutivo de este tipo de proceso. Al tratarse de un intento de transformación desde el Estado, aludimos a la incapacidad de las clases y sectores dominantes de establecer su hegemonía en la sociedad civil creando un orden "incorporativo", que tenga su expresión en un sistema político de base relativamente consensual, aunque no exento de con-

---

12 Ver los trabajos contenidos en Collier, 1979.

13 Una discusión de estos conceptos en los textos citados de Cardoso (1975), Instituto de Investigaciones Sociales (1977), Zermeño (1977) y la obra clásica de Moore (1976).

tradicciones y conflictos. Por el contrario, el recurso a la fuerza le erige en elemento constitutivo de las experiencias de este carácter. Se trata entonces de una disociación de los elementos "democráticos" y "burgués" de las transformaciones capitalistas clásicas. Si hubo aspiraciones y tareas democráticas más o menos logradas en nuestros países, o si hubo en algunos casos un orden político democrático, ello no fue una construcción hegemónica de una burguesía fuerte y triunfante que llama a las otras clases a participar de un orden político, sino resultado de complejos procesos en los que los sectores medios y populares —a través de expresiones populistas, desarrollistas, reformistas o más revolucionarias— jugaron un papel fundamental. Y si hay intentos de "revolución burguesa", ellos se hacen en contra y, en algunos casos a partir del derrumbe del régimen democrático, y teniendo como meta la destrucción de las bases de desarrollo que dieron racionalidad a las diversas formas de populismo o de incorporación popular.

Pero un intento de tipo revolucionario —y todo ello cualquiera sea en definitiva su viabilidad o inviabilidad, su éxito o fracaso— es realizado por clases o fracciones de clase y grupos sociales. Su proyecto es el resultado de las relaciones que establecen tanto ellos entre sí, como con el conjunto de la sociedad en cuanto nuevo bloque dominante. De modo que la dinámica fundamental que se desarrolla en la sociedad es la búsqueda de una imposición hegemónica al interior de este bloque y de él sobre el conjunto, enfrentada a las resistencias de los sectores a los cuales se intenta subordinar. Esta búsqueda hegemónica, cuyo eje es la recomposición y reinserción capitalista, no se reduce a exigencias económicas. Así, es posible interpretar las transformaciones sociales como la expresión de un proceso en virtud del cual el bloque dominante busca resolver sus problemas internos y externos de hegemonía, construyendo y dirigiendo una estructura social coherente en todas sus dimensiones. Hay "exigencias" del modelo económico, sin duda, pero hay también problemas de hegemonía no resueltos; visiones sociales a veces complementarias, a veces contradictorias, que quieren plasmarse en políticas estructurales; intereses, demandas y aspiraciones sectoriales que buscan realizarse y deben ser conjugadas en el interior del bloque dominante: grupos significativos a los que debe captarse aunque solo sea ideológicamente; reivindicaciones corporativas, etc. Ello da contenido y sustancia histórica a un proyecto que no puede ser definido metasocialmente, al mismo tiempo que explica que muchas medidas del "Gobierno" sean contradictorias con la racionalidad económica (por ejemplo, el gasto militar) o sencillamente independientes.

Cabe entonces hablar de exigencias y requerimientos o imperativos estructurales. Pero ellos serían los propios de un intento de refundación social, y no los de un puro orden económico. Pasan por la mediación de un bloque social que no se reduce a los puros agentes económicos, y actúan a través de la constitución de clases y de sus relaciones. Expresan el conjunto de desafíos y tareas que debe enfrentar un bloque determinado para reordenar desde el Estado el conjunto de la sociedad. Es este proceso, en virtud del cual un bloque de clase busca constituir y extender su dominación y dirigir la sociedad, enfrentando contradicciones "internas" y "externas", el que efectivamente determina el ritmo y la dinámica de las aperturas y restricciones políticas.

ALGUNAS CONSECUENCIAS ANALÍTICAS

El énfasis anterior en la doble dimensión crisis y proyecto tiene consecuencias para el análisis de estos regímenes.

En primer lugar, dirige la atención hacia el "estado de la sociedad" al momento de iniciarse el proceso de reestructuración capitalista por la vía autoritaria, más allá de la coyuntura de la crisis sociopolítica. Ello implica considerar el desarrollo histórico del Estado, del régimen político y de la sociedad civil. Muchas de las políticas de reformas estructurales emprendidas por estos regímenes obedecen no solo a requerimientos del modelo económico, aun cuando converjan normalmente y este sea uno de sus ejes principales, sino a la necesidad de "ajustar" ese estado de la sociedad a un proceso de dominación global. En tal sentido, resultan cruciales el grado, la extensión y la fase del desarrollo industrial capitalista; el nivel alcanzado por la presencia intervencionista del Estado en la sociedad, la estructuración del sistema de representación política y los mecanismos de vinculación entre el Estado y sociedad; y, finalmente, la extensión y profundidad de los procesos de democratización durante el ciclo precedente y la fase en que este se interrumpe. Si bien una de las orientaciones fundamentales de este intento de "revolución capitalista" es, como hemos señalado, la destrucción de las bases que hicieron posible y racional el populismo y su exacerbación en sus diversas variantes, el nivel alcanzado por los procesos de democratización puede permitir en algunos casos políticas sectoriales de extensión o democratización parciales no incompatibles con el esquema general de dominación. Asimismo, las posibilidades abiertas a la intervención del Estado están relacionadas con la naturaleza y extensión de su presencia intervencionista y con su rol en la activación social y política en la etapa previa. Por último, las posibilidades de reordenamiento político y de admisión o permisividad relativa de actores políticos, guardan relación con el

nivel previo de estructuración de estos y con el rol que jugaron en la articulación de las clases y grupos sociales en el período precedente.

En segundo lugar, el énfasis propuesto para la caracterización del proyecto histórico de estos regímenes apunta a los rasgos históricos particulares de los sectores que constituyen el bloque dominante. Tales características, que no pueden agotarse en los rasgos formales de una u otra situación, exigen a su vez el análisis de los mecanismos de hegemonía interna, de los sistemas de decisiones y concesiones mutuas, de su expresión ideológica, etcétera[14]. No se trata, sin duda, de una configuración al azar de este bloque dominante. Se ha enfatizado suficientemente que las tareas planteadas por un proyecto de reestructuración y reinserción capitalista se encarnan en determinadas clases, fracciones y organizaciones sociales como actores dominantes. Pero la naturaleza histórica específica de ellos, así como el estado en que emergen de la crisis, van a determinar en gran medida no solo la dinámica interna del bloque dominante, sino la que se imprime al conjunto de la sociedad.

Si bien ello debe argüirse respecto de cada uno de los componentes del bloque dominante, vale la pena resaltar el papel que juega la naturaleza histórica específica de las Fuerzas Armadas y su tipo particular de inserción en la sociedad.

Es bien conocido a este respecto el análisis del proceso de homogenización de las FF.AA. latinoamericanas en términos de su modernización, profesionalización e ideologización en la post guerra a partir de su incorporación al área de influencia del poder militar norteamericano[15]. También lo es el papel que se les asigna, en términos de la doctrina contrasubversiva, como garantes últimos de la nación y su destino, y las consecuencias que ello acarrea para una definición social y una autodefinición de su rol político. Si a ello se agrega la larga crisis de hegemonía y la percepción de una crisis de disolución de la sociedad, producto del nivel alcanzado por la movilización popular y la polarización y desinstitucionalización del enfrentamiento político, no es difícil explicar por qué en todos los casos el papel de los institutos armados en la ruptura política y en el desencadenamiento del proyecto de recomposición y reinserción resulta crucial.

Pero se trata solo de un antecedente genérico, que no permite por sí solo entender especificidades históricas. Más que los datos aislados sobre el carácter organizacional formal o sobre su composición

---

14 Es aquí donde se plantea el tema del "núcleo hegemónico" del bloque dominante al que nos referiremos en la tercera parte de este libro.

15 Ver Arriagada y Garretón, 1979, y Garretón, 1983b: Capítulo 4. Ver también Varas y Agüero, 1978.

social o su nivel de desarrollo instrumental, es el tipo de relación histórica que han tenido con la sociedad política y con el conjunto de la sociedad lo que va a explicar muchas de las particularidades de los diversos modelos o proyectos autoritarios.

En un extremo, es posible encontrar FF.AA. penetradas por la sociedad política y donde se refractan o reelaboran sus opciones históricas. Paradojalmente la "propuesta institucional" o el proyecto que ellas proponen tiende a ser más autónomo u original en relación a los proyectos de los grupos civiles, y los mecanismos de decisión más colectivamente institucionales, con una estabilidad del régimen militar menos asociada a liderazgos personales, lo que tiene evidentes consecuencias en el problema de la sucesión en el mando del Gobierno. En el otro extremo, tendríamos Fuerzas Armadas a las que los mecanismos arbitrales legítimos de la sociedad política habrían mantenido sin presencia intervencionista, subordinada al poder político, confinadas a labores profesionales y desarrollando una ideología acorde con ese rol. Aquí su autopercepción mesiánica no encontraría una contrapartida en un proyecto político autónomo u original respecto de las fuerzas sociales, que no fuera el puro "consenso de término" (O'Donnell, 1972) en el momento de la ruptura. De modo que, si una vez producida la intervención política, la dirección "formal" corresponde al poder militar, este solo vehiculiza un proyecto de "contenido" de aquellas fuerzas sociales que pueden hacerse hegemónicas al interior del bloque dominante. Si no hay proyecto de contenido consensual como producto de una "reelaboración interna", la consecuencia en el ejercicio del poder será una creciente personalización de liderazgo institucional jerárquico y, probablemente, una estrecha asociación entre ese liderazgo personalizado y la mantención del régimen propiamente tal[16]. Ello tiene, sin duda, una implicancia importante en la incertidumbre respecto de los mecanismos de sucesión y, más en general, en el tema de las dinámicas de estos regímenes, sobre lo que volveremos.

En tercer lugar, lo planteado hasta aquí tiene una consecuencia para el análisis comparativo de los diversos "modelos autoritarios" o las variaciones entre estos regímenes. Más que basar dicho análisis en un solo factor o elemento, pensamos que las especificidades deben buscarse en las combinaciones históricas del conjunto de factores señalados para la doble dimensión reactiva y fundacional. Es probable que el peso de ambas dimensiones sea también muy distinto para las diversas situaciones, pudiendo darse casos de una lógica reactiva o defensiva muy predominante, y de una lógica fundacional muy débil o incapaz de realizarse significativamente. En todo caso, ambas dimensiones de-

16 Examinamos este fenómeno en la tercera parte de Garretón, 1983b.

ben ser consideradas para la inteligibilidad del conjunto del proceso. Por otro lado, el análisis comparativo de las variantes autoritarias, que no descuida los denominadores comunes, se enriquece cuando se establecen similitudes y diferencias no solo en términos globales, sino para uno u otro de los factores señalados en cada dimensión.

LA IDEOLOGÍA DOMINANTE

La referencia a un proyecto fundacional y a actores y fuerzas sociales que lo encarnan lleva a preguntarse por la cuestión de la naturaleza de la ideología dominante de estos regímenes. Aquí también se diría que el análisis oscila entre dos extremos. Por un lado, el predominio de la fuerza, coerción o represión haría prescindible el recurso a la ideología, explicando su vacío "teórico cultural" y su extrema debilidad ideológica. Por otro lado, a partir del mismo sustrato se desarrolla una visión polar que asigna a estos regímenes una gran racionalidad y coherencia ideológica. Ya sea a través de una visión de tipo "conspirativo" o "idealista" ligada a fenómenos políticos, o a través de una visión más determinista, vinculada a fenómenos económicos, tal coherencia o racionalidad es proporcionada por aquella ideología que mejor puede dar cuenta y justificar el carácter represivo de estos regímenes: la ideología de "seguridad nacional".

Su importancia inicial obedecería a la preminencia del poder militar y al imperativo de acometer diversas tareas que privilegian el momento coercitivo y que encuentran en dicha ideología amplia justificación. Pero también a que ella suministra los elementos que mejor engarzan con una creciente hegemonía de determinadas fracciones en el bloque dominante. Por otro lado, la superación de las fases más represivas, una vez consolidados estos regímenes, y la iniciación de tareas "fundacionales" en diversos ámbitos de la vida social, que difícilmente pueden encontrar referente en los conceptos de la seguridad nacional, explicarían su pérdida de importancia y el comienzo del predominio al interior del bloque dominante de otras concepciones, como el neo-liberalismo y la visión tecnocrática.

El énfasis en la coherencia de la ideología de seguridad nacional y en su afinidad con las nuevas formas de dominación de ciertos sectores del capital nacional y extranjero no basta para explicar los problemas de penetración de esta ideología en el conjunto de la sociedad y puede oscurecer otros aspectos a nivel ideológico.

Algunos de tales aspectos dicen relación con los problemas de legitimidad que enfrentan estos regímenes. En la primera fase de instalación, se trata de un tipo de legitimidad contrarrevolucionaria, en la que la situación de fuerza o enfrentamiento directo puede ser manipulada para un despliegue sistemático de esta ideología, dado el pre-

dominio práctico de los aspectos puramente militares. Sin embargo, ello per se sería insuficiente si no se contara con ciertos rasgos ideológicos del sentido común, como el miedo, la inseguridad, el orden, que suelen ser incorporados en las concepciones de "seguridad nacional" y de los que ellas pueden dar cuenta. Este encuentro con elementos del sentido común prevalecientes en la sociedad, sobre todo en sectores de capas medias, puede explicar el predominio ideológico en el momento de la legitimidad contrarrevolucionaria de un sistema valórico conceptual tan "extraño" a la sociedad.

En una segunda fase, agotada prácticamente la legitimidad contrarrevolucionaria, el nuevo bloque dominante necesita presentarse con un proyecto de sociedad que no se agote en las tareas reactivas y de normalización, aun cuando algunas de ellas mantengan su vigencia. El plano ideológico de esta fase tiene tres componentes. Por un lado, una visión de la sociedad nacional en la que destacan una crítica radical al tipo de desarrollo pasado y a su historia política, a los cuales se sindica como responsables de la crisis que produjo el advenimiento necesario de los "buenos nuevos tiempos". Los elementos propiamente históricos y el rescate de ciertos momentos, valores y personajes que hicieron "grande" a la nación, en contraste con aquellos que la arrastraron al borde de su destrucción, constituyen ahora el núcleo de la ideología dominante. El segundo componente en la búsqueda de una nueva legitimidad, complementario al histórico crítico, está constituido por aquellos elementos que provienen de las líneas programáticas. Aquí ciertos rasgos de liberalismo económico y del pensamiento tecnocrático adquieren predominancia[17]. Pero estos elementos ideológicos, que actúan como valores normativos de las políticas que se implementan, son acompañados por un tercer componente, una visión del futuro y de la nueva sociedad que permite aceptar las necesarias dificultades del presente y que no puede dejar de nombrarse como democracia, pero es una democracia "depurada de los vicios del pasado". La libertad y el desarrollo económico fundan una "nueva democracia".

A estas alturas la ideología de seguridad nacional ha perdido su carácter de núcleo ideológico dominante y permanece como la reserva ideológica de los sectores más duros y nostálgicos de los primeros tiempos del régimen. Sin embargo, muchos de sus elementos han sido incorporados y asimilados.

---

17 Por ejemplo, los valores de eficiencia, primacía del mercado y la competencia, papel de la propiedad privada, pasan a ser elementos fundamentales del nuevo modelo cultural y de la ideología del bloque dominante.

Cabe entonces hablar de la exigencia de una ideología en estos regímenes, pero es difícil considerarla como un solo cuerpo doctrinario, como un conjunto organizado y sistematizado. Ella está configurada por elementos provenientes de muy diversas vertientes, lo que la hace aparecer incoherente o heterogénea. Sin embargo, más que la visión totalizadora, lo que importa precisamente son las "coherencias parciales" en busca de hegemonía.

Los mecanismos ideológicos de hegemonía son de diferente naturaleza según el problema se ubique al interior del bloque dominante o en relación al conjunto de la sociedad. En el primer caso, lo que prima son los principios, valores, normas y conceptos que provienen del plano programático, es decir, la predominancia ideológica está determinada por la capacidad de imposición y viabilidad de un programa de acción. En cambio, en relación al conjunto de la sociedad, la ideología dominante privilegia aquellos aspectos que se encuentran en la cultura de sentido común, tanto en lo que se refiere a la visión histórica de la sociedad como al plano de valores y normas. Ahora bien, como muchos de estos aspectos de sentido común contradicen elementos de la ideología dominante, esta adquiere un carácter parcial y lleno de vacíos.

Hay, por ende, ideología dominante en tanto ideología del bloque en el poder, en la cual se integran elementos de diversas ideologías organizadas o sistemáticas. Y hay ideología solo parcialmente dominante a nivel de la sociedad en su conjunto, a través de aquellos pocos elementos que son capaces de expresar el sentido común compartido por sectores sociales de relativa amplitud. Esta es la zona que se busca extender a través del control y manipulación de los medios de comunicación y los mecanismos de socialización.

Esta ideología y cultura solo parcialmente dominantes expresan las profundas dificultades de hegemonía que el bloque en el poder experimenta frente al conjunto de la sociedad. Los problemas estructurales de exclusión económica, social y política, derivados del intento de reversión radical de las experiencias de presencia y participación populares, no pueden ser resueltos fácilmente a nivel ideológico. Sin embargo, uno de los efectos de esta penetración parcial es que ella va asociada a la relativa desarticulación de las ideologías expresivas de los movimientos populares —excepto en los niveles más organizados—, elaboradas en referencia a una historia, a un esquema de desarrollo y a un sistema político que tienden a desaparecer y subsumirse en una nueva realidad. De ahí el recurso, por parte de las organizaciones opositoras que invocan la representación popular, a ciertos elementos de la cultura popular más permanentes, más allá de sus expresiones ideológicas sistematizadas. Es decir paralelo a este proceso de penetración parcial y relativa desarticulación, se produce otro de

rescate de la identidad y expresión cultural populares, que lleva a una rearticulación y reformulación ideológicas.

A partir de este doble fenómeno puede analizarse el papel que en el plano ideológico cumplen, en ciertos casos, instituciones como la Iglesia Católica. Ellas proveen categorías y lenguajes de connotación general que permiten universalizar los elementos de la cultura oprimida que ya no pueden expresarse en sus viejas ideologías y que no logran aún integrarse en un nuevo sistema ideológico capaz de oponerse coherentemente al modelo cultural dominante.

DINÁMICA Y VIABILIDAD

La dinámica interna de estos regímenes está asociada a la particular configuración genética y estructural de los elementos a los que se ha hecho referencia aquí. Ello quiere decir que cada "modelo autoritario" particular tiene su propia dinámica o forma de evolución.

En un nivel de generalización, se ha identificado esa dinámica o tendencias de cambio con la problemática de constitución del núcleo dominante (O'Donnell, 1976). Posteriormente, este análisis ha sido complementado con el tema de las "tensiones" que estos regímenes experimentan: por un lado, el desgranamiento de su base inicial de apoyo y las contradicciones entre los componentes del núcleo dominante y, por otro, la distancia con la masa excluida, con la cual es preciso reestablecer de algún modo las mediaciones. Ello introduce el tema de las aperturas condicionadas y el recurso a la democracia "transformada" o "renovada" como punto de referencia de tales aperturas. El temor de que ellas conduzcan a desenlaces imprevistos que pudieran amenazar la sobrevivencia del régimen, explicaría las tendencias a la reconstitución, al retorno a la línea dura de los primeros tiempos.

Al aludir al intento de revolucionar desde el Estado la sociedad en términos de un proyecto de recomposición y reinserción capitalista, señalábamos no su advenimiento exitoso, sino el sentido o la inteligibilidad de una contrarrevolución triunfante. Finalmente, el éxito de un proyecto de esta naturaleza radica en la creación efectiva de una organización sociopolítica coherente con el desarrollo o, en otros términos, en la capacidad de un bloque de incorporar en un proyecto hegemónico al conjunto de la sociedad. La enormidad de las dificultades no quita que, pese a no lograrse un advenimiento global del proyecto, este consiga avances parciales, al menos en la desarticulación de la sociedad precedente.

La evolución o dinámica del régimen político autoritario expresa la contradicción de origen o básica —activada por las fuerzas de oposición— entre, por una parte, el carácter excluyente y desequilibrante de un proyecto de reestructuración capitalista y de reinserción

dependiente en un sistema mundial ya constituido y, por la otra, la necesidad de ampliación de sus bases de legitimidad cuando se han deteriorado los principios de la legitimidad contrarrevolucionaria.

Pero más allá de esta contradicción original, y sin considerar las dinámicas que tienen su origen en las vicisitudes de la economía mundial o en las presiones externas, estos regímenes afrontan dos tipos de problemas, de naturaleza diferente, que también condicionan su evolución política. Por un lado, están las dificultades derivadas de las resistencias a la implantación del nuevo proyecto histórico y que se ubican en la transición asincrónica de las diversas esferas de la sociedad. Por el otro, están las nuevas contradicciones que surgen de los cambios estructurales ya operados en el seno de la sociedad y que constituyen el lugar de conflictos y luchas inéditas no atribuibles a la transición a un nuevo orden, sino a su advenimiento sectorial y parcial. Este tipo de contradicciones produce cambios profundos en los actores sociales, que llevan a la reestructuración de sus expresiones y organizaciones políticas. Las dificultades de adecuación de estas, sometidas a tareas de sobrevivencia en condiciones represivas, se expresan en los problemas de conducción política y en el surgimiento de formas de lucha al margen de ellas, así como en la muy lenta maduración de alternativas visibles al proyecto de dominación.

Decíamos que el proyecto de reestructuración y reinserción capitalistas desde el Estado enfrenta obstáculos enormes en la situación histórico-social de estos países: dificultades de homogeneizar estructuras y actores en torno al proyecto, incapacidad de "incorporar", de donde surge la necesidad permanente del recurso a la fuerza y control del Estado. Pero señalábamos también que ello no quita que haya esferas de la sociedad profundamente penetradas y transformadas, que coexisten con ámbitos y esferas del "antiguo régimen". No habría nueva sociedad, en el sentido de advenimiento global del proyecto histórico; sí la habría en el sentido que la radical transformación del régimen político va acompañada de cambios estructurales parciales que modifican el conjunto de la sociedad y que recomponen la estructura de clases y actores sociales.

Es posible pues distinguir entre un análisis diacrónico o de la transición democrático-populista a la sociedad autoritaria —que enfatiza los problemas o contradicciones derivadas de las dificultades de implantar la dominación— y un análisis sincrónico, que se centra en las nuevas contradicciones que surgen del advenimiento parcial o sectorial del nuevo orden. Esta distinción se vincula en el plano político con el paso de la legitimidad contrarrevolucionaria a la búsqueda de nuevos principios de legitimidad, lo cual dice relación a su vez con las dos grandes fases de estos regímenes, la de implantación y la de

institucionalización, o las dos grandes tareas planteadas al bloque dominante: creación de poder y creación de sociedad[18]. En todo caso, no se trata necesariamente de una sucesión cronológica de estas diversas dimensiones; dada la heterogeneidad societal, y, por lo tanto, la asincronía, ellas son dos caras de una misma acción histórica y pueden coexistir en diversos ámbitos de la sociedad.

Todo lo anterior debe ser considerado cuando se discuten temas como la viabilidad y las crisis de estos regímenes.

El tema de la viabilidad lleva a veces a confundir dimensiones en una perspectiva demasiado totalizadora. Sin intentar responder para los diversos casos nacionales, vale la pena establecer una distinción. Una primera dimensión es la viabilidad del capitalismo dependiente, lo que remite a las polémicas de la década del sesenta, de algún modo superadas por el curso posterior de la historia[19]. Una segunda dimensión es la capacidad de un proyecto de reestructuración y reinserción capitalista para conjugar los términos de la utopía desarrollista: modelo capitalista, desarrollo nacional y creciente democratización sustantiva y política. No es difícil sostener aquí la inviabilidad. Pero una tercera dimensión se refiere a la viabilidad del régimen político, es decir a la capacidad de mantención de la pauta autoritaria. Se puede fracasar en el intento de revolución capitalista o renunciar a la totalización de la empresa y, sin embargo, mantener la dominación por un largo tiempo merced al uso de la fuerza, a éxitos parciales o a una combinación de ambos, supuesta la ausencia de crisis económica aguda o catastrófica. Así, la inviabilidad o el éxito en una dimensión no significan necesariamente inviabilidad o éxito en otra[20].

El problema puede ser planteado de otro modo como la capacidad del bloque dominante para mantener su dominación más allá de las aperturas e incluso con erosión de la pauta autoritaria. La superación parcial de la crisis de origen o la creación parcial de un nuevo orden podría permitir variaciones o adaptaciones del bloque en el poder del Estado. Estaríamos ante una situación no exenta de contradicciones y conflictos, pero donde la crisis global y la política tenderán a disociarse. Ello supondría, no obstante, un proceso de superación de la heterogeneidad, de homogeneización societal y de ordenamiento de la multiplicidad de actores que presionan sobre el Estado o, al menos, el ensanchamiento de las expectativas de incorporación, lo que refiere al "potencial económico". En este caso, la superación de la dominación

---

18 El tema de la institucionalización es tratado extensamente en la tercera parte de Garretón, 1983b.

19 Ver Cardoso, 1975, y su trabajo en Instituto de Investigaciones Sociales (UNAM), 1977.

20 Ver Garretón, 1983b: Capítulo 5, sobre los parámetros de avance de estos regímenes.

autoritaria no se vincularía necesariamente a una crisis global o de disolución. El tipo de régimen político podría acercarse a formas democráticas a través de aproximaciones sucesivas, aun cuando siguiera siendo expresión de hegemonía de la clase capitalista.

CRISIS Y SALIDAS[21]

Hay una tendencia, no sin fundamentos sólidos, a asociar un a crisis de las formas políticas de dominación con la crisis global del capitalismo que se intenta implantar[22]. Ambos aspectos parecen estar estrechamente ligados en el origen de estos regímenes, pero ¿cuándo puede hablarse o es concebible una disociación de estas dos crisis? La apuesta del bloque dominante es a esa disociación, a la creación de un orden que pueda admitir un nuevo régimen político. De ahí el llamado a las "metas" y no a los "plazos", pero siempre el problema es, en definitiva, el tiempo que permita la reestructuración de las relaciones de clases y el advenimiento de nuevas formas de expresión política. El análisis caso por caso puede revelar si se trata o no de una utopía.

Es posible entonces introducir una distinción analítica entre crisis del régimen militar, crisis del régimen autoritario y crisis del proyecto histórico que ambos vehiculizan. Que esta distinción analítica sea una distinción histórica real depende de cada caso. Las potencialidades específicas del proyecto histórico, en parte ligadas a los recursos y estructuras económicas, juegan un papel crucial en la posibilidad de disociación de estas crisis[23]. Pero dichas potencialidades se expresan siempre a través de la estructura y relaciones de clases. Que haya o no asociación entre crisis global —derrumbe de un proyecto histórico de dominación —y crisis política— cambio de un régimen o forma política de dominación— depende tanto de la capacidad incorporativa del proyecto histórico de reestructuración como de la lucha de las masas y clases dominadas.

Así como el concepto de avance, desde el punto de vista de la dominación, puede referirse a diversos aspectos o dimensiones —mantención del tipo de dominación, creación parcial o extendida a un nuevo orden, etc. —, el éxito de las fuerzas de oposición se mide no solo por el derrumbe de un régimen o la sustitución global de un proyecto histórico, sino en términos de tareas parciales de creación de condiciones, de avances incluso al interior de aquel, de preparación de nuevas acciones, etc. Aquí, si no se quiere caer en el inmovilismo,

---

21 Los temas de crisis y transición serán tratados en Garretón, 1983b: Capítulos 9 y 11.

22 El debate del Partido Comunista Español al respecto es ilustrativo. Ver el material presentado en Claudín, 1978.

23 Sobre las potencialidades del proyecto histórico en diversos casos, ver Zermeño, 1977.

es difícil escapar a la doble dimensión de oposición o negación, por un lado, y consolidación o legitimación, por el otro[24]. Es posible que la confusión entre crisis societal y crisis política y de las tareas que se desprenden de cada una, esté en la raíz de las dificultades de alianzas y de la perplejidad, a veces inmovilista, de las fuerzas dominadas.

¿Es posible, finalmente, ir más allá de la asociación unívoca entre tipo de capitalismo y forma política de dominación? Nos parece que este es un problema no resuelto teóricamente y no estamos seguros si hoy en las sociedades capitalistas dependientes en desarrollo sea posible la disociación. Pero, en todo caso, esta relación no es una transposición mecánica de los requerimientos estructurales de la base material al sistema político. Ella pasa, nuevamente, por la mediación de la estructura de clases y sus relaciones históricas de tipo ideológico y político. Entre el tipo de capitalismo de que se trate y el régimen político puede haber una vinculación que identifique crisis societal o del proyecto histórico, con crisis política o del régimen o forma de dominación. Entre el capitalismo histórico actual en países dependientes y el régimen autoritario puede haber una relación indisoluble. En otras palabras, entre capitalismo dependiente y democracia política puede haber incompatibilidad. Pero todas estas correlaciones se deberían no a relaciones esenciales y abstractas entre estructura económica y estructura política, sino a que las relaciones concretas de clases —su historia, formas de organización y tipos de demanda—, las hacen históricamente posibles. Ello exige el análisis empírico caso por caso. Sin él, estamos ante dos extremos. O el determinismo que identifica esencialmente crisis social y crisis política, y postula genéricamente el dilema socialismo o fascismo. O a la inversa, el voluntarismo utópico, que postula el reestablecimiento o recuperación de la democracia sin el análisis de las condiciones socio históricas que la hacen posible. Ambos extremos tienen consecuencias políticas muy profundas.

Ello nos lleva finalmente al tema de las "salidas" de los regímenes autoritarios. Aclaremos que cuando nos referimos a este término no aludimos a cualquier crisis política o de recambio en las cúpulas gubernamentales, sino a la crisis que desembocan en una transformación sustantiva del régimen autoritario, es decir, a su reemplazo, lo que nos ubica en el análisis de la transición.

Ya se trate de una salida "programada", producto de transformaciones internas en las que no están ausentes las presiones y demandas de las fuerzas sociales y políticas de oposición, ya se trate de una salida impuesta por una parte o la totalidad de estas, en ambos casos existe la referencia a la salida "democrática".

---

24 El tema de la oposición es tratado con detalle en Garretón, 1983b: Capítulos 5 Y 10.

Las aperturas que corresponden a una salida programada aluden siempre a un orden democrático renovado, depurado de sus anteriores vicios, de algún modo acotado o protegido. ¿Qué lleva al bloque dominante o a fracciones de él a plantear aperturas que pueden llevar a una salida? Pareciera que ello se liga a un intento de recrear las bases de una legitimidad deteriorada por la incapacidad de exhibir algún éxito en la materialización del proyecto histórico o por una situación de bloqueo o aislamiento político que puede o no estar relacionado con lo primero. La contradicción básica derivada del carácter excluyente del proyecto de reestructuración y reinserción llevaría a ampliar el juego político. Pero el fenómeno puede darse a partir también de una situación de éxito relativo, en la que el proyecto histórico ha logrado afianzarse parcialmente. En este caso, se trata también de cooptar políticamente a sectores a los que el modelo económico no ha brindado los beneficios esperados. Y ello puede producirse precisamente en momentos que aún no existe crisis de legitimidad, y como forma de evitar que la apertura más adelante sea forzosa y solo permita negociar la salvación de algunas prerrogativas. De modo que no puede identificarse siempre apertura con situación de debilidad. Cualquiera sea el caso, si las "aperturas" obedecen a las necesidades de relegitimación tanto al interior del bloque dominante como en la sociedad en su conjunto, las "salidas programadas" tratan en lo esencial de preservar los cambios sociales realizados. Por eso, se trata generalmente de salidas hacia un orden político con un sistema regulado de exclusión de actores político sociales, aun cuando el cambio de bases de legitimidad obligue a invocar la soberanía popular, y donde pueda siempre recurrirse al poder militar[25].

Si se examinan ahora las alternativas de salida que se plantean en oposición a las dinámicas de relegitimación del bloque dominante, es posible distinguir grosso modo entre aquellas que operan a partir de un colapso violento por causas externas o internas, en las que el nuevo orden que se instaura no guarda necesariamente una relación de continuidad con la alternativa política que se venía constituyendo en el seno de la sociedad, y aquellas que expresan la constitución de un bloque alternativo, a través de la rearticulación y recomposición de las fuerzas derrotadas por el régimen militar y, en menor grado y según los casos, de las fuerzas desprendidas del bloque dominante.

La referencia alternativa es siempre la de un orden político democrático. Pero ello sin duda es una cuestión problemática. La racionalidad de esa referencia es doble: un principio de oposición al

25 Aquí cabe la distinción entre régimen militar propiamente tal y régimen autoritario a la que nos referimos en la tercera parte de Garretón, 1983b.

orden autoritario, pero también un principio de reapropiación de la historia, que, aunque se haya vivido como explotación y dominación, se identifica con una forma de lucha posible, principio básico negado por la dominación autoritaria. Sin embargo, este principio choca, a su vez, ya sea con la referencia más a un ideal que a una realidad histórica —caso en el cual adquiere la forma de una utopía sin encarnación en una experiencia vivida— ya sea con una referencia histórica vivida, pero en la que las condiciones sociales que la hicieron posible han cambiado radicalmente. En ambos casos, *la democracia* como orden alternativo tiene un referente ambiguo y un contenido y un significado disímil para las diversas fuerzas que constituyen el bloque opositor: es necesariamente una búsqueda. Ella afirma todas las formas de mediación que son negadas por el orden autoritario; pero en la medida que este se vincula a un proyecto histórico, a un contenido o modelo de desarrollo, exige de algún modo que su alternativa contenga también esa referencia. La pura invocación de un orden político, de un sistema de reglas del juego, tiende a ocultar los problemas de hegemonía y las condiciones sociales que hacen posible la fundación de un sistema institucional estable. El acuerdo o consenso sobre este será siempre precario. Ello se expresa muchas veces en la ausencia de una estrategia de salida y en la invocación a la democracia como aquel orden que se instaura —casi mágicamente— una vez producido el colapso del régimen autoritario.

Necesidad de un contraproyecto histórico que salga al paso al intento de recomposición y reinserción capitalista y que exprese una rearticulación de intereses de clases y grupo heterogéneos, de modo que pueda sostener y dar contenido al orden político democrático. Necesidad, también, de una estrategia que combine la demanda democrática cotidiana con los pasos que desencadenan la salida. Ese doble problema político tiene su contrapartida desde el punto de vista analítico: por un lado, reelaboración de la relación entre modelo de desarrollo y orden político; por otro, estudio de la demanda democrática real, es decir, desborde del discurso constituido y reencuentro con la práctica social y su sentido. En otras palabras, el régimen autoritario ha redefinido el espacio político, por lo que se hace necesario que la oferta política de los actores constituidos se confronte con la demanda social real.

EL PROCESO POLÍTICO CHILENO

ESQUEMA PARA ANALIZAR EL RÉGIMEN MILITAR CHILENO

RECORDEMOS BREVEMENTE algunos conceptos sobre los "nuevos" regímenes autoritarios en América Latina que aplicaremos al análisis del caso chileno[26].

1

Ellos se asocian a una crisis política caracterizada por grados diversos, según los casos, de activación, movilización, organización y capacidad de los sectores populares para plantear transformaciones importantes en la sociedad. También se asocian estos regímenes a un proceso de modernización, profesionalización y homogeneización ideológica de las Fuerzas Armadas que les permite su intervención jerárquica y orgánica. Por último, se vinculan a un proceso de reestructuración del orden capitalista mundial y periférico.

2

Por otro lado, estos regímenes combinan, también en grado variable entre ellos, una *dimensión reactiva* frente a los procesos precedentes de movilización popular con una *dimensión fundacional* o reorganiza-

26 Este artículo ha tenido como base Garretón, 1980b, 1982a, 1982b y 1983a.

dora de la sociedad. La primera se expresa a través de procesos represivos y de la desarticulación del sistema sociopolítico hasta entonces vigente. La segunda a través de la materialización de un *proyecto histórico*, entendido este como la configuración de un modelo económico, un modelo político y un modelo cultural, cuyo sentido general es la recomposición del orden capitalista en el país y su reinserción en el sistema internacional. La articulación de ambas dimensiones, el peso específico de cada una de ellas y la dirección particular que adquiera el proyecto histórico varían en cada situación nacional.

3

Si son propios de la dimensión reactiva las diversas formas de represión, son propios de la dimensión fundacional los procesos de *institucionalización* del régimen. Estos consisten esencialmente en pasar de una dictadura sin reglas, que busca legitimarse básicamente en términos de los requerimientos de una guerra interna, a una dictadura que establece sus propias reglas y que busca nuevos principios de legitimidad.

Desde el punto de vista de una dictadura, su institucionalización, es decir, la creación de reglas del juego en diversos ámbitos de la vida social que expresan su proyecto o propuesta de sociedad, tiene siempre una doble cara. Es, por un lado, expresión de un poder que se consolida, pero es también el espacio, por acotado que sea, en que pueden reconstituirse las oposiciones y regenerarse movimientos sociales. Hay entonces una tensión permanente entre la necesidad de postergar al máximo la definición institucional en aras del mayor poder discrecional, y, por otro lado, la necesidad de mostrar ante el conjunto de sectores que componen el bloque dominante, y muchas veces ante entidades que ejercen presión, como la Iglesia u organismos internacionales o gobiernos extranjeros, una situación de "regularización". Es normal, entonces, que los procesos de institucionalización tiendan a desencadenarse en momentos de crisis, cuando, sea por un determinado nivel alcanzado por el debate interno al interior del régimen, sea por presiones externas, no se puede seguir acudiendo al poder discrecional y las transformaciones deben entonces enmarcarse en determinadas reglas del juego. El proceso de institucionalización va acompañado de cambios en los principios de legitimidad y se invocan ya no solo los principios de la guerra, de la presencia de un enemigo interno, sino la necesidad de una misión histórica, de una reconstitución de la sociedad y se hace un llamado en términos de la responsabilidad reconstructora que las FF.AA. tienen[27].

---

27 El concepto de institucionalización está usado aquí y a lo largo de este libro en un sentido preciso y restringido y es obvio que nada tiene que ver con el uso e implicancias teóricas que le han dado autores como Huntington y otros.

4

En todo proceso de institucionalización, cuando se trata de regímenes con proyectos históricos como el que hemos analizado, es posible distinguir al menos dos niveles. El primero se refiere a la elaboración de reglas del juego en *diversos ámbitos de la vida social*. Ellas consagran normativamente las transformaciones estructurales que se han ido introduciendo y establecen los sistemas de relación entre los individuos y grupos sociales en un determinado ámbito. El segundo se refiere a la *institucionalización política* o proceso por el cual se establecen las reglas del juego para el liderazgo político. El primero abarca fundamentalmente las relaciones en el seno de la sociedad. El segundo abarca la esfera del Estado y sus relaciones con la sociedad. Entre uno y otro hay una relación muy estrecha, cual es la pertenencia a un mismo patrón de organización de la sociedad impuesto por un sector o grupo al interior del bloque dominante.

5

La capacidad de realizar o de avanzar en la dimensión fundacional y, por lo tanto, intentar resolver la crisis de hegemonía que sufrieron los sectores dominantes, depende de varios factores. Entre ellos interesa destacar uno. Nos referimos a la constitución, en el seno de la coalición que se impone con el golpe militar y en torno al poder militar, de un *núcleo hegemónico*. Entendemos por ello un sector capaz de universalizar intereses en el interior del bloque dominante e imprimir desde el aparato del Estado una dirección o contenido específico al proyecto histórico de recomposición y reinserción capitalistas. El concepto hegemónico abarca aquí las relaciones al interior del bloque dominante y no al conjunto de la sociedad. En otras palabras, en estos regímenes hay un problema de hegemonía interna del bloque dominante que inicialmente es resuelto por la legitimidad jerárquica militar, pero que requiere ser replanteado cuando se afrontan las tareas de gobernar más allá del puro ejercicio represivo. Ello obliga al análisis a referirse a las características específicas de un determinado bloque y a los mecanismos y procesos de compromiso, cooptaciones y exclusiones, a través de las cuales se constituyen estos núcleos hegemónicos.

6

Pero no solo hay un problema de hegemonía interna en el bloque dominante. Las relaciones de este con el conjunto de la sociedad no parece que puedan reducirse exclusivamente al uso de la fuerza, por brutal y extensivo que sea este, especialmente, en la fase de instalación del régimen. Es obvio que no estamos en presencia de una relación de hegemonía y que estos regímenes no descansan de ningún modo en

el consenso[28]. La represión en sus diversas formas, niveles y alcance, son parte inseparable de ellos, su presencia permanente como acto o amenaza y su continuo resurgimiento aún en las fases más avanzadas de "normalización" o consolidación del régimen muestran hasta qué punto ella constituye un elemento explicativo fundamental en su estabilidad relativa. Pero hay también otros factores que deben considerarse. Algunos de ellos se relacionan directamente con el elemento fuerza o represión, como el temor generalizado e internalizado que lleva a reconocer a los titulares del poder y obedecerles sin por ello aceptarlos como legítimos. Otros revelan la presencia de la dimensión fundacional, de transformaciones estructurales que significan el advenimiento sectorial y heterogéneo de un orden que introduce una mezcla de lo nuevo y lo viejo desarticulando organizaciones sociales y modelos de representación. Si se analizan diversas capas de la población, es posible encontrar adhesiones y hegemonías parciales. Ciertos temas presentes en algunos sectores y latentes en otros tienden a generalizarse y a penetrar el conjunto de la sociedad y adquirir formas de sentido común. Los temas del orden, la eficacia, la seguridad y hasta el de la desconfianza de la política, son ejemplos de ello aún cuando su grado de penetración en diversos sectores sociales sea muy desigual. A diferencia de otras experiencias históricas que buscaron la movilización de apoyos sectoriales o parciales y su politización global, estos nuevos regímenes autoritarios buscan la mantención de apoyos pasivos y la desmovilización general[29]. Puesto que su punto de partida fue una sociedad altamente movilizada, polarizada y politizada, se trata más bien de desarticular y atomizar la base social. Más que integrar consensos y apoyos en un modelo global de sociedad, se intenta encontrar en la atomización la referencia a intereses particulares que hagan aceptable la situación y riesgosa o amenazante la alternativa de cambio. Más que movilizar apoyos, se busca mantenerlos latentes. Más que inculcar una doctrina, se refuerza el conformismo y la pasividad, a través del control de los medios de comunicación y en parte de los mecanismos de socialización, con la idea que "las cosas son así ahora" y que hay que adaptarse a ellas y jugar las nuevas reglas del juego. Ello es especialmente claro en los procesos de institucionalización.

Pero esta penetración parcial de un proyecto reorganizador de la sociedad a través de las transformaciones estructurales introducidas,

---

28 El concepto hegemonía está usado en este libro dentro de la tradición que la ve como la capacidad de un sistema de dominación para establecer una dirección cultural y un relativo consenso, más allá del componente coerción.

29 Sin que compartamos necesariamente toda su conceptualización, hemos retomado aquí algunas ideas de los trabajos de Linz, especialmente, 1964 y 1975, Vol. 3.

choca con su escasa capacidad inclusiva, con los límites de un capitalismo dependiente y represivo que exacerba desigualdades, margina grandes sectores, posterga indefinidamente aspiraciones de otros. Incluso los momentos de los éxitos relativos y los "milagros económicos" en que se intenta legitimar el régimen por sus resultados, ponen al descubierto sus limitaciones, desequilibrios y contradicción con las expectativas levantadas, y en ellos reemergen diversas formas de movimientos sociales de oposición. Los momentos de crisis son expresión de ello.

7

No basta señalar que esta dimensión fundacional se caracteriza por el intento de recomposición y reorganización capitalista si no se entiende que ella postula también un proyecto político. Es cierto que la gran dificultad que tienen los regímenes militares de establecer sistemas adecuados de mediación entre Estado y Sociedad, su intento explícito de eliminación de la política, lleva muchas veces a pensar que el proyecto histórico que estos regímenes vehiculizan tiene como modelo político natural y deseable la perpetuación indefinida del régimen militar. Sin embargo, los procesos de institucionalización, aunque tienden a asegurar la mantención del régimen *militar* como condición histórica de las transformaciones que se busca implementar en el conjunto de la sociedad, apuntan también hacia una forma particular de "transición". Pero no hacia regímenes democráticos, sino hacia regímenes propiamente *autoritarios*. En ellos lo militar dejaría de ser el elemento titular del poder formal y se combinarían mecanismos de participación y ciertas arenas políticas con autoritarismo del Estado, mecanismos de exclusión institucionalizados y poder tutelar de las Fuerzas Armadas[30]. Esta pareciera ser la utopía política de este proyecto histórico. Asimismo cabe indicar que este proyecto político no es unánimemente compartido en el interior del bloque dominante. Hay sectores de él que afirman la vigencia permanente del régimen militar existente y es esta distinción entre régimen militar y régimen autoritario futuro la que polariza la tensión entre los sectores que se denominan "duros" y "blandos" en estos regímenes.

---

30 Si bien un régimen militar puede considerarse un tipo de régimen autoritario, puede denominarse militar un régimen en que las Fuerzas Armadas controlan directamente el poder del Estado y autoritario aquel en que manteniéndose pautas represivas y excluyentes, las Fuerzas Armadas no son titulares oficiales de la autoridad del Estado aún cuando ejerzan algún tipo de control indirecto sobre él. A lo largo de este libro hemos usado indistintamente ambos términos, excepto advertencia. Este paso de un régimen estrictamente militar a uno de tipo autoritario es lo que las esferas oficiales denominan "transición". Nosotros sugerimos llamarlo "institucionalización" y reservar el término "transición" para el proceso de cambio del régimen.

8

Hemos indicado ya que la dimensión fundacional no tiene el mismo peso en todos los regímenes militares que se incluyen bajo el "nuevo autoritarismo"[31]. En algunos de ellos es extremadamente débil y en otros no pasa de ser un mero intento fracasado. Se trata en tales situaciones de regímenes principalmente reactivos o que devienen rápidamente en simples administradores de su sobrevivencia. Un *régimen de manejo de crisis* ha abandonado su proyecto histórico y ha puesto como cuestión central la mera mantención de las posiciones de los diversos grupos que lo componen, desintegrándose su núcleo hegemónico. A su vez un régimen que se caracteriza fundamentalmente por la pérdida de su capacidad fundacional y por ser un administrador de crisis recurrentes, si no se recompone, puede involucionar hacia la fase puramente reactiva que asegure su sobrevivencia, o iniciar la evolución hacia una crisis de término y por lo tanto de reemplazo de régimen[32]. Ello no implica necesariamente solución democrática, lo que nos introduciría el tema de las transiciones[33].

Pero hay casos en que la dimensión fundacional adquiere un peso determinante. Ello no significa necesariamente la consolidación de una nueva sociedad, de un nuevo orden radicalmente diferente de aquel que caracterizó la sociedad precedentemente, de un modelo social que tiene, asegurado sus formas de reproducción. Pero desde el punto de vista de las oposiciones y de los procesos de transición hacia alguna forma de régimen democrático interesa siempre evaluar cuál ha sido la capacidad del proyecto histórico vehiculizado por el régimen militar para romper o desarticular *la columna vertebral de la sociedad*[34].

BIBLIOGRAFÍA

Arriagada, Genaro y Garretón, Manuel 1979 "Doctrina de Seguridad Nacional y régimen militar" en *Estudios Sociales Centroamericanos*, N° 20 y 21.

---

31 Véase Collier, 1979.

32 Es evidente que hay diversos tipos de administración de crisis que van desde el intento de regulación directa hasta un laissez faire que solo se preocupa de la sobrevivencia en el poder. Por otro lado, vale la pena insistir en la no unidireccionalidad de estos procesos: un régimen de administración de crisis puede retomar su dimensión fundacional. Señalemos también que desde el punto de vista del estudio de estos regímenes, la importancia de las evoluciones señaladas es que desplazan el énfasis analítico desde el régimen y los procesos globales al estudio del surgimiento y dinámica de actores sociales específicos.

33 Ver último capítulo de Garretón, 1983b.

34 Las categorías para el análisis de la oposición y la transición son desarrolladas en Garretón, 1983b: Capítulos 10 y 11 respectivamente.

Borón, Atilio 1977 "El fascismo como categoría histórica: en torno al problema de las dictaduras en América Latina" en *Revista Mexicana de Sociología*, N° 2.

Briones, A. 1978 *Economía y política del fascismo dependiente* (México: Siglo XXI).

Cardoso, F. 1975 *Autoritarismo e democratização* (Río de Janeiro: Paz e Terra).

CIDE 1978-1979 "La Comisión Trilateral y la coordinación de políticas del mundo capitalista" en *Perspectiva Latinoamericana, Cuadernos semestrales* (Estados Unidos) N° 2 y 3.

Claudín, F. 1978 *Documentos de una divergencia comunista* (Madrid: El Viejo Topo).

Collier, D. (ed.) 1979 *The new authoritarianism in Latin America* (Princeton: University Press).

Dos Santos, Theotonio 1977 "Socialismo y fascismo en América Latina hoy" en *Revista Mexicana de Sociología*, N° 2.

Foxley, A. 1982 *Experimentos neo-liberales en América Latina* (Santiago: Colección Estudios CIEPLAN, Nº 7).

Garretón, Manuel Antonio 1980a *En torno a la discusión de los nuevos regímenes autoritarios en América Latina* (Washington DC: Latin American Program y Wilson Center / Santiago: FLACSO).

Garretón, Manuel Antonio 1980b *Procesos políticos en un régimen autoritario. Dinámicas de institucionalización y oposición en Chile 1973-1980* (Santiago: FLACSO).

Garretón, Manuel Antonio 1982a "Evolución política del régimen militar chileno y problemas de la transición a la democracia", documento preparado para el proyecto "Transitions from authoritarianism and prospects for democracy" del Latin American Program, Wilson Center (Washington DC).

Garretón, Manuel Antonio 1982b "Modelo y proyecto políticos del régimen militar chileno" en *Revista Mexicana de Sociología*, Nº 2.

Garretón, Manuel Antonio 1983a "Por una transición a la democracia en Chile" en *Mensaje* (Santiago) enero-febrero.

Garretón, Manuel Antonio 1983b *El proceso político chileno* (Santiago: FLACSO).

Graciarena, J. y Franco, R. 1981 *Formaciones sociales y estructuras de poder en América Latina* (Madrid: CIS).

Instituto de Investigaciones Sociales (UNAM) 1977 *Clases sociales y crisis política en América Latina* (México DF: Siglo XXI).

Lechner, N. 1977 *La crisis del Estado en América Latina* (Buenos Aires: El Cid Editor).

Linz, Juan 1964 "An authoritarian regime: Spain" en Allardt, E. y Littuven, Y. (eds.) *Cleavages, ideologies and party systems* (Helsinki: Westermarck Society).

Linz, Juan 1975 "Totalitarian and authoritarian regimes" en Greenstein, F. y Polsby, N. (eds.) *Handbook of Political Science. Reading Mars* (Washington DC: Addison Wesley) Vol. 3.

Moore, B. 1976 *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia* (Madrid: Península).

O'Donnell, Guillermo 1972 "Modernización y golpes militares" en *Desarrollo Económico* (Buenos Aires) N° 47.

O'Donnell, G. 1976 *Reflexiones sobre las tendencias de cambio en el Estado burocrático autoritario* (Buenos Aires: CEDES, Documento de trabajo).

Varas, A. y Agüero, F. 1978 *Acumulación financiera, gobiernos militares y seguridad nacional en América Latina* (Santiago: FLACSO).

Zermeño, S. 1977 "Estado y sociedad en el capitalismo tardío" en *Revista Mexicana de Sociología*, N° 1.

Pedro Morandé

LA RELIGIOSIDAD POPULAR COMO CRÍTICA AL NEO-ILUMINISMO LATINOAMERICANO*

LA PERSPECTIVA QUE SE ABRE a la sociología de discutir la existencia de una síntesis cultural latinoamericana diferente e incluso contrapuesta a la síntesis de la modernidad ilustrada ha sido posible, en gran medida, por la revalorización que ha experimentado el tema de la religiosidad popular en los últimos años. Ella se ha impuesto a la reflexión por la magnitud de su presencia, pero también, porque en ella no pudieron cumplirse las predicciones de los agentes desarrollistas. Desafiando los pronósticos y malos augurios no ha desaparecido, como se esperaba, en los "polos" de desarrollo urbano-industriales. Antes bien, ha acrecentado su intensidad como expresión religiosa colectiva en prácticamente todos los países latinoamericanos. Este es un hecho verificado. Es, sin embargo, a la vez, un dato anómalo para los constructores de modelos y para los planificadores de la "ciudad secular". Quienes esperaban que las expectativas sociales derivadas del cálculo racional y de la optimización funcional de medios y fines, acabarían con el carácter y estilo religioso de la sociedad "tradicional" no han podido ver cumplida su profecía. Quienes pensaban que por

* Morandé, Pedro 1984 "La religiosidad popular como crítica al neo-iluminismo latinoamericano" en *Cultura y modernización en América Latina* (Santiago: Cuadernos del Instituto de Sociología Pontificia Universidad Católica de Chile) pp. 128-143.

medio de una acción política planificada de esclarecimiento de las conciencias derribarían los fetiches religiosos arcaicos han terminado, contra todo lo esperado, en una autocrítica de sus propios fetiches. ¡Y qué decir de los poderosos, preocupados como siempre de buscar nuevas formas de legitimación religiosa para sus potestades y de instrumentalizar los movimientos populares masivos! Tampoco han logrado satisfacer sus propósitos. A pesar de los pesares, el fenómeno ha conservado una autonomía y un dinamismo interno que echó por tierra las "verdades" proclamadas en torno a él.

Este dato anómalo para los planificadores de la modernización comenzó a arrojar dudas acerca del carácter inevitable del proceso secularizador que las ciencias sociales, siguiendo a Max Weber, daban normalmente por demostrado. Poner en cuestión este punto, sin embargo, no podía significar otra cosa que poner en tela de juicio los mismos modelos modernizadores. En efecto, mientras la secularización se tenía por inevitable, se pensaba que los modelos de transición a la modernidad reflejaban en sus formulaciones esta tendencia sin hacer nada por acelerarla o inhibirla. La religión como "obstáculo al desarrollo" era un problema puramente objetivo. Pero cuando comienza a dudarse de que tal tendencia secularizadora fuera inexorable, el cuestionamiento se desplaza a los mismos modelos interpretativos de la transición. ¿No sería que quienes predecían la desaparición de la religiosidad popular intentaban "realizar" una profecía? No se trataba entonces solo de una predicción errada, sino interesada. Si la aplicación del paradigma que contraponía "sociedad tradicional" a "sociedad moderna" identificaba como problemático de la transición la existencia de una élite moderna y autoconsciente enfrentada a una masa tradicionalista, poco racional e incluso alienada en sus creencias religiosas, ahora comenzaba a mostrarse la verdad de la proposición inversa: una masa popular auténtica en sus tradiciones debía enfrentarse a una élite culturalmente alienada de América Latina. Pero esta inversión era posible solo porque la religiosidad popular demostraba ser más resistente que los intentos iconoclastas que querían extraer de ella nada más que su "núcleo racional".

Sin embargo, no ha sido solo la presencia contundente de la religiosidad popular en la vida actual de los pueblos latinoamericanos lo que ha obligado a los intelectuales a revalorizarla. Ha sido también su historia. Ella se ha revelado como un depósito particularmente vigente de la síntesis cultural fundante de América Latina, producida en los siglos XVI y XVII, que guarda celosamente la variedad e interconexión de los sustratos indios, negros y europeos. En este sentido puede considerarse a la religiosidad popular como una de las pocas expresiones —aunque no la única— de la síntesis cultural latinoame-

ricana que atraviesa todas sus épocas y que cubre, a la vez, todas sus dimensiones: el trabajo y la producción, los asentamientos humanos y los estilos de vida, el lenguaje y la expresión artística, la organización política, la vida cotidiana. Y justamente en su papel de depósito de la identidad cultural ha debido soportar, tal vez más que ninguna otra institución, los intentos de la modernidad por subordinar las culturas particulares a los dictados de la razón instrumental. Así como Octavio Paz plantea que para acceder a la intrahistoria de México es imprescindible comenzar por el análisis de las pirámides, no sería exagerado generalizar su argumento señalando que para comprender la síntesis cultural latinoamericana es fuerza empezar por la puerta que nos abre la religiosidad popular, tanto a los sistemas simbólicos como a la intrahistoria.

Esta revalorización de la religiosidad popular no ha nacido ciertamente de las ciencias sociales, sino de la teología. Fue un grupo de intelectuales católicos los que, por medio de ella, iniciaron un vasto proceso de rehistorización del pensar latinoamericano que se había empantanado en la modelística del desarrollismo[1]. Ellos no tenían razones puramente intelectuales o académicas, sino también razones intraeclesiales. La Iglesia Católica latinoamericana, especialmente desde el Vaticano II, se encuentra en un complejísimo proceso de autoconciencia histórica y en esta vuelta a sus raíces no podía menos que encontrarse con una religiosidad que creció a su amparo desde el mismo siglo XVI. Para ella, revalorizar la religiosidad popular es revalorizar su propio pasado como también su continuidad histórica entre los pueblos latinoamericanos. Si la misma Iglesia, en plena crisis del neoiluminismo, no descubría la existencia del catolicismo popular ¿quién entonces podría haberlo hecho? Las ciencias sociales, en cambio, hijas ellas mismas del iluminismo y de la secularización, no tenían órganos para percibir ni conceptos para comprender una cultura que de modo persistente se ha negado a abandonar el espacio sacral para definir su identidad. Si la Iglesia para descubrir la cultura latinoamericana simplemente tenía que aceptarse a sí misma en su historicidad, este mismo descubrimiento para las ciencias sociales pasaba por la autocrítica de su propio secularismo y, por tanto, por la comprensión de un "otro", de un algo distinto a sus paradigmas de modernización. Se entiende entonces por qué la existencia de un particularismo cultural latinoamericano sea hasta hoy día tan difícil de aceptar para las ciencias sociales. Sin criticar sus propios supuestos universalistas, sin poner en tela de juicio el primado de la racionalidad formal, sin discutir el supuesto de identidad entre valores y fun-

1 Ver AAVV, 1977, obra colectiva editada por el CELAM.

cionalidad de las estructuras no podrán reconocer la particularidad de la síntesis social latinoamericana.

Pues bien, parece aconsejable detenernos un momento a analizar la conceptualización sociológica que acompañó a todo este proceso de revalorización de la religiosidad popular, puesto que ella es indicativa del itinerario de la crisis del neoiluminismo, como también de las perspectivas analíticas que se abren para las ciencias sociales en el futuro. Naturalmente, no tenemos el espacio suficiente para analizar en detalle cada paso, sino que tendremos que referirnos solo a aquellos conceptos que a nuestro juicio fueron los más influyentes.

Hasta la aparición de la llamada "sociología comprometida" en la segunda mitad de los sesenta, reinó sin contrapeso una visión de la religiosidad popular proveniente de las sociologías norteamericanas de la modernización. Ya en la misma definición analítica de lo moderno se daba por supuesta la secularización de la vida social, de modo tal que cualquier forma masiva y popular de religiosidad no podía ser vista como algo intrínseco del mundo moderno[2]. Así, ella solo podía representar una de dos cosas: o bien un elemento sobreviviente del mundo tradicional en ocaso, destinado a desaparecer junto con él, es decir, una especie de arcaísmo que tarde o temprano terminaría por autodisolverse, o bien, un recurso adaptativo generado por el mismo proceso de transición a la modernidad y destinado a morigerar las arritmias de un proceso de cambio necesariamente acelerado. Esta última alternativa fue, naturalmente, la que tuvo mayor desarrollo, habida cuenta de que un elemento decisivo de este proceso de modernización era la migración rural a las ciudades. En este contexto, la religiosidad popular era vista como una prolongación del mundo rural en la ciudad, en el sentido de una proyección y compensación del mundo tradicional que muere y se abandona pero que, pese a todo, ha sido traído a la ciudad por la población migrante. No se puede romper con una cultura de modo súbito y la religiosidad popular era vista justamente como la posibilidad al alcance de cualquier migrante de revivir sus tradiciones en un mundo urbano que era, sin embargo, sustancialmente hostil a toda imagen sacralizada del mundo.

La vida social de la sociedad tradicional no se sustentaba, según este esquema de interpretación, en un concepto finalista de la acción. La síntesis no se producía en virtud de la conciencia y responsabilidad de los individuos en su futuro compartido y funcionalmente equilibrado, sino en virtud del respeto y lealtad al orden tradicional, a las relaciones sociales primarias y personalizadas, de alto contenido

2 Entre otros estudios en esta línea podrían citarse Dussel, 1974; Vallier, 1970 y Poblete, 1969.

emocional y de gran difusividad en cuanto a los roles sancionados. Sin institucionalización del cambio, los individuos se comportaban como siempre lo hicieron sus padres y sus abuelos. Y he aquí, de pronto, que este tradicionalista consumado llega a la ciudad, donde impera la conciencia y la autoridad impersonal, donde el deber y la lealtad están determinados por normas universalistas, donde la tolerancia de las creencias ajenas es una obligación de convivencia institucional, donde hay que luchar para conseguir por sí mismo un buen status y donde las expectativas de ascenso social no tienen límite. El campesino convertido en ciudadano no podría menos que desconcertarse ante esta nueva situación. Lo han arrancado violentamente del vientre materno, de su tierra y tradiciones y lo han arrojado al mundo en que solo cuenta el logro personal, el trabajo especializado. Su tendencia natural es volver entonces al vientre materno, pero no pudiendo hacerlo de un modo real —puesto que la condición de existencia de la ciudad moderna es que ningún individuo tenga otras ataduras que las del trabajo y las que impone el marco institucional— debe refugiarse en la representación simbólica. Surgiría entonces, la religiosidad popular urbana, proporcionando un puente de plata para unir lo imposible. Ella le ofrece un lenguaje altamente emotivo que, si bien no le altera su situación real, lo vuelve a vincular a su cosmos destruido. Entre santos y devociones se siente nuevamente a gusto. Allí puede encender sus velas, sin tener que reconocer que estas se apagaron ya sin remedio. Además de las imágenes, la iglesia y comunidades religiosas le ofrecerán también contactos personales reales: el párroco, el cofrade, el que lleva en el pecho su mismo escapulario. Con ellos podrá compartir su soledad y su abandono. Podrán ayudarse también mutuamente en los momentos difíciles.

La religiosidad popular es considerada, en esta perspectiva, como una ayuda a la transición, como un puente que puede facilitar (aunque también inhibir) la integración del migrante a la ciudad. En sí misma, sigue siendo un "obstáculo al desarrollo", pero al servicio del migrante rural que por primera vez llega a la ciudad moderna, puede volverse un instrumento al servicio de su mejor adaptación. La tercera y cuarta generación de migrantes serán ya ciudadanos en regla. La movilidad social los habrá educado en las nuevas expectativas. La religiosidad popular dejarán de considerarla propia y quedará como recuerdo de las creencias de sus padres y abuelos. Aprenderán incluso a ser tolerantes con esta visión del mundo de sus antepasados. Si lo desean, podrán también mantener estas tradiciones. Ese es problema de cada cual. Al fin y al cabo, se es "libre para elegir". En cualquier caso, estas creencias tendrán que referirse a los problemas de la "última instancia". Los de instancias más cercanas serán resuel-

tos técnicamente por las instituciones que corresponda. En la ciudad no existe el "misterio" o, al menos, no existe respecto de ninguna actividad humana. Solo no es competente la vida urbana para aclarar los destinos últimos. El problema del "otro mundo" no es de interés para la vida social. Allí puede reinar la religión sin contrapeso. En resumen, la religiosidad popular es vista como el gran sustituto, como la prolongación de un mundo quebrado y agónico en un mundo floreciente y ordenado. Su función es ayudar a bien morir.

Toda esta conceptualización, envasada naturalmente en jerga sociológica, se complementa contraponiendo la religiosidad popular a la religiosidad urbana de las élites. El punto de referencia no es ahora el migrante sino el individuo secularizado que milita en instituciones religiosas claramente delimitadas en sus objetivos y que forman parte de la compleja red de organizaciones sociales[3]. El ámbito de la religiosidad popular se definía entonces como aquel de la periferia de las instituciones eclesiásticas. El argumento era el siguiente: cada vez que surge una institución en la vida social, los miembros que pertenecen y orientan sus conductas en torno a ella participan de modo diferencial y no homogéneo en la vida de dicha institución, desarrollando sentimientos de pertenencia también desiguales conforme al grado de participación en sus objetivos. Siempre habrá un núcleo de personas altamente comprometido con los destinos de la institución que, en el caso de las religiones, coincide además con la titularidad de roles directivos y ministeriales. A este grupo de personas corresponde el establecimiento de la correcta doctrina, la elaboración de las líneas directrices de la acción y de la interpretación de los "signos de los tiempos", la determinación de los lugares y de las formas de culto, la acción hacia el resto de la comunidad en donde la institución está inserta y, en general, todas aquellas actividades que se refieran a la subsistencia de la institución y al cumplimiento de sus fines propios. Digamos, en términos castrenses, que correspondería a su "cuadro permanente". A dicho núcleo se ingresa mediante estrictos mecanismos preestablecidos de selección

3 Ver Poblete, 1977. Este artículo, escrito casi veinte años antes de la edición de referencia y publicado por la revista *Mensaje*, fue uno de los primeros que reivindicaron el valor de la religiosidad popular, entendida como religiosidad de las masas. La argumentación, sin embargo, no conduce al descubrimiento del ethos cultural que esa forma de religiosidad expresa. Así, se sostiene que la religiosidad popular es propia de una institución que, como la Iglesia, aspira a la catolicidad. Donde no hay tolerancia más que para la religiosidad de las élites, no hay tampoco Iglesia, sino sectas. Es decir, el argumento se orienta más a demostrar las diferencias funcionales entre la religiosidad de las masas y de las élites, como también a su complementariedad, antes que a descubrir el sustrato cultural de la religiosidad popular latinoamericana amenazado por las propuestas de modernización.

y supone en los aspirantes un largo proceso de iniciación hasta llegar a dominar las funciones propias del grupo directivo.

Frente a este núcleo central se distingue, en cambio, un amplio e indeterminado sector de neófitos, adherentes, simpatizantes, etc., cuyo grado de identificación con la institución y cuyo nivel de responsabilidad dentro de la misma es muy variable y está sujeto a circunstancias personales o sociales específicas. Para el caso de las instituciones eclesiásticas, este sería el ámbito donde vive, crece y muere la religiosidad popular. Sus rasgos característicos serían, en consecuencia, los de toda periferia: por una parte, como rasgos positivamente valorados, la adhesión al núcleo central, la buena disposición a participar en el ritual, el desinterés y generosidad en cuanto no se esperan recompensas institucionales por su actitud y otros en este mismo sentido; por otra, como rasgos negativamente valorados, se anotan la inadecuada preparación doctrinal, la inestabilidad del compromiso y la falta de empeño y efectividad para poner en práctica las directrices emanadas de la élite. Mientras más cerca del núcleo, el compromiso tendería a ser más emocional que racional y las creencias más contradictorias. La religiosidad popular era caracterizada, entonces, como intuitiva, poco racional, emotiva y ocasional pero, a fin de cuentas, valiosa como participación en la institucionalidad eclesiástica. En suma, la religiosidad popular era, en este esquema, un fenómeno que debía ser explicado en términos de una teoría sociológica más amplia acerca de la marginalidad institucional, aplicada esta vez a las instituciones eclesiásticas.

Es fácil comprender esta conceptualización si se considera que su vigencia ocurre en los momentos en que arreciaba sobre América Latina el desarrollismo de los años cincuenta y primera mitad de los sesenta. Las iglesias tenían que demostrar ante los gobiernos y ante la opinión pública que no eran obstáculos para el desarrollo, que también podían ser progresistas, que estaban dispuestas a superar el orden de la sociedad tradicional dando acogida a los nuevos requerimientos sociales. La sociología, por su parte, estaba completamente imbuida de esta ideología. Así, no se interesó jamás por estudiar el fenómeno religioso en cuanto tal, sino que, dando por descontada la validez de la problemática del desarrollo, se interesó más bien por estudiar la reacción de las diferentes instituciones religiosas a esta problemática. Los numerosos estudios realizados acerca del "progresismo" eclesiástico así lo demuestran. Los tipos de religiosidad que acentuaban las dimensiones simbólicas más que las formas esclarecidas de conciencia recibían calificativos tales como "ritualistas", "sacramentalistas" y otros del mismo tipo que desvaloraban la religión "de las masas". La religiosidad para ser progresista, para estar a tono

con la problemática del desarrollo, debía volverse consciente, militante, comprometida con el cambio social, instrumento pedagógico al servicio del progreso. La pregunta sociológica de fondo respecto a la religión se reducía entonces a una sola: ¿cómo deshacerse de ella cuando no era posible utilizarla como instrumento para el esclarecimiento racional de la vida humana y cómo valerse de ella para movilizar a las personas que engañadas, pero de buena fe, veían todavía en la religión una fuente de inspiración práctica para su conducta cotidiana? Se descartaba cualquier relación de lo religioso con las discusiones acerca de la síntesis social, del nexo social o del límite social, estudiándose en cambio la función social de la religión suponiendo que la totalidad estaba dada sin ella[4].

Otra poderosa corriente intelectual que influyó de modo decisivo en la conceptualización sociológica de la religión fue, naturalmente, el marxismo en su versión latinoamericana. No hay ninguna duda de que esta corriente difería en puntos importantísimos con aquellas de las sociologías norteamericanas que hemos comentado recientemente. Estas diferencias, sin embargo, no logran ocultar una identidad de principio en lo referente a la dimensión secularizadora. Ambas comparten su adversión a toda forma simbólica de expresión cultural. Si en un caso, el mundo sacral era signo de la sociedad tradicional que llegaba a su ocaso, en el otro, es fetichismo y falsa conciencia al servicio del orden. Otra vez es la conciencia ilustrada la instancia suprema de referencia histórica, aún cuando no se la atribuya al individuo "ilusorio", sino a la vanguardia de la clase social en ascenso.

Como se sabe, la religión es analizada en esta vertiente sociológica como un caso límite de la ideología[5]. Comparte con ella todos los rasgos del fetichismo del mundo mercantil, pero añade además como rasgo propio el culto explícito y organizado al "sujeto abstracto", que no es otra cosa que la hipóstasis del nexo social. Así a diferencia de las ideologías racionales de la dominación que se limitan a ocultar la estructura de clases como instancia reguladora de la división social del trabajo mediante la afirmación de la vigencia de normas universalistas de reciprocidad, la religión intenta legitimar directamente esta dominación al menos en un doble sentido: por una parte, desplazando el momento de la realización de los valores a un futuro indeterminado (escatología) o

---

4 Matthes ha mostrado cómo la "sociología de la religión" ha ido evolucionando en el mundo desarrollado hacia una "sociología de las iglesias" que, en el fondo, constituye un caso particular de la "sociología de las instituciones". Ver al respecto Matthes, 1967 y 1969.

5 Para el análisis a continuación me oriento por el artículo de Hinkelammert, 1972, el que amplió posteriormente en la primera parte de Hinkelammert, 1977.

incluso a un "más allá" de la historia y, por otra, afirmando la existencia real del sujeto abstracto, quien conduce providentemente los destinos humanos y frente al cual los hombres deben enajenar su voluntad. La religión es en sí misma ideología, puesto que es una de las dimensiones con que opera la falsa conciencia. Sin embargo, esconde las condiciones reales de dominación de una manera particular, en cuanto intenta sustituirlas por la acción de una fantasmagoría celeste. Todo el panteón religioso representa, en esta visión, las tantas y diferentes caras del sujeto abstracto haciendo posible, de esta manera, su hipóstasis en la vida social. Por ello que la crítica a la religión sería el fundamento y presupuesto de toda crítica. Sin el recurso religioso no sería posible la hipóstasis del sujeto abstracto y las clases sociales quedarían al descubierto como los verdaderos sujetos de la dominación.

La religión es, entonces, un lenguaje de este mundo que habla también sobre objetos y relaciones de este mundo, pero que no puede llamarle a las cosas por su nombre, puesto que es idolatría del nexo social. Nunca podría ser un lenguaje transparente, como el de la conciencia. Su mundo es el del becerro de oro, que pretende ilusoria o malintencionadamente dar sentido a las relaciones entre los hombres, cuando es ella el producto de tales relaciones. La religión representa para la sociología marxista el universo simbólico de lo "perverso-trascendental", según expresión de Hinkelammert[6]. Su única salvación consistiría en que mostrase la realidad hipostasiada en sus determinaciones sociales y materiales. Pero como no puede hacerlo desde sí misma, tendrá que esperar que llegue su redentor, esto es, hasta que los hombres, asumiendo conscientemente las condiciones concretas de su existencia, la descubran como un gran engaño colectivo. Esta redención no opera, sin embargo, abstractamente. La lucha por la desaparición del fetiche religioso es, simultáneamente, la lucha por la superación de las condiciones sociales que le dan origen y forma en una época histórica determinada. En la sociedad capitalista, se trata de la lucha por el dominio consciente de las relaciones sociales de producción. El mismo día que, para usar la expresión de Marx, "monsieur Le Capital y madame La Terre" dejen de hacer sus brujerías, el velo de la conciencia caerá del templo. Se realizará entonces, de manera práctica, el inicio del evangelio de San Juan: en el principio era el verbo, lo que quiere decir, en el principio era la conciencia[7]. Lo que la religión siempre proclamó abstractamente lo realizará la lucha social porque se habrán conseguido las condiciones sociales y materiales para que los hombres pongan en práctica este principio. A esta dialéctica entre

6 Ver Hinkelammert, 1972: 13.

7 Ver Hinkelammert, 1972: 14.

apariencias y realidades, entre sujetos abstractos y sujetos concretos, entre fetiches legitimadores y dominio consciente de las determinaciones humanas le sobran, claro está, los ilustrados vanguardistas. Representantes de la conciencia objetiva del mundo, confían en que la razón humana pudiendo lo más, esto es, descubrir la mala jugada de la falsa conciencia, puede también lo menos, es decir, convencer a los actores de este drama, por la palabra o la fuerza, de que la existencia del sujeto abstracto es hipostasiada y de que es posible, en consecuencia, elaborar un guión sin fantasmas, con sujetos concretos. Su destino es ser conciencia de la conciencia empírica, metalenguaje de la vida social. La gran representación humana queda así aprisionada en su límite: ¿quién podrá poner "sobre sus pies" a los iluminados? ¿quién convertirá a la vanguardia en sujeto concreto?

No es esta la oportunidad de referirnos críticamente a cada uno de estos argumentos de la sociología marxista. Las bases de la crítica ya han sido expuestas anteriormente. Lo que nos interesa ahora es sacar las consecuencias de este planteamiento para el tema de la religiosidad popular. Ella es considerada como la reproducción simbólica de la condición y falsa conciencia del explotado por la dominación de clases. El juicio que recae sobre ella es doble: su contenido es falso, su forma, en cambio, respetable en tanto es popular. Tarde o temprano desaparecerá ante el incremento de los niveles de conciencia de los sectores dominados. La tarea intelectual consiste entonces en purificar su contenido. Lo que está simbólicamente expresado en la religión hay que rescatarlo en su "núcleo racional" para que pueda convertirse en contenido de conciencia. Hay que "desmitologizar" el contenido, transformar las verdades abstractas en verdades concretas. Una vez finalizado el proceso no quedaría más que símbolos transparentes. La religión no es culto a un dios extraño sino culto falso e invertido al verdadero dios. Que además sea popular, acrecienta su pecado, puesto que deja a oscuras a los dominados acerca de las condiciones reales del poder. Encuentra, sin embargo, un atenuante en el hecho de ser expresión cultural del oprimido, lo que exigiría respeto por parte de la vanguardia. Lo contrario sería presumir de que la ignorancia del pobre ha sido libremente elegida cuando, en verdad, es un designio del poder para su mejor dominación. ¿Y cómo podría el iluminado no darse cuenta de esta trampa? Humilde siervo, como es, de la conciencia histórica del esclavo y de la conciencia universal de la humanidad ha derrotado ya al becerro de oro convirtiéndose en sujeto concreto, con toda la prudencia necesaria para condenar el fondo pero ser respetuoso en la forma. La vanguardia política de los concientes queda entonces legitimada para tomar todas las decisiones, para aclarar todos los misterios y para exigir de sus representados el culto al verdadero dios.

Toda esta conceptualización acerca de la religión no nace en América Latina después de un análisis cuidadoso del papel desempeñado históricamente por los sistemas religiosos, especialmente, por el catolicismo que llega en el siglo XVI. Se trata más bien de una mera aplicación de categorías sociológicas usadas para la situación europea del siglo XIX. Que sepamos, no existe ningún estudio de la sociología marxista latinoamericana destinado a interpretar la evolución religiosa en este continente. De modo que los conceptos antes descritos tienen ante todo un carácter taxonómico y paradigmático. No han nacido de la interpretación de los hechos, sino de la discusión política acerca de las alternativas de desarrollo. Es importante destacar este hecho puesto que pone de manifiesto una peculiaridad de la sociología marxista latinoamericana, a saber, que nunca cuestionó la definición del problema de la modernización realizada por la sociología de inspiración norteamericana. Si se distanció de ella no fue porque discrepara con su diagnóstico de la realidad, sino porque pretendía un "modelo" alternativo de desarrollo que asegurara la propiedad estatal sobre los medios de producción. El paradigma que contraponía "sociedad tradicional" a "sociedad moderna" fue íntegramente asumido por el marxismo, aunque naturalmente, haciendo cambios de terminología. Tal vez todo esto confirma una tendencia que, desde comienzos de siglo XIX, es decir, desde la "Ilustración Latinoamericana" ha marcado profundamente el modelo del intelectual criollo. Este es más un abogado que un científico. Su papel es defender causas ante los tribunales, cualquiera sea el nombre que estos adopten según las circunstancias: el Estado, el Partido, la Vanguardia, la Historia, el Pueblo, etc. La historia y, en general, los hechos, le interesan solo como argumento. Es el cliente a cuyo nombre se realiza el alegato quien decide acerca de las interpretaciones correctas. Esta es la más grande paradoja de la Ilustración latinoamericana: la conciencia esclarecida tiene por oficio prender velas a sus santos. Octavio Paz ha sostenido, con mucha razón, que en América Latina no hubo, en verdad, Ilustración. Fue puramente periférica, terminológica, importada, de salón. Y esto es particularmente cierto respecto de la religión. Hubo anticlericalismo, querellas de competencia, reivindicaciones de la educación laica, disputa por los bienes eclesiásticos, pero jamás una crítica medianamente seria a la religión, que tuviera su origen en la interpretación de la historia latinoamericana y no en los alegatos políticos del momento.

No pretendemos desconocer las grandes diferencias de conceptualización que, frente al tema de la religión, existen entre las formulaciones modernizadoras de las sociologías norteamericanas y de las sociologías marxistas. Prueba de ello es que hemos intentado resumir el núcleo principal de su argumentación en cada caso. Estas diferen-

cias, sin embargo, no son lo suficientemente importantes como para ocultar en ambas corrientes una impronta común. Tanto en una como en la otra, la religión pertenece al estadio de la pre-conciencia, de la pre-ilustración. En una palabra, la religión no pertenece a la modernidad. Si existe en ella, entonces nada más como obstáculo a su desarrollo o como fetiche que impide su plena realización. Partiendo de esta definición ¿que interés podría tener la sociología en estudiar la religiosidad popular en sus distintas vertientes históricas, en sus diversos componentes cúlticos, en sus sistemas simbólicos? En el caso de las sociologías norteamericanas, aunque el análisis era igualmente taxonómico, se dio al menos una referencia a un proceso social real, como fue la migración rural-urbana con el desajuste cultural consiguiente. En el caso de la sociología marxista, en cambio, ni siquiera existe esa referencia. La idea de Marx de que toda crítica real debía comenzar por una crítica a la religión, se vuelve en América Latina una caricatura. La única consideración acerca de la religión se hizo con carácter estratégico. La pregunta era ¿cómo movilizar religiosamente a las masas para implantar un modelo de desarrollo socialista? Pues bien, tanto una como otra orientación sociológica no logran comprender el significado y la importancia de la religiosidad popular, al menos, por dos razones: porque su orientación es más paradigmática que histórica y porque, desconociendo la historia real de América Latina, tenían que desconocer también la significación del catolicismo para la cultura de la región. Como hemos señalado ya anteriormente, la cultura remite siempre a sujetos concretos en circunstancias históricas concretas. La cultura no vive en el ámbito de la modelística y, como era ese justamente su nivel de atención, la sociología no llegó jamás a encontrarla y menos a caracterizarla. Tampoco podía haberse encontrado con el catolicismo y la religiosidad popular. Le faltaba la historia.

¿De dónde vino entonces el impulso revalorizador de la religiosidad popular? Ciertamente no vino de la sociología ni de las restantes ciencias sociales, las cuales, incluso en el día de hoy, no acaban de comprender los alcances de este cambio de enfoque. Como lo señaláramos anteriormente, fue la intelectualidad católica latinoamericana la que, por diversas circunstancias imposibles de referir aquí, inició este proceso revalorizador, no solo de la religiosidad popular, sino también y, a través de ella, de la cultura e historia latinoamericanas. Este proceso, que es de larga gestación, cristaliza en el periodo comprendido entre la conferencia episcopal de Medellín y la conferencia episcopal de Puebla, alcanzándose en esta última una total consolidación de la problemática. Trabajos posteriores han ido acrecentando paulatinamente la reflexión sobre el tema, de modo que ya comienza a tomar cuerpo como una verdadera corriente de renovación intelectual.

Como no nos es posible detenernos en el desarrollo de cada una de las etapas de este proceso, quisiéramos limitarnos a destacar algunos puntos que consideramos importantes en esta nueva visión y que pudieran servir como caracterización del conjunto. En primer lugar, y tal vez sea este el punto más importante desde la perspectiva de la conceptualización, se le atribuye a la cultura la capacidad de ser instancia de síntesis social, en contraposición a las ciencias sociales que desplazaron esta función al sistema social, puesto que, solo en este nivel, es posible la funcionalización de todas las conductas bajo el primado de la racionalidad formal. Afirma Puebla: "Lo esencial de la cultura está constituido por la actitud con que un pueblo afirma o niega una vinculación religiosa con Dios, por los valores o desvalores religiosos. Estos tienen que ver con el sentido último de la existencia y radican en aquella zona más profunda, donde el hombre encuentra respuesta a las preguntas básicas y definitivas que lo acosan, sea que se las proporcionen con una orientación positivamente religiosa o, por el contrario, atea. De aquí que la religión o la irreligión sean inspiradoras de todos los restantes órdenes de la cultura —familiar, económico, político, artístico, etc. — en cuanto los libera hacia lo trascendente o los encierra en su propio sentido inmanente"[8]. Prescindiendo del contenido propiamente teológico de esta definición, que no nos compete analizar aquí, destaca un concepto de cultura que, formulado desde el núcleo religioso entendido como respuesta a la problematización del límite social y humano, sitúa la vigencia del valor en un plano diferente al de la institución y, por tanto, al de la funcionalidad de las estructuras. De esta manera, se pone en cuestión el sociologismo de la modernización, a la vez que se le descubre como un caso particular de respuesta al problema del límite. El concepto de cultura es totalizador no en virtud de su mayor o menor universalismo, sino en cuanto se juega en él la relación trascendencia/ inmanencia y, por tanto, el carácter de los valores. El mundo institucional se plantea como un orden derivado que necesita encontrar su sentido en referencia a la cultura, desestimándose el principio de identidad iluminista entre el plano de los valores y el plano de la funcionalidad.

Una segunda característica de esta posición está determinada por un juicio empírico: la cultura latinoamericana tiene un "real sustrato católico". Este sustrato se constituye entre los siglos XVI y XVIII, es decir, en la época de la primera evangelización. Esta es una afirmación que requiere, naturalmente, ser demostrada en todos sus detalles, demostración que, hasta la fecha, solo se ha hecho parcialmente con la rigurosidad exigida por la ciencia. Con todo, nos parece importante

8 Cfr. Documento de Puebla N° 389.

destacar la recuperación que intenta el pensamiento católico actual de los siglos inmediatos a la conquista europea de América. Es evidente que si logró formarse un *ethos* cultural latinoamericano del encuentro entre las tradiciones europeas, indias y negras, este tiene que haberse producido en el siglo XVI y con activa participación de los misioneros católicos. Las ciencias sociales que, en razón de su paradigma modernizador, no destinaron mayor esfuerzo a la caracterización empírica de la llamada "sociedad tradicional", escasamente se interesaron por el período histórico aludido y comenzaban más bien sus análisis en el período de la constitución de los estados nacionales. Es evidente que, por este solo hecho, no podía ser comprendida la formación cultural de América Latina. La existencia de un "sustrato católico" formado en el siglo XVI tiene además otra consecuencia importante para las reflexiones sociológicas: el advenimiento de la racionalidad formal del mundo moderno se produce en un momento histórico en que América Latina ya tiene un *ethos* cultural formado y consolidado. Si la hipótesis del sustrato católico es correcta, entonces, el problema del advenimiento de la modernidad iluminista *se* transforma en el problema de cómo es recibida esta nueva racionalidad y qué "torsiones" debe sufrir para hacerse compatible con el *ethos* vigente. En otras palabras, el modelo sociológico que contrapone "sociedad tradicional" y "sociedad moderna" debe cambiar su punto de referencia: ya no es el polo moderno el que dicta la pauta de observación del polo tradicional, sino que al revés, es el polo tradicional el que dicta la pauta de observación del polo moderno. Difícilmente podría exagerarse la importancia de este cambio de perspectiva[9].

Una tercera característica interesante de destacar de esta nueva posición de la intelectualidad católica latinoamericana, directamente relacionada con la característica anterior, es la percepción de amenaza que implica el "secularismo". Por una parte, no se recurre a la identificación del secularismo con la civilización "urbano-industrial" en el sentido de que este sea un rasgo necesario o inevitable de aquella. Se firma por el contrario, que el secularismo es un rasgo que "de hecho, en su real proceso histórico" nos llega con el movimiento modernizador del siglo XIX[10]. Con ello se cuestiona explícitamente la habitual identificación de catolicismo y sociedad rural, como si este fuera inexorablemente, no solo no-moderno, sino además anti-moderno.

---

9 Con este solo cambio de perspectiva ya queda redefinido completamente el problema de la modernización latinoamericana. Pierde su carácter paradigmático y asume, en cambio, el carácter de proceso histórico que afecta a una síntesis cultural ya constituida.

10 Cfr. Documento de Puebla N° 434.

Por otra, se sostiene que el secularismo, no es solo una amenaza para la Iglesia Católica, sino que, fundamentalmente, para la cultura latinoamericana misma, puesto que ella se ha constituido sobre un sustrato católico. El secularismo es identificado como una tendencia universalizante que intenta sustituir los *ethos* culturales particulares. No intenta ser universal en razón de sus valores, sino de la ausencia de los mismos y, por esta causa, solo puede imponerse como dominación de las potencias que controlan el saber científico-técnico. El secularismo es uno de los rasgos más importantes de la dominación sobre América Latina, puesto que destruyéndose su identidad cultural, la deja confinada a una posición periférica y dependiente. Un estructuralismo vaciado de todo *ethos*, no puede lograr la constitución de un sujeto histórico y menos la liberación frente a la dominación transnacional.

La religiosidad popular latinoamericana aparece en este contexto como "el terreno no conquistado por el vencedor", es decir por el secularismo. Sin desconocer que ella pudiera jugar respecto de la estructura institucional roles legitimadores y de que se la instrumentalice también en este sentido, se afirma, sin embargo, que ella trasciende estas determinaciones puesto que no es el resultado de una definición institucional, sino que la expresión espontánea del *ethos* cultural. Así, secularismo y religiosidad popular deben entenderse conjuntamente. Mientras el primero intenta disolver la cultura en la racionalidad formal de las estructuras, la segunda, es una permanente afirmación de la primacía del *ethos* sobre cualquier tipo de racionalidad estructural. Se entiende entonces por qué el tema de la religiosidad popular haya adquirido una importancia tan grande y que desborde los límites de la descripción especializada de los mitos y rituales religiosos. La religiosidad popular nos remite ahora directamente al tema de la modernización pero abordado, esta vez, desde la perspectiva de una cultura particular que ve cernirse sobre sí la amenaza de disolver su identidad en el funcionamiento de estructuras universalistas de la reciprocidad. Las ciencias sociales no podían haber visto esta perspectiva porque tenían interrumpida su continuidad intelectual con la generación de "nacionalistas latinoamericanos" de antes del cuarenta y cinco. Restablecer esta continuidad es hoy todavía un desafío. Sin embargo, el aporte de la teología católica mediante la revalorización de la religiosidad popular permite dimensionar la profundidad de esa ruptura intelectual, puesto que replantea el tema que dio nacimiento a la sociología: la búsqueda de una síntesis social que constituya al sujeto histórico en lugar de disolverlo en el automatismo de los mecanismos estructurales.

Este replanteamiento del problema de la modernización a partir de la revalorización de la religiosidad popular ha tenido también una importante consecuencia para la interpretación histórica del mo-

dernismo. Ella ha sido la revalorización del Barroco y la revisión de su vínculo con la modernidad[11]. Como se indicó precedentemente, el pensamiento católico actual ha evitado la identificación entre el secularismo y la modernización. Reconociendo que esta identificación efectivamente se ha producido, ha señalado que ella corresponde a una situación de hecho y no a una relación intrínseca. Y, en el plano de la periodización histórica, ha asociado la secularización con la Ilustración y no con la totalidad del período histórico que habitualmente se reconoce como moderno y que se remonta al Renacimiento. Esto quiere decir que la síntesis cultural latinoamericana formada en los siglos XVI y XVII no es premoderna o antimoderna, sino que exactamente, preiluminista. Así, denuncian como uno de los rasgos ideológicos del paradigma secularizante precisamente la pretendida identidad entre modernidad e ilustración. El precio de esta tesis sería el silenciamiento del Barroco que corresponde, por añadidura, al período de la formación cultural latinoamericana. Si modernidad e Ilustración se identifican, entonces el catolicismo latinoamericano es arcaico y la secularización un proceso inevitable que terminará por arrastrar a este arcaísmo. Si, en cambio, la Ilustración y su secularismo es solo una de las variantes históricas transitadas por la modernidad, el redescubrimiento del Barroco y del *ethos* cultural latinoamericano además de ser necesario en virtud de nuestra identidad particular, es en sí mismo una posibilidad de descubrir las bases de una modernización no secularista. Por nuestra parte, quisiéramos indicar que consideramos esta tesis de enorme relevancia para el futuro de las reflexiones sociológicas acerca de la modernización y, sin adelantar juicios apresurados sobre una materia tan complicada, quisiéramos hacer notar la compatibilidad de esta tesis con la reflexión desarrollada en los capítulos precedentes (Morandé, 1984). En efecto, el principio de identidad entre el plano de los valores y el plano de las estructuras que conduce al primado de la racionalidad formal es evidentemente un principio iluminista y recién desarrolla toda su potencialidad con la aparición del mecanismo autorregulador del mercado a comienzos del siglo XIX. El análisis pormenorizado del Barroco se vuelve entonces una tarea prioritaria para la sociología, no solo en su intento por comprender el *ethos* cultural latinoamericano, sino también en su permanente esfuerzo por comprender sus raíces y el momento histórico de su propio nacimiento en Europa.

La revalorización de la religiosidad popular es para nosotros la revalorización de la problemática del sacrificio. Naturalmente, la teología no lo ha planteado de esa manera. A ella le basta saber que la re-

11 Ver Methol, 1981.

ligiosidad popular expresa la fe del pueblo latinoamericano. Desde una perspectiva puramente sociológica, sin embargo, ese argumento no es suficiente. Si la religiosidad popular ha sido un freno al desarrollo de las tendencias iluministas secularizadoras, tiene que haber tenido una concepción y práctica del sacrificio distinta a aquellas que hemos analizado como características de la modernidad construida sobre la racionalidad formal[12]. No cualquier creencia religiosa es contraria a la secularización. Y si bien el catolicismo se ha opuesto a ella por la afirmación permanente de la necesidad de sacramento, existen también en América Latina otras formas de religiosidad popular que, al menos doctrinalmente, son incompatibles con el catolicismo. De modo que si tomamos en serio y rigurosamente las mismas tesis desarrolladas por la intelectualidad católica acerca de la religiosidad popular, tendremos que caracterizar el "sustrato católico" de la cultura latinoamericana de una manera que trascienda el problema de la ortodoxia respecto a las creencias. Estamos otra vez, entonces, a las puertas del problema sacrificial y del papel del rito en nuestra síntesis cultural.

BIBLIOGRAFÍA

AAVV 1977 *Iglesia y religiosidad popular en América Latina* (Bogotá: CELAM).

Documento de Puebla N° 389.

Documento de Puebla N° 434.

Dussel, Enrique 1974 *Historia de la Iglesia en América Latina. Coloniaje y liberación (1942-1973)* (Barcelona: Nova Terra).

Hinkelammert, Franz 1972 "Fetichismo de la mercancía, del dinero y del capital. La crítica marxista de la religión" en *Cuadernos de la Realidad Nacional* (Santiago).

Hinkelammert, Franz 1977 *Las armas ideológicas de la muerte. El discernimiento de los fetiches: capitalismo y cristianismo* (San José de Costa Rica: Educa).

Matthes, Joachim 1967 *Religion und Gesellschaft. Einführung in die Religionssoziologie I* (Reinbek: Rowohlt).

Matthes, Joachim 1969 *Kirche und Gesellschaft. Einführung in die Religionsocioziologie II* (Reinbek: Rowohlt).

Methol, Alberto 1981 "El resurgimiento católico latinoamericano" en AAVV *Religión y Cultura* (Bogotá: CELAM).

Morandé, Pedro 1982 *Synkretismus und offizielles Christentum in Lateinamerika* (Munich: Fink).

12 Ver al respecto Morandé, 1982: 45 y ss.

Morandé, Pedro 1984 *Cultura y modernización en América Latina* (Santiago: Cuadernos del Instituto de Sociología Pontificia Universidad Católica de Chile).

Poblete, Renato 1969 *Sectarismo portorriqueño* (Cuernavaca: CIDOC).

Poblete, Renato 1977 "Religión de masa, religión de élite" en AAVV *Iglesia y religiosidad popular en América Latina* (Bogotá: CELAM).

Vallier, Ivan 1970 *Catholicism, social control and modernization in Latin America* (Englewood Cliffs: Prentice-Hall).

Enzo Faletto

DE LA TEORÍA DE LA DEPENDENCIA AL PROYECTO NEOLIBERAL

EL CASO CHILENO*[1]

NO DEJA DE SER UN HECHO INTERESANTE el que durante un largo tiempo se haya dejado de hablar —por parte de sociólogos, economistas, cientistas políticos, e incluso políticos *estricto sensu*— de un tema que en la década de los sesenta y setenta parecía atraer la atención de todos: *la teoría de la dependencia*. Varios hechos podrían aducirse para explicar el eclipse de tal preocupación. Por una parte, era notorio que la realidad latinoamericana imponía como urgentes otros temas. Gran parte de los países de la región —especialmente los países del Cono Sur, y por cierto entre ellos Chile— vivían la experiencia de dictaduras militares, o se sentían asediados por la posibilidad de instauración de regímenes autoritarios.

La comprensión de este fenómeno, su diferencia respecto a regímenes militares y autoritarios anteriores —que, después de todo,

* Faletto, Enzo 2008 (1998) "De la teoría de la dependencia al proyecto neoliberal: el caso chileno" en Baño, Rodrigo; Ruiz Encina, Carlos; Ruiz-Tagle, María (eds.) *Enzo Faletto. Obras completas*, Tomo I (Santiago: Universitaria) pp. 315-326..

1 Artículo originalmente publicado en 1998 en *Revista de Sociología* (Santiago: Departamento de Sociología de la Universidad de Chile) N° 13.

no habían sido poco presentes en nuestros países— obligaba a los cientistas sociales a tratar de dar cuenta de lo que estaba sucediendo. Quizás, los escritos del cientista político argentino Guillermo O'Donnell sobre el Estado burocrático autoritario fueron lo más expresivo de ese momento.

La búsqueda de salida a esas situaciones —y la experiencia concreta de recuperación de formas institucionales democráticas también— constituyó como tema de preocupación preferente para los cientistas sociales el tema de la democracia; lo que implicaba el análisis, tanto de sus posibilidades como de los límites y carencias que en los hechos se manifestaban.

Pero si la realidad imponía otras preocupaciones, en donde el tema de la dependencia parecía no ser prioritario, también se alegaban otros hechos para no considerarlo significativo; en concreto, se argumentaba que la situación mundial, y por ende la situación latinoamericana, había experimentado profundos cambios. Se vivía ahora un proceso de "globalización", cuya manifestación más evidente era la mundialización de la economía y que se expresaba además, en términos políticos y culturales. Tal globalización alcanzaba su clímax con el derrumbe del "bloque socialista", formado principalmente por los países del Este europeo y la ex Unión Soviética.

Del mismo modo, se asistía a una pérdida de importancia política de los países agrupados en el llamado "Tercer Mundo". A este profundo y significativo cambio en el panorama mundial se agregaba un nuevo fenómeno, concomitante con el anterior y que, incluso en algunas interpretaciones, se postulaba como determinante: la "gran revolución científico-tecnológica" que cambiaba los parámetros hasta entonces existentes que habían servido de base a las opciones de desarrollo económico y social. La idea de una "nueva modernización" que tenía lugar en un contexto mundial diferente, dado por la globalización en curso, llevaba a pensar a muchos que la temática de la dependencia, con sus correlatos de autonomía y soberanía nacional, carecía de toda importancia y había sido superada por los nuevos hechos. La tarea del día era "la urgente integración a la nueva modernidad".

Sin embargo, algunos cambios de actitudes parecen estar planteándose; hace algunos días, en la segunda semana de junio de este año, en la Universidad de San Pablo, en Brasil, tuvo lugar un seminario, cuyo título era: *La teoría de la dependencia. Treinta años después.* Podría pensarse que tal seminario solo tenía un carácter conmemorativo y que las reflexiones de los años sesenta y setenta —a que dio lugar el tema de la dependencia— ya solo pertenecían a la historia de las ideas. No obstante, el tono del seminario mismo fue diferente; las mayores inquietudes estaban dirigidas al momento actual y las

preocupaciones se orientaban en el sentido de la validez del tema de la dependencia en las actuales circunstancias. Por cierto, influye el hecho de que el seminario se haya realizado en Brasil; como es de todos sabido, su Presidente, Fernando Henrique Cardoso, fue uno de los connotados formuladores de esa temática y, en alguna medida, se trataba de evaluar qué correspondencia había entre sus iniciales formulaciones de los años sesenta y la política concreta que en estas materias como gobernante aplicaba. Pero, más allá de las dimensiones coyunturales, queda en pie el hecho de que, de alguna manera, la temática de la dependencia, además de ser re-evaluada, es considerada como un tipo de reflexión que, con las debidas adecuaciones, alumbra aspectos concretos de la particularidad que adquiere en los países latinoamericanos el denominado "proceso de globalización".

Como se recordará, la temática de la dependencia —en sus distintas formulaciones— se refería principalmente, al hecho de que el tipo de desarrollo económico y social de los países latinoamericanos aparecía estrechamente vinculado a las modalidades que adquirían sus formas de inserción en el proceso histórico del sistema económico capitalista mundial.

Este era un proceso histórico de larga data, en donde, distintos países en distintos momentos, habían actuado como países centrales. Es así que la vinculación se constituyó en el período colonial con España o Portugal, más tarde, principalmente durante el siglo XIX y principios del XX, con Inglaterra y, posteriormente, durante casi todo el transcurso del siglo XX, con Estados Unidos. A finales de este siglo, claramente a partir de 1970-1980, el fenómeno de las transnacionales redefinió la modalidad del desarrollo del capitalismo mundial, alterándose, por consiguiente, la forma de desarrollo y expansión del capitalismo mundial.

Pero no era solo este hecho —por lo demás evidente— lo que la temática de la dependencia destacaba. Los países latinoamericanos, superada la situación colonial, habían adquirido independencia política, pero su posición dentro de la economía mundial era subordinada a la de las economías más desarrolladas que actuaban como centro, de modo tal que, las decisiones internas, que afectaban a las modalidades de producción y de consumo local, eran tomadas en función de la dinámica de las economías centrales. A esto se agrega que no se consideraba a los grupos y clases sociales internos como esencialmente pasivos en la definición de los vínculos de dependencia, como podía ser el caso en situaciones estrictamente de carácter colonial. Por el contrario, estos actuaban constituyendo internamente las condiciones económicas y políticas que hicieran posible una modalidad específica de vinculación, en función de sus propios intereses. Por consiguiente,

detentar el poder político interno aparecía como un elemento clave para la posibilidad de definir la forma concreta que la dependencia asumía. Por otra parte, otros grupos y clases sociales pugnaban por redefinir la relación de dependencia existente, tratando algunos de superarla, otros, de modificarla a su favor. Es por esto que en torno a las modalidades de constitución de la dependencia —su permanencia, transformación o superación— tenían lugar muchos de los conflictos sociales significativos de los países latinoamericanos. Por cierto, en cada uno de ellos el proceso adquiría un rasgo particular que lo diferenciaba del resto de los países.

No obstante, admitiendo las especificidades de cada país, lo que da lugar a "situaciones concretas de dependencia", es posible discernir algunos rasgos generales. En el seminario citado, el economista brasileño Paul Singer daba cuenta de otros momentos que constituían prioridades al interior del largo proceso histórico de dependencia; momentos o períodos que se caracterizan por actitudes específicas de los grupos dirigentes latinoamericanos respecto a las modalidades de relación con los centros dinámicos de la economía capitalista mundial. Distinguía tres fases, en donde se vinculaban ciertos rasgos de la economía mundial con las orientaciones y comportamientos de los grupos de poder locales.

La primera de estas fases es la que denomina la *dependencia consentida* y está signada por el predominio de Inglaterra como nación que desempeña el papel central en la economía capitalista. Es claramente visible en el siglo XIX y se prolonga hasta la Primera Guerra Mundial de 1914. Los grupos dominantes de los países latinoamericanos se vinculan a esta economía central de la cual requieren, incluso para consolidar su unidad territorial. Es el momento de la construcción de ferrocarriles, de vías fluviales de navegación, de navegación de cabotaje, de líneas telegráficas y de desarrollo general de infraestructura; se requería una capacidad financiera de inversión de capitales y la economía inglesa estaba dispuesta a proporcionarlos. A cambio, los países latinoamericanos orientaban su producción en términos de la demanda de la economía central, y esta era, fundamentalmente, de materias primas, agrícolas, ganaderas o extractivas; por lo demás, el capital inglés controlaba la mayor parte de la comercialización de estos productos. Importa subrayar que, la idea de "progreso" de los grupos dominantes locales se fundaba en la adopción de patrones europeos en el plano económico, pero también en el plano político y cultural. La "civilización" estaba representada por ese mundo y a él había que aproximarse. Ejemplo de esto, en el plano cultural, es el famoso libro de Domingo Faustino Sarmiento; *Facundo: Civilización o barbarie* —y muchos otros de sus escritos— en donde el modelo anglosajón es un modelo siempre presente.

El momento posterior, que Paul Singer denomina de *dependencia tolerada,* se inicia después de la Primera Guerra Mundial y dura aproximadamente hasta 1980. Al interior de este período, pueden distinguirse varios subperíodos o momentos que también se particularizan en los países latinoamericanos. Para nosotros, marca la influencia decisiva de Estados Unidos, pero tienen lugar una serie de acontecimientos mundiales que constituyen nuevas opciones en los países latinoamericanos. Por una parte, el desplazamiento de Inglaterra debilita a las viejas oligarquías ligadas a ese centro; por otra, la crisis mundial de 1929 —originada en Estados Unidos— y la Segunda Guerra Mundial después, obligó a los países capitalistas más avanzados a disminuir, tanto sus importaciones como sus exportaciones. Los países dependientes encuentran, por lo general, más difíciles de colocar en el mercado mundial sus materias primas; lo que implica una carencia de divisas para importar productos manufacturados, estos a la vez son difíciles de obtener. En muchos países, la industrialización sustitutiva es casi una necesidad y, de hecho, es impulsada por nuevas coaliciones políticas que adoptan un proyecto de desarrollo nacional.

Por cierto, la dependencia no desapareció; la misma industrialización sustitutiva seguía requiriendo la importación de bienes de capital, de equipos y tecnología y de capital de inversión. No obstante, se había demostrado como posible una dinámica de crecimiento basada en el desarrollo interno que, sin abandonar la vinculación externa, permitía renegociaciones de la misma. También aquí son de interés los cambios que se produjeron en las orientaciones ideológicas. Se generó, en algunos sectores, una ideología "desarrollista" que propiciaba una intervención del Estado a través de mecanismos de planificación, como también de acción directa en sectores estrechamente vinculados al desarrollo productivo. Este período —marcado por el desarrollo del mercado interno, la industrialización y la urbanización acelerada— implicó procesos de movilización e integración económica, social y política de diferentes grupos sociales: sectores medios, sectores obreros y populares urbanos, y por último, movilización de campesinos. Por cierto, no estuvo exento de conflictos en cuanto a la definición del tipo de desarrollo al que se aspiraba, como también al tipo de sociedad que se pretendía construir. En gran medida, las dictaduras militares o los gobiernos autoritarios de los años setenta en América Latina están asociados a los conflictos señalados.

La tercera fase —que el autor citado denomina de *dependencia deseada*— es claramente visible a partir de 1980, aunque varios antecedentes se encuentran en las décadas anteriores (sesenta y setenta). Su rasgo principal está dado por el papel que desempeñan las multinacionales como ejes dinámicos de la economía capitalista mundial. En un princi-

pio predominan las empresas multinacionales de Estados Unidos; más tarde, se desarrollan —también de manera competitiva— multinacionales europeas y japonesas. Las multinacionales iniciaron un proceso de deslocalización de los grandes complejos industriales, resituándolos en distintos países en vías de desarrollo, esto les permitía bajar sus costos de producción, aprovechando condiciones de mano de obra barata. Conjuntamente, se crearon grandes centros financieros de carácter privado los que, aprovechando coyunturas —como el boom petrolero de los ochenta— acumularon capital que reinvirtieron en los países en vías de industrialización. La banca privada multinacional desplazó a los préstamos gobierno a gobierno, e incluso a los bancos intergubernamentales como el Banco Mundial, el Banco Interamericano, etcétera.

Un papel importante lo jugó el Fondo Monetario Internacional que, con apoyo del gobierno de Reagan en Estados Unidos y de Margareth Thatcher en Gran Bretaña, forzara en todas partes el abandono de las políticas keynesianas de intervención estatal en la coyuntura —pleno empleo y seguridad social— reemplazándolas por una opción neoliberal que reestableció el predominio del mercado en la asignación de recursos de las economías nacionales y propició la plena convertibilidad de las monedas y la liberalización financiera. De hecho, los gobernantes perdieron control sobre los excedentes económicos generados y sobre sus posibilidades de inversión.

La llamada "globalización" tiene lugar como el predominio de los grandes conglomerados, tanto financieros como de empresas industriales e incluso de servicios, que tienen presencia en los más diversos países del mundo. La dinámica de estos conglomerados está dada por la globalización del capital que salta más allá de las fronteras nacionales. Sin embargo, la gran mayoría de los países latinoamericanos sigue dependiendo del acceso de sus productos al mercado externo, del financiamiento exterior —que hoy asume la modalidad de inversión directa— y de una tecnología avanzada cuya creación está concentrada en los países más avanzados. Señala Paul Singer que: "la nueva dependencia del capital globalizado es 'deseada' porque es vista como un ingrediente indispensable en un mundo en que las naciones pierden significado económico y en el que imponen la libertad de iniciativa de las empresas y de los individuos".

Es en este contexto, que hemos reseñado, que ha tenido lugar el proceso al cual apunta el título de esta ponencia: *De la teoría de la dependencia al proyecto neoliberal. El caso chileno*.

Como se ha dicho, el modelo neoliberal se consolida claramente a partir de los años ochenta y coincide con el proceso de globalización de la economía capitalista bajo la égida de las denominadas multinacionales. Pero, en el caso de Chile, sus formas específicas de

consolidación, hunden sus raíces en lo ocurrido a partir del golpe militar del 11 de septiembre de 1973, aunque, claramente, su fase expansiva se inicia a partir de 1983.

La década comprendida entre 1973 y 1983 estuvo marcada por dos profundas recesiones (1974-1976 y 1981-1983). Sin embargo, en esa década se dio lugar a profundas transformaciones que, obviamente, cambiaron las formas del poder existente; pero además significaron cambios muy importantes en la estructura social, esto es, en la composición y modos de relacionamiento de las distintas clases y grupos sociales. Lo que aquí importa es que, a partir de 1983, algunos de los fundamentos del modelo neoliberal, concretamente los económicos, parecían ser incuestionados y por todas partes se aducía —y en cierta medida aún se aduce— el éxito del "modelo económico chileno". Sin embargo, no deja de ser interesante que varios de los rasgos fundamentales de ese modelo se hayan constituido en el período 1973-1983, lo que indica la significación que adquieren los momentos de crisis como momentos de reordenación económica y social.

Por lo demás, la articulación con la nueva forma de dependencia, la que Paul Singer denomina *dependencia deseada,* en donde el predominio de las multinacionales es el rasgo decisivo, empieza a tomar forma en este momento. Lo que queremos destacar es que los nuevos grupos dominantes, para hacer posible la actual relación de dependencia, debieron proceder a una profunda transformación de las relaciones sociales existentes; cambiando el tipo de articulaciones entre ellas mismas y las que establecen con los otros grupos que conforman la sociedad chilena. Además de estos hechos, es de importancia considerar los cambios en las orientaciones de conductas y actitudes de los diversos grupos sociales considerados.

Los hechos a los que aludiremos no constituyen el único factor explicativo de lo acaecido en Chile, pero ilustran la forma interna que adquiere la nueva dependencia. El período comprendido entre 1974 y 1983 es de franca desindustrialización. En ese lapso, el valor de la producción del sector industrial chileno experimentó una caída cercana al 25%, el cierre de más de 5 mil establecimientos con una pérdida de casi 150 mil empleos.

El cambio de la estructura económica y su dinámica de evolución, como también el cambio de la estructura social y de las relaciones que han tenido lugar en la sociedad chilena encuentran un factor importante de explicación en la transformación del sector industrial y sus empresarios y en el tipo de relaciones que estos establecen con otros sectores económicos y grupos sociales.

La mayor parte de la inversión realizada en el sector industrial estuvo destinada a rubros exportadores, tales como: alimentos, made-

ra y celulosa, que pasaron a constituir un núcleo de auge exportador industrial, sin embargo, se trata de procesos de elaboración intermedia de materia prima —por ejemplo harina de pescado— la que se constituye, por lo general, como insumo para posteriores elaboraciones industriales hechas en el exterior. La ventaja comparativa de estos rubros industriales exportadores constituía, principalmente, en la utilización de una mano de obra barata.

Uno de los hechos más evidentes del período post 73 ha sido la constitución de importantes "grupos económicos" a través de los cuales las actividades industriales se ligan a las actividades financieras, comerciales, agrarias o de otro tipo. Lo importante es que la actividad industrial queda subsumida al interior de un conjunto de otras actividades y los criterios directrices de su funcionamiento pasan a regirse por orientaciones de tipo financiero, en donde los elementos de especulación no estuvieron ni están ajenos. Incluso en el intenso período de quiebras de empresas industriales que tuvo lugar entre 1977 y 1982, el funcionamiento del sistema —por lo general— premió aquellas conductas empresariales que se orientaron preferentemente con criterios financieros, y a veces especulativos; en cambio, castigó a los que contrajeron deudas de corto plazo para hacer funcionar las empresas invirtiendo en activos físicos (construcciones, infraestructura, maquinaria y equipos, etcétera).

El funcionamiento del modelo de "apertura externa" significó un profundo reordenamiento dentro de los grupos industriales; el liderazgo empresarial se vinculó a los grandes grupos económicos; la industria en general muestra una fuerte subordinación al capital financiero. Los grupos económicos menos dependientes del capital financiero han encontrado una base de acumulación invirtiendo en sectores productivos como minería y agricultura; pero en ellos es significativa la importante presencia de capital transnacional. El rasgo novedoso es que conglomerados transnacionales o capitales extranjeros, de menor envergadura que los consorcios financieros norteamericanos, aparecen estrechamente asociados a los grupos locales. La inversión extranjera en el sector industrial se dirigió en los inicios, principalmente, a la compra de activos ya instalados, o en otros casos, a aumentar el capital de empresas que ya poseían. Es necesario señalar que también se ha dado un fuerte proceso de extranjerización de la banca nacional, lo que les significa una gran capacidad de control del crédito hacia las industrias. Las industrias son, además, notoriamente dependientes de tecnología externa, e incluso de ingeniería; tal es el caso de la industria más sofisticada.

Para la cabal compresión del sentido del modelo neoliberal que se implementó en Chile, conviene hacer mención al tipo de ideología

que se constituyó en el sector empresarial. Ya en el inicio —en 1974— el presidente de la Sociedad de Fomento Fabril declaraba: "Debemos adecuar a él (el modelo de economía que titulaban de 'economía social de mercado') nuestras mentalidades, la tarea más dura y más importante ha sido adecuar la mentalidad de un sector que por cuarenta años ha vivido dentro de un esquema de proteccionismo estatal".

En la conformación de esta nueva mentalidad jugó un extraordinario papel un nuevo tipo de élite tecnocrática. Su formación universitaria se dio en el ámbito de la economía o economía comercial y, en muchos casos, con una formación de posgrado en el exterior, principalmente en Estados Unidos. Sus niveles de calificación eran altos, pero a ello sumaban una fuerte ideologización que se traducía en propuestas no solo económicas sino también respecto al tipo de sociedad deseable y al sistema de relaciones sociales que debería tener vigencia. Lo interesante en el grupo a que se alude —conocidos como "Chicago boys"— es que intentaron conformar un modelo global de reorganización de la sociedad chilena. Desempeñaron funciones públicas, pero la norma fue el tránsito del sector privado al público y viceversa.

Para el conjunto de los empresarios, la "defensa de la propiedad privada", que sintieron amenazada durante el régimen de la Unidad Popular, actuó como firme base de identidad, incluso por encima de cualquier otro tipo de circunstancias. Su decidido apoyo a la dictadura militar estaba dado porque en ella percibían una "garantía política y garantía social de que su reproducción como clase propietaria estaba asegurada. Puede decirse que, los dirigentes gremiales y sus bases actuaron con una conciencia de clase muy definida y que antepusieron en general este principio de identidad global a los intereses corporativos parciales".

Es también notorio que los empresarios tendían a aceptar casi como inevitable un proceso de segmentación dual de la economía y de la sociedad. El fenómeno era visto como el precio de una modernización que, inevitablemente, dejaba a sectores rezagados; un país dualizado, en donde no todos podían incorporarse a la modernidad y aunque pareciera brutal, en palabras de un ex ministro, había personas que estaban simplemente de más. En una sociedad dualizada y en donde la diferencia entre niveles de riqueza es muy notoria, el empresariado se encontró en la necesidad de justificar la legitimidad de su riqueza. Sus ganancias, que para algunos podían parecer excesivas, eran, para él, sinónimo del cabal cumplimiento de su función social. Un ejecutivo de un grupo económico en una entrevista señalaba: "La utilidad de una empresa está indicando la aceptación que tiene en el mercado la actividad que esa empresa desarrolla, por lo tanto, y me gustaría destacar eso, la utilidad es convencimiento no solo para el

dueño, sino que para toda la comunidad". La ganancia, como el gran indicador y medida de todo, pasó, constantemente, a subrayarse; el mismo ejecutivo declara: "Yo diría que por primera vez, y con la política actual, lo que se está haciendo son cosas eficientes. En la medida en que un banco está ganando plata quiere decir, que es eficiente y que la gente que no tiene banco está valorando esa actividad, si no la estuvieran valorando, los bancos no ganarían plata".

Por último, fue muy clara una cierta actitud frente al papel del Estado. Un gerente "financiero" de una empresa señalaba: "La diferencia que existe entre una economía centralizada y una economía libre y abierta está precisamente en eso; en la economía libre y abierta, son las personas las que deciden —individualmente y en convenio con otras personas libres— que es necesario hacer, y no el Estado, porque al final el Estado son otras personas o son los funcionarios de turno los que dirían hagan esto o hagan esto otro". Por consiguiente, los elementos centrales de la ideología en este tema son: una idea de libertad, estrechamente vinculada a la capacidad de decisión personal, que puede estar asociada a "otras igualmente libres"; una visión del Estado, no como expresión de un interés general o como voluntad de una comunidad política, sino, como conjunto de "personas" y por tanto con intereses particulares e individuales que a menudo no coinciden con el interés de la "persona" o "individuo" que es el empresario. El Estado queda reducido a la idea de "funcionarios de turno" cuyo poder burocrático los lleva a decidir por los demás e incluso contra los demás. Cuando se acepta la acción del Estado se pretende que actúe como vehículo de los propósitos empresariales. En cierta oportunidad, un empresario señalaba: "Creo que imaginación es lo que se necesita y creo que los industriales tenemos la obligación de ayudar a la imaginación gubernativa, que no siempre es rápida y dinámica. Y creo que las mejores ideas salen del sector privado, del sector empresarial, de manera que creo indispensable que nosotros pensemos en esto, pensemos en proporcionar mecanismos que sean viables y que lleven a soluciones positivas y económicas".

Debe también destacarse el hecho de que el empresariado logró establecer una clara situación de dominio sobre los sectores obreros. En el primer decenio (1970-1980) del período que consideramos se produjo —como ya se señaló— una fuerte reducción de la clase obrera industrial, en ese lapso, alrededor de 103.000 trabajadores manuales, ubicados en la categoría de asalariados, debieron desplazarse al empleo independiente o a la desocupación abierta. Se produjo además, una caída general del nivel de remuneraciones dentro del sector obrero y se aumentaron las diferencias al interior de las mismas, tanto por diferencias entre ramas industriales como entre industrias de la mis-

ma rama. Las garantías en el empleo también se vieron afectadas por una nueva legislación laboral; fueron muy pocas las garantías que los obreros conservaron frente a la paralización de faenas por parte de las empresas. La negociación colectiva también se vio afectada, pasó a ser función del sindicato de empresa, no pudiendo intervenir como parte en ella ni las federaciones ni las confederaciones sindicales. Ciertas materias expresamente no podían ser parte de la negociación colectiva, como las que podrían limitar la facultad del empleador para organizar, dirigir y administrar la empresa; con lo cual se consignaba, al interior de la empresa, el que los trabajadores cumplieran una función totalmente subordinada. Tampoco podía ser materia de negociación colectiva lo que pudiera significar restricciones al uso de la mano de obra o insumos, por ejemplo, lo que se refería a la contratación de trabajadores no sindicalizados y aprendices.

El conjunto de la situación en que se encontraba el movimiento sindical —en donde por cierto, la represión política de la dictadura militar era un elemento determinante— hizo que primara como conducta, en los propios sindicatos y en el conjunto de los obreros, una orientación de defensa, tanto del puesto de trabajo como de los pocos derechos que acá se reconocían. Era muy difícil —salvo en momentos especiales como "las protestas" de los años 1983 y 1984—implementar una política de reivindicaciones globales que significara una capacidad de incidir en la sociedad como movimiento social organizado. Por otra parte, se trató de disminuir al máximo las relaciones entre sindicatos y Estado, constituyendo como ámbito de negociación la relación directa entre empresarios y sindicatos y como lugar de negociación colectiva la empresa, de modo que no tuvieran lugar las negociaciones globales.

Probablemente uno de los elementos de mayor visibilidad, en términos de "modernización" logrados por el modelo neoliberal, es lo que sucedió con la estructura agraria. Se constituyó una economía agraria de corte empresarial y capitalista que, en algunos rubros significativos, aparece estrechamente ligada a la economía de exportación. Junto a ese sector, del cual se tendía a destacar los éxitos, existe un importante contingente campesino, con un tamaño de propiedad reducida, cuya producción se dirige, principalmente, a satisfacer las propias necesidades de sobrevivencia y que solo en el caso de tener excedentes comerciales se orientan a la dinámica del mercado interno. Sin embargo, es de destacar que el porcentaje de la población rural —con respecto a la población total— ha ido reduciéndose paulatinamente; en 1960, ese porcentaje era del 34,7%; en 1970 había descendido al 26,2%; en 1982 era de 19,0%. No obstante, el número absoluto de personas en el campo es relativamente estable (alrededor de 2 millones 150 mil personas).

Dado que, en Chile, la economía agrícola tiene una limitada capacidad de expansión, en términos de fronteras agrícolas, y una población que se mantiene numéricamente estable, lo significativo son sus cambios internos, como los procesos de reforma agraria anteriores a 1973 y las transformaciones posteriores a esa fecha. La política emprendida, a partir de 1973, tuvo como explícita finalidad modificar la situación del agro creada por el proceso de la reforma y, muy concretamente, la propiedad privada en el agro. Se procedió a la devolución de predios expropiados, a la parcelación de aquellos que se explotaban colectivamente; a constituir una mayor fluidez en el mercado de tierras, lo que incidió en que el sector al que se le habían asignado parcelas vendieran estas, en parte o totalmente, a propietarios mayores u otro tipo de compradores. En 1979, la totalidad de tierras expropiadas durante la reforma agraria habían sido reasignadas o restituidas y, en algunos casos, transferidas o rematadas. El resultado fue un aumento significativo del número de empresarios agrícolas, que casi duplicaron su número respecto al momento de la reforma agraria; pero, a la vez, se dio una significativa disminución —casi un tercio— del número de asalariados agrícolas.

La economía capitalista que se formó en el campo se expresa en la constitución de complejos agroindustriales, en los que se observa: una intensificación en el uso de los recursos; una tendencia a la integración de los procesos productivos y un proceso de concentración, tanto de la tierra como de las propias agroindustrias. El sector exportador y las empresas agroindustriales han cambiado el paisaje rural tradicional; son comunes la existencia de aserraderos, fábricas de cajas, frigoríficos, plantas de embalajes, etc. La dirección de la actividad agrícola adquiere dimensiones empresariales que antes no eran comunes. La actividad agropecuaria se ha transformado en un negocio al cual no son ajenos grupos económicos que incorporaron la agricultura como una más de sus actividades. En el caso de las empresas forestales, estas están fuertemente concentradas en pocas manos y las más significativas aparecen ligadas a importantes grupos económicos, e incluso multinacionales.

Las empresas frutícolas fueron, a menudo, señaladas como ejemplo de empresa exitosa en el agro chileno. Se expandieron a través de inversiones agroindustriales, bodegas de frío, plantas embaladoras, etc. Respecto a su capacidad de proporcionar empleo, utilizan una gran cantidad de mano de obra por hectárea, pero el empleo es fuertemente estacional; el mes de máximo empleo supera veinte veces al de mínimo.

Como se ha dicho, gran parte de este sector capitalista de la economía agrícola se ligó con la exportación, para ello el Estado lo ha

apoyado con acciones tales como apertura de mercados, créditos para exportar, bonificaciones a la producción, etcétera.

Si bien, en algunos casos, podrían existir discrepancias entre los empresarios agrícolas, respecto al modelo económico en boga, dado que, en cierta medida, desprotegió a los empresarios, cuyo tipo de producción no encontraba salida en el mercado externo durante la instauración del modelo neoliberal y durante todo el régimen militar existía entre ellos un fuerte consenso en todo lo que se refería a la seguridad en la propiedad de la tierra y al control virtual y congelamiento del movimiento campesino.

Junto a la formación de esta economía empresarial, existe una economía de tipo campesino, basada en la explotación del trabajo familiar, cultivando predios pequeños, con una economía de sobrevivencia y reducidos excedentes comerciales. Hay una economía campesina tradicional, que ha permanecido como tal, muchas veces ligada a campesinos indígenas, como las del Norte Grande o las de la zona de la Araucanía. Pero también surgió un nuevo campesinado, producto de la asignación de tierras a propietarios individuales, que provenían de la reconversión de la anterior reforma agraria. A menudo, los que recibieron estas parcelas encontraron fuertes dificultades para la explotación comercial de las mismas, debiendo vender parte de ellas y cultivar en términos de subsistencia lo que les restaba.

Respecto al asalariado agrícola, durante un largo período el movimiento sindical campesino fue congelado e incluso hoy sus posibilidades de expresión son muy escasas. La tendencia empresarial ha sido la de disminuir el número de trabajadores permanentes y aumentar la contratación de trabajadores ocasionales; esta tendencia se refuerza por el cambio en el tipo de producción y actividad agrícola a la que se hacía mención más arriba. En las empresas forestales, por ejemplo, el reclutamiento de mano de obra se hace a través del sistema de "contratistas"; son estos los que pactan condiciones con la empresa en términos de tareas a cumplir y después reclutan mano de obra para la ejecución de las mismas. De este modo, no existe relación laboral directa del obrero con la empresa y esta, por lo general, no asume responsabilidades respecto a los trabajadores.

Como se ha visto, la estructura económica y, por ende, la estructura social chilena, ha sufrido profundos cambios con la aplicación del modelo neoliberal que hizo posible el establecimiento de una nueva forma de dependencia, la que tiene lugar con el denominado proceso de globalización y predominio mundial de las multinacionales en lo económico. Junto al proceso de transformación estructural que se bosquejó, se han producido cambios en las conductas de los grupos sociales, algunos de los cuales ya se han señalado.

Conviene, no obstante, referirse de modo especial a los sectores medios debido al importante papel social, político, cultural e incluso económico que desempeñaron durante un largo período de la historia del país. Es tal su significado que el período 1938-1973 ha sido bautizado por algunos como el período "mesocrático". Hoy día, su visibilidad respecto a los campos mencionados es mucho menor. En ello influyen las transformaciones apuntadas; los cambios en el sistema político y la pérdida de significado de las instituciones a las cuales se encontraban ligados, principalmente, instituciones de carácter estatal o el aparato burocrático del Estado, que era una de sus fuentes principales de empleo.

En la actual sociedad chilena, los grupos sociales altos son los que han adquirido mayor preponderancia, en todo sentido. Son vistos como determinantes en el conjunto de la sociedad, esto hace posible que tales grupos ejerzan una influencia ideológica mayor, lo cual incide en los sectores medios que tienden a adoptarla. Por otra parte, instituciones como la universidad estatal; el sistema de enseñanza media pública; instituciones estatales a las que se adjudicaba un papel clave en el desarrollo de la nación —por ejemplo, la Corporación de Fomento (CORFO), algunas empresas públicas (ENAP, ENDESA, etc.)— que, además de su función específica, daban origen a un cuerpo de valores con los cuales los sectores medios se habían identificado, perdieron importancia debido a la política de privatización y, por consiguiente, no constituyen elementos de identidad para los sectores medios. De hecho, los elementos que constituyen el prestigio social tienden a ser definidos por los sectores altos y gran parte de los sectores medios —por ausencia de elementos propios— se identifica con ellos.

Hasta 1973, aproximadamente, el "tipo ideal" de la clase media estaba conformado por aquel personaje que de algún modo estaba ligado al Estado. El empleo público en sus varias modalidades significaba, como referencia, un sistema estable y de algún modo, la "carrera funcionaria" aseguraba un horizonte de vida; la estabilidad era un componente importante en las demandas y aspiraciones de estos grupos. Su gran mecanismo de movilidad lo había constituido el acceso a la educación formal; el grado o título aseguraba, a través del mecanismo del concurso, la asignación de puestos y establecía las diferencias de estratificación. Los mejoramientos o ventajas posibles de adquirir estaban, por lo general, asociados a la capacidad de reivindicación colectiva a través de organizaciones —sindicales u otras— que privilegiaban los logros del conjunto de los asociados por sobre el logro individual.

Por consiguiente, la disminución de la importancia del Estado tradicional ha significado para los sectores medios, además de la pérdida de una fuente de empleo, el cambio de un sistema de referencias

que había dado lugar a la conformación de patrones de conducta. El Estado, además, por largos años había jugado un papel preponderante en la promoción del proceso de modernización de la sociedad, tanto en el ámbito económico como en el social y cultural; al perder significación, los sectores medios que aparecían vinculados a él, difícilmente podían sentirse protagonistas de un proceso como, en cierta medida, se habían sentido en momentos anteriores.

La contrapartida del proceso descrito está dada por el crecimiento de ocupaciones propias de los sectores medios en instituciones privadas, tales como bancos y financieras y, obviamente, por la proliferación de estas instituciones que, de alguna manera, se transformaron en el símbolo del proceso. El papel que antes desempeñaba el Estado, como promotor de la modernización, era desplazado por el dinamismo de bancos y financieras, incluso extranjeros. El mundo de referencia de los sectores medios cambió y su ideología es mucho más permeable a los valores de quienes ahora aparecen como símbolos del prestigio y del poder. Incluso en los grupos profesionales más próximos a las funciones directivas se ha desarrollado una ideología favorable a un nuevo tipo de relaciones sociales que enfatiza la competencia individual y "las dotes personales" como factores de éxito y de movilidad social.

Es necesaria una referencia, un poco más extensa, a los cambios en el sistema educacional y su impacto en la conducta de los sectores medios que, como se dijo, identificaban el acceso a la educación como un factor de movilidad social y como elemento de constitución de identidad. En el sistema universitario han proliferado las universidades privadas, pero en el conjunto de ellas se introdujeron criterios que privilegian el desarrollo de mecanismos de autofinanciamiento y estilos de conducta orientados a un fuerte "profesionalismo" y practicidad en desmedro de otros propósitos tradicionales de la actividad universitaria. La privatización de gran parte de la enseñanza universitaria y media; el arancelamiento de la totalidad del sistema universitario, en donde prácticamente no hay diferencia de valor entre universidades públicas y privadas; la baja calidad de la enseñanza media pública —que casi obliga a optar por la privada— no solo significa, para los sectores medios, que el sistema tiene un costo mayor, sino que, además, la relación que establece con la enseñanza la torna necesariamente más instrumental en términos inmediatos; es una inversión que se espera reditúe en los mismos términos, dado que el costo monetario pasa a ser una parte importante de la valorización de la misma. Los sistemas educacionales se transformaron en los lugares en donde se adquieren las destrezas que habilitan para incorporarse a un mundo definido y dominado por otros.

Un hecho de importancia puede ser el que se deriva de una toma de conciencia, por parte de los sectores medios, de la detención de la movilidad social. Esto ha podido traducirse en un cierto temor frente a la demanda de sectores ubicados en posiciones menos privilegiadas de la escala social; puesto que en un sistema de estratificación rígido las demandas de un grupo pueden constituirse en pérdida para otros. En sistemas más rígidos de movilidad social, las posiciones alcanzadas tienden a considerarse como "privilegios" que es necesario defender, aumentándose así, un cierto conservadurismo social, en especial respecto a los sectores vistos como "inferiores".

Es necesario, por último, hacer alguna referencia al fenómeno de la marginalidad en el modelo neoliberal. Obviamente, la marginalidad no es solo un hecho económico. La implementación del modelo significó una fuerte des-salarización y dio origen a que un gran número de personas no participaran del mercado laboral formal, las que, en su mayoría, residen en las denominadas "poblaciones" en donde, en algunas de ellas, el porcentaje de desocupados o de trabajadores informales alcanza cifras considerables. Muchas de las poblaciones son clasificables en condiciones de extrema pobreza y se vive en situaciones de extrema precariedad. Aunque en ellas se originan una variedad de organizaciones, estas a menudo tienen escasa estabilidad. Un dirigente poblacional señalaba: "En las poblaciones la gente se organiza para obtener algo, y después la organización desaparece. Si se trata de obtener un pilón de agua, una vez que se obtiene se acabó la organización". No obstante, la similitud de su desmedrada situación económica y social y el hecho de la contigüidad espacial —a la que están forzados— los obliga a una convivencia colectiva, constituyéndose una especie de "cotidianidad comunal" casi inevitable para la mayoría de los miembros de la población. Los pobladores aspiran a alcanzar, aunque sea a un nivel mínimo, cierta integración a la sociedad, pretenden resistir la desorganización social y la pauperización. Tratan de no ser condenados a permanecer, como grupo social, en situación de marginalidad y degradación progresiva.

Se ha querido mostrar, a lo largo de este escrito, cómo el modelo neoliberal que se conformó en Chile, principalmente entre los años 1973 y 1990, se vincula con una nueva forma de dependencia, signada por un capitalismo globalizado y con fuerte predominio de las multinacionales, y se ha tratado de señalar cuáles son las transformaciones económicas y sociales internas que se derivan de la nueva articulación dependiente, que a la vez no son solo resultado de la misma sino que además se conformaron para hacerla posible.

Hugo Zemelman

DE LA HISTORIA A LA POLÍTICA: LA EXPERIENCIA DE AMÉRICA LATINA

EN TORNO DEL PENSAR HISTÓRICO*

NO ES FÁCIL ENCONTRAR UN ANÁLISIS con estructura académica cuya inspiración sea un fuerte compromiso con la historia del pueblo. Es el caso de René Zavaleta que se cuenta entre estos intelectuales que dignifican a la inteligencia latinoamericana[1].

Tratar de pensar la historia tiene repercusiones en la forma de organizar el análisis y en el lenguaje que se utilice. Es así como las argumentaciones siempre están redondeadas por construcciones metafóricas, las cuales cumplen la función de aprehender la realidad como síntesis y a la vez en toda su apertura. Por eso es que permiten vislumbrar horizontes sugerentes para estimular la reflexión y la búsqueda.

El trabajo de Zavaleta constituye un ejemplo de investigación acuciosa y profunda dentro de este entorno, lo que impulsa al autor a forjar categorías de análisis que nada tienen en común con aquellas sacadas a fuerza de cuerpos conceptuales adocenados.

* Zemelman, Hugo 2007 (1989) "En torno del pensar histórico" y "A manera de recapitulación" en De la historia a la política: la experiencia de América Latina (México: Siglo XXI) pp. 177-190.

1 Hemos tomado como base de referencia para estas reflexiones dos trabajos de René Zavaleta, 1983a y 1983b.

Nunca se aprecia en él la sequedad sin gracia de esas proposiciones que para justificar su fundamentación se empobrecen hasta lo obvio. Mezcla de teoría e intuición, imaginación y sistematicidad de un pensar histórico que nunca puede reducirse al simple conocimiento de la historia, posee una profunda vivencia histórica que le sirve de sustento a su pensamiento. Es el trasfondo vital de su compenetración con la abigarrada realidad de Bolivia el que cristaliza en la coherencia de sus planteamientos históricos. De ahí que sus análisis respondan a una visión de Bolivia como historia, pues nunca se aprecia en él como punto de partida una idea suelta, una hipótesis fragmentaria a un a priori. Es siempre Bolivia como experiencia la que imprime a sus análisis una originalidad y frescura que merecen atención como un modo particular de construir el conocimiento.

Hay en el autor verdad y utopía, rigor y voluntad de lucha, objetividad y proyecto. De manera intuitiva armoniza esas dimensiones del conocimiento social aparentemente contradictorias: en este sentido Zavaleta nos parece un estudioso que no está tan preocupado de las teorizaciones como de la historicidad de sus aseveraciones. Por eso es que, consecuentes con la afirmación de que representa al tipo de intelectual que trabaja en la perspectiva de un compromiso político, pensamos que sus análisis constituyen intentos por captar una realidad en su compleja concreción histórica para poder definir, a partir de ella, las opciones de desarrollo que se contienen en un momento de la historia. De ahí también que se justifique hacer una reflexión en torno de los problemas que se suscitan cuando se quiere construir un conocimiento que cumpla esta función.

Para estos efectos definimos algunos criterios que nos permitan caracterizar tentativamente a este tipo de conocimiento y poder confrontarlos con los esfuerzos de nuestro ensayista.

- Primer criterio: el conocimiento que se construya en el marco de un compromiso político está orientado a aceptar a la historia como construcción de los distintos sujetos sociales, los cuales pueden o no reconocer explícitamente proyectos de sociedad.
- Segundo criterio: en un conocimiento de esta naturaleza la reflexión teórica queda subordinada a la necesidad de hacer un reconocimiento de horizontes históricos, lo que significa que los temas de la realidad susceptibles de analizarse se muestran como dominios de praxis posibles.
- Tercer criterio: la realidad se piensa en función de una exigencia de viabilidad de proyectos antes que desde la perspectiva definida por la exigencia de correspondencia.

PRIMER CRITERIO: LA HISTORIA COMO CONSTRUCCIÓN DE LOS SUJETOS SOCIALES

Lo primero que salta a la vista en Zavaleta es la caracterización del objeto mediante el cual se da cuenta de la dinámica de los procesos históricos, dinámica que al estar compuesta por las prácticas de los sujetos plantea la transformación de la acción en la base para las apropiación racional de la realidad. Estas fuerzas son captadas en momentos y espacios determinados, aunque siempre en una situación de presente por ser la propia de la praxis. "La democracia representativa no expresa aquí sino circunstancias o islas de voluntad social". Pero además está presente la necesidad de ver a la objetividad real como articulación no reducible a la cuantificación de factores; más bien, es vista desde sus momentos de constitución, en los que se manifiesta la dinámica articulada de sus elementos componentes (v. gr., poder y sociedad). De ahí la importancia del concepto de crisis que no hace más que expresar cierta regulación establecida entre las fuerzas sociales. La política, en consecuencia, deviene en la constitución del espado de regulación entre fuerzas.

El énfasis puesto en los momentos de constitución de la realidad social impide que el objeto esté dado, por lo que no tiene referencias empíricas confiables. La realidad, al impedir su captación como "revelación cognitiva empírico-cotejable" (Zavaleta, 1983a: 17), exige una "asunción sintética de conocimiento" (ídem: 17). Lo que significa una aprehensión de lo concreto mediada por la articulación de sus elementos componentes, los que conforman a un todo social heterogéneo que se muestra, precisamente, en sus momentos de constitución o de crisis.

La realidad que analiza Zavaleta es compleja en su concreción histórica, ya que "en ella no solo se han superpuesto las épocas económicas", dando lugar a verdaderas "densidades temporales" (v. gr., el propio de la agricultura andina o el del epicentro potosino), sino que, además, se han articulado con el particularismo de cada región ya que "aquí cada valle es una patria, un compuesto en el que cada pueblo viste, canta, come y produce de un modo particular y hablan lenguas y acentos diferentes" (ídem: 17).

De lo anterior se desprende que "la crisis es la forma clásica de la revelación o reconocimiento de la realidad del todo social", por lo que no se puede más que concluir en la idea de "la crisis como método" (ídem: 17).

Pero la idea de la articulación compleja, tanto en densidades temporales como en creación de espacios, está referida a una realidad subyacente que no puede agotarse en sus manifestaciones empíricas, manifestaciones que darían lugar a aquello que Zavaleta llama la "dis-

persión condenada a la dispersión". De allí que se deba recurrir a un "fondo histórico" que articule a lo disperso, en forma de poder dar cuenta de "esa entidad social que es una realidad enigmática" (ídem: 18), fondo histórico constituido de "mercados, épocas, latitudes, hablas, rostros" y que sirve de basamento a las prácticas a través de las cuales se expresan y se reconocen los diferentes actores sociales.

Ahora bien, cuando el análisis está centrado en la articulación de lo heterogéneo del espacio nacional, debe complementarse con el otro parámetro fundamental; mediante la inclusión de la complejidad que se deriva del "tiempo de los factores" que "no actúa de un modo continuo y confluyente sino en su manifestación crítica" (ídem: 19). En efecto, "la producción comunaria o parcelaria en la Bolivia alta, por ejemplo, es distinta en su premisa temporal agrícola a la oriental no solo por el número de cosechas y las consecuencias organizativas del trabajo del suelo, sino también a la minera, que es la supeditación o subsunción formal en acción" (ídem: 19).

De lo antes expuesto se desprende que en el planteamiento del objeto surge la necesidad de ahondar en su especificidad, mediante el esfuerzo de detectar el elemento que unifica a esta heterogeneidad de espacios y de tiempos, en forma de determinar el modo concreto de construcción de la realidad. Este elemento que unifica es la política concebida como la crisis generadora de formas sociales que incluyan a todos los espacios y tiempos con sus especificidades. "El único tiempo común a todas estas formas es la crisis general que las cubre o sea la política. La crisis por tanto no solo revela lo que hay de nacional en Bolivia sino que es en sí misma un acontecimiento nacionalizador: los tiempos diversos se alteran con su irrupción" (ídem: 19).

La política es la actividad que al moldear una articulación entre los procesos incide en los contenidos particulares de cada uno de estos. "Tú perteneces a un modo de producción y yo a otro pero ni tú ni yo somos los mismos después de la batalla de Nanawa; Nanawa es lo que hay de común entre tú y yo".

La dificultad de un conocimiento "empírico-cotejable" de la realidad política y su reemplazo por una "asunción sintética" del mismo conduce a la formulación del "conocimiento crítico de la sociedad" (centrado en sus momentos constitutivos), el cual no es más que "reflejo de la manera en que ocurren las cosas"; planteamiento que, en la medida en que enfatiza la necesidad de reconocer un horizonte histórico ("el fondo histórico"), implica subordinar la reflexión teórica a este reconocimiento, lo que es congruente con la exigencia dialéctica de que sea "la naturaleza de la materia la que determine la índole de su conocimiento" (ídem: 19). Este argumento se vincula claramente con la cautela de que los conceptos tengan especificidad histórica, lo

que no siempre ocurre si tomamos en cuenta las veces en que se incurre en el dogmatismo asociado con la "pretensión de una gramática universal aplicable a formaciones diversas".

La especificidad de los conceptos requiere que se haga en términos de contextos, esto es, incorporando al análisis del objeto elementos que no aparecen en una relación directa con el mismo. El análisis político requiere efectivamente la inclusión de factores situados en diferentes niveles, tanto de aquellos que consideramos estructurales o tendenciales como de los de tiempo corto o coyunturales. Desde los hábitos y mitos sin los cuales "es poco lo que se puede avanzar en el análisis político" (ídem: 15), hasta los factores de equilibrio o desequilibrio entre fuerzas que sean de naturaleza coyuntural, como podría ser la presencia o desaparición de un líder.

La contextualización del objeto de análisis obliga a examinar su dinámica interna. Lo hace Zavaleta con la democracia representativa. "La confrontación carismática, la enunciación patrimonial del poder y su discurso regional" (ídem: 15) son sus modos de concreción más posibles, es decir, que al especificar el contenido de la democracia puede reconocer mejor su viabilidad para llegar a afianzarla, toda vez que "la forma abigarrada y desigual de la sociedad impide en gran medida la eficacia de la democracia representativa como cuantificación de la voluntad política".

Contrastando a los procesos con su fondo histórico, este es un tipo de análisis donde lo central es la posibilidad de actuar, por lo que no puede dejar de estar asociado con un concepto de realidad que incorpore la presencia de los sujetos sociales. Cualquier fenómeno, digamos el régimen político, no puede ser analizado prescindiendo del hecho de que la realidad es el producto de las prácticas de los sujetos. Por ejemplo, pudiendo no haber condiciones para que se imponga la democracia representativa como sistema político real y estable, se la rescata "como un ideal de las masas" (ídem: 42) que tiende a imponerse. Entre la democracia social y la democracia representativa media "la democracia considerada como autodeterminación de la masa, es decir, como la capacidad actual de dar contenido político a lo que haya de democracia social y de poner en movimiento el espacio que concede la democracia representativa" (ídem: 42).

La importancia de la dimensión del proyecto en la aprehensión de los fenómenos sociales reside en la posibilidad de transformar a estos en objetos de prácticas sociales, pero, a la vez, en convertir a la práctica en un dominio nuevo que permita profundizar en la complejidad de la dinámica social rescatando una perspectiva constructora de la realidad. Es por ello por lo que "un país puede tener un grado relativo de democracia social y tener instituciones demorrepresentativas y sin

embargo carecer del impulso democrático de la autodeterminación". Por ser la historia el producto de actores sociales que obliga a ampliar la visión de la realidad en una visión que incorpore a los dinamismos estructurados del proceso histórico, lo que se acompaña de la necesidad de un recorte de observación adecuado para dar cuenta de los sujetos detentadores de proyectos.

En efecto, la incorporación de la dimensión del proyecto en los análisis de la dinámica social nos coloca ante la posibilidad de reconocer opciones de construcción histórica. De ahí que cuando la "burguesía no cree en la democracia debido a su fracaso en ella y prefiere la vía más céntrica del golpe de Estado" (ídem: 44), produce como resultado una articulación fundada en un proyecto burgués que, al suprimir el ámbito democrático, "impide la enunciación de la sociedad civil" determinando que el poder "domine a ciegas porque no dispone de esa lectura", creando de esta manera las condiciones para que la "inestabilidad política sea inevitable".

Esta articulación se caracteriza por una disociación del poder respecto de la sociedad civil, lo que tiene consecuencias sobre el desenvolvimiento de las clases. Favorece en estos proyectos que no buscan ningún entronque entre sociedad civil y poder político, como es lo que ocurre cuando se fortalecen formas de expresión en la sociedad civil que sean ajenas al poder. "Aquellos que no podían votar su descontento lo dicen en el motín o en los descontentos de la economía moral de la multitud" (ídem: 44).

SEGUNDO CRITERIO: LA REFLEXIÓN TEÓRICA QUEDA SUBORDINADA A LA NECESIDAD DE RECONOCER HORIZONTES HISTÓRICOS

Plantear un concepto de la realidad que permita que sus mecanismos puedan ser objeto de una investigación concreta significa asumir la perspectiva de la constitución de los sujetos. En Zavaleta, la idea de la centralidad de la clase obrera es un ejemplo de lo que decimos. "En pocos lugares en el mundo es tan acabada la centralidad obrera como en la implantación de lo nacional popular en Bolivia" (Zavaleta, 1983b: 222). Sin embargo la perspectiva de la centralidad exige abrirse a la construcción histórica, pues "exista o no la 'centralidad' como un factum […] ella debe ser no obstante constituida" (ídem: 225) sobre la base del "vasto background precapitalista sobre el núcleo de trabajadores productivos capitalistas". Lo anterior significa incluir en el análisis de los sujetos todo el horizonte histórico en que tiene lugar la maduración de aquellos, como lo es el background precapitalista que trasciende al hecho mismo del actor social, pero que contribuye a especificar históricamente su naturaleza.

Por ejemplo, cuando el "tamaño demográfico" del sujeto es reducido (que es lo que ocurre en contextos de aislamiento como los enclaves mineros), en virtud de una suerte de dialéctica frente a la debilidad demográfica se desatan contrapesos ideológicos de manera que la densidad de masa del sujeto es compensada por la presencia de un proyecto ideológico-político, como en el caso de los mineros bolivianos. En este contexto interesa la preocupación por no reducir al sujeto a una categoría analítica predefinida, planteándose el desafío de buscar la categoría que sea capaz de dar cuenta de la especificidad del actor social; esto es, de compatibilizar escaso número y aislamiento con la capacidad de determinación en extensa medida de los acontecimientos nacionales. Es interesante constatar que en esta búsqueda Zavaleta recurra a un razonamiento que parte por caracterizar un horizonte histórico en que tienen lugar tanto las clases como los estratos no clasistas. Este contexto histórico se puede caracterizar ya sea por las estructuras productivas que coexistan, como por el tipo de familias que subsisten, etc., pero donde, además, la clase es concebida como una situación problemática y no como "un objeto lógico formal" (Zavaleta, 1983b: 225); es decir como un ángulo para el análisis de las fuerzas existentes antes que partir reduciendo las fuerzas a la clase.

Algunas fuerzas pueden ser encuadradas como clases mientras que otras no. En todo caso en el análisis se incluyen elementos provenientes de niveles diferentes de la realidad como son las relaciones de producción, la estructura de la familia o la articulación entre ideología precapitalista y las condiciones de trabajo productivo capitalista. En este sentido cabe recordar la discusión sobre la radicalidad del minero boliviano: si se expresa en ella un grado de conciencia política o un cierto fatalismo religioso, o bien ambas cosas.

La subordinación de la categoría de clase a un contexto histórico, conformado por múltiples dimensiones, enriquece el análisis toda vez que permite descubrir concretamente la dinámica real mediante nuevos conceptos, en vez de reducirse a una simple aplicación de la categoría y llegar a descubrir lo que ya ha sido postulado. El concepto de "irradiación", acuñado por Zavaleta para dar cuenta de la capacidad de una fuerza social para constituir una unidad homogénica, que sea capaz de influir mucho más allá de su contorno inmediato, es un ejemplo de esta creación teórica en que pensamos (ídem: 225), concepto que no puede entenderse sin aquel otro de la "insistencia estructural" (ídem: 224) que sirve para explicar cierto tipo de constitución del sujeto social.

Efectivamente, es cualitativamente distinta la constitución de sujetos por acoplamiento de grupos de diferente procedencia (v. gr., por migraciones o desplazamientos entre sectores económicos), que

si obedece a la lógica de "hijos de proletarios, obreros de extracción obrera, obreros hereditarios" (ídem: 224), todo lo cual apunta a cómo la clase es una situación de condensación social que resulta de factores históricos acumulativos, de una densidad de masa en igualdad de condiciones estructurales, o de una identificación con un proyecto mediante el cual se trasciende como grupo, a la vez que se constituye como actor con capacidad de irradiación en lo nacional.

Se puede apreciar que el análisis de los sujetos sociales y de su constitución obliga a desplegar una visión histórica amplia antes que limitarse a la aplicación de estructuras categoriales que, por ricas que sean, cuando no se les utiliza con cautela por mantener su historicidad, llevan a formalismos conceptuales. Los conceptos de "irradiación" y de "insistencia estructural" ilustran acerca de un razonamiento que pretende permanecer abierto a las exigencias de especificidad histórica.

Ahora bien, centrar la discusión en torno de la constitución de los sujetos y de sus proyectos, nos remite a la construcción de la política. Entendemos por ello el modo como se pueden acoplar los procesos posibles de cierto desarrollo estructural acumulativo con la capacidad social para reactuar sobre aquellos, de manera de poder moldearlos según una direccionalidad determinada; por ejemplo, transformar al proletariado minero, resultante del desarrollo capitalista de las minas, en un actor que entre a desenvolverse en función de un modelo de sociedad nacional (como lo sostenían las Tesis de Pulacayo: un gobierno obrero que tuviera como "eje de alianza obrero-campesina", correspondiéndole al primero el "papel dirigente").

El acoplamiento en que consiste la construcción de la política reconoce necesariamente, como trasfondo histórico, el modo como se da la producción y reproducción del poder que, a su vez, estará condicionado por la naturaleza de los mecanismos por medio de los cuales se ha establecido la regulación entre las fuerzas sociales.

La regulación entre las fuerzas sociales es el campo donde el poder se especifica, ya que no es más que un mecanismo de regulación de las relaciones entre fuerzas; de ahí que antes de forjar opiniones sobre la naturaleza de los mecanismos de producción y reproducción del poder tengamos que penetrar en el trasfondo histórico en que el poder como mecanismo de regulación se contextualiza.

En esta dirección hablar de democracia representativa en Bolivia sin atender al "contrato de constitución del poder o pacto de acatamiento" (Zavaleta, 1983a: 14) (que se refiere a la forma de regulación entre las fuerzas) carece de sentido, porque no estaríamos atendiendo a la articulación entre las manifestaciones "democráticas del poder y la determinación real del poder", y, por lo tanto, no estaríamos comprendiendo la producción y reproducción del poder en lo

que este tiene de históricamente específico. Este trasfondo histórico, siendo el contexto que predomina sobre el estudio de cada una de las fuerzas y de sus manifestaciones empíricas, cumple la función de contribuir a delimitar el contenido concreto que asume la producción y reproducción del poder.

Podemos ilustrar lo anterior con el significado que reviste el golpe de Estado en Bolivia, si lo comparamos con lo que puede ocurrir en otros contextos nacionales en los que, a diferencia de aquel país, "el contrato de constitución del poder" ha encontrado una solución estable.

TERCER CRITERIO: LA REALIDAD SE PIENSA EN FUNCIÓN DE UNA EXIGENCIA DE VIABILIDAD Y NO DE CORRESPONDENCIA

Uno de los temas más enigmáticos es aquella especie de autocomplacencia de su propia fuerza que pueden desarrollar sectores sociales como el minero, sin que tengan claramente diseñada la posibilidad de una conquista del poder. El tipo de análisis que destaca las situaciones de crisis, o de construcción de la historia, nos coloca ante la problemática de cómo un actor social se constituye o deja de constituirse; pero también enriquece el discurso ya que dicha constitución no solamente es pertinente analizarla desde la perspectiva de sus logros, como es acceder y controlar el poder formal, sino que muestra además cómo esta constitución puede asumir otras modalidades, tal la capacidad de desplegar en otras conductas la potencialidad que el sistema de dominación no permite que exprese. De este modo se puede explicar que "la masa despliega lo que aquel voto (elecciones frustradas en 1978) contenía, es decir, su virtualidad insurreccional, porque en efecto la ocupación de caminos y la asunción territorial, el cerco de las aldeas, son la insurrección del que no tiene armas" (ídem: 35). De lo que resulta que un análisis de la realidad sociopolítica hecho desde la óptica de la constitución de los sujetos; se encuadra en una exigencia de viabilidad y no de predictividad (según sea el grado de desarrollo de las fuerzas). En verdad, podemos analizar lo dicho en el siguiente párrafo mediante la descomposición de la secuencia formulada por el autor. El párrafo dice lo siguiente:

> Sostenemos nosotros que Bolivia ha entrado en un ciclo de crisis orgánica que no tardará en convertirse en una crisis nacional general. Desde el momento en que el Estado de 1952 tenía una hegemonía real (o sea que tenía como único medio de dominación el ideológico), que se mostraba compatible por tanto con el monopolio de las armas por el pueblo, hasta la ruina de la autonomía relativa, el desplazamiento del poder hacia los militares (y por fin la pretorianización) y la pérdida sucesiva de la base social de esa dictadura con la ruptura del pacto militar-campesino, que ejecuta Bánzer con esa suerte de alucinamien-

> to de los que son portadores de la perdición de lo mismo que representan, vemos que el Estado de 1952 ha necesitado menos de treinta años para llegar al borde de la deslegitimización prerrevolucionaria que el Estado oligárquico alcanzó en más de cincuenta años de predominio. Es indudable que esta secuencia está exteriorizando la formación de una crisis estatal. La manera de los acontecimientos de 1979 y un gran número de hechos coetáneos propone que será también una crisis social de vasto alcance. (Zavaleta, 1983a: 58-59)

Esta secuencia histórica reconoce sus especificidades en el reemplazo de unos actores por otros como sostenedores del Estado, lo que significa cambio de proyecto: del proyecto "Estado-pueblo armado" se pasa al proyecto "Estado-fuerzas armadas". Ello desata una dinámica en razón de que las fuerzas armadas ya no son parte del proyecto Estado sino que constituyen un proyecto autónomo, cuya expresión es su pretorianización y que se proyecta a nivel de un nuevo Estado que sirva de espacio a los militares como estamento.

En la medida en que la fuerza del Estado ha sido su hegemonía real, se puede decir que el cambio de contenido del Estado tiene lugar cuando se produce el desplazamiento de los actores que constituyen su base de apoyo, esto es, cuando se produce el desplazamiento del poder popular armado por el de los militares, aunque medie un pacto social.

En esta perspectiva la crisis del Estado es resultado de un cambio en la regulación entre las fuerzas sociales, lo que se manifiesta en que ningún proyecto es capaz de adueñarse del Estado. El Estado deja de ser un mecanismo de regulación, pues esta se desplaza hacia la sociedad civil.

El problema, ahora, es determinar la alternativa para un nuevo "pacto de poder", esto es, determinar la posibilidad de forjar una alianza de fuerzas para un nuevo Estado hegemónico del tipo del viejo MNR, o bien del carácter postulado por la Central Obrera Boliviana, por último, de carácter restringidamente burgués al estilo del representado por Bánzer, todo lo cual dependerá del ritmo con que las fuerzas sociales lleguen a constituirse en sujetos activos a nivel nacional.

SOBRE EL RECORTE DE OBSERVACIÓN DEL ANÁLISIS POLÍTICO

Un análisis como el teórico-político debe por su misma naturaleza cautelar una estrecha relación entre teoría y práctica; por lo mismo no puede efectuarse en cualquier recorte histórico. O para decirlo con otras palabras, el transcurso histórico tiene que ser aceptado desde el ángulo que mejor recoja la naturaleza constructora de la praxis social de los diferentes sujetos sociales. Por ejemplo, con el análisis de la huelga de los mineros de abril de 1976 en contra de Bánzer y que se

extendiera en una lucha de resistencia por siete semanas en contra de la represión militar, se puso de manifiesto la dinámica que rige el comportamiento del actor. Se constató que no se mueve necesariamente en función de una correlación de fuerzas. Un factor importante en la determinación del actor es su memoria histórica. Con la coyuntura de 1976 "se impuso la línea maximalista y espontaneísta que provenía de la tradición de 1952, es decir, la autorreflexión del proletariado minero como revuelta y de su organización en multitud mesiánica" (Zavaleta, 1983b: 236). Por lo que sus posibilidades tenían que limitarse en la medida en que, más importante que el logro de una meta, podía ser su mera reafirmación como actor con las características culturales que su desenvolvimiento histórico hacía patentes en su propia memoria.

De otra parte, el recorte de coyunturas permite reconocer cómo se pueden producir cambios en los actores sociales que respaldan un determinado proyecto político, de modo que el contenido del proyecto se transforme. Es lo que pasa con la reivindicación democrática representativa a partir del momento en que se da la posibilidad de la incorporación de obreros y campesinos al voto. Esta circunstancia determina una ampliación de los espacios para el proyecto popular, ya que de reducirse, la democracia a la libertad sindical llega a ser posible la validación del proyecto democrático por vía de la propia lucha de masas.

Más aún, la coyuntura permite aclarar mejor la relación entre sujetos y poder. Ocurre que la relación con el poder está determinada por la circunstancia de que el sujeto carezca de la capacidad para tener su propia concepción del poder, en virtud de carecer de una autoidentificación como actor colectivo. Zavaleta ilustra lo anterior cuando observa que en las elecciones de 1978, en que el triunfo de la UDP fue burlado, "la plebe en acción o la multitud en acto consiente todavía una expresión no plebeya del poder porque el instinto de lo servil dice que lo plebeyo debe adquirir una expresión señorial" (Zavaleta, 1983a: 34), lo que significa que la relación lógica es subordinada a una concepción de lo que se entiende como objetivamente posible.

La reflexión que hemos procurado rescatar en Zavaleta ilustra acerca de la necesidad y conveniencia de impulsar el desarrollo de un paradigma de análisis que sea congruente con el propósito de construir un conocimiento que sirva para definir opciones viables, a través de las cuales poder influir sobre la realidad. La particularidad de este tipo de conocimiento plantea sus propios desafíos epistemológicos y metodológicos, pudiendo no obstante encontrarse atisbos en algunos analistas. Es el caso del autor a cuya memoria están dedicadas estas breves y modestas reflexiones.

DE LA HISTORIA A LA POLÍTICA: LA EXPERIENCIA DE AMÉRICA LATINA

A MANERA DE RECAPITULACIÓN

RESUMIENDO LO EXPUESTO, el objetivo de nuestra discusión ha sido definir la posibilidad de analizar la realidad histórica desde la perspectiva de "lo político". Es así como podemos trazar algunos lineamientos que se resumen en las siguientes proposiciones:

- Cuando el análisis histórico es repensado desde la perspectiva de lo político, no puede prescindir de una concepción de futuro que implica una determinada jerarquización de los contenidos de la realidad histórica concreta, así como en la definición que se maneje acerca de la naturaleza de los elementos particulares analizados;
- el modo como la concepción o visión de futuro influye sobre el análisis histórico, es mediante la presencia de una voluntad para construir la realidad del futuro, lo que se materializa mediante proyectos de sociedad;
- lo político, entendido como la voluntad de potenciar la realidad hacia una meta, se materializa en términos de un proyecto de futuro, el cual sirve para recortar a la realidad en campos de alternativas, en cuanto los caminos para avanzar hacia la meta;
- la historia es revisada desde las exigencias del presente, sirviendo estas de criterio para seleccionar de los procesos históricos los aspectos que sean más pertinentes para definir la construcción del futuro, y que

- los valores en general cumplen el papel de ángulos desde los cuales poder conjugar al futuro que se vislumbra con el presente que se vive. En este sentido, se puede decir que la objetividad de la realidad histórico-política es una articulación entre regularidad empírica y voluntades sociales que pugnan por imponer a los procesos una dirección determinada.

Si profundizamos en el significado de cada una de estas proposiciones, podemos afirmar que el núcleo problemático en que se sintetizan es la capacidad social de decidir políticas y los efectos que pueden tener sobre la realidad en su conjunto. En verdad, la idea de futuro implica la idea de opciones que, a su vez, supone la existencia de voluntades que reconocen una cierta capacidad para reactuar, en el sentido de sus intereses y expectativas más amplias.

BIBLIOGRAFÍA

Zavaleta, René 1983a "Las masas en noviembre" en Bolivia, hoy (México: Siglo XXI).

Zavaleta, René 1983b "Forma clase y forma multitud en el proletariado minero en Bolivia" en Bolivia, hoy (México: Siglo XXI).

La transición pactada a la democracia: nuevos actores y consensos, 1990-2014

.cl

Gabriel Salazar

LA "REVUELTA DE LOS POBLADORES"*

EN LA OPINIÓN PÚBLICA, las veintidós "jornadas de protesta" que estallaron entre 1983 y 1987 contra la dictadura liberal concluyeron por tipificarse no como una protesta nacional, sino como una protesta popular. De aquí el nombre con que algunos analistas las han designado: la "revuelta de los pobladores".

En el siglo XIX, las revueltas protagonizadas por los sectores más atrasados de la sociedad se ligaron menos al auto-dinamismo político del movimiento popular, y más a las guerras civiles protagonizadas por las facciones opuestas del patriciado dominante. El elemento "oportunidad" primó entonces sobre el elemento "proyección". De aquí que esas revueltas se presentaran en coincidencia con las crisis políticas de la clase patricia, bajo la forma de bandidaje masivo, con acrecentamiento del número normal de asaltos y saqueos. A comienzos del siglo XX, en cambio, la ligazón se dio en coincidencia con los flujos huelguísticos de los trabajadores organizados (obreros y artesanos, sobre todo), al desaparecer las guerras

* Salazar, Gabriel 1990 "La 'revuelta de los pobladores'" en *Violencia política popular en las „Grandes Alamedas": Santiago, 1947-1987 (una perspectiva histórico-popular)* (Santiago: Sur) pp. 374-391.

patricias[1]. Después de 1932, en cambio, las asonadas y revueltas populares experimentaron un notorio eclipse, diluidas en la institucionalización de los conflictos y en la constitución de canales clientelísticos entre la cúpula política y la base social, al punto de borrar de la memoria colectiva (y por falta de historiografía social) la tradición revoltosa del "bajo pueblo". Bastó la consolidación estatal de una generación democrático-institucionalista para eclipsar del escenario público ese tipo de tradición.

El reafloramiento, en los años cincuenta, de resabios de esa tradición (con la revuelta electoral que significó el "ibañazo" de 1952, y el terror desatado en la mentalidad institucionalista por el fatídico "2-3 de abril" de 1957) reprodujo el miedo político al "bajo pueblo" (o miedo al historicismo social) casi en los mismos términos en que se había dado antes de 1932. Es significativo que la ciencia política chilena no haya estudiado de modo sistemático, ni conceptualizado de manera historiográfica, el hecho o la tradición de la revuelta popular. En el léxico político tanto como en el analítico corrientes, eso sigue siendo, en esencia, un incidente (excepcional) condenable que pone en peligro el orden social básico, una irrupción de vesania extremista que debe ser drástica y rápidamente combatida. De aquí la tendencia a designarla por un sobrenombre ("2-3 de abril", "el volcán gremial", "el frenesí de Chile", etc.), y no a acuñarla como un concepto que se refiere a fenómenos sociales notoriamente recurrentes dentro del sistema institucional chileno, sobre todo con relación al bloqueo de los canales de comunicación entre la base social y la cúpula política (por razón de ineficiencia gubernamental, o por ausencia de tales canales).

No es por tanto sorprendente que, cuando en 1983 estallaron las primeras "jornadas (populares) de protesta", el grueso de la intelectualidad y la clase política conjunta fueran cogidas por sorpresa. Y que ya a partir de la cuarta protesta, los intelectuales y políticos se lanzaran a toda prisa a iniciar un ciclaje teórico de semejante fenómeno, para concluir proclamando, entre 1984 y 1985, que la "revuelta de los pobladores" constituía una amenaza de desintegración social. Por donde, acto seguido, pasando de la ética política a la política pragmática, iniciaron una campaña de marginación y olvido de lo que representaba y podía hacer el movimiento VPP. Con ello se retomó la actitud teórica que se mantuvo a lo largo del período 1932-1973, cuando las "revueltas populares" fueron silenciadas por juicios de condenación moral, tramitadas por la anteposición de "instancias legales", u olvidadas tras la inexistencia de conceptos formales que

1 Ver Salazar, s/f.

les impusieran el sello de una categoría científica. Esa misma actitud llevó a que las "jornadas de protesta" que estallaron entre 1957 y 1970 nunca se reconocieran como tales, lo que las sepultó en el olvido, excepto la del "2-3 de abril", por su halo fatídico. No es posible describir aquí las jornadas de ese tramo —el objetivo descriptivo de este trabajo es limitado— pero baste señalar que estallaron en 1960, 1962, 1964, 1967, e incluso la de 1970, testimoniaron de modo rotundo el creciente aislamiento social de los últimos experimentos políticos del nacional-desarrollismo y aun del nacional-populismo, y del bloqueo también creciente que se dio en esa etapa (que algunos autores han llamado de "profundización de la democracia") entre la base social y la cúpula del Estado[2]. Sin embargo, al parecer, la mecánica electoral, que se mantuvo viva y candente durante esa fase, encubrió ese aislamiento y el significado político real de esas protestas. El alza del movimiento de masas se interpretó como una tendencia negativa y regresiva de las masas mismas, pero no como el reflejo del lado oscuro del sistema político, y de la clase política. En este sentido, el procesamiento teórico que se hizo hacia 1985 de la llamada "revuelta de los pobladores" se ajustó tanto a la percepción tradicional de la tradición revoltosa del "bajo pueblo", como a las constelaciones ideológicas de tipo "G" que han sido tradicionalmente dominantes sobre la sociedad chilena (las redundancias valen).

La dictadura liberal, sin embargo, sacó a plena luz y aun refortaleció el bloqueo histórico de los canales de empalme entre lo social-popular y lo político-nacional. Eso le significó experimentar la seguidilla más nutrida de revueltas populares de toda la historia de Chile. Pero significó también que, por primera vez, la intelectualidad y la dirigencia política se preocuparan en serio tanto de las relaciones entre lo social y lo político, como de las protestas[3].

De cualquier modo, lo que se desprende de la inspección historiográfica del fenómeno de las protestas es que estas, en conjunción con la escalada terrorista bosquejada más arriba, concurrieron de consuno a producir el alza del movimiento VPP asta el "punto de intolerancia" de 1986-1987. No es posible evaluar por separado los efectos históricos de ambas ramas de ese movimiento, cualquiera haya sido (o no haya sido) la relación orgánica entre ellas. El efecto fue global, y la importancia de tal efecto obliga a estudiar —más allá de sus connotaciones éticas o de politología sincrónica— el fenómeno en sí de las protestas. Con todo, no siendo posible ni necesario realizar aquí una minuciosa caracterización historiográfica

2 Entre otros estudios, véase Moulian, 1982.

3 Ver Baño, 1984 y 1985); Agurto *et al.*, 1983, entre otros.

de cada una de las veintidós jornadas de protesta (o, de una vez, de la "revuelta de los pobladores"), se hará solamente una exposición de sus rasgos típicos, en función de su relevancia histórica[4].

Es significativo que cada una de las protestas del período 1983-87 haya tenido y necesitado, casi como única condición de tipo conduccional para constituirse como hecho VPP, una señal de simultaneidad y arranque. Es decir, una señal amiga, emitida por un grupo (amigo) con capacidad para: hacerla llegar a todo el país, definir una consigna general suficientemente antidictatorial, y fijar el día y un programa simple de acción. A ese efecto, el grupo emisor podía ser cualquiera: podía y pudo ser una entidad sindical, un bloque de cúpulas de oposición (de centro o de izquierda), una asociación gremial o un grupo de notables. Pudo haber sido, incluso, un grupo de eclesiásticos, o un grupo anónimo, clandestino, operando a través de una radio fantasma; y el resultado habría sido, tal vez, el mismo. No era necesaria la existencia de una vanguardia organizada como una pirámide nacional, con poder político u operativo sobre todo el territorio, y con un programa táctico y estratégico suficientemente sofisticado como para arrastrar y conducir a las masas bajo apercibimiento de instrucción, disciplina y confianza en la *expertise* del comando ofrecido. El rol desempeñado por los "convocantes" de las protestas del período 1983-87 se redujo —como se dijo— a la emisión de una señal de oportunidad, simultaneidad y arranque. Los elementos y condiciones típicamente configurativos de una vanguardia ni existían por entonces, ni la masa popular los necesitó: estaban ausentes y eran, por añadidura, superfluos. El poder real de movilización y acción directa radicaba en la base social, no en las cúpulas flotantes que podían emitir señal. Constituiría una extrapolación lógica e histórica reducir lo primero (el poder social de movilización) a un simple reflejo del supuesto "poder de convocatoria" o "de conducción" de las dichas cúpulas flotantes. Pero la contundencia social demostrada por la mayoría de las protestas no fue una derivación de la convocatoria ni de una sonda de profundidad disparada al azar por un cúpula flotante, sino de la carga histórica acumulada en la base popular a lo largo de —cuando menos— diez años de autonomización forzada y creciente.

---

4 Una visión sinóptica de las protestas en Garcés y De la Maza, 1985; Solari, 1987; Oxhorn, 1989; y Tironi, 1990, entre otros. La caracterización que se hace en este artículo de las "jornadas de protesta" está basada, como en la casuística anteriormente descrita, en la lectura de un amplio conjunto de periódicos y revistas de la ciudad de Santiago. Como en este caso —para evitar una extensión excesiva— no se ha hecho una descripción sucinta de cada una de esas jornadas, sino tan solo una tipificación global que haga posible su presentación "teórica", no se incluyen aquí las referencias específicas de las fuentes consultadas. Las fichas compiladas están, en cualquier caso, disponibles.

El problema de fondo parecía ser, hacia 1983, que la desclientelización de la clase popular —autoinducida tanto como forzada— con respecto al Estado, las normas constitucionales, los partidos políticos y aun con respecto a las cúpulas sindicales, era tal, que la función cupular estaba orgánicamente reducida a una tarea transmisora de recepción-emisión, orgánicamente acoplada al movimiento social, y a poco o nada más. La percepción popular de la dictadura era de por sí clara y estaba demasiado encarnada: no se necesitaban ni explicaciones teóricas adicionales ni vanguardismos superfluos. La predisposición a la protesta y a la acción directa constituían por entonces, tal vez, el más común de los sentidos históricos de todos los chilenos, especialmente de los más jóvenes. La intuición de que el poder de la política (o la politicidad) había pasado de manos del autoritarismo militar a manos de "lo social" (último reducto y primera crisálida de todo Estado genuinamente democrático) era patente. Cada sujeto se sentía legítimamente instalado sobre la primera piedra en el proceso de construcción de un nuevo Estado. La distribución simultánea de esas percepciones y predisposiciones a todo lo largo y ancho de la sociedad popular era un hecho fácilmente intercomunicable de un grupo a otro o de una región a otra. Es decir: estaban a punto (sincronizados) todas las percepciones y sentimientos que normalmente han animado o motivado, en la historia de Chile, al movimiento social popular cuando ha estado en trance de entrar en acción. De modo que, ¿para qué las cúpulas, sino para dar el arranque nacional a toda esa carga histórica?

Fue sintomático, en este sentido, la movilización factual realizada por las cúpulas convocantes. En la mayor parte de las protestas, la acción realizada por ellas asumió la forma de una "manifestación" de denuncia y reivindicación, realizada en puntos axiales del centro de Santiago, fácilmente asequibles a las cámaras fotográficas de los medios de comunicación de masas. Rara vez la movilización del grupo convocante constó de más de doscientas personas (cuando superó ese número, fue porque un segmento funcional o gremial decidió llevar su protesta al centro de la ciudad, o porque el público se sumó espontáneamente a la protesta). No hay duda de que, por su mayor visibilidad nacional, la movilización de las élites de oposición tuvo un importante efecto simbólico y psicológico (el apresamiento de cualquier líder opositor reconocible siempre tuvo mayor publicidad que, por ejemplo el encierro de miles de pobladores, desde el alba y por largas horas, en una cancha de fútbol). De ahí que esta movilización selectiva no necesitó ni ser muy prolongada (a *finish)* ni ser físicamente excesivamente combativa, por lo que rara vez excedió el tramo de tiempo comprendido entre las 11.30 y las 13.00 horas. El impacto político producido

por la difusión de las imágenes que reproducían la represión a las élites de oposición fue, probablemente, mayor en la clase media opositora que entre los pobladores o en las mismas Fuerzas Armadas. En cierto modo, esas imágenes aceleraron la reflexión política en los grupos medios, pero no alteraron demasiado ni la disposición política de los militares (que veían en las élites de oposición, sobrevivencias de los "señores políticos" que habían ocasionado la crisis de 1973), ni la predisposición al protagonismo directo por parte de los sectores populares o militantes de base.

Distinto fue el impacto producido por la movilización de los grupos funcionales.

Como las cúpulas, los grupos funcionales tendieron, durante las protestas, a movilizarse en las mañanas. Pero, a diferencia de aquellas, realizaron sus acciones dentro o en las proximidades de sus lugares de trabajo, estudio o funcionamiento. Los estudiantes se tomaron sus escuelas, formaron barricadas frente a ellas, desarrollaron diversos niveles de enfrentamiento a las fuerzas represivas. Los colegios profesionales se concentraron en sus sedes o marcharon en torno a edificios simbólicos (Palacio de Justicia, por ejemplo). Los religiosos hicieron manifestaciones frente a sus iglesias o ayunaron en otros lugares públicos. Los obreros, en las fábricas, perpetraron "viandazos", trabajo lento, regreso anticipado a los hogares. Los gremios del transporte pararon sus máquinas y los comerciantes bajaron sus cortinas —de mal o buen grado—, concurriendo ambos con su actitud, sobre todo a media tarde, a despojar a la ciudad de su aspecto normal de funcionamiento. Los padres y apoderados, unos por convicción, otros por temor, retuvieron a sus hijos en las casas, mermando la asistencia escolar hasta paralizar la actividad docente. Los empleados y trabajadores de servicio, viéndose apremiados por la temprana paralización de la ciudad, se apresuraron a retornar a sus hogares pronto y por cualquier medio, atiborrando las calles de tensos caminantes. Junto a ellos, los automovilistas subieron sus mareas rodantes hacia el este de la ciudad, bloqueando los cruces, llenando las pistas y estremeciendo el aire con rítmicos bocinazos, a cuya vista y sonido las dueñas de casas se sintieron autorizadas para abrir las ventanas y plegarse al ruido protestante de la ciudad con su ensordecedor "caceroleo". Y así llegaba el crepúsculo.

La movilización de los grupos funcionales constituyó, en cada caso (especialmente durante las cinco primeras protestas), un ejemplo rotundo de desorganización disfuncional de la sociedad. Un caso de desclientelización y de desintegración orgánica. Como tal, esa movilización tenía y tuvo una repercusión psicológica y política profunda en la élite cívico-militar dominante: era nada más y nada

menos que la revuelta de la clase media, bastión orgánico de todo sistema institucional. Tal revuelta dejaba al desnudo la fragilidad del clientelismo social en que se apoyaba —sobre todo a futuro— la dictadura militar. Era, pues, una bomba política, de explosión diferida a mediano plazo. Sin embargo, la revuelta de la clase media no llegó a constituirse como un real movimiento VPP. De hecho, no lo era, aunque se asemejaba. En primer lugar, porque el grueso de las acciones directas de que se componía eran más actitudes que acciones, con más sentido simbólico que material (marchas de algunas decenas de abogados o médicos, ayunos de una veintena de jóvenes y religiosos, vigilia obrera en los comedores fabriles, caceroleo de señoras desde el balcón de su departamento, etc.). En segundo lugar, porque las acciones de efecto más contundente (paralización del transporte, cierre de comercio, ausentismo escolar, etc.) estaban motivadas en la prevención más que en la antagonización, y en el temor más que en la agresión. En tercer lugar porque en muchos casos la motivación central de estos actores no era tanto transformar la dictadura en un Estado Social sino más bien promover la restauración de sus respectivos estátuses (de élite) tradicionales dentro del sistema institucional de la Nación. De este modo, solo la movilización estudiantil tendió a desplazarse por raíles históricamente más profundos y de más transcendentes metas[5].

En consecuencia, la revuelta de la clase media, aunque impactante, era una amenaza débil y manejable. Para la dictadura militar fue de hecho un problema soluble. En efecto: de un lado, como movimiento VPP, era débil, por lo que bastó un ataque militar al boleo para concluir con la insurrección mesocrática de los barrios residenciales[6]. De otro lado, era en el fondo una movilización reivindicadora de estatus. Por lo tanto, un antagonismo no intransigente. De suerte que, con un mínimo de apertura negociadora e integradora por parte del régimen militar, el movimiento funcionalista (sobre todo de las élites políticas, profesionales y sociales) podía ser disuadido de su simbolis-

---

5 Hay una relativa abundancia de literatura teórica y semiteórica acerca de la "revuelta de los pobladores" y del fracaso del "año decisivo" (1986) o de "la vía insurreccional", pero no ha habido mayor preocupación por examinar, en bloque, la conducta histórica de la clase media durante el período 1979-1989. La "revuelta de la clase media" ha sido asumida, más bien, como una operación racional, democrática y exitosa, y como una depositaria responsable del miedo cívico frente a la "desintegradora" revuelta de los pobres. Son de interés, en este sentido, el artículo de Tironi, 1990; y el de Martínez, 1986. Véase también Garretón, 1986.

6 Durante la segunda y tercera protesta, vehículos militares y de desconocidos dispararon contra edificios de departamentos en los barrios residenciales de la capital. Esto amainó el "caceroleo" en esos sectores.

mo violentista. De hecho, a partir de la cuarta y quinta protestas, la revuelta de la clase media amainó[7].

Diferente fue el caso de la movilización protagonizada por la militancia de base. Un sector de ella colaboró activamente en la movilización de los grupos representativos y funcionales. Otro sector, sin embargo, asumió tareas específicas, propias (generalmente de tipo "extremista"), como sembrar "miguelitos" por las calles; asaltar o incendiar buses y garitas; disparar ráfagas contra comisarías, retenes y cuarteles; hacer rayados murales; distribuir panfletos; colocar explosivos en torres de alta tensión, bancos, financieras; consumar operativos de "propaganda armada"; etc. Las acciones directas asumidas por la militancia de base fueron, sin duda, más violentas que las realizadas por los actores sociales, pero tendieron —durante las protestas— a ligarse con las movilizaciones sociales, sea facilitando su constitución y desarrollo (paralización del transporte y el comercio), ambientándolas (apagones, ataques a cuarteles) o apoyándolas directamente en el frente (barricadas estudiantiles y poblacionales).

No hay duda de que las "jornadas de protesta" alcanzaron su clímax entre las horas del crepúsculo y las de medianoche. Es decir, cuando la "revuelta de las poblaciones" entraba en movimiento, y la de los grupos medios en climaterio. Clímax, porque fue a esa hora del día y en tales lugares cuando y donde la protesta alcanzó su mayor masividad, su más neta expresividad social, su antagonismo más extremo y su atmósfera escénica más dramática. En esto concuerdan todos los observadores y todos los autores[8].

La protesta poblacional combinó elementos lúdicos con expresiones profundas de historicismo social, y solidaridad comunitaria con actitudes de "guerra de baja intensidad". La construcción de barricadas y fogatas —acción que normalmente inició la protesta poblacional— asumió a menudo el carácter de un deporte juvenil. Las marchas intra-poblacionales y el caceroleo callejero (no de ventanal o balcón) expresaron la predisposición rebelde de la comunidad barrial, y la fuerza de la identidad común asumida. El apedreamiento y el lanzamiento de bombas Molotov a las Fuerzas del Orden dejó en evidencia la frustración y la agresión tanto como la resistencia y defensa de la identidad asumida. La construcción de zanjas y trincheras tras la línea de barricadas, así como la organización de redes comunitarias de apertrechamiento logístico, revelaron un elemental pero emergente

7 En esto son coincidentes todos los investigadores y periodistas que se han preocupado del tema.

8 Cfr. Schneider, 1990. La autora, cientista política, realizó su tesis doctoral sobre este problema.

protagonismo bélico. El ataque, dentro de la confusión producida, a supermercados, tiendas y otros negocios, puso de manifiesto tanto el nivel de las insatisfacciones básicas de la masa poblacional como su predisposición a desconocer de hecho algunos de los principios arquitecturales de la sociedad dominante (como el derecho de propiedad).

Por todas esas características, la "revuelta de los pobladores" fue, dentro de las jornadas de protesta, la manifestación social e históricamente más opuesta y antagónica al régimen militar y liberal. Al confrontar esa revuelta, la dictadura militar adoptó cursos de acción represiva claramente militarizados, que involucraron de su parte una obvia conciencia de guerra. Era evidente que la raíz de la revuelta popular era mas profunda, tenaz, e históricamente mejor alimentada que la de la revuelta mesocrática de la mañana. Las ráfagas al boleo, el rastrilleo, el allanamiento zonal, el castigo físico, el apaleo y la prisión no lograron disuadir a la masa poblacional de su actitud "subversiva" sino al contrario. El movimiento VPP no era, en este caso, un mero movimiento actitudinal, simbolista, o elitista. En este frente la dictadura no podía ofertar diálogo, negociación ni desplazamientos envolventes de integración. El gobierno militar no tenía nada realmente histórico que ofrecer a la masa poblacional (aparte de subsidios habitacionales), como no fuera la entrega de su misma identidad dictatorial y liberal (toda oferta de integración negociada significaba aquí asumir directamente el desarrollismo y la democracia social). Ante eso, solo tenía dos caminos: o bien arrasaba militarmente las poblaciones de la capital (masacrando a la masa humana que atizaba "el círculo de fuego" que rodeaba Santiago), o bien ignoraba su derrota histórica en este frente, sacando ventaja y provecho de la neutralización dialogante que había impuesto en el frente de la revuelta mesocrática. La primera alternativa era militarmente posible, pero políticamente desastrosa. La segunda, en cambio, permitía una impecable victoria política, capaz de encubrir la quisquillosidad triunfalista de las Fuerzas Armadas, afectada por su derrota histórica en el frente popular.

La "revuelta popular" fue, pues, el hecho VPP que determinó la apertura del gobierno del general Pinochet hacia el frente mesocrático, giro por el cual cedió a la clase media la carta clave en el naipe político de la retirada militar: la conducción aparente de la transición a, y del funcionamiento de, la democracia liberal diseñada por ese gobierno.

Los cambios ocurridos en el frente mesocrático a partir de la cuarta y quinta protestas no eran ni lógicos ni, por tanto, justificables desde la perspectiva del movimiento VPP. Como se dijo, la raíz histórica de este movimiento era diferente, más orgánica y profunda que la del movimiento mesocrático. Habiendo fuerza social arraigada y frustración de refresco, las acciones podían y debían continuar, lo

que llevó a que estallaran, todavía, otras diecisiete nuevas "revueltas poblacionales". Este excedente de energía histórica —que los analistas llamaron eufemísticamente "rutinización de la protesta popular"— prolongó la revuelta hasta mediados de 1987. La brecha abierta en el flanco popular de la dictadura se ensanchó, y así se perfiló lo que el propio general Pinochet denominó "una derrota psicológica".

Es significativo el hecho de que, mientras la oposición creía estar peleando en un solo frente, el general Pinochet lo hacía, teórica y prácticamente, en dos. Y ello particularmente después de 1984, pues sobre el frente popular mantuvo una presión de tipo militar, ni tan profunda como para producir una masacre catastrófica, ni tan leve como para dar la impresión de debilitad y derrota frente a los violentistas. Bajo ese tipo de presión, el movimiento popular VPP creyó necesario continuar su ejercicio, y aun desarrollarlo. En cambio, sobre el frente mesocrático, el gobierno militar ejerció —tras un par de relámpagos represivos— una presión de tipo político: de apertura restringida y negociación milimetrada. Bajo este segundo tipo de presión, el movimiento mesocrático abandonó toda semejanza con las acciones VPP, y se enjambró sobre todas las brechas dictatoriales: la del flanco popular, la de la "derrota psicológica", y sobre la misma apertura ofrecida. Mientras llevaban a cabo ese enjambramiento, los grupos medios comenzaron a emitir un persistente zumbido ideológico, cada vez más intenso y más autorreferido. El dulce orificio de la apertura había producido, en este frente, el reflorecimiento de la teoría social y política y el desaletargamiento de los viejos cuadros parlamentarios.

La táctica del repliegue militar comenzaba, de ese modo, a construir uno de los más brillantes éxitos políticos de la dictadura: el desdoblamiento de la oposición antidictatorial en dos frentes diferenciados, y en dos movimientos sociopolíticos distintos. La diferenciación de los frentes, al producirse, abrió la necesidad correlativa de justificar las diferencias, analizar "el escenario", y elaborar la teoría del acceso eventual al poder. El movimiento mesocrático, tradicionalmente capacitado para satisfacer tales necesidades, comenzó a elaborar sus discursos, y desde 1984-85 evacuó una completa teoría sociopolítica acerca de la "transición chilena a la democracia".

Es históricamente significativo que esa teoría haya sostenido, entre otras cosas, que la rutinización de la protesta popular constituía una amenaza de desintegración social (considerando la "anomia" inherente a la masa poblacional), y que en Chile prácticamente no existían movimientos sociales populares; que la movilización popular no era sino un "antimovimiento social" y que, por tal característica, generaba entre los chilenos un "miedo a la sociedad" y una

necesidad urgente de "gobernabilidad", Estado y Democracia formales. Ante ese miedo, esa necesidad y esa urgencia, el camino a la Democracia no podía ser sino el más corto, y esto pasaba por asumir la administración civil del Estado Liberal constitucionalizado por la dictadura militar en 1980, menos algunos ajustes necesarios para la acomodación del nuevo personal civil[9].

Tal teoría —inconfesadamente tributaria del sistema neoliberal impuesto por la dictadura— podía presentarse, y de hecho fue presentada, como un apresto pragmático para el futuro gobierno civil que, dadas las circunstancias, no podía ser sino de tipo liberal-populista (una variante inédita en Chile). Con la ventaja adicional de que un gobierno de ese tipo permitiría operacionalizar en Chile los principios económicos y políticos de la "modernidad", lo que dejaría al país en la misma línea avanzada de las triunfantes democracias occidentales[10]. De cualquier modo, la teoría sociopolítica que justificaba la transición pactada, enmarcaba bien la transformación de la dictadura liberal en una democracia liberal, al paso que despejaba, entre los dos frentes de la oposición antidictatorial, una elipse de "tierra de nadie" suficientemente ancha como para permitir una retirada formal impecable al escalón militar. Tan impecable como histórica retirada tenía otra significativa funcionalidad: inutilizaba esa elipse como campo probable de enfrentamiento teórico y político entre los demócratas de los dos frentes antidictatoriales. Es decir, entre los rutinizados grupos VPP y los zumbantes enjambres democráticos de la clase media.

El balance general de las protestas fue, para el movimiento VPP, paradójico: de un lado, con ellas abrió una decisiva brecha psicológica y política en el flanco popular de la dictadura; pero, de otro, perdió la batalla de "la transición" en el segundo frente (el de la negociación), enceguecido por la inercia VPP, empantanado por las tácticas distractoras del estamento militar, desarmado por la compulsión parlamentarista de su aliado mesocrático, y formalmente superado en los mismos umbrales de la eventual "democracia". A su costa, pues, había aprendido que, a veces, la retirada de un abominado dictador liberal se paga con la mantención del sistema liberal legado por aquel.

Es cierto que, por sí mismo, y en el anhelado modo catastrofista que hubiese correspondido, el movimiento VPP "no derribó la Dictadura". Se ha dicho que, por ello, el movimiento VPP constituyó una táctica fracasada. Y que, a la inversa, el diálogo y la negociación (más el *marketing* televisivo del NO) sí constituyeron un éxito, ya que el dictador perdió el plebiscito y se fue.

---

9 Un balance global en Salazar, 1990b.

10 Véase Garretón, 1990; y Touraine, 1995: 30-35.

No cabe aquí entrar en un debate coyunturalista y de mera opinión acerca del fracaso o no de la táctica VPP. El punto que sí cabe recoger para este trabajo es el hecho de que el movimiento popular chileno (y su componente VPP) ha demostrado históricamente que su existencia ni se origina ni se agota en el derrocamiento de generales o presidentes impopulares, ni consiste en una mera táctica. Aunque ha podido y puede apuntar a eso, su proyección real, en todo momento, apunta más allá, aunque no haya conciencia de ello: compromete al conjunto del sistema social viejo (liberal) y al eventual sistema social nuevo (equitativo). Porta proyecciones sociales, culturales, económicas y políticas que trascienden la coyuntura y el escenario histórico inmediatos. La clase popular, entre 1983 y 1987, al moverse, se movió en función de algo más que por la simple retirada del general Pinochet y de su escalón militar, ya que su misma identidad la forzaba a poner en juego, de algún modo, el problema del "sistema social". El análisis de las organizaciones sociales surgidas durante ese período revela la profundidad de las motivaciones de cuya corriente se nutrieron las acciones VPP[11].

A la inversa, podría decirse que la táctica del movimiento mesocrático fracasó en el derrocamiento del sistema liberal legado por los militares. Peor aún: que su aparente triunfo deja a la clase política civil —heredera formal del Estado de 1980— en la necesidad de "ser" estatalmente liberal, le guste o no. Esto la lleva a identificarse en los hechos —o sea, en la historia—, con un sistema social secularmente rechazado por la clase popular. La defensa teórica de su acceso al sistema liberal ha operado en la práctica como una legitimación *a posteriori* del mismo, y difícilmente podría entendérsela funcionando de otro modo (la teoría de un sistema, como los sistemas mismos, es unívoca y monosilábica). Es esa indesalojable identidad la que ha obligado a los teóricos neoliberales a negar la legitimidad histórica y política del movimiento popular, a condenar éticamente al movimiento VPP, e incluso a desconocer la mera existencia de ese movimiento[12].

La situación estructural del nuevo centro político es, por ello, extremadamente incómoda: debe negar teóricamente y bloquear políticamente el protagonismo histórico del movimiento popular en general y VPP en particular, a efecto de mantener el equilibrio económico-social punto por punto con el imperativo liberal y su propia propuesta de modernidad. Esto, a objeto de consolidar la retaguardia mientras intenta consumar la derrota formal e institucional de los militares movilizando su vanguardia legislativa. Pero no es sensato, sino peli-

11 Véase Hardy, 1986; Ramírez, 1986; Sánchez, 1987; y Valdés, 1987.

12 Un balance global en Salazar, 1990b.

groso, bloquear el avance histórico del movimiento popular a nombre del mero equilibrio liberal. Esto lo sabe todo político con experiencia decanal. De modo que el Gobierno democrático está forzado, por razones de su propia estabilidad, a desarrollar una política de corte populista, tendiente a deshinchar los bolsones de extrema pobreza, que podrían considerarse como los más explosivos. Es notable que, por primera vez en la historia de Chile, la política estatal-populista se va a dar sin estar contrapunteada por su gemela histórica: la política nacional-desarrollista (o social-productivista).

Es por lo anterior que la evolución de la Democracia Liberal de 1990 estará regida por la lógica (inédita) de un experimento "liberal-populista".

La derrota del movimiento popular en los umbrales de la transición tuvo que ver, indudablemente, con lo que recurrentemente se ha dicho: no supo pasar fluidamente de la protesta a la propuesta. Su componente VPP se tomó a sí mismo como la única propuesta posible (involucrando el error de confundir una línea de acción directa con una línea de proyección sociopolítica). En este sentido, la rutinización de la protesta popular resultó a la larga más útil como "línea de protección" para las maniobras del frente mesocrático que como línea de desarrollo de la propuesta popular[13]. No hay duda de que, en esto, la expresividad social que latía tras el movimiento VPP involucraba contenidos excesivamente amplios y complejos como para que la misma base fuera plenamente consciente de ellos y emitiera una propuesta formal acorde con esos contenidos. La clase popular chilena no ha sido educada ni políticamente entrenada en la tarea de "construir Estado" a partir de las enormes virtualidades humanas y sociales que potencialmente contiene. Ni lo ha sido siquiera para barruntar lo que podría ser una genuina "política popular". La instrucción que ha recibido a este respecto ha consistido en rudimentos elementales contenidos en el manual cívico del ciudadano electoral, o en el manual rojo que contiene la tarea superestructural de "tomarse el poder", o en el Código del Trabajo que enseña la tarea social de "reivindicar frente a la institucionalidad"[14]. Demasiado poco, sin duda, para asumir como actor consciente toda la historicidad potencial que se contiene.

Una vez más, el problema teórico de la política concluyó por ser el talón de Aquiles del movimiento VPP. El colapso ideológico de la izquierda, y de la idea de socialismo en general, contribuyeron a la derrota de ese movimiento, entre 1985 y 1990. El movimiento teórico de tipo social-historicista, surgido en Chile hacia 1979, fracasó en

---

13 Acerca del concepto de "línea de protección", véase Martínez, 1986, *passim*.

14 Véase Salazar, 1987; y Bermúdez, 1947.

1985, al no poder asumir la demanda teórica popular a causa de las "desviaciones profesionales" de los historiadores[15].

Indudablemente, un movimiento popular VPP que ha sido el subproducto antitético del sistema liberal, al hallarse con graves déficit de teoría política, puede eventualmente constituirse en una amenaza irracional para el equilibrio liberal del sistema inaugurado en 1980. Pero eso no significa que el movimiento popular sea, en sí y por sí mismo, y en todo momento, un peligro de "desintegración social" ni un "antimovimiento", dado que comporta principios sociales alternativos y eventualmente superiores de reintegración y redemocratización de la sociedad. Más bien al contrario, la persistente acrimonia y el desinterés ejercitados por la alta intelectualidad chilena frente a las necesidades teóricas específicas del movimiento popular, han provocado en este un déficit de formalización política cuyo único resultado registrable ha sido la rutinización secular del movimiento VPP. En este sentido, el desabrimiento social de la alta teoría política bien podría reputarse como un factor que, a nivel de los hechos históricos, ha estado por muchas décadas provocando situaciones de desintegración social de ida (sedimentación de masas de pobres) y de vuelta (retorno de los pobres tras una bandera VPP).

En realidad, para una perspectiva histórica, las "jornadas de protesta" articularon un ciclo crucial de la historia contemporánea y futura de Chile que, lamentablemente, ha sido objeto de una lectura histórica más bien acrimoniosa y en clave "G". Y esta parece ser la razón principal por la cual ese ciclo no aparece a la nueva élite dirigente chilena como el comienzo de una nueva etapa, sino como el término de la antigua. Sin embargo, hay autores que, a pesar de lo anterior, han percibido en ese ciclo el advenimiento de nuevas tendencias. Un ejemplo de ello es el autor que escribió el párrafo que se cita a continuación:

> Lo que está en la base de las jornadas de protesta es un cierto sentido de la historia como construcción colectiva a partir de una multiplicidad de pequeños actos simultáneos, casi anónimos, y que tienen una dimensión espacial. Esto cambia cualitativamente las formas de hacer política, otorgándole a esta una dimensión espacial, territorial, y un carácter concreto16.

Es decir: el movimiento VPP del ciclo 1983-1987 dejó en evidencia, a final de cuentas, la propuesta popular acerca de cómo "hacer política". Propuesta que, desafortunadamente, se expresó mejor en los hechos

15 Véase Salazar, 1990a y 1990b.

16 Véase Rodríguez, 1983: 70, 105-106.

que en la teoría, y en hechos de tipo VPP más que en hechos de construcción popular de Estado. Y que, también desafortunadamente, ni los teóricos ni los políticos liberal-populistas han sabido o/y querido recoger, interpretar, ni desarrollar.

BIBLIOGRAFÍA

Agurto, I. *et al.* 1983 "Protestas y protagonismo popular" en *Documentos* (Santiago: ECO) N° 4.

Baño, R. 1984 *Lo social y lo político: un dilema clave del movimiento popular* (Santiago: Flacso).

Baño, R. 1985 "Movimiento popular y política de partido en la coyuntura crítica del régimen. 1983-84" en *Documentos de Trabajo* (Santiago: Flacso) N° 236.

Bermúdez, Oscar 1947 *El drama político de Chile* (Santiago: Tegualda).

Garcés, M. y De la Maza, G. 1985 *La explosión de las mayorías. Protesta Nacional, 1983-84* (Santiago: Eco).

Garretón, M. A. 1986 "Las complejidades de la transición invisible. Movilizaciones populares y régimen militar en Chile" en *Proposiciones* (Santiago: Ediciones Sur) N° 12.

Garretón, M. A. 1990 "La democracia que se inaugura y sus condiciones sociopolíticas" en *Convergencia*, N° 17.

Hardy, Clarisa 1986 *Hambre + Dignidad = Ollas Comunes* (Santiago: Programa de Economía del Trabajo, Academia de Humanismo Cristiano).

Martínez, Javier 1986 "Miedo al estado. Miedo a la sociedad" en *Proposiciones* (Santiago) N° 12.

Moulian, Tomás 1982 "Desarrollo político y Estado de compromiso: desajustes y crisis estatal en Chile" en *Cuadernos* (Santiago: Cieplan) N° 8.

Oxhorn, P. D. 1989 "Democratic Transitions and the Democratization of Civil Society. Chilean Shantytown Organizations under the Authoritarian Regime", disertación de doctorado (Cambridge, MA: Harvard University).

Ramírez, Apolonia 1986 *Comprando juntos frente al hambre* (Santiago: PET).

Rodríguez, Alfredo 1983 *Por una ciudad democrática* (Santiago: Sur).

Salazar, Gabriel 1987 "Los dilemas históricos de la auto-educación popular en Chile. ¿Integración o autonomía relativa?" en *Proposiciones* (Santiago: Ediciones Sur) N° 15.

Salazar, Gabriel 1990a "Chile, Historia y 'Bajo Pueblo'" (editorial) en *Proposiciones* (Santiago: Ediciones Sur) N° 19.

Salazar, Gabriel 1990b "Historiografía y dictadura en Chile (1973-1990). Búsqueda, identidad, dispersión" en *Cuadernos Hispanoamericanos* (Madrid) N° 482-483.

Salazar, Gabriel s/f *La rebelión histórica del peonaje. Siglo XIX* (inédito).

Sánchez, D. 1987 "Instituciones y acción poblacional: seguimiento de su acción en el período 1973-1981" en Chateau, J. et al. (comps.) *Espacio y poder. Los pobladores* (Santiago: Flacso).

Schneider, C. 1990 "La movilización de las bases. Poblaciones marginales y resistencia en Chile autoritario" en *Proposiciones* (Santiago: Ediciones Sur) N° 19.

Solari, R. 1987 "La movilización social en la búsqueda de la pretendida democracia" en *Materiales de Discusión* (Santiago: CED) N° 159.

Tironi, E. 1990 "Pobladores e integración social" en *Proposiciones* (Santiago: Ediciones Sur) N° 14.

Touraine, A. 1995 "América Latina: de la modernización a la modernidad" en *Convergencia. Revista del Socialismo Chileno y Latinoamericano* (Santiago) N° 17.

Valdés, T. 1987 "El movimiento de pobladores, 1973-85. La recomposición de las solidaridades sociales" en Borja, J. *et al.* (comps.) *Descentralización del Estado, movimiento social y gestión local* (Santiago).

Sonia Montecino

MESTIZAJE E IDENTIDAD LATINOAMERICANA*

"Doña Isabel lo quería
suyo y lo mismo la Parda,
y el Bernardo entre las dos
como un junquillo temblaba."
Gabriela Mistral, *Poema de Chile*

EL PUNTO DE PARTIDA, para acercarnos a una definición del ser mujer y ser hombre en nuestro territorio, se sitúa en el gran problema de la existencia o no de una cultura latinoamericana y por tanto de una identidad latinoamericana. Algunos autores como Pedro Morandé, Octavio Paz y Jorge Guzmán, entre otros, encaminan sus reflexiones hacia la aseveración de que somos una cultura ritual cuyo nudo fundacional es el mestizaje acaecido durante la Conquista y Colonización. La conjunción de las culturas indígenas —y en muchos casos negras— con las europeas posibilitó una síntesis social desde la cual, en un juego de elaboraciones y reelaboraciones, habría surgido un *ethos* particular: la cultura mestiza latinoamericana. Así, nuestro continente sería producto de un encuentro entre culturas que se combinaron para formar una nueva[1].

* Montecino, Sonia 1996 (1991) "Mestizaje e identidad latinoamericana" en *Madres y huachos. Alegoría del mestizaje chileno* (Santiago: Sudamericana) pp. 39-61.

1 Curiosamente, dentro de la cosmovisión indígena, encontramos, en el caso andino, la idea de que la Conquista fue un "pachacuti", es decir una catástrofe cósmica, cuyo significado último es que el mundo se hace de nuevo.

La particularidad de esta cultura se revela, entre otras cosas, en que:

> Los sujetos latinoamericanos se han definido a sí mismos desde diversas posiciones de subalternidad, en una imbricación muy entrañable que no admite posiciones maniqueas: en cada sujeto coexiste el "uno" y el "otro", el dominante y el dominado; el conquistador y el conquistado; el blanco y el indio; el hombre y la mujer […] El latinoamericano construyó su identidad en la Colonia, al identificarse con el español y percibir su diferencia… (Valdés, 1989: 6).

Arguedas, por su lado, señala lo mestizo latinoamericano con total claridad: "Yo no soy un aculturado; yo soy un peruano que orgullosamente, como un demonio feliz, habla en cristiano y en indio, en español y en quechua" (citado por Valdés, 1989: 8).

Sin duda, solo un mestizo puede autorreferirse como un demonio feliz[2].

Otros autores han precisado que la cultura mestiza de América Latina encuentra en el barroco su más prístina faz:

> Y el mestizo […] comenzó a dejar su propia expresión en el barroco. El modelo se recibía y se abandonaba en multitud de detalles. La concepción general se respetaba. Pero iban siendo diferentes los modelos humanos. Las frutas nuestras, las flores del trópico, se iban tallando lentamente. Y los dioses, sus dioses, adquirían su sitio en el abigarrado barroquismo… Esa fue la primera gran protesta. Lo que creaba el mestizo era lo que obedecía a su fuego íntimo. Fue la gran rebelión espiritual. La más profunda. (Morales Benítez, 1984: 35)

Si bien el barroco define una época cultural europea, será en Latinoamérica donde se desplegará, otorgando especificidad a todo el territorio. El barroco "anunciará" su "modernidad" por su carácter urbano, masivo e integrador. Para el sociólogo Carlos Cousiño, a diferencia de la Ilustración, que intentaría resolver el problema de la integración social a través del mercado, el barroco lo haría apelando "…a la capacidad de síntesis contenida en la sensibilidad y en los espacios representativos. Mas que el mercado, lo que predomina en la sociedad barroca es el templo, el teatro y la corte." (1990: 113). Así, los aspectos ceremoniales y rituales cobrarán un gran valor[3]; las manifestaciones

---

2 Por otro lado, como sostiene Ángel Rama "…corresponderá a Arguedas descubrir la positividad del estrato social mestizo, será quien cuente con delicadeza su oscura y zigzagueante gesta histórica…" (véase el prólogo al libro *Formación de una cultura nacional Indoamericana*, de José María Arguedas).

3 Octavio Paz en su libro *Sor Juana Inés de la Cruz o las Trampas de la Fe*, expresa: "Una y otra vez se ha subrayado la extrema religiosidad de la época y su sensuali-

artísticas serán fundamentalmente visuales, ornamentales "…el barroco aspira a penetrar por los ojos no para promover la convicción racional sino para mover la representación sensible" (Op. cit.: 114). Esta cultura barroca no se caracteriza por ser "culta", textual o ilustrada, sino más bien popular, oral[4].

De este modo, investir a América Latina como cultura mestiza, barroca y ritual, es pensarla como particularidad, en donde se amalgamaron sangres y símbolos, en una historia de complejas combinaciones que torna, muchas veces, difícil definir su rostro. Las mismas denominaciones del territorio patentizan su incerteza: América, Nuevo Mundo, Hispanoamérica, Latinoamérica, Indoamérica, siendo las tres últimas las que muestran el intento por singularizar el juego de la etnicidad múltiple, dándole dominancia a unos componentes por sobre otros: el latino, el español, el indio. Tal vez, la acuñación del término "Mestizoamérica", propuesto por Aguirre Beltrán, sea el que con mayor precisión enuncie el rasgo cultural más sobresaliente de nuestro continente.

A la luz de lo expuesto podemos decir, entonces, que es posible postular la existencia de una identidad latinoamericana peculiar emanada de una síntesis cultural mestiza. Para nuestro intento, interesa detenernos en el proceso mismo de mestizaje y escudriñar en la construcción social de las diferencias sexuales que produjo esta cultura y sus consecuencias en el plano de la identidad genérica. Para comenzar esa aventura, intersectaremos historia y antropología, literatura e imaginación como herramientas válidas para restaurar la imagen olvidada de nuestros orígenes.

---

dad no menos extrema. El contraste violento entre severidad y disolución aparece en todas las manifestaciones de la Edad Barroca y es común a todos los países y a todas las clases" (1982: 105).

4 El barroco latinoamericano se evidencia también en su carácter ecuménico, en la integración de las pluralidades culturales dentro de un nuevo marco. Este último sentido se plasmó en el ideario de la orden jesuítica, cuyo proyecto "…se constituía sobre la base del respeto a la dignidad humana y enfrentaba el desafío de establecer un orden de convivencia entre los pueblos centrado en el respeto a todos los particularismos culturales. En este sentido representa la perfecta contracara del proyecto ecuménico ilustrado, construido a partir de una tendencia al progreso que homogenizaría a todas las culturas sobre la base del primado de la racionalidad formal… El reconocimiento del barroco como un proyecto moderno, pero no Ilustrado, de reconstitución de la ecúmene, constituye un punto importante para la comprensión del tipo de formación social que se gesta en América Latina" (Cousiño: 117-118).

SER MADRE Y SER HIJO: EL HUACHO COMO DRAMA COMPLEMENTARIO DE LAS IDENTIDADES GENÉRICAS

"Mi madre, niña de mil años,
madre del mundo, huérfana de mí,
abnegada, feroz, obtusa, providente,
jilguera, perra, hormiga, jabalina,
carta de amor con faltas de lenguaje,
mi madre: pan que yo cortaba
con su propio cuchillo cada día."
Octavio Paz (1975), *Pasado en Claro*

CONQUISTA Y COLONIA, NACIMIENTO DEL HUACHO Y LA MADRE SOLA

La conquista de América fue, en sus comienzos, una empresa de hombres solos que violenta o amorosamente gozaron del cuerpo de las mujeres indígenas y engendraron con ellas vástagos mestizos. Híbridos que, en ese momento fundacional, fueron aborrecidos: recordemos, por ejemplo, que el cronista andino Huamán Poma de Ayala habla del mestizo como el "cholo", el origen de esta palabra remite al quiltro, al cruce de un perro fino con uno corriente, es decir de un perro sin raza definida. El mestizo, era hasta ese entonces impensable para las categorías precolombinas. Pero, también para las europeas: cuando Francisco de Aguirre fue sometido a juicio por la Inquisición, respondiendo a una de las acusaciones dijo: "…confieso haber dicho que se hace más servicio a Dios en hacer mestizos, que el pecado que en ello se hace" (Medina, 1952: 85).

La unión entre el español y la mujer india terminó muy pocas veces en la institución del matrimonio. Normalmente, la madre permanecía junto a su hijo, a su huacho[5], abandonada y buscando estrategias para su sustento. El padre español se transformó así en un ausente. La progenitora, presente y singular era quien entregaba una parte del origen: el padre era plural, podía ser este o aquel español, un padre genérico, (Morandé, 1984).

La figura popular de "La Llorona" en Centroamérica, entrega elementos para comprender las complejidades de este modelo maternofilial. "La Llorona" es una muchacha india que ha engendrado un hijo con un blanco, cuando este la abandona, presa por el dolor, decide cometer infanticidio arrojándolo a un río: *"Mi madre me ha dicho que la sangre de los verdugos no se mezcla con la de los esclavos"* —dijo la

5 La palabra Huacho proviene del Quechua *Huachuy*, cometer adulterio. Designa tanto al hijo ilegítimo como al huérfano. Además, se utiliza para denominar al animal que se ha separado de su rebaño (véase Lenz, 1968).

joven al ejecutar su acto—. Cuando el niño cayó al agua, exclamó: *"¡Ay madre… ay madre… ay madre!.."* En ese momento la muchacha, conmovida, se sumergió en las aguas para tratar de salvarlo, sin embargo, sus esfuerzos fueron vanos, la corriente lo arrastró y nada pudo hacer. Mientras, el lamento: ¡Ay madre, ay madre, ay madre! siguió oyéndose. "La muchacha afligida no hallaba qué hacer y se enloqueció con el grito que no se borraba de su mente. Desde entonces anda dando gritos, por eso le encajonaron La Llorona. Su espíritu se quedó errante, dando gritos en la noche" (Palma, 1984: 6-7).

El mito de "La Llorona" narra una situación histórica común en América Latina, como fue la relación entre la indígena y el hombre español, habla de esa mujer y de sus contradicciones: ella no rechaza al blanco, mas al ser abandonada, repudia al hijo bastardo "…pero ya es demasiado tarde y el mestizo nace en medio de ese profundo desgarramiento y así es lanzado a la historia. La india es el instrumento del mestizaje y sola, levanta a sus hijos" (Op. cit.: 9). La mujer sola —junto al vástago huérfano de padre y de legitimidad—, aquella que ante el grito de "¡Ay madre…ay madre…" recupera una identidad y una "humanidad", será la gran figura de nuestra memoria colectiva.

Al parecer, la "tradición" que se había impuesto era la de una familia formada por una madre y su descendencia. El mismo Mellafe entrega esta información: "La población femenina indígena, en general, no se opone a este tipo de uniones, porque muy frecuentemente el concubinato con españoles, mestizos blancos y de color es la única posibilidad de cambiar de status social" (Op. cit.: 225)[6].

La noción de huacho que se desprende de este modelo de identidad, de ser hijo o hija ilegítimos, gravitará en nuestras sociedades —por lo menos los datos para Chile así parecen indicarlo— hasta nuestros días. El problema de la legitimidad/bastardía, atraviesa el orden social chileno transformándose en una "marca" definitoria del sujeto en la historia nacional, estigma que continúa vigente en los códigos civiles[7]. La ilegitimidad jugó un papel esencial en la formación de nuestra sociedad, y creemos que sus implicancias no solo pueden

6 De allí podría desprenderse el hecho común de que "La decencia sexual" es un valor supremo de la mujer de las clases altas, mientras que en las clases bajas, la relación sexual es el mecanismo de alcanzar mejor posición económica y social" (Palma, 1984).

7 El Código Civil actual conserva el concepto de hijo ilegítimo, reconociéndose el "simplemente ilegítimo" y el "natural". El primero es aquel que no es reconocido legalmente, y el segundo, aquel reconocido por la madre, el padre o por ambos, pero que ha nacido fuera de un matrimonio. La condición de hijo natural presupone una desventaja, en relación a la herencia, frente a los vástagos nacidos del matrimonio de uno de sus progenitores. Por otro lado, estos hijos aparecen legalmente como "sin abuelos", no pudiendo por tanto, heredar de estos.

analizarse desde un correlato sexual y cultural, sino también social: "Si bien algunos (de los ilegítimos) pudieron acceder al sector alto, y los progenitores de estratos bajos permanecer en ellos, son las *capas medias las que deben reconocer en la ilegitimidad de nacimiento parte importante de su origen*" (Muñoz, 1990: 47, énfasis propio). Este sello de ilegitimidad —la impronta del huacho— alude a la peculiar constitución de la familia en nuestro territorio y "…al rol jugado por las relaciones extraconyugales en la generación de una enorme masa de bastardos" (Mellafe y Salinas, 1988: 151)[8].

Podemos percibir que las "instituciones" que propiciaron la extensión de la ilegitimidad fueron las del *amancebamiento* y las de la *barraganía*. La primera apunta a la costumbre que "…resultaba del acuerdo tácito de una pareja de vivir juntos, sin legalizar su unión ante la Iglesia…" (Pinto, 1990: 87). Práctica que al parecer fue muy habitual y que algunos historiadores explican por razones ligadas a la estratificación social colonial, a la composición demográfica (mayor número de mujeres que de hombres) y a las trabas legales existentes: "Otra causa de esto es la alta contribución que cobra el clero por la ceremonia religiosa de las bodas… La consecuencia es que la mayoría del pueblo hace vida marital sin pasar por el matrimonio y cambia de esposa a gusto… la inmoralidad a llegado hasta tal punto que en los campos es moneda corriente y no provoca crítica alguna" (Bladh, citado por Mellafe y Salinas, 1988: 154).

La barraganía[9], por su lado, describe la situación acaecida en el momento en que se instala la familia legítima del conquistador con sus pares europeas o con mujeres mestizas, instaurándose por fin el "ideal" de la familia "cristiano-occidental". Sin embargo, simultáneo a este movimiento de canonización de las relaciones hombre-mujer y de legalización de su descendencia, se mantiene la institución del concubinato al interior, muchas veces, del mismo espacio familiar ya sacralizado por el matrimonio:

> Todo varón español en ejercicio de su varonía tenía, además de su mujer, una o varias concubinas indias o mestizas de modesta condición. Los hijos que le nacían de estas uniones consentidas por la costumbre, se agregaban a veces a la familia, aunque en rango inferior;

---

8 Este reguero de hijos de uniones libres o fruto de relaciones fugaces dejó a un gran número de niños en la orfandad total de madre y padre. Para acogerlos se creó una Casa de Expósitos, en el siglo XVIII, que cuidaba y criaba a los hijos abandonados (Cfr. Mellafe y Salinas, 1988).

9 Este término proviene de barragana y designa a la concubina que vivía en la casa del que estaba amancebado con ella. También alude a la mujer legítima, aunque de condición desigual y sin el goce de los derechos civiles.

> con más frecuencia quedaban como administradores o empleados de confianza. Formaban una especie de subfamilia, a la cual se atendía en esfera más modesta que la legítima. (Encina, 2007: Tomo 3, 175, en Montecino, 2007: 51)

De este modo, podemos apreciar que la familia colonial, en el caso de Chile, podría semejarse a una poligámica. Este fenómeno se justificaría, según el historiador antes citado, por la desproporción de sexos que se aprecia en la época y también por el hecho de que la mujer indígena provenía de una sociedad en donde la poligamia era una costumbre vigente. Por otra parte —y nótese el carácter de la interpretación dada por el autor— favorecería la barraganía el que "…la hembra aborigen, empujada cada vez con más violencia por el obscuro instinto de la especie, a buscar al macho de la raza superior, acabó por rehuir al indio hasta dentro del matrimonio" (Encina, 2007: Tomo 4, 162, en Montecino, 2007). Empero, no es difícil colegir que no se trató de una poligamia propiamente tal: en ese tipo de familias todos los hijos son reconocidos y las mujeres aunque tienen status diferenciales, no están en posición de concubinas. Pensamos que ese "rechazo" de la mujer india a su congénere, por la seducción del "macho superior", no es más que la expresión del "deseo" narcisista de un relato —el del historiador— que impone una visión sobre lo que fue la penetración del "otro" en el cuerpo social indígena[10].

La barraganía es, a nuestro modo de ver, otra vertiente del universo mestizo y de su modo de habitar el mundo. En este caso, la manifestación más clara de la brecha entre el discurso y las prácticas, entre el anhelo del "blanqueamiento" y la realidad del mestizaje. El amancebamiento y la barraganía, dan cuenta de una conformación peculiar de los vínculos entre los sexos que propició la gestación de un horizonte de mestizos, presos en la tensión de una sociedad inédita, que utilizó por un lado, las categorías discursivas europeas de definición social, pero por otro lado, vivió y practicó un nuevo orden de relaciones. La barraganía es la manifestación más palpable de esta tensión y de su resolución: demuestra la factibilidad de asumir un rostro blanco (la constitución de una familia legítima) y de uno no-blanco (la poligamia, el amancebamiento, la madre soltera, el huacho). Creemos que esta experiencia ha quedado como huella en nuestro ser mestizo, favoreciendo, por ejemplo, valores como el "culto a la apa-

10 En este sentido, es interesante señalar que, precisamente, en el mundo indígena reconformado en los pueblos de indios, los matrimonios y su descendencia no presentaron el problema de la ilegitimidad, y su estabilidad era mayor que las familias de mestizos y españoles (Cfr. Mellafe y Salinas, 1988 y Muñoz, 1990).

riencia". Este rasgo pervive y se actualiza en nuestro territorio, tal vez con otros ademanes que los históricos, pero con visajes que evocan el "ladinismo" de hacer aparecer la realidad como algo que no es[11]. Por ello, el simulacro será una de las actitudes evidentes de la constitución mestiza, la puesta en escena de su singularidad.

Por otra parte, como puede desprenderse de los estudios de Salazar (1990) y Pinto (1988) la economía rural y minera del Chile colonial propició la reproducción del huacharaje[12] —como lo trata el primero— y también del lacho —como lo descubre el segundo—. El lacho[13] de las zonas mineras del Norte Chico, agrega otro matiz a la familia de una madre y sus hijos: el lacho es el huacho que, desplazado de su espacio natal, "ampara" a la mujer, no a una, a muchas conforme a su deambular.

> Según un documento de 1756 (al "lachismo") se le podría definir como un seudocontrato entre un hombre y una mujer, mediante el cual el varón presta protección a la hembra, a cambio de vivir ocioso y mantenido por su protegida. Sin embargo, tal definición… se apoya más bien en el carácter peyorativo que dieron las autoridades a esta práctica, porque, en otros documentos, en que aparece el término, se usa no para referirse a ociosos y mal entretenidos, sino a trabajadores comunes y corrientes… (Pinto, 1990: 87).

Pareciera ser que la noción de "lacho" está ligada a la prostitución que se produjo en los enclaves mineros. No obstante, el mismo historiador relativiza el fenómeno al constatar que muchas de las mujeres que fueron calificadas como "escandalosas", por vivir con "lachos", eran casadas, por lo que "…la familia en esta región estaba muy expuesta a las presiones del medio, dando paso a formas de supervivencia bastante particulares, más propias de las circunstancias que de las normas que trataban de imponer las autoridades civiles y religiosas" (Op. cit.: 88)[14].

---

11 Es bastante común, en familias de clase media o alta, que hijos nacidos de relaciones prematrimoniales, sobre todo de hijas menores, aparezcan como vástagos de los abuelos. De este modo se cuida el "honor" de la familia y se evita la trasgresión moral que significaría el aborto. Esta situación que, en sectores campesinos, indígenas y populares en general, es asumida abiertamente (distinguiéndose entre padres biológicos y padres sociales), aparece disfrazada en esos otros estamentos.

12 Se refiere al conjunto de hijos ilegítimos (ver Lenz, 1968).

13 La palabra lacho alude al galán popular. El verbo lachar designa enamorar, hacer el amor. Según Lenz (1968) la etimología sería mapuche y provendría de la palabra lazo mapuchizada.

14 La tradición oral del norte guarda memoria de esta situación, contando los avatares de esas relaciones desde la perspectiva de la mujer. La leyenda de la "Añañuca" es un buen ejemplo. Hasta antes de la Independencia se decía que la Añañuca era una

Las "circunstancias", a las que alude Jorge Pinto, creemos son aquellas que el huacho mestizo lleva como signo de su constitución: el abandono, lo errático del padre que emula el hijo. El *pater*, en tanto categoría existente, pero vacía de presencia en la familia, se desplaza al lacho que substituye al que no está, siendo él mismo ausente de otro espacio donde una mujer engendró con él hijos que seguirán su viaje, una mujer que permanecerá sola, tal vez esperando que otro (lacho) ocupe el lugar de aquel que partió.

El modelo de una familia centrada en la madre, abarcó durante la colonia a todas las clases sociales; encomenderos y soldados, indios de servicio y mestizos se trasladaron permanentemente de espacios. La prolongada Guerra de Arauco y la economía minera y agrícola, favorecieron una constante migración de los hombres. Las mujeres permanecían por meses, e incluso años, solas, a cargo de estancias y familias, socializando a los hijos junto a sirvientas y parentelas femeninas. Cada madre, mestiza, india y española dirigió el hogar y bordó laboriosamente un *ethos* en donde su imagen se extendió poderosa.

Nos interesa remarcar entonces, que la cultura mestiza latinoamericana posibilitó, por así decirlo, un modelo familiar en donde las identidades genéricas ya no correspondían ni a la estructura indígena ni a la europea, prevaleciendo el núcleo de una madre y sus hijos. Este hecho interroga a las formas en que se produjeron las identificaciones primarias. ¿Cómo fundaba su identidad masculina un huacho cuyo padre era un ausente? ¿Cómo se constituía la identidad de la mestiza huacha frente a una madre presente y único eje de la vida familiar? Creemos que la respuesta se anida para la mujer en la constitución inequívoca de su identidad como madre (espejo de la propia, de la abuela y de toda la parentela femenina) y para el hombre en ser indefectiblemente un hijo, no un varón, sino el hijo de una madre (Morandé, 1984). La figura del padre tránsfuga, es también la imagen del poder, un dominio lejano y masculino que reside en los espacios fuera del hogar (dentro de este el poder lo detenta la madre). El afecto que prodiga la progenitora es el único referente amoroso, la silueta de esa mujer encinta ilumina las sombras que ha dejado el virtual padre de los mestizos.

---

flor joven de carne y hueso. Un día llegó al lugar un joven minero que buscaba derroteros. Quedó hechizado por la belleza de la niña morena y se quedó en el poblado. Una noche soñó con un duende que le indicó el sitio preciso en donde se encontraba la veta perdida. El joven minero se fue. La niña quedó esperando el regreso de su amor, pero este no volvió más. La muchacha murió de pena y fue enterrada un día de aguacero. Al otro día alumbró el sol y el valle se cubrió de flores rojas. Así nació la Añañuca (Cfr. Plath, 1983: 55).

LA REPÚBLICA, EL TIEMPO DEL HUACHO Y DE LA MADRE REPLEGADOS EN LOS BORDES SOCIALES Y EN EL IMAGINARIO MESTIZO

Si en el período colonial, la barraganía y las familias constituidas por una madre y sus hijos fueron un modelo familiar común, la época de la República viene a transformar, al menos en el discurso y en las "restricciones" sociales, esas fórmulas. Para los independentistas se trataba de acceder, por fin, al sitial de la civilización. La entronización de uniones ilegítimas, el concubinato y la madre soltera, eran vistos como productos de una sociedad que no había logrado el estadio del progreso, una sociedad en donde el peso de la tradición indígena pervivía en los mestizos y dificultaba el acceso a esa añorada civilización. La sexualidad debió así ser constreñida y por tanto, la "libertad" de las mujeres —en cuanto a su cuerpo— sancionada.

Pensamos que el proceso que ocurre, en el siglo XIX chileno, es uno en donde las capas altas de la sociedad se ciñen discursivamente al modelo familiar cristiano-occidental, monógamo y fundado por la ley del padre, y las capas medias y populares persisten reproduciendo una familia centrada en la madre y con un padre ausente. Es interesante notar, que ya en los albores del siglo XX y muchas décadas después, aunque las clases dominantes asistían a este proceso de "blanqueamiento", subterráneamente proseguían en ellas las uniones ilegítimas y la siembra de huacharaje. La institución de la empleada doméstica en la ciudad, de la china (india) que sustituía a la madre en la crianza de los hijos y la estructura hacendal en el campo, dan cuenta de la presencia de estas relaciones.

La china, la mestiza, la pobre, continuó siendo ese "obscuro objeto del deseo" de los hombres; era ella quien "iniciaba" a los hijos de la familia en la vida sexual; pero también era la suplantadora de la madre, en su calidad de "nana" (niñera). China-madre y china-sexo se conjuntaron para reproducir la alegoría madre/hijo de las constituciones genéricas en nuestro país[15]. En el mundo inquilino, la imagen del hacendado como el "perverso trascendental" (Morandé, 1980), es decir como el fundador del orden, lo hacía poseer el derecho de procrear

15 El uso de la palabra "china" adquiere en nuestro lenguaje una complicada aplicación: "...quienes la utilizaban como insulto para subordinados sociales, ellos mismos, la utilizaban como epíteto de cariño para llamar a sus amadas... En el uso social chileno, la palabra se movía entre el extremo "china de mierda", en el lado malo, y el extremo "mi chinita" en el otro. La distinción, entonces, entre un "nosotros" formado por blancos puros y un "ellos" que son indios, no corresponde al uso real del lenguaje por parte nuestra. Los hablantes que usaban "china", podían fluctuar entre la posición de blanco (cuando insultaban a su servidumbre) y la de indios (cuando se acogían a una asombrosa intimidad erótica con sus amadas)" (Guzmán, 1990: 90-91).

huachos en las hijas, hermanas y mujeres de los campesinos adscritos a su tierra. Así, numerosos vástagos huérfanos poblaron el campo con una identidad confusa.

Por otra parte, podemos constatar que la ilegitimidad y el abandono de niños fueron también prácticas comunes en la época republicana. Las casas de huérfanos, los hospicios, se extendieron a lo largo del territorio, tal vez como expresión del concepto privado y paternalista de la beneficencia social (Mellafe y Salinas, 1988), pero también como soportes de una ética que condenaba el infanticidio y el aborto, "amortiguándolos" a través de esas instituciones. A su vez, las casas de expósitos paliaban, en parte, la mortalidad de los niños de las familias pobres, dándoles una posibilidad de sobrevivencia[16].

Pensamos que será en este período en donde con mayor vigor se exprese el "culto a la apariencia" que ya hemos descrito para el Chile colonial. Todo simulará estar dentro de un orden "civilizado", reprimiéndose una serie de fiestas y prácticas populares que permitían el libre discurso de una sexualidad y de una ritualidad (Salinas, 1985). Las costumbres coloniales —concubinato, amancebamiento, etc. — fueron duramente condenadas, no obstante continuar desarrollándose en la vida cotidiana de todos los segmentos sociales, pero apareciendo imputadas fuertemente a los sectores populares y campesinos.

LA MIRADA DESDE EL HUACHO

El historiador Gabriel Salazar, en su sugerente texto "Ser niño huacho en la historia de Chile" (1990), asume la voz de los hijos sin padre —curiosamente es un trabajo histórico escrito en la primera persona del plural— conformando, como lo expresa, una historia desde los bordes, que ilustra magníficamente el "drama" del padre ausente, de su hijo huacho y de la madre sola, de la constitución de modelos de identidad genérica en los albores del Chile independiente y contemporáneo.

Para este autor, en el siglo XIX chileno, ser hijo de un peón-gañán implicaba "…hacerse la idea de que papá no era sino un accidente —o una cadena de incidentes— en la vida de su prole. Los hombres como Mateo —el gañán— no formaban familia. Se sentían compelidos, más bien, a "andar la tierra". Entonces, el padre se transformaba en un ser "…legendario pero inútil… el anti-héroe de lo que era deseable en la sociedad" (Op. cit.: 58). "¡Pobre papá, daba lástima. A

16 Salinas y Delgado dicen: "…el abandono vino a reemplazar otras formas de eliminación de hijos, tales como el infanticidio, muy común hasta fines del siglo XIX, o la muerte por hambre o inanición. Frecuentes testimonios de la prensa y de la crónica de la época hacen referencia al hallazgo de cadáveres de recién nacidos en calles y caminos. A ellos aludía Santiago Lindsay, en 1858, definiéndolos como 'crímenes inhumanos que se han hecho comunes'" (1990: 47).

veces, como merodeando, aparecía en el rancho de mamá. Como un proscrito culpable, o como padre irresponsable que era. Una leyenda penosa". Pero, esta no era solo la realidad del padre-gañán; el padre inquilino emerge sumiso al lado del patrón, y autoritario en su hogar: "… ¿no han sentido en piel viva el escozor de cómo él deja entrar a los patrones al rancho, que vienen a divertirse con la mamá, o las tías, o las hermanas de uno?" (Op. cit.: 59). El inquilino no podía oponerse a este "derecho" del patrón por estar en su propiedad, por ello, "…papá inquilino era un hombre ostentosamente sometido, en presencia y ojos de sus muchos hijos" (Op. cit.: 60).

Salazar plantea que estos padres, el gañán ausente y el inquilino, impulsaban a sus vástagos a dejar el núcleo familiar, pues este era un proyecto fracasado, y así los hijos pasaban a ser "huachos, por opción de dignidad". Algo muy similar ocurriría con el padre pequeño propietario, quien, la mayoría de las veces presionado por sus deudas debía abandonar a su prole. Entonces, la imagen paterna del siglo XIX y comienzos del XX, es la de alguien "…que perdió su batalla. Nada que pudiera retener a los hijos al lado de ellos. Que abriese un camino ancho y firme para que, tras su ejemplo, se desarrollaran los muchos hijos que echaba al mundo. Nos repelía y lo repelíamos… el hecho real es que resultamos huachos. Niños y muchachos que estaban demás sobre el camino" (Op. cit.: 62).

La figura de la *mater*, sin embargo, permanece: "…en su fracaso, los hombres escapaban de sus hijos, mamá en cambio no podía escapar de nosotros" (Op. cit.: 63). Mas, la silueta de la madre es ambivalente. La pobreza la obligaba a repartir a alguno de sus muchos hijos, a abandonarlos en una casa de expósitos, o a recurrir al "amancebamiento" y a la prostitución para sostenerlos: "…mamá era una de las mujeres llamadas abandonadas, pero era joven. Vivía sola y atraía hombres como moscas" (Op. cit.: 65). A pesar de ello, la madre presente surge como la cobijadora de la familia de huachos: como lavandera, fritanguera o fondista, obtenía ingresos para mantener el hogar.

Cuando esta madre se convierte en asalariada, y se hace por ejemplo, costurera u obrera, es vista como cambiando su "…independencia escandalosa, por una decencia enfermiza. Cuando mamá creyó dignificarse fue justo cuando nos recluyó en una especie de cárcel… y fue justo allí cuando reapareció papá, viniendo derrotado no sé de dónde, dispuesto esta vez a vivir con su familia "proletaria". Salazar sitúa este proceso a principios del siglo XX. Pero, la familia proletaria tampoco se realizó bajo la estructura canónica de la cultura cristiana occidental: el alcoholismo paterno, la prostitución de las hermanas, compelía nuevamente a los hijos a abandonar el hogar. "Había que comprenderlo, la vida para nosotros… consistía en buscarnos entre

nosotros mismos, puertas afuera. En armar relaciones entre huachos y para huachos" (Op. cit.: 66). Finalmente, el autor planteará que esta unión conformará la piedra más firme de la identidad popular y que "La camaradería de los huachos constituyó, el origen histórico del machismo popular" (Op. cit.: 67).

La lectura de esta mirada desde el huacho posee varios matices. Uno de ellos es que trae a escena la experiencia colectiva de la ilegitimidad, como hecho fundante de una cosmovisión que otorga a los sujetos una especificidad social. Se trata de vivencias recopiladas en el siglo pasado y a comienzos del presente, narrados desde la óptica del huacho-hijo. El otro pliegue del texto —develador de esa visión— es el silencio sobre la huacha. Solo en tanto madre, de los vástagos abandonados por el padre, es posible reconocer lo femenino. El hablante-historiador, a pesar de él mismo, al nombrar a esa madre formula el reclamo inconsciente del huacho: ella es una prostituta, una "escandalosa", y además vive su maternidad como un estorbo. Por otro lado, esta no presencia de la hija-huacha delata la internalización de la díada madre/hijo como categorías asignadas a los géneros dentro de la cultura mestiza. El destino de la hermana del huacho será la servidumbre, suerte que también su progenitora podrá tener, y no podemos olvidar que la servidumbre entrañaba en esa época ser objeto sexual del patrón. Así, madre y hermana compartirán un mismo espacio en la psiquis del hijo: lo femenino como fuerza genésica, arrasadora, cuerpo que siendo seductor (abrasador) está asociado a lo reproductivo más que a lo afectivo, e irrevocablemente anclado en la función maternal.

Quizás la conminación a esa maternidad —a la que se le exige, de algún modo, más sacralidad— y el reproche contra el padre ausente constituyan, como lo cree Salazar, la matriz del machismo nacional. El bastardo buscará su legitimidad en lo heroico —la cofradía de los huachos que luego se troca en bandidaje, en protesta social o en violencia contra lo femenino—, pugnando por superar su estadio de hijo, asumiéndose como "macho". Pero, ese huacho seguirá nombrando en los dobleces de su imaginario el vacío del *pater* y la presencia de la madre (aunque impugnada) en su relación con las mujeres. El hijo huacho que narra el relato de Salazar aparece, desgarradoramente, enunciando la trama de la constitución de las identidades de género en nuestro país.

LA VOZ DE LA MADRE

Si Salazar nos entrega una imagen histórica desde el punto de vista del hijo, Jorge Guzmán (1984), aporta el enfoque desde la madre, el otro polo de nuestra construcción social de las diferencias genéricas. Su trabajo es un análisis literario sobre la poesía mistraliana que nos

acerca a la cosmovisión latinoamericana, pues la literatura es voz particular que se "arma" en el lenguaje colectivo.

Guzmán descubre en la escritura de la Mistral el "drama simbólico" entre el hombre y la mujer y específicamente la tragedia textual de una feminidad chilena. El argumento de este "infortunio" se inicia con la imagen de una mujer locamente enamorada que es abandonada: su amado muere. La muerte situará a este hombre, como sujeto, en el ámbito de lo puro. Desde ahí, el amado se transfigura en niño, vástago engendrado solo por la madre, en una operación de fecundidad virginal. El deseo de procrear en la *yo mistraliana* está disociado de la eroticidad: el cuerpo de la mujer no está preparado para recibir a un hombre, sino a un niño.

Para Guzmán, en los textos de la Mistral la maternidad anega el mundo y las cosas creadas, la madre asume también las características del padre, porque ella es todo. La madre está asociada a la imagen de la tierra, la mujer es una mutación de la tierra. Como contraparte, también el imaginario de la poetiza muestra la otra faz de la maternidad: el de la Virgen demoníaca: "Bendito mi vientre en que mi raza muere". Una raza que muere toda vez que la mujer se niega a parir, gesto de inversión de la imagen salvífica de María (y de la *mater* latinoamericana), pero a la vez estrategia que coloca a la mujer en un sitial sacro. Su sacrificio, es decir la negación de su ser femenino (ser madre), la lleva a transformar su cuerpo en la tierra. La propuesta de la maternidad como origen del cosmos y la rebeldía ante ella, retornan a la mujer a una trascendencia inevitable.

> Todo pues, tal como en el resto de la cultura occidental, sale de un elemento masculino, pero lo que aquí consterna es que la masculinidad básica de estos poemas está muerta desde el principio, por acción de una mujer y porque la afectaba el mal, y que ha sido esa misma mujer…la que ha restituido el sentido a la realidad y también a sus objetos, en un acto de creación propiamente divino. (Guzmán, 1984: 45)

Desde el núcleo primario del amado infiel (del que abandona, del muerto, del ausente) la Mistral bordará una imagen del mundo compuesta de la díada madre/hijo. Una madre divinizada, que es la eternidad, que es el paraíso, con la cual la hija (espejo de su madre) establece una relación mística. Incluso el espacio de la identidad colectiva, la Patria, es "…más precisamente una Matria, no el lugar donde reina el Padre, sino el territorio de la Madre" (Op. cit.: 56).

El drama para el hijo hombre, entonces, es que en este modelo materno-filial "…el centro de la realidad es una figura femenina por relación a la cual cabe solo ser niño" (Op. cit.: 57). Así, el autor sostendrá que esta hiperbolización de lo materno es un elemento propio hispanoamericano cuya vertiente cursi ha originado la imagen tanguera de la "viejita", y en la otra una madre enorme, misteriosa, amante y terrible.

El corolario de la "tragedia" es la ausencia del *pater*, en él no hay fundación de orden ni de sentido y su ausencia, es además moralmente repulsiva: "El padre es siempre un espejismo, como el agua en los desiertos. O más precisamente, es siempre el lugar vacío que la lengua española produce al mencionarlo en nuestra realidad mestiza y que origina un fantasma referencial, expuesto y asumido en estos poemas" (Op. cit.: 67). Finalmente, Guzmán señala que el padre ausente, ha sido sustituido, en nuestra cultura, por el Macho, por el Chingón, por el Rico, por el Dictador: "…todas figuras masculinas incapaces de darle un sentido que vaya más allá de la náusea a una realidad que al castrar a sus hombres, robándoles su destino, su identidad, su auto-respeto, su creatividad, condena a la feminidad al heroísmo poético" (Op. cit.: 77).

De este modo, a través de un análisis literario encontramos la revelación de la *mater* en todas sus complejidades, definiendo el modelo de relaciones femenino/masculino que se afinca en la cultura mestiza. La poesía de Gabriela Mistral sutura lo que en la realidad aparece disperso o no asumido, y que es develado por la escritora, como una suerte de yo colectivo, que habla por todos aquellos que lo vivencian como sujetos moradores de un *ethos*.

A MODO DE COROLARIO

El recorrido histórico, antropológico y literario que hemos hecho nos aproxima a la manera peculiar en que los mestizos han elaborado una posición en el mundo. Básicamente hemos intentado conocer los contenidos genéricos que produjo el proceso de mestizaje. Las circunstancias experimentadas por nuestros pueblos condujeron a una gama de situaciones que se sintetizan en la formación de una identidad en donde el abandono, la ilegitimidad y la presencia de lo maternal femenino componen una trama de hondas huellas en el imaginario social. Los perfiles de la mujer sola; del hijo procreado en la fugacidad de las relaciones entre indígenas o mestizas con hombres europeos; del niño huacho arrojado a una estructura que privilegia la filiación legítima de la descendencia; de la madre como fuente del origen social, surgen como ademanes reiterados en el devenir del territorio.

La experiencia del abandono ha sido el tópico insistente de la constitución genérica mestiza: la mujer solitaria (por fuga o muerte de su pareja), los hijos desvalidos por la ausencia del padre o por ambos progenitores. En suma, la repetición de una renuncia que se ancla en el afecto. La gestación de una dominancia de la mujer en la estabilidad de la vida cotidiana, la asunción de lo femenino como Madre, ha otorgado a esta imagen una fuerza asombrosa que se debate tanto en lo positivo como en lo negativo, y que muchas veces adquiere

ribetes fantásticos. Así lo atestiguan los numerosos mitos que pueblan nuestros campos y que se refieren a la Viuda Negra, a la Calchona, a la Lola, especies de reversos de las madres que asolan a los hombres conduciéndolos a la muerte. Las viudas, esas mujeres solas, y en duelo permanente, son el relato que la tradición popular ha transmitido para nombrar el poder —y la normativa que de él emerge— de la madre sobre los hombres, fundamentalmente contra aquellos que cometen "faltas" (borracheras, "remoliendas", ambición, etc.)[17].

Así, un desequilibrio ronda a los sujetos mestizos ("mi madre: pan que yo cortaba con su propio cuchillo cada día", como dice Octavio Paz). La superación de las categorías de madre/hijo, la asunción del problema de la ilegitimidad y su consecuencia en el simulacro, las máscaras o el culto a la apariencia, plantean una serie de interrogantes que suponen una nueva mirada hacia nuestra cultura. Estamos ciertas que un análisis profundo, de los materiales transmitidos por nuestra memoria histórica, podrán abrir un gran campo de cuestiones que responderían a la tensión entre los géneros que hemos descubierto en este somero recorrido, y también iluminar los destellos mestizos de una identidad que hoy semeja una fractura, pero que no es más que la constatación de una síntesis cultural emboscada por su negación.

BIBLIOGRAFÍA

Cousiño, Carlos 1990 *Razón y ofrenda: ensayo en torno a los límites y perspectivas de la sociología en América Latina* (Santiago: Universidad Católica de Chile).

Guzmán, Jorge 1984 *Diferencias latinoamericanas* (Santiago: Ediciones del Centro de Estudios Humanísticos, Universidad de Chile).

Guzmán, Jorge 1990 "Las categorías de blanco/no blanco" en *Tópicos* (Santiago: Centro Ecuménico Diego de Medellín) N° 90.

Lenz, Rodolfo 1968 *Diccionario etimológico de las voces chilenas derivadas de lenguas indígenas americanas* (Santiago: Editorial del Pacífico).

Medina, José Toribio 1952 *Historia del tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en Chile* (Santiago: Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina).

Mellafe, Rolando 1986 "Demografía histórica de América Latina. Fuentes y métodos" en Historia social de Chile y América. Sugerencias y aproximaciones (Santiago: Editorial Universitaria).

17 La "Cegua" en Centroamérica es otra variante del tema de las viudas chilenas (Cfr. Palma, 1984).

Mellafe, Rolando y Salinas, René 1988 *Mesa: Sociedad y población rural en la formación de Chile actual: La Ligua 1700-1850* (Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile).

Montecino, Sonia 2007 *Madres y huachos. Alegorías del mestizaje chileno* (Santiago: Catalonia).

Morales Benítez, Otto 1984 *Memorias del mestizaje* (Bogotá: Plaza y Janés).

Morandé, Pedro 1984 *Cultura y modernización en América Latina* (Santiago: Universidad Católica).

Muñoz, Juan Guillermo 1990 "Los hijos naturales en la doctrina de Malloa" en Pinto, Sonia (ed.) *Familia, matrimonio y mestizaje en Chile colonial* (Santiago: Universidad de Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades, Depto. de Ciencias Históricas) Vol. 4.

Palma, Gabriel 1984 "Chile 1914-1935: De economía exportadora a sustitutiva de importaciones" en *Estudios CIEPLAN* (Santiago) N° 12.

Paz, Octavio 1975 *Pasado en Claro* (México: FCE).

Paz, Octavio 1982 *Sor Juana Inés de la Cruz o las Trampas de la Fe* (México: FCE).

Pinto, Jorge 1988 "La violencia en el corregimiento de Coquimbo durante el siglo XVIII" en *Cuadernos de Historia* (Santiago: Universidad de Chile).

Pinto, Sonia (ed.) 1990 *Familia, matrimonio y mestizaje en Chile colonial* (Santiago: Universidad de Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades, Depto. de Ciencias Históricas).

Plath, Oreste 1983 *Geografía del mito y la leyenda chilena* (Santiago: Nascimento).

Rama, Ángel "Prólogo" a Arguedas, José María *Formación de una cultura nacional Indoamericana* (México: Siglo XXI).

Salazar, Gabriel 1990 "Ser niño huacho en la historia de Chile" en *Proposiciones* (Santiago: Sur) Vol. 19.

Salinas, Max 1985 *Canto a lo divino y religión del oprimido en Chile* (Santiago: Rehue).

Salinas, René y Delgado, Manuel 1990 *Los ojos del vicio y del pecado. La mortalidad de los niños abandonados (1750-1930)* (Santiago: Ediciones SUR).

Valdés, Adriana 1989 "En torno a la cultura", ponencia presentada en la *Reunión de Expertos sobre la Mujer y la Cultura* (Santiago: CEPAL).

José Bengoa

LA COMUNIDAD PERDIDA*[1]

LA NOSTALGIA RURAL

Es una paradoja. A pesar de ello, es un elemento central en la cultura chilena. En este país, en su cultura e identidad, en el inconsciente colectivo, la ruralidad tiene una importancia central. La historia social, la historia cultural de Chile, no es comprensible sin la ruralidad. Siendo, como es bien sabido, la urbanización de Chile un fenómeno bastante temprano y general, la ruralidad tiene un peso cultural desmedido. Esa es la paradoja.

Esta primera afirmación puede parecer obscena para quienes quisieran creer que ya nadamos en la modernidad. La identidad de este país ha estado principal y casi exclusivamente basada en un modelo cultural global proveniente de la antigua experiencia rural de la sociedad. La ruralidad, verdadera o aparente, ha sido el modelo de identidad nacional, el modelo de convivencia nacional, el modelo valórico,

* Bengoa, José 1996 "La comunidad perdida" en *La comunidad perdida* (Santiago: Sur) pp. 57-69.

1 Una primera versión de este artículo apareció en el diario *La Época*, en septiembre de 1995.

que ha unido, que ha interpretado a los chilenos, en especial a su clase media y obviamente a sus clases populares.

La sociabilidad chilena urbana se ha guiado por pautas rurales tradicionales. Esto es válido hasta el día de hoy, no ha sido modificado por los sucesivos intentos de las modernizaciones. El trato entre ricos y pobres, entre patrones e inquilinos, después llamados obreros, empleados o "colaboradores", sigue teniendo una impronta premoderna, lejana a la igualdad ciudadana, rural en su esencia, paternalista por una parte y despreciativa a la vez del pueblo, de profunda raigambre oligárquica.

Si se observan y estudian los modelos existentes de cultura urbana, nos daremos cuenta de que no existen o son embrionarios y efímeros. Se ha discutido largamente en la historiografía nacional si ha existido cultura obrera. No podemos menos que llegar a la conclusión, hoy día, de que esta fue muy superficial. ¿Qué otra cosa es Humberstone, sino una gran hacienda trasladada en forma monstruosa al desierto? ¿Se ha suprimido acaso en Chile la servidumbre, como ocurrió en Europa y Estados Unidos hace ya siglos o décadas? No podemos menos que afirmar la prevalecencia de modelos de interrelacionarse socialmente que vienen de una situación de ruralidad. Estos se superponen de modo sutil a las modernizaciones aparentes, reducidas al uso de objetos, pero que no han calado hondo en las relaciones más profundas de la sociabilidad chilena, de los mecanismos de identidad societal, de los sistemas estructurales de producción cultural.

A diferencia de Argentina, que está tan cerca, y de otros países que han logrado levantar una "cultura ciudadana", es decir, de la gente que vive en las ciudades, en Chile no se ha dado ese paso. Más aún, el chileno de clase media observa la cultura de masas argentina y la desprecia por "plebeya". Ve en la democratización de las relaciones sociales una falta de respeto, una pérdida de calidad oligárquica, una identidad "chabacana". Al imaginario "patricio" del criollo chileno, le repugna la realidad "plebeya" del ciudadano, del "sans culotte", del "roto venido a pije", del "medio pelo", del "siútico", que con singular desparpajo, seguridad en sí mismo, y en voz alta, opina acerca de cualquier materia, teniendo apenas un barniz de "alta cultura". Los plebeyos se entrometen en los laberintos del saber culto, lo que resulta insoportable para la cultura oligárquica urbana del chileno de clase media.

Se puede afirmar, a modo de hipótesis de trabajo, que en Chile no se constituyó nunca, ni se ha constituido, una "cultura ciudadana". En este país, la cultura se desarrolla en la ciudad, pero intenta, con una fuerte carga de nostalgia y añoranza, reproducir un pasado mítico rural, que muchas veces incluso no existió. Es un pasado imaginario, tanto el de las clases altas —Los Huasos Quincheros— como el de

las clases populares: las chinganas y el tiempo feliz del vagabundaje libre por los campos y enramadas.

A esta cultura urbana nostálgica de una ruralidad perdida en la lejanía de los tiempos, mitad del siglo pasado quizá, se la puede ver reproducida y repetida al absurdo en la cultura cotidiana y de identidad del país. La ciudad se aferra a ese pasado mítico, mitológico, a falta de una identidad propia que la caracterice, la especifique, le otorgue algún grado de certeza.

Frente a la soledad urbana, se rememora con nostalgia la comunidad que nunca existió, el campo abandonado ya por décadas, el mito "del sur", el tiempo de las "vacas gordas", cuando se comían grandes asados al palo, cuando los panes eran tan grandes que se les decía "galletas".

Los fenómenos migratorios sin duda tienen que ver con este proceso de instalación persistente de la cultura rural en la ciudad, y con las maneras como se han ido constituyendo las clases sociales en Chile.

La comunidad, la nostalgia de la comunidad, más bien, es el fundamento de la cultura urbana chilena, es el eje de la identidad no modernizada, es el sustrato que establece las seguridades, los procesos de estabilidad, y también los fenómenos de incertidumbre que cada cierto tiempo nos afligen.

LAS CARAVANAS DE CLASE MEDIA

Por definición, las clases medias son las clases más urbanas posibles. En buena medida, en nuestro país, y en este siglo, la cultura predominante ha sido y es la cultura de clase media. Podemos legítimamente preguntar, entonces, por qué esas clases medias no han desarrollado una cultura netamente urbana, de ciudadanos.

Uno podría decir que las clases medias han tenido tres grandes orígenes, o que los chilenos de clase media provenimos de tres grandes caravanas, a su vez compuestas de numerosísimas carretas[2].

---

2 En una primera publicación, hablaba de las "tribus" de clase media. Pero al leer posteriormente a Maffesoli (1993), que utiliza este término en sus trabajos, lo he cambiado, ya que no me identifica. El sociólogo francés no le otorga al concepto el grado de "amabilidad" que quisiera imprimirle. Es por ello que lo he cambiado por la imagen más amable de "caravanas". La imagen de las caravanas y convoyes que componen nuestra sociedad mesocrática es alusiva, simbólica y también históricamente. En el año 1906, la naciente revista *Zig Zag* mostraba las fotos de las carretas que van cruzando ríos para instalarse en Capitán Pastene, Traiguén, Lumaco, en fin, el sur de Chile. Eran italianos, suizos, alemanes, españoles, que habían llegado al puerto de Talcahuano, algunos, otros a Valparaíso, y después de viajar en tren al sur habían debido subir sus enseres a las carretas cubiertas de amplios toldos de lona. Aludimos a los cientos e incluso miles de chillanejos, parralinos, talquinos, costinos que en los últimos años del siglo diecinueve y comienzos del veinte, subieron sus utensilios a las carretas y partieron también al sur. Otros fueron dejados por sus familiares en la

La primera caravana proviene de los procesos de descomposición y diferenciación del antiguo artesanado, principalmente, y de las clases medias o grupos medios del siglo pasado. Por ejemplo, los funcionarios de compañías extranjeras, los profesionales de los ferrocarriles, y numerosos otros sectores de raigambre netamente urbana que existen en el país desde muy antiguo.

Una investigación más acuciosa nos podría llevar a indagar si en este sector se desarrolló algún grado de cultura e identidad ciudadana propiamente tal. Los artesanos del siglo pasado, ¿lograron construir un espacio de identidad suficiente como para iniciar un proceso de construcción cultural? No pareciera haber ocurrido. Más bien, su pérdida de vigencia y pauperización los condujo a fundirse con el proletariado naciente del país, los obreros, los trabajadores, la militancia del Partido Demócrata de fines del siglo, del que surgen las tendencias socialistas.

La segunda caravana, la más estudiada y conocida, es la proveniente de las migraciones extranjeras, las grandes formadoras de una clase media que aparece casi prototípica en el país. Entre ellas, la inglesa, quizá la primera en Valparaíso, y luego la italiana, la palestina, la española de comienzos de este siglo, la alemana del sur, la yugoslava —o croata, como se dice hoy en día— de Punta Arenas y Antofagasta e Iquique y luego expandida por el territorio, y varias más, que se juntaban en clubes y hoy rememoran algunas olvidadas efemérides.

Esta clase media de origen inmigrante europeo es la que, según dicen algunos, le otorga al país ese carácter occidental, alejado de lo indígena mestizo. Es la característica que diferenciaría al país del resto de América Latina. La clase media de origen migratorio es lo que haría al país parecerse a Uruguay y Argentina, formar parte del "cono sur blanco" de América Latina.

Desde la perspectiva que estamos tratando, sería muy interesante analizar la propensión oligárquica de estas clases medias migrantes. El hecho de venir de Europa, de traer una cierta cultura considerada positivamente por las clases altas chilenas, les permitió intentar ascender socialmente. Los ex campesinos alemanes, italianos, españoles, y para qué decir los ex marineros y comerciantes ingleses, pasados unos pocos años de su arribo —una generación apenas en la mayor parte de los casos—, no reconocieron su pasado, lo mitificaron y a veces incluso lo "blasonaron". Su necesidad de conquistar el "Nuevo Mundo" los llevó, quizá, a fundirse en los valores de las clases y sectores dominantes de la sociedad chilena.

---

estación del tren y viajaron a la "capital" en los convoyes incesantes que llevaron las migraciones a Santiago y a las grandes ciudades.

Estas oleadas migratorias no fueron del tamaño suficiente para constituir por sí mismas un sector autónomo, recrear una cultura, como sucedió en las grandes ciudades norteamericanas; por tanto, buscaron estrategias adaptativas. Se confundieron muchas veces con los ricos del país, trataron de casarse con sus hijas, miraron a los pobres con desdén, a lo más con paternalismo o demagogia, como los afamados primeros Alessandri. Le pusieron, al decir de Ricardo Donoso, las gotas mediterráneas a la política nacional, dominada por vascongados de adusto ceño. Podríamos decir lo mismo de muchos otros apellidos ilustres que hoy llenan la vida pública nacional. Se apoyaron en el pueblo para ser aceptados por los que habían llegado anteriormente. Se adaptaron al uso de la tierra.

En eso consistió "hacer la América" en Chile. Fue un proceso rápido de ascenso social de los migrantes en el país, de ocultamiento de su pasado europeo, normalmente de alpargatas y chaqueta de pana. No se tradujo en un retorno a su tierra natal, cargado de riquezas, como el de los antiguos "indianos" o los ingleses que iban a buscar gloria y fortuna a la India para, de esa forma, ascender en la escala social londinense. Pascual Baburizza, el gran salitrero yugoslavo, ya rico, le regaló a su pueblo natal en Croacia, un puerto y diversas obras, pero no volvió a instalarse allí. Por el contrario, construyó casas, parques y fundaciones de bien público en Chile, como el afamado Parque del Salitre en Viña del Mar y la Escuela de Estudios Agronómicos en San Vicente, Los Andes. Se había instalado para quedarse, y para siempre.

En este sentido, la oligarquía chilena fue receptiva. En la medida en que los recién llegados se adaptaban a sus usos y costumbres, los aceptaba. Es propio del carácter "isleño" de nuestra sociedad. Las islas tienen costumbres acogedoras con el extranjero; los reciben con collares de flores y bailes, les abren las puertas de sus casas. Chile ha sido definido por muchos como una gran isla rodeada de "mares" insalvables; Guayasamín, el pintor ecuatoriano, habló alguna vez —citando quizá un lugar común— de la cordillera como el mar vertical. Neruda explotó estas imágenes *ad nauseam*.

En la Colonia, los pocos extranjeros que llegaron relatan que eran agasajados en demasía. La estadía de María Graham en Santiago, según su diario, es una seguidilla de fiestas, recepciones, paseos al campo y actividades incansables de agrado. La pregunta que se repite por siglos es: ¿qué le parece el país?, mostrando el orgullo y el temor de quien vive en una isla austrocontinental del fin del mundo.

Se fue produciendo, por tanto, una permanente inclusión de los recién llegados a las clases medias e incluso altas del país, bajo la condición de adaptarse a la cultura y usos del nuevo mundo conquistado. Que también a ellos los había conquistado.

El gran período de formación de la clase media, de las clases medias, fue el de las últimas dos décadas del siglo pasado y los primeros cuarenta años de este, en que jugaron un papel central en la vida cultural, social, económica y política de Chile. Aníbal Pinto ha señalado con razón a esa etapa como el tiempo "mesocrático". No significa que hoy las clases medias hayan perdido peso, sino que no están en su período emergente; ya se han consolidado como tales, se han diferenciado, segmentado en diversos estratos, subestratos, grupos: agrupaciones de diferentes "carretas" de acuerdo a su modo de pensar, actuar, ponerse la corbata, provenir de determinados colegios, aspirar a determinadas conquistas; o simplemente "etnias mesocráticas" diferenciadas por la pronunciación de las eses.

Cada estrato o subestrato tiene su propia historia. Se debería estudiar su origen para explicar con un poco más de detalle por qué las clases medias y sus diversos segmentos se comportan de una manera específica. Esta "etnografía" permitiría entender con mayor precisión por qué en el siglo veinte estos sectores han jugado un papel tan determinante en la política y en la cultura, llegando a ser *el modelo de comportamiento deseado* de casi la totalidad de la sociedad chilena.

LAS CARAVANAS DE LAS PROVINCIAS

La tercera gran caravana es la formada en las provincias, la mesocracia de las migraciones rurales. Nos ubicamos temporalmente en el comienzo de ese gran período de formación de las clases medias, las últimas décadas del siglo pasado y las primeras de este.

El ocaso del ciclo triguero en la agricultura, fines del siglo diecinueve, provocó una ruptura profunda en las clases agrícolas provinciales y, sobre todo, significó el inicio del descenso social de un tipo de medianos propietarios que, a partir de allí, se transformaron en un sector empobrecido de las sociedades de provincia, con el antiguo recuerdo de "pasados esplendores" y con la ideología y cultura de propietarios "venidos a menos", como decía el poeta Pablo de Rokha.

En el caso de la costa de Talca, zona central del país, este proceso fue característico. Constitución había llegado a tener una situación floreciente. Las exportaciones del trigo del Maule se hicieron por ese puerto durante décadas, los barcos recorrían el río Maule con los productos de exportación, las barcazas o "lanchas maulinas" llegaban cargadas de granos hasta California. Pero vino el fin del ciclo triguero.

En ese ambiente de crisis, el cierre de las "casas comerciales" que tenían su sede en Constitución y su traslado a la "capital" dio origen a una nueva ola que vino a reforzar la emergente clase media. Muchos de los integrantes de esta nueva caravana se ligaron al radicalismo y a la masonería, agrupación religioso-social que tendría la mayor impor-

tancia en la formación de las clases medias laicas y en la constitución de una cultura mesocrática en el siglo veinte.

Otro caso donde hay alguna evidencia acerca de los procesos ocurridos a finales del siglo pasado, es Chillán, que ha sido y es una gran fuente productora de clase media. En Chillán se produjo una suerte de intensa convulsión social con la crisis del trigo, que provocó un cambio en la propiedad de la tierra. En la década de los ochenta del siglo pasado, estas tierras de segunda calidad, las vides de pobres rendimientos y en general una agricultura menos favorecida que la de más al norte, comenzó a hacer crisis. Muchos perdieron sus propiedades; otros, mediante negocios, compras, astucia, agruparon tierras. Los inquilinos, los trabajadores de las haciendas, los pequeños propietarios que perdían sus tierras o sus pertenencias, iniciaron una larga marcha hacia el sur, hacia la Araucanía.

La colonización del sur será una salida para los "venidos a menos" de Chillán. Otros, muchos, viajarán a Santiago. Traerán consigo la música, el habla de la tierra, los gustos sabrosos de las comidas.

Chillán es, también, el centro de la picaresca nacional. Tomás Lagos escribía, en alguno de sus innumerables relatos históricos, que allí se juntaba la mano de obra "temporera" de la época. Era el lugar de enganche de los segadores. Sus "pintas" al parecer eran maravillosas: grandes sombreros, polainas, cueros de animales que les protegían pantorrillas y antebrazos, morrales del tamaño de un baúl donde llevaban sus "monos", cacerolas, sartenes y vidas. En esa plaza del mercado, que hasta hoy se conserva, se juntaban a jugar al naipe en partidas interminables que solo se suspendían con los enganches de los fundos. En esas "briscas rematadas", al calor de pipeños de Cayumanqui, fue surgiendo la picardía que hoy Nicanor Parra pone en medio de la cultura chilena, uniendo de gran manera el desenfado posmodernista con el aguzado ingenio de los peones de fines del novecientos. Los Parra, honra de nuestra cultura, son los expresivos embajadores de esa caravana clasemediera chillaneja, heredera de las peonadas, de los inquilinos mayores o menores, de a caballo o de a pie, como cuenta en sus décimas autobiográficas doña Violeta.

Del Chillán descampesinizado surgió una de las grandes culturas nacionales. Es gente que perdió mucho, que en la crisis dejó sus tierras, sus animales, sus campos, sus querencias. La nostalgia los invadió por generaciones. Inauguraron y mantuvieron la cultura nostalgiosa del campo en las ciudades. En buena medida, han sido los causantes del mantenimiento de esta identidad perdida.

Algún día entenderemos el mestizaje rural que se fue formando en largos depósitos en el secano costero, en los valles internos, en esa mitad del país, en esas provincias del sur agrícola. Entenderemos el

Parral de Neruda, el Elqui de Gabriela, el Chillán de la Violeta, de Nicanor y de don Roberto, el Licantén de De Rokha y, por qué no decirlo, también el Chanco de los Pinochet.

En estas caravanas que viajan de las provincias germina con fertilidad el estatismo. Son agrupaciones, como se ve, surgidas de diversas crisis. Buscarán en el Estado, el protector contra los males y el desamparo. Se apoyarán en el pueblo para defenderse a sí mismas, para "subir", "trepar" como Martín Rivas, prototipo de provinciano visto con la lupa oligarquizante, afrancesada y despreciativa de Blest Gana.

Aquí está la explicación, posiblemente, de por qué estas clases medias, también, fueron principalmente laicas: son producto de la dominación católica hacendal. La clase media que viene del campo es la que inaugura en nuestro país el verdadero laicismo, un laicismo militante. Atrás dejaron al latifundio católico, al cual, a fin de cuentas, perciben como el culpable de su situación de "venidos a menos", y se juntan en las ciudades en "logias", como lo han hecho todos los migrantes.

Es evidente que, en tercer lugar, además de estatistas y laicas, las clases medias fueron proeducacionistas. Allí residía su pasaporte para la entrada a la ciudad. Sin educación no eran —no son— nada. Muy tempranamente unieron su raigambre antigua, su prosapia venida a menos, con la cultura. Se adueñaron de la cultura ante la mirada de la oligarquía, que creía que sabía todos los nombres de los pintores de París. Ya en las primeras décadas del siglo, eran la clase culta. La generación del 27, los estudiantes fundadores de la FECh, casi todos ellos migrantes o de provincia o del exterior —De María, Neruda, Gómez Rojas y tantos otros—, inauguraron el modelo intelectual del país, la propiedad mesocrática de la cultura y la educación como única vía cierta de ascenso social.

LA COMUNIDAD RECUPERADA

La clase media recuperó la comunidad perdida a través de la política. Formó centros de reuniones, donde se rememoraban los grandes asados de la ruralidad. Estos se llamaron, entre otros, Clubes Radicales. Allí se fue recuperando la comunidad rural, a través de un circuito de amistades reproducidas en el ámbito urbano. Las costumbres no cambiaron, más bien se acrecentaron. El plebeyismo del comer y beber, de agruparse tras nuevos caciquismos, las clientelas políticas reconstruidas en la ciudad, rememoran el tipo de convivencia dejada atrás; o quizá, incluso, reinventan un tipo de sociabilidad rural que tampoco nunca existió o a la que los migrantes quizá nunca tuvieron acceso.

La clase media reprodujo en la ciudad la casa grande, las empleadas y nanas, el jardinero, la visita a las tías y abuelas —si es que vivían aparte—, el respeto por el dueño de casa, patrón, hombre,

que sale a trabajar y vuelve esperando que todas las cosas estén en orden. Los viajeros llevaron en las carretas de sus largas caravanas la cultura heredada, los imaginarios rurales reales y frustrados, y, principalmente, los siervos, las siervas, los inquilinos, el afán de mandar, de ser obedecidos. Allí se trasladó el baúl más pesado, el de la dominación hacendal. Se reprodujo en la ciudad esa forma aldeana de sentir y ver al otro. La segmentación infinita de las clases sociales de la comunidad rural, que solo es y ha sido igualitaria en la mentalidad enajenada de quienes la han abandonado.

¿Por qué se trasladaron estos baúles tan pesados y no se dejaron olvidados en el campo? Allí reside una de las claves para el entendimiento de nuestra historia cultural, de lo que es la sociedad chilena de este siglo. Lo concreto es que este traslado implicó que no se construyera durante décadas una cultura urbana, de ciudadanos, de iguales, en que la meritocracia fuese el sostén de la vida social, por lo menos en un cierto y mínimo grado.

La modernización industrialista desde los treinta a los setenta combinó, por una parte, el intento de transformación de las fuerzas de la producción; y, por otra, el mantenimiento de la comunidad, de sus valores tradicionales, en el ámbito de la convivencia, del saber vivir, de los asuntos básicos de la vida.

Pablo de Rokha, entre otros, pero de manera muy excelente, trató de construir esta síntesis entre lo rural y lo urbano, lo tradicional de su Licantén de infancia y la apertura hacia el mundo externo, el necesario universalismo de la modernidad.

> Afirmo y reitero que las cosas estimulan, condicionan, determinan el ser interno, las ideas, los sentimientos, me estoy diciendo al recordar la casa antigua y solar de mis abuelos en el Licantén de 1901. Porque, ¿acaso ese afán poderoso de orden y arquitectura, de orden como cuadrado, soberbio, tranquilo, pastoral o aldeano, licantenino, provinciano, que me trabaja la materia del espíritu, no emprende la total carrera desde el vértice de la gran propiedad de Clase Media de los antepasados de aquel villorrio, por el cual se paseó lo locura melancólica y pasional de don Juan de Dios Alvarado? […] El corredor miraba a la ribera, rosado y enladrillado, todo río. Los diez pilares eran diez jardines y diez racimos […] adentro estaba encuadrada de corredores interiores, crecían los tejados sobre los naranjos del patio, en el cual lloraban las violetas y desde el cual se veían las tumbas de las generaciones en el faldeo y el peral florido de Ordóñez, el panteonero.
> […] Pues bien, todo lo anterior, íntegro y dramático, y todo lo mío como un proceso roto que se desarrolla en la historia, empujado por el ímpetu cíclico, recaía en la figura crucificada de don Juan de Dios Alvarado […] era la configuración patética de la locura, crisis licantenina, el agua fuerte de los venidos a menos y los oportunistas de la clase media.

Es la historia de toda una gran familia, de todos los licantenes, de todos los venidos a menos, de los que tratan de recuperar la nostalgia en la ciudad, reconstruir lo irreconstruible, la comunidad perdida.

EL PRESENTE INCIERTO

¿Cuál es el orden y la arquitectura, podríamos preguntarnos con el "Amigo Piedra"? ¿Dónde está ese orden cuadrado, soberbio, tranquilo, pastoral y aldeano? ¿Qué otra cosa es la cultura, sino el saber de manera inmanente lo que es bello y lo que no lo es? ¿Qué cosa es la identidad, sino esa capacidad de conocer de una mirada lo que es de uno, nuestro, y lo que no lo es, que es ajeno, extraño, extranjero, de fuera de la comunidad?

Podríamos agregar, ¿acaso no nos reconocemos en esos paisajes, en esos pasillos, en esos espacios, en esos olores, en ese sueño perdido de ver desde la ventana las tumbas de nuestros padres y abuelos?

La ruptura comenzó hace años. La generación del treinta trató de construir esa síntesis en la poesía, en la pintura, en la política, en todas las manifestaciones del arte, de la cultura y de la vida, Sería largo irlas detallando una a una; el lector cuidadoso le encontrará nombre a cada una de las cosas. La Mistral trató de unir Vicuña y Paihuano con el mundo, Neruda sus paisajes sureños con la esperanza revolucionaria y universalista de la humanidad, Venturelli pintó a los pobres de esta tierra como si fueran caminantes de la Gran Marcha China, Donoso ha hecho de un pueblito de camioneros y prostíbulos cerca de Talca un "lugar sin límites". En política hubo muchos que trataron de unir las ideas del mundo con las empanadas y el vino tinto.

La gran cultura democrática de este siglo es de clase media, es mesocrática. Es un intento, parcialmente exitoso y también frustrado, de dar contenido a la nostalgia rural. De universalizar la comunidad perdida.

De una u otra forma, el autoritarismo de los últimos veinte años fue una extensión, impropia quizá, de esta fusión, en la que se ha debatido nuestra identidad nacional. Fue la variante autoritaria de la fusión rural-urbana. Porque la base rural de nuestra cultura es también autoritaria. Se levantó sobre la estructura de dominación más brutal, primero sobre el indio, después sobre el campesino, sobre la mujer, sobre la naturaleza también, sobre la peonada, sobre los obreros, los rotos. Es una identidad en que la fuerza no está ausente. Ese oscuro lado de la cultura se reprodujo en las ciudades, en el sistema político, en el poder urbano. No fue reemplazado por una democracia ciudadana de personas educadas, de gente "civil", de una intelectualidad afinada. Los límites estaban en la sobrevivencia de la comunidad y sus carretas, en el peligro de desatar la guerra de

todos contra todos. El caos hobbesiano. Eso fue lo que ocurrió. Las hordas no se soportaron más y la comunidad, con sus códigos de conducta básicos, se fracturó.

¿Cuál es la base de reconstrucción de esta comunidad? La hegemonía actual de los principios democráticos impide la reiteración del *ethos* comunitario en el contexto de la autoridad, del caciquismo, de la política entendida como juego de poderes ocultos, logias de migrantes venidos recientemente del extranjero o del campo. La gente joven ha nacido en la ciudad de sus padres y no tiene recuerdos ni resonancias rurales.

La cultura de la comunidad recuperada tampoco es hoy ni paradigma ni modelo. De Rokha invitando a sus amigos en la azotea de su edificio santiaguino a comer "prietas" de Chillán, no es una imagen siquiera decente para las generaciones que buscan una cultura ciudadana. La comunidad no se va a reencontrar en las imágenes rurales trasplantadas.

Ha habido un intento serio en estos años de reparación de las fracturas por la vía de la reconciliación. Ha sido el intento de rearticular la comunidad en los principios, que supuestamente le otorgaron sentido y razón. Pero esta solidaridad básica no es suficiente por sí sola, no es capaz de dar sentido a las acciones.

Frente a la reconstrucción de la cultura de la comunidad, que busca una parte de la población, se impone la razón instrumental, la lógica pragmática, el valor del mercado, la competencia, la racionalidad de las cosas, principalmente de las cosas llamadas modernas.

La ausencia de identidad, la ausencia de comunidad, la ausencia de pertenencia, puede ser el peor mal de esta tierra. La modernidad, una vez más, puede llegar a ser un fantasma inasible, un futuro de frustración. Los aprendices de brujos de hoy pueden ver destruidas sus propias fantasías.

La reconstrucción de la comunidad pareciera ser la tarea de los intelectuales en los próximos años.

LA CULTURA AUSENTE

No logro observar demasiados resultados o respuestas por el lado de la multitud posmodernista, llena de claves herméticas, de búsquedas marcadas por el elitismo, de decepción teórica y aceptación entusiasta de las reglas que le impone el mercado. Pareciera que allí se da el uno a uno de la modernización económica y la construcción cultural. El ejemplo de los De Rokha, y de muchos otros que se jugaron por modernidades, es diferente. Allí predominaba la crítica. No eran el uno a uno de la Corfo, de la industrialización sustitutiva, de la maquinaria y la tecnología, que conducirían al Chile de los años treinta al paraíso. Los que lo fueron, pasaron a la historia —o se perdieron en ella— como corifeos del momento, productos deslavados

del entusiasmo pasajero. No pareciera ser que quienes hacen de las exportaciones el modelo cultural puedan tener mucho éxito en esta empresa intelectual decisiva.

Más aún, hoy día en Chile se vive una rejerarquización evidente. La corriente cultural conservadora que azota algunas partes del mundo como consecuencia del término de la guerra fría, es releída en el país como un reforzamiento de los esquemas tradicionales de comportamiento. Las clases altas y medias emiten un discurso cada vez más esquizofrénico de modernidad y tradicionalismo. Dicen querer a toda costa la modernización del país, pero conservando todos los "valores" tradicionales. Estos "valores" no son otra cosa que "privilegios": mantenimiento de una sociedad estamental, concentración del poder cultural, reproducción de la servidumbre en condiciones cada vez más modernas de trabajo. Es evidente que no es posible sostener dos mensajes tan contradictorios. Como dicen los jóvenes, quieren meter un "mall" dentro de un "convento".

Es por ello evidente, además, que el regreso a los valores tradicionales de la comunidad no solo es imposible, sino absurdo. No es posible reeditar, como base cultural, la intolerancia ideológica, religiosa o simplemente cultural.

También la política, como expresión comunitaria, ha dejado de tener sentido. No es pensable en el Chile de hoy hacer de la política el centro de la vida social, de las comidas, de los clubes, de las logias, de la vida de las caravanas nostálgicas de las tierras que dejaron. La política se ha modernizado sola, no ha necesitado siquiera que existan entes modernizadores. Frente al caciquismo, al clientelismo, a la maniobra astuta, como forma de vida, las masas votantes quizá aún responden, pero no así la gente joven, los pensantes, que son cada vez más. Nadie se compromete con algún grado de convicción frente a una propuesta carente de sentido.

Quizá el desafío consista en retomar críticamente la tarea de los De Rokha. El gran proyecto que hace De Rokha es tratar de urbanizar la cultura popular, la civilización de la chingana, la cultura rural, lanzarla a la universalidad, no negarla. Es también, a su manera, el proyecto nerudiano. Asumir el sensualismo de las culturas rurales, de las culturas populares, todo ese calor de la comunidad, la historia común, la solidaridad de la familia que en Valparaíso acoge al "perseguido" del Canto General.

Se trataría de modernizar el afecto de la comunidad, sin perderlo. Qué otra cosa es la casa de Pablo Neruda en Isla Negra sino un intento de Casa Hacienda, Casa de Campo mirando hacia afuera, hacia el mar, hacia la universalidad. Es la colección de los amigos, de las caravanas de acá y de allá.

No es por casualidad que la más importante figura que se les ha ocurrido a los novelistas chilenos haya sido comparar al país con una casa de campo, con una casa grande, con la casa de los espíritus, la novela chilena más conocida en el mundo, la que hoy día identifica más al país, nos agrade o no. El mundo rural pena de una manera fantasmal.

A pesar de que a partir de los años treinta la urbanización es un hecho real, uno se pregunta, ¿dónde está esa cultura que da cuenta de esta urbanización? ¿qué cultura es? La clase alta no tiene cultura, Hizo casas afrancesadas cuando se iba a Francia, hizo estilo Virginia al acercarse a las avenidas Pedro de Valdivia y Providencia, y hoy al parecer reproduce lo que aparece en las revistas de paisajismo y ornamentación, en medio de prados ya diseñados hace años en las colinas de Los Ángeles. Solo copia. La copia, después de pasado el tiempo, se incorpora, por acostumbramiento, a la cultura; se hace propia, pero se inició siendo copia. ¿Dónde está esa cultura? No ha estado en Huidobro. Ese fue el intento paralelo al nerudiano y rokhiano, la universalización de la cultura de la clase alta. ¿Qué fue? El formalismo. Al despojarse de la ruralidad, de la violencia de la clase alta agrícola, de su antepasado encomendero, Huidobro se queda en París, se pega a una cultura ciudadana por excelencia, la asume, la trata de importar sin éxito. ¿No le ocurre lo mismo a Matta? Ambos son los hijos pródigos de la comunidad, renuncian a la caravana y enfilan su carreta hacia otros paisajes. Es una opción.

En la imagen de la casa está quizá la clave. En el orden, en la arquitectura, en las líneas que deben señalar los pasillos del diario vivir. Ese es el desafío de este nuevo ciclo de la identidad perdida que se viene sobre el país y que ha profetizado Eduardo Devés. Es el desafío de la cultura, la reconstrucción de la comunidad. Recuperar el calor de la casa, de la seguridad de las líneas adustas y solemnes por todos conocidas y que nos parecen bellas. Abrirse a las más diversas aventuras del conocimiento en la negación de la copia. Hacer las cosas buscando el sentido oculto, usando la crítica, rompiendo el esquema simplista de la autoidentidad por la vía de la ansiedad.

La casa que dibuja Gonzalo Contreras (1990) es terrible, es la oposición a la amabilidad de la añorada casa de campo; expresa la ruptura de la comunidad, la ausencia de ese pueblo anterior a los acontecimientos, el terror de la gente, los hijos infradotados, la derrota. Allí solo hay una comunidad quebrada. Puede ser una imagen dura, pero cierta, de nuestra cultura.

Nuestra identidad es el desafío para este pequeño país que pretende abrirse al mundo, vender buena parte de lo que produce y es, comprar los artículos y bienes recién inventados, conectarse a los circuitos mundiales. Si en este intento no nos afirmamos en nuestra comuni-

dad, no la reinventamos, no la modernizamos, difícilmente tendremos éxito en esta aventura extranjera. Nos perderemos en ella.

BIBLIOGRAFÍA

Contreras, Gonzalo 1990 *La ciudad anterior* (Santiago: Planeta).

Maffesoli, Michel 1993 (1985) *El conocimiento ordinario* (México: Fondo de Cultura Económica).

Tomás Moulian

CHILE ACTUAL: ANATOMÍA DE UN MITO

LA INSTALACIÓN*

SE LLEGABA AL FINAL. Un final que pareció, después del triunfo plebiscitario, un principio. Pero que fue en realidad el término exitoso de la operación transformista. Un final producido en un escenario distinto del previsto (sin triunfo de Pinochet), pero que —por lo mismo— probó la versatilidad de los dispositivos de protección.

LA PREPARACIÓN DE LA CEREMONIA

Como se ha mostrado a través del relato histórico, los estrategas del transformismo apostaron a ganar tiempo. Como jugadores de póker esperaron hasta el final para mostrar las cartas. Por lo tanto las principales leyes políticas se aprobaron o empezaron a tener efectos desde enero de 1987.

Con una única excepción, que a la postre resultó decisiva. En 1985 fue aprobada por la Junta la ley sobre el Tribunal Calificador de Elecciones. No existía una disposición constitucional que obligara a acelerar el trámite de aprobación de esa ley, tampoco ninguna necesidad

* Moulian, Tomás 2002 (1997) "La instalación" y "El periodo de (des)gracia" en *Chile actual: anatomía de un mito* (Santiago: Lom / Arcis) pp. 337-349 y 355-358.

política. No había elecciones ad portas y en caso que las hubiera la disposición constitucional vigente las excluía del control del Tribunal. La Constitución estatuía que ese Tribunal solo entraría en funciones para la primera elección después del plebiscito de 1988.

Es muy importante recordar la historia de esa norma. El ejercicio permite mostrar cómo estuvo inicialmente planeada la operación transformista. Estaba montada como una simulación. Al estatuirse el no funcionamiento del Tribunal Calificador de Elecciones para el plebiscito no iban a existir formas públicas y oficiales de garantizar la corrección del proceso electoral. Se enfrentaría la palabra de la oposición y de los observadores internacionales con la palabra del ministerio del Interior. Por supuesto que el proyecto aprobado por la Junta no cambiaba esa situación, más bien la refrendaba.

Pero no ocurrió lo mismo con el Tribunal Constitucional, el único contrapeso parcial al monopolio del poder durante el período de la "dictadura revolucionaria". Este en un estrecho fallo determinó que no podía realizarse el plebiscito en condiciones de legitimidad sin la existencia de un control legalizado de los escrutinios desde la mesa al nivel nacional, el cual asegurara la mayor igualdad de oportunidades para las opciones en disputa. Este fallo cambió la letra de la Constitución, argumentando a nombre del espíritu de la Constitución. Fue un fallo profundamente político, aunque no lo pareció en su momento. Lo fue porque colocaba el largo plazo por encima de la coyuntura, al sistema por encima de la persona de Pinochet, cuya voluntad de ser el candidato nominado era públicamente conocida[1].

Uno de los argumentos básicos, no esgrimidos en público, fue que la inexistencia de control oficial tendería un manto de ilegitimidad sobre el triunfo del candidato nominado, aún en el caso que este fuere logrado por buenas artes. Sería de todos modos una víctima del "rumor y la maledicencia". El único modo de evitar ese peligro era que se restableciera el sistema tradicional de control público.

Esta decisión tuvo una influencia central. Sin ella no hubiese sido posible la "instalación". La oposición no hubiese tenido otro camino que rechazar el plebiscito, por visible ausencia de garantías mínimas. La creencia de que los militares ganarían de todos modos hubiese adquirido carácter de una certeza y no de una sospecha. Al actuar como lo hizo, el Tribunal Constitucional no respetó la letra de la Constitución del ochenta pero sí el espíritu estratégico de la operación transformista, asumiendo el riesgo de afectar los cálculos de corto plazo de Pinochet. Este quería la reelección, sin importarle si era una simula-

1 Para un análisis de los entretelones políticos ver Cavallo, 1998.

ción. El organismo que él mismo había inventado, cuyos miembros había seleccionado, se preocupó —contra él— de proteger al sistema de la duda de la ilegitimidad, que hubiese pesado todo el período sobre los hombros del presidente plebiscitado.

La decisión del Tribunal Constitucional, que la Junta no tuvo más remedio que acatar, fue promulgada a fines de octubre de 1985. Ese dato inesperado ya era conocido cuando el resto de las leyes políticas empezaron a hacerse públicas.

En octubre de 1986 fue promulgada la ley de inscripciones electorales, a fines de febrero del año siguiente se abrieron los registros electorales. Así comenzaron las escaramuzas finales de la larga batalla por la "instalación".

Sin embargo, entre los opositores moderados no hubo dudas sobre la necesidad de inscribirse en los registros electorales. Un mes después de abiertos estos, un grupo de exparlamentarios de distintos partidos de la AD acudieron a inscribirse con publicidad, dando su bendición a esta operación, en la recta final de la puesta en marcha del nuevo régimen político.

El problema no residió allí. Las verdaderas peleas se dieron en torno a dos cuestiones: la inscripción de los partidos y la participación en el plebiscito sucesorio.

Efectivamente la aceptación de la ley de partidos planteaba múltiples problemas. Hubo numerosas objeciones menores, pero la principal se refería a la norma de pluralismo limitado; a la prohibición ideológica, por tanto a priori, que pesaba sobre los partidos marxistas[2]. Esa restricción, que castigaba ideas y no conductas, representó problemas de ética política para todos los partidos opositores.

Es muy importante señalar que el Tribunal Constitucional evitó la aprobación de una norma que prohibía el uso de nombres y símbolos de los partidos existentes antes del golpe militar. De haberse aprobado esa disposición legal, ella hubiera obligado a la creación de un partido único de la oposición, una organización de carácter instrumental como el Movimiento Democrático Brasileño (MDB), de los tiempos de régimen autoritario[3]. Por una extraña obsesión, algunas de estas dictaduras intentaron imponer un bipartidismo en lugares de tradición multipartidaria. La chilena lo buscó, primero a través de la prohibición de los antiguos partidos, lo que hubiera presionado a la oposición a agruparse en una sola organización. Fracasado esto, volvió a la carga a través del régimen electoral, con el cual han forzado a un

2 El Tribunal Constitucional declaró, a fines de enero de 1985, la inconstitucionalidad del MDP.

3 Véase Lima Junior, 1989.

sistema de dos grandes coaliciones que canalizan el multipartidismo tradicional. Pero a este último no han podido erradicarlo[4].

La apuesta del régimen militar se jugaba gran parte de su suerte en esta decisión de los partidos opositores. La estrategia transformista necesitaba de la participación opositora. Por tanto, estos tenían una cierta capacidad de presión, por lo menos se trataba de una coyuntura propicia para imaginarla.

Pero después de las derrotas políticas del período 83-86 el realismo había reemplazado a la ambición. Era una oposición, con toda razón, exhausta. Estaba deseosa de sustituir el heroísmo y la claustrofóbica clandestinidad o la incierta-difusa semiclandestinidad por el escenario conocido de una elección.

Esta disponibilidad era el fruto ácido de sucesivos entuertos, fracasos o derrotas: las de 1983-1984, en que no se fue capaz ni de negociar al amparo de la masa en ebullición ni de potenciar su capacidad de sublevación; la de 1985, en que no se supo salir del repliegue y en que se embarcó en una alianza estéril con la derecha regimental; la de 1986, en que no se pudo poner en movimiento las energías de las primeras protestas y en que se desinfló el globo de la sublevación.

En marzo de 1987 se aprobó definitivamente la ley de partidos. A fines de agosto, una Junta Nacional facultó a la directiva demócrata-cristiana para iniciar las operaciones de inscripción. Estas se materializaron a mediados de septiembre del mismo año.

Había empezado a armarse el tramado de decisiones necesario para la materialización final del transformismo. Se estaba dibujando el último trazo del círculo virtuoso que condujo hacia "la pacífica, ordenada y ejemplar transición chilena".

Transformismo = gatopardismo = neoliberalismo en neo-democracia. Chile caminando a grandes trancos hacia su blanqueo, hacia su olvido, hacia la represión de sus recuerdos y de sus pasiones. Hacia el ideal de la desmemoria de sus élites. ¡Que los fantasmas de lo vivido no retornen más, nunca más!

Después del primer paso, vino el segundo. A mediados de diciembre de 1987 se constituyó el Partido Por la Democracia, el cual inicialmente fue pensado como el partido instrumental de la izquierda incorporada al sistema.

Seguía pendiente, sin embargo, un conflicto central. Se trataba de la modalidad plebiscitaria, lo que significaba la definición del procedi-

---

4 En la elección municipal de octubre de 1996 casi alcanzó ese desiderátum. Las dos coaliciones agruparon el 92,1%. En las elecciones parlamentarias de 1993 habían alcanzado el 87,1%. Es difícil discernir la racionalidad de intereses que hay detrás de este empeño obsesivo.

miento y del candidato. Sin embargo, para la oposición moderada la decisión estaba prácticamente tomada, ya formaba parte de la avalancha. Su problema era cómo arrastrar hacia la inscripción electoral y el voto negativo a la multitud opositora, incluyendo los sectores radicalizados.

Esa posibilidad fue abierta por el viraje del PS-Almeyda, una fracción socialista con discurso ortodoxo que desde 1983 había estado vinculada al MDP. ¿Se trató acaso de una compleja y recargada negociación, digna de la magnitud de la definición? ¿O más bien fue el producto de la "fuerza de las cosas"?

El PS-Almeyda descubrió, con anticipación respecto a los otros grupos que formaban el MDP, los principios de realidad que operaban en la coyuntura. A esa altura existía la imposibilidad de luchar contra el "efecto esperanza" que había producido el futuro plebiscito. Desde la apertura de los registros electorales esta consecuencia ya estaba en el aire.

Ese partido descubrió, además, que se estaba perfilando un giro total de la política. Como había vencido la operación transformista, decidieron o pensaron que era necesario (para la democracia y el socialismo) subirse a su lomo. El modo de hacerlo era romper la cofradía de los puros y con ello eliminar el estigma que desde la izquierda radicalizada se hacía caer sobre los "asimilados".

El 6 de enero de 1988 el PDC llamó a votar No en el plebiscito, veinte días después el PS-Almeyda hizo lo mismo. El 2 de febrero se creaba una nueva coalición, más amplia que la AD, la Concertación. El PS-Almeyda abandonaba la épica de la rebelión para entrar a tallar en las nuevas negociaciones de poder.

En esas decisiones el olfato pragmático de algunos de sus principales dirigentes jugó un papel central. Pero en el irresistible viraje del socialismo ortodoxo, desde los sótanos de la clandestinidad, desde la dureza casi gutural del discurso izquierdista radicalizado hasta las sutilezas tecnologizadas e hipermodernas de la campaña plebiscitaria con su discurso envolvente de la "alegría ya viene", se manifestaba el fracaso de una política y los límites de cierta analítica crítica de la dictadura militar.

En ese sentido la decisión del PS-Almeyda representó algo distinto que una mera deserción. Fue el reconocimiento de que la política de la ilegitimación estaba agotada y que ella se batía en retirada y le cedía el paso a una política sistémica. Ese acto cerró simbólicamente el período anterior.

Juzgar estos hechos no es tan simple como encontrar los culpables de la violación de unas conciencias virtuosas[5]. Empujados por la

5 Incluyendo la mía entre esas conciencias violadas. Formé parte de la Intransigencia Democrática y del "Comité de lucha contra el fraude". Este último fue pasando

historia, los opositores entraron en el túnel que se les venía encima. Al principio primó en ellos la idea de un mal menor, de una opción cerrada, sin alternativas; por lo menos alternativas más originales que la perpetua repetición de la indignación moral.

Uno tras otro se fueron alineando tras el voto No. El 16 de junio de 1988 el Comité Central del Partido Comunista dio a conocer su decisión, abriendo paso al llamado de la Izquierda Unida a sumarse al voto negativo.

LO QUE ESTABA EN JUEGO O LAS RAZONES DEL PESIMISMO

Esas decisiones significaron aceptar competir dentro de las reglas fijadas por una dictadura revolucionaria, haciendo un gesto de credibilidad hacia un acto que solo podía ser un simulacro. ¿Cómo un régimen de ese tipo podía jugarse el poder en una elección con sufragio universal?

Todavía la mayor parte de los dirigentes creían que en la elección se jugaba el poder y también creían que, por ello, se estaba frente a una decisión inevitable pero estéril. Lo más probable y lo lógico era que la elección fuera un fraude.

Todavía no habían descubierto que el poder decisorio estaba distribuido tan estratégicamente que no tenía un locus privilegiado, que ya no estaba depositado como un objeto tangible en las cajas fuertes del Palacio de La Moneda, por mucho que el sistema político se llamara presidencialista.

Aún no se habían entendido bien las razones por las cuales esta dictadura revolucionaria había comulgado tan fervientemente con la fobia antiestatista y la apuesta societalista del neoliberalismo. El proyecto estratégico para afirmar sólidamente el poder del capital, para consolidar la subordinación radical (subsunción) de la mercancía fuerza de trabajo y asegurar —desde el mercado, sin peligro de interferencias "decisionistas"— la magnitud de la tasa de ganancia, era necesario diluir el poder decisorio, deslocalizarlo y neutralizarlo a través de contrabalances. Solo así se lograría que no hubiese peligros de cambios de orientación populista. El procedimiento era hacer los cambios políticamente inviables, al menos que fueran consensuados; era transformar los cambios no consensuados en utópicos porque implicarían la amenaza de una revolución contra la legalidad.

En realidad, hasta después del triunfo no se captó la magnitud de la trampa. Antes no se pudo percibir lo que había dentro del caballo de Troya. No era visible.

---

al olvido en la medida que se imponía la tesis de que el pre requisito para ganar era crear la ilusión de que se ganaba.

Durante todo el período electoral la obstinación de Pinochet por ser candidato ocultó la naturaleza del "enjeu", de lo que verdaderamente estaba en juego. Y lo que estaba en juego era que después de ganar había que gobernar con un poder decisorio atomizado, ya que se situaba en varias partes, estaba relocalizado y estaba debilitado por los contrabalances, bloqueado por el veto de minoría que imponían los senadores designados.

Dada esa nueva situación, para la oposición gobernar iba a requerir cambiar de atuendos, acentuar el pragmatismo, sacarse de encima el discurso de la "profundización democrática" (para qué decir el de la "democracia avanzada") con el objeto de adoptar las maneras mesuradas-corteses de la política consensual y el pragmatismo de lo posible.

LO ACCIDENTAL: LA OBSTINACIÓN DEL PATRIARCA

Como muchas veces ocurre en la historia, en esta ocasión también lo accidental tomó el aspecto de la cuestión decisiva. Pinochet, después de dimes y diretes, impuso su opción. Hizo valer sus méritos como el conductor del proceso de dictadura revolucionaria y como quien debía, con justicia, dirigir la operación de consolidación transformista.

Esta decisión, forzada por la obstinación del patriarca, puso al descubierto matices y divisiones internas. Los otros miembros de la Junta y los partidos regimentales dudaron de las ventajas de hacer un plebiscito o una elección directa y también dudaron de la conveniencia de perpetuar el liderazgo de Pinochet.

El partido Renovación Nacional, organización donde la derecha regimental había logrado consolidar su esquiva unidad a principios de 1987, empezó una larga agonía que se prolongó desde diciembre de ese año hasta abril del año siguiente. Esa división, donde se manifestaron —como en todas ellas— las dimensiones pasionales de la política tuvo una superficie y una discursividad, al mismo tiempo que un trasfondo oscuro, que no se expresó en la palabra.

Las interpretaciones más frecuentes sobre esa división señalan como centro el dilema entre plebiscito/elecciones directas y el dilema Pinochet/otro. Evidentemente existieron razones adicionales, entre ellas la oposición entre dos estilos y dos sub-culturas políticas. Estos motivos tienen una importancia que, a veces, se ha subestimado para privilegiar la construcción de una racionalidad tradicional.

Las razones invocadas en la discursividad fueron confusas, puesto que los dos grupos en pugna querían negar la relación de los acontecimientos con la eventual candidatura de Pinochet.

Pero, pese a eso, interpretar la existencia de dos bandos con respecto a los dilemas políticos mencionados permitía la comodidad analítica de reconstruir en código racional el largo proceso de di-

visión. La existencia de dos bandos (a favor o contra del plebiscito como mecanismo de elección presidencial, a favor o contra Pinochet como el continuador óptimo del proyecto) permitía darle un sentido comprensible a una división que, de otra manera, aparecía desligada de motivos nítidos de clase.

En realidad en esa división hubo una mezcla de motivos, entre los cuales la lucha por el poder entre dos grupos tuvo una importancia central. Pero no debe entenderse como un enfrentamiento coyuntural, una pelea en torno a las decisiones del plebiscito, sino una batalla, en realidad, más profunda.

Los dos grupos en pugna, o muchas personas ligadas tanto a uno como a otro, tenían dudas tácticas sobre el plebiscito. El mismo Jaime Guzmán, a quien siempre se ha considerado un impulsor decidido de la candidatura de Pinochet dudaba o, en todo caso, creía que una elección competitiva era mejor que un plebiscito. La veía, con su fría agudeza táctica, como una situación mejor. Pensaba que hubiera significado un acto más secular, el enfrentamiento de dos hombres, los dos con puntos débiles, y no el enfrentamiento de un hombre contra los símbolos, los valores absolutos de la libertad y de la democracia.

En realidad, el grupo UDI percibió en los políticos que provenían del MUN un proyecto autónomo de poder. Esto significaba un proyecto que no se ordenaba en torno a las líneas matrices del transformismo o, por lo menos, que estaba dispuesto a renunciar a ellas en función de su futuro posicionamiento político como una fuerza de centro derecha.

Lo que estuvo en juego en la división fue, en realidad, ese punto. Guzmán y la UDI temieron al apetito de Allamand y otros por legitimarse como "fuerzas democráticas". Creyeron que esa ansiedad los podía conducir a transar la Constitución en el futuro y por ello podrían estar dispuestos a desarticular la coherencia del proyecto transformista. Para esta posición "legitimista" ese grupo ya había mostrado sus debilidades en la negociación del Acuerdo Nacional.

Hubo algo más de fondo que la disputa coyuntural en la división del efímero partido unitario de la derecha en marzo de 1988. Finalmente todos los grupos de la derecha regimental y también los miembros de la Junta sabían que si Pinochet insistía en su candidatura no habría fuerza que pudiera evitarla, porque contaba con el apoyo del Ejército.

La división de Renovación Nacional tenía más relación con el futuro que con la "actualidad". Con la ruptura, la UDI no se estaba distanciando de las posiciones inmediatas de los grupos venidos del MUN o del Partido Nacional, puesto que para estos no había otra opción que aceptar las decisiones de la Junta. Se estaba distanciando de las estrategias futuras de acercamiento al centro y de la tendencia a separarse por ellas de la ascética opción por la lealtad.

LA TRANSFORMACIÓN DEL MAL MENOR EN POSIBILIDAD DE VICTORIA

Se puede tener la falsa impresión de que argumento desde la necesidad histórica, como si los sujetos hubiesen enfrentado opciones cerradas, frente a las cuales fueron solo ejecutantes (soportes de una racionalidad que se les impuso) y no decisores. Pero no es así. Los sujetos políticos siempre deciden, esto es, dicen sí o no en función de cálculos, estrategias, deseos, pasiones. El asunto es el margen de libertad de sus decisiones. Habiendo perdido las múltiples batallas del período 1983-1986, la oposición antipinochetista en 1987 solo podía elegir entre una resistencia inútil y heroica, la de negarse a competir, y la instalación.

Instalarse es una cosa, otra instalarse bien, con posibilidades de optimizar una decisión tomada en la estacada, sin margen de maniobra.

Lo que hizo el equipo de dirección de la estrategia electoral del No fue impulsar el abandono de la noción fatalista de mal menor para plantearse la posibilidad del triunfo. La condición era ser capaces de pasar del síndrome trágico-épico con que parte de la oposición vivía la coyuntura a la afirmación voluntarista de la posibilidad de vencer. A la convicción de que la dictadura no era omnipotente y podía ser víctima de la pasión positiva de los ciudadanos dispuestos a defender sus derechos. Pero para ello era necesario establecer un discurso de triunfo en vez del discurso fatalista de la imposibilidad.

Este colectivo de dirección, en el cual jugaron papeles políticos centrales Genaro Arriagada, Ricardo Solari y Enrique Correa y en lo comunicacional el equipo que elaboró la estrategia de la "Franja del No"[6] generó una convocatoria optimista y desdramatizadora. Le salió al camino al pesimismo y a la costumbre del martirio de una parte de la oposición marcada por la derrota y la persecución; de una oposición con tendencia a saciarse místicamente en el sacrificio a la memoria de las víctimas.

Para enfrentar los temores, las verosímiles aprensiones, los reflejos dramáticos, construyeron la imagen del arco iris, la metáfora de la gran casa construida entre todos[7], en medio de los cánticos de alegría, de banderas chilenas y de rostros felices. Economizaron con avaricia el drama, la condena moral, el discurso profético. Presentaron la imagen de la fiesta comunitaria con el objetivo de renovar las esperanzas perdidas y de crear las resonancias emocionales que provoca el sentirse partícipe en una gran tarea, sin necesidad de ser para ello un héroe. Buscaron sustituir la épica por la naturalidad.

---

6 Entre otros Eugenio Tironi, José Manuel Salcedo, Juan Gabriel Valdés.

7 Las imágenes de los spot de la campaña del No a que nos referimos estaban inspiradas en la película "Testigo en peligro", en la que Harrison Ford desempeñaba un rol protagónico.

Los perspicaces constructores de imaginario político que planearon las estrategias comunicativas de la campaña del No, se dieron cuenta de que era necesario erosionar la imagen de omnipotencia de la dictadura, no porque no creyeran que esta podía intentar fraudes, sino porque se necesitaba cambiar la subjetividad fatalista por otra distinta, una subjetividad optimista que permitiera hacer emerger la esperanza. Era necesario crear condiciones para minimizar el abstencionismo derivado de la sensación del voto inútil, debilitar la idea de que una dictadura no podría jamás ser derrotada en las urnas.

Sabemos que esa derrota ocurrió. Pero también sabemos que aquí estamos, empantanados entre las dichas y desdichas del Chile Actual.

Me parece inútil, especialmente porque miro esta victoria como triunfo pírrico, tratar de investigar los motivos contingentes que impidieron a ciertos grupos preparar una simulación que ocultara el triunfo del No.

Creo que ello ocurrió básicamente porque se impuso la racionalidad de algunos políticos y jefes militares con visión de largo plazo que captaron, desde el principio, que esa derrota electoral podía ser mejor que una discutida victoria, esto último a condición de saber utilizar con sagacidad el período de gracia.

Por supuesto, fue una derrota para el líder, casi una afrenta después de su prolongado "sacrificio por la Patria". Pero esos políticos prudentes y futuristas también avizoraron que la derrota podía revertirse y que el patriarca (figura polarizadora/odiada más que amada) podía llegar a convertirse en un verdadero padre de la patria, conductor de la dictadura revolucionaria y sombra protectora de la redemocratización. ¿Acaso no tenían razón, acaso no se está cerca de que se produzca esa santificación civil?

CHILE ACTUAL: ANATOMÍA DE UN MITO

EL PERÍODO DE (DES)GRACIA

ANTES DE EMPEZAR EL CAPÍTULO final de este relato en reversa debo disculparme. Iré rápido en la narración de esta fase final del transformismo, quizás impulsado por el deseo de completar el círculo que he construido.

En todo caso, una cuestión previa. Pudo cundir; pero no cundió el pánico. Pinochet y el gabinete, voceros principales del régimen, no se dejaron llevar por una subjetividad de derrota. No pensaron en dimisiones adelantadas, ni en negociaciones impulsivas. Se consagraron a perfeccionar los últimos detalles de la estrategia transformista, la elaboración de las leyes de amarre, sin dejarse intimidar por las acusaciones de ilegitimidad que esgrimía la oposición. Decidieron gobernar hasta el último minuto usando todos sus poderes omnímodos. Solo aceptaron ir a una negociación cuyos hilos controlaban y que se mantuvo dentro de los límites del diseño transformista; hicieron concesiones solamente en función de un claro cálculo de beneficio legitimador.

Y LAS PROMESAS DE MOVILIZACIÓN ¿QUÉ?

Tomada la decisión de la "instalación" y antes del triunfo en el plebiscito algunos dirigentes políticos socialistas y la totalidad de los comunistas adoptaron la costumbre de calmar las culpas que les producía

la aceptación de la normativa de la constitución del ochenta, prometiendo coronar el triunfo plebiscitario con una presión movilizadora que produjera el derrumbe del pinochetismo.

En sus arremetidas optimistas, decían querer ver a los militares nombrando a su Bignone, un general que negociara los términos de una vuelta a los cuarteles antes de la finalización del mandato constitucional. Pensaban que los militares chilenos tendrían la misma sensación de derrota y fracaso que los argentinos después de Malvinas. Como se ha dicho, quienes esto pensaron no habían captado todavía la versatibilidad del diseño transformista.

No habían tomado en cuenta que la subjetividad de derrota se atenuaría rápidamente, en la medida que los militares captaran que todavía tenían ante sí muchos meses de gobierno sin poderes sometidos a contrabalances. Tampoco habían tomado en cuenta los efectos que esta realidad tendría sobre una oposición todavía temerosa de que el traspaso efectivo del poder político a los civiles no se realizara.

Las promesas de movilización chocaron contra dos grandes obstáculos: a) la impermeabilidad del pinochetismo, su absoluta claridad respecto a la necesidad de mantener en plenitud la capacidad decisoria y b) el temprano alineamiento de la élite opositora, en especial de los dirigentes de la Concertación, en la convicción de la necesidad de un rígido realismo, la cual terminó siendo una suerte de ética. Una ética de la convicción cuyo contenido básico, cuyo "fanatismo", consistió en aplicar una fría pragmática. La maquinaria disciplinante de la razón de Estado ya empezaba a hacerse sentir.

Para asegurar el retorno a la democracia, para evitar que los militares tuvieran argumentos para quedarse, era indispensable mantener la moderación, la centralización de las decisiones. Cualquier intento de movilizar fue motejado de peligroso en función de la ansiada materialización de la posibilidad democrática.

Se trataba de la posibilidad de que el poder gobernar fuese conseguido en diciembre de 1989 por una alianza que se presentaba como la única capaz de ofrecer cambios en el futuro. No cualquier coalición, una de centroizquierda, como en la coyuntura crítica de 1938 que inauguró un fecundo período de "modernización". Para garantizar ese futuro había que actuar con pie de plomo. Más allá de la Concertación tampoco hubo capacidad movilizadora. El PC enfrentaba las consecuencias del fracaso de una estrategia, la de la "rebelión popular de masas" aplicada con tardanza y que fue abortada antes siquiera de tener la posibilidad de probar su viabilidad. Fracasó en operaciones cruciales y fue atrapada por el vértigo de la secuencia institucionalizadora. Después del viraje del PS-Almeyda y de la formación de la Concertación, después que se

vino encima la dinámica avasalladora del No, ¿cómo podía seguir negándose a participar en la esperanza colectiva?

Como consecuencia del fracaso de la apuesta postrera en la "rebelión popular de masas", el PC se sumió en una ola de divisiones, unas desde la derecha y otras desde la izquierda. Estas últimas, que afectaron al FPMR, tuvieron una visibilidad dramática pocos días después de la derrota de la candidatura de Pinochet. El 25 de octubre de 1988, el FPMR-Autónomo realizó su primera acción de importancia después del espectacular secuestro del coronel Carreño[8]. Fue el asalto al cuartel policial Los Queñes, ubicado en la alta cordillera. Esta acción en un lugar absolutamente aislado pretendía ser el lanzamiento simbólico de la estrategia de la "guerra patriótica nacional", un intento de reiniciar la resistencia armada contra la dictadura militar, derrotada en las elecciones, y de anunciar la continuación del combate desde fuera de la institucionalidad.

Comienzo y fin. Ese acto de extremo voluntarismo militarista, realizado en una sociedad impactada por la esperanza en una salida pacífica, terminó dramáticamente. En la escaramuza murieron dos de los principales comandantes del FPMR[9]. El único valor efectivo de ese acto fue mostrar que existían grupos para los cuales la lucha continuaba, aún después del triunfo electoral contra Pinochet y la probable victoria de la Concertación en las elecciones presidenciales de 1989.

Las promesas de movilización chocaron contra el realismo de la dirigencia política que se sentía al borde de alcanzar el gobierno, chocaron contra la obstinación de un gobierno que continuó usando las armas de la represión y la amenaza de la involución. Pero, además, chocaron contra un deseo profundo de la multitud, que no alcanzó estatura discursiva pero que no por ello era menos vivo: el deseo de normalización. Ese deseo de no tener que continuar desempeñando papeles heroicos, de que la política perdiera su "insoportable gravedad", fue una de las claves secretas de la coyuntura post-plebiscitaria.

LA NEGOCIACIÓN

No tiene sentido narrar las múltiples vicisitudes de esta negociación[10]. Pero sí tiene sentido descifrar la lógica del juego.

---

8 Este secuestro tuvo lugar el 1 de septiembre de 1987. Dos meses después fue entregado vivo en San Pablo.

9 Como se sabe el 15-16 de junio de 1987 se había realizado la Operación Albania. En ella fue diezmada una parte importante del FPMR.

10 Esto ya fue hecho en un libro de uno de los negociadores de la Concertación. Ver Andrade Geywitz, 1991.

Las disposiciones originales de la Constitución del ochenta hacían más fácil introducir cambios durante el período llamado de transición que durante el período de plena vigencia del cuerpo legal. Antes del término del mandato de Pinochet, la Constitución podía ser reformada cumpliendo dos procedimientos: el acuerdo de la Junta a una proposición de reforma proveniente del Ejecutivo y la ratificación plebiscitaria. Después se requerían quórums especiales en el Parlamento y en algunos casos la aprobación de dos legislaturas.

Esto significaba que la Concertación, colocada ya ante la esperanza de gobernar, enfrentaba una negociación inevitable. Dadas las condiciones, el costo de no negociar era más alto que el costo de la negociación más mala. Con el número de senadores designados que preveía la Constitución original, a la Concertación le resultaría muy difícil, aún con un sistema electoral muy favorable[11], alcanzar la doble mayoría[12]. Entonces, gobernar se convertiría, pasado el placer orgásmico de la victoria, en un dificultoso caminar entre dunas, una situación muy parecida a la metáfora con que Weber definía a la política, "un lento serruchar de tablas".

En realidad, la negociación efectiva fue la desarrollada entre el gobierno militar y Renovación Nacional. Este partido se jugó por una estrategia que, tras una discursividad democrática, lo que hizo fue llevar hasta sus últimas consecuencias la operación transformista. Esto significa que no estamos en presencia de la derecha española encabezada por Suárez, dispuesta a encabezar el desarme del dispositivo franquista. Estamos ante una derecha que, aprovechando una coyuntura en la cual la Concertación necesitaba negociar, estuvo dispuesta a realizar una mediación activa. Pero lo hizo, como los hechos posteriores se han encargado de demostrarlo, para impedir que los resguardos y protecciones excesivas deslegitimaran al Estado. Su objetivo real era eliminar las sobreprotecciones, para evitar (como lo advierte el refrán popular) que el exceso de cuidados terminara por matar al paciente.

Las reformas blanquearon a la Constitución, sin hacerle perder eficacia a los mecanismos de resguardo. La Concertación, segura de encabezar el próximo gobierno, necesitaba modificar la composición del Senado, cambiar las atribuciones del Consejo de Seguridad Nacional, flexibilizar la autonomía de las Fuerzas Armadas. Por ello estuvo dispuesta a negociar en peores condiciones que las contenidas en el Acuerdo Nacional.

---

11 No se podía suponer un sistema electoral favorable. La ley que definía las circunscripciones fue elaborada después del plebiscito, tomando en cuenta sus resultados, y por un órgano legislador absolutamente controlado por los militares.

12 Como se sabe, el carácter absolutamente bicameral del sistema político chileno exigía obtener mayoría en la Cámara de Diputados y en la de Senadores.

Renovación Nacional consiguió el propósito de convencer a los militares de una estrategia de cambios sin desmantelamiento, ganando con ello una imagen liberalizadora.

La Constitución mejoró en algunos puntos[13]. Pero los cambios estuvieron destinados, más que nada, a garantizar la gobernabilidad futura, purificando para ello la Constitución, limándole aristas, extrayéndole las disposiciones más cavernarias. Todo esto para dejar intactas las instituciones que aseguraban el veto minoritario y la imposibilidad de reformas no consensuadas tanto del sistema político como del modelo socioeconómico.

El plebiscito de 1989 constituyó la coronación del operativo transformista. Esa reforma, formalmente legitimada por la voluntad popular, consiguió dos cuestiones: a) eliminar ciertas condiciones leoninas que hubiesen podido generar con rapidez una crisis política, por la exasperación de la nueva élite dirigente ante la imposibilidad de gobernar por la oposición del Senado, dando motivos con ello para que se gestara un ánimo masivo de ilegitimidad y b) disminuir el peso político de los senadores designados, al disminuir su proporción respecto a los electos[14]. Esto favorecía a la derecha con mayores pretensiones de autonomía, aumentando su peso en la toma de decisiones.

Efectivamente, también la Concertación sacó provecho de la negociación. Le permitió colocarse en el Senado muy cerca de la mayoría, lo que hubiese sido imposible en el esquema de 26 senadores electos y 10 designados. Pero sobre la base de un costo: perdió fuerza para emprender la negación radical, desde la experiencia de un gobierno condenado a la ineficiencia, de un orden constitucional generador de ingobernabilidad.

Con ello se condenó a ser nada más que gestor del orden social heredado de Pinochet. Entregó la última de las hachas de guerra, la lucha anticonstitucional para demostrar que la mantención de esa normativa política conducía al caos. Que con ella no había consenso ni paz social.

La Izquierda Unida planteó una postura de rechazo. Pero la Concertación negoció, pese a que declaró explícitamente el carácter insuficiente de lo obtenido y la esperanza de que Renovación Nacional estuviera dispuesta más adelante a perfeccionar las reformas. El sueño del pibe.

---

13 Hay que agregar a los ya señalados, la eliminación del Artículo 8, el cual castigaba incluso la propagación de ideas favorables a la lucha de clases, que atenten contra la familia, que propicien el "totalitarismo", que propugnen la violencia. Ver Maira, 1988: 71-75.

14 En la Constitución original los electos eran 26 y los designados 10, mientras que en la actual los electos son 38 y los designados 9. En el primer caso los designados representaban el 27,8%, en el segundo representan el 19,1%.

Pero, ¿cómo colocarse en una postura de intransigencia radical[15], cuando los interesados en el disciplinamiento realista de las élites de la Concertación les refregaban a estas a cada instante el peligro de un triunfo de los duros, la posibilidad de una rabieta de Pinochet? Administrando el cuento del enojo del Ogro ayudaron a poner la guinda que coronaba la torta transformista. Por otra parte, no era difícil creerlo, no era difícil querer creerlo.

Creyéndolo se podían presentar como metamorfosis los cambios ideológicos que se estaban produciendo en los partidos de la Concertación, con el objeto de adaptarse a la tarea de gobernar la sociedad construida por la dictadura. Gregorio Samsa apareció un día transformado en un animal monstruoso, pero nada pudo hacer por evitarlo. Tampoco se podía evitar el olvido de las críticas al modelo ni las promesas de cambios profundos.

Después de la negociación constitucional, coronado por un plebiscito donde votó más del 85% de los inscritos, ocurrió lo previsto. Han sido electos dos gobiernos de la Concertación. Cambiaron los titulares del poder, pero no la sociedad. Se ha realizado el principio central del "gatopardismo": que todo parezca cambiar para que todo siga igual.

BIBLIOGRAFÍA

Andrade Geywitz, Carlos 1991 *Reforma de la Constitución Política de la República de Chile de 1980* (Santiago: Editorial Jurídica de Chile).

Cavallo, Ascanio 1998 *La historia oculta de la transición. Memoria de una época, 1990-1998* (Santiago: Grijalbo).

Lima Junior, Olavo Brasil de 1989 "Orden político, partidos y elecciones en el Brasil contemporáneo" en Cavarozzi, Marcelo y Garretón, Manuel A. (comps.) *Muerte y resurrección. Los partidos políticos en el autoritarismo y las transiciones del Cono Sur* (Santiago: Flacso).

Maira, Luis 1988 *La Constitución de 1980 y la ruptura democrática* (Santiago: Emisión).

15 A fines de noviembre de 1988 Manuel Sanhueza, destacado miembro de la Intransigencia Democrática, exigió la sustitución completa de la Constitución.

Elizabeth Lira

TRAUMA, DUELO, REPARACIÓN Y MEMORIA*[1]

LAS TRANSICIONES POLÍTICAS desde dictaduras o guerras civiles a regímenes democráticos suelen empezar con países divididos y cargados de un pasado que sigue siendo presente para un gran número de personas, por cuanto sus vidas han estado cruzadas por el conflicto y sus consecuencias. Con frecuencia se hacen llamados a la reconciliación en nombre de la patria común, invitando a superar el pasado conflictivo. Pero los desplazados, los que perdieron a sus familiares que fueron secuestrados, desaparecieron o fueron asesinados, los niños que no tuvieron infancia y que vivieron bajo la amenaza y el miedo no siempre pueden *dar vuelta a la página* para empezar de nuevo como si no hubiera pasado nada. Los procesos de reconciliación política suelen recurrir a leyes de amnistía que buscan instalar el olvido jurídico y político sobre las responsabilidades criminales ocurridas en un pasado que se resiste *a pasar al olvido* y

* Lira, Elizabeth 2010 "Trauma, duelo, reparación y memoria" en *Estudios Sociales*, N° 36, agosto, pp. 14-28.

1 La investigación para este artículo ha sido realizada en el marco del proyecto "Memoria y Justicia" patrocinado por la Fundación Ford en la Universidad Alberto Hurtado.

que suele convertirse en un presente asfixiado de exigencias y contradicciones para muchos. Por otra parte, la proclamación del olvido como fundamento de la paz social no tiene en cuenta el efecto del conflicto sobre las víctimas e impone, de diversas maneras, una resignación forzosa ante los hechos consumados y a la impunidad subsecuente. Diversas voces han señalado que tanta violencia no puede pasar por la historia como si no hubiera sucedido nada y que la reconciliación requiere hacerse cargo del pasado y reconocer y reparar a las víctimas, incorporando sus memorias y la memoria de la lucha, mediante condiciones de justicia y equidad como ejes de la construcción democrática actual y futura. Emerge así una lucha de visiones y de interpretaciones del pasado y de los procedimientos necesarios para superar sus consecuencias, que coexisten conflictivamente en los espacios políticos de transición. ¿Cómo entender la reconciliación política? ¿Puede ser posible basar la reconciliación política en el reconocimiento de los derechos de todos o es imperativo fundar la paz en la impunidad sobre el pasado?

La prolongación de la violencia por años o décadas genera acostumbramiento. Paradójicamente, la denuncia que se repite una y otra vez contribuye a que, para la mayoría de esa sociedad, esos horrores se vuelvan invisibles y que el trauma y el sufrimiento se transformen en un asunto privado de las víctimas. Cuando las violaciones de Derechos Humanos se tratan políticamente como si no hubiesen existido o, de haber existido, como el costo necesario de la paz, es como si estas sociedades se convirtieran metafóricamente en sociedades ciegas, sordas y mudas al dolor y al horror, donde las voces no resuenan porque no hay nadie que escuche. La mudez y la sordera parecen provenir del miedo. El miedo a la muerte asociado a la violencia que se transforma en un miedo generalizado e inespecífico de muchos, a veces de casi todos, dependiendo de su lugar dentro de la sociedad. El miedo los (nos) hace o nos haría cómplices de esta mudez y sordera y de los hechos que las provocan. En una sociedad con torturados, muertos y desaparecidos, de alguna manera casi todos han (hemos) sido afectados por el terror causado por las amenazas de muerte que circulan en la sociedad. Un sector, casi siempre minoritario, reacciona moralmente con una fuerte indignación ante la denuncia de las violaciones a los derechos de las personas, buscando incidir en la voluntad de terminar con dichas violaciones y producir cambios políticos. Pero en casi todas las sociedades existe un sector importante que ha respaldado la política represiva y se ha identificado con el proceder de las autoridades, valorando sus actuaciones como actos necesarios en defensa del bien común.

El final del conflicto implica hacerse cargo de las tensiones surgidas de estas distintas visiones, establecer el imperio de la ley y el reconocimiento de los derechos de todos, garantizando mediante condiciones legales, culturales y políticas que estos hechos no se repetirán. No obstante, las razones profundas por las cuales la violencia llegó a ocurrir *entre nosotros* suscitan más polémica que la situación misma. Hay muchos elementos que provienen de raíces históricas y políticas sobre las cuales no hay todavía (y tal vez nunca habrá) un consenso nacional. Por eso la tarea de establecer la paz toma tantos o más años que los que fueron necesarios para generar las condiciones del conflicto, y, quizás, los años necesarios para producir este proceso de comprensión tomarán más tiempo que el resto de nuestras vidas.

Cada sociedad ha debido enfrentar el conflicto y sus consecuencias desde su historia y condiciones políticas, con los valores y principios y visiones políticas de su gente, con su capacidad de forjar dimensiones de responsabilidad compartida sobre el futuro, con el fin de detener la multiplicación de las víctimas y hacerse cargo de estas. En algunos países se desarrollaron esfuerzos de solidaridad, apoyo y reparación de las víctimas, a pesar de que el conflicto no había terminado, sirviendo de base a políticas oficiales posteriores. En otros, aunque el conflicto se dio por terminado, las medidas de reconocimiento y reparación respondieron a iniciativas oficiales débiles y ambiguas. En todos los casos, las personas afectadas por la violencia de las dictaduras y los conflictos armados han visto profundamente alteradas sus vidas, con graves consecuencias. En varios países los profesionales de salud mental se preocuparon por las víctimas desde instituciones solidarias o a título personal. Esos profesionales funcionaron como "delegados" (informales) de la sociedad, asumiendo la responsabilidad de trabajar con las víctimas desde sus saberes y competencias, pero también desde las limitaciones de su rol y ubicación social, que, casi siempre, era, a pesar de todo, marginal. En algunos países la reparación ha sido una política pública que incorporó servicios de salud mental. En ese contexto, los agentes de salud mental se constituyeron en "delegados" formales de la sociedad, como en el caso del Programa de Reparación Integral de Salud (PRAIS) para las víctimas de las violaciones de Derechos Humanos ocurridas en Chile entre 1973 y 1990 (ILAS, 1994, 1997). Este programa fue creado acogiendo las recomendaciones de la Comisión de Verdad y Reconciliación (Lira y Loveman, 2005).

En este artículo se reflexiona acerca de la experiencia de trabajo psicosocial y terapéutico efectuado en Chile durante el régimen militar (1973-1990) y *lo que hemos aprendido* en ese trabajo como profesionales de salud mental y como ciudadanos y ciudadanas comprometidos con la paz social y el respeto de los Derechos Humanos.

LAS DEMANDAS DE LAS VÍCTIMAS: VERDAD, JUSTICIA Y REPARACIÓN

Las víctimas han reclamado esclarecer lo que les ha ocurrido a ellas y a sus familiares exigiendo *la verdad*. Parte de la verdad general y particular se alcanza en las *comisiones de la verdad* al establecer los hechos sucedidos y los nombres de las víctimas. En los tribunales de justicia, la verdad judicial es particular y posibilita identificar las circunstancias en que ocurrieron los hechos, las víctimas y los responsables en cada caso. La verdad que falta, casi siempre, es la verdad de los sufrimientos, de los temores y sueños de las víctimas y la conexión de sus vidas con la historia de violencia, del conflicto y de la resistencia en el país, permitiendo identificar los significados que estas experiencias han tenido y tienen para ellas.

Las víctimas han reclamado justicia ante los tribunales, con resultados variables, casi siempre precarios. En la mayoría de los casos, los procesos judiciales han demorado décadas en lograr el esclarecimiento de los crímenes que las afectan. En algunos casos, el castigo a los responsables llega muy tarde; los perpetradores son ancianos mentalmente deteriorados y, para más de uno, el pasado y el presente se han borrado de su mente, perdiendo sentido toda acción de justicia. Otros han sido sentenciados como culpables, pero insisten en haber salvado a la patria de sus enemigos y afirman que, de verse enfrentados nuevamente a situaciones semejantes, procederían de la misma forma. No obstante, y a pesar de todas esas limitaciones, la justicia puede desempeñar un rol político pacificador e inhibir las venganzas y la *justicia por mano propia*. Puede cumplir también un rol terapéutico al confirmar la experiencia de las víctimas (que ha sido negada por décadas), cuando el juez define como delito el atropello y la injusticia sufridos por las personas, ordena el castigo de los perpetradores y determina medidas de reparación.

La no sanción de los crímenes es una forma de negación de que se trata de crímenes. A veces la negación es anterior a la instancia judicial. Ocurre cuando una autoridad declara que tales hechos nunca sucedieron. De esas formulaciones hay numerosos ejemplos. También se observa cuando se reivindican los hechos como actos necesarios en nombre del bien común, lo que constituye una re-negación del sentido que tiene para quienes fueron afectados por ellos. Esta posición favorece la perpetuación de los resentimientos, puede estimular las venganzas y reeditar el conflicto. El equipo de asistencia psicológica de CELS en Argentina señaló hace ya 20 años que "la vigencia de la impunidad en democracia evoca el terror impuesto […] y, por consiguiente reaparece la parálisis, la fragmentación, la marginación económico social, el silencio, el miedo, la dificultad de organizarse, de

imaginar un proyecto" (CELS, 1989; ILAS, 1989). Esa situación parece forzar a las víctimas a asumir el daño experimentado, la exclusión y el abuso como si no hubiese responsables y como si el Estado no tuviera la responsabilidad de restablecer el orden y el imperio de la ley, es decir, de garantizar el reconocimiento de los derechos de todos. Si estas situaciones se mantienen, las víctimas pueden sumirse en el desamparo, la desolación y el aislamiento o seguir reclamando sus derechos sin tregua y hasta su muerte, intentando resistir la privatización de las consecuencias de la violencia, devolviéndolas una y otra vez al espacio público y político en el que ocurrieron, denunciando que fueron actos abusivos de agentes del Estado.

Cuando las autoridades se hacen cargo efectivamente de la verdad y la reparación como política de Estado, y de garantizar el ejercicio independiente de la justicia, las víctimas pueden recuperar su libertad como ciudadanos, para dejar estas tareas en manos del Estado, de la sociedad civil, o continuar activamente en ellas, si así lo deciden, pero sin la presión moral de tener que desempeñar el rol de voceros incansables de la injusticia y el abuso de sus seres queridos y de ellas mismas.

La reparación es un proceso. La indemnización por el daño causado o una placa en memoria de una o más personas pueden formar parte de medidas de reparación. Pero la reparación social se funda, en primer lugar, en el reconocimiento de que los hechos ocurrieron efectivamente y que constituyeron una injusticia y un abuso, al violarse derechos fundamentales de las personas y las comunidades. La reparación opera mediante un cambio en la actitud social y cívica de las autoridades al asumir la responsabilidad por lo sucedido y sus consecuencias, mediante gestos simbólicos y acciones directas, y cuyo propósito es desagraviar y resarcir esos agravios y daños identificados. ¿Qué medidas y acciones forman parte de las políticas de reparación por parte del Estado en cada circunstancia? ¿Qué es lo que hace o puede hacer la sociedad civil? ¿Qué es lo que las víctimas identifican, requieren y demandan como reparación? Parece obvio que la reparación no se agota en la verdad ni en la sanción judicial de los responsables, pero ambos elementos forman parte del proceso que conduce a la percepción de las víctimas de *sentirse reparadas*, no obstante considerar que las experiencias y las pérdidas vividas son por definición irreparables.

La reparación se funda en el reconocimiento de las víctimas y de sus derechos; en la afirmación de que a causa de los atropellos han experimentado daños y sufrido diversas consecuencias en sus cuerpos y mentes que han llegado a afectar gravemente a sus familias, sus vínculos cercanos, y la vida de la comunidad a la que pertenecen. El trabajo

terapéutico y psicosocial forma parte del proceso de reparación. Se basa en la recuperación de los recursos propios de las personas para reconquistar su condición de sujetos activos y participativos, de ciudadanas y ciudadanos con derechos. La reparación, en su dimensión moral y subjetiva supone que las víctimas pueden tramitar procesos de elaboración y discernimiento que permitan asumir lo vivido como parte de su propia historia, y, al mismo tiempo, moverse del lugar de víctimas, recuperando su autonomía personal. Por su parte, la doctrina de Derechos Humanos señala como estrategias principales de las políticas de reparación asegurar formas de restauración, rehabilitación, compensación e indemnización a las víctimas por los daños causados (Comisión de Derechos Humanos, ONU, 2003). Las intervenciones psicosociales y terapéuticas se inscriben en esos valores y forman parte de esas estrategias.

LO QUE HEMOS APRENDIDO

Las violaciones de Derechos Humanos tuvieron lugar en Chile como consecuencia de la intervención militar en 1973. Las Fuerzas Armadas derrocaron al gobierno democráticamente elegido que encabezaba Salvador Allende como presidente de la República, apoyado por la Unidad Popular, coalición política de izquierda que llevaba a cabo un proyecto de "transición al socialismo". El Presidente se suicidó en el Palacio de Gobierno el 11 de septiembre y el régimen militar se instaló con muy poca resistencia, controlando completamente el país antes de terminar el día. En pocas horas miles de personas fueron detenidas y sometidas a torturas en más de 1200 recintos a lo largo del país. Se declaró *el estado de sitio,* entendido como *estado de guerra,* y se instalaron consejos de guerra para procesar a los detenidos. Miles de personas fueron ejecutadas como resultado de juicios sumarísimos; otras tantas murieron como consecuencia de las torturas. Miles de ellas recibieron condenas de cárcel; otras fueron expulsadas del país. Los partidarios del gobierno derrocado fueron catalogados y tratados como "enemigos" de la patria (Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, 1991; Comisión Nacional de Prisión Política y Tortura, 2004).

La asistencia legal, social, médica y psicológica a las personas perseguidas se organizó a inicios de octubre de 1973 con el respaldo de las iglesias, en particular, de la Iglesia católica[2]. Los abogados

2 En octubre de 1973 la Iglesia católica, la Iglesia luterana, la Iglesia metodista, la Iglesia ortodoxa y la comunidad judía crearon el Comité de Cooperación para la Paz, a fin de prestar servicios de defensa legal y atención social. Al cierre de esta iniciativa, en 1976 el arzobispo de Santiago creó la Vicaría de la Solidaridad con esos propósitos, que duró hasta 1992.

que iniciaron la defensa de las personas ante los tribunales de justicia identificaron la necesidad de apoyo y acompañamiento psicosocial de las víctimas y sus familias, y recomendaron que se buscaran formas de atención psicológica porque su estado mental parecía gravemente alterado. Algunos profesionales se acercaron a los organismos solidarios y ofrecieron sus servicios en los organismos de Derechos Humanos. Otros ofrecieron horas de atención en sus consultas privadas. Algunos años después, se organizó formalmente la atención psicológica en los organismos de Derechos Humanos, en la Vicaría de la Solidaridad (desde 1976), en la Fundación de Ayuda Social de las Iglesias Cristianas (desde 1977) y en la Corporación de Derechos del Pueblo (desde 1980).

Estos equipos de atención fueron la primera instancia en la que se constataron las graves consecuencias de la represión política sobre las personas y sus familias. Los consultantes eran personas que habían sido secuestradas y torturadas; familiares de ejecutados políticos, personas que habían sufrido condenas y encarcelamiento por varios años y salían al exilio, conmutando la pena de cárcel por el extrañamiento (Garcés y Nicholls, 2005). Consultaban también familiares de detenidos desaparecidos, y, desde 1981, consultaron también personas y familias que retornaban al país desde el exilio, mientras que muchos continuaban saliendo del país para proteger sus vidas. La mayoría de quienes consultaban tenían condiciones económicas precarias, no tenían trabajo y, con frecuencia, presentaban enfermedades de diverso tipo que, muchas veces, eran secuelas de la tortura y del confinamiento en condiciones extremadamente insalubres. Los encuadres del trabajo de atención psicosocial eran flexibles. Se ofrecían diversas formas de trabajo grupal y terapia ocupacional, atención familiar y consultas individuales, y, según las necesidades, se proporcionaba atención médica y psiquiátrica en los casos que la requerían. Frente a situaciones de crisis aguda o de emergencia la respuesta era una atención médico-psiquiátrica, indicándose algunos medicamentos o una intervención psicoterapéutica de tipo breve, dentro de los enfoques teóricos y clínicos predominantes en el país en ese momento, sin mayores diferencias teóricas o prácticas entre los equipos de salud mental existentes[3].

El enfoque de trabajo de los equipos terapéuticos de los organismos de Derechos Humanos fue evolucionando a lo largo de los años. Hubo intercambios con grupos de otros países, y en Santiago, una

3 Una investigación realizada entre 1989 y 1992 descubrió que todos los grupos de salud mental que atendían víctimas tenían un enfoque semejante (Agger y Jensen, 1996).

coordinación eficaz entre los equipos de diversas instituciones. El trabajo en las regiones se empezó a desarrollar, con muchas limitaciones, a mediados de la década del ochenta, debido principalmente al riesgo de sufrir represión por parte de las autoridades. Sin embargo, hacia finales de la dictadura se habían creado equipos de salud mental en cinco regiones, sostenidos por algunos profesionales apoyados por organismos de la Iglesia católica o la Iglesia metodista, según las regiones. La orientación psicoterapéutica de los equipos de salud mental surgió desde una posición de indagación y búsqueda, una actitud crítica frente a los instrumentos clásicos de diagnóstico, con una clara perspectiva dinámica, en la cual la comunicación y el vínculo, la simbolización y la sintomatología se ubicaban en un contexto social y político real. El equipo del Programa Médico Psiquiátrico de la Fundación de Ayuda Social de las Iglesias Cristianas (FASIC) fue el más completo y numeroso de profesionales de salud mental durante casi 10 años (1977-1987), y estuvo formado en sus primeros cinco años solamente por mujeres. Tuvo integrantes que tenían formación psicoanalítica, y otras tenían formación médico-psiquiátrica; algunas se habían formado en terapia familiar sistémica, y otras, en psicología social. Esta combinación permitió una gama muy amplia de posibilidades para los tratamientos que ofrecían, pero también una discusión permanente entre visiones diferentes que enriquecieron la manera de analizar las situaciones y conceptualizar el padecimiento de los pacientes. El equipo dedicó tiempo a lecturas inspiradoras de diversos autores que habían reflexionado sobre su práctica profesional desde experiencias que podrían considerarse análogas. Entre ellos cabe destacar a Carlos Castilla del Pino (1972 y 1974), quien desarrolló la mayor parte de su práctica clínica durante el franquismo en España, aunque nunca se refirió expresamente a la relación política específica. También se tuvieron muy en cuenta algunos autores argentinos, como José Bléger (1977), Armando Bauleo (1969 y 1971) y, especialmente, Marie Langer (1981 y 1987) y un grupo de psicólogos latinoamericanos en el exilio, en México, quienes fueron consejeros a distancia del equipo de FASIC.

La lectura de diversos autores hizo parte de la formación de enfoques y criterios comunes en el equipo, buscando comprender mejor los conceptos asociados a trauma, experiencias traumáticas y procesos terapéuticos. Entre ellos, Franz Fanon, autor de *Los condenados de la Tierra,* prologado por Jean-Paul Sartre, contribuyó a una visión que integraba el análisis de experiencias políticas diversas al esfuerzo de teorizar las consecuencias de la violencia y la tortura[4].

4 Ver <http://autonomiayemancipacion.org/Biblioteca/D-4/Los%20condenados%20de%20la%20 Tierra%20-%20Fanon.pdf>.

Un lugar relevante tuvo la revisión de los escritos de Bruno Bettelheim (1973 y 1982). La descripción de su experiencia como prisionero en un campo de concentración y su conceptualización de las "situaciones límites" como experiencias vitales asociadas a la percepción de un peligro de muerte dentro de un contexto amenazador e ineludible fueron un marco de referencia importante. En la época estaba disponible una literatura variada sobre las experiencias vinculadas al Holocausto, que tenían alguna relación, a pesar de sus diferencias, con los problemas de los consultantes. Esos documentos y los otros escritos mencionados tuvieron como función incitar la reflexión y la construcción de un enfoque propio que respondiera al contexto político y a los padecimientos de las víctimas.

El trabajo se realizaba en un marco institucional limitado por las riesgosas condiciones de la época. Por esta razón, las modalidades de trabajo fueron inicialmente intervenciones en crisis, que se fueron transformando progresivamente en modalidades flexibles y abiertas a las necesidades de los y las consultantes, sin las restricciones de un trabajo acotado en el tiempo por las condiciones institucionales[5].

Aprendimos que la asistencia psicológica debía sustentarse en un reconocimiento del doble carácter de las consecuencias de las violaciones a los Derechos Humanos en la vida de las personas. Por una parte, se trataba de efectos emocionales y materiales, expresados en dolores, enfermedades, sufrimientos y conflictos interpersonales. Por otra, se trataba de fenómenos de origen y significación política vinculados con sus proyectos vitales, sociales, y su participación política. Considerábamos que era fundamental la construcción de un vínculo de trabajo, que denominamos *comprometido,* para diferenciarlo de cualquier otro vínculo terapéutico o social. Implicaba una actitud éticamente no neutral frente al padecimiento del paciente, entendiendo que el trastorno o la alteración que presentaba era el resultado de una agresión infligida deliberadamente por sus ideas o actuaciones políticas por parte de agentes del Estado (Lira y Weinstein, 1984). El vínculo terapéutico comprometido implicaba facilitar y restablecer la capacidad de confiar, a través de la construcción de una relación real. La comunicación estaba centrada en los hechos sufridos por las personas, que —a pesar de su carácter abrumador, atemorizador o doloroso, y de ser parte de una realidad socialmente negada— podían ser reconstituidos y contenidos en el espacio privado de la relación

5 Parte del equipo que inicialmente formaba parte de FASIC constituyó el Instituto Latinoamericano de Salud Mental, una ONG que estaba compuesta únicamente por profesionales de salud mental. El equipo publicó artículos y libros acerca de su trabajo, que se incluyen en la bibliografía.

terapéutica. Este modo de trabajar implicaba confirmar la experiencia vivida como un hecho realmente sucedido. Esta función fue retomada, en cierta forma, por las comisiones de la verdad, en las que se producía la escucha del Estado, confirmando y validando la experiencia vivida desde un lugar simbólico. El reconocimiento de la persona y su padecimiento en diversas instancias privadas y públicas generaba posibilidades de reparación que se conectaban y que podían complementarse, adquiriendo un potencial terapéutico relevante.

La conceptualización acerca del contexto político iba unida a la discusión acerca del trauma y las experiencias traumáticas que eran resultado de la violencia política. Las torturas, los secuestros, desapariciones y asesinatos, el exilio, la relegación, los amedrentamientos y allanamientos masivos eran entendidos como situaciones específicas potencialmente traumáticas, que atentaban contra la vida y la identidad de las personas, afectando negativamente su condición de miembros de una sociedad y su calidad de *sujetos sociales activos y participativos*.

La tortura, el desaparecimiento de un hijo o el asesinato del padre pueden constituirse en un trauma, como ocurre con el abuso sexual en los niños y adultos. Observamos que, en el contexto de la dictadura, las situaciones de secuestro, tortura, desaparición de un familiar u otras —una o varias, acumulativamente— presentaban sintomatologías semejantes a experiencias traumáticas de otro origen. Con frecuencia, se aplicaba el diagnóstico de *estrés postraumático,* al observarse la sintomatología descrita. En varios países, este diagnóstico contribuía a una decisión favorable de las autoridades para otorgar la condición de refugiado, especialmente en California, durante la década del ochenta, lo que contribuyó a su aplicación frecuente para favorecer la inserción de exiliados por razones políticas que se encontraban como ilegales en Estados Unidos (Quiroga, 2005). No obstante, este diagnóstico basado en los síntomas era, a nuestro juicio, insuficiente para dar cuenta de las situaciones de alteración emocional que observábamos. Un elemento adicional era la dificultad de considerar la dimensión *pos*. Las situaciones eran más bien acumulativas y podrían repetirse mientras se mantuviera la situación política, de manera que la experiencia no solo podría volver a ocurrir sino que existía el temor constante ante la posibilidad de que se repitiera efectivamente. Más bien nos preguntábamos: ¿Cuál es la particularidad traumática de cada una de estas experiencias ligadas a la violencia política? Nos parecía que era preciso responder a esta pregunta de manera específica para cada caso, pues cada una de las situaciones (tortura, desaparición de un familiar) podría dar lugar a un trauma psicológico específico.

Es importante recordar que las violaciones de Derechos Humanos eran y son el resultado de decisiones tomadas por agentes polí-

ticos, que se materializan en la acción de unos seres humanos, que se transforman en victimarios, contra otros seres humanos, que se constituyen en víctimas. Las consecuencias en las víctimas se diagnostican identificando los síntomas y las alteraciones observados, que, aunque son semejantes a otras situaciones traumáticas, cobran sentido para la víctima, en la medida en que se enmarcan y se comprenden en el contexto político en el que ocurrieron, al mismo tiempo que se entienden en relación con el contexto de la vida y proyectos de cada persona. De este modo, la situación puede ser experimentada de formas muy diversas por un militante político, en comparación con una persona que no lo es, pero también puede haber muchas diferencias, de acuerdo con la edad, la experiencia, las creencias religiosas y la manera de ser de cada persona.

Definimos en esa época que el proceso terapéutico tenía como propósito trabajar en la *reparación* de las repercusiones de la violencia política sobre personas dañadas y traumatizadas que consultaban pidiendo ayuda en relación con lo que les estaba sucediendo. Lo que se intentaba era restablecer la relación del sujeto con la realidad, buscando recuperar su capacidad de vincularse con las personas y las cosas, de proyectar su quehacer y su futuro, mediante un mejor conocimiento de sí mismo y de sus propios recursos, y también mediante la ampliación de su conciencia respecto a la realidad que le tocaba vivir (Weinstein, Lira y Rojas, 1987). Recuperar la salud mental implicaba retomar el curso de la vida integrando el pasado participativo, enfrentar las experiencias represivas con su horror y sus secuelas, y el presente con todas sus dificultades y contradicciones.

Esta modalidad terapéutica se hacía cargo del contexto histórico y político y buscaba promover la autonomía de la persona en todos los ámbitos de funcionamiento personal. Los objetivos se acordaban en las primeras sesiones, a partir de los motivos de consulta, y eran varios. Podían dirigirse al alivio de los síntomas, especialmente los estados de ansiedad e insomnio. Con frecuencia, el tratamiento implicaba interconsultas médicas en el equipo y alguna medicación que aliviara las reacciones agudas. La sintomatología era entendida como expresión de un conflicto vital *actual* en la lucha por sobrevivir y procesar las consecuencias de la agresión sufrida; por tanto, se buscaba responder a la pregunta "¿Por qué me ocurrió esto a mí?" en un contexto biográfico, político y circunstancial muy específico. En muchos casos la experiencia reciente se acumulaba en una historia vital que potenciaba su impacto y significado, que hacía necesario ampliar los objetivos iniciales del trabajo terapéutico. La historia personal y la experiencia represiva estaban ligadas desde el inicio. Sin embargo, poner fin al horror en la propia historia personal generaba deseos de

olvido, que se contradecían inevitablemente con la voluntad política de no olvidar, que suele ser expresión de la resistencia de las víctimas. Esa tensión formaba parte del proceso.

Las pérdidas de vidas de personas queridas y el malogramiento de los proyectos personales tienen una dimensión irrecuperable y abrumadora en un contexto marcado por la impotencia de las víctimas ante los hechos consumados. El proceso terapéutico puede posibilitar reconocer el *significado de lo vivido* y rescatar *lo reparable* en un conjunto de experiencias vitales marcadas por lo *irreparable*. Asumir las pérdidas implica una compleja tarea, que supone descubrir lo destruido en uno mismo, es decir, reconocer la vivencia de muerte alojada en la propia interioridad. En este contexto, poder tramitar el duelo por todo lo perdido implica iniciar un proceso de elaboración que permita una *desidentificación* con lo amado perdido o muerto (Caruso, 1975). Esto requiere poder diferenciar *el muerto y el viviente* (el que ha muerto y lo que ha muerto y la vida del sobreviviente). Dicho de otra manera, se trataba de transitar desde la posición de víctima a la de sobreviviente y ciudadano.

Estas distinciones requieren ser especificadas según la naturaleza de cada situación. En los casos de detenidos desaparecidos, cabe señalar que la pérdida era y es experimentada inicialmente como una ausencia forzosa, una separación que se teme sea definitiva, pero que se espera revertir con la aparición con vida del desaparecido. Las autoridades no se hacen cargo de la desaparición (aunque son las responsables). Los recursos de amparo ante los tribunales no tienen resultados. La indefinición y la ambigüedad de las autoridades sobre la suerte del desaparecido obligan a la familia a mantener constantes la búsqueda y la demanda ante los tribunales de justicia para que la situación se resuelva. En el caso de Chile, la mayoría de las familias todavía buscan a sus desaparecidos. Aunque el Estado ha asumido responsabilidades políticas en los hechos, no se han encontrado los restos para darles sepultura, y en muy pocos casos los responsables han contribuido a dilucidar cuál fue el destino final de los desaparecidos. Un problema adicional ha sido la identificación de los restos encontrados, que ha tomado décadas. Con el paso de los años, la búsqueda se ha hecho irrenunciable, tanto si la mueven el afecto y la lealtad familiar con el desaparecido, como si la denuncia pública y política se hace en nombre de los derechos de todos y del imperio de la ley como fundamento de la convivencia democrática.

Durante la dictadura, en la vinculación entre contexto y efectos traumáticos de la violencia política —a juicio de los equipos psicosociales de la época—, se requería analizar algunos procesos psicosociales desencadenados por la represión política. Uno de ellos era la percep-

ción de amenaza desde las personas y los grupos sociales. Describimos en esos momentos como amenaza política la práctica de violaciones de Derechos Humanos como política del régimen y la respuesta de miedo generalizado de amplios sectores de la sociedad. El miedo movilizaba vivencias de impotencia e indefensión ligadas a la inminencia de pérdidas y al riesgo vital, permaneciendo como una huella invisible en la interioridad de cada sujeto y en la vida social, incluso mucho tiempo después de haber cesado la amenaza directa (Lira y Castillo, 1991).

La desconfianza erosionaba las relaciones sociales y diluía los esfuerzos políticos de unidad para terminar con la dictadura y construir el proceso de transición a la democracia. El final del régimen abría perspectivas de cambio, pero este último era, en muchos sentidos, una amenaza a las adaptaciones y equilibrios logrados durante el conflicto, por desajustados que ellos fueran. En cierta forma, el miedo operaba como motivación para la supervivencia y, a la vez, la adaptación a la situación, inhibiendo los recursos, las capacidades y los esfuerzos para cambiarla (Martín Baró, 1990). ¿Cómo entender la tarea de reparación individual y social en un escenario político en transición o declarado en transición? ¿Cuáles eran y son los desafíos y dificultades que se presentaban y se presentan al trabajo psicológico de reparación en un contexto político en el que se mantiene la violencia?

OTROS TEMAS SOBRE LOS QUE PODEMOS REFLEXIONAR

Cuando iniciamos el trabajo de atención clínica y terapéutica carecíamos de conocimientos eficaces y de la experiencia suficiente para abordar las consecuencias individuales y colectivas de la violencia que existía en la sociedad y que se concretizaba en las diversas formas de represión política, especialmente en la tortura. Para cada persona la experiencia de violencia y destrucción, con sus consecuencias de pérdidas, duelos y rabias, era particular. Era su propia identidad individual la que había sido amenazada y fragmentada, pero esos efectos subjetivos propios eran consecuencia del proceso político del país y se podían entender en relación con la actuación de cada persona en ese proceso. Sin embargo, el paso del tiempo, con su bagaje de nuevas experiencias, modificaba la percepción del pasado, del proyecto personal, de la participación política, y, por tanto, las significaciones ya no eran las mismas. Rastrear los cambios de esos significados era parte del trabajo terapéutico, y sigue siéndolo hasta el presente.

Durante el período de mayor represión y de mayor silencio social (1973-1983), el trabajo terapéutico se iniciaba, casi siempre, con la reconstitución de la experiencia represiva vivida, expresada como un testimonio que posibilitaba algún grado de elaboración emocional, permitiendo, a su vez, vincularla al contexto de la biografía y de la ex-

periencia vital de la persona que consultaba (Lira y Weinstein, 1984). Al inicio, el *testimonio* fue una técnica terapéutica relevante. El relato era grabado y transcrito. El producto de este trabajo se leía y repasaba en las sesiones, se comentaba y revisaba, y se convertía en un texto que pertenecía a la persona consultante, quien podía usarlo, principalmente, en la denuncia de lo que le había sucedido, y, en muchos casos, posibilitaba otras formas de comunicación con su propia familia acerca de lo que había vivido. Cada texto era un fragmento de la vida de una persona, que, a su vez, formaba parte de la vida nacional. Se centraba en la experiencia de represión política, confirmándola como un hecho *cierto*, en un contexto social de negación generalizada (Cienfuegos y Monelli, 1983). El testimonio permitía dirigir la rabia y los sentimientos agresivos a través de la denuncia de las violaciones de Derechos Humanos, acción que estaba ligada a la expectativa de contribuir a ponerles fin y a terminar con la dictadura. Esa dimensión de denuncia fue desarrollada por los propios consultantes mucho más allá del espacio terapéutico[6]; posibilitaba orientar también un conjunto de experiencias muy destructivas, especialmente el padecimiento de torturas, hacia un espacio político y social que las resignificaba. Cuando la mayoría de la sociedad chilena empezó a expresarse abiertamente contra la dictadura, aproximadamente desde 1983, a través de las protestas nacionales, el testimonio dejó de tener la importancia terapéutica que tuvo en los años anteriores.

Otro aspecto relevante era lo que ocurría con los propios terapeutas. Las motivaciones para involucrarse en esa tarea por parte de trabajadores sociales, psicólogos, terapeutas, abogados y otros profesionales en los organismos de Derechos Humanos se fundaban en valores y en opciones vinculadas a sus compromisos históricos y políticos. La no neutralidad ética frente a la violencia y la violación de los derechos de las personas era un elemento distintivo del vínculo terapéutico y de la actitud de los profesionales, subrayando la imposibilidad de asumir una posición neutral frente a la represión política. Los y las terapeutas estábamos involucrados con nuestras capacidades profesionales y nuestras emociones, y también como ciudadanas y ciudadanos. Las condiciones de amenaza en las que se vivía eran actualizadas cotidianamente, apareciendo en las sesiones, lo que implicaba trabajar muchas veces con un contenido muy angustioso que

6 Las denuncias eran enviadas a los relatores especiales del caso de Chile de la Comisión de Derechos Humanos de Naciones Unidas. La votación anual en la Asamblea General, que condenaba las violaciones de Derechos Humanos en Chile, era percibida como un logro personal y como el resultado de los testimonios enviados. Ver también <www.umatic.cl/histch7.html> acceso 21 de junio de 2010.

provenía de la amenaza de la realidad externa, y que podía afectar a pacientes y terapeutas de una manera muy concreta. La percepción de la amenaza podía desencadenar también ansiedades ligadas a la propia biografía. Sin embargo, las angustias no se registraban expresamente de manera que permitieran procurarles contención, y no se habían previsto espacios de elaboración en las instancias institucionales. Probablemente, el carácter en extremo amenazante de la situación política y la relevancia atribuida a las motivaciones éticas de los terapeutas fomentaban una actitud de omnipotencia frente a este trabajo, como un factor cualitativamente relevante, que facilitaba negar la angustia inherente a la vida propia y al trabajo cotidiano. Esta actitud era observable también en la mayoría de los trabajadores de Derechos Humanos (Lira, 1995).

Las condiciones de trabajo de los organismos de Derechos Humanos no permitían dar importancia al desgaste emocional de los profesionales ni tampoco al impacto de la escucha de historias terribles como consecuencia de trabajar con víctimas cuyas experiencias eran devastadoras. Las dificultades y la impotencia experimentadas podían ser atribuidas a las condiciones políticas y, más tardíamente, a las insuficiencias de las estructuras institucionales. La reacción espontánea frente a las dificultades tendía a ponerlas en *el afuera*, lo que posibilitaba unir al equipo y habilitarlo para expulsar lo contradictorio o conflictivo como no perteneciente al grupo, potenciando a su vez la omnipotencia como reacción que intentaba superar la impotencia que embargaba al equipo. Más de alguna vez, el equipo terapéutico se enfrentó a situaciones de amenaza. La reacción grupal implicó priorizar la protección de los consultantes, sin considerar los efectos en el equipo.

En este contexto específico, uno de los recursos desarrollados para enfrentar la angustia generada por este trabajo fue el intento de sistematizar y conceptualizar la experiencia de trabajo y denunciar lo que estaba sucediendo a las víctimas y a sus familias en instancias sociales, académicas e internacionales. Se escribieron trabajos, artículos y diversos documentos explicitando las consecuencias individuales y colectivas de la represión política y de situaciones traumáticas específicas como la tortura o la desaparición de personas (Lira y Castillo, 1986; Lira, Weinstein y Kovalskys, 1987). Al formular estas ideas, al situar estas experiencias en un marco conceptual, se ponía un límite a la angustia experimentada. Mediante las palabras, se dio un orden a la realidad aterrorizadora vivida por las víctimas y las terapeutas, posibilitando el encauzamiento de las ansiedades y confusiones generadas por este trabajo. Sin embargo, los escritos hacían referencia solamente a los pacientes. No se describían las dificultades de las y los terapeutas. El impacto transferencial y contratransferencial de la

violencia, la agresión y la angustia que los pacientes llevaban a las sesiones estaba ausente. Al final de la dictadura se inició un conjunto de actividades de autocuidado y supervisión permanente, que permitieron, precisamente, identificar, procesar y asumir algunas de las dificultades descritas con anterioridad.

Esta revisión breve y sintética de lo que aprendimos requiere mencionar, además, los aspectos éticos incluidos en el trabajo terapéutico y psicosocial con víctimas de violaciones de Derechos Humanos que es necesario explicitar. En cada intervención se requiere garantizar el cuidado y bienestar de las personas y el respeto por su dignidad. Cada iniciativa de trabajo sobre los dolores y las pérdidas de las personas debe enmarcarse en esos principios, excluyendo todo aquello que puede volver a causar daño y dolor. Ello implica establecer los resguardos necesarios, a fin de que quienes implementen procesos terapéuticos o psicosociales sean competentes para ello, estén conscientes de sus límites y puedan pedir ayuda, si la necesitan. En el mismo sentido, se debe procurar el cuidado y autocuidado de quienes forman parte de los equipos, para evitar el desgaste emocional y otros efectos negativos asociados a este tipo de trabajo. Las consideraciones éticas mencionadas deben establecerse también para quienes realizan trabajos de investigación con víctimas, especialmente referidos a procesos de recuperación de memorias que se basan en testimonios. Se requiere garantizar que esos procedimientos no causarán daño y que respetarán la privacidad y el dolor de las personas. Es necesario, además, que quienes son entrevistados otorguen su consentimiento de ser grabados y registrados audiovisualmente, y se debe explicitar el uso posterior del material recogido, estableciendo con claridad las condiciones de confidencialidad, el almacenamiento, la propiedad de los datos y las condiciones de privacidad que se respetarán, en caso de eventuales publicaciones o difusión de las entrevistas.

LA MEMORIA DE EXPERIENCIAS POLÍTICAS TRAUMÁTICAS

El saber sobre lo traumático que hemos aprendido a través de la práctica clínica, nos ha mostrado que las experiencias de amenaza vital percibidas —es decir, la toma de conciencia de una amenaza a la existencia tal como la pensamos e imaginamos— alteran el funcionamiento de la memoria generando, en muchos casos, un olvido masivo que encapsula la totalidad de la experiencia y que se hace inaccesible a la conciencia, o que, por el contrario, se manifiesta como una amplificación de la memoria haciendo literalmente inolvidable lo vivido, en todos sus detalles y significaciones. Es decir, el recuerdo se impone, impidiendo cerrar la experiencia e invadiendo la vida del sujeto con imágenes recurrentes y angustias intolerables, que no dan tregua, ni en el sueño ni en la vigilia.

Nuestra práctica clínica mostró también que, especialmente en el tratamiento de personas traumatizadas, la catarsis —al recuperar los recuerdos reprimidos— era aliviadora e incluso podía incidir haciendo desaparecer algunos de los síntomas, pero este alivio era casi siempre transitorio. Observamos que el psiquismo se había reorganizado en función de la amenaza de muerte percibida, y no bastaba solamente con volver al momento de la amenaza. Se hacía necesario trabajar con la experiencia de *casi muerte* que había vivido la persona analizando cómo esa amenaza se había inscrito en su historia, cómo esa *casi muerte* había cruzado sus vínculos, su trabajo, sus sueños. Por lo mismo, la función de recordar lo reprimido y lo olvidado como estrategia curativa conducía a identificar la necesidad de procesar el conjunto de la experiencia en sus distintos contextos, teniendo como eje central el trabajo de la memoria de ese pasado en función de la vida.

La imposibilidad del olvido circunscrita a ciertas experiencias traumáticas abre la pregunta sobre el proceso inverso: ¿cómo posibilitar algún tipo de olvido, cuando la experiencia del *tiempo traumático* se impone como un presente interminable marcado por la imposibilidad de un simple transcurrir? Tomando en consideración este otro ángulo, se entienden mejor las explicaciones populares que vinculan la memoria con la evocación de los sufrimientos, y el alivio de estos, con el olvido y la supresión de la memoria.

Las reacciones descritas tienen claves psicobiológicas que explican la memoria forzosa o la amnesia radical, y que, en último término, se encuentran asociadas a la supervivencia. De este modo, recordar u olvidar son alternativas complejas que se estructuran de acuerdo con la percepción consciente o inconsciente del sujeto de que su propia vida depende de olvidar o recordar, pero no siempre se trata de opciones; es decir, dentro de lo que sabemos, no se presenta claramente como una alternativa que el sujeto pueda elegir. La memoria al margen de la conciencia —de ese darse cuenta que opera como continuidad permanente en lo cotidiano— puede ser vivida como un recuerdo ajeno, sin sentido para el sujeto, y se hace inútil como recurso para el alivio de su ansiedad y temor, y, por tanto, infructuoso para la supervivencia. La psicobiología de la memoria nos indica que el recordar y el olvidar son el fruto de una red de conexiones, estructuralmente análoga en todos los seres humanos, pero diversa y diferenciada en cada uno, no solamente en la selección de lo que se recuerda sino también en como se recuerda (con imágenes, olores, impresiones, emociones, detalles o sentimientos gruesos que apuntan al significado de la experiencia y que queda fijado como una condensación individual). Algunas investigaciones recientes sobre la memoria concluyen que no es una facultad única sino que lo que llamamos *memoria* es el resultado de diferentes

sistemas que dependen de distintas estructuras cerebrales. La flexibilidad o inflexibilidad, así como su accesibilidad, dependen de la integridad de los circuitos, pero también de la existencia de daños en las estructuras cerebrales que posibilitan su funcionamiento o de las experiencias traumáticas que los han alterado (Schacter y Scarry, 2001).

Se ha llegado a saber que la memoria humana es el resultado de numerosos procesos simultáneos, desde los complicados circuitos neurobiológicos que la hacen posible hasta las interpretaciones y significados posteriores sobre las experiencias que la constituyen. Varios estudios han mostrado cómo testigos diversos, presentes en el mismo acontecimiento, no lo recuerdan de modo semejante ni tampoco lo distorsionan de forma idéntica. Hay un sello individual en recordar y olvidar selectivamente. Es más, diversos estudios de psicofisiología han demostrado que ningún estímulo es recibido pasivamente por las células nerviosas y que la respuesta a la luz, al sonido o la oscuridad es fruto de la "interpretación" individual de los estímulos, sobre la base de una estructura común a la especie humana. Esa estructura funciona a partir de la experiencia pasada, codificada en las conexiones nerviosas, y pone en marcha la red de dichas conexiones modificando la nueva información. La clave de estas miles de operaciones es la vida, la supervivencia.

Desde hace siglos la "memoria" se vincula a la vida social y política señalando la necesidad social de olvidar o recordar, en beneficio de la convivencia y la reconciliación política. *Correr el velo del olvido* o dictar leyes *de olvido* han sido expresiones que vienen desde el siglo XIX en la historia chilena y que han formado parte del discurso político en el pasado en otras sociedades, generando la expectativa de que los grandes conflictos se resolvían decretando la obliteración de la memoria de ellos[7]. Es decir, decretando el olvido o dejando que el tiempo extinguiera la memoria, asumiendo que el olvido pacificaría los ánimos y las pasiones políticas. Sin embargo, este supuesto ha demostrado sus limitaciones tanto psicológicas como políticas. Por otra parte, la memoria de las víctimas es, en muchos casos, una memoria traumática, es decir, el sufrimiento y el miedo permanecen vívidamente presentes sin que el transcurso del tiempo altere ese recuerdo, pero simultáneamente sin que ese recuerdo pueda ser integrado en el conjunto de la vida y de las relaciones sociales. La emocionalidad que tiñe esos recuerdos tiene la intensidad producida por una o muchas experiencias percibidas como amenazadoras y con

7 El Edicto de Nantes, que estableció la tolerancia religiosa en Francia en 1598, empezaba señalando que la memoria de todo lo acontecido entre las partes desde el inicio del mes de marzo de 1585, "permanecerá borrada y extinguida, como cosa no sucedida". Ver <http://huguenotsweb.free.fr/histoire/edit_nantes.htm>.

riesgo de muerte, a las que se asocian pérdidas o temor a la pérdida de personas y de afectos y relaciones significativos. Las evocaciones del pasado sintetizan y condensan esas experiencias, cuyo sentido surge del sufrimiento y del dolor de las pérdidas, pero también de las resistencias ante la represión y las amenazas y de las lealtades construidas con personas y grupos sociales en estos procesos y en el curso de la vida. La posibilidad colectiva de resolver ese pasado entretejido de experiencias personales y políticas implica reconocerlo como un asunto que no es únicamente privado y propio de las biografías e historias individuales sino que concierne también al ámbito social y público, y que puede ser resignificado en los rituales del reconocimiento social, en los procesos judiciales y en las medidas de reparación. Dicho de otra forma, el pasado compartido socialmente nunca deja de tener una dimensión privada y personal, pero cuando los mismos hechos sociales y políticos han modelado un conjunto de experiencias traumáticas para miles de personas, se construye un espacio común que marca las relaciones sociales y requiere ser elaborado en los ámbitos colectivo y personal.

La memoria colectiva de una nación se compone de memorias diversas y contradictorias, que intentarán prevalecer unas sobre otras después del conflicto (González, 1996). La batalla de las memorias se apoya actualmente en la tecnología de las comunicaciones ampliando sus alcances y tejiendo redes en diversos ámbitos, asegurando formas de registro y de interpretación que se despliegan casi sin posibilidades de control y censura en internet. A diferencia de otras épocas, estas posibilidades han modificado los alcances de la expresión de las víctimas y del registro de su voz en la historia, haciendo una apelación ética y política en las sociedades de las que forman parte sobre las consecuencias de la violencia sobre sus vidas (Stern, 2004 y 2006).

Como se ha dicho en distintos momentos y desde distintos enfoques teóricos y disciplinarios, la aseveración de los testigos constituye el material básico para una reconstrucción de lo "sucedido", ya se trate de la historia de una familia, de un pueblo o de una nación, especialmente cuando sus testimonios son los únicos registros de hechos oprobiosos que han afectado a comunidades en conflicto. Esa verdad no existiría sin su palabra. En tiempos recientes, en muchos países, esos testigos han sido objeto de intentos sistemáticos de eliminación, tergiversación y suplantación de su palabra, mediante la negación social, la distorsión producida por la publicidad oficial y la descalificación de las palabras de las víctimas, considerándolas mentiras, agresiones al régimen en el poder o distorsiones que serían resul-

tado de sus trastornos psicológicos[8]. Al mismo tiempo, las atrocidades cometidas han sido de tal magnitud que las campañas destinadas a poner en duda la palabra de las víctimas y de los testigos suelen tener resonancia en distintos sectores, y hasta hoy hay quienes no pueden creer que aquello efectivamente ocurrió. Esa visión se corresponde casi siempre con aquellos que se identificaron con las medidas represivas y las apoyaron considerándolas *necesarias en función de la salvación de la patria*. Sin embargo, la convergencia de los relatos de diversos testigos y la calidad de testimonios judiciales de muchos de ellos han contribuido a la credibilidad de lo sucedido a cientos de miles de personas, y también los testimonios recogidos en las comisiones de la verdad han confirmado que los hechos sucedieron y afectaron a personas concretas, con nombre y apellido.

Casi siempre, los hechos de violencia política que han generado muertes han dado origen a conmemoraciones, memoriales, sitios de memoria y diversas formas de memoria política iniciados por los familiares de los muertos o por miembros de las comunidades afectadas.

El pasado ha sido fechado, recordado y conmemorado para *no olvidar* (a los muertos, lo vivido, las pérdidas, el miedo…). Los sobrevivientes, los familiares de las víctimas y sus amigos y personas cercanas declaran como postura ética (y política) *no olvidar*, invistiendo a la memoria de una fuerza política y cultural que se asocia con frecuencia al recuerdo de las víctimas, a la búsqueda de justicia, a la lucha por la paz, a la construcción y consolidación democráticas. La resistencia contra el olvido basada en el vínculo personal con los muertos y desaparecidos suele coexistir con una resistencia basada en la fidelidad y adhesión a sus creencias, ideas y valores y proyectos políticos. Este vínculo se traduce en una lealtad profunda que suele ser el motor de memorias *militantes*, que buscan trascender más allá de la represión y de la muerte. En algunos casos, expresan una dimensión del proceso de elaboración del duelo de las personas y familias, y, a veces, también surgen en los grupos políticos de los cuales formaron parte, como una deuda moral con aquellos que murieron en la lucha. Esas memorias mantienen el sentido de la *causa* por la que esas personas perdieron la vida y casi siempre coinciden en afirmar que se requiere *recordar* para asegurar que *nunca más* vuelvan a ocurrir tanta muerte, tanto dolor y miedo, tantas pérdidas.

---

8 Todorov (2000) advirtió sobre la supresión de la memoria como una acción política realizada en diversas culturas ante los conflictos como una forma de instalar una visión del pasado a favor de los vencedores. Entre ellos, los conquistadores españoles que destruyeron los vestigios de la antigua grandeza de los vencidos.

La expresión *nunca más* se repite como un exorcismo y se asocia también a la expresión *recordar para no repetir*, afirmación familiar al saber psicoanalítico, que fundamenta la urgencia de examinar el pasado y reflexionar sobre él para proponer cambios en aquello que puede reproducir y activar el conflicto; sugiere recuperar la memoria sobre el pasado conflictivo y sus consecuencias, esperando que la comprensión del proceso y sus implicaciones pueda producir un cambio en las percepciones, en las conductas, en las emociones y, por tanto, en las relaciones sociales de la comunidad en la que se produjo la violencia. Pareciera existir la expectativa de que el conocimiento de la violencia represiva y sus consecuencias generaría una reacción de indignación moral ante la crueldad, y que ese sería el motor de una decisión política y moral de *no repetir,* de un *nunca más,* haciendo una analogía sugerente, aunque a veces excesiva, con los procesos psíquicos individuales[9].

EL DEBER DE MEMORIA Y LA MEMORIA COMO UN DERECHO

La memoria en el marco de políticas oficiales de memoria y de conmemoraciones forma parte del esfuerzo de las autoridades por establecer nuevas condiciones de convivencia política que reconozcan los agravios y busquen reparar a las víctimas. Hacen parte también de la memoria surgida desde las emociones y significados que tienen para las víctimas, las familias o una comunidad determinados sucesos o acontecimientos, que pueden ser reconocidos simultáneamente como hechos históricos de la nación y, a la vez, como sucesos y memorias de una comunidad particular. Casi siempre, los hechos se refieren a violencia y muerte, y se suelen recordar, casi únicamente, como agravios y pérdidas.

En la trayectoria de los familiares de las víctimas (denuncia, manifestaciones públicas, acciones judiciales) la memoria de lo sucedido surge desde la lealtad con las víctimas, asumida como un deber moral. Se trata de los familiares que buscan a sus desaparecidos, o que exigen los restos de sus familiares asesinados, o que denuncian las torturas de sus familiares y luchan por su liberación. Las acciones son una expresión del vínculo con la víctima y, al mismo tiempo, afirman las propias convicciones y valores, el sentido de las luchas, el costo de las pérdidas y la necesidad de trascender el momento amargo de la muerte, la incertidumbre y el dolor. Esta actitud ha sido descrita como *el deber de memoria*. El deber de memoria se funda en la lealtad y en los afectos con las víctimas, pero es también expresión de una responsabilidad social hacia la comunidad humana global, publicitando el

9 Asociación Psicoanalítica Argentina (1986). Este documento, publicado poco después del final de la dictadura militar, constituye una contribución para pensar las políticas de la transición y la memoria.

conocimiento de esa violencia y sus efectos, y convocando a que esta nunca más se repita. Estos propósitos se encuentran en las iniciativas de memorialización y sitios de memoria en varios países. El deber de memoria fue explicitado en los escritos de Primo Levi, sobreviviente del genocidio nazi, interpretando ese deber en función de las lealtades de los vivos con *sus muertos* (Levi 2006); se inscribe en una visión valorativa de las relaciones sociales basada en el respeto al otro, en su individualidad y diversidad, y en la esperanza de que la memoria contribuirá a erradicar la crueldad y el abuso por motivos políticos.

Esta visión se manifiesta principalmente en las acciones en relación con las víctimas, en la búsqueda de los detenidos desaparecidos, en la conmemoración de su ausencia, en las acciones públicas, hasta lograr identificar sus restos y conocer su destino final. Los procesos de memoria surgidos desde los vínculos con las víctimas han existido a lo largo y ancho del planeta; su persistencia en el tiempo surge desde la fuerza de su legitimidad afectiva y moral, tanto en América Latina como en otras latitudes. Así ha ocurrido con los familiares de muertos y desaparecidos durante de la Guerra Civil española y durante el franquismo, con familiares de los desaparecidos de la antigua Yugoslavia o del estalinismo (Merridale, 2000).

La construcción de una memoria democrática, de un proceso de memoria basado en la reconstrucción de la historia y la memoria de la resistencia política a la opresión, y en la construcción democrática, funda su legitimidad en un eje complementario del anterior, puesto que las historias individuales y los testimonios de las víctimas definen el sentido ético de la memoria política, tal como se ha analizado hasta el momento. La propuesta conocida como *Memorial Democrático de Cataluña* es una expresión concreta de esta visión. Se trata de construir en España una memoria sobre un pasado conflictivo, que incluye la República, la Guerra Civil, la dictadura de Francisco Franco, la transición y la democracia, tropezando con amnistías y amnesias políticas en diversos momentos de los últimos 70 años.

La propuesta catalana afirma que la memoria es un derecho. A partir de esa visión (y convicción), diversos grupos, desde la sociedad civil, se propusieron fundar una política pública sobre la memoria. Argumentando *el derecho a la memoria política* han apelado a la expresión de los valores de la lucha democrática como patrimonio cultural para la democracia y la gobernabilidad. La propuesta del Memorial Democrático de Cataluña se funda en la convicción de que la convivencia democrática no se ve favorecida por la amnesia política de un pasado violento, sino al contrario. Se requiere, señalan, un diálogo permanente entre la disciplina histórica y el testimonio de la vivencia, entre el conocimiento científico y la memoria:

> El Memorial Democrático se ha concebido como un observatorio de los valores de la democracia y un motor de iniciativas destinadas a mantener la memoria histórica. Como una herramienta del gobierno para transmitir a las nuevas generaciones los fundamentos históricos de nuestro sistema de libertades y garantías sociales. […] La finalidad última de una política pública de la memoria democrática es proclamar solemnemente la vigencia de los valores democráticos como fundamento del modelo de organización y de convivencia de la sociedad catalana actual. Es, también, proclamar la voluntad de proyectar estos valores hacia el futuro. A esta función de afirmación, el Memorial le añade la de desagravio y homenaje a todas las víctimas directas o indirectas de la lucha por la democracia, mínimo gesto que merecen como depositarias de una memoria silenciada, si no negada.
> Proclamar y rememorar —conmemorar en definitiva— son acciones que confieren al Memorial naturaleza de monumento en el sentido más radical del término: aquella obra humana edificada con la finalidad precisa de conservar vigente, en la conciencia de las generaciones futuras, el recuerdo de un acontecimiento o de un proyecto de futuro, o bien de ambas cosas a la vez[10].

La propuesta del Memorial Democrático de Cataluña afirma, además, que las nuevas instituciones democráticas requieren de una condena política formal de los regímenes dictatoriales anteriores, para legitimar institucionalmente una política oficial de recuperación de la memoria democrática.

A MODO DE CONCLUSIONES

Es importante recordar que las víctimas y sus familiares han luchado en decenas de países, durante décadas, buscando verdad y justicia, como dijimos al comienzo. El esfuerzo inicial era lograr que se reconociera la detención y luego la desaparición de sus familiares como *hechos sucedidos efectivamente,* enfrentando la negación oficial, incluso a riesgo de sus vidas. Ha sido habitual que las autoridades declararan, a pesar de las evidencias en contrario, que los hechos no tuvieron lugar. El primer objetivo de las víctimas ha sido, entonces, que las autoridades y los tribunales de justicia reconocieran la existencia de los hechos que las habían afectado.

Al instalarse los gobiernos de transición de regímenes autoritarios a regímenes democráticos, las expectativas de los grupos y asociaciones de víctimas son, precisamente, que se reconozca lo que les ocurrió a ellos mismos o a sus familiares, que se reconozcan sus derechos

10 Ver <www.gencat.cat/generalitat/cas/govern/infocatalunya/08_infocat/04.htm> acceso 10 de diciembre de 2009.

y que se repudie, formalmente, la política de violaciones de Derechos Humanos. En muchos países la condena moral y política de los crímenes cometidos se ha expresado en las declaraciones y discursos de las autoridades que asumen el poder después del conflicto, representando a las fuerzas políticas opositoras y denunciando las violaciones de Derechos Humanos cometidas.

En Chile, después del final del régimen militar, el primer gobierno de la transición estableció una Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación destinada a identificar los casos de detenidos desaparecidos, ejecutados políticos y víctimas de violencia política (1990-1991). Trece años después se estableció una Comisión Nacional de Prisión Política y Tortura (2003-2005)[11]. La Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, así como la Comisión Nacional de Prisión Política y Tortura, señalaron en sus conclusiones que las violaciones de Derechos Humanos tuvieron efectos devastadores en las víctimas y en la convivencia social de la sociedad chilena, y rechazaron moral y políticamente que desde el Estado se hubiesen diseñado políticas sistemáticas de represión política utilizando la tortura y la desaparición de personas. Sin embargo, y paradójicamente, esos informes y las voces de las víctimas se suelen cerrar en el mismo momento en que se dan a conocer, y en poco tiempo se transforman en documentos simbólicos que concentran el horror del pasado pero no logran despertar un interés memorial, precisamente por su penoso contenido, incluso entre las propias víctimas.

Esas reacciones contribuyen a que esta historia sea, haya sido y siga siendo abrumadora no solo para las víctimas sino para grandes grupos sociales en cada sociedad, precisamente porque esas historias *se congelan* en el momento del horror. Por otra parte, la formulación del deseo de *Nunca más* respecto al pasado oprobioso es una invitación a recordar para aprender de esta experiencia en el ámbito social y político, convocando a una nueva forma de convivencia. Estos dos movimientos no parecen encontrarse. Sin embargo, uno y otro no tienen mayor relevancia y efectividad para asumir (y superar) el pasado mientras no den curso a procesos que permitan grados de elaboración de lo vivido, padecido, renegado y destruido, es decir, procesos que posibiliten formas intencionadas de elaboración emocional y moral por parte de las y los afectados que faciliten construir una memoria común, con el propósito de sanarse ellos mismos e in-

---

11 Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación. *Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación*, tres tomos. Santiago, 1991. Ver <www.ddhh.gov.cl/ddhh_rettig.html>; Comisión Nacional de Prisión Política y Tortura. *Informe de la Comisión Nacional de Prisión Política y Tortura*. Edición oficial, 2005. Ver <www.lanacion.cl/prontus_noticias/site/edic/home/port/torturas.html> acceso 12 de enero de 2010.

troducir procesos que apunten a la *sanación* de la vida social. De este modo, memoria y reparación social, procesos terapéuticos y proceso social democrático se vinculan y entretejen.

La reparación supone los debidos procesos legales, en el marco jurídico de cada país y de sus posibilidades políticas, aunque no se agota en ellos. Supone la construcción de una cultura democrática, fundada en el respeto intrínseco a los Derechos Humanos de cada uno, incluido el derecho a un debido proceso de los victimarios. Implica también una elaboración social del sufrimiento y de la violencia en el ámbito cultural reconociendo que *esto ocurrió entre nosotros* y que es lo que queremos que no vuelva a ocurrir. Cada víctima tiene derecho a que su historia y su padecimiento sean reconocidos como una injusticia y como una violación a sus derechos; que la sociedad le otorgue una reparación que incluya espacios de reflexión y elaboración en todos los niveles de contexto implicados, y que la memoria política conserve su nombre y su historia como elementos indispensables para sostener una memoria democrática que garantice el respeto y la dignidad de las personas en todo momento y circunstancia, ahora y en el próximo futuro. Cada país y cada comunidad humana son desafiados a construir la paz basada en la verdad de lo sucedido y en el reconocimiento y reparación de las víctimas, dejando atrás las fórmulas políticas que fundaron la paz en la impunidad de crímenes atroces, sembrando resentimientos y favoreciendo el resurgimiento de los odios y las venganzas y la recreación de la violencia con afanes justicieros, por ausencia de justicia.

BIBLIOGRAFÍA

Agger, Inger y Buus Jensen, Sören 1996 *Trauma y cura en situaciones de terrorismo de Estado: Derechos Humanos y salud mental en Chile bajo la dictadura militar* (Santiago: Chile América / CESOC).

Asociación Psicoanalítica Argentina 1986 *Argentina, psicoanálisis, represión política* (Buenos Aires: Ediciones Lombardi de Kargieman).

Bauleo, Armando 1969 "Grupo Operativo" en *Cuadernos de Psicología Concreta* I, N° 1.

Bauleo, Armando 1971 *Ideología, grupo y familia* (Buenos Aires: Ediciones Lombardi de Kargieman).

Bettelheim, Bruno 1973 *El corazón bien informado* (México DF: Fondo de Cultura Económica).

Bettelheim, Bruno 1982 *Sobrevivir, el Holocausto una generación después* (Barcelona: Crítica).

Bléger, José 1977 *Grupo de la enseñanza* (Montevideo: Editorial Punto 2 - Centro de Investigación y Experimentación Pedagógica - CIEP).

Caruso, Igor 1975 *La separación de los amantes. Una fenomenología de la muerte* (México DF: Siglo XXI).

Castilla del Pino, Carlos 1972 *Dialéctica de la persona. Dialéctica de la situación* (Barcelona: Alianza).

Castilla del Pino, Carlos 1974 *Estudio sobre la depresión* (Barcelona: Alianza).

Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS) 1989 "Efectos de la impunidad en el sujeto y en el cuerpo social" en *Derechos Humanos: todo es según el dolor con que se mira* (Santiago: Ediciones ILAS).

Cienfuegos, Ana Julia y Monelli, Cristina 1983 "The Testimony of Political Repression as a Therapeutic Instrument" en *American Journal of Orthopsychiatry*, N° 53, pp. 43-51.

Comisión de Derechos Humanos (ONU) 2009 "El derecho de restitución, indemnización y rehabilitación de las víctimas de violaciones graves de los Derechos Humanos y las libertades fundamentales". Resolución de la Comisión de Derechos Humanos 2003/34. Disponible en <http://www.unhchr.ch/Huridocda/Huridoca.nsf/(Symbol)/E.CN.4.RES2003.34.Sp?Opendocument:> acceso 6 de octubre de 2009.

Comisión Nacional de Prisión Política y Tortura 2004 <www.comisiontortura.cl/ listado_informes.html> acceso 6 de octubre de 2009.

Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación 1991 <www.ddhh.gov.cl/ ddhh_rettig.html> acceso 6 de octubre de 2009.

Garcés, Mario y Nicholls, Nancy 2005 *Para una historia de los DD. HH. en Chile: historia institucional de la Fundación de Ayuda Social de las Iglesias Cristianas (FASIC), 1975-1991* (Santiago: Lom).

González, Fernando 1996 *La guerra de las memorias. Psicoanálisis, historia e interpretación* (México DF: UNAM / Plaza y Valdés).

Instituto Latinoamericano de Salud Mental y Derechos Humanos (ILAS) 1989 *Derechos Humanos: todo es según el dolor con que se mira* (Santiago: Ediciones ILAS).

Instituto Latinoamericano de Salud Mental y Derechos Humanos (ILAS) 1994. *Psicología y violencia política en América Latina* (Santiago: América - CESOC.

Instituto Latinoamericano de Salud Mental y Derechos Humanos (ILAS) 1997 *Reparación, Derechos Humanos y salud mental* (Santiago: Chile América / CESOC).

Langer, Marie (comp.) 1987 *Cuestionamos* (Buenos Aires: Ediciones Búsqueda).

Langer, Marie 1981 *Memoria, historia, y diálogo psicoanalítico* (México: Folios).

Levi, Primo 2006 *Deber de memoria* (Buenos Aires: Libros de Zorzal).

Lira, Elizabeth 1995 "The Development of Treatment Approaches for Victims of Human Rights Violations in Chile" en Kleber, Rolf; Figley, Charles y Gerson, Berthold (eds.) *Beyond the Trauma. Selected Papers from the First World Conference on Traumatic Stress* (Nueva York: Plenum Press) pp. 115-127.

Lira, Elizabeth y Castillo, María Isabel 1986 *Psicología, justicia y democracia* (Santiago: Instituto para el Nuevo Chile - ESIN).

Lira, Elizabeth y Castillo, María Isabel 1991 *Psicología de la amenaza política y del miedo* (Santiago: Ediciones ILAS-CESOC).

Lira, Elizabeth y Loveman, Brian 2005 *Políticas de reparación. Chile: 1990-2004* (Santiago: Lom / Universidad Alberto Hurtado).

Lira, Elizabeth y Weinstein, Eugenia (eds.) 1984 *Psicoterapia y represión política* (México DF: Siglo XXI).

Lira, Elizabeth; Weinstein, Eugenia y Kovalskys, Juana 1987 "Subjetividad y represión política: intervenciones terapéuticas" en Montero, Maritza y Martin-Baró, Ignacio (eds.) *Psicología política latinoamericana* (Caracas: Ediciones Panapo) pp. 317-346.

Martín Baró, Ignacio 1990 *Psicología social de la guerra* (San Salvador: UCA Editores).

Merridale, Catherine 2000 *Night of Stone. Death and Memory in Twentieth-Century Russia* (Londres: Penguin Books).

Quiroga, José 2005 "Experiencia con sobrevivientes de tortura que han migrado a California" en Lira, Elizabeth y Morales, Germán (eds.) *Derechos Humanos y reparación. Una discusión pendiente* (Santiago: Lom / Universidad Alberto Hurtado) pp. 117-130.

Schacter, Daniel y Scarry, Elaine (eds.) 2001 *Memory, Brain and Belief* (Cambridge: Harvard University Press).

Stern, Steve 2004 *Remembering Pinochet's Chile: On the Eve of London 1998* (Durham: Duke University Press).

Stern, Steve 2006 *Battling for Hearts and Minds: Memory Struggles in Pinochet's Chile, 1973-1988* (Durham: Duke University Press).

Todorov, Tzvetan 2000 *Los abusos de la memoria* (Barcelona: Paidós).

Weinstein, Eugenia; Lira, Elizabeth y Rojas, María Eugenia 1987 *Trauma, duelo y reparación* (Santiago: FASIC / Interamericana).

José Marimán

COMPARACIÓN Y CONTRASTE DE LAS PROPUESTAS Y ARGUMENTOS AUTONOMISTAS MAPUCHE*

ANTERIORMENTE HEMOS VISTO LA ESENCIA de las propuestas autonomistas *mapuche* (Marimán, 2012: capítulos 5 y 6) y las particularidades del pensamiento autonomista *mapuche* (Marimán, 2012: capítulos 7 y 8). También allí ha quedado evidencia que los *mapuche* no tienen una línea única de problematización del tópico autonomía o "autodeterminación" (interna). ¿Cuáles son los acercamientos más notorios y las diferencias más insalvables en el pensamiento autonomista *mapuche?* ¿Y cuáles son las fortalezas y debilidades de los argumentos *mapuche* al tratar el tema autonomía? Las aproximaciones y divergencias entre los autores *mapuche* son el tema que interesa despejar ahora. Con ese propósito las líneas siguientes hacen evidentes las afinidades y diferencias más notorias de los escritos compendiados-comentados anteriormente, para luego exhibir con más detalle las diferencias, exponiendo al paso la solidez e inconsistencia de esos argumentos.

El análisis comparativo desarrollado aquí parte de la presunción de que mientras menos confrontacional (en el sentido del empleo de la violencia y la negación a los acuerdos) y más política sea la de-

* Marimán, José 2012 "Comparación y contraste de las propuestas y argumentos autonomistas mapuche" en *Autodeterminación. Ideas políticas mapuche en el albor del siglo XXI* (Santiago: Lom) pp. 277-309.

manda *mapuche,* mayores —quizás— podrían ser sus posibilidades de obtener éxito en el mediano o largo plazo. Esto, porque algunos políticos e intelectuales chilenos tienden a ver la demanda de autonomía *mapuche* como una soterrada forma de secesión[1]. Y en tanto tal, ellos se cierran a la posibilidad de avanzar hacia una convivencia más tolerante, democrática y descentralizada de sociedad estatonacional. La demanda autonomista *mapuche,* incluso a los estadistas e intelectuales más progresistas y proindígenas, les recuerda a los chilenos que la consolidación como nación estatal promovida desde el Estado no es un asunto acabado en Chile, como se pensó gran parte del siglo XX.

AFINIDADES, EN LAS PROPUESTAS Y ARGUMENTOS AUTONOMISTAS MAPUCHE

En las líneas que siguen no se busca poner en evidencia todas las aproximaciones y divergencias del autonomismo *mapuche,* sino destacar unas pocas y sensibles, a manera de ejemplificar la diversidad y contrariedades en el autonomismo *mapuche.* La presentación de esas afinidades y diferencias se hace bajo la forma de bloques, esto es, primero se presentan las similitudes y luego las disparidades.

AUTODETERMINACIÓN INTERNA VERSUS SECESIONISTA

Afinidad. Un punto en común a todas las propuestas y a todos los argumentos a favor de la autonomía *mapuche* (quizá con la excepción de la confusa argumentación de Carlos Naweltaro, que no tuvo ni ha tenido ningún impacto en las discusiones de círculos autonomistas en Chile) es la reafirmación de que la autodeterminación que promueven los autonomistas *mapuche* no es secesionista. Cualquiera sea el nombre que se use para calificar la demanda *mapuche* —autonomía o autodeterminación—, la connotación es siempre la de reivindicar formas estatales modernas de vida política o formas tradicionalistas *sui generis* de vida política, dentro de los marcos del Estado chileno y no fuera de él (aunque Elicura Chihuailaf, subvirtiendo las palabras, como buen poeta, habla de "dentro" o "alrededor", y los autores de *¡Escucha, winca!* nos dejen en la duda). En otras palabras, la autodeterminación es interna, a pesar de lo que argumentaban Eduardo Curín y Marcos Valdés, en el sentido de que no habría autodeterminación interna en el derecho internacional, por lo cual la autodeterminación o es total o no lo es (dicho concepto olía a oportunismo para estos autores).

Aunque el alcance de Curín y Valdés fue pertinente y muy ajustado a derecho, hay que decir que él no dio cuenta cabal de una reali-

1 Ver discusión del subtítulo "Estado, pueblo, nación, lealtad nacional *y* manejo conceptual en Chile" (Marimán, 2012: 70-76).

dad mundial, que muestra numerosos ejemplos de pueblos, naciones o minorías indígenas otrora viviendo bajo relaciones de dominación y subordinación, disfrutando hoy de algún tipo de autonomía —o autodeterminación interna— al interior de Estados[2]. Esto viene a mostrar que el derecho internacional no es necesariamente la avanzada en medidas que promocionan la tolerancia y el respeto por las minorías —o mayorías— nacionales. Por el contrario, no pocas veces el derecho internacional va a la zaga de los progresos en tolerancia y respecto a las minorías nacionales, sancionando como ley lo que comienza a transformarse en la costumbre de los tiempos en Estados progresistas, o bien que ha sido impuesto por los vencedores en situación de confrontación y hegemonía de unos Estados sobre otros[3].

Pero dejando de lado ese debate y volviendo a Curín y Valdés, se hace necesario decir, que de su acotación no parece desprenderse medida alguna a favor de una autodeterminación secesionista o externa. Estos autores declararon en su propio documento que ellos no promovían la secesión ni la independencia, sino la "coexistencia étnica de la diferencia" (fomento de lo distinto). En otras palabras, la autonomía a favor de la cual Curín y Valdés argumentaron era cultural (recomposición de una cosmovisión *mapuche*). Y cuando se expresó en aspectos prácticos tomó la forma de pequeñas autonomías en propiedades privadas de tierras, que irían modelando un futuro territorio para todos los *mapuche*. Territorio que no sería externamente autodeterminado, dado que los autores no promovieron la secesión o independencia sino la coexistencia. Epílogo: todo da la impresión de que en la argumentación Eduardo Curín y Marcos Valdés volvieron, por otra vía, al punto al cual han arribado casi todos los autonomistas *mapuche* sin mayor trámite. Esto es, a demandar autodeterminación interna (aunque no les guste el concepto).

MAPUCHE: VIEJAS VERSUS NUEVAS CATEGORÍAS DE ANÁLISIS

Afinidad. Otra materia en común a las demandas y argumentos autonomistas es la presunción, en los generadores de opinión autonomista, de que las categorías de análisis empleadas para referirse a lo *mapuche*

---

2 Tener presente en las Américas el caso de los kuna en Panamá, los miskitos en la Costa Atlántica de Nicaragua o el de los Inuit del Canadá y Groenlandia. Para Europa, las recientes cesiones de autonomía en favor de escoceses y galeses por parte de Inglaterra. Los logros de Groenlandia respecto de Dinamarca. Y las autonomías en España.

3 Tener presente el caso de la desintegración yugoslava y la solución para Kosovo. Al mismo tiempo, no perder de vista la reconstrucción del Irak post Sadamm Hussein, en la que los intereses y expectativas de las poblaciones shiita y kurda han conseguido no volver a estar en condiciones subordinadas a la población suni a que pertenecía el dictador de Irak.

ya no explican su situación y es necesario recurrir a nuevas. La forma verbal o escrita que toma esa presunción es variada. Para este autor, en sus tiempos de activismo, como para Pedro Marimán, el CMAS, Víctor Naguil y Rodrigo Marilaf, los *mapuche* serían una minoría etno-nacional oprimida y colonizada (más tarde el autor de este libro introdujo el concepto nación, como bien lo capta el antropólogo Rolf Foerster en su artículo sobre el etno-nacionalismo *mapuche* de 1999).

Cercana a esta caracterización se ubica la de AWNg (que a comienzos de los noventa pudo haber despertado el interés de Naguil, así como las categorías analíticas de la CAM fueron el primer acercamiento de Pedro Cayuqueo al tema, ambos hoy adscriben al primer grupo). Ella reconoce en los *mapuche* una sociedad dominada y discriminada. Eduardo Curín y Marcos Valdés adhieren a esta calificación agregando que esa dominación corresponde a la de la racionalidad occidental sobre la cultura *mapuche*.

El poeta Elicura Chihuailaf ve a los *mapuche* como una nación sin Estado (1999). Actualmente, esa nación sin Estado se encontraría dominada y sometida al engaño y la represión.

Francisco Huenchumilla dijo que los *mapuche* habrían entrado involuntariamente en una relación con Chile, que les trajo por consecuencia la pérdida del territorio, tierras y bienes. Entiéndase por esto, ya que él no lo dice expresamente, que los *mapuche* no serían indígenas pobres, sino una población derrotada, incorporada y empobrecida en el proceso.

Próxima a esa dilucidación, pero anterior a ella en el tiempo, la organización ITL promovió que los *mapuche* serían las víctimas de un despojo por el Estado chileno. De ahí nació la idea —o más bien se recuperó y reflotó la idea— de una deuda histórica del Estado chileno con los pueblos indígenas. Por último, Domingo Marileo, de Ad-Mapu, propaga la idea de que los *mapuche* serían parte de los oprimidos y explotados de Chile, repitiendo así una vieja tesis de la izquierda chilena. En tanto que tales, los *mapuche* deben juntar sus fuerzas con otros oprimidos para buscar salidas conjuntas a su situación deprimida.

Como se aprecia, en la mayoría de los casos, así no sea que se vea a los *mapuche* como minoría etno-nacional oprimida y colonizada, como dominados y discriminados, o como víctimas de un fraude estatal, la situación de los *mapuche* no es reducible exclusivamente a la de "indígenas pobres" (discurso de Marileo que promueve que dada la condición de oprimidos-explotados —aún campesinos pobres— son aliados de la clase obrera) como de común la nomenclatura de los operadores políticos del Estado tratan de imponer.

POBREZA ESTRUCTURAL MAPUCHE VERSUS PROVOCADA POR EL ESTADO

Afinidad. Ligado a lo anterior, también muestra ser bastante consensual la idea de que esa situación deprimida de los *mapuche* tiene que ver con la historia más que con la pobreza "estructural" actual —campesina especialmente— en que viven los *mapuche* (la organización ITL habla de "deuda histórica" del Estado chileno para con los *mapuche,* concepto que replican Huenchumilla y Chihuailaf). De esta suerte, la totalidad de estos generadores de opinión autonomistas cuestionan la aplicación de políticas socioeconómicas asistenciales[4], que no resuelven las causas profundas que originan la pobreza *mapuche* y que solo buscan mitigar las consecuencias de las propias acciones del Estado y de los chilenos contra los *mapuche.* Esas políticas habrían tocado fondo, según estos protagonistas políticos, de donde lo que se impone hoy es buscar soluciones políticas a un problema que ante todo, en su origen y desarrollo, fue y ha sido político y militar (incorporación-conquista).

El autor de este libro, en su época de activista, verbalizó la idea anterior diciendo que el Estado, hasta ahora (inicio de los noventa), trataba de resolver la cuestión *mapuche* vía leyes indígenas, que no reconocían derechos políticos a los *mapuche.* Pedro Marimán agregó que el Estado ve la cuestión *mapuche* como esencialmente campesina y asociada a marginalidad y pobreza. De ahí que las políticas estatales hacia los campesinos *mapuche* pobres sean asistenciales, en un contexto de reconversiones económicas de la región *mapuche* que expulsa a los *mapuche* de su territorio histórico, con la anuencia implícita del Estado. AWNg ha visto a las políticas estatales como asimilacionistas, encubiertas en un indigenismo que no reconoce derechos especiales a los indígenas, sino que les trata como a cualquier otro ciudadano chileno. Víctor Naguil añade que las políticas estatales se dirigen a integrar o asimilar a los *mapuche,* vía alucinarlos con el embuste del desarrollo y la modernización. Políticas que disfrazadas con eslóganes

4 Un ejemplo de ese tipo de políticas se aprecia en la denuncia del ex senador de la coalición de fuerzas en el gobierno Muñoz Barra, que en el debate parlamentario de junio de 1999 sobre reconocimiento constitucional para los pueblos indígenas, se quejaba de que traspasar tierra sin más no saca a los campesinos *mapuches* de la pobreza. En sus palabras: "Quiero exponer un hecho real. Se les ha comprado, por ejemplo, predios en conflicto —fundos de 300 o 400 hectáreas— a algunas comunidades. Pero —¡es increíble!— siguen igual de pobres, aunque no más pobres que antes. ¿Y por qué? Porque el particular que vendió explotaba esas 300 o 400 hectáreas con dos tractores. Además, tenía vacas, sembradora, esparcidora de abono; podía sembrar 200 sacos de trigos y acceder a créditos en INDAP. A los mapuches, en verdad, les entregaron las 400 hectáreas, ¡y punto! Y debían arreglárselas como pudieran. No tenían semillas, abono, créditos ni maquinarias" (Legislatura 340 Ordinaria, Sección 6°, 16 de junio de 1999).

rimbombantes como "nueva relación", no promoverían un desarrollo integral de los *mapuche* sino parcial y marginal.

Poco más radical en sus apreciaciones, Pedro Cayuqueo ve —en el 1999— un tinte fascista en las políticas estatales, que tendrían por propósito contener la demanda política autonomista *mapuche*. Y el CMAS, reverberando esta sospecha de Cayuqueo, insiste en que el Estado no reconoce derechos colectivos a los *mapuche* sino individuales, de tal suerte que las soluciones estatales se dirigen a asistir a *mapuche* asolados por la pobreza, sin resolver las causas profundas de esa pobreza.

Francisco Huenchumilla descomprime la presión encerrada en las opiniones anteriores, reflexionando en términos más ponderados (quizá por haber sido parte de los gobiernos concertacionistas) que las políticas estatales son erradas, al originarse en diagnósticos errados, como lo es ver la cuestión *mapuche* como un problema de pobreza, cuando se trata de un problema de consecuencias de una historia de relaciones impuestas e involuntarias, en las que los *mapuche* han perdido su territorio, tierras y bienes.

Por último, Elicura Chihuailaf cree que la discriminación positiva con que el Estado adorna sus políticas solo engaña a los *mapuche*. De esa manera se los continúa manteniendo dominados y en una situación ignominiosa como en la que se encuentran hoy en Chile.

DIFERENCIAS EN LAS PROPUESTAS Y ARGUMENTOS AUTONOMISTAS MAPUCHE

PROPUESTAS PLURIÉTNICAS VERSUS ETNOCÉNTRICAS

Disensión. Este autor, después seguido en sus ideas por otros, planteó en su momento que la solución a la cuestión *mapuche* pasaba por la autonomía de la IX Región —y comunas adyacentes— y el reconocimiento de derechos políticos a los *mapuche* en ese marco territorial pluriétnico (mencionó Gobierno Autónomo, Asamblea Regional Autónoma y Estatuto de Autonomía Regional). La Autonomía Regional era entonces un proyecto pensado para toda la población de una región de Chile, y en beneficio de toda su población regional que es pluriétnica (exacerbando el carácter *mapuche* de la autonomía para ver garantizados derechos que hoy por hoy los *mapuche* no tendrían). A esa proposición —con sus propios alcances— se fueron sumando en el transcurso de los noventa y comienzos del dos mil, todos aquellos intelectuales que figurarían más tarde como autoadscritos (etno)-nacionalistas (Marimán, 2012: Cap. 8) (aunque no sin contradicciones). Y aparecen cercanos a la idea el CMAS y Elicura Chihuailaf con su demanda de regiones autónomas.

En tanto AWNg —variando desde una posición original que promovía un cogobierno de autoridades duales (1991), en un territorio que contenía al menos cuatro regiones chilenas: VIII, IX, XIV y X (propuesta posible de ser catalogada como pluriétnica dado que el cogobierno no planteaba una institucionalidad centrada exclusivamente en los *mapuche)*— fue variando a partir del 1992 a otra postura más etnocentrista. La idea de Gobierno Paralelo expresa esa voluntad, por ejemplo, al reivindicar que los *mapuche* deben estar gobernados por autoridades *mapuche,* así como los chilenos por autoridades chilenas. Desde ese punto AWNg ha continuado el derrotero de aspirar a transitar a una autonomía centrada en los *mapuche* o en una institucionalidad exclusivamente *mapuche,* como lo es su idea de Parlamento *Mapuche* (excepción a ello es su demanda de cupos especiales a indígenas en el Parlamento Nacional chileno).

Otros autonomistas no-nacionalistas o únicamente etnicistas se sitúan más cercanos a esta última posición, en cuanto privilegian proyectos exclusivos para la población *mapuche,* o en donde hasta ahora no ha habido elaboración que incorpore opiniones respecto de la población mayoritaria en el otrora territorio *mapuche:* los chilenos. Eso ocurre con las identidades, por ejemplo, y la CAM. Y aún hay otro sector de autonomistas no-etno-nacionalistas que no manifiesta opinión (no parecen tenerla, puesto que no hay evidencia de que hayan reflexionado sobre el tema).

He ahí entonces un primer y sustancial cisma entre los autonomistas *mapuche,* y en torno al cual se irán articulando las propuestas y argumentos a posteriori. A saber: ¿la propuesta autonomista *mapuche* debe ser dirigida a una población territorial pluriétnica y con énfasis en dejar garantizados los derechos colectivos de los *mapuche* o bien etnocéntrica *mapuche?* Esta es una discusión que arranca en 1990 y aún no tiene solución. En algo la solución vendrá a darse no el plano de los debates intelectuales (ya no lo ha hecho), sino en el de la praxis política. El grupo, y sus ideas, que se vuelva dominante las terminará imponiendo. Por ahora, y como una observación muy subjetiva sin apoyo estadístico, el concepto autonomía mapuche suena más, o tiene mayor audiencia que lo ocupa, que el otro de autonomía regional.

AUTONOMISMO ETNO-NACIONALISTA VERSUS NO-ETNO-NACIONALISTA O EXCLUSIVAMENTE ETNICISTA

Disensión. La corriente autonomista *mapuche* se ha fragmentado en dos sectores: etno-nacionalistas y no-etno-nacionalistas o exclusivamente etnicistas, sin llegar necesariamente a confrontar un autonomismo *mapuche* cívico moderno con otro étnico anclado en el pasa-

do. Lo anterior, porque en el sustrato la etnicidad está presente en ambas expresiones autonomistas (como se ha discutido antes), así como la participación en un marco de procedimientos cívico-estatal de convivencia es asumido por casi todos ellos, aunque no de la misma forma, como ahora veremos.

Del diagnóstico que indica que los *mapuche* son minoría en su propio territorio histórico y viven bajo relaciones coloniales de dominación (propuesta de autonomía regional, Pedro Marimán, Naguil, Marilaf), y que ni siquiera se han constituido en una nación para sí (Pedro Marimán, Pedro Cayuqueo), los autonomistas etno-nacionalistas elaboran propuestas y argumentos que buscan abrir la(s) región(es) *mapuche* de Chile a la democracia y la descentralización. Ello para permitir la participación de todos los habitantes de la región *mapuche* en los asuntos públicos y vida cívico-política regional. Y especialmente para los colonizados *(mapuche)* que no han tenido la opción de participar, a no ser como clientela electoral de partidos estatonacionales chilenos (de ahí el énfasis en el carácter *mapuche* de la autonomía regional-territorial).

Del mismo modo, mayoritariamente los autonomistas no-etnonacionalistas en sus proposiciones y argumentos hacen expresas alusiones a una convivencia y valores cívicos estatales modernos. Eso ocurre con Huenchumilla, Chihuailaf, Marileo y el CMAS. En todos esos casos hay expresas alusiones a procedimientos democráticos en la elección de representativos (destacando Huenchumilla y su solicitud de que cada 5% de población en comunas y otras instancias, haya un representante *mapuche* en el consejo comunal, etc.). Del mismo modo, hay expresas alusiones a participación en la vida cívico-institucional de Chile en sus formas estatales modernas, aunque aspiren a cambiarlas o reformarlas (caso del planteamiento de Huenchumilla, Marileo y Chihuailaf, aun cuando este último no elabora en ese sentido, limitándose a demandar autonomía para todas las regiones, en el entendido de que más descentralización y más democracia hace bien a todos).

Donde se pone más oscura la idea de una adscripción autonomista a un marco cívico estatal moderno de vida política (aunque no aparece rechazada del todo) es con los discursos propositivos y argumentativos de AWNg (la idea de gobierno paralelo con autoridades tradicionales y el parlamento mapuche exclusivamente etnocéntrico), la CAM (y su apelación a autoridades tradicionales sin mencionar nunca su adscripción a procedimientos democráticos de participación y generación de autoridades), las Identidades (que mezclan procedimientos democráticos y participativos con autoridades tradicionales por derecho propio), las resoluciones del Congreso Nacio-

nal Mapuche (que también combina ambos: generación democrática de autoridades y mecanismos tradicionales de nominación), y Pablo Marimán, José Millalén y Héctor Nahuelpán, que solo en su última elaboración muestran aceptación a procedimientos democráticos de generación de autoridades y de vida política, cuando en sus escritos anteriores —caso de Pablo Marimán— fomentaban mecanismos tradicionales preestatales (ellos han promocionado un consejo de autoridades que toman decisiones, sin decir cómo llegan a ser autoridades y tampoco si el resto de los componentes de la sociedad cuenta a la hora de tomar decisiones: los que no son autoridades, entre ellos los jóvenes y las mujeres). Como se aprecia, estas proposiciones no adscriben del todo a un marco cívico moderno-estatal, sino que lo matizan con innovaciones que reivindican supuestas o bien reales formas preestatales de vida "cívica".

Influye en la actitud que toma la posición de estos autonomistas etnicistas, comentados en el párrafo anterior, la perspectiva de su elaboración teórica, anclada en contenidos más filosófico-ético-morales que práctico-políticos, como se aprecia en los análisis que alguna vez produjeron, propusieron y defendieron Curín y Valdés (los representantes más esencialistas del etnocentrismo propositivo y argumentativo autonomista *mapuche,* al menos hasta escribir su documento); así como en el tradicionalismo del "buen salvaje" que cultivaran Pablo Marimán, José Millalén y Héctor Nahuelpán (con la idea de no copiar instituciones "rancias" occidentales y reflotar las ancianas "propias" implícitamente mejores).

AUTONOMISMO CAMPESINO-MAPUCHE O NACIONAL-MAPUCHE

Disensión. Otra disputa se manifiesta con relación a identificar el sujeto que inspira la formulación de propuestas y argumentos autonomistas. Puesto lo anterior en forma de pregunta, ¿es la población *mapuche* en su conjunto o son los campesinos *mapuche* en específico a quienes buscan liberar-descolonizar-empoderar las propuestas y los argumentos autonomistas?

El cisma aquí guarda relación con el hecho de que los autonomistas etno-nacionalistas buscan envolver a toda la población *mapuche,* entendida-asumida como rural y urbana, en su demanda y sus argumentaciones. Incluso, van más allá aún: tratan de envolver a toda la población pluriétnica de la región que reivindican para la utopía autonomista que promueven, actuando ellos como garantes del carácter *mapuche* que tome el proceso autonomista que promueven. El CMAS cabe en esta categoría también, aunque no es una entidad existente y sus componentes se diluyeron en las expresiones autonomistas que se han estudiado en este libro.

Los autonomistas no-nacionalistas o exclusivamente etnicistas, en cambio, siguen el derrotero de las organizaciones de carácter etno-gremial *mapuche,* que han trabajado y trabajan en función de los intereses de los campesinos *mapuche,* a quienes ven como "los" *mapuche*. Hay matices dentro de este grupo, por cierto. Así, para la CAM, Manuel Aillapán, Marileo, Caquilpán, Painecura y en cierta medida para el AWNg, las Identidades *(Lafkenche* o *nag-che)* y para Pablo Marimán y asociados en sus escritos, bastante influenciados aún por un discurso de izquierda-revolucionario, los campesinos han devenido en una especie de nuevo Mesías colectivo, al estilo de lo que para la izquierda estatonacional chilena lo fue/es "la clase obrera" o mejor aún el "proletariado".

Otros autonomistas *mapuche* no-etno-nacionalistas profesan un poco menos fervor devoto por los campesinos, aún considerándolos "los" *mapuche*. Ese es el caso, al parecer, de Huenchumilla, el Congreso Nacional Mapuche, Calfuquir, "Mariqueo", y Chihuailaf, que no verbalizan claramente su opción por los campesinos, pero que tampoco ceden espacio en su discurso a asumir la realidad del *mapuche* urbano, como lo ha dejado expuesto Pedro Marimán en su trabajo, de donde se entiende que al hablar de *mapuche* lo hacen acerca de los campesinos y sus problemáticas.

¿QUIÉN TIENEN EL DERECHO DE ELABORAR LA PROPUESTA AUTONOMISTA?

Disensión. Hay razonamientos autonomistas *mapuche* que promueven el que "debe ser el pueblo quien elabore la propuesta o utopía autodeterminista". En otras palabras, los autonomistas no-etno-nacionalistas sino revolucionario-nacionalistas como la CAM, difunden la idea de que deben ser los campesinos *mapuche* —a quienes se presume "el" pueblo *mapuche*— los que deben formular ese proyecto y no intelectuales *mapuche* por cuenta propia. El dilema que deviene de ese planteamiento es ¿quién tiene el derecho de elaborar el proyecto autonomista *mapuche:* los campesinos o cualquier *mapuche* que desee aportar a él, aunque no sea campesino? Más claro aún, ¿puede alguien ante sí mismo —caso de los dirigentes de la CAM y de Pedro Cayuqueo en sus primeras incursiones en el tema de la demanda autonomista— arrogarle a uno u otro componente de la población *mapuche* un derecho privativo de realizar algo que afectará a todos, *mapuche* rurales y urbanos? ¿Quién ha dado a esas personas el derecho a otorgar derechos? ¿No es más juicioso pensar que todos y ningún miembro en particular de una etnonación tienen el derecho a proponer cosas sobre su futuro? ¿No es mas juicioso pensar que el que quiera y pueda debería ser bienvenido a aportar a un proyecto de "liberación nacional" como lo definen algunos?

No son pocas las voces que se levantan a difundir este tipo de razonamiento (muy anclado en muchos de los autonomistas no-nacionalistas), que por lo demás tiene viejas raíces en el movimiento *mapuche*. Por ejemplo, era frecuente escucharlo en la organización *mapuche* Ad-Mapu durante los ochenta, y es responsable de que dicha organización nunca formulara un "proyecto histórico" para el pueblo *mapuche,* como se lo mandató expresamente un congreso interno en 1986. Los dirigentes de dicha organización se mostraron incapaces de responder al reto, así como el "pueblo" retórico, y aún así se dieron maña para impedir que intelectuales o personas con mayor formación intelectual que ellos hicieran el trabajo.

La misma historia parece repetir la CAM, que con sus autocomplacientes apologías de no caer en la demagogia, que acusan existente en otras organizaciones, en más de diez años de existencia no ha sido capaz de formular una propuesta coherente para sus militantes, mientras aquellos que llaman peyorativamente intelectuales lo han ido haciendo y avanzando paso a paso, como se aprecia en el discurso que ha tomado como referente *Wallmapuwen*. La CAM mantiene a su gente con la retórica de que no es el momento ahora de formular dicho proyecto, sino de luchar frontalmente contra el capitalismo neoliberal (aunque últimamente han terminado transformando su lucha en una lidia por los derechos humanos de sus líderes encarcelados). Tras ese discurso se esconde una incapacidad manifiesta de responder al reto de proporcionar, a su Mesías campesino-*mapuche*, una propuesta de futuro que dé sentido estratégico a su lucha, como lo han manifestado algunos de los escritores considerados en sus opiniones en este libro.

El discurso antiintelectual es otro aporte de la izquierda estatonacional hacia el movimiento *mapuche* (herencia de la izquierda estalinista). Tras ese discurso se esconde un odio visceral a los intelectuales *mapuche* y a los intelectuales en general, a quienes se ve divorciados de la "realidad" *mapuche* y awingkados o colonizados (suponiendo que no ha habido colonización para los campesinos culturalmente "puros"). Pero también se esconde el temor de los dirigentes actuales que ven en los intelectuales una competencia por el liderazgo del movimiento autonomista, que tiene consecuencias en los beneficios que reporta la representación (viajes, subsidios, becas, pasantías, etcétera).

LA FUERZA PARA EL CAMBIO: ORGANIZACIÓN TRADICIONAL O MODERNA

Disensión. Con respecto a crear un instrumento capaz de hacer transitar a los *mapuche* hacia una autonomía, cualquiera sea su forma, los autonomistas *mapuche* también manifiestan desavenencias. Los (etno)-nacionalistas claramente se han definido —y plasmado en la praxis— por un partido moderno de carácter nacionalitario y etno-

nacionalista que exprese, al decir de algunos de ellos, "la lealtad a la nación" y a su proyecto (Cayuqueo; aunque curiosamente este autor terminó abandonando el partido que ayudó a crear para meterse en un nuevo proyecto que no delinea aún). También plantea la idea de un partido —de forma más retórica que en un desarrollo bien fundamentado— Reynaldo Mariqueo.

En el caso de los autonomistas no-nacionalistas hay tres tendencias respecto de "la fuerza" política para el cambio. Unos postulan a sus propias organizaciones de carácter etno-gremial (o que imitan ese modelo que es clásico en la historia del movimiento *mapuche* del siglo XX y que se origina a comienzos de ese siglo como una imitación del sindicalismo chileno e internacional), como las vanguardias. Ese es el caso de la CAM, AWNg y las Identidades (que incluye a los ideólogos de estas últimas mencionados con anterioridad). Otros no manifiestan interés en el tema, tratando el problema de la salida a la demanda *mapuche* como un asunto de *lobby,* buenos contactos, de buena voluntad de los políticos chilenos o de ayuda por parte de los partidos estatonacionales chilenos, a cambio del voto (esta tendencia también manifiesta simpatías por la organización tradicional, o bien la asume de hecho como el instrumento que tienen los *mapuche* para enfrentar cualquier reto, aunque no la glorifican como la tendencia anterior). Ese parece ser el caso de Huenchumilla y Marileo esencialmente. Por último, los restantes autonomistas no-nacionalistas no muestran preocupación por el tema.

AUTONOMÍA TERRITORIAL O AUTONOMÍA CULTURAL

Disensión. Por último, y aceptando que pueden proponerse más disensiones, interesa poner en evidencia aquí la que tiene relación con demandar autonomía territorial versus autonomía cultural. Pese a que esta disensión es menos notoria ahora —y en los escritos que se han considerado para el análisis de este libro— que durante los noventa, aún quedan expresiones culturalistas en la demanda y argumentaciones de algunas autonomías. Por ejemplo, el razonamiento de Valdés y Curín, si bien novedoso, interesante e intenso, podría situarse del lado de las demandas de autonomía cultural. Cuando estos autores mencionan que la autonomía es un proyecto de recuperación y autoafirmación identitaria y cultural, y más allá aún una "categoría epistemológica", están pasando el mensaje de que se refiere a un "proyecto cultural alternativo": una lógica anterior a los Estados que solo busca coexistir con ellos, no suplantarlos. Esa lógica se expresa en lucha de "cosmovisiones" que no requieren de un territorio en particular, sino que es posible de realizar en las tierras actualmente bajo control *mapuche,* identificadas como "territorios" (o bien en el territorio que

demanda AWNg del Biobío al sur). Claramente, ellos no defienden una propuesta de autonomía territorial.

Cercana a esa reflexión de autonomía se sitúa la idea de la recomposición de la institucionalidad anciana *mapuche,* que fomentan AWNg, la CAM y las Identidades y sus ideólogos. Solo que esas propuestas conllevan demanda territorial, explicitada o no explicitada. AWNg, por ejemplo, plantea una demanda territorial que incluye casi la totalidad de cuatro regiones de Chile, mientras que las identidades reducen su demanda a cotos dentro de los márgenes de algunas provincias de la VIII y IX Región. La CAM solo especulaba con territorio al hablar de recomposición territorial, sin definir el territorio que reivindican (pero se sienten territorialistas). Hasta ahora el territorio que demanda la CAM se puede asociar a tierras en las actuales comunidades más las tierras en conflicto histórico (que formaban parte de las antiguas reducciones). Otros autonomistas o más bien cercanos autonomistas, como Huenchumilla, no tienen opinión sobre el tema. Y aún otros apenas opinan sobre el particular, como Mariqueo, Nawaltaro, Loncochino.

Finalmente, los autonomistas (etno)-nacionalistas son los que comienzan a expresar más claramente que otros la importancia de la demanda territorial, que para algunos es la condición *sine qua non* para la conformación de la identidad nacional *mapuche* (Naguil). De ellos arranca la idea de un territorio posible para una utopía autonomista territorial *mapuche,* como lo es la IX Región más zonas adyacentes. Elicura Chihuailaf se acerca a ese predicamento por la vía de la demanda de autonomía para todas las regiones de Chile, que también parece ser el predicamento de Calfuquir, aunque ello no necesariamente es autonomía de la cual puedan beneficiarse los *mapuche,* sino que autonomía funcional a los propósitos de descentralización chilenos.

CONSISTENCIAS Y DEBILIDADES EN LAS PROPUESTAS Y ARGUMENTOS AUTONOMISTAS MAPUCHE

Concentrémonos ahora en revisar con mayor detenimiento algunos aspectos centrales a las diferencias en las propuestas y argumentos autonomistas *mapuche* tratados con anterioridad. La idea es ver cuán profundas son esas disensiones y cuáles las posibilidades de acercamiento o distanciamientos entre autonomistas *mapuche*.

PLURIETNICISMO VERSUS ETNOCENTRISMO

Como ha quedado en evidencia en el transcurso de este libro, desde temprano, los noventa, la elaboración autonomista propositiva y argumentativa autonomista *mapuche* parece transitar dos vías. De un lado,

un proyecto de Autonomía Regional que desde su génesis se definió pluriétnico, y de otro unos proyectos etnocéntricos exclusiva o mayoritariamente diseñados para los *mapuche* (aunque la comprensión del primero por los (etno)-nacionalistas de *Wallmapuwen* no es un tema internalizado del todo y por todos sus militantes, como se desliza en las opiniones de algunos intelectuales etno-nacionalistas asociados a ese partido, que en vez de hablar de autonomía para la región mapuche hablan de autonomía mapuche una cuestión semántica pero con impacto en la audiencia *mapuche*).

La contradicción en más detalle nos informa que la Autonomía Regional, en tanto proyecto de autonomía territorial pluriétnica, enfatizó el carácter históricamente *mapuche* de la IX Región y áreas adyacentes, como la obtención de derechos políticos específicos para los *mapuche* en ella, sin dejar de considerar al resto de la población regional y sus problemáticas. Mientras, de otra parte, los proyectos de autonomía basados en una población étnicamente diferenciada (y específicamente campesino-*mapuche*), si bien igualmente persiguen conquistar derechos políticos para los *mapuche,* omiten pronunciarse sobre un problema clave para un proyecto de autodeterminación interna de los *mapuche* o de la región *mapuche*. Ese problema es el hecho de que por más de cien años el territorio que reclaman los *mapuche* —así no sea la IX Región en exclusiva o las regiones VIII, IX, XIV y X en extenso— es mayoritariamente chileno, no solo desde el punto de vista demográfico (los *mapuche* son minoría en una proporción de tres a uno en el territorio en la IX Región y nueve a uno en consideración de las regiones aludidas, según el censo de 1992; pero si se consideran las cifras del censo del 2002, la proporción cambia a 4 a 1 en la IX Región y 10 a 1 en consideración a las regiones VIII, IX, XIV y X juntas), sino también económico: de propiedad (intereses económicos en juego). Por lo tanto, los proyectos más etnocentristas omiten pronunciarse sobre el asunto de que los chilenos —ex colonos— en esa(s) región(es), quiéranlo o no, tienen bastante que decir respecto de una autonomía *mapuche,* que de no entender o de asumir como agresiva a sus propios intereses, podrían alentar posiciones antagónicas.

El "debate" de esos razonamientos autonomistas *mapuche* indicaba, hasta la emergencia de *Wallmapuwen* a fines del 2005, que la segunda vía ganaba terreno[5]. Esto es, que había más propuestas y ar-

5 Se ha puesto "debate" entre comillas, pues los proponentes y promotores de ideas autonomistas *mapuche* parecen más afanados en ignorarse unos con otros, que en discutir sus diferencias y aproximaciones. Solo estos últimos años y a partir de la emergencia de *Wallmapuwen,* el autoadscrito etno-nacionalismo autonomista *mapuche,* ha podido orgánicamente participar de alianzas en movilizaciones gremio-políticas con otros autonomistas, especialmente las identidades (pero nunca con la CAM o AWNg).

gumentos enfatizando el etnocentrismo o bien cargándose más hacia un etnocentrismo (vía omitir pronunciarse sobre el carácter pluriétnico del territorio *mapuche*), que razonamientos fundados en aspectos más demográficamente pluralistas-agregativos. Ejemplo, la propuesta de la organización ITL promueve una Asamblea Provincial Lafkenche y un Consejo Territorial Lafkenche para gobernar un "Espacio Territorial Lafkenche" (diseminado en seis comunas de la VIII Región de Chile), en los cuales no estaría contemplada la participación de los no-*mapuche* avecindados en esas comunas. Al menos, no hay referencias a ellos en su elaboración (la Identidad *Nag-Che* toma como modelo de su precaria formulación esta propuesta)[6]. Otro ejemplo de propuesta cargada al etnocentrismo es la de AWNg y el Gobierno Paralelo, con autoridades duales gobernando sobre su respectivo grupo étnico de pertenencia en un mismo marco territorial (1992). AWNg, hacia fines de los noventa, matizó esa demanda con otra de crear cupos especiales en el Parlamento nacional chileno para senadores y diputados indígenas (aspecto plural-integracionista de sus propuestas), además de la creación de un parlamento *mapuche* con competencia exclusiva de *mapuche* (aspecto separatista-etnocéntrico, pues consistiría en una institución vedada para los no *mapuche*), y que debería actuar como una especie de gobierno para los *mapuche,* en el marco de un territorio pluriétnico.

También constituía evidencia de la decantación del discurso *mapuche* propositivo y argumentativo hacia proposiciones más etnocentristas, la postura que fue tomando la intelectualidad *mapuche* asociada a CEDM-Liwen (primera institución *mapuche* que se autodefinió autonomista a fines de los ochenta y comienzo de los noventa), y que argumentaba a favor de la Autonomía Regional a principios de los noventa (fue allí donde se originó la propuesta de José Marimán de Autonomía Regional). Pedro Marimán, por ejemplo, en su trabajo de 1997, se muestra conciliador en relación a la propuesta de Autonomía Regional y las de AWNg (co-gobierno y gobierno paralelo), sin llegar a proponer una síntesis o una propuesta alternativa (interesantes comentarios y observaciones se leen en su trabajo)[7]. Víctor Naguil,

---

6 Los ITL, por lo demás, ni siguiera se proponen un proyecto para todos los *mapuche.* Ellos, a diferencia de otros autonomistas *mapuche,* trabajan en función exclusiva de los intereses de los *mapuche-lafkenche.*

7 Entre otras observaciones se puede mencionar su llamado a: reconstruir un liderazgo político fuerte y para toda la población *mapuche, la* integración a la lucha de los *mapuche* urbanos para cambiar el carácter esencialmente campesino de ella, desarrollar un discurso que deslegitime la incorporación, difundir la demanda territorial en la cual estaría incluida la de tierras particulares usurpadas, arrastrar al Estado a reconocer la existencia de una etnia *mapuche,* y sobre todo dar el salto de una sociedad en sí a una para sí consolidándose políticamente.

historiador asociado a CEDM-Liwen desde 1994, no emitió ninguna opinión favorable a la Autonomía Regional sino hasta el 2005 (sus escritos privilegian el concepto autodeterminación al de autonomía, que por esos años encontraba más provocador que el segundo, y más conectado con el Derecho Internacional, de donde parecía inspirarse en sus escritos, que hablaban de derechos intrínsecos en abstracto de los pueblos, y no de derechos condicionados a realidades políticas concretas). Pablo Marimán (historiador), otro miembro de CEDM-Liwen desde 1994, a partir del 2000 sino antes, se transformó en el ideólogo de las Identidades y por tanto de propuestas etnocéntricas totalmente ajenas a la propuesta originada en su institución de militancia.

Por otra parte, intelectuales *mapuche* no vinculados a CEDM-Liwen, como Pedro Cayuqueo (en su momento), promovieron el etnocentrismo con la idea de reivindicar para los *mapuche* en exclusiva y campesinos en particular, el derecho a decidir libremente su condición política, económica, social y cultural. Exigencia que, entendida como un llamado a los *mapuche* a resolver por sí mismos el futuro de la región *mapuche,* estuvo negando el derecho a la mayoría no *mapuche* que habita ese territorio a participar del proceso de decidir el futuro de dicho territorio (el autor no aclaraba eso en su trabajo de 1999). En los años siguientes y sobre todo a partir de la creación de *Wallmapuwen*, partido del cual él fue fundador, daría un viraje en 180 grados al plurietnicismo.

Eduardo Curín y Marcos Valdés, en tanto, promovían el etnocentrismo en su llamado a desarrollar un pensamiento *mapuche* independiente de la racionalidad chileno-occidental, que favoreciera el empoderamiento *mapuche* y una coexistencia étnica futura de igual a igual (la recomposición de una cosmovisión *mapuche).* En tanto que el CMAS expresaba el etnocentrismo en su convocatoria a desarrollar una estrategia basada en elementos ideológicos propios (que contrarrestara la perniciosa influencia exógena), sin aclarar si esa alusión a "elementos ideológicos propios" se refiere a elaboración propia a partir de recursos no necesariamente propios, o si se refiere a supuestas ideas intrínsecas a la cultura *mapuche.* El Congreso Nacional Mapuche también compartió el universo ideológico etnocentrista, con sus llamados a crear un Ministerio Indígena, Oficinas Comunales Mapuche, un Parlamento Mapuche y un Tribunal Testimonial Mapuche que permitiera dar uso lícito al derecho consuetudinario.

Como se aprecia, el etnocentrismo pareció —y parece— estar dominando la arena doctrinaria en que se desarrollaba el "debate" autonomista *mapuche* en el 2000. Aunque ese dominio no se expresara en avances sustantivos en perspectivas a formular una propuesta única y más tradicionalistamente acabada, dado que los enfatizado-

res de una demanda más etnocentrista no han manifestado, hasta ahora, desbordante voluntad de unir esfuerzos. Cada formulador de propuestas y argumentos etnocentristas parece más concentrado en la búsqueda de recrear una institucionalidad *mapuche* perdida o inventarla (caso del parlamento *mapuche*), que de buscar una salida política a la situación concreta en que viven los *mapuche,* aprovechando los mecanismos que tiene la sociedad estatonacional para resolver estas cuestiones, tal como profundizar su democracia, profundizar la descentralización del Estado y promover la introducción de enmiendas constitucionales (por supuesto, a toda luz un programa reformista en la lógica "revolucionario"-izquierdista estatonacional de algunos autonomistas *mapuche*).

Finalmente, Domingo Marileo, de Ad-Mapu, parece ser el único proponente que escapa al influyente etnocentrismo propositivo autonomista *mapuche,* corriendo por un carril propio. Es posible pensar eso dado que su demanda del 10% de representación para los *mapuche* en las instituciones del Estado chileno no significa alterar las instituciones del Estado creando nuevas, ni restarse a participar con chilenos en la elaboración de políticas dentro de esas instituciones. En rigor, Marileo ni siquiera se plantea romper la dependencia de instituciones estatonacionales como los partidos políticos chilenos, en quienes ve aliados fundamentales para la causa *mapuche,* a diferencia de otros autonomistas que han roto esos vínculos para replantearlos desde una posición distinta de subalternos.

Acompaña a Marileo en esa posición Juan Painecura (líder de opinión *mapuche* que —en atención a sus opiniones— se muestra más etnoclasista que autonomista)[8], que favorece la articulación de las demandas *mapuche* con las demandas de otros sectores oprimidos de Chile, para acumular fuerza y vencer al gran dominador de los *mapuche* en el presente, que no sería otro ente que la clase social que promueve e impone el capitalismo neoliberal en Chile. De esa suerte, siguiendo a Painecura, se podría avanzar en la edificación de una autodeterminación *mapuche,* que emulara de paso los logros de la Revolución Cubana ("el" modelo de sociedad autodeterminada en la psiquis de este dirigente, al menos hasta fines de la década del noventa, sin que nada indique que haya cambiado en el presente). La idea de esas alianzas también se insinuaba en Pedro Cayuqueo en el 1999, y mientras militaba en la revolucionaria y nacionalista CAM, quien de ese modo también ponía un pie fuera del etnocentrismo, induciendo a pensar que Cayuqueo no veía (y definitivamente no lo ve, como queda

8 Francisco Caquilpán escapó a esta clasificación al hacerse militante de *Wallmapuwen* y asumir sus postulados.

claro de sus escritos posteriores) al Estado y los chilenos en su conjunto como los enemigos de los *mapuche,* sino al Estado y una(s) clase(es) social(es) que lo controla(n) como ese enemigo.

De esta suerte, el "debate" sobre la pluralidad o la etnocentralidad en la formulación de la propuesta autonomista *mapuche* ha estado planteada. Debate que tiene que ver con decantar con mayor precisión a quien confronta una propuesta autonomista *mapuche,* si al Estado y a todos los chilenos como se desprende del razonamiento de Curín y Valdés al plantear la contradicción "racionalidad occidental" versus cosmovisión *mapuche* (también podría interpretarse así, aunque con mayores dificultades, el *Recado Confidencial a los chilenos* de Elicura Chihuailaf, que está dirigido a todos los chilenos), o al Estado y algunos chilenos.

Lo anterior parece de importancia fundamental no solo en perspectivas de articular una correcta política de acumulación de fuerza y alianzas políticas, sino también en perspectiva de diseñar la propuesta pertinente al momento político-histórico que transitan los *mapuche,* y que habla de que no solo son una minoría nacional, sino también una minoría en su propio territorio histórico (así no sea la IX Región en exclusiva o las regiones VIII, IX, XIV y X en extenso). Por lo pronto, la emergencia de *Wallmapuwen* ha venido a reinclinar la balanza en favor de un proyecto pluriétnico, aunque es demasiado temprano para una evaluación de impacto, sobre todo en consideración a la etapa crítica en que viven. Habrá que esperar unos años para ver si estos autonomistas declarados (etno)-nacionalistas han podido imponer, en la "sociedad" *mapuche* y en la sociedad regional del territorio que vindican, la idea de una bienvenida al pluralismo étnico y a la interculturalidad que les permita mover fuerza para sacar adelante su proyecto de Autonomía para la Región *mapuche.* Por ahora, y en una evaluación muy superficial, sus cinco años de existencia no hablan muy bien de éxitos en ese plano.

RESPECTO DE TRADICIONALISMO VERSUS NO TRADICIONALISMO

Tempranos los noventa y buscando un espacio propio entre las demás organizaciones *mapuche* en la sociedad nacional chilena, la organización AWNg se lanzó en una campaña de recreación o reinvención de tradiciones *mapuche.* Por esa vía, AWNg se hizo notar ante la opinión pública nacional chilena presentando a su organización como genuina representante de una tradición de ejercicio administrativo-político *mapuche* que no guardaba relación alguna con las organizaciones etnosindicales *mapuche* del presente (instrumentalizadas —muchas de ellas— por partidos políticos chilenos). El lenguaje de AWNg reemplazó palabras como dirigentes por *longkos, y* varias autoridades campesinas tradicionales *mapuche* fueron elevadas a un

sitial de poder, que en el transcurso del siglo XX habrían perdido. La culminación de la iniciativa de AWNg fue la creación de un "tribunal *mapuche",* que operando al margen de las leyes estatales chilenas y sobre la base de un derecho *mapuche* no codificado (el *admapu),* comenzó a discutir el tema de las usurpaciones de tierra a los *mapuche* y a favorecer la recuperación de las mismas (ocupación de predios agrícolas o forestales en manos de no *mapuche* y cuya propiedad han disputado por décadas los *mapuche*)[9].

Los eventos antes descritos (ocurriendo al filo de la conmemoración del "Quinto Centenario del Descubrimiento de América" con sus discursos de *mea culpas* y bien integracionistas-asimilacionistas), y contenidos en una demanda mayor de autonomía (autoridades duales), vinieron a crear un clima de efervescencia entre los *mapuche* que favoreció el que jóvenes *mapuche* reaccionaran reafirmando su identidad *mapuche* contra la identidad estatal chilena. Así se originaría en la década del noventa la irrupción de un discurso *mapuche* autonomista-tradicionalista, ausente o de bajo perfil en décadas inmediatamente anteriores (independiente de que el tradicionalismo como discurso haya existido mucho antes), y al cual irían adhiriéndose algunos intelectuales *mapuche.* Ese parece ser el caso de Eduardo Curín y Marcos Valdés, que con el tiempo pasarían a ser los representantes más sólidos del etnocentrismo propositivo y argumentativo autonomista *mapuche.*

Curín y Valdés han sostenido en su documento que "la discusión respecto de la modernidad refocaliza el debate en una dirección no menor, en tanto ya no será el viejo debate en cuanto a "formas culturales" atrasadas versus otras "modernas", sino que la discusión será respecto a cosmovisión cultural y estatus epistemológico". De esta manera, la confrontación entre *mapuche* y Estado chileno pasa a transformarse en una lucha de cosmovisiones, antes que una lucha nacionalitaria por derechos políticos para la minoría nacional *mapuche,* como lo enuncian otros autonomistas *mapuche*[10].

---

9 Hasta hoy ni la historia ni la antropología han hablado de la existencia de instituciones como "tribunales" en la sociedad *mapuche* del período de independencia. Encima de ello, un relato *mapuche* sobre cómo los *mapuche* resuelven el robo de animales (testimonio de Pascual Coña a Wilhelm de Moesbach, pp. 128-132), deja ver que la sociedad *mapuche* ni cuenta con jueces permanentes, ni leyes prescriptoras de delitos a qué recurrir, ni con penas estipuladas para cierto tipo de delitos, de donde la noción de justicia se desarrolla al calor de una negociación entre dos *longkos* a cuyos linajes pertenecían víctima y victimario.

10 Marcos Valdés (2001) volvió en forma separada de Curín a insistir sobre el tema. En su nuevo documento el autor discute ideas formuladas por intelectuales chilenos sobre integración y autonomía, y entre otras cosas dice: "Nuestra utopía es precisamente esa: una sociedad autorregulada, una sociedad de abundancia, una sociedad de libertad, una *sociedad como la que vivieron nuestros abuelos antes de ser invadidos*

El tradicionalismo, al igual que o de la mano con el etnocentrismo expuesto antes, también se manifiesta como una tendencia dominante en el discurso autonomista *mapuche* de hoy. Nuevamente, su elevada capacidad de influir el razonamiento *mapuche* se puede medir en las vacilaciones que han mostrado ante él algunos otrora opositores a ese discurso. Por ejemplo, los intelectuales de CEDM-Liwen que en sus inicios daban cuenta de un compromiso mayor con el futuro de los *mapuche* que con su pasado. Víctor Naguil, por ejemplo, en 1997 hace alcances a la noción de autodeterminación, que se muestran enredados en términos de favorecer múltiples interpretaciones, que podrían fluctuar entre tradicionalismo y no tradicionalismo. Él menciona en su documento unos cuantos principios abstractos a tener presentes en la formulación de la demanda autonomista, en que destaca la "autodisposición interna", y por la cual un pueblo se dota a sí mismo de autoridades y formas estatales de vida política. Este principio, al no ser clarificado en su uso en el contexto *mapuche,* podría estar animando lo que ya comenzó a hacer AWNg a principios de los noventa (recrear o inventar tradiciones), o podría estar alentando la construcción de una fuerza nacionalitaria *mapuche* no necesariamente tradicional (un partido o un movimiento político), para luchar por una autonomía cuya institucionalidad no tiene nada que ver con tradición *mapuche* sino con instituciones *wingkas* u occidentales (autonomía para la región mapuche). ¿Cuál interpretación corresponde asumir? La solución institucional al dilema parece venir un corto tiempo más adelante, cuando CEDM-Liwen —bajo la dirección de Naguil o bien del licenciado en artes y máster en ciencias de la comunicación José Ancán— publica un "a tener presente" en su página web (texto que el autor de este libro conjetura fue escrito por Pablo Marimán, asunto no confirmado dado un acuerdo de silencio que guardan los susodichos respecto del tema).

El año 2000 CEDM-Liwen difundió a la audiencia autonomista *mapuche* la idea de que un proyecto autonomista debía quitarse la dominación de encima, expresada en la institucionalidad *wingka* impuesta a los *mapuche* (escuelas, juzgados, hospitales, policías, iglesias, regimientos, municipalidades, partidos políticos, ideologías, corporaciones, ONG, fundaciones e institutos). De esa forma, CEDM-Liwen pasó a aconsejar a la corriente autonomista *mapuche* no pasar por

---

y colonizados" (énfasis propio). En otras palabras, Marcos Valdés no clarifica en términos actuales la demanda y diseño de una propuesta de autodeterminación interna para el presente, y continuó la senda trazada en el documento que sirvió de base a esta comparación y comentarios. Esto es, continuó sosteniendo su antioccidentalismo apoyado en añoranzas a un pasado que, tal vez sí o tal vez no (asunto por demostrar), fue de abundancia, libertad y autorregulado.

alto que una autonomía futura debía fundarse sobre instituciones propias y ancladas en la historia *mapuche,* para sacudirse la dependencia y el colonialismo de encima. Así, CEDM-Liwen decía adiós a la propuesta de Autonomía Regional pluriétnica para abrazar conceptos propios del autonomismo tradicionalista *mapuche.* En sus palabras:

> […] esperamos que ustedes se dejen caer entre y bajo estas líneas […] y como nosotros, descubran entre sus sombras las posibilidades de recrear el modo mapuche de sociedad, para luego […] pensar las posibilidades de armar la nueva convivencia que deseamos, pues cuando hablamos de gobiernos propios es necesario concebir estructuras —también propias— que alberguen nuestras decisiones de mañana…

Curiosamente, en este último acto CEDM-Liwen pasó a valorizar como un ejemplo señero del ejercicio excelso del poder por los *mapuche,* unas asambleas masivas de fines del siglo XIX, sin percatarse de que en el contexto del cacicato la mayoría de los *mapuche* no contaban a la hora de tomar decisiones (el cacicato, en las narraciones que nos han llegado de él, ni exhibía rasgos de sociedad civil democrática, ni expresaba formas de organización social y política democráticas, por lo cual la mayoría de los *mapuche* —y en especial las mujeres— no eran sujetos políticos, sino siervos de señores que comenzaron a transmitir el poder por herencia, como se desprende del mismo ejemplo que se presenta —tomado de una narración de Pascual Coña—). Segundo, CEDM-Liwen pasó por alto que la forma de tomar decisiones en asambleas puede ser funcional a pequeñas poblaciones o grupos de personas, pero no a sociedades o agrupaciones de población mayores y complejas, como es la población de la IX Región o de las Regiones VIII, IX, XIV y X, reivindicadas como territorio *mapuche* (esto incluso en consideración exclusiva a la totalidad de la población *mapuche* en ellas). Tercero, CEDM-Liwen pasa por alto que la democracia de asamblea tiene también sus limitaciones e imperfecciones, como es el que el voto a la vista de otros (porque los *mapuche* no practicaban el voto en cámaras secretas), no pocas veces está coaccionado por presiones de muchos tipos (intimidación de ser parte de una minoría claramente identificable, por ejemplo). En resumen, CEDM-Liwen pasa por alto una idea básica para cientistas sociales, como lo es el que no se puede dar por hecho que todo tiempo pasado fue mejor: se impone probarlo.

Contrario a esto, los autonomistas *mapuche* no-tradicionalistas o simplemente etnicistas no parecen concebir la confrontación chileno-*mapuche* como una confrontación entre cosmovisiones diferentes, ni otorgándole una sobrevalorización al pasado *mapuche.* Y es que después de 476 años de contacto con el occidente colonialista y particu-

larmente después de 129 años de vivir bajo dominación estatonacional chilena[11], resulta pertinente preguntarse, ¿tienen los *mapuche* en el presente una cosmovisión diferente? (más bien parece que al interior de los *mapuche* pululan varias cosmovisiones, siendo la que podríamos —no sin discusión— llamar *"mapuche"* la que menos al parecer adeptos tiene). Y, ¿tuvieron los *mapuche* una tradición política e institucional que por lo demás sea digna de copiar (esto es democrática, respetuosa de los derechos humanos, etc., de acuerdo con los estándares presentes)? Hasta ahora el tradicionalismo *mapuche* se ha mostrado productivo levantado mitos sobre una institucionalidad propia superior a la occidental y la idea del indio ecológico viviendo en armonía con la naturaleza[12], pero estas son cuestiones que más allá del mito hay que demostrar. Esto es, hay que probar que existieron, que son mejores a las "chileno-occidentales", y que son funcionales en el presente, promoviendo la participación de todos los *mapuche* y no solo de unos jefes por nacimiento u otras circunstancias no democráticas.

Por lo demás, los *mapuche* autonomistas no-tradicionalistas asumen o parten del diagnóstico de que la mayoría de los *mapuche* vive en ciudades *wingkas* (por más de una generación), lejanas del territorio histórico *mapuche* (que aún cuando en discusión no pasa de las cuatro regiones chilenas múltiples veces mencionadas). Mientras que la minoría vive en "reducciones" o "comunidades" campesinas, en las cuales —por decir lo menos— han hecho su espacio cotidiano la radio y la televisión (que los conecta a diario al mundo que los coloniza). Asimismo, los autonomistas *mapuche* no-tradicionalistas parecen no desentenderse del hecho de que la mayoría de los *mapuche* ha recibido instrucción primaria en escuelas *wingka*. Y a eso hay que agregar la catequesis de iglesias e instituciones estatonacionales de todo tipo (adoctrinamiento ideológico obligatorio en las Fuerzas Armadas, adoctrinamiento ideológico voluntario por partidos políticos, etcétera).

---

11 Añadir, los mapuche-pikunche ubicados al norte y centro del territorio *mapuche* pre-hispánico fueron dominados por los Incas por 75 y 50 años respectivamente (Encina, 1955), de donde se puede conjeturar influencias exógenas anteriores al europeo. Y, si bien los *mapuche* al sur del río Biobío no padecieron tal dominación, ello no es razón para pensar que no sintieron la influencia Inca, transmitida vía relaciones intermediadas por los grupos *mapuche* del centro.

12 Ejemplo, una declaración pública de enero del 2001 y firmada entre otros por Domingo Marileo dice: "Somos la Nación Mapuche y nuestro waj mapu mapuche es un territorio ancestral irrenunciable, es sagrado, en él hemos vivido sostenidamente a través de miles de años en equilibrio y en armonía. La Tierra, nuestra madre Tierra, vegetación, pájaros, ríos, montañas y mar y todo vestigio de vida y el Cosmos, esto es el Ad Mapu, hasta que llegó el español rompiendo con los estados de equilibrio y la vida, trayendo la ambición, la codicia y la muerte".

A partir del cuadro graficado en el párrafo anterior nuevas preguntas se imponen a los autonomistas tradicionalistas ¿son o no son *mapuche* los *mapuche* escolarizados por los *wingka,* en instituciones *wingka,* y por lo tanto altamente sospechosos de un "empoderamiento" de la cosmovisión chileno occidental? Y, ¿es el *ghetto* reduccional —suponiéndolo un espacio inmaculado en donde ha sobrevivido una cosmovisión *sui generis* e impoluta (cuestión altamente dudosa)— el estándar para medir quién es *mapuche* de quien no lo es? Puesto de otra forma, ¿ser *mapuche* significa ser campesino o provenir indiscutiblemente de una reducción donde presumiblemente se desarrolla la cosmovisión impoluta diferente? Los autonomistas no-tradicionalistas parecen creer que en atención al presente, lo *mapuche* hoy —sin dejar de ser *mapuche*— es algo más diversificado de lo que fue en el pasado, y de lo cual poco se sabe y cuando se lo conoce es a través del filtro de las ciencias sociales occidentales[13]. Más aún, en la larga historia de intentos chilenos y argentinos de asimilar a los *mapuche,* la vida social *mapuche* ha sido trastrocada de tal forma por la cultura dominante y colonizadora, que si hay una esfera de la vida social de los *mapuche* donde la dominación ha dejado más huellas, es probablemente en la cultura[14]. Especialmente en la cultura en su sentido más restringido: la lengua. Actualmente el *mapudugun* tiene muy pocos usuarios.

Pero, claro, esa visión de la cultura implica aceptar por cultura algo estático, o en otros términos folclorizar la cultura (congelar la forma en que la cultura se manifiesta en un período histórico determinado). Si se entiende la cultura como algo dialéctico, habrá que aceptar que ella está en permanente cambio y que se manifiesta de diversas formas según las circunstancias históricas (en el caso *mapuche,* circunstancias caracterizadas por la dominación estatonacional)[15]. Para el caso resulta aclaratorio el que casi medio millón de *mapuche* citadinos de la capital de Chile (Santiago) se reconocieran *mapuche* en el censo de 1992, aunque no conservaran elocuentes rasgos de la cultura campesina *mapuche* reduccional (especialmente la lengua *mapuche,* perdida por la segunda y tercera generación de emigrantes), excepto una memoria de "comunidad imaginada", como diría Benedict An-

---

13 Ver esta discusión con más detalles en Marimán, 2000.

14 Respecto de la realidad de la cultura es interesante el artículo de Ana Mariela Bacigalupo en relación a los/las machis titulado, "La lucha por la masculinidad del *Machi:* Políticas coloniales de género, sexualidad y poder en el sur de Chile" (Bacigalupo, 2003).

15 Roland Breton (1983) da el ejemplo extremo de los egipcios, que han cambiado su lengua de egipcio a árabe, su religión de egipcio a cristiano y a musulmán, y su civilización de faraónica a helenística y a musulmana. Y siguen siendo o creyendo ser egipcios (o los seguimos considerando egipcios).

derson (1991), o simplemente identidad étnica. Aunque las cifras de población *mapuche* ofrecidas por el nuevo censo (2002) han puesto en cuestión de nuevo la cantidad de *mapuche* en Chile (para el caso de Santiago da la cifra de 182.963, o sea 226.594 *mapuche* menos que en el censo de 1992). Y lo más probable, dada la pregunta censal 2012, es que el censo que se acaba de aplicar en el país ahora en abril de 2012 dé nuevos números, contradictorios con los anteriores censos.

Del mismo modo, no se han hecho muchos problemas los campesinos *mapuche* en incorporar la radio, la televisión y los teléfonos celulares en sus hogares reduccionales (como los ancestros incorporaron nuevos animales y cultivos y los metales), sabiendo que se trata de un medio de comunicación *wingka* y que difunde la cultura *wingka*. Y si los *mapuche* urbanos se reconocen *mapuche* sin mucho soporte cultural —a manera de piso— bajo sus pies, y los campesinos compran radios y televisores sin meditar que la cultura *wingka* se les viene encima a través de las imágenes, discursos y textos, ¿es correcto gritarles en su cara a los *mapuche* urbanos que no son *mapuche* porque no hablan la lengua, y enrostrar a los campesinos su inconsecuencia pidiéndoles que rompan sus televisores y vuelvan a una vida tradicional inmaculada? ¡Difícil!

En consecuencia de lo anterior, para los autonomistas no-tradicionalistas el fundamento para una propuesta de autonomía, y por tanto para una utopía autonomista *mapuche,* no se encuentra ligado a reivindicar una "cosmovisión *mapuche*" sui *generis*. Tampoco en volver a vivir de acuerdo a tradiciones ancianas poco claras. Por el contrario, ese fundamento parece más vinculado a la resolución de problemas concretos, de tipo político, social, económico, cultural, y hasta ideológico, como —ciertamente— parece entenderlo Víctor Naguil. En otras palabras, para los autonomistas no-tradicionalistas la necesidad de demandar autonomía tiene relación con —por mencionar solo una cosa en cada categoría— recuperar poder de decisión política sobre eventos concernientes o que afectan a los *mapuche*, con dejar de ser ciudadanos de segunda clase, con acabar con la vida de oprobio, miseria y pobreza, con poder rescatar un espacio para la lengua y prácticas religiosas (lograr su oficialización y uso obligado en la región autónoma, los medios de comunicación y las instituciones públicas), y con trabar —ya que terminarla no parece fácil— la segregación y el racismo chileno (y argentino).

Reconociendo que el tradicionalismo y su énfasis en el etnocentrismo ha contribuido a energizar a no pocos jóvenes *mapuche,* y re-energizar a otros tantos *mapuche* más adultos, ganándolos para la causa autonomista, en momentos en que podían haber elegido el camino de la alienación dentro de la sociedad estatonacional, también es necesario reconocer que presenta limitaciones a la hora de movi-

lizar a toda una población *mapuche* tras un objetivo político como la autonomía (especialmente si se trata de la autonomía regional, pues comprende movilizar no únicamente *mapuche* sino a una población pluriétnica). Y es que los autonomismos *mapuche* anclados únicamente en explotar las diferencias étnicas (o que hacen de la diferencia étnica la causal central de la movilización, o que se sostienen en premisas demasiado básicas como que a cada nación corresponde un Estado) enfrentan serios retos de volverse precipitados en un mundo más cosmopolita y más acostumbrado "al otro", aunque no sea en ningún caso idílico. Ello, gracias a las migraciones, los viajes y narraciones de viajes, y los medios de comunicación. Por lo tanto, los autonomistas no-tradicionalistas tienden a relativizar eso de confrontación entre una cosmovisión *mapuche* y otra chileno-occidental.

RESPECTO DE DESTINATARIOS DE LA PROPUESTA: ¿CAMPESINOS O TODA LA POBLACIÓN MAPUCHE MÁS TODOS LOS HABITANTES DEL TERRITORIO MAPUCHE?

A fines del 2002, y en el contexto de un debate sobre autonomismo e integracionismo en el movimiento *mapuche,* el ex director *mapuche* de la CONADI (Aroldo Cayún) imputó a los autonomistas *mapuche* el promover formas de *apartheid* dentro de la sociedad estatonacional chilena. Aunque tal afirmación careció de evidencia empírica que la respaldara, reflejó una lectura —intencionada— de las proposiciones del autonomismo *mapuche,* que no distinguió posiciones dentro del autonomismo *mapuche* tipificando a todos por igual. Esa apreciación no se corresponde con las ideas que se han venido ventilando en análisis comparativo de este libro, en el sentido de que hay un autonomismo dominante aún, de carácter etnocentrista y con énfasis en el tradicionalismo, que tiende a ser más aislacionista, excluyente y discriminatorio. Ese autonomismo, por lo demás, sobrerrealza el rol de los campesinos en una propuesta de autonomía, haciéndolos depositarios finales de un proyecto de liberación nacional *mapuche,* al estilo en que el socialismo lo hacía respecto del "proletariado". Ese autonomismo etnocentrista y tradicionalista es el que ha tomado por bandera la recuperación de tierras usurpadas a los *mapuche,* y la conversión de esos terrenos en territorios liberados y autónomos, como lo enuncia Pedro Cayuqueo en su documento de 1999.

Pero esa posición no fue privativa de Cayuqueo —en su momento—, sino que se encontraba —en mayor o menor medida— en casi todas las propuestas comentadas, con la excepción de la propuesta de Autonomía Regional y menos claro en la de autonomía para las regiones de Chile de Chihuailaf y Calfuquir. De esta manera, uno tras otro AWNg, Domingo Marileo, la organización ITL y Francisco Huenchumi-

lla, fueron componiendo sus propuestas con los campesinos *mapuche* y su problemática en el imaginario[16]. Por ello, casi todos coincidieron en proponer parlamentos *mapuche,* tribunales *mapuche* o en demandar cupos parlamentarios a *mapuche,* que en tanto demanda reflejan operatividad sobre la realidad de los campesinos. Y lo mismo ocurre con quienes argumentaron a favor de la autonomía, que con la excepción de Pedro Marimán y Víctor Naguil (con sus vaivenes de mediados y fines de los noventa), siguen el derrotero anterior. Esto es, Eduardo Curín y Marcos Valdés, el CMAS, el Congreso Nacional Mapuche, Francisco Caquilpán y Juan Painecura, La CAM, Manuel Aillapán, etc., que elaboraron teniendo en mente la problemática campesina. Solo que esa reivindicación de lo campesino y las medidas que proponen para resolver la problemática de este segmento de población *mapuche* resultan limitadas.

A manera de ejemplificar limitaciones de las propuestas con y para los campesinos *mapuche,* vale detenerse en la propuesta ITL. Ello porque en los pasados años fue calificada por un antropólogo chileno como "la más viable, a despecho de tener serias limitaciones" (Lavanchy, 1999)[17], al igual que los autores de *¡Escucha, winka!* A diferencia del antropólogo y de los autores de *¡Escucha, winka!,* hay que decir que dicha propuesta reensambla más el paso desde el *ghetto* reduccional pequeño a un *ghetto* un poco más grande, en el cual las relaciones globales de opresión y colonización no se cuestionan claramente (el ITL promovió una "integración verdadera" sin definir qué es "integración verdadera"). Por ejemplo, cuando en esa propuesta se habla de educación no se menciona el uso del *mapudugun* (quizá por descuido o porque se dio por supuesto). Pero si se hubiera mencionado aún cabría preguntarse ¿servirá la lengua *mapuche* para comunicarse fuera de ese *ghetto?* Cuando el campesino vaya de compras a la ciudad más cercana, ¿usará *mapudugun* o castellano frente a un —por lo común— comerciante chileno castellano-hablante? ¿Y qué hay cuando necesite ir al hospital, recurrir a la justicia, al banco, o cuando use transporte público desde su comunidad a la ciudad más cercana?, ¿qué lengua usará? (y ni hablar de cuando encienda el radio o la televisión: ¿qué lengua escuchará?). Construir una burbuja sobre las reducciones no salvará a los *lafkenche* de una muerte anunciada: la asimilación o el etnocidio.

---

16 La propuesta ITL es aún más reduccionista de la problemática nacionalitaria *mapuche* que todas las otras restantes, pues fomenta la redención de los campesinos *mapuche-lafkenche* únicamente.

17 Aunque Lavanchy confidenció al autor de este libro en su visita a Chile del 2004, que ya no pensaba igual.

Lejos de esa posición, los autonomistas pluralistas y no-tradicionalistas no expresan el mismo predicamento. Ellos manifiestan creer que la única garantía de preservación de la lengua *mapuche,* por ejemplo, pasa por declararla oficial, al igual que el castellano, en una región dada. De esa manera se podría asegurar un uso mandatorio de ella en la educación, los servicios públicos y los medios de comunicación.

De los ejemplos comentados y contraargumentados se desprende que el acento entre autonomía con y para los —campesinos— *mapuche* y autonomía regional pluriétnica con énfasis en el carácter *mapuche* de la región, estaría mostrando, a su vez, un diseño de resolución de la problemática *mapuche* donde lo estratégico o la meta de largo aliento pasa a ser lo inmediato. En otras palabras, si bien todos los autonomistas parecen soñar con una sociedad *mapuche* independiente y soberana, algunos no parecen prever que esa meta está determinada por factores ajenos a demandar, a su voluntad o a su deseo. De nuevo, algunos autonomistas *mapuche* no parecen prever que quizá hay que avanzar a objetivos como ese, no tan directamente como quisieran, en atención a factores condicionantes (fuerte tendencia centralista dominante en Chile, la condición de mayoría nacional y regional de los chilenos, la limitada democracia chilena, lo poco desarrollado de su sociedad civil, lo fuerte y poco disimulado de sus prejuicios contra los *mapuche,* el monopolio de la fuerza en manos de los chilenos, y la propia precariedad de fuerza organizada detrás de los autonomistas).

Por lo anterior, los autonomistas no-tradicionalistas y pluralistas ven la presente coyuntura histórico-política no como la de la realización plena de una utopía autonomista *mapuche,* sino como una coyuntura que sugiere avanzar en obtener prerrogativas en un marco regional, donde la población global en ese marco regional también puede beneficiarse (ver los últimos escritos de Marilaf, por ejemplo, en la página Internet de *Wallmapuwen).* Y al mismo tiempo que se beneficia de una autonomía regional, se impide su alineación automática con el Estado y el nacionalismo chileno, a manera de reacción a un discurso *mapuche* que no los incluye y les trata hostilmente como población invasora y ladrona del patrimonio *mapuche*.

Ahora, es cierto que Curín y Valdés —a diferencia de otros— prevén un proceso autonomista con metas de largo plazo, y por ello llaman a avanzar de a poco en la lucha contra la racionalidad occidental. Pero su discurso de aislarse en pequeñas propiedades campesinas *mapuche* donde ir construyendo esa autonomía (a las que llaman "territorios" propios), y que se irían juntando para formar el territorio *mapuche* autónomo, mientras se coexiste con la cultura y la sociedad estatonacional chilena, parodia en cierta medida la contracultura hippie estadounidense. Los *hippies* mostraron capacidad de crear comunidades aisladas y de vivir bajo sus propias

normas, pero por otra parte se mostraron incapaces de transmitir sus modelos de vida al resto de sociedad nacional estadounidense.

Con todo, este "debate" al interior de los autonomistas *mapuche* está en estado germinal, y hace falta que todos los interesados en desarrollar el autonomismo *mapuche* agreguen más elementos y mayor precisión a sus postulados. Pero también hace falta que muchos de ellos se saquen los prejuicios de encima, como veremos a continuación.

RESPECTO DE LA ELABORACIÓN DEL PROYECTO AUTONOMISTA: ¿FACULTAD PRIVATIVA CAMPESINA O AUTOCOMPROMISO DE CUALQUIER MAPUCHE (O CUALQUIER PERSONA) QUE DESEE APORTAR?

Pedro Cayuqueo fue en su momento —1999— el máximo exponente de una crítica profunda hacia los intelectuales *mapuche* (condición que no reconocía para sí mismo), que presuponía invadían un terreno de competencia exclusiva de quienes se encuentran en el frente de lucha y con los campesinos (los autores de *¡Escucha, winka!* no se quedan atrás, en el 2006, en semejante crítica, variando el nombre de intelectuales a pensadores academicistas). Esa crítica, Cayuqueo la verbalizó como sigue: "Basta de teoría entre cuatro paredes…". La declaración de Pedro Cayuqueo derrochó exceso de confianza en que era posible avanzar a la formulación de una futura propuesta autonomista prescindiendo de los intelectuales:

> Solo a través de un proceso de lucha y de acumulación de fuerzas, que tenga como ejes centrales la consolidación de nuestras comunidades en la zona de conflicto, la defensa de nuestro territorio de la nefasta expansión capitalista, la construcción de un poder alternativo al de la institucionalidad opresora, y la confrontación directa con el sistema de dominación impuesto por el Estado chileno.

A juicio de los autonomistas no-tradicionalistas, categoría que incluye hoy al (etno)-nacionalista Pedro Cayuqueo, el planteamiento de Cayuqueo rememoraba un viejo discurso de los líderes *mapuche* de las organizaciones etno-gremiales campesinistas, en el sentido de presentarse como los dueños de la representación *mapuche* (condición ganada en la lucha, por supuesto), y reclamar para sí la elaboración de propuestas. Mientras que, por otra parte, en la práctica se mostraban incapaces de formular propuestas de solución a sus problemas. A manera de ejemplo, se puede comentar el caso del reclamo de mediados de los ochenta de la directiva de Admapu, en cuanto a elaborar el "Proyecto Histórico" del pueblo *mapuche* en un plazo de seis meses, sin que hasta ahora tal proyecto sea una realidad. Asimismo, los llamados de la supraorganización Futa Trawun Pu Mapuche con el

objeto de rescatar de las manos de la Comisión Chilena de Derechos Humanos la confección de propuestas de autonomía, soberanía y territorio. Esa coordinadora de organizaciones *mapuche* decía a fines de los ochenta que "las propuestas que conciernen a los pueblos étnicos, […], corresponde asumirlos a los propios pueblos y sus organizaciones representativas". Por último, podríamos citar el caso de la CAM misma, que desde el llamado de Cayuqueo a la fecha (han pasado más de diez años) no muestra síntomas de avanzar en la construcción de "la" propuesta autonomista *mapuche,* y por el contrario, como organización ha dado irrebatibles muestras de desintegración (purga interna de dirigentes de cual una víctima fue el propio Pedro Cayuqueo).

Con todo, hoy —y en conocimiento de que tales reclamos no se expresaron en resultados concretos— se podría preguntar a aquellos dirigentes ¿qué les impidió la materialización de lo que tanto reclamaban para sí? Tal parece que una respuesta sincera a la pregunta es afirmar que ha sido la propia incapacidad de esos dirigentes lo que finalmente frenó la elaboración de los proyectos reivindicados para sí.

Por lo anterior, para los autonomistas no-tradicionalistas o etnonacionalistas no parece haber evidencia en apoyo de la ex demanda de Cayuqueo (en sus años políticos de adolescencia), especialmente cuando el medio *mapuche* proporciona un buen ejemplo de que el practicismo no ha ayudado a producir ni propuestas, ni lecturas, ni interpretaciones de la lucha *mapuche*. Entonces, contrario a lo que pensaba Pedro Cayuqueo a fines de los noventa, quizá sí habría que atribuir un rol y un espacio en la lucha nacionalitaria a los intelectuales *mapuche*. Por cierto, ello luego de sacudirse algunos prejuicios, como la presunción de que los intelectuales *mapuche* estarían al margen de la lucha, encerrados entre cuatro paredes. Los nacionalismos como los etno-nacionalismos a nivel mundial no se explican sin el concurso de intelectuales nacionalistas (o autonomistas en este caso). Hay autores que llegan incluso a sugerir que el nacionalismo es la creación de los intelectuales, *intelligentsias* o de élites nacionalistas (Kedourie, 1993), opinión que podría estar exagerando en sentido contrario a lo promovido por Pedro Cayuqueo en su tiempo, al no darles un rol a las masas, al "pueblo".

Los autonomistas no-tradicionalistas piensan que es injustificado creer que porque los intelectuales no están en una acción política específica o puntual, no están en la lucha nacionalitaria. Para ellos, promover tal idea fomenta una falacia, en consideración al hecho de que los estudiantes, poetas y escritores *mapuche* no han sido menos efectivos en diseminar la problemática y el autonomismo *mapuche* que la ocupación por campesinos *mapuche* de un predio "perteneciente" a las compañías forestales. En la lucha política, como lo enseñan los

cientistas políticos, cada persona juega un rol valorable, y más pronto que tarde es necesario reconocerlo, aceptarlo y convivir con ello. Esto es, los autonomistas *mapuche* deberán aceptar que en la lucha autonomista *mapuche* habrá quienes jueguen el rol de contendientes. otros de estrategas, otros de activistas, otros de representantes políticos, otros de simpatizantes de la causa, otros de financistas, otros de agitadores, otros de votantes, otros de teóricos, etc. Es el conjunto de las acciones nacionalitarias autonomistas las que producirán el resultado deseado y no el accionar portentoso de un Mesías colectivo —como se podría interpretar el énfasis en el rol de los campesinos— el que llevará a los *mapuche* a buen fin de prosperar su lucha nacionalitaria.

La ex postura de Cayuqueo, al sobredimensionar el rol de los campesinos *mapuche* y censurar las opiniones de los intelectuales *mapuche,* más que hacerle un favor al proceso de elaborar propuestas autonomistas (en su tiempo), puso en evidencia las influencias cristiano-mesiánicas en la sociedad *mapuche,* en el sentido de promover que un redentor colectivo —los campesinos— salvaría a los *mapuche* en su conjunto de su asimilación estatonacional. Tomando prestada una frase fuera de contexto de uno de los grandes líderes del socialismo del siglo XX (que tenía su propio Mesías colectivo: el proletariado), se podría haber replicado a Cayuqueo que sin teoría nacionalitaria *mapuche* no hay acción nacionalitaria *mapuche*[18].

Los *mapuche,* y particularmente los autonomistas tradicionalistas, deberán asumir tarde o temprano que la teoría siempre la han hecho quienes tienen preparación y vocación para ello: los intelectuales. No parece apropiado entonces, en consideración a la causa mapuche, mirar a los intelectuales con prejuicio, si no en consideración a lo que hacen o dejan de hacer por su minoría étnica y su proyecto de perpetuarse en el tiempo (Pedro Cayuqueo terminó asimilando este asunto por cuenta propia y hoy se ha vuelto uno de los productores de ideas más fecundo dentro de los *mapuche* (etno)-nacionalistas). Lo mismo es válido para la *intelligentsia mapuche* o todos aquellos profesionales, técnicos y gente con algún nivel de instrucción, que deben ser sumados a la causa antes que expulsados de ella. Todos ellos se sumarán a un proyecto autonomista en tanto vean un espacio para ellos y no el rechazo a través de una crítica infundada, injusta y prejuiciosa.

RESPECTO DE LA IDENTIDAD ÉTNICA E IDENTIDAD NACIONAL

Finalmente, con el propósito de clarificar la dicotomía planteada por Víctor Naguil el 2005, respecto de diferencias entre identidad étnica e identidad nacional, hay que decir que hay dos partes que no necesa-

18 "Sin teoría revolucionaria no hay acción revolucionaria" (Lenin).

riamente están conectadas en su párrafo (volver a Naguil). Una cosa es la cuestión "identidad" y otra la "existencia" (este autor no manifiesta ningún problema de comprensión respecto de su desarrollo en relación a "existencia étnica" versus "existencia nacional" e incluso a la intencionalidad que lleva el mensaje). Como Naguil no entra a clarificar su conceptualización, se podría asumir, abriendo un diccionario, que el sustantivo identidad y el sustantivo existencia no son equivalentes. Por lo anterior, ejemplificar la primera parte de su axioma ("identidad étnica" no sería igual que "identidad nacional") con la segunda ("la existencia étnica *mapuche* podría, bajo ciertas condiciones siempre limitadas, mantenerse transitoriamente en cualquier lugar, —mientras— la existencia nacional *mapuche* solo es posible conquistando un país"), no parecen corresponderse. Al menos, como ha sido discutido en este libro (ver título "La perspectiva cognitiva de este autor").

La identidad, así sea étnica o nacional, corresponde a una categoría de adscripción lograda o impuesta, alimentada en el discurso de la diferencia o etnicidad (real o asumida real). En otras palabras, un matiz de una relación nosotros-ellos y no una propiedad de un grupo: una esencia (Nash, 1989; Eriksen, 1993), de donde discutir la identidad étnica o nacional en un vacío es insustancial (Eriksen, 1993). En otras palabras, la identidad nacional no se operacionaliza únicamente por una apelación al territorio. Si ese fuera el caso, los kurdos en el Kurdistán (que comprende territorios asumidos como propios por los Estado-(naciones) de Irak, Siria, Irán y Turquía serían reconocidos como nación por esos Estados o sus nacionales (aunque los kurdos se reconozcan como tales a sí mismos o vivan una "existencia nacional" en su territorio). Para los turcos, los kurdos no son sino turcos montañeses. Del mismo modo, la identidad nacional *mapuche* no es solo afirmarse como tales porque se reivindica un "país" *mapuche* —o se invita a los *mapuche* a volver al "país *mapuche*" y ya no a sus ex tierras—, sino que lo es en la medida que el/los "otro(s)" —entiéndase chilenos— vean a los *mapuche* como tales.

En el caso de los *mapuche* hay algo adelantado, el "otro" en Chile los ve como una "identidad étnica" diferenciada, y aunque los nieguen o no, están discutiendo sobre su "otro" (un reconocimiento implícito). Y hay algunos chilenos que ya comienzan a internalizar la idea de una nación, como se aprecia en multitud de escritos que hablan del retorno de la nación *mapuche* (algunos artículos publicados incluso en el periódico *mapuche Azkintuwe*). Mientras ello sea así y crezca como opinión (que los *mapuche* tienen mucho que aportar en esa dirección, para alimentar esa mirada desde el "otro"), las cosas pueden marchar bien para los propósitos de los autonomistas etno-nacionalistas *mapuche,* que si no, ¡NO!, por más que se autoafirmen "identidad nacional" (aunque creérselo es parte

de la historia de construir socialmente el concepto e imponerlo, como se ha ido imponiendo la idea de que los *mapuche* son una nación).

COROLARIO

Al hacer evidentes al lector de este libro de manera rápida algunos consensos y desacuerdos entre propuestas y argumentos autonomistas *mapuche,* se ha querido mostrar que el desarrollo del pensamiento autonomista *mapuche* expresa diversidad. Y con ello se adjunta la advertencia de que constituye una falacia pensar que atender el discurso escrito o verbal de un autonomista *mapuche* significa haberlos escuchado a todos. La actitud de englobar a todos los autonomistas *mapuche* en atención de un solo caso, no se compadece con la realidad del desarrollo del pensamiento autonomista *mapuche,* como se ha expuesto.

El pensamiento *mapuche* autonomista, como en ningún otro tiempo en la historia de los *mapuche* pos incorporación por los Estado-(naciones) de Chile y de Argentina, ha comenzado a desarrollarse y ya presenta una historia de casi dos décadas. Durante ese tiempo ha habido a veces confrontación dura entre pensadores autonomistas y sus organizaciones, aunque los antagonismos excepcionalmente se han expresado en términos absolutos (más bien se expresan en términos de disputa de una audiencia en la "sociedad" *mapuche* para su propia singularidad). Esto es, siempre ha habido espacio para la solidaridad entre miembros de la misma etnonación cuando la situación lo requiere, como ha ocurrido frente a la represión que ha practicado el Estado con algunos de ellos (particularmente la CAM, que hoy por hoy tiene a muchos de sus líderes en la cárcel bajo cargos de ser terroristas).

La segunda mitad de los 2000, y luego de la emergencia de *Wallmapuwen,* que dio una expresión concreta al autonomismo etno-nacionalista, esas tendencias al acercamiento se profundizaron relativamente. Esto es, gracias a ello fue posible la constitución de coordinaciones coyunturales que agruparon a distintas expresiones autonomistas (otras se excluyeron como la CAM y AWNg) y que enfrentaron al gobierno de Michelle Bachelet en conversaciones-negociaciones. Nada augura que esas iniciativas se consoliden o la dispersión continúe (de hecho los [etno]-nacionalistas *mapuche* aparecen tan disminuidos y aislados de otras organizaciones *mapuche* en la escena política regional como cualquiera)[19]. En parte, que ocurra lo primero depende de la madurez que vayan desarrollando estas distintas expresiones del autonomismo *mapuche*.

---

19 Aunque esa opinión no es válida respecto de organizaciones políticas chilenas. El partido *Wallmapuwen* logró un acuerdo de alianza con PRO, del ex candidato a presidente Marcos Enríquez Ominami, que lo llevará a participar de las elecciones de alcaldes y concejales 2012 en la IX Región.

BIBLIOGRAFÍA

Anderson, Benedict 1991 *Imagined Communities* (Londres y Nueva York: Verso).

Bacigalupo, Ana Mariela 2003 "La lucha por la masculinidad del *Machi:* Políticas coloniales de género, sexualidad y poder en el sur de Chile" en *Revista de Historia Indígena*, Vol. 6.

Breton, Roland 1983 *Las etnias* (Barcelona: Oikos-tau).

Cayuqueo, Pedro 1999 "La autodeterminación mapuche en el marco de un Estado multinacional", ponencia presentada en el Foro *Estado y Pueblo Mapuche: Derecho Indígena, Territorio, Autonomía* (Santiago: Universidad Academia de Humanismo Cristiano) miércoles 23 de junio.

Chihuailaf, Elicura 1999 *Recado confidencial a los chilenos* (Santiago: Lom).

Encina, Francisco 1955 *Historia de Chile* (Santiago: Nacimiento).

Eriksen, Thomas 1993 *Ethnicity and Nationalism: Anthropological Perspectives* (Londres / Chicago: Pluto Press).

Foerster, Rolf 1999 "¿Movimiento étnico o movimiento etnonacional mapuche?" en *Revista de Crítica Cultural* (Santiago) N° 18.

Kedourie, Elie 1993 *Nationalism* (Oxford, RU y Cambridge, MA: Blackwell).

Lavanchy, Javier 1999 "Conflicto y propuestas de autonomía mapuche", disponible en <http://www.mapuche.info/mapuint/lava1.html>.

Marimán, José 2000 "El nacionalismo asimilacionista chileno y su percepción de la nación mapuche y sus luchas", disponible en <www.mapuche.info/mapuint/mariman001011.html>.

Marimán, José 2012 *Autodeterminación. Ideas políticas mapuche en el albor del siglo XXI* (Santiago: Lom).

Marimán, Pedro 1997 "La diáspora mapuche: una reflexión política" en *Revista Liwen* (Temuco) N° 4.

Naguil, Víctor 1997 "Desarrollo mapuche y derecho a la autodeterminación" en *Revista Liwen* (Temuco) N° 4.

Naguil, Víctor 2005 "Autogobierno en el país mapuche" en *Rebelión*, disponible en <www.rebelion.org/noticia.php?id=17746>.

Nash, Manning 1989 *The Cauldron of Ethnicity in the Modern World* (Chicago: The University of Chicago Press).

Valdés, Marcos 2001 "Políticas públicas, planificación y pueblos indígenas en Chile", disponible en <www.mapunet.org/documentos/mapuches/planisocial.htm>.

Valdés, Marcos *y* Curín, Eduardo 1999 "A los intelectuales; o, de cómo resulta necesario repensar la cuestión mapuche", disponible en <www.mapunet.org/documentos/mapuches/intelectuales.htm>.

Wilhelm de Moesbach, Ernesto (trad.) 1984 *Pascual Coña. Testimonio de un cacique mapuche* (Santiago: Pehuén).

SOBRE LOS AUTORES

Eduardo Frei Montalva (1911-1982) fue un político, periodista y estadista formado como abogado en la Pontificia Universidad Católica de Chile (1933). Como político estaba influido por la Doctrina Social Cristiana, participó inicialmente como miembro de la Juventud conservadora y, más tarde de la Falange Nacional. En 1938, se separó de la derecha ortodoxa para fundar en 1957 el Partido Demócrata Cristiano. Fue ministro de Obras Públicas y Vías de Comunicación bajo la presidencia de Juan Antonio Ríos (1945-1946) y Senador de la República (1949-1964).

Su trayectoria política le llevo a ser presidente de Chile en el periodo 1964-1970, por el Partido Demócrata Cristiano, enarbolando el proyecto político-económico de la denominada "Revolución en Libertad".

Prolífico intelectual, entre sus obras se cuentan: *Chile desconocido* (1937), *La política y el espíritu* (1940), *Aún es tiempo* (1942), *Historia de los partidos políticos chilenos* (en co-autoría con Alberto Edwards, 1949), *Sentido y forma de una política* (1951), *La verdad tiene su hora* (1955), *Pensamiento y acción* (1956), *América Latina tiene un destino* (1967), *Un mundo nuevo* (1973), *Crisis sin frontera* (1974), *El mandato de la historia y las exigencias del porvenir* (1975), *América Latina: opción y esperanza* (1977) y *El mensaje humanista* (1981).

Clotario Blest Riffo (1899-1990) estudió en el Seminario Pontificio de Santiago y recibió su diploma de Bachillerato en la Universidad de Chile (1916); más tarde se formó en el Seminario de Concepción y en el Seminario de La Serena, y abandonó la vocación religiosa en 1921.

Después de realizar múltiples oficios como empleado, ingresó al Tesorería General de la República. Paralelamente, inició una vasta tarea de trabajo de servicio social y, creando y participando en una serie de agrupaciones laicas que luchaban por los derechos de los trabajadores, entre ellas, La casa del Pueblo, Germen y Liga social.

Entre sus principales aportes en términos organizativos de los trabajadores se cuenta la creación en 1938 de la Asociación Deportiva de Instituciones Públicas, reconocida como una estratagema para soslayar la prohibición de sindicalización de los empleados públicos establecida en el Código del Trabajo de 1924. Esta institución deportiva fue la base social para la fundación, cinco años después, de la Asociación Nacional de Empleados Fiscales (ANEF), liderada por él hasta 1961, fundando en 1953 la Central única de Trabajadores, institución que se considera parte de su estrategia unitaria y de una postura política combativa. Postura que más tarde le llevó, a los 65 años, a participar en el grupo fundacional del Movimiento de Izquierda Revolucionaría (MIR) en agosto de 1965, para retirarse por diferencias en la concepción política a solo dos años de su ingreso.

Dedicó los últimos años de su vida al Comité de Defensa de los Derechos Humanos y Sindicales, fundado en 1971. Su pensamiento político sindical quedó plasmado en múltiples discursos y entrevistas, compiladas en algunos textos, destinadas al estudio de su obra. Varios de estos artículos fueron publicados en los periódicos *El Sindicalista* (1925); *Las Noticias de Última Hora* (9 agosto de 1949); *Los empleados de Chile* (25 agosto de 1950). *Los empleados de Chile* (25 septiembre de 1952); *Los empleados de Chile* (mayo de 1953); *Los empleados de Chile* (junio de 1953); *El Siglo* (13 marzo de 1957); *El Siglo* (13 marzo de 1953); *Las Noticias de Última Hora* (1º noviembre de 1957); *El Clarín* (12 febrero de 1961); *El Siglo* (11 septiembre de 1961); *La Calle* (septiembre de 1961).

Raúl Ampuero Díaz (1917-1996) estudió en el liceo de su ciudad y en 1945 se tituló de abogado en la Universidad de Chile. Paralelamente a sus estudios trabajó en el Ministerio de Transporte y vías de Comunicación entre 1941-1946 y se desempeñó como consejero de la Corporación de Fomento de la Construcción (CORFO) hasta 1969.

Inició una temprana participación política, ingresando a la Federación Socialista en 1934 a los 17 años. Tres años después fue elegido Secretario General de la juventud, para integrar con derechos a voz y voto el Comité Central del Partido Socialista de Chile. En 1948 fue

elegido Secretario General y ocupó diversos cargos hasta 1967 cuando fue expulsado del partido, integrándose a la recién creada Unión Socialista Popular (USOPO). Durante este periodo se desempeñó como Senador por Tarapacá y Antofagasta entre 1953-1969.

Fue detenido después del golpe de Estado de 1973, saliendo al exilio a Italia en diciembre del mismo año. En el exilio realizó actividades políticas y académicas incorporándose como profesor de Historia de Latinoamérica en la Universidad de Sassari, en 1975. Regresó en 1989, dedicando sus esfuerzos a la unidad ideológica del socialismo.

Fue un político con una vasta producción intelectual, entre la que se cuenta *1917-1996: el socialismo chileno* (2002); *Las fuerzas armadas: Chile o el Pentágono* (1973); *Pensamiento teórico y político del partido Socialista de Chile* (1972); *El pueblo en la defensa nacional* (1971); *La izquierda en punto muerto* (1969); *En defensa del partido y del socialismo* (1948); *Contribución a la reforma de la legislación de accidentes del trabajo* (1943)

Aníbal Pinto Santa Cruz (1919-1996) se formó como abogado en la Universidad de Chile y se especializó en Finanzas Públicas en London School of Economics (1948-1951). Su actividad profesional la desarrolló en el campo del derecho y la economía, desempeñándose en organismos académicos nacionales e internacionales. Fue director de la revista *Panorama Económico* (1948-1956), y presidió el Círculo de Economistas (1953-1958). Fue Jefe de Investigación del Instituto de Economía de la Universidad de Chile y profesor de Finanzas Públicas y de Desarrollo Económico de la misma casa de estudios (1952-1960). Más tarde, desempeñó el cargo de Director de la Subsede de CEPAL e ILPES en Río de Janeiro, Brasil (1960-1965), para retornar a la Universidad de Chile como profesor en la Escuela Latinoamericana para Graduados (ESCOLATINA) hasta 1971. Entre 1970 y 1979 fue director de la División de Desarrollo Económico de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) y en 1980 pasó a ser el Consultor Principal de esta institución. Durante los años 1981-1987 asumió en el cargo de Director de la revista Pensamiento Iberoamericano (España) e Investigador Asociado de CIEPLAN Y FLACSO. En 1987 asumió la dirección de la Revista de CEPAL.

Su brillante y dilatada trayectoria académica le significó la concesión del Premio Nacional de Humanidades y Ciencias Sociales en 1995. Entre sus obras más destacadas figuran: *Internacionalización de la economía mundial. Una visión latinoamericana* (1981); *América latina y el cambio en la economía mundial* (1973); *Ensayos sobre Chile y América Latina* (1972); *Chile, una economía difícil* (1964); *Política y desarrollo* (1968); *Finanzas públicas, mitos y realidades* (1951).

Jacques Chonchol Chait (1926) estudió en el Instituto Nacional y se formó profesionalmente como Ingeniero Agrónomo de la Universidad de Chile (1948). Posteriormente, realizó estudios de Doctorado en Viticultura en la Universidad de París I, Panteon-Sorbonne, donde además realizó estudios de Ciencia Política graduándose como Doctor de Estado en Letras y Ciencias Humanas (1981). Fue becado por Naciones Unidas para realizar estudios de economía en London School of Economics.

Ocupó diferentes cargos en organismos públicos chilenos y extranjeros, desempeñándose como funcionario del Ministerio de Tierras y Colonización (1951-1952) y Director del Departamento de Economía Agraria del Ministerio de Agricultura (1953). Trabajó en México y Cuba para la FAO (1957-1962).

En tanto militante del partido Demócrata Cristiano durante el periodo de gobierno de Eduardo Frei Montalva, fue vicepresidente del Instituto de Desarrollo Agropecuario (1964-1968). En 1969, renunció a INDAP y contribuyó a la fundación del Movimiento de Acción Popular Unitario (MAPU), para más tarde unirse a la Izquierda Cristiana que apoyó a Salvador Allende. Una vez que la Unidad Popular ganó el gobierno el presidente lo designó ministro de Agricultura (1970-1972).

Después del golpe de estado de 1973 fue exiliado y trabajó el Instituto de Altos Estudios de América Latina de la Universidad de París, siendo su director entre 1983 y 1994. Retornado a Chile se dedicó a la vida académica, continuando su labor como intelectual.

Entre algunas de sus obras se destacan *La reforma agraria en América Latina* (2003); ¿Hacia dónde nos lleva la globalización?: Reflexiones para Chile (1999); *Sistemas agrarios en América Latina: de la etapa prehispánica a la modernización conservadora* (1994); *El desafío alimentario: el hambre en el mundo* (1991); *El desarrollo de América Latina y la reforma agraria* (1965).

Salvador Allende Gossens (1908-1973) estudió en los liceos de Tacna, Valdivia y Valparaíso. Se formó como Médico Cirujano en la Universidad de Chile (1932), trabajó en diferentes centros asistenciales hasta 1936, siendo ministro de Salubridad, Previsión y Asistencia Social entre 1939 y 1942, haciéndose cargo ese mismo año de la Caja de Seguro Obrero Obligatorio. Más tarde, participó en la redacción de las leyes que crearon el Servicio Nacional de Salud Colegio y Médico de Chile, del cual fue su presidente desde 1950 a 1952.

Fundador del Partido Socialista, tuvo una importante participación en diferentes cargos al interior del mismo. Fue elegido en diferentes periodos entre 1937 y 1966 para la Cámara de Diputados y el Senado, candidato a la presidencia en las elecciones de 1952, 1958, 1964, siendo electo Presidente de la República en 1970, cuando detentaba la

condición de Senador por Chiloé, Aysén y Magallanes. Fue el primer marxista en llegar a la presidencia apoyado por una amplia alianza de izquierda denominada Unidad Popular, que enarbolaba las banderas de un nuevo proyecto que buscaba asentar el socialismo por la vía democrática, mediante la denominada "Vía chilena al Socialismo".

Su gobierno finalizó por un Golpe Militar derechista, encontrando la muerte en el Palacio de La Moneda el 11 de septiembre de 1973.

Su obra se ha conservado en un conjunto de escritos, discursos parlamentarios y públicos que resumen su pensamiento político y social. Entre estos se cuenta su trabajo *Higiene mental y delincuencia*, tesis para optar al título de Médico Cirujano de la Universidad de Chile (1933); *Discurso de la Victoria* (4 de septiembre de 1970); *Nacionalización del cobre* (21 de diciembre de 1970); *Palabras pronunciadas por el Compañero Presidente de la República, Salvador Allende en la inauguración de la Conferencia Nacional de la Central Única de Trabajadores de Chile* (25 de febrero de 1971, Plaza Sotomayor, Valparaíso); *Discurso sobre la propiedad agraria* (23 de agosto de 1971); Última alocución en «Radio Magallanes» (Santiago, 11 de septiembre de 1973).

Julieta Kirkwood Bañados (1937-1985) obtuvo su Licenciatura en Sociología y en Ciencia Política en la Universidad de Chile (1969). Con una sólida formación profesional se constituyó en un referente latinoamericano en la defensa de los derechos de la mujer, siendo una pionera que consolidó los estudios de género y movimientos feministas en Chile.

Durante su vida desplegó una gran actividad intelectual y política como investigadora y militante feminista de izquierda, integrante del Partido Socialista, fundadora de "Casa de la Mujer La Morada", realizó docencia en la Universidad de Lima y Universidad de Berkeley y se desempeñó como docente-investigadora de FLACSO, dedicándose además a la problemática indígena, dominación y la pobreza. Fue colaboradora de la revista *Furia* y del *Boletín del círculo de Estudios de la Mujer*, del cual había sido fundadora, transitando desde la sociología a la política (1979-1983).

Su productividad, inteligencia y compromiso político e intelectual la posicionan como una de las más importantes representantes del movimiento feminista latinoamericano.

Entre sus obras más destacadas figuran *Chile: la mujer en la formulación política* (1981); *Feminismo y participación política en Chile* (1982); *El feminismo como negación del autoritarismo* (1983); *La política del feminismo en Chile* (1983); *Feministas y políticas* (1984); *Los nudos de la sabiduría feminista* (1984); *Ser política en Chile: las feministas y los partidos* (1986). También destacan sus obras póstumas: *Tejiendo rebeldías: escritos feministas de Julieta Kirkwood* (1987) y *Feminarios* (1987).

Manuel Antonio Garretón Merino (1943) obtuvo su Licenciatura en Sociología en Universidad Católica de Chile, doctorado en Ciencias Políticas de la Escuela de Altos Estudios en la Universidad de La Sorbonne (París, I). Se ha desempeñado como sociólogo, académico y politólogo. Sus temas de investigación y docencia consideran un amplio espectro que incluye sociología política, procesos de democratización y transición, actores sociales, universidad, y otros.

Laboralmente se ha desempeñado como Director y Decano del Centro de Estudios de la Realidad Nacional y los *Cuadernos de la Realidad Nacional*, hasta 1973 y desde dos años después, como docente e investigador en FLACSO. Desde 1994 es Profesor Titular del Departamento Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de Universidad de Chile. Además se ha desempeñado como profesor la Escuela de Política y Gobierno de la Universidad Nacional San Martín (Buenos Aires, Argentina) y de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano (Santiago). Durante el gobierno de Ricardo Lagos (1990-1994) fue asesor coordinador del ministro de Educación en el periodo.

Debido a su importante trayectoria en el mundo de las ciencias sociales, en 2007 recibió el Premio Nacional de Humanidades y Ciencias Sociales. Es autor de más de cuarenta libros —como autor, coautor, editor o compilador— y dos centenares de artículos en revistas nacionales y extranjeras. Entre los principales se cuentan *El proceso político chileno* (1983), *As Ciencias Sociais na America Latina em perspectiva comparada* (co-autor, 2006); *Dimensiones sociales, políticas y culturales del desarrollo* (antología de Enzo Faletto, 2007); *Del post-pinochetismo a la sociedad democrática. Globalización y Política en el bicentenario* (2007); *Democracy in Latin America. Reconstructing political society* (co-editor, 2002); *Latin America in the 21st century. Toward a new socio-political matrix* (co-autor, 2003); *El espacio cultural latinoamericano. Bases para una política de integración cultural* (coordinador y co-autor, 2003); *The incomplete democracy. Studies on politics and society in Latin America and Chile* (2003); *Encuentros con la memoria* (co-editor, 2004).

Pedro Morandé Court (1948) es sociólogo de la Pontificia Universidad Católica de Chile (1971), y Doctorado en Sociología, por la Universidad de Erlangen-Nürnberg, de Alemania (1979). Profesor de la Escuela de Sociología de de la Pontificia Universidad Católica de Chile y desde 1995 Decano de la Facultad de Ciencias Sociales de esa casa de estudios, miembro de número de la Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales del Instituto de Chile y desde 1994 miembro de la Academia Pontificia de Ciencias de Ciencias Sociales (2012).

Es un intelectual católico practicante, que se ha especializado en Sociología de la Cultura y Religión, fruto de lo cual ha publicado

libros y artículo sobre estos temas en el contexto de la realidad latinoamericana: *América Latina: Identidad y Futuro* (2007); *Familia y sociedad* (1999); *Persona, matrimonio y familia* (1994); *Iglesia y Cultura en América Latina* (1989); *Cultura y modernización en América Latina* (1984); *Synkretismus und offizielles Christentum in Lateinamerika. Ein Beitrag zur Analyse der Beziehung zwischen Wort und Ritus in der nachkolonialen Zeit* (1982); *Ritual y palabra. Aproximación a la religiosidad popular latinoamericana* (1980).

Enzo Faletto Verné (1935-2003) es licenciado en Historia por la Universidad de Chile, y realizó la Maestría en Sociología en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales en la Escuela Latinoamericana de Sociología (1958). Entre 1967 y 1972 ejerció la docencia en esa casa de estudios, en las escuelas de Sociología y Periodismo, y fue investigador en el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES). Después del golpe de Estado de 1973 trabajó en la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), desempeñando funciones de consultoría internacional. En 1990, retornó a la docencia en la Universidad de Chile.

Fue docente en muchas universidades extranjeras, destacando la Universidad de Rosario en Argentina, institución que le confirió el grado académico de Doctor Honoris Causa.

La obra más importante de Enzo Faletto, *Dependencia y desarrollo de América Latina* (1969), fue publicada en co-autoría con Fernando H. Cardoso. Este trabajo marcó la productividad académica de ambos y les llevaría a ser reconocidos como los padres de la "Teoría de la dependencia latinoamericana". No obstante, Faletto publicó decenas de artículos en revistas de investigación académica y otros libros en co-autoría. Así, publicó con Rodrigo Baño *Transformaciones sociales y económicas en América Latina* (1999)*; Institucionalidad política y proceso social; el debate sobre el presidencialismo y parlamentarismo* (1994)*; Estructura social y estilo de desarrollo* (1992). Mientras con Julieta Kirkwood publicaron *El liberalismo. Sociedad burguesa y liberalismo romántico* (1977); y con Eduardo Ruiz y Hugo Zemelman, *Génesis histórica del proceso político chileno* (1971).

Hugo Zemelman Medina (1931-2013) estudió Licenciatura en Derecho en la Universidad de Concepción (1949-1953) y realizó su Magíster en Sociología en FLACSO (1958-1961). Más tarde se especializó en Sociología Rural en la Universidad de Wageninge, Holanda (1966-1967).

Su larga trayectoria académica e investigativa profesional se inició en la Universidad de Chile, como coordinador de Investigaciones del Centro de Planificación (1961). Dos años después ingresó como

docente a la Escuela de Sociología de la Universidad de Chile e impartió clases en la Facultad de Medicina Veterinaria (1965-1969).

Fue Director del Departamento de Sociología de la Universidad de Chile entre junio de 1967 y septiembre de 1970. Después del golpe de Estado de 1973 se trasladó a México donde se desempeñó en el Colegio de México y la Universidad Autónoma de México, al año siguiente viajó becado a Alemania e inició un largo periplo como profesor invitado en universidades de Europa y Latinoamérica.

El año 2004 fundó el Instituto Pensamiento y Cultura en América Latina (IPPECAL) dedicado a la enseñanza de posgrados e investigación en torno al pensamiento latinoamericano. Su sólida propuesta investigativa y epistemológica, además de la formación de decenas de discípulos, le llevó a ser considerado como uno de los sociólogos más importante de Latinoamérica.

Entre su amplia productividad intelectual plasmada en libros, artículos y ensayos se consideran las más relevantes *Historia y política del conocimiento; discusiones acerca de las posibilidades heurísticas de la dialéctica* (1983); *Conocimiento y sujetos sociales: Contribución al estudio del presente* (1987) **y** *Uso crítico de la teoría: en torno a las funciones analíticas de la totalidad* (1987); *De la historia a la política* (1989), y *Horizontes de la razón. Uso crítico de la teoría* (tomo I y II, 1992 y tomo III, 2011); y su artículo inicial *Método y teoría del conocimiento: un debate* (1987).

Gabriel Salazar Vergara (1936) es Profesor de Estado en Historia y Geografía por la Universidad de Chile (1963). Además estudió Filosofía (1963) y Sociología (1969) en la misma universidad. Después del golpe de Estado fue detenido y encarcelado en Villa Grimaldi y Tres Álamos (centros de detención y tortura de la dictadura militar). Lograda su liberación, continuó sus estudios obteniendo el grado académico de Doctor en Historia Social y Económica, en la Universidad de Hull (1977-1984). Es profesor del Departamento de Ciencias Históricas de la Universidad de Chile y su trabajo historiográfico ha influido sobre importantes generaciones de historiadores chilenos contemporáneos. En reconocimiento a su trabajo y trayectoria, recibió el Premio Nacional de Historia (2006).

En su extensa obra se destacan *Villa Grimaldi. Cuartel Terranova* (2013); *Movimientos sociales en Chile, trayectoria histórica y proyección política* (2012); *Dolencias históricas de la memoria ciudadana. Chile, 1810-2010* (2012); *En el nombre del Poder Popular Constituyente. Chile, siglo XXI* (2011); *Del Poder Constituyente de asalariados e intelectuales, Chile, siglos XX y XXI* (2009); *Mercaderes, empresarios y capitalistas, Chile, siglo XIX (*2009); *Ser niño „huacho" en la historia de*

Chile. Siglo XIX (2006) *La violencia política popular en las „Grandes Alamedas"* (2006); *Construcción de Estado en Chile, 1800-1837* (2005); *Democracia de los „pueblos". Militarismo ciudadano. Golpismo oligárquico* (2005); *La historia desde abajo y desde dentro* (2003); *Manifiesto Historiadores* (en colaboración con Sergio Grez, 1999); *Autonomía, espacio y gestión* (1998); *Violencia política popular en las grandes alamedas: Santiago de Chile 1947-1987 (una perspectiva histórico popular)* (1990); *Labradores, peones y proletarios: formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX* (1986).

Sonia Montecino Aguirre (1954) es Licenciada en Antropología por la Universidad de Chile (1980) y Doctora en Antropología de la Universidad de Leiden, (Holanda, 2006). En la Universidad de Chile se ha desempeñado como vicerrectora de Extensión y Comunicación, directora del Centro Interdisciplinario de Estudios de Género de FLACSO, profesora del Departamento de Antropología, editora de la *Revista Chilena de Antropología*, y directora del Archivo Central Andrés Bello. Sus líneas investigativas han sido los estudios étnicos, estudios de género y análisis culinario. Ha sido reconocida con el premio de la Academia Chilena de la Lengua, por el libro *Madres y huachos, alegorías del mestizaje chileno* (1992), además recibió los premios Altazor (2005) y *Gourmand World Cookbook Awards*, (2005) por sus escritos de historia culinaria.

Entre sus obras se cuentan *Los sueños de Lucinda Nahuelhual* (1983); *Mujeres de la tierra* (1984); *Madres y huachos. Alegorías del mestizaje chileno* (1991); *Sangres cruzadas: mujeres chilenas y mestizaje* (1993); *Juego de identidades y diferencias: representaciones de lo masculino en tres relatos de vida de hombres chilenos* (1999); *Cocinas mestizas de Chile. La olla deleitosa* (2005); *Hazañas y grandezas de los animales chilenos. Lecturas de mitos originarios para niños, niñas y jóvenes* (2012).

José Bengoa Cabello (1945) es Licenciado en Filosofía por la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, y postgrado en estudios de Antropología y Ciencias Sociales. Se ha formado como especialista historia mapuche, relevando las aristas de subordinación, violencia y colonialismo. Se desempeñó como profesor en la Universidad de Chile hasta el golpe de Estado de 1973, año en que fue exonerado. Ha sido Director de la Comisión Especial de Pueblos Indígenas (CEPI), integrante de la Comisión Verdad Histórica y Nuevo Trato durante el gobierno de Ricardo Lagos, y miembro de la Subcomisión de Promoción y Protección de los Derechos Humanos de la ONU. Fundador y primer director de la Escuela de Antropología de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano, casa de estudio en que se desempeña como rector.

Ha sido seleccionado para dictar la Cátedra Pablo Neruda del Institut des Hautes Etudes en l´Amerique Latine la Universidad de la Sorbonne Nouvelle (París III), en la Universidad de Salamanca y en la Universidad Carlos III de Madrid. Además ha sido profesor invitado en la Universidad Católica del Perú, Universidad Católica de Quito, Universidad Autónoma de México, Universidad de Indiana, Universidad de Cambridge, Universidad de Leiden, Universidad de Salamanca, y dictó anualmente clases en el Master de Estudios Amerindios de la Universidad Complutense de Madrid (2000-2010).

Es Investigador del Interdisciplinary Center for Intercultural and Indigenous Studies, (Universidad Católica de Chile, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Universidad Diego Portales).

Ha producido un importante número de artículos, ensayos y libros acerca de temas latinoamericanos asociados a sus líneas investigativas, específicamente en el tema indígena, donde es considerado uno de los principales especialistas latinoamericanos. Entre sus obras destacadas figuran: *Economía mapuche: Pobreza y subsistencia en la sociedad mapuche contemporánea* (1984); *Historia del pueblo mapuche* (1985): *Historia social de la agricultura chilena* (1991); *Conquista y barbarie* (1992); *La comunidad perdida. Ensayos sobre identidad y cultura: los desafíos de la modernización en Chile* (1996); *La emergencia indígena en América Latina* (2000); *Historia de un conflicto. El Estado y los mapuches durante el siglo XX* (2002); *Historia de los antiguos mapuches del sur* (2007) *El Tratado de Quilín, Catalonia, Santiago* (2007); *La comunidad fragmentada* (2009) *Mapuche. Procesos, política y culturas en el Chile del Bicentenario* (2012).

Tomás Moulian Emparanza (1939) es de formación sociólogo y cientista político por la Pontificia Universidad Católica de Chile. En esta última se desempeñó como director de la Escuela de Sociología, cargo que también desempeñó en la Universidad ARCIS. Más tarde, fue docente (1974-1994) y subdirector de FLACSO (1990-1991). Políticamente fue integrante de la Juventud Demócrata Cristiana y durante el gobierno de Allende militó en el MAPU Obrero Campesino. Más tarde adscribió al partido Comunista y en las elecciones del 2005 fue precandidato a la presidencia de Chile.

Caracterizado por una dura crítica al modelo neoliberal ha publicado un conjunto de obras que tratan temas políticos: *La forja de ilusiones: El sistema de partidos, 1932-1973* (1993); *Crisis de los saberes y espacio universitario* (1995); *Chile actual. Anatomía de un mito* (1997); *Conversación interrumpida con Allende* (1998); *El consumo me consume* (1999); *Socialismo del siglo XXI: La quinta vía* (2000); *En la brecha. Derechos humanos, críticas y alternativas* (2002); *Ein Sozialismus für das 21. Jahrhunderts* (2003); *De la política letrada a la política analfabeta* (2004);

Fracturas: de Pedro Aguirre Cerda a Salvador Allende, 1938-1973 (2006); *Contradicciones del desarrollo político chileno, 1920-1990* (2009).

Elizabeth Lira Kornfeld (1944) es Licenciada en Psicología por la Pontificia Universidad Católica de Chile (1971) y es Magíster en Ciencias del Desarrollo de ILADES (1977). En su etapa formativa trabajó con organizaciones campesinas en el Centro de Estudios Agrarios (1970-1973), en el Programa de Investigación en Temas Agrarios (1974-1975) y en el Programa Interdisciplinario de Investigaciones en Educación (1975-1977). Más tarde, pasados los primeros años del golpe de Estado de 1973, orientó su trabajo al apoyo psicológico de las víctimas de la dictadura. Su amplia experiencia en psicología clínica, terrorismo de Estado y Derechos Humanos le ha significado ser reconocida como una de las expertas en estas áreas, desempeñándose en renombradas instituciones, tales como la Fundación de Ayuda Social de las Iglesias Cristianas (1978-1987) y el Instituto Latinoamericano de Salud Mental y Derechos Humanos (1988-1986).

En términos académicos, fue miembro del Consejo Superior de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (2006-2010) y desde 1997, se desempeña como docente e investigadora en la Universidad Alberto Hurtado. Paralelamente, ha trabajado *ad-honorem* en la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura (2003-2005) y en la Mesa de Diálogo de Derechos Humanos del Ministerio de Defensa (1999-2000).

Ha publicado un importante número de artículos y libros como autora principal tal como *Historia, política y ética de la verdad en Chile, 1891-2001* (2001); o en co-autoría, entre los que destacan con Brian Loveman, *Poder Judicial y conflictos políticos. Chile: 1925-1958* (2014); *Políticas de reparación. Chile 1990-2004* (2005); *El espejismo de la reconciliación política. Chile 1990-2002* (2002); *Las ardientes cenizas del olvido* (2000); *Las acusaciones constitucionales en Chile* (2000); *Las suaves cenizas del olvido* (1999). Por otra parte con Germán Morales editó *Derechos Humanos y reparación: Una discusión pendiente* (2005); y, con Hugo Rojas *Libertad sindical y derechos, humanos* (2009).

José Marimán Quemenado (1958) se formó académicamente como Profesor de Estado en Historia, Geografía y Educación Cívica, por la Universidad de La Frontera, Temuco (1993), y como Profesor de Educación General Básica, otorgado por la Pontificia Universidad Católica de Chile (1989). Obtuvo su Doctorado en Ciencias Políticas en la Universidad de Santiago de Compostela (2008), y es Magíster en Ciencias Políticas de la Universidad de Colorado en Denver (2001).

En la actualidad, es Investigador del Interdisciplinary Center for Intercultural and Indigenous Studies (Universidad Católica de Chile,

Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Universidad Diego Portales) Sus investigaciones se centran en los estudios étnicos y el nacionalismo y en los ámbitos del gobierno, la sociedad civil y la democracia.

Ha escrito artículos y libros sobre las temáticas de su interés, entre los que resaltan *Los mapuche y la democracia* (1990)*; Identidad fragmentada* (2003)*; El conflicto nacionalitario y sus perspectivas de desarrollo en Chile: el caso mapuche (*2000); *Autodeterminación: ideas políticas mapuche en el albor del siglo XXI* (2012).

SOBRE LOS ANTOLOGISTAS

Leopoldo Benavides Navarro es Profesor de Estado en Historia por la Universidad de Chile y cuenta con una amplia trayectoria en universidades chilenas, desempeñándose como docente e investigador, donde destaca su labor en FLACSO (Chile). Es profesor titular y Director de la Escuela de Historia de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano y del Instituto de Historia y Ciencias Sociales de la Universidad de Valparaíso. Sus líneas de interés son la historia social y política de Chile, y ha publicado en revistas nacionales y extranjeras.

Milton Godoy Orellana es Doctor en Historia, Universidad de Chile; realizó su posdoctorado en el Centre de la Recherche Historiques de l´Ouest (UMR 6258 CNRS) y obtuvo su Maestría en Ciencias Sociales en FLACSO (Ecuador). Es Profesor de Estado en Historia por la Universidad de Talca. Se desempeña como Investigador y Docente en la Universidad Academia de Humanismo Cristiano e Investigador Asociado en el Instituto de Estudios Internacionales (INTE-UNAP). Ha sido profesor invitado del Institut des Ameriques de Rennes y del Institut des Hautes Etudes de l'Amérique Latine de la Universidad de La Sorbonne Nouvelle (París III). Su trabajo está centrado en Historia Social e Historia Regional, y ha publicado libros y artículos en revistas nacionales y extranjeras.

Francisco Vergara Edwards es Doctor en Estudios Latinoamericanos, Universidad de Chile; obtuvo su Maestría en Filosofía en la Universidad de Aix-en-Provence y es Profesor de Estado en Filosofía de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Actualmente se desempeña como docente titular en la Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Sus líneas de interés son los estudios antropológicos y el pensamiento latinoamericano, orientándose a la situación de los indígenas urbanos, resultado de lo cual ha publicado artículos en revistas nacionales.

COLECCIÓN **ANTOLOGÍAS DEL PENSAMIENTO SOCIAL LATINOAMERICANO Y CARIBEÑO [CHILE]**

La realización de una antología del pensamiento social en Chile, como toda obra con estas características, presupone una estrategia de selección que establezca algunos ejes de análisis que permitan sustentar estas opciones en el dilatado conjunto de producciones intelectuales que abarcan los últimos cincuenta años de la historia nacional. Uno de los objetivos centrales en este trabajo es contribuir a la elucidación, en este vasto espacio de producción intelectual, de los autores y autoras que han aportado con mayor claridad a la configuración de un pensamiento crítico. De esta manera, la antología tiene como eje estructurante la presentación de un conjunto de escritos resultante de intelectuales que aportaron al avance y consolidación en la democratización e inclusión de los más amplios sectores de la sociedad, en la toma de decisiones que resultaron fundamentales en el Chile de las décadas señaladas y que, de paso, interpretaron y proyectaron con su pensamiento, disquisiciones y propuestas, al conjunto de la realidad latinoamericana.

De la "Introducción".

Eduardo Frei Montalva
Clotario Blest
Raúl Ampuero
Aníbal Pinto
Jacques Chonchol
Salvador Allende Gossens
Julieta Kirkwood
Manuel Antonio Garretón
Pedro Morandé
Enzo Faletto
Hugo Zemelman
Gabriel Salazar
Sonia Montecino
José Bengoa
Tomás Moulian
Elisabeth Lira
José Marimán

Patrocinado por
Asdi
Agencia Sueca de Desarrollo Internacional

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
CLACSO
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

ISBN 978-987-722-121-3
9 789877 221213